



*Carolina-Dafne Alonso-Cortés*

**LA ODISEA DE AMÉRICA**  
(Novela picaresca)

FINALISTA DEL PREMIO ANDALUCÍA DE NOVELA  
FINALISTA DEL PREMIO AMÉRICA DE NOVELA

**KNOSSOS**



***Carolina-Dafne Alonso-Cortés***

**LA ODISEA DE AMÉRICA**

(NOVELA PICARESCA)

**KNOSSOS**

Copyright: CAROLINA-DAFNE ALONSO-CORTÉS  
alonsocac@wanadoo.es  
Editorial KNOSSOS. Madrid, 2010  
www.knossos.es  
D.L. M.15443-2010  
ISBN. 978-84-938156-0-8

## ÍNDICE

Introducción.....	7
Libro Primero: Amanecer. -Las islas.....	11
Libro segundo: Mediodía. -Un nuevo continente.....	83
Libro tercero: La tarde. -La vuelta al mundo.....	155
Libro cuarto: El crepúsculo. -México.....	217
Libro quinto: La noche. -Perú.....	255
Epílogo. -El río de las Amazonas.....	303
Envío.....	357
MAPAS.....	359



DESDE EL CONVENTO DE LA ORDEN DOMINICANA EN QUE RESIDO, AÑO DE MIL QUINIENTOS CINCUENTA.

Locura muy vieja, y aun maña incurable es ésta tan común en España, que generalmente suelen padecer aun los mejor humorados de seso: y es la de charramudarse de un país a otro y ponerse a una ociosidad diferente del oficio que tuvieron los padres, y tomarse los mayores trabajos que puedan imaginarse, con tal de no pararse a trabajar. Hoy es viernes, a tres de febrero; había yo decidido olvidar todos los hechos que me ocurrieron en mi ya larga y jaleada vida, pues paso alegremente de los setenta, y dedicarme a la oración, según la regla de nuestro Padre Santo Domingo. Verdad es que todavía estoy chorreando fuerza y salud por todas mis coyunturas, y puedo vivir con gusto y con cachaza, sin meterme a inquirir cuándo acabaré de deslizarme hacia mi mortandad. Es cierto que alguna vez pasó por mi cabeza el deseo de morirme, no por desesperado, sino por curioso; mas al fin arrojé ese deseo como tentación sugerida por el humor cetrino, y me he quedado como estoy, y así me estaré hasta que Dios quiera, sin meterle prisa a la parca. Vamos viviendo a trompicones, caiga el que cayere, y cúmplase en todo la Santísima Voluntad.

Dos son los motivos que me han inclinado a sacar estas notas y con ellas mi vida a la vergüenza; es uno de ellos desvanecer con mi pública confesión los males que haya hecho, y otro que estas cosas tan señaladas vengan a noticia de muchos, y no se encierran en la sepultura del olvido. Pues como dijo Plinio, no hay libro por malo que sea que no diga cosa buena. Cuanto más que todo lo que aquí se trata es conforme a verdad, y poco me cuido que esté en griego o en latín, en caldeo o en hebraico, lenguas que tienen algunos por las mejores de todas; no tanto por ellas en sí, sino por estar escritas en ellas las Sagradas Escrituras. Pues como no entendí ni vaqué en ellas en mi juventud, digo a la llana y como ignorante, lo que he visto y entendido en casi

sesenta años de experiencia por esos mundos. Dicen que los grandes hechos han menester buenos escritores, porque no pierdan su gloria, mas yo confieso que ese título de bien escribir no lo merece mi pluma por elegante, mas sí por verdadera y común; ande verdad sobre todo, y díjala cada cual como mejor sepa, aunque sea sin circunloquios, afeites ni ornamentos de retórica.

Estaba yo poniendo a limpio ciertas notas que tomé deslavazadamente a lo largo de muchos años, para hacer un memorial y presentarlo a mi prior; iban en ellas enredadas algunas de las recomendaciones que me hizo nuestro bendito obispo fray Bartolomé de las Casas, gloria de nuestra Orden, y ciertos documentos donde se daba a ver cómo se llevó a cabo mucho del descubrimiento y conquista, y luego alguna destrucción de las Indias. Así pensé escribir la historia desde el principio en que estas Indias se descubrieron, por el primer Almirante de ellas don Cristóbal Colón, hasta el presente; y pues que hace tantos años que en esto entiendo, es esta historia sin sospecha y digna de crédito, pues pasé yo a aquellas partes con los primeros españoles que las vieron. Doy gracias a Dios por haber llegado a mi edad sin grandes quebrantos, y continuaré las historias de este jaez mientras me acompañen la vista, aliento, mano y disposición. No debe ser éste, según creo, libro de chanza, sino serio; pues es relato de unas peligrosas aventuras. ¿Quién me habría dicho que lo llevaría a cabo, cuando finalmente había renunciado a las pompas y obras del mundo, y decidido olvidar mis recuerdos, dedicándome a la pura contemplación?

Así que puede considerarse esta obra ha veinticuatro horas comenzada, pues ayer la empecé. ¿Cuándo terminaré, y cómo resultará? Eso tan solo Dios lo sabe, y me ayudará como siempre ha hecho. Es una obligación que tengo con mi hombría de bien, y vendrá a aliviar una cierta comezón que siento, de un relato verídico sobre la conquista y colonización de las Américas. Quisiera terminarlo entes de que llegue la canícula, si Dios me da salud, amén. Habré de renovarme en refranes y aforismos y en las comparaciones pertinentes, para así enriquecer mi en ocasiones corto lenguaje y tejer una historia acorde con los hechos y a la par de entretenimiento; pues no fueron pocas las venganzas y hechos misteriosos que conocí, y los amores, hasta dar con los huesos de mi alma en esta orden religiosa, para mi sincera conversión, y dedicar mi vida a la defensa de los indios.

Contaré ciertas muertes misteriosas que, aunque me tocaron de cerca, al fin me perdonaron a mí. Trataré de no cargar la historia con digresiones, para no presentar más que las precisas, y no ser prolijo; incluiré ciertas conversaciones y costumbres religiosas, y supersticiones que he hallado por doquier, y allende los mares; y cuando acabe empezaré luego la vida contemplativa, y eso para siempre, y así lo prometo. Mientras, he de tratar de ordenar en mi mente las personas que conocí, que fueron



muchas, y hacer abstracción de ellas, para no confundir el lector. Ignoro cuántos pliegos de papel ocupará mi obra, mas no quisiera que fueran muchos, y por no ofender a nadie disimularé algunos nombres y procedencias; y al final, servir a Dios y no hacer mal.

He de decir que para ayudar a mi memoria he tenido en mis manos los libros de fray Bartolomé de las Casas, que recoge el propio diario del Almirante, así como cartas cruzadas por el capitán Américo Vespuccio, a quien serví un tiempo; y el memorial de un italiano que llamábamos Pigafetta y era gentil caballero, así como el relato de un buen amigo que me contó algunas de estas aventuras, Bernal Díaz del Castillo. Y finalmente, el informe de dicho obispo y confesor sobre la destrucción que muchos hicieron de aquellas tierras de las Indias, que con color de servir al rey, deshonoraban a Dios y destruían a aquel. A ellos me encomiendo, siendo los hechos generales que hoy comienzo a relatar apoyados por sus testimonios, y dando yo mismo fe de los que a mi persona sucedieron, y de las intrigas que me incumben, y de alguna que descubrí. Para mayor claridad, diré algo de los años de mi niñez.

*Fray Bernardino de Sevilla, O.P.*



## **LIBRO PRIMERO: AMANECER**

### **LAS ISLAS.**

No tuvo mi madre en mi preñez antojos ni revelaciones, ni señales de que yo iba a ser fraile o astrólogo, santo o diablo. Salí de su vientre sin más augurios ni pronósticos que las comunes porquerías en que todos nacemos arrebuados, y ensuciando pañales y talegos. Me crié como todos los niños con teta y moco, lágrimas y caca, besos y papillas, aunque sin padre, porque nunca lo conocí. Salí, gracias a Dios, de las viruelas, el sarampión y las postillas y otras plagas de la edad, sin lesión reprehensible en mis miembros; y entré en la escuela crecido, robusto y fuerte, y felizmente sano en los diez de mi edad. Mi ingenio no era malo, pues tenía un mediano discernimiento y no poca malicia, y si mi vagancia no hubiera sido tan porfiada y pertinaz, serían mis conocimientos más lucidos. Cuando hacía algo derecho unos decían que lo había hecho con ayuda del diablo, y otros que no valía nada; y los más aseguraban que no podía ser hechura de una voluntad tan perezosa y escasa como la mía. Ni los halagos del maestro, ni los castigos ni amenazas, ni la costumbre de ir y volver a la escuela pudieron infundir en mi espíritu la afición a letras ni planas, pues tenía horror a estos trastos y más amor al trompo y a la matracas. Y cuanto más crecía, más aborrecía el linaje del trabajo.

A los libros ancianos aún les cogí algún respeto, pero después que vi que los otros se forjaban en unas cabezas tan achacosas como la mía, acabaron de proveerme el desengaño y al aborrecimiento; pues todos estaban hechos por hombres, y habían de ser defectuosos y oscuros como el hombre. En los últimos tiempos de escuela, empezaron a hervir a borbotones las travesuras del temperamento y de la sangre; hice algunas picardigüelas, reparables en aquella corta edad. Dio un vecino, que era tejedor, en decirme que yo era el más valiente y el más guapo entre los del barrio de Triana, y me ponía en ocasión de reñir con todos, y aún me llevaba a pelear a otras parroquias, y me azuzaba como a los perros contra los otros muchachos, ya iguales, ya mayores y jamás pequeños. Salí de la escuela leyendo sin saber lo que leía, formando

caracteres claros y gordos, pero sin forma ni hermosura, instruido en las cuatro reglillas de sumar, restar, multiplicar y partir, y bien aleccionado en la doctrina cristiana, pues repetía todo el catecismo con preguntas y respuestas, sin errar letra. Era yo de catorce años recién cumplidos, y aspecto de dieciséis o más, pues como he dicho era de sana cualidad y apreciable estatura. Era más bronco y más fornido que ninguno de mis compañeros, aún tres y cuatro años mayores. Mantenía mi madre el celibato y seguía a su edad brillante carrera de buscona, con lo que nunca me faltó de comer; de modo que ya, sin ayuda de nadie, me salía a repartir y recoger mojicones y a recibir puñadas sin causa, y sin más destino que ejercer las malditas lecciones que me dio el tejedor de marras. Esta compostura puso a mi madre en algún cuidado, y sosegaba mis malas mañas con advertencias de escobazos y azotes de correa, que añadidos a los cardenales que yo me ganaba en las pependencias, componían una pesadumbre insufrible para mis lomos. Quedemos que fui, como otros muchachos del mundo, a ratos gracioso y a veces terrible, y están dichos todos los donaires, travesuras y gracias de mi mocedad.

Por entonces advirtió mi madre que le faltaban algunas cosillas, y hecha pesquisa sospechó de mí, y me puso de patas en la calle, sin que tuviera en cuenta que ella misma me había parido y echado al mundo sin que yo lo pidiera, con todos mis defectos y mis pocas virtudes. Se oía decir por Sevilla que un hombre llamado Cristóbal Colón había llegado a los reyes, dándoles cierta información sobre las Indias y un soberano llamado el Gran Can, o rey de reyes, que había pedido a los cristianos misioneros para adoctrinarlos en su fe, contra la secta de Mahoma; y pretendía el tal Colón que los reyes lo enviaran como delegado para disponer estas cosas. Supe entonces que iban a salir tres navíos a buscar las islas de las especerías, y que lo harían del puerto de Palos, y sin encomendarme al santo de mi nombre, que pocas veces lo hacía, determiné marchar allá y embarcar como pudiera. Salí, por fin, y caminé al caer el sol y toda la noche, por tierra tan cálida que no se podía andar en ella mientras duraba la fuerza del sol, si no era con mucho riesgo de la salud. Anduve montaraz, comía poco y bebía mucho, y dentro de unos días llegué a puerto salvo. Me fui al muelle para embarcar, y determiné aguardar la noche para encontrar buena ocasión. Vi luego que algunos hombres que allí vigilaban se habían retirado a beber y jugar, por pasar más ligeramente las horas, y busqué entre los toneles que allí había uno cercano al borde, y lo más quedamente que pude lo llevé rodando; y tras de desfondarlo no sin trabajo, lo volqué, que iba lleno de aceitunas negras, con lo que se fueron éstas a nadar con los peces; y de ellas guardé una buena porción que ayudara a mi mantenimiento. Mientras, en medio de aquella oscuridad oí las deprecaciones de los hombres, pues el juego ha sido siempre destrucción de la juventud y polilla de las

haciendas; y estuve un buen rato sin determinarme si seguiría adelante o volvería atrás, por si acaso de la próspera llegase a la adversa. En casa de mi madre había hecho recluta de doblones, que son los enemigos del alma y regaladores del cuerpo; con los cuales había comprado algunas cosillas, y en poco tiempo había gastado gran parte de lo que tenía; y como andaba ya melancólico de no hablar con nadie dí embestida a los secos de pan, y asaltos a las botas de vino, y limpiéme las lágrimas con algunas monedas que todavía llevaba, iris de tales tempestades. Recordaba a mi madre y a sus consejos, que valían mucho y le costaban poco, aunque ella misma me hubiera concebido a escote de muchos y de varias leches, como el queso de bola. Pensé que al mismo paso que me fuera alejando de la patria se alejaría la memoria de eso, y mi juventud y buena disposición harían el resto.

Hablaban los hombres de la suerte que correrían en este viaje, y de las muchas cosas que en las Indias habían de ver; y de las diligencias del maestro que llevábamos, que según dijeron era buen piloto y habría de llevarnos con buen fin, y salvarnos de los peligros que hubiera; pues habiendo hecho muchos viajes, siempre había llegado a salvamento. Con esto volví el tonel a su sitio, y con buena maña me arreglé para encajar la tapa sobre mi cabeza, con lo que quedó bastante segura y yo más liado que la pata de un romano. Cuidé de entrar conmigo una taleguilla con alguna ropa de abrigo, por la humedad, y lo que había podido hurtar para comer entre el matoletaje; y era tal la fuerza de mi juventud, y estaba tan rendido y cansado, que me retiré a dormir lo que quedaba de la noche. De niño tuve algún temor a los cuentos espantosos, a las novelas horribles y a las frecuentes invenciones con que se estremecían y espantaban las credulidades de la puerilidad, pero ya ni me asustaban los calavernarios, ni me aterrorizaban los difuntos, ni me producía la menor tristeza la posibilidad de sus apariciones, con lo que no me hubiera inquietado ver ahora delante de mí a todo el purgatorio. En el gremio de los vivientes no hallaba tampoco espantajo que me quitara el sueño, pues tenía, bendito Dios, mis piernas y mis brazos enteros y verdaderos, ni me quitaban las ganas de comer, y esto ni en la cofradía de los ladrones, pues apenas tenía nada que me pudieran robar. Finalmente, digo con ingenuidad que no conocía el miedo, y no era esto bizarría de corazón ni atrevimiento de ánimo, sino mala cabeza. Siempre que veía un gato negro me santiguaba, y lo dejaba pasar, y al instante se me pasaba el susto y el temor,

Fue mi despertar terremoto, pues dí con la cabeza en las tablas del bidón cuando me izaban, y vi en la oscuridad del lugar infinidad de lucecillas, que creo dicen ver las estrellas; y a poco comprobé a tientas que estaba naciéndome un cuerno, y no era de casado. Después de ser vapuleado por un tiempo entre ruido de voces y maromas, me hallé depositado en un lugar que olía peor que el infierno. Era viernes, a tres días del

mes de agosto, y era la nao donde me embarcaron la Santa María, según pude oír; era donde iba el Almirante, y partía muy bien abastecida con muchas viandas y viáticos y mucha gente de mar. Cuando todo estuvo dispuesto partimos, tomando la dirección de las islas Canarias. Cavilaba yo en las cosas ocurridas en los últimos días, y en las gentes que dejaba atrás, y nada de aquello me parecía con envidia bastante para sacrificar por ello el dedo meñique de mi mano izquierda; y estaba alegre de zarpar a las Indias, con lo que el corazón me saltaba en el pecho. Llevaba provisiones para algunos días, y no me preocupaba demasiado lo que ocurriría después, pues no era mi fuerte la reflexión, como atrás queda dicho. Decían todos que la navegación había de ser dura, pero a todos animaba el Almirante con promesas de muchas riquezas que en las Indias había, y diciendo que sería el camino tan llano como la palma de su mano. Tenía yo el propósito de abrir bien el ojo y enterarme de todo, para a mi vuelta, con salud que Dios me diera, contarlo en mi barrio con donosura, que también los pobres y humildes saben decir cosas de ingenio, pues tienen alma y tres potencias y cinco sentidos como los más calificados y no hay cláusula en el testamento de Adán que dejase mejorados a ningunos. Así dejaría a mis vecinos con la boca de a palmo, y más a una cierta mocita que me traía guillado, pues amanecía yo un día en mi casa y anocheecía veinte en la suya, y era recibidora general de cuanto le daban; y aún así me tenía ley, pues es muy de mozas desestimar a quien las regala, y amar a quien les quita lo que tienen y les da muchas bofetadas.

Llevábamos médico y un cirujano, y un judío converso llamado Luis de Torres que nos sirviera como intérprete; y hasta llevábamos un boticario, para que reconociera las plantas útiles. Por estar autorizado llevaba el Almirante a cuatro delincuentes a los que suspendieron el proceso, con perdón a la vuelta, y eran un tal Bartolomé Torres, homicida, que había matado el pregonero de Palos, y se embarcó con tres amigos que lo sacaron de la cárcel, los cuales incurrían en el mismo delito. No iban hombres de armas, sino tan sólo marineros, con sus blusones de caperuza y los forros de lana; no iba con nosotros religioso alguno, y se cargaron víveres y enseres para un año; y era el viaje de descubierto y exploración, y no de conquista. Eran según dijeron las naves de tres palos y aparejo redondo, menos la Niña, que lo tenía latino, pero se lo pensaban cambiar en Canarias por uno semejante, Había terminado el plazo para la expulsión de los judíos, y salimos al día siguiente, y antes de salir habían orado ante una hermosa Virgen de la iglesia de Palos, para bajar luego a la ría y tomar los botes. Al pie de la iglesia había un templete con un manadero llamado la Aguadilla, donde cargaron los toneles en el momento de partir de la barra de Saltes.

\*\*\*

Apenas podía yo moverme en aquella estrechura, y hubiera dado lo que no tenía

por poder estirar piernas y brazos; y a tiempos sentía una impulsión de gritar, porque mis huesos no estaban hechos a estarse quietos por una hora, y menos por todas las que llevaba allí. Pues por la mañana me despertaba mustio y desabrido, y a la tarde me hallaba enfadado o fatigado de la mala postura, sintiendo la humedad del mar y la borrasca de las tripas, pues iba compelido del hambre. Venido un nuevo día volvía en mí, y me hallaba harto molido el cuerpo en la cámara en que había dormido. Determiné salir de allí como pudiera, pero había gran peligro de que me dejaran en las islas y por ello aguantaba quedo: pero eran muchas las cosas y conversaciones que oía, y con ello me iba consolando, aguardando siempre a estar tan lejos de las tierras que a ellas no me pudieran retornar; y confiaba en el buen corazón de los navegantes que no dieran con mis huesos en el fondo del mar, como yo había hecho con las aceitunas. Supe en ese tiempo tantas cosas acerca de nuestro Almirante que llegué a conocerlo de oídas mejor que a muchos, y no digamos que a mi padre que el diablo tuviera consigo. Decían que había nacido en Génova, hijo de un tabernero, y que allá había ejercido su oficio; que había navegado luego como grumete, y más tarde en barcos portugueses como marinero, o al cuidado de las mercancías, con lo que había conocido la Guinea y otros muchos puertos.

Lo que fuera de su vida después, mercader o pirata, nadie lo sabía. Demasiado joven comenzó a navegar, y fueron sus estudios pocos, como los míos, aunque también él aprendió algo de números y usaba según dijeron una hermosa caligrafía; tenía veinticinco años cuando fue a Inglaterra con una expedición, y yendo por sus turnos fueron atacados por un barco corsario francés a la altura del cabo San Vicente, yendo la nao con muchas mercaderías, pasajeros y marineros. Algunos hombres se arrojaron el agua de los barcos en llamas y fueron salvados por unos botes portugueses, y algunos siguieron a nado; y decían que entre éstos se hallaba el tal Colón, pues repetía muchas veces que llegó a la Península por milagro. Decían que tomó una tabla y anduvo caballero sobre ella tres días en la mar, donde era guiado por el viento y las olas, sin comer ni beber; y así lo recogieron, ya muy cansado y arrepentido de su locura; y había perdido el tino y el tiento del camino, ni sabía qué vía debía tomar, ni dónde iría, casi ronco de las voces y clamores, y traspasado y quebrantado de los muchos trabajos. Por entonces se afincó en Lisboa con un hermano suyo llamado Bartolomé, y allí se ganó como pudo la vida, trazando cartas de navegar. Viajó según decían a Génova y a la Guinea portuguesa y conoció sus habitantes negros, y aseguraba un cierto marinero que, según tenía noticia, había hecho con otros el tráfico de esclavos. Había aprendido en su tierra natal a dibujar mapas harto bien, y hablaba la lengua castellana según me pude apercebir con mañas de portugués; se comentaba que aunque hablaba el dialecto genovés no lo escribía, y sí el castellano,

y era muy ducho en las artes de la mar. Escrito su propósito presentólo al rey de Portugal, quien lo rechazó de seguida, pues no le hallaba fundamento.

Cuando se aposentó en Portugal era hombre hecho y derecho, y hablaba de las tierras por descubrir como si fueran cosa que trajera escondida en el arca. Allí discutió sus ideas y las trató con su hermano durante mucho tiempo; estuvo leyendo autores que nunca había leído, como Estrabón y Plinio, y creía en la redondez de la tierra como en artículo de fe, y en la poca distancia que había a las Indias. Contaban algunos marineros historias de las islas Antillas, de la isla de san Brandón, y ciertos marinos irlandeses habían visto al parecer señales de tierra hacia poniente, y hasta la tierra misma. Oí hablar de trozos de madera labrada que flotaban en el océano, y de varias clases de árboles y cañas que traían las olas de esa parte, así como botes, y dos cadáveres de hombres con los rostros muy anchos y distintos a la vez de los negros y de los cristianos. Mientras estaba en Lisboa, casó nuestro capitán con una señora de alta clase, que conoció en la iglesia; había sido su padre gobernador en cierta isla portuguesa, y dejó muchos y muy sabrosos escritos sobre viajes; y algunos maliciosos aseguraban que el yerno los leyó, guardándolos con mucho cuidado. De este matrimonio nació Diego, que fue su único hijo legítimo.

Volviendo a mi dificultosa situación, diré que de día todo era negrura y de noche tinieblas, y las distinguía porque a prima noche después de la cena, a la cual llamaba el pregón como a la comida, llegaba el paje que el parecer traía lumbre a la bitácora, diciendo: “Amén, y Dios nos dé buenas noches, buen pasaje hago la nao, señor y maestro, y buena compañía.” Y así el caminar por tierra y con buena cabalgadura y mejor bolsa debe ser contento, mas en la mar y como yo iba no hay que esperar que el camino ni la posada se mejore; antes cada día todo era peor, y más enfadoso; y no digo más, sino que muchas veces me llegaba la mierda al ojo del culo, y de miedo a aumentar el hedor que allí había se retiraba luego, y volvía dentro como cabeza de tortuga. De forma que, pensaba yo, sería menester sacarla luego con calas y con ayudas. Había pasado no sé cuántos días sin beber agua, y tenía ya el sarro sobre la lengua y el paladar y encías levantados, de manera que dudo hubiera podido hablar. En tanto creía morir de hambre y sed, y estando yo en aquella oscuridad, oí una voz moza que decía:

*Bendita sea la luz y la santa Vera Cruz,  
el Señor de la Verdad, y la Santa Trinidad;  
bendito sea el alma y el Señor que nos la manda,  
bendito sea el día y el Señor que nos lo envía.*

Luego este voz decía las oraciones del Paternóster y el Avemaría, y tras esto decía “Amén”. Que como yo oyera esto, me dije: “Aunque sospecho que estoy en la



casa del diablo, he oído la palabra de Dios; he de levantarme y salir, y ver lo que hay, y ver si voy, o me llevan". Así me aliñé una noche lo mejor que pude, y salí del buche de ballena en que estaba. Fuera no hallé sino un pueblo prolongado, agudo y afilado por delante y más ancho por detrás; a un cabo tenía el castillo de proa y al otro su alcázar, tan fuerte y bien cimentado que un poco de viento le arrancarían las raíces de cuajo. No parecía ser aquella casa de justicia, ni a los moradores se decía misa, ni vivían los habitantes sujetos a ley de razón; y así, después de haber bebido de un barreño y cogido un pan, y otras cosas, torné a donde estaba antes.

Volviendo con lo nuestro, habían ocupado por entonces los portugueses gran parte de las costas de África, así como islas en el mar Atlántico; y llegó nuestro Almirante a la conclusión que debían existir otras tierras hacia poniente, entre España y las costas de Indias. Decían que guardaba una carta de un tal Toscanelli, en que se aseguraba que había un breve camino por mar a estas Indias, de donde llegaba la especería, y lo mismo a Catay que era la tierra del Gran Can. Y a la isla de Cipango, que era fertilísima en oro, perlas y piedras preciosas, donde hasta los palacios eran de oro puro. Contaron que un barco, navegando desde Inglaterra a Flandes, fue desviado hacia occidente por las tormentas; que llegó a las Antillas, y después de penalidades que ni en las historias de los fabulosos griegos están escritas semejantes, pudo regresar a Madeira. Estaban todos tan afligidos, desmayados y aquejados de rabiosa sed, que se iban los tales secando y parecían balsamados, hasta que de flaqueza no les quedaban sino el cuero y los huesos, y andaban moribundos. En esta isla habitaba por entonces Colón, quien recibió al piloto y lo atendió como debía en su casa; él antes de morir decían que le contó su viaje, no sé si es verdad o no, escribiéndole además en un mapa el lugar que ocupaban las tierras que habían visto. Aseguraban que había fallecido el tal piloto en casa de Colón, quedando en su poder las escrituras de la carabela y la relación de todo el viaje, con la marea y altura de todas las tierras halladas. Otros no daban crédito a la historia, pensando que la habían inventado para quitar méritos al Almirante y a los que íbamos con él.

Dirigióse como digo Colón al rey portugués, y él rechazó su idea después de consultar a sus peritos. Murió por entonces la esposa del marino, y él dejó Portugal llevando consigo a su hijo pequeño. Mientras, Bartolomé Colón viajaba a Inglaterra, llevando su plan al rey Enrique octavo que tampoco lo admitió; y quedó su pretensión en ciernes, mas pensaban los dos hermanos que con la paciencia se alcanzaba la gloria. Navegó secretamente Cristóbal de Lisboa a Palos, donde en el convento de la Rábida le dieron hospitalidad; pues llegaba debilitado, lacio y despeado, y se ocuparon de su hijo. A la luz de una torcida alimentada con aceite, estuvo platicando con un fraile astrólogo llamado fray Antonio de Marchena, que lo apoyó luego; y al cabo de quince

días se halló sano y con fuerzas, y echaba seis higas al doctor, y doce al cirujano. Unos decían que era judío, otros que turco, y ninguno en lo tocante a él se ponía de acuerdo. Yendo el fraile a hablarlo todo aquello con la reina, su dictamen fue de negación; y por ese tiempo conoció Colón a una tal Beatriz, que era de Córdoba, y fue tanto lo que celebró su encuentro que empezó a derretirse con ella como si fuera portugués. Era ésta de modesto origen, y de sus amores nació un hijo que llamaron Fernando; en ese tiempo seguía Cristóbal vendiendo mapas y mercando libros, sobre todo en Sevilla, pues siempre las damas han afligido la bolsa. Tuvo que aguardar mucho tiempo antes que los reyes lo recibieran, y ya desesperaba, pues parecía locura pedir hombres y barcos, cuando andaban los reyes tan ocupados en la toma de Granada que ni la reina se cambiaba de camisa. Después de andar así siete años, siguiéndolos con sus teorías y remediándose con estas porciones hasta que saliera a tierra de promisión, tuvo tan mala suerte que, hallándose con fastidio con él, lo mandaron que se marchara norabuena.

Era el Almirante de buen aspecto y buena estatura, de miembros recios y mirada viva, el cabello bermejo y la cara algo encendida y pecosa; era gracioso cuando quería, y era iracundo cuando se enojaba, y si lo contrariaban podía tener grandes estallidos de cólera, que dejaba a los inferiores muertos, sin saber qué decir. No era erudito, como he dicho, aunque de buena conversación, y no gustaba referirse a los detalles de su vida pasada, siendo enamorado como era. Que no hay carne sana donde no haya corrupción ni se hallen miserias y enfermedades; y entretenía en buena conversación a las doncellas con chistes, y a las viudas con murmuraciones. Nunca habló de que había saltado de un barco que decían pirata, y aún con esto todo lo antedicho corría en lenguas; y de lo poco que él decía era con referencia a ciertos nobles antepasados suyos, y a los estudios que hizo, y que había prestado servicios a un ilustre pariente. Se decía que quizá llevara el barco pirata a su cargo, y lo de que estuvo nadando dos leguas hasta llegar a tierra, con algunas heridas que había recibido durante la batalla. Si hubiera sido rico hubiera podido acometer de por sí la empresa, mas calló por entonces, y disimuló su pesadumbre; hubiera ganado para sí y sus hijos grandes riquezas, y comarcas que decía llenas de oro y plata y de piedras preciosas. Pero era pobre, que no hay cosa que así pese como semejante pesadilla. Llamáronlo de nuevo a la Corte, pues la reina Isabel se inclinaba a sus proyectos más que el rey, mas por las muchas cosas que llevaba entre manos tampoco decidía. Ganaron por fin los cristianos la ciudad de Granada, y pusieron banderas sus altezas en las torres de la Alhambra; salió el moro de Granada besando las manos de ambos reyes y del príncipe, y iba tentando con las suyas como niño que juega a la gallina ciega, tal era su dolor. Con tal insistencia y razones rogó el Almirante a la sazón, que consiguió todos

sus propósitos y quedó helado de embeleso, que ya no sentía el trabajo pasado. En esto iba y venía y hubo capitulaciones en Santa Fe, por que le concedían los reyes el título de Almirante en las tierras firmes y en las islas que descubriera; y no pudo ser este caso tan secreto que se dejara de saber luego. Hallóse obligado a su buen proceder, y fuese con esto engolosinando, pues lo nombraban los reyes su delegado en la mar Océana, dándole grandes mercedes para llevar a cabo lo que les proponía; nombrábanlo gobernador a perpetuidad de todas las tierras que descubriera, de forma que sus títulos pasaran a sus hijos. Con esto se cayeron las murmuraciones, y a despecho de burlas consiguió su sueño; y a cambio hizo a los soberanos muchos ofrecimientos de su hacienda y su persona, y agradeciéndoselo mucho, desde aquel mismo día comenzó a preparar su viaje.

Volviendo a lo mío diré que no me desnudé de como entré, ni mudé de lugar; y como el mar se alborotara comencé a dar el alma, y a decir bac bac, y tras de esto boc boc, y a lanzar por la boca todo lo que en ella había entrado aquel día, y el anterior; echaba una cierta flema fría y pegajosa, y a ratos ardiente y amarga, que era pesada melancolía; y las costillas parece que me sonaban en el cuerpo como bolsa de trebejos de ajedrez. Halléme de mal olor, el cuerpo pegajoso y embarrado, y disimulé como pude por lo de la caca, hasta verme fuera de allí. Acerca de los trabajos y angustias que en el mar pasé, no tengo más que decir sino que todo lo dicho pasaba llevando viento en popa, y no poca bonanza; considérese qué hubiera sido si hallamos borrasca de mar o corsarios, y más si llegan graves tormentas. Pues oí que había que navegar siempre muy temerosos de corsarios que nos hundieran, y de la mar brava en que muchos se perdían, porque no hay mar tan segura donde no se levante algún viento contrario. ¡Cuánto sentí entonces mis locuras! ¡Cuánto me reñí a mí mismo! Era mi dormir más bien dormitar el son del agua que rompía; iba meciéndome en cuna, y a ratos rodaba la cuna y venían las arcas hacia mí. Una vez que hube superado mi mareo, aproveché la noche para salir; bebí un poco de agua y un mucho de vino, y traté de reposar. Pues había allí cubas de vino, tinajas de aceite, cofres y otras cosas; siendo este piso bajo la cubierta, que era la bodega, y aquí se guardaba todo la carga de aquel barco en muchas cajas, jarras y toneles. Eran aquellos alimentos y bebidas los propios a esta clase de viajes, mas cuando hacía mal tiempo, o para dormir, solían entrarse allí algunos marineros. Había bajo el piso de la bodega el fondo o sentina, con un lastre de gravilla; y como la nao no fuera bien calafateada se colaba el agua, y todo era allí mala pestilencia y peor podredumbre. Con lo que hasta mí subían los olores de la dicha sentina, y del agua apestosa que sacaban las bombas; y añádase a esto las grandes estrecheces que he dicho, y la mucha suciedad que de mi cuerpo se había acumulado.

Durante el día y la noche hacíanse seis cambios de guardia en la tripulación, oyéndose las voces de mando y los chirridos del cordaje, y de las velas. A cada media hora, un grumete al que llamaban paje y estaba de guardia, daba la vuelta a la ampolleta que llevaban para medir el tiempo. Y estando en éstas, oía yo muy bien su cantinela:

*La guardia es tomada, la ampolleta muele,  
haremos buen viaje si es que Dios lo quiere.*

Y decía otro, al tomar el turno de la media noche:

*Al cuarto, al cuarto, señores marineros,  
al cuarto en buena hora de la guardia del señor piloto,  
que ya es hora, leva, leva, leva.  
Amén, y Dios nos dé buenos noches.*

Parecía el barco corral, pues iban animales vivos para alimento de la tripulación; y lo mismo caballos, y no es de encarecer la suciedad que llevaban éstos; y aún algunos llevaban gallinas, que acomodándose en aquella bodega acrecentaban el ruido y la peste. Entre todos iba yo instalado en el tonel con mi pertenencia, que no habría otro lugar más seguro en la nao. Con todo, el primer tramo del viaje no fue malo, como queda indicado; pero luego empezó el balanceo, y con él mis angustias, sin tener donde rebullirme. Pasamos en éstas la ruta con gran virazón hacia el sur, yendo luego según pude oír hacia el sudeste; y así seguimos, que era la ruta según pude colegir de las islas Canarias. Hicimos en tres días muchas leguas, hasta que un día, que era lunes, oí que se le había desencajado el gobernario a la Pinta; y era la tal una de las carabelas que llevábamos, donde iba Martín Alonso Pinzón. Llamábase el amo de aquella carabela algo así como Gómez Rascón, y no quería hacer el viaje; algunos dijeron sospechar que era él mismo el autor de ésta industria, para desbaratar los planes que llevaba el Almirante. Y no era raro, pues antes de salir, dijo un marinero haberlo sorprendido en ciertos reveses y grisquetas. Mas era el tal Pinzón hombre de ingenio y esforzado, por lo que pudo apañar la avería; y ello, sin que desde nuestro barco pudieran hacer nada por socorrerlo. Como al día siguiente saltara de nuevo el gobernalle, después de andarlo componiendo, tomamos por fin rumbo a Lanzarote que era una de aquellas islas.

No hubo acuerdo entre los pilotos de dónde nos hallábamos, que no parecían hablar la misma lengua; mas como ocurriera otras veces, también aquí el Almirante tuvo su razón. Mandó entonces que fueran los barcos a la Gran Canaria, que era razón dejáramos allí la carabela averiada; pues a más de otros inconvenientes hacía agua y llevaba mal acondicionado el gobernalle, siendo su recta intención cambiarlo por otro en aquel lugar hasta quedar bien adobada, lo que se hizo con mucho trabajo. Pues

señores, aprovechaba yo cualquier coyuntura para dejar mi escondrijo y estirar las piernas, y comía algo de lo que fuera había, a fin de remediarme algo, y lavarme a escondidas; y hasta beber un buen vinillo en una bota que viajaba junto a mi tonel. En cuanto oía ruido volvía a mi concha y allí me aposentaba, hasta nueva ocasión. Pude comprobar que había en aquel barco una cubierta principal y no lo hice con poco peligro; y sobresalían en ella los castillos, a proa y a popa. Guardábanse en la proa los cordajes y velas, y otras herramientas y aparejos marinos; allí se acomodaban los hombres como podían, que era como sardinas en banasta. El castillo de popa llevaba dos pisos, y el techo del primero, que según supe entonces llamaban la tolda, extendíase desde un extremo de la nao hasta cerca del palo mayor. Estaban bajo ese cobertizo la caña del timón y la caja de bitácoras, con la aguja; que habíala yo visto algunas veces en Sevilla, así como la rosa y el compás. Pude ver en una de mis correrías que iban allí los cofres de los oficiales con los baúles de algunos marineros, y al lado las esteras y jergones de la tripulación. Arrollábanse por el día los ajuares de dormir, y luego de noche se estiraban; y sí alguno moría en el camino, como luego pude comprobar, servían a su dueño de mortaja. Hallábase sobre la tolda la cámara del capitán, y sobresalía un tanto de la curva del barco; y era su techo la toldilla, estando rodeado de barandas, y era lo que llamaban el puente de mando; que todo se me hacía nuevo, y vi que era el lugar más elevado sobre la cubierta. No hallé mucho espacio en la cubierta principal, y apenas si en ella podía caminar por causa de la artillería y de las velas, y de las escotillas de carga y descarga; y porque iban allá las bombas de achique con que sacaban las aguas que se colaban en la sentina. Y además el fogón, que según pude ver bien a mis anchas era una batea de hierro y arena donde se hacía fuego y cocinaban. Iban los botes tirados por la nao y atados con cuerdas a la popa, y en el borde de ésta se acomodaban las anclas bien sujetas. Ponían un farol al extremo de popa, bien arriba, con lo que por la noche los otros podían distinguir y seguir a la nao capitana. Con lo que, en anocheciendo llevaban el farol, y en tanto salían dos pajes que decían la doctrina cristiana, y dirigían las oraciones. He de decir que eran éstas en sábado harto solemnes, con cantos y varias letanías, y en éstas preguntaba el capitán: *¿Somos aquí todos?*, con lo que los otros contestaban: *Salve digamos, que buen viaje haremos, salve diremos, que buen viaje hagamos*, o algo parecido. Cantaban entonces con no poco desconcierto la Salve y las letanías, y más que música parecía aquello huracán; y, en concluyendo, el paje que hacía de monacillo decía: *Amén, y que Dios nos dé buenas noches a todos*.

Hallaron algunos que bajaron a la isla de Gomera a una tal doña Inés Peraza, que era madre de Guillén Peraza, según dijeron; y oí que estuvieron tomando leña, agua y carnes y lo demás, hasta que por fin nos hicimos de nuevo a la mar con las tres

carabelas que llevábamos. Esto era en jueves, día seis de septiembre, y llevaba yo en aquella grillera metido más de un mes, aunque ya saliendo a menudo; pues últimamente no me privaba de hacerlo y, según me parecía, algunos me tenían ya como que era de la tripulación, por la poca atención que en mí ponían. Cuando partimos de mañana, supimos por alguien que venía de Hierro que andaban tres barcos portugueses rondando por allá. Pensaron que fueran enviados por el rey de Portugal, por la mala envidia que tenía de que se hubiera vuelto el Almirante a Castilla para llevar adelante su empresa. Con esto tuvimos los vientos en calma, y poco que relatar, salvo que algunos se maliciaban que contaba el Almirante menos leguas de las que hacíamos, por que la tripulación no desmayara; y dijo un tal que no era fácil engañarlo a él, que sentía las leguas en su pellejo. Supe por entonces que había partido Colón de la ciudad de Granada el mes de mayo pasado anterior llegando a la villa de Palos, donde anduvo buscando gente para emprender el viaje, y se había ordenado a varios puertos de Andalucía que pusieran carabelas a su disposición. Mas, si bien halló dos barcos fácilmente, no le fue tan sencillo reclutar tripulaciones para ellos, que era a los ojos de todos la suya una descabellada empresa. Fue entonces cuando se le uniera el tal Martín Alonso Pinzón, que según decían era gran marino, y no pobre; y con su ayuda pudo reclutar ochenta y siete hombres, casi todos de la región, menos algunos vascos y de otras varias procedencias, siendo los sueldos de todos a cargo de los reyes. Supe que era Pinzón del puerto de Palos y tenía carabela propia, con otros barcos menores. Había navegado desde niño por los mares antiguos hasta tierras de Italia, y por los nuevos hasta Guinea, y era hombre muy bravo en la guerra sin que tampoco desdijera en la paz, por las muchas habilidades que tenía.

Llevaba según dijo el Almirante en el año de nuestra salida veintitrés de navegación, y le ordenaron los reyes no fuera por oriente, como se solía, por ser camino acostumbrado por los portugueses; y que fuera como pudiera del lado de occidente atravesando el mar Atlántico, lo que era cosa singular, pues nadie lo hiciera hasta ahora. Hubo sus dimes y diretes tocante a las joyas que algunos decían que la reina le dio; pues, según otros, no pudo darle la reina joyas algunas, ya que las tenía empeñadas hacía dos años para las guerras contra los moros de Granada. Hablóse de que estaban las arcas reales harto desprovistas, y entre las joyas que empeñó había un collar de hermosos rubíes que le regalara en su boda el rey don Fernando, con una muy rica corona de Castilla que la reina tenía. Supe que habían salido por entonces gran cantidad de judíos de España, yendo expulsados por los reyes; y a poco nos hallábamos ahora nosotros en estas grandes aventuras que asombrarían luego al mundo. Pues empezamos con este primer viaje el descubrimiento de las nuevas tierras que en un principio llamamos de las Indias, que aunque dijeran que otros llegaron

antes, era descubrir revelar, y sólo nosotros lo hicimos. Sin que otros, aunque allí mismo llegaran, lo hubieran dado a conocer. Fue en verdad el Almirante quien halló este camino que luego otros siguieran, y aquellos que fuimos con él conservaremos estos hechos con memoria imperecedera. Eran como atrás queda dicho los barcos que llevábamos una nao, la Santa María, y dos carabelas; siendo la Santa María como nao menos ligera, y propiedad de un tal Juan de la Cosa, nacido en Santoña. Capitán de la Pinta iba Pinzón, y de la Niña su hermano Vicente, y un tercer hermano llamado Francisco iba de maestre en la Pinta.

Estaba yo tan confiado, andando en un cajón de pasas y llenándome la faltriquera dellas, aprovechando que estaba solo en la bodega; cuando siento una mano que era más como martillo o mazo que cayó sobre mi cogote. Helóseme la sangre en las venas, y antes que pudiera rebullir me agarraron del pelo y me volvieron en redondo, y todo en menos de un suspiro. Me hallé frente a un hombrachón que era casi un gigante, y llevaba pantuflas de corcho, zapatos doblados, calzas marineras y bonete montero. Tenía los carrillos y orejas colorados, siendo igual la nariz, que era semejante a una piel de naranja con agujerillos. Parecieronme sus ojos dos puñaladas en un tomate, y las cejas las tenía tan erizadas como dos manojos de alambre. No gastaba el hombre muchos dientes y los que le vi mal acondicionados y muy negros, y eran las manos tales que hubiera podido descalabrar a cualquiera de un manotazo. Yo comencé a pedir confesión, y estaba tan turbado y muerto que apenas entendí lo que decía. Le pedí que trocase el peso de su justicia en la balanza de su misericordia, y como el requiebro de un adulador desvanece al más duro, le dije: “Señor mío, mucho me huelgo de conocer a vuesa merced, aunque hasta ahora no sepa su nombre”, y diciendo esto estaba colgado de su contestación. Creí que me echaría a la mar o me denunciaría al Almirante, pero ninguna de estas cosas hizo; sino que sin soltarme del cogote empezó a hacerme más preguntas que el maestro de escuela y el cura juntos no me hicieran durante un año seguido. Al final pareció conformarse con lo que le decía, y viéndome corrido y asustado llamó a otros dos, y me espetó: “Sujétate, pena de que perderás la vida y te llevará el diablo”. “Señor, ¿no hemos de hacer algo? -dijo uno. -Hasta ahora, a nadie se ha consentido viajar en este barco sin licencia del Almirante”. Y como yo hiciera intención de soltarme y me revolviere, dijo el otro: “Es inquieto el mozo, y para que pierda los bríos, ande pacífico y acuda el servicio, me parece que será provechoso remedio el caparlo”. Yo le supliqué, hincado de rodillas y hechos mis ojos dos fuentes de lágrimas, que tuviese lástima de mi juventud y que no me privase de las prendas más necesarias a ella; que en llegando a la vejez, entonces podía ejecutar en mí tan riguroso fallo. Volvió las espaldas, quizá porque no lo viera reír, y salí de aquella hecha tan quieto y sosegado, que parecía pretendiente de ermitaño.

Conformóse el hombrachón, y a cambio de ciertos servicios que le hiciera me tomó como criado suyo, o paje, con tal que nunca le contrariase, y no contase a muchos cómo había llegado hasta allí; pues como había en la nao mucha gente y nadie de antes se conociera, podría pesar desapercibido hasta que se hicieran a verme por allí. Dióme licencia que comiese en una ballestera, o junto el fogón en el suelo, como moro, o en las rodillas si quería, como mujer. Resultó luego ser el cocinero de la nao, y hombre muy avezado en la mar. Díjome que para no marearme ni vomitar, pusiera un papel de azafrán sobre el corazón, y estuviera quedo en una tabla en el hervor de la tormenta; y así podría estar seguro que no se revolviere el estómago ni se me desvaneciese la cabeza. Me presentó a un marinero cojo y tuerto que llamaban el Cojo, y me dijo que era muy versado en hierbas y hechicerías y podría enseñarme en ellas, y en lo que hubiera menester. Mostróme el cocinero su equipaje y llevaba agujetas dobladas, y cuatro camisas limpias; pues según dijo, era de tal calidad el agua del mar, que antes las ensuciaría todas que poder lavar una. Era a más de lo que he dicho dispensero de la nao, y llevaba para sí provisión de bizcocho blanco y tocino añejo, y muy buen queso, con alguna cecina y una gallina gruesa; pues era todo necesario para navegar. Díjome que era saludable en la mar hacer provisión de algún barril, o bota de cuero de buen vino blanco, a poder ser añejo, blando y oloroso; porque después, preciara más tener allí una gota que en otro tiempo una cuba; y el sabor confortaba el estómago, y el olor la cabeza. Me daba muchos otros consejos, y decía: Mira con quién te allegues, y de quién te fíes, con quién hables y con quién juegues, pues los hay tan avisados y taimados, que jugarían todos contra ti. Iba asimismo bien provisto de higos y pasas, de ciruelas y almendras, acitrón y dátiles. Como no había yo metido en la nao ni taza ni jarra para beber, dispensóme el tal, que en la escudilla de palo que usaban en la cocina me dieran un poco de agua. Díjome que había de ser en el barco humilde en la conversación, paciente en las palabras, disimulado en las necesidades y muy sufrido en las afrentas, porque en la mar era más natural sufrir las injurias que hacerlas, y menos vengarlas. Y que eran estos viajes azarosos, y era fácil que el viajero no llegase a puerto, o si llegaba hubiera de sufrir todas las penalidades de la mar.

Honróme su ilustrísima con singulares distinciones, y a poco llamábanme todos por ser tan conocido, y porque gustaban de oír mis chanzas. Díjome él que tendría que aprender a cocinar, pues quien hacía su renta había de tener un oficio, y que la ocupación era maestra de la paciencia. Aprendí brevemente porque, con todas estas travesuras, el rato que ocupaba en las tareas me aprovechaba más que a los otros, por tener vivo ingenio. Iba con nosotros aquel hombre, que a más de tener un ojo ciego, para más inri tenía el otro bizco a puras nubes. Preguntéle de dónde venía. “Mi tierra -respondió el preguntado-, no la sé, ni por dónde camino, tampoco”. Luego que tomó



confianza me dijo que su padre era sastre, y enseñóme su oficio, y de corte de tijeras saltó a cortar bolsas; y en el oficio había hecho maravillas, mas ahora andaba tullido y muy alcanzado de dineros, porque en el juego no le iba bien.

Díjele que no me espantaba, que todos se han de buscar la vida en este mundo trabajoso, y los más hurtando. Entre dicho y dicho bebimos de una bota que el Cojo llevaba, y bebí de tal modo que dentro de un cuarto de hora me hallaba con más ganas de callar que no de hablar. Estando de tres dormidas como gusano de seda, pues dormía despacio lo que había bebido deprisa, soñando que vertía aguas en su lugar correspondiente le inundé al Cojo su colchoncillo. Dióme un empellón cuando lo sintió y acabamos a tortazos, mas supuesto que la pendencia que habíamos los dos tenido se apaciguaba con dos jarros de agua fría, hicimos las paces de seguido. Yo iba tan herido de las estocadas del vino, que ni conocí a los que me llevaban, ni supe si entraba en cárcel, mesón o taberna; y con esto, toda aquella lección tomé bien de memoria, y determiné de no volver a situación tan peligrosa y de tan poco provecho; pues me hallaba con las tripas encharcadas, como rana.

Traía el despensero la leña y el carbón y hacía la lumbre, y era el fogón una caja de hierro apoyada en trozos de madera, y una capa de tierra a fin de aislar el fuego de cubierta. Había mamparas que la guardaban del viento, y encima un tirante de hierro para colgar las vasijas con asa. Era el fogón poco suficiente para las comidas de la tripulación, con lo que cada cual había de ingeniárselas como pudiera. Había marineros pacientes y otros quisquillosos, que eran los más, y aún daba gracias a Dios por haber salido con bien de la aventura; y pude ver que viajaba allí gente poco experimentada, que gobernaba mal, aunque el Almirante los apercibiera con frecuencia sin conseguir gran cosa. Tomóme como he dicho cierta afición el cocinero, pues de seguida aprendí a sancochar, y adobaba un potaje caliente como el mejor. Tomábamos en el desayuno cualquier cosa fría, y en la comida de mediodía se encendía el fogón y esto sucedía hacia las once de la mañana, antes del relevo de la guardia. Vimos en éstas un trozo de mástil de una nao, que era muy grande; y aunque hicieron intención de tomarlo, y mi nuevo amo estuvo en un tris de conseguirlo, por la poca ayuda se le fue de las manos. Seguíamos navegando hacia poniente, y el Almirante seguía declarando menos leguas de las que hacíamos, con lo que había ciertas murmuraciones; por tiempo las agujas nordesteaban, según oí, y a las pocas horas surdesteaban, y las corrientes nos eran contrarias. Dijeron los de la carabela Niña que habían visto un garzao y un rabo de junco, y ya la gente se puso contenta, pues es sabido que las tales aves nunca se apartan de la tierra, y como mucho de veinte a veinticinco leguas. Pero no vimos nada, sino en la noche caer del cielo algo así como un ramo de fuego en la mar, a cuatro o cinco leguas de nosotros, y a todos nos llenó de maravilla.

Amistaba yo por entonces con el marinero tuerto y cojo, que decía ser brujo y saber de astros y señales en los cielos; cierto es que nos caímos bien después de la aventurilla del vino, y aún creo que quería enseñarme en sus cosas y hacerme acólito suyo. Decíame que cada planeta tenía su órbita particular, y los astros influían mucho sobre el nacimiento de los hombres y decidían su destino, por lo cual se podía leer el destino en ellos. Decía el tal que cada día de la semana estaba bajo la influencia de un planeta, cosa que había que tener en cuenta al llevar a cabo los conjuros, evocaciones y ciertas maldiciones. Explicábame, que si alguien se perfumaba con simiente de lino o con raíces de violeta, conocería las cosas futuras; y que para echar los malos espíritus era menester hacer un perfume que llevara pimienta y hierbabuena. Díjome que por tener un lunar en el sobaco izquierdo, indicaba eso que la primera parte de mi vida estaría llena de luchas y dificultades, y fue entonces cuando empecé a creerlo; pero que sería con buenos resultados, pues alcanzaría una buena posición y reuniría cierta riqueza. Y que la segunda etapa de ella sería tranquila, y en eso bien se equivocó. Creía que Dios había confiado a los gnomos la guarda de ciertos tesoros subterráneos, y ellos los daban a quienes querían. Saludaba a la luna nueva con una serie de morisquetas y ceremonias, y arrojaba al mar cualquier cosilla pidiendo a la luna le concediera larga vida; hacía arder en el fogón unas hojas de laurel que llevaba consigo, mascullando al tiempo unos conjuros que ni el diablo los pudiera entender. Escribía en éstas ciertos signos en el suelo y daba cabriolas con ciertos cantos e imprecaciones, con lo que muchos lo tomaban por loco de atar.

Seguimos navegando casi siempre en la misma dirección, y así andábamos muchas leguas; y al parecer el Almirante contaba siempre menos por que la gente no desmayara. Eran los aires templados, sobre todo en las mañanas, y ahora que se me había hecho el cuerpo a navegar parecíame gozar la primavera, como en el mes de mayo de Andalucía. Flotaban por entonces en el agua manojos de hierbas muy verdes, que no sabíamos de dónde vinieran, aunque todos maquinábamos estar cerca de alguna isla o de la tierra firme; y aunque con esto nos consolábamos, movía la cabeza el Almirante y nos decía que no la hallaríamos aún, sino más adelante. Nos ayudaba la corriente y hallamos más matas de hierba cada vez, que venía hacia poniente y parecía haber sido arrancada por el agua de unas peñas. Pero como no halláramos nada andaban mis compañeros apenados, y los pilotos tomaron el norte, marcándolo, diciendo que las agujas nordesteaban una cuarta. Súpolo el Almirante y mandó que tornaran a marcar el norte, y en amaneciendo estaban buenas las agujas; vimos más hierbas como de río, y en ellas un cangrejo que guardó el Almirante como muestra. Andaba yo embelesado mirándolo todo y los ejercicios de la gente, y maravillado de oír la lengua marinera, la cual yo no entendía más que el chino o el latín. Acabé sabiendo

algo de esa lengua, pues para pedir la taza, decía: *larga la escota*, y si pedía una toalla, *daca el pañol*. Cuando alguno tiraba un cuesco, que sucedía muchas veces, decía: “¡Ah, de la popa!”, y ya no era en mi mano dejar de hablar esta lengua. En este lugar los marineros marinaban la nave, los grumetes ayudaban a los marineros y los pajes servíamos a marineros y a grumetes, barríamos y fregábamos, decíamos las oraciones y velábamos aquella nuestra ciudad. Los viernes y vigiliás comíamos habas guisadas con agua y sal, y andábamos los pajes con la galleta en la mano y la taza de vino, harto más bautizado que queríamos, terminando así la comida sin que la hambre tuviera conclusión. Estaba el agua del mar menos salada que cuando salimos de Canarias, y eran suaves los aires; por tiempos iba contenta la tripulación, y cada cual pretendía ver tierra el primero, hallando aves que llamaron toninas; que yo maté una y se la llevé al cocinero. Me dijo él que eran señales de poniente, y que la tierra no debía de estar lejos; había entonces gran bonanza en la mar, y lo mismo sucedió durante algunos días.

Vio el tal Martín Alonso una gran multitud de aves dirigirse a poniente y se adelantó, y divisamos por la parte del norte una gran cerrazón, que era señal de estar sobre tierra. Vimos al día siguiente venir un alcatraz sobre la nave, y a la tarde otro, y esos no suelen apartarse según me dijeron de tierra, lo que nos confortó; también llegaron lloviznas sin viento, y nos aseguró el Almirante que tenía por cierto que había de haber algunas islas en la banda de norte y de sur, pero no quiso que nos detuviéramos por no retrasar el camino a las Indias. Dijo que, mediando Dios, a la vuelta podríamos verlos. A tiempos iban las velas encampanadas y alzadas, que era gustoso verlas; eran las naves ligeras para recorrer las distancias, y de poco calado, que les permitiera entrar en barras y puertos poco profundos; y era la Santa María como creo haber dicho nave o galeón, que se había destinado a la carga. Tenía tres mástiles y sus dos castillos, y su puente de mando en popa, como ya se sabe; dijeron haberla construido en Galicia, quejándose algunos de que fuera demasiado pesada y no apta para el oficio de descubrir. Oí que eran la Pinta y la Niña de aquéllas que hacían el tráfico en Río Tinto, y por eso mucho menores, mas la Pinta un poco mayor, con dos velas cuadradas y una latina, que era una hermosura. Viajábamos noventa entre estas naves, hombres y muchachos, yendo cuarenta en la capitana o almiranta que era la Santa María, y eran conmigo cuarenta y uno. Aquí se vio la trampa del Almirante con las leguas, pues había la Niña notado cuatrocientas cuarenta desde las Canarias, y el Almirante sólo cuatrocientas. Seguimos viendo yerba y alcatraces, y llegué a tomar un pájaro en la mano, que era como garza; parecía de río y no de mar, aunque tenía los pies como gaviota. También llegaron al anochecer varios pajarillos cantando, y después se fueron cuando el sol salió; de éstos no pude yo coger ninguno.

Cavilaba yo en los alcatraces, pues estas aves supe que dormían en tierra y por la mañana salían al mar a buscar comida, no alejándose más de veinte leguas. En éstas teníamos tiempo de calma y algún viento, y un día que era viernes, a veintiuno de septiembre, había en la mar tal cantidad de hierbas que estaba cuajada de ellas, viniendo todas del oeste. Eran los aires los mejores del mundo, y el mar tan llano como un río; y yendo en esto vimos una ballena, con lo cual no dudó nadie que estábamos cerca de tierra, pues no se alejaban de ella.

Llevaba el piloto la derrota y portaba cartas y astrolabio, aguja y cuadrante, sonda y ampolletas; y tenía harto conocimiento de las mareas, con lo que era en la nao como el ánimo en el cuerpo humano, y el capitán sólo indicaba el derrotero. Después del piloto seguía el contra maestre, que hacía se cumplieran las órdenes del capitán y del piloto; se ocupaba de la estiba y limpiezas generales, como de las maniobras y recorrido del aparejo. También procuraba el oreo de las velas y el achique de la sentina, y que no se apagase el fogón a la puesta de sol. Andábamos todos animados con las señales que he dicho, mas preocupados de no poder volver a España, pues los vientos eran siempre contrarios a esa vuelta. Había ya muchos cangrejos en las hierbas, y pajarillos y otras aves blancas, y seguía la mar muy llana, con lo que la gente murmuraba: "Pues no hay por aquí mar grande, nunca podremos regresar a España". Mas como si la mar tuviese oídos alzóse de pronto, y todo sin viento, lo que nos asombró; y era tan necesaria esta mar alta, según nos dijo el Almirante, como les fuera a aquellos judíos que salieron de Egipto con Moisés para librarse de su cautiverio. Hablaba éste desde nuestro barco muchas veces con Martín Alonso Pinzón, que iba en la Pinta, sobre una carta donde tenía pintadas ciertas islas por aquella mar; y discutían sobre este asunto dando cada cual su opinión. Una vez se enviaron la dicha carta con una cuerda, y la consultaron piloto y marineros. Estuve mirando al capitán cómo proveía, y a los marineros cómo ejecutaban, y dijéronme que eran las agujas que marcaban el rumbo de hierro dulce, que perdían pronto sus buenas propiedades; por lo que el capitán llevaba una piedra imán para cebarlas. Iba la aguja sobre un círculo y allí señalados los ocho rumbos y vientos principales, y otros a la mitad, que eran treinta y dos, y de noche ponían un farol junto a ella. Medíamos el tiempo con ciertas ampolletas, que eran relojes de arena de medias horas que fabricaban en Venecia; como eran frágiles se rompían muchos, y hasta veinte de éstos llevábamos en la nao capitana.

Había acabado de ponerse el sol cuando subió Martín Alonso en la popa de su navío, y con grandes y alegres voces llamó al Almirante diciendo que veía tierra; con lo que cayó éste de rodillas dando gracias a Dios, y lo mismo hacían Pinzón y su gente, todos cantando a una voz el *Gloria in excelsis Deo*. Pasaron la noche afirmando que

era tierra, y de mañana se echaron al agua muchos marineros, yo entro ellos; viendo muchos dorados y otros peces, mas nada de tierra, volviendo luego cada cual a su nao. Pues, ya cuando el sol lucía, hubo que apercibirse que aquello que parecía tierra no lo era, y sí cielo, y así se acabó la alegría. Por contra, venían hacia nosotros muchos dorados, y con no poca maña pude atrapar uno de ellos que luego asé, y repartí con el Cojo. Tomé con éste un rabo de junco, y lo guardé como recuerdo. Seguimos luego navegando al oeste, día y noche; aunque con menos ánimos que antes, que ya decaían. Y siempre el Almirante nos contaba menos leguas de las que hacíamos, que iba la broma en boca de todos. En éstas iba terminando el mes de septiembre y llevábamos casi un mes en camino, y casi dos desde que salimos de Palos; con lo que yo también empezaba a arrepentirme, como los demás. Vimos por entonces un pájaro que llaman rabihorcado, que hace vomitar lo que comen los alcatraces para comerlo él, y de eso se alimenta, que hay gustos para todo. Algunos marineros llevaban aparejo de pesca, y aprovechaban el reposo para tomar algunos peces; pues además de tener recreación tenían así pescado fresco y sin salar. Eran las pulgas y piojos que llevábamos comunes a todos, que aquéllas saltaban por las tablas y éstos se criaban entre las costuras. Y de las chinches no digamos, que estaban en todos los resquicios. Improvisábamos los mozos corridas de toros, como en Sevilla; y con las aves que llevábamos para comer, hacíamos pelea de gallos. Dábamos representaciones de teatro, y certámenes de poesía que eran cosa de ver, por lo bastos; y en los momentos de descanso el cocinero tocaba una guitarra, y cantaba romances para olvidar las penas que tenía. Así seguimos navegando entre hierbas y con aire suave, y la mar llana como una laguna, viendo siempre alcatraces y juncos, pero sin hallar tierra. Pensaba yo en mi corto conocimiento que tantas aves juntas no podían ir perdidas, ni desmandadas. Cavilando en esto, me dijo el cocinero que estaban las estrellas llamadas las Guardias a la parte de poniente a la anochecida, y amaneciendo estaban justo con la estrella; por lo que parecía que la estrella hacía movimiento como las demás, y la aguja pedía siempre la verdad; cosa que no entendí muy bien, ni la entendiera aunque me mataran.

Así llegamos al mes de octubre, contando siempre menos leguas de las que andábamos. Mostrábame mi amo el artificio, pues decía que mientras el Almirante nos declaraba menos de seiscientas al oeste, le decía su cuerpo que eran setecientas o más; aunque siempre con esa mar que digo llana y buena, hallando cada cierto tiempo un ave blanca que parecía gaviota, y en el agua algún pez. Había hierba vieja y otra muy fresca, y traía como fruto; mas no consentía en cambiar su ruta el capitán, diciéndonos: que aunque quedaran atrás las islas que llevaba pintadas en su carta no podía detenerse, pues era su fin pasar a las Indias, y no era de buen seso el hacerlo.

Para matar el tiempo jugaban algunos a los naipes, y con dados falsos, y aún aquéllos los llevaban señalados; vi algunos libros sabrosos, y otros llevaban con las horas devotas; porque de los tres ejercicios que había, que eran leer, jugar y hablar, decían algunos que era mejor y menos dañoso el primero. Cuidaba mi despensero de los víveres, que eran cada vez menos, y de su justa distribución; y era mi encargo despabilar los faroles y alimentar el fogón, y me traía como a zascandil. Mientras, él instruía a los grumetes en el cuarteo de la rosa y en las cantinelas, y era particularmente para tener la certidumbre de que no se dormían. Al repartir las raciones dábamos primero lo más añejo, y dormía la llave del pañol de los víveres bajo su almohadón. Como viéramos más alcatraces y en bandada, tomé una piedra que hallé en la nao y a una de ellas le di una pedrada certera; mas no pude alcanzar ningún golondrino, de los que también llegaban por tiempos. Oí que proponía Martín Alonso una cosa, y era que sería bueno navegar a la cuarta del oeste, o a la parte del sureste; todo con el fin de alcanzar la isla de Cipango, pero el Almirante no lo consintió. Era ya domingo, día siete de octubre; vimos que la carabela Niña, que iba delante por ser más velera, levantó una bandera en el topo del mástil y tiró una bombardita, señalando que veían tierra, pues así había mandado el capitán que lo hicieran. Todos queríamos ver tierra primero, y era cosa natural, pues cada cual quería gozar de las mercedes que los reyes prometieron. Tenía también ordenado el Almirante que las naves se juntaran al salir y al ponerse el sol, porque eran más propicios estos tiempos para ver más lejos; y mientras las bandadas de aves pasaban del norte al sudeste, con lo que pensábamos todos que se iban a dormir a tierra, o quizá huían del invierno. Servía yo de tiempo en tiempo al Almirante, y era su cámara pequeña, no cabiendo en ella más que una mesa y una silla, a más de un taburete. En un rincón estaba el arca con los enseres de escritorio y el servicio de mesa, y a mayores tenía lavamanos y cama corrientes, y ésta con colcha y arambel. Al capitán, piloto y escribano poníamos mesa aparte y con mantel, en la cubierta; y alguno de los pajes los invitábamos a sentarse, diciendo: "Tabla, tabla, señor capitán y maestre, y buena compañía; tabla puesta y vianda puesta, y viva el rey de Castilla, y quien le diera guerra que le corten la cabeza, y quien no dijera amén, no le den de beber. Y en buena hora, el que no viniere que no coma".

Estaban ya los manteles sucios y el bizcocho deshecho, y no había en los platos más que pellejo y huesos mal cocidos; sentábanse los marineros donde podía cada cual, y los pajes íbamos repartiendo la comida y el vino, y platos de cecina y otras cosas que avivaban la sed, siendo así que el agua se daba por onzas, como en las boticas. Había trabajo en la comida, pues era poca y peor aderezada; a los mozos nos daban un poco de tocino a las mañanas, y al mediodía cecina cocida, y poca, con menos de queso, y lo mismo era a la noche. Con lo que padecíamos gran sed, y

algunos en dándonos la ración diaria de agua la bebíamos, y estábamos secos hasta el día siguiente. Si queríamos purgar el vientre teníamos que ir a las letrinas de proa o arrimarnos a la ballestera; y lo mismo tenía que hacer el capitán, y un duque que hubiera sido haría lo mismo. Ello lo hacíamos públicamente y sin vergüenza, y nos veíamos todos asentados en la necesaria como antes nos vimos comer en la mesa. Era tabla agujereada, y la llamábamos jardín; que no tenía separación el frente, y el único asidero era agarrarse a algunas cuerdas haciendo reverencias al cielo; y era menester asirse bien, sopena de ir a dar con los peces. Seguimos en éstas navegando otros varios días, que a tiempos parecíamos andar por el Guadalquivir, en Sevilla; tales eran los aires, tan dulces y con tanta hierba, que parecía el mes de abril. Todas las noches oíamos pasar pájaros, y bien lo notó el Almirante; mas de tierra no había nada, y la gente ya no lo podíamos sufrir. Quién más y quién menos se lamentaba de aquel largo viaje sin pena ni gloria, y aunque hiciera el Almirante lo posible por esforzarnos, lo más que en su mano estaba, íbamos tan flacos de ánimo que faltó poco para que estallara un motín. Nos daba a menudo buenas esperanzas de los provechos que tendríamos, y decía después que era cosa vana por demás quejarse; pues sólo nuestro esfuerzo podría llevarnos a las Indias, y que las hallaríamos con la ayuda de Dios. Con todo seguía la vida, y era de ver el fogón, que algunos llamaban la isleta de las ollas; y suspiraban algunos por las uvas albillas de Guadalajara, otros por las guindas de Illescas, por los nabos de Somosierra algunos, y hasta por una penca de cardo de Medina del Campo, que de todo había; y no digamos los andaluces, que era mucho más. Así íbamos todos regoldando deseos y cosas inalcanzables; pues pedir de beber en medio de la mar era morir de sed, y daban el agua gota a gota como he dicho, después de hartos de cecina y de cosas saladas. En éstas salíamos de noche dos pajes y decíamos la doctrina cristiana y otras oraciones, y eran éstas el paternoster, avemaría, credo y salve regina; de lo que entrábamos a velar la ampollita, diciendo:

*Bendita la hora en que Dios nació,*

*Santa María que lo parió,*

*San Juan que lo bautizó.*

De ahí adelante los párpados no se podían tener, alzábanse las pestañas, y cada uno se aplicaba a la parte que tenía para su recogimiento. Si algún mozo iba delicado o estaba enfermo le daba licencia el patrón para dormir sobre una tabla, y tomar por almohada una rodela. Llevábamos un barbimédico para sacar sangre a los marineros si era menester, y al mismo tiempo roer nuestras testuces. Íbamos todos, mozos y viejos, sucios y pegados los unos a los otros; y así uno regüeldaba, otro descargaba las tripas o soltaba el viento, y mientras otros almorzaban sin poder protestar, pues las ordenanzas que eran en la nao lo consentían todo.

El jueves tuvimos mucha mar, más que en todo el viaje habíamos tenido. Íbanme las arcadas a la boca y el vomitar; se me quitaba la vista y perdía el comer, y era la muerte chiquita. Todo se volvía a unos y otros hallar cañas y palos en el agua, y hasta hallaron un palillo labrado que parecía haberlo sido con hierro; y una tablilla, y vieron los de la carabela Niña un palillo lleno de escaramujos. Después de puesto el sol, y a once de octubre que estábamos, íbamos navegando hacia el oeste andando doce millas cada hora; marchaba delante la carabela Pinta, que asimismo era más velera que la nuestra. De pronto, sin saber cómo, vimos que hacía las señales que el Almirante había mandado. Preguntamos todos quién diera la señal, y dijeron que un tal marinero que se decía Rodrigo de Triana y era paisano mío; y estando el Almirante en el castillo de popa a las diez de la noche vio lumbre, pero era cosa tan cerrada, que hasta después no quiso asegurar que fuera tierra. Llamó al repostero de los estrados del rey y le dijo que parecía lumbre, según me dijeron, y él subió arriba, y vióla. Hizo lo mismo con Rodrigo Sánchez de Segovia, a quien enviaron los reyes como su veedor; pero él no vio nada, porque no estaba en lugar donde pudiera ver. Atendía yo al fuego aquel y lo vi que brillaba una o dos veces como una candelita de cera, que por tiempos se alzaba y levantaba; mas pocos pensaban que fuera aquello indicio de tierra. Sólo el Almirante tenía certeza de que lo fuese y acertó en ello, como solía suceder. Dijimos la salve como solíamos, a nuestra manera cada uno; pues luego que comenzábamos la de todos los días éramos todos cantores y hacíamos de garganta; y no hacíamos el canto por terceras, quintas ni octavas, sino cantábamos al tiempo ocho tonos, y más otros medios tonos y cuartas. De modo que hacíamos de la salve y letanía, según se podía colegir, tormenta de música. Que si Dios y los santos a quienes rogábamos miraran nuestros tonos y voces, y no a nuestros corazones, no nos conviniera pedir misericordia con tal desconcierto de alaridos.

Encomendónos el capitán que hiciéramos guardia en el castillo de proa y miráramos bien, pues al primero que divisara tierra le daría un jubón de seda como regalo. Y eso aparte de las mercedes que habían los reyes prometido, que eran diez mil maravedís. Los mozos, en turnos de cuatro horas, tuvimos uno a uno el encargo de vigilar la ampollita, darle vuelta y marcar las veces en una pizarra; y para probar que no dormíamos entonábamos alguna cantinela, como ésta:

*Buena es la que va, mejor la que viene,  
una es pasada, y en dos muele...*

*Ah de proa, alerta, buena guardia tengáis.*

Así cantaba yo probando que no me dormía, y señalaba que acababa de dar vuelta a la ampollita a las tres; los de proa contestaban con un grito o gruñían, dando a entender que no dormían tampoco. Así, tres horas después de medianoche estuve



yo seguro que era tierra, aunque ya otro lo hubiera anunciado. No sé lo que sentí, pero empecé a dar voces como un loco y tuvieron que asirme; pues parecióme que era un día grande aquel, que habíamos logrado alcanzar las Indias por el mar Atlántico. Amainaron las velas, quedaron las naves con el treo, que era la vela grande sin bonetes; y se pusieron a la corda, temporizando hasta el día viernes que llegamos a una isleta de los Lucayos; siendo el final aquel de esta primera parte de nuestro viaje.

\*\*\*

Llamábase aquella primera isla Guanahaní, y hallamos en este lugar harta gente desnuda; bajó a tierra el Almirante y yo con él y otros, así como los capitanes de las naos con otras personas. Eran ellos el dicho Martín Alonso y el otro Vicente Yáñez, su hermano, que era capitán de la Niña. Bajó un escribano, que había de levantar acta de la toma de posesión de toda aquella tierra descubierta, y hacer funciones de notario. Llevaba el Almirante la bandera real y ambos capitanes sendas banderas cada uno, con una cruz verde y las iniciales de los reyes; y sobre cada letra su corona. Miraban otros desde las naves, y había árboles muy verdes y muchas aguas y frutos a lo lejos; y parecía cosa buena, pues hallamos agua fría y sana, siendo así que hubimos de beberla en el camino turbia y cenagosa, a más de caliente, en forma que había que taparse con una mano las narices y con otra llevarla a la boca. El vino que llevábamos era aguado y ácido, a más de turbio, podrido y poco. Pero, volviendo a lo que importa, mandó el Almirante que saltaran todos a tierra, y así lo hicieron; y era de ver abrir cajas con tanta prisa, sacar camisas limpias y ropa nueva, y ponerse todos tan lucidos. Dieron fe de todas estas cosas los escribanos Rodrigo de Escobedo y Rodrigo Sánchez de Segovia, y tomó el Almirante posesión de la isla en nombre de los reyes sus señores, quedando todo por escrito. Andábamos gozosos con lo sucedido, que apenas podíamos hablar, y todo se miraba y se admiraba como si fuera lo primero que se viera en el mundo. Nos mandó el Almirante que repartiéramos ciertos objetos entre aquella gente, pues parecían mansos y de buen conformar; y pensamos era más conveniente convencerlos con dádivas que no por la fuerza. Trajimos de las naos bonetes colorados y cuentas de vidrio que ellos se ponían muy contentos al pescuezo, y cosas de poquísimo valor; pero como brillaban, y aquellos parecían inocentes, las tomaban de nuestras manos como maravillas. Andaba junto a mí el tal marinero lisiado, y con faltarle pierna y ojo mi amo lo miraba de través ahora, como si fuera a darme malos consejos o ganarse en demasía mi voluntad. Pero a mí me divertía harto, por las muchas cosas que siempre tenía que contar; y por aquellos galimatías que mascullaba quedo, poniendo en blanco el solo ojo que tenía. En esto, quedaron los naturales tan amigos nuestros que muchos llegaban a los barcos, nadando; y algunos traían papagayos y azagayas, y unos rollos de algodón en ovillos; y a cambio les dábamos

cuentecillas de vidrio y cascabeles; y todo lo tomaban, dando lo que tenían con buenísima voluntad. Parecíame que eran gentes muy pobres, pues andaban desnudos como su madre los parió; y vi una mujer harta moza y hermosa que me recordó a una mocita de Sevilla, aunque no conociera yo de ésta ciertas interioridades; y este morenilla he de decir que andaba en cueros como los demás. Parecían los hombres mancebos, algunos más jóvenes que yo, y tenían cuerpos hermosos y bien hechos semejantes al mío, y de cara tampoco estaban mal. Eran sus cabellos cortos, fuertes y suaves como seda, al parecer; y algunos pocos los llevaban bien largos, como si nunca los hubieran cortado. En éstas miraba yo a la moza, que brincaba dando saltos como chiquilla; que parecían sus senos duros y eran redondos como dos manzanas.

Había algunos dellos pintados de oscuro y otros de amarillo, o bien de blanco y colorado, y otros de diversos colores. Llevaba un tal la cara pintada, y otro todo el cuerpo; y quién tan sólo los ojos o la nariz. No tenían aquéllos ningún arma, ni parecían conocerlas; pues ciertos marineros les mostraron dagas y las tomaban por el filo, cortándose. Lo mismo hicieron con la espada que les dio el Almirante, cortándose por ignorancia; porque no conocían el hierro ni lo tenían en sus joyas, sino dientes de peces o de otros animales. Eran gentes de buena estatura, que aventajaban a muchos de los nuestros, llevando señales de heridas y cicatrices en sus cuerpos; y ante nuestras preguntas contestaban por señas que había gente en otras islas que llegaban a veces a tomar la suya, con que los herían; y defendíanse ellos, pues querían llevarlos cautivos. Parecían tener buen ingenio, pues sin saber nuestra lengua entendían muy bien lo que les queríamos decir; con lo que decidió el Almirante llevar seis de éstos a los barcos cuando nos partiéramos, para que dieran fe que decíamos verdad y aprendieran la lengua de España. Por más que miramos no vimos ninguna fiera por allí, sino tan sólo papagayos y otras aves. Viendo el sol ya empinado subimos a las naos, y salimos dos pajes de cubierta con sendos envoltorios que llamábamos manteles, y tendímoslos; tan mal blancos y adamascados que parecían pieza de fustán pardo deslavado. Hinchamos la mesa de unos montoncillos de bizcocho deshecho, tan pardos que los manteles parecían tierra con montoncillos de estiércol. Tras esto pusimos tres o cuatro platos de palo en la mesa, llenos de caña de vaca sin tuétanos, vestidos de algunos nervios mal cocidos, que era cosa de ver. En un santiamén salió diciendo amén toda la gente marinera y se sentaron en el suelo a la mesa, dando la cabecera el contramaestre; uno echaba los pies delante, otro las piernas atrás, cual se sentaba en cuclillas, cuál recostado, y de otras muchas maneras. Sin esperar bendición sacaron los caballeros de la tabla redonda sus cuchillos de diversas hechuras, que algunos se hicieron para matar puercos y otros para cortar bolsas. Cogían en las manos los pobres huesos, y así los iban desguarneciendo de sus nervios y cuerdas, como si toda la vida hubieran

andado a la práctica de la anatomía en Sanlúcar o en Sevilla; y en un credo los dejaron más tersos y lisos que el marfil, con el hambre que los buenos sucesos y el mucho andar les había dado.

Era el estilo de saludarse de mañana unos navíos a otros a voz en grito, al son del chiflo, diciendo: “Buen día”, en tan buen tono que taladraba las orejas; y amanecido llegaron a la playa donde nosotros estábamos ya muchos de aquellos hombres, mancebos todos. Eran también éstos no poco hermosos y de buena estatura, y todos con los mismos cabellos que eran como sedas de caballos. Tenían anchas las frentes y los ojos grandes y bien hechos, y no eran negros, sino morenos como las gentes de Canarias. Y por más que miré no vi entre ellos ninguna mujer. No tenían barriga ninguna, y las piernas harto derechas; y venían en unos barcos luengos hechos con cortezas de árbol de una pieza, labrados de tal forma que era maravilla, algunos tan grandes que podían tomar cincuenta hombres o más. Los había pequeños también, de uno solo, remando con una pala como de hornero, y andando todos muy deprisa. Si se volvía alguna barca se echaban todos a nadar, enderezándola, y la vaciaban con unas calabazas que traían. Iba atento el marinero lisiado por ver si llevaban oro, y sonsacaba a alguno si traía algún trocillo colgado a la nariz. Dijéronle por señas que más el sur había un rey que lo tenía, y muchos vasos de lo mismo, con lo que hablamos de ir hacia allá. Mas no conocían ellos el camino, y había prohibido el Almirante que nos moviéramos de aquel lugar hasta el día siguiente, que tomaríamos el sur, y el sudeste. Según nos dieron a ver los naturales luego, los hombres del norte venían sólo a combatirlos, y eran los otros los que tenían el oro y las piedras preciosas.

Habíase empeñado el compañero en mostrarme el arte de la magia, con que según decía, conseguía ciertos efectos en contra de las leyes de la naturaleza; y aseguraba por sus muertos que con estas cosas podría hallar el oro en donde estuviese. Iba el tal lleno de amuletos y talismanes, que decía tan antiguos como el mundo; y como fueran de pequeño tamaño, los llevaba siempre consigo y le servían de protección. Sobre todos éstos apreciaba un talismán que era un sello de su signo astrológico, impreso en una piedra correspondiente a dicho astro; y había sido cincelado, según él, en el día y hora más favorables al planeta. Decía cosas, como que compensaba los efluvios astrales; antes se hubiera dejado arrancar el ojo que le quedaba, que desprenderse de aquel amuleto. Pudimos ver ambos que era la isla en que estábamos grande, llena de árboles muy verdes, y que había en medio una laguna con muchos arroyos, y ninguna montaña; eran todas sus gentes mansas y amigables, que hasta los trozos de escudilla y los vasos rotos los querían, y era cosa de ver. No estaba dispuesto el Almirante a perder mucho tiempo, pues era su deseo alcanzar aquella isla de Cipango, y cuando fue de noche todos los naturales fueron a tierra con sus barcos y

almadías. Cenamos en el barco nosotros, como solíamos; y fue la carne que comimos tasajo de cabrones, vaca salada y tocino rancio, esto sancochado o cocido, y poco más que mucho; y lo poco, más quemado que asado. Por manera que puesto a la mesa era asqueroso de ver, duro como el diablo de mascar, indigesto como piedras para digerir y dañoso para hartarse de ello, si hubiéramos podido. Rezamos y cantamos como todos los sábados, y fijada la guardia los otros se fueron a dormir. Amaneciendo el domingo mandó el Almirante aderezar el batel de la nao, y las barcas de las carabelas. Cuidaban algunos carpinteros del barco y las bombas de achique, y de calafatear las naves cuando hiciera falta; y cuando todo estuvo dispuesto fuimos a ver el otro lado de la isla, donde hallamos dos o tres poblaciones. También aquí su gentes venían a la playa trayéndonos agua y cosas de comer, y otros se echaban a la mar, y por señas nos preguntaban de dónde habíamos venido. Llamaban a otros, diciendo en su lengua que vinieran por ver a los hombres que llegaron del cielo, y les trajeran de comer y beber. Todos traían algo, hombres y mujeres, y alzaban las manos como dando gracias; mas no nos acercábamos, pues habíamos visto una gran restinga de piedras que cercaba la isla alrededor. Era la entrada muy angosta aunque el puerto era grande, y dentro de él no se movía la mar más que lo hiciera el agua de un pozo. Vimos entonces muchas mozas, pero todas de lejos, que iban desnudas; y con esto se demudaba mi compadre el cojo, pues pretendía arrancar un cabello de una joven virgen y guardarlo con él, y así podría enamorarla. Aconsejábame otro tanto, mas yo le juré no necesitar tanta cosa, o al menos no la necesitaba en Sevilla; y a cambio acabó regalándome una pequeña bola verde, que según dijo contenía el corazón de una paloma y los ojos de un sapo, todo puesto a secar. Me encomendó entonces que llevara el amuleto sobre mí, tocando la piel del pecho izquierdo, que era secreto maravilloso de la magia natural. Pasado esto vimos que había en la isla muchas huertas de árboles, las más hermosas que vimos nunca, y tan verdes como en España podían serlo en abril y mayo. En éstas dimos luego vuelta a la nao y dimos vela, viendo tantas islas y tierras que cada una nos parecía mejor. A más, que los hombres que habíamos tomado nos decían por señas que contarse no podían, y nos nombraban más de cien.

Había llamado el Almirante la primera que tocamos San Salvador, y pasamos a otras muy grandes, todas muy llanas y sin montañas, todas muy fértiles y pobladas; y vimos que hacían la guerra unos a otros, aunque con maneras y armas muy sencillas. Cargamos las velas para andar todo aquel día hasta la noche, y hallamos otra isla que llamó el Almirante Santa María de la Concepción; que no quería pasar ninguna isla sin tomar posesión de ella para los reyes. En tanto, los más maquinaban cómo hallar el oro, pues decían los que llevábamos que habían visto allí manillas muy grandes, puestas en las piernas y brazos. También en ésta andaban las gentes desnudas, como pudimos

ver, sin negarnos nada de lo que tenían; y a uno que tomaron los nuestros mandó dar el capitán un bonete colorado, y le puso al brazo unas cuentas pequeñas de vidrio verde y dos cascabeles a las orejas, enviándolo a tierra con su barca. Llevaba nuestra sonda una plomada de catorce libras, con un hueco en la parte inferior untado con sebo para que se pegara la arena, y lo mismo las conchas y el barro. Tenía su cuerda como doscientas brazas, con señales en cada veinte, que se iban contando mientras descendía; y si no llegaba, se decía: "No hay fondo". Hacíamos estos sondeos con las velas bajas y la nave al paio. Algunos de los que llevábamos echaron sus barcas el agua y huyeron, sin que nadie los pudiera alcanzar; con lo que dieron en tierra y dejaron la almadía, y corrieron como gallinas. Dimos luego a la vela para ir a otra isla grande hacia el oeste; vimos entonces que uno de estos hombres volvía con otros, pues por los regalos que le hicimos le perecimos buena gente. Así pensamos darles otras cosas, aunque entre todas no valieran ni cuatro maravedís, porque siempre nos acogieran con agrado. Había de la isla de Santa María a ésta nueve leguas al oeste, y nos decían los naturales que había mucho oro, con lo que nos mostraban sus brazos y orejas, su nariz y pescuezo; y eran estas playas sin roquedos, y sólo algunas peñas debajo de las aguas, por donde hubimos de abrir bien los ojos para no encallar. Mas eran las aguas muy claras y se veía el fondo, y a esta isla llamó el Almirante Fernandina.

Como en la nao no hubiera mucho que hacer y nada que negociar, lo más del tiempo nos ocupábamos en contar novelas y hablar de cosas vanas; blasonaban unos de sus familias, alababan sus pueblos y revelaban cosas de ellos; y en semejantes pláticas y liviandades había prolijos y noveleros, y otros vocingleros, mentirosos y entrometidos. No faltaba algún tal porfiado y otro chocarrero, y otros más embusteros que la luna, que de todo había. Cierta mañana hallamos un hombre solo que iba en una barca, y le dimos de beber y comer pan y miel; él nos dio un poco de su pan, grande como un puño, y un pedazo de tierra bermeja hecha polvo, y después amasado; y unas hojas secas que parecía tener en mucho aprecio, y a cambio le dio el Cojo un manojillo de las que tenía. Metimos las cuentas de vidrio en un hilo, como mandó el Almirante, por si hallábamos gente a quien se las pudiéramos dar; pues íbamos a rodear la Fernandina, que era muy grande, y pensamos que quizá por allí se hallara la ciudad o isla llamada Samaot, donde había tanto oro; que así lo aseguraban aquellos naturales, y dijo el tuerto que acaso fuera allí donde el rey Salomón conseguía todo el que tenía, que era mucho. Parecían los de la Fernandina gente más doméstica, y más civiles; tenían paños de algodón como mantillos, y llevaban sus mujeres una pequeña pieza de algodón por delante, cobijando malamente su natura. Sembraban panizo en la isla, y lo recogían; y había árboles de todas clases, que unos tenían las hojas a manera de cañas, y otros de lentisco; o había en un solo árbol varias clases de hojas, como si

estuviera injertado, y lo hacía la naturaleza, pues que las gentes no lo hacían. Había peces tan grandes y disformes que a todos nos causaban asombro, que los hallamos amarillos y azules, colorados y de todos los otros colores, algunos a manera de gallos; y había ballenas, mas tampoco hallamos bestias en la tierra, sino las aves antedichas. No vimos por acá cabras ni ovejas, ni otra clase alguna de animales domésticos, lo que nos extrañó sobremanera.

Fue entonces cuando nos dijo el Almirante que eran indios aquellos nativos. Rodeando dimos en un maravilloso puerto con una boca doble, pues tenía en el medio una isla; y eran ambas entradas angostas y dentro muy ancho, tanto como para cien navíos. Pensando que fuera río, habíamos sacado barriles para tomar el agua; pero no lo era, sino mar. Nos adentramos en la islas y vimos árboles tales como nunca ninguno había visto; eran tan diferentes a los nuestros como del día a la noche, lo mismo que las frutas y hierbas, y hasta las piedras eran también distintas. Parecían los habitantes del lugar muy semejantes a los otros, y entrando algunos en sus casas vimos que eran muy limpias y barridas, durmiendo los tales en camas que eran como redes de algodón. Eran algunas de estas casas a modo de alfaneques con muy altas y buenas chimeneas, pero no hallamos población con más de quince casas; hízonos cierta gracia que llevaran allí las mujeres casadas bragas de algodón, y no las mozas, salvo aquellas que parecían mayores de dieciocho años. Lo que me complacía en extremo como se puede imaginar, mas producíame una cierta comezón que no llegaba a remediar ningún amuleto del Cojo. Tenían aquellos indios perros mastines, que no era cuestión de provocar. Hallamos en éstas a un hombre que llevaba puesto en las narices un trozo de oro muy considerable, y al parecer con ciertas letras, que según dijo el compañero eran mágicas, aunque no las entendía. Entre él y otro se lo tomaron por la fuerza, sin darle a cambio lo que pedía. Después volvimos a las naos y comenzó a ventear el noroeste; navegamos toda la noche sin apartarnos mucho de la tierra, porque había mucha cerrazón. Como la tripulación se acomodaba a dormir como podía, vieron algunos la solución en algunas hamacas que nos dieron los indios, que así las llamaban. Hallaron espacio para colgarlas en el castillo de proa o bajo la tolda, o en la bodega; aumentando con esto el balanceo de la nave, con lo que no se remediaban mucho. Llovió muy fuerte desde la medianoche hasta casi el día, y seguía el cielo muy nublado; y el tiempo que seguimos en las islas llovía casi siempre, poco o mucho.

Finalmente, y en consecuencia, llegamos los tres navíos a otra isla que llamó el Almirante la Isabela, en memoria de la reina, y llamó al cabo Hermoso. Era toda la costa casi playa, y el lugar más hermoso que habíamos visto con los árboles más grandes y verdes. Con todo, no pudimos salir a tierra porque era el fondo bajo; y pareció a mi amigo de lejos que había árboles de tinturas y especerías, y así lo aseguró, pues dijo

conocerlos bien y que eran muy preciados en España, siendo harto buenos para medicinas y sus unguentos mágicos; y era un olor tan suave el de las flores que allí había, que nos pareció a todos el más dulce del mundo. Dijeron los hombres que llevábamos que estaba la población más adentro, y que su rey tenía mucho oro; y aunque no dábamos mucho crédito a sus palabras, pues cualquier cosa les parecía mucho, soñábamos ya todos con oro y especias, y con el momento de tomarlo, que no andábamos sino para topar con ello. Pudimos luego saltar a tierra, lo que costó trabajo; pues vimos todo el fondo de manchas, unas de limpio y otras de non. Así fuimos luego de comer a verlo todo y hallamos una casa sola, sin nadie, como si hubieran huido por el temor; no dejó el Almirante que tocáramos nada, aunque habían dejado allí sus aderezos. Andando, hallamos grandes lagunas más adentro y muchos pajarillos, y eran tales las manadas de aquellos papagayos que oscurecían el sol. Pude colegir que iba mi compañero tomando muestras de las hierbas y árboles, y que el Almirante hacía lo mismo, y otros de las aves que podían. Andando yo topé con una sierpe que maté, arrancándole el cuero, para mostrarlo a mis paisanos de Sevilla. Mas no fue cose fácil, pues ella que me vio se echó a la laguna y la seguimos entre varios; yo la maté con una lanza y le arranqué el cuero, como he dicho, y tenía la condenada siete palmos de largo, y pienso que hubiera muchas semejantes en aquella laguna. Creo que fue entonces cuando conocí la materia llamada lináloe, de la cual el Almirante nos mandó cargar unos quintales; pues pensaba que, en estando en España, podía valerle mucho. Andando dimos con un poblado donde sus gentes corrieron el oírnos, y llevándose sus ropas y sus cosas fueron a esconderlos por el monte. Con ciertos gestos logramos que se aproximaran, mas nada de lo que tenían valía un alfiler; y los tratamos como a los anteriores, dándoles cuentecillas con que quedaban muy contentos, y párese de contar. En éstas, no se quitaba de la mente de nuestro capitán hallar Cipango, pues no hablaba de otra cosa; y unas islas que llamaban aquellos naturales Colba y Bohío, y pasar luego a tierra firme y hallar al Gran Can, para entregarle ciertas cartas que le dieron los reyes; para luego tomar su respuesta y volver a España.

Era ya cuanto teníamos en los barcos para comer hediondo y corrompido, y aunque tuviéramos muchos pucheros, ollas y asadores, y cazos puestos el fogón, muchos iban y venían mil veces buscando algo apetecible que comer. Para dormir por la noche seguíamos vestidos y calzados, y aún con capa los que la tenían; y si el compañero había cenado castañas o rábanos podridos se escapaban cuescos, y había que hacer oídos sordos y taparse las narices. Salía el agua de la bomba espumeando como infierno y hediendo como el diablo; y había en la nao piojos tan grandes, que en mareándose vomitaban pedazos de grumete. A esto acompañaba gran volatería de cucarachas, también llamadas curianas, y gran abundancia de montería de ratones, que

eran algunos poco menos que jabalíes. Nadie era obligado a descalzarse, desatar las calzas o desabrochar el jubón, ni desnudar el sayo, ni aún quitara la capa quien la tuviera para irse a acostar; pues no se hallaba en toda la nao mejor cama que la ropa que cada uno vestía. Pensó entonces el Almirante llegar a una isla que llamaban los naturales Cuba, que pensaba fuera Cipango, por las señas que aquellas gentes daban de sus muchas riquezas; pero no teníamos viento sino calma lenta, y llovía mucho sin hacer frío, y no podíamos seguir. Hacía mucho calor en pleno día y por la noche nos parecía estar en primavera, contando algunos de aquella isla de Cipango cosas maravillosas de especerías y grandes naos y mercaderes. En las esferas que pude ver, y en los mapamundis del Almirante, aparecía por este lado. Así navegamos, tornando a ventar muy amoroso, llevando todas las velas de la nao que eran la maestra y dos bonetas, así como la trinqueta, cebadera y mesana. Y la vela de gaba, que ya me las sabía todas mejor que aprendiera el catecismo, y el batel por popa. Anduvimos el camino hasta que anocheció, y entonces, por temor al peligro que hubiera, mandó el Almirante que amaináramos las velas todas, salvo el trinquete; y que anduviéramos con él, pues de nuevo había mucha cerrazón, y llovía. De esta forma dimos al día siguiente en unas pequeñas islas, y nos dijeron los naturales que había de ellas a Cuba andadura como de día y medio en sus almadías; que eran navetas de un madero y sin velas, que llamaban canoas. Con esto nos hicieron señas que había en dicha isla mucho oro y grandes perlas, con lo que levamos las anclas apenas hubo salido el sol, y a aquellas islas las llamamos de Arena por el poco fondo que tenían. Siguiendo, diré que llegamos a la isla de Cuba en domingo, a últimos de octubre; entramos en un río harto hermoso y sin peligro, que tenía en su boca doce brazos. Nunca tan hermosa cosa vimos, con tantos árboles, flores y frutos. Pues las aves y los pajarillos cantaban mucho y dulcemente, y había gran cantidad de palmas, de las cuales dijo el cocinero que eran distintas de las de Guinea; y tenían éstas unas hojas tan grandes que cobijaban debajo las casas.

Saltamos a las barcas varios con el Almirante, que me apreciaba ya por esforzado, y era porque no sabía la manera en que entrara en la nao. Pero me llamaba muchas veces y me hacía encargos de ciertas cosas de su arreglo particular, con lo que ahora estaba yo más atareado que antes, aunque harto más honrado. Y así me pavoneaba entre todos, tanto grumetes como pajes. Llegamos como digo a tierra y vimos dos casas, que pensamos fueran de pescadores que huyeron en viéndonos. Hallamos en ellas un perro que nunca ladró, y muchas redes de hilo de palma, así como fisgas de hueso y anzuelos de cuerno, y otros aparejos de pescar. Pensamos debían ayuntarse muchas personas en la misma casa, pues hallamos muchos enseres dentro; otra vez ordenó el Almirante que no tocáramos nada, con lo que tornamos a las barcas y



navegamos río arriba, y era la isla más hermosa que habíamos visto y pensábamos ver.

Tenía muchos puertos y ríos muy hondos, y altas montañas, según dijeron, a la manera de Sicilia; aseguraban los indios que había como aquel diez ríos grandes, y que no hubieran podido rodearla en veinte días con sus canoas. Dijeron que había allí minas de oro con muchas perlas, y debía ser cierto, pues vimos almejas que eran señal de ellas. Dimos gracias a Dios, y llamó el Almirante a aquel río y puerto de San Salvador. Buscando luego al rey seguimos navegando hacia poniente, y en cada poblado que hallábamos huían sus gentes, que no lo podíamos remediar. Eran estos poblados sin calles, sino una casa acá y otra acullá; pero dentro muy barridas y limpias y sus aderezos muy compuestos, hechos todos con racimos de palmas muy hermosos. Tenían estatuas en forma de mujeres y cabezas como carátulas, muy bien labradas, y no supimos bien si eran de adorno o si las adoraban. Acordéme que me había dado el compañero un cierto amuleto que llamaba divino, que dijo haber hallado en Constantinopla, y que al que lo llevara sobre sí no le faltaría toda la protección de los cielos. Tenía pintada la figura de un pez sin cabeza, y me dijo no descuidar de llevarlo; pues con él no moriría con agua ni con fuego, por flechas ni venenos, ni por espadas ni por dagas moriría; sino de muerte natural, pues ni un rayo me había de matar. Aunque no era mi caso, decía también que la mujer que lo llevara sobre el vientre había de parir sin dolor. Así que, palpando la bolsa y hallándolo en éste, continué más tranquilo el camino. Siguiendo la historia, diré que no ladraban en aquellos lugares los perros; que vimos aves domesticadas en las casas, y maravillosos aderezos de anzuelos, redes y otros artificios de pesca. Pues debía ser costa de pescadores que llevaban su mercadería tierra adentro, y he de decir que cantaban los grillos por la noche, y no hacía frío ni calor. Era allí el agua de los ríos salada, mas tenían los indios agua dulce en sus casas; y podían en dichos ríos los navíos voltejear para entrar y salir, con siete u ocho brazas de fondo hacia la boca; dentro tenían cinco, hallando en ellos caracoles grandes sin sabor, no como los de España. He dicho ya que eran aquellas montañas hermosas, y altas según dijeron como la Peña de los Enamorados; y una tenía encima un montecillo parecido a una hermosa mezquita, que era cosa de ver.

Cuando volvíamos el barco recibíme a voces el despensero, pues decía le habían hurtado ciertas longanizas que llevaba, y era verdad, aunque estaban medio podridas. Bien sabe Dios que no pude comerlas por enmohecidas, con lo que habiéndolas llevado escondidas a tierra en el jubón, hube de tirarlas al río. Yo le dije que no, y que ciertamente ratones, o quizá los lirones que llevábamos en el barco las habían comido; pues era corriente que aquellos comieran de todo, y así lo hacían hasta con ceñidores de cuero y pañuelos de narices. Gustaban los muy ladinos de guantes adobados, cuando más de paños y cendales delgados, y no digamos de longanizas; con estas

razones perció conformarse y no hubo más por aquella noche. Me estuvo relatando el tal Cojo que muchos de los oficiales y marineros de los buques en que navegó, morían de varias enfermedades; eran éstas las fiebres agudas que sufrían al andar al sol a mediodía y comer sin moderación la fruta del país, y de recién llegados darse a las mujeres en los lugares donde iban. Preguntóme si había llevado el amuleto y le dije que sí, pero que mujeres no había encontrado ninguna. Me dijo que en esto no me preocupara, que sabía matar la enfermedad de Francia con una hierba que llamaba *vergonzosa*; que muchas veces había usado en España sapos vivos para curar las herpes, y conservaba entre sus cosas el pene de un zorro para sacar el dolor de muelas. Toda una noche anduvimos barloventeando, y cuando al día siguiente tomamos tierra de nuevo hallamos otra población donde no vimos oro, que ellos llamaban nucay, pero sí a un hombre con un gran pedazo de plata colgado a la nariz; y ninguno de ellos, ni los que vimos antes, decían ninguna oración ni tenían ninguna secta. Todos hablaban la misma lengua y parecían amigos; andaban éstos desnudos como los otros, y pensó el Almirante que estábamos ya en tierra firme, pues hacía frío por tiempos. Acordó mandar dos españoles que eran Rodrigo de Jerez, de Ayamonte, y un tal Luis de Torres, que había vivido de adelantado en Murcia; y había sido éste judío, por lo que conocía el hebraico y el caldeo, y un tanto de arábigo. Con ellos envió dos indios que trajimos de Guanahaní, dándoles sartas y cuentas para comprar de comer, si les faltaba, y seis días para que volvieran. Tomó el Almirante la altura con un cuadrante a la noche, y halló según nos dijo que estábamos cuarenta y dos grados de la línea equinoccial.

Habíamos ya todos tomado confianza, y hasta nos contó el dispensero un secreto, y era que había pretendido a una casada en Huelva, y sabiéndolo el marido había tenido que salir por pies. Se acogió la nueva con grandes risotadas, que con estas cosas pasábamos el rato y hablábamos de lo ocurrido en el día. Decían unos que el navegar por gusto era de necios o de aburridos, y al que lo hacía lo podían tomar por loco; y todos estaban de acuerdo en que a la mar no se iba por voluntad, sino por la negra necesidad. Que navegaba el hombre para descargar su conciencia o defenderse del hambre, o por amparar la su vida; pues la mar a nadie convidaba, ni a nadie engañaba para entrar en ella. Andábamos cazando avecillas cuando llegó a nosotros Martín Alonso Pinzón con dos pedazos de canela, tomada de un indio que llevaba de ella dos manojos grandes, y también unas cosas bermejas como nueces. Mostramos a los indios canela y pimienta que trajimos de muestra desde España, y ellos dijeron que había mucha allí; enseñándoles oro y perlas dijeron que también, y ciertos viejos nos contaron que en un lugar llamado Bohío las traían en las orejas y el cuello, en las piernas y brazos, añadiendo que había allí grandes naves y mercaderías. Díjonos uno por señas que había hombres con un solo ojo y otros con hocico de perros, que comían a sus

semejantes; y que en tomando a alguien lo degollaban bebiéndole la sangre y le cortaban la natura, con lo que el Cojo hizo grandes muestras de dolor y aspavientos. Trajeron éstos que digo manes, que eran como zanahorias y llamaban batatas, y otras mil maneras de frutos que no es posible describir. Llegó en éstas el contra maestre de la Niña con albricias, porque había hallado almáciga; mas dijo no traer la muestra porque la había perdido. Envió el Almirante a Rodrigo Sánchez y a un tal Maestre Diego a los árboles y trajeron un poco, aunque no era tiempo de cogerlo. Díjonos un indio por señas que la almáciga era buena para cuando dolía el estómago, y aseguró el Cojo que sí. Después de pasados cuatro días llegaron los hombres que habían ido tierra adentro, diciendo que habían visto una población de mil vecinos con cincuenta casas, pues vivían muchos en cada una. Que allí los recibieron con gran solemnidad y los aposentaron muy bien, y los tocaban y besaban las manos creyendo que venían del cielo, dándoles de comer todo lo que tenían. Lleváronlos del brazo a la casa principal, y les dieron dos sillas en que se asentaran y todos se ponían en el suelo alrededor. Cuando salían los hombres entraban las mujeres y se sentaban igual, besándoles los manos y los pies, tentándolos si eran de carne y hueso como ellas. Tenían allí según dijeron habas distintas de las nuestras y mucho algodón que no sembraban, del que en una sola casa vieron quinientas arrobas o más; que podía haber cada año cuatro mil quintales, y así daban una espuerta de algodón por un cabo de agujeta o cualquier otra nadería.

Todo esto no se hizo sin muy copiosos aguaceros que nos mojaban y remojaban, mas todo lo teníamos por tortas y pan pringado, no viendo los huracanes que temíamos. Iban los aposentos tan cerrados, oscuros y olorosos, que parecían bóvedas o tumbas de difuntos, con las puertas en el suelo que llamábamos escotillas y escotillones. Para tener una idea de la estrechez en que se dormía, entrábanse cuatro personas en una camarilla con tres palmos de alto y cinco de cuadro, así que ni un mozo hecho puros huesos hubiera podido rebullirse. Eran los suelos negrales, y las paredes negruras; cuantas veces se mudaba el aire se mudaban las velas, y cuando arreciaba se habían de bajar, y cuando aflojaba se subían. En resolución, que marchamos desde aquí a descubrir el oro y más especerías, y así llegamos a una isla; donde, según decían por señas nuestros indios, la gente de ella cogía el oro con candelas de noche en la playa, y después con martillos hacían vergas dello, y era la isla de Babeque. Había infinito lináloe, y allí el Almirante tomó una almadía con seis mujeres y otros tantos mancebos, y tres niños, por que mejor se comportaran los hombres en España habiendo mujeres de su tierra. Supe entonces que nadie podía en las naos llevar para sí una mujer, ya fuera patrón, piloto ni marinero, ya fuera suya o ajena, casada ni soltera; sino que la tal sería por todos vista y conocida, y aún de más de dos servida. Como las cristianas que en ellos se atrevían a ir eran más amigas de caridad que de castidad, aconteció a veces

que habiéndola llevado algún mezquino a su costa, ella hacía a muchos placer en la galera. De noche llegó a bordo en una almadía el marido de una de aquellas mujeres indias que tomamos, y padre de tres hijos; pidió lo dejáramos ir, quedando todos consolados con él, que debían ser parientes, y el hombre de unos cuarenta y cinco años. He de decir que hacía por entonces algún frío, y por ello no seguimos navegando hacia el norte para descubrir. Díjome el cocinero que no osara andar de día descalzo por la nao, ni dormir de noche con la cabeza descubierta; pues a los pies les haría mal la humedad, y a la cabeza el sereno. Así llegamos a un cabo, al que puso por nombre el capitán el cabo de Cuba; y en todas partes, islas y tierras por donde entrábamos, dejaba puesta una cruz. Hallamos una vez dos maderos muy grandes, uno más largo que otro y el uno sobre el otro haciendo cruz; se maravilló todo el mundo, que un carpintero no pudiera hacerlos más proporcionados. Hallábamos por tiempos en las islas a los indios pescando caracoles muy grandes, y buscábamos y mandaban buscar si había nácares, que eran las ostras donde se criaban las perlas; hallamos muchas, pero sin perlas, por lo cual pensamos que no debía ser el tiempo de ellas. Vimos un pez que sacaron los indios con sedas, que parecía un puerco, todo concha muy tiesa sin cosa blanda sino los ojos y la cola, y un agujero debajo de ella para expeler sus superfluidades. El Almirante lo mandó salar, para llevarlo y que lo vieran los reyes.

Hablábamos entre nosotros de tempestades y piratas, que ponían en los marineros más temor que la muerte misma. Decían que si alguno era en tierra deudor, perjuro y ladrón y hasta matador, no podía justicia ninguna venir a buscarlo aquí, ni aún el ofendido lo podría acusar; pues muchos que inquisitaban en la Península iban a la mar por defenderse, y decían otros que los buenos a condenarse iban. Si algo se perdía en la nao o se olvidaba, o siquiera se prestaba, jamás aparecía luego; pues el que lo hurtaba, más prefería echarlo a la mar que pasar el trance de devolverlo.

Siguiendo, diré que hallamos en aquella isla nueces grandes de Indias, ratones muy grandes y conejos grandísimos; veíamos todo el tiempo aves y olíamos un olor a almizcle, que debía haber mucho por allí. El Cojo soltaba a troche y moche abracadabras, y hasta escribía esta palabra sobre la arena formando triángulo, o en cualquier lugar que encontrara. Dijo de antemano que de los seis mancebos que tomamos se huirían dos de la carabela Niña, como sucedió. En éstas mandó el Almirante poner la gran cruz que había mandado hacer de los dichos maderos, a la boca de la entrada del puerto que llamó del Príncipe; que la mar crecía y decrecía allí mucho más que en ningún otro puerto y era la marea al revés de las nuestras: pues allí la luna al sudoeste cuarta al sur era bajamar. Partimos antes de que el sol saliese y navegamos todo el día y toda la noche; y viendo que la mar se alteraba hubimos de volver al puerto del Príncipe, de donde habíamos salido. Entrando la fuerza del mar hacía tanto estrago

en mi estómago y cabeza, que quedaba con color de difunto y comenzaba a dar el alma a Dios. Echáronse dos áncoras y buenos amarres, con que el navío quedó seguro, Dios mediante; y permanecimos aquella noche en el agua, que por cierto fue la más larga y trabajosa que hasta ahora pasamos en el viaje. Fuera necedad haber navegado y ahogarnos ahora en la orilla; me hacía la marea descomer de cuando en cuando, y el dispensero a cada hora me hacía desesperar. Si alguno tenía que calentar agua, sacar lejía, hacer colada o jabonar camisa, más le valía callarse, sí no quería dar a unos qué reír y a otros qué mofar; pues si tenía la camisa sucia o vomitada, y no tuviese con qué mudarla, como a mí me sucedía, había de tener paciencia hasta salir a tierra a lavarla, o que se cayera de podrida.

Este día se apartó Martín Alonso Pinzón con la carabela Pinta, sin obediencia ni voluntad del Almirante, sino por codicia, ya que otras muchas cosas le tenía dichas y hechas; y siendo de noche siguió el camino del este para ir a la isla de Baneque, donde decían los indios que había tanto oro. Quería de su parte el Almirante ir a aquella otra isla de Bohío, que decían era muy grande y había en ella gente que tenía un ojo en la frente, y otros que se llamaban caníbales; y cuando vieron los indios que seguíamos este camino mostraron tal miedo que no se puede ponderar. Navegamos en éstas y tomamos tierra varias veces, y llegando enviábamos la barca y tanteábamos el puerto, hallando a veces buena barra, y honda. Venían por veces grandes arroyos de muy buena agua, descendiendo montaña abajo y con mucho ruido, y lucían ciertas piedras en su fondo con manchas del color del oro, con lo que mandó el capitán coger algunas para llevarlas a los reyes. Veíamos pinales, y eran tan altos y maravillosos, grandes y derechos como husos, que quedamos privados pensando que podríamos hacer navíos con ellos, y muchas tablazones y mástiles. Había también madroños y robles, y muchas piedras en la playa del color del hierro, y otras que traía el río y parecían de plata; y así llegamos a la boca del río, entrando en una cala donde hubieran cabido cien naves. Las sierras eran altísimas, de donde bajaba mucha agua, y todas llenas de pinos y flores muy bellas y mucha arboleda; que era todo tan prodigioso, que quien no lo viera no lo hubiera podido creer. Luego, al salir el sol, levamos anclas del puerto que llamó el capitán de Santa Catalina, viendo al partir la muchedumbre de bosques y ríos, valles y montañas. Mas en toda la costa no hallamos poblado alguno, que debían estar ocultos, pues al saltar a tierra veíamos huellas de personas y de fuegos encendidos. Estimaba el patrón que era ésta la tierra que llamaban los indios Bohío, y tenían temor de los que llamaban caníbales o canima, que según decían habitaban la isla. Debían ser éstos, según colegimos, aquellos que decían no tener más que un ojo solo y la cara de perro; mas creía el Almirante que en esto mentían, y que era aquel el señorío del Gran Can. Por si acaso me ofreció el Cojo darme un nuevo talismán, más poderoso aún; mas tenía

que hacerlo en una bolsilla impregnada en un cierto perfume, y dibujando en un papel pentáculos y círculos planetarios; eran éstos recetas con nombres de varios ángeles y demonios, y al tiempo mascullaba conjuros antiguos.

Llegamos al ponerse el sol a un cabo que llamamos Campana, con puertos maravillosos; pero el capitán no quiso detenerse, aunque salieran de allá varios hermosos ríos, que conté más de siete; todos con sus entradas anchas, limpias y sin bancos de arena, piedras ni restinga. Navegando por aquellas costas hallamos una gran población, la mayor que hasta la fecha viéramos, con infinitas gentes que llegaban a la ribera de la mar, dando grandes voces y desnudos, con sus azagayas en las manos. Para hablar con ellos amainamos las velas y se enviaron barcas de la carabela y de la nao, ordenándonos con muchas razones no hiciéramos daño a aquellos indios. En su propia lengua les dijimos que no tuvieran miedo, pues ya íbamos conociendo la suya por aquellos pocos que llevábamos; pero huyeron todos, no quedando allí grande ni chico. Fuimos tres de nosotros a las casas, y éramos el Cojo, el cocinero y yo; eran éstas de paja de la hechura de otras que habíamos visto, no hallando gente ni cosa alguna en ellas, y así lo dijimos a la vuelta. Pues volvimos con esto a los navíos y alzaron velas el mediodía, para ir a un cabo hermoso que quedaba el este a unas ocho leguas. Había en este lugar un puerto lindo y tierras hermosísimas, con una vega montuosa dentro de esas montañas; pareciéndonos ver humo y grandes poblaciones en ella y las tierras muy labradas, por lo que se determinó bajar al puerto. Para guiar el barco manejaban la caña del timón que mantenían firme a fuerza de brazos, y a veces nos llamaban, pues eran precisos varios hombres para sustentarla. Nos contaba el piloto que en una ocasión, arribando un navío grande sobre el suyo por saludarlos de cerca, se descuidaron los que gobernaban; de forma que por poco si les quitan la salud y las vidas, porque los embistió con el espolón de la popa haciendo en su nao batería, por donde comenzó a meterse de seguida la muchedumbre del mar. De tal manera que, si no fuera por los rudos trabajos que hicieron, se fueran al fondo. Mas volviendo a lo mío, diré que era la que hallamos ese día una hermosa vega con pinos y palmas; y con la nao sondeamos el puerto, que era una escudilla. Hallamos un río tal, que podría entrar una galera por él entre arboledas; y agua clarísima en la que pensé lavar mi camisa y mi cuerpo, y tantas aves que no daban ganas de salir de allí. Pero no podíamos detenernos en ningún lugar, ya que al capitán como digo le urgía seguir y ver las más tierras que pudiera. No se fiaba mucho de los indios que traíamos, pues no los entendía, y muchas veces habían tratado de huir. Dijeron que tenía planeado hacer ciudades y fortalezas por aquellos lugares, convertir a los indios y hacer las tierras más fértiles con el cultivo dello, ya que debían ser muy ricas y dar buenos cosechas, por no hacer frío ni calor; y no como en los ríos de Guinea, que si habíamos de creer al Cojo, eran todos pestilencia.

Estábamos nosotros tan sanos allí que no habíamos sufrido ni un mal dolor de cabeza, fuese por los conjuros de mi amigo o por la bonanza del clima, ni ninguna dolencia nos había postrado a ninguno, sino a mí aquel mareo que tuve; y al despensero un dolor de piedra que padecía desde siempre, y sanó el cabo de dos días.

Pero he de decir que eran los piojos nuestro comunes a todos, se repartían por todos y mantenían entre todos, y si alguno echaba mano al pescuezo había más piojos allí que en la bolsa dinero, y nos los espantábamos a manotazos. Andábamos todos de acuerdo en una cosa, y era que ningún extranjero que no fuera español debería poner los pies en estas islas, sólo católicos cristianos; pues esto fue el comienzo del propósito de los reyes, que no viniera aquí quien no lo fuera. Subimos luego por el río arriba y hallamos unos brazos del río con arboledas y con huertas; y una almadía o canoa, hecha con un madero tan grande como una fusta de doce bancos, varada debajo de una atarazana o ramada hecha de madera y cubierta con hojas de palma, de forma que ni el sol ni las aguas la pudieran dañar. Pareció a todos el lugar muy bueno y propio para levantar allí una ciudad o fortaleza, por el buen puerto, buenas aguas y buenas comarcas, y la mucha leña que había; hubo aquel día mucha lluvia y cerrazón y no partimos, pues era peligroso a los navíos. Saltamos por fin a tierra a lavar nuestras ropas, que buena falta hacía, y entré yo con otros tierra adentro; donde hallamos grandes poblados aunque con sus casas vacías, pues todos habían huido cuando nos sintieron. Topamos por el camino con un viejo que no pudo huir, y le dimos algunas cosillas, dejándolo; pero el Almirante quiso verlo, para vestirlo y saber la lengua que tenía. Hallamos en una de las casas pan de cera, y pensamos todos que donde la había, tendría que haber también otras muchas cosas buenas. Había dentro de una casa la cabeza de un hombre, dentro de un cestillo cubierto con otro cestillo y colgado de un poste; pensamos que fuera de alguien principal o de un antepasado de los que vivían en la casa, que debían ser muchos. Aprovechó el Cojo la ocasión para hacer exorcismos, diciendo: *“En el nombre del Todopoderoso, bendice y santifica mis acciones para alejar de mis alrededores los ángeles del mal, amén”*, con lo que quedó muy confortado, Y seguimos sin poder partir, pues era el tiempo de levante muy contrario a nuestro camino. Salieron luego ocho de los nuestros armados, con los que no fui porque no me dejaron; iban a explorar tierra adentro y avistaron a cuatro que estaban labrando sus tierras, pero cuando vieron a los blancos huyeron tan deprisa que no los pudieron alcanzar. Anduvieron éstos muchas leguas, viendo muchas poblaciones y tierras fértiles en demasía; y llamó su atención según luego dijeron una canoa de cien palmos de largo y un solo madero, y decían los tales que hubieran podido navegar en ella más de ciento cincuenta personas, sin exagerar.

Así llegamos al mes de diciembre, y seguía lloviendo mucho y el viento contrario;

asentamos una cruz grande en aquel puerto que llamamos Puerto Santo, y estaba la cruz sobre unas piedras vivas. Como no pudiéramos salir navegamos a lo largo de las costas, hallando estas almadías que los indios llamaban canoas, muy hermosas y labradas. Estaban debajo de árboles espesos, y era un placer ver las labores que tenían, y su primor. Si hablamos de nuestras naves, llegué a convencerme de que no había sobre las aguas ninguna tan cumplida que no hubiera en ella alguna tacha, y lo mismo debía ocurrir en todas: pues o no era la nao velera o no estaba armada, o estaba abierta y hacía mucha agua, o era desdichada; que por más patrona o capitana que fuera, siempre había más cosas en ella que desear, que no de alabar. Para más inri, te hurtaban en cuanto te descuidabas, bien fuera pan, vino o cecina, como gorros y hasta sayos y jubones; y aún, si alguno no llevaba atada al brazo la bolsa, tendría que hacer cuenta que la olvidó en Sevilla, o donde fuera. Siguiendo en lo que estábamos, en una montaña hallamos un día calabazas sembradas, y una gran población; y como huyera la gente, hombres y mujeres, les aseguró el indio que llevábamos que éramos no malas personas, y volvieron. Les dimos cascabeles y sortijas de latón, y contezuelas de vidrio verdes y amarillas, y con ello se fueron tan contentos que era cosa de ver. Vimos entonces que no tenían oro ni plata, y que eran todos tan medrosos que huían cientos de ellos ante unos pocos; y no llevaban armas, salvo unas varas y al extremo de ellas un palillo agudo. Y aún éstas se las quitamos todas con buena maña, rescatándolas de manera que todas nos las dieron. Uno de aquéllos se adelantó en el río yendo hacia el Almirante, haciendo una larga plática que ninguno entendió, sólo los pocos indios que llevábamos, que de cuando en cuando alzaban las manos al cielo y daban una gran voz. Creímos que se alegraban de su venida, pero vimos a los nuestros demudarse la cara y ponerse amarillos como cera, temblando; y le dijeron el Almirante por señas que se fuera del río, pues a todos nos querían matar. En éstas, para atemorizarlos fue uno de los nuestros y les mostró una ballesta armada; les enseñamos una espada también, sacándola de la vaina, y cuando la vieron empezaron a huir; y aún el nuestro, que era recio y de buena estatura temblaba todavía, de cobardía y poco corazón. No quiso el Almirante marcharse, sino que hizo remar hacia donde estaban, y eran muchos; todos pintados de colorado y desnudos como su madre los parió, y algunos con penachos de plumas a la cabeza y sus azagayas.

Arguyó por entonces el Cojo, que sería prudente para mí estómago proveerme en aquella isla de algunas plantas aromáticas, como el benjuí o el estoraque, ámbar o áloes y alguna poma; pues contecía a la sazón que había tal hedor en la sentina, que a no traer qué oler hacía desmayar y provocaba el vómito al más pintado. Aquel día me llegué a uno de los naturales y le di un mendrugo de pan, y a cambio me dieron azagayas; y cambiélas por un cascabel, unas cuentecillas y una sortija de latón que



llevaba, con lo que vinieron tras de mí a las barcas. Algunos marineros habían muerto una tortuga, y la cáscara estaba en la barca a pedazos; y cambiaban un trozo de ésta como una uña por todo lo que llevaban. También éstos creyeron que veníamos del cielo y nos adoraban a su modo, invitándonos a entrar en su poblado; eran sus casas hermosas aunque no muy grandes; tenían dos puertas y dentro algunas cámaras, y en los techos colgadas caracolas. Pensamos que sería el templo, pero por señas nos dijeron que no, regalándonos luego con lo que allí había. Cuán distinto era aquel respeto con que los tratábamos de lo que luego fue muchas veces; pues pasando el tiempo, y tomando confianza los españoles que en lo sucesivo llegaron allí, no había nada que consideraran ser respetable. Si los marineros salían luego a tierra, no había monte que no talaran ni caza que no corrieran, moza que no sonsacaran ni mujer que se quedara sin retozar; de forma que un año malo en piedras y en langosta, no hacía tanto daño en mucho tiempo como los de las naos en medio día. Pero íbamos nosotros con el Almirante, y al menos en este primer viaje fue harto respetuoso con los indios; que todos los que andábamos con él pudimos con holgura dar fe de lo que digo. Así estábamos, cuando por fin los vientos nos fueron favorables y salimos de Puerto Santo; anduvimos muy bien toda la noche, y al salir el sol vimos un cabo al este a dos leguas y media; y otro más allá, que con el tiempo yo sabría que era la punta postrera de la isla de Cuba.

Quisimos ir allá, mas por el deseo que el capitán tenía de ir a la isla de Baneque, no nos dejó; tampoco pudimos ir a Baneque, porque el tiempo que llevábamos era nordeste, y yendo así viramos el sureste. Vimos tierra, una isla muy grande de la cual teníamos noticia por los indios, que la llamaban Bohío, poblada de muchísima gente. Ésta es la que luego llamamos la Española; y los que iban con nosotros de Cuba y otras islas tenían mucho miedo, pues decían que allí se comían a los hombres. Así que, como el aire era favorable, determinó el capitán dejar a Cuba o Juana, que así la llamó; y hasta entonces la tuvo con seguridad por tierra firme por causa de su grandeza. Cargó mucho el viento, la mar era llana y el tiempo nos ayudaba mucho; y hacíamos de camino ocho millas por hora, siendo allí las noches de cerca de quince horas. Después anduvimos a diez millas por hora, todo el suroeste; y porque se hacía de noche, mandó a la carabela Niña que se adelantase para ver con día el puerto; y era la boca de éste talmente como la bahía de Cádiz. Se hizo de noche, y mandó el Almirante a nuestra barca que rondase el puerto con una lumbre de candela, que luego se les apagó. La carabela, como no vio la luz siguió a lo largo, y anduvimos todo la noche barloventeando; y cuando amaneció, nos hallábamos a cuatro leguas del puerto. Se llamó éste de Santa María, y un cabo que había cabo de la Estrella, y otro el Elefante; y a una isla que estaba enfrente llamamos la Tortuga. Aquella isla grande parecía altísima tierra, no cerrada con montes, sino rasa; estaban los terrenos sembrados y

parecían sementeras, como trigo en el mes de mayo en las campiñas de España. Vimos muchos fuegos por la noche, y de día muchos humos como atalayas, que parecían tener a los naturales sobre aviso. Decía nuestro cocinero que los que por la mar se pierden no lo hacen por avisados, sino por grandísimos locos, y diciendo esto se limpiaba la boca en la camisa, y de cuando en cuando en un pañizuelo del color del carbón. Decían otros, que aunque la mar de todos se deje ver, pescar y navegar, no suele hallarse en ella más que la profundidad de sus abismos, la hinchazón de sus aguas, la contrariedad de sus vientos, la amenaza de sus rocas y la crueldad de sus tormentas. Estando en estas pláticas hallamos un puerto amplísimo que llamamos de san Nicolás, más hermoso aún que los que viéramos en Cuba, y no llegó la plomada al fondo cuarenta brazas. Había en tierra árboles semejantes a los de España, más pequeños que en las otras islas, que parecían carrascos y madroños; y entre todos ellos muchas hierbas, que al Cojo parecieron algunas de las que siempre iba buscando. También aquí nos huyeron los indios, y ya los que iban con nosotros llevaban ganas de volver a su tierra; tanto, que el Almirante pensó mandarlos a sus casas, pues además no los creía, ni los entendía tampoco. Llevábamos redes para pescar y cogimos una lisa, que era la primera vez que veíamos un pez como los de España. Varios marineros vieron y pescaron otras, y también lenguados y otros peces como los de Andalucía; y hallamos en la tierra arrayán como en mi barrio, con otras hierbas que el Cojo buscaba, además de ruiseñores y otros pajarillos. Andábamos por tiempos hechos uno solo pajes y grumetes, notario y vigía, marineros y artilleros; y lo mismo el alguacil del agua y el cocinero, que como he dicho era mi amo. Se juntaban también con nosotros el carpintero y el contraamaestre, y algunas veces el capitán. Era aquí el puerto seguro contra todos los vientos, y nos llovió mucho, mas la isla de la Tortuga nos abrigaba bien. Hízonos un tiempo de invierno, como en Andalucía por el mes de noviembre; y no vimos población, sino una hermosa casa en el puerto de san Nicolás, mejor hecha que otras. Ya bien recorridas las tierras y los ríos, fue cuando decidió el Almirante que aquella isla se llamaría Española.

Era ya lunes, a diez de diciembre. Hablábamos mucho entre nosotros de mujeres, y contó el carpintero de una que conoció en un barco portugués, y era peregrina su historia. Dijo que era la tal moza muy enamorada y bien ataviada de ropas, con joyas que había conseguido en su dudoso oficio y que siempre tenía puestas. Llevaba para su compañía y recreación un rufián y amigo, y aparte de darle su persona le daba lo que tenía; al pasar por cierta isla portuguesa saltaron a tierra, y embarcaron por equivocación en dos distintas naves. Como el seso de él y el de ella eran conformes, y ella no acostumbraba a dormir sola, se concertaron por señas desde los navíos y se hacían morisquetas uno a otro, pasándose otros requiebros varios. Con lo que él pidió que lo jalasen con una cuerda, y era cosa de ver cómo muchas veces entraba y salía

de la mar, sorbiendo algunos tragos contra su voluntad; y en esto ella se santiguaba haciéndose de cruces, metiendo prisa a los que tiraban. No miró Dios al parecer las culpas del uno y de la otra, y subiéronlo bien remojado; y estando arriba, luego ella le dio camisa enjuta y lo recibieron con mucho placer, fiesta y risa de cuantos lo vieron. Ahora reíamos nosotros, que sin ningún trabajo lo imaginábamos, más que por nada por el gracejo con que el carpintero lo relataba.

Volviendo otra vez a lo que estábamos, venteó por entonces mucho del norte; y envió el Almirante a seis hombres bien aderezados de armas a tierra, pero no hallaron a nadie, sino como otras veces las casas vacías. Cogieron almáciga, que había mucha, pero no era el tiempo de recogerla y no cuajaba. Es de notar, que todos los de esta tierra vivían con gran miedo de los de Caniba; con lo que tornó a decir el Almirante que Caniba no sería otra cosa que las gentes del Gran Can, que debía ser muy vecino de aquí. Ellos tendrían navíos y vendrían a cautivarlos, y al no volver, pensarían que los habían comido. Cada día entendíamos mejor a nuestros indios y ellos a nosotros; pescamos con ellos salmonetes, pijotas y gallos, así como lisas y camarones, y vimos sardinas; y en tierra hallamos mucho lináloe. Todos los días, al salir el sol, era preciso que el Cojo dijera las palabras que según él un sabio egipcio enseñó a Moisés, y eran en hebraico; luego andaba trasteando en la bolsilla de paño encarnado, diciendo algo como Adonai, Almanach y otros galimatías, que hasta los indios lo miraban como a cosa rara. También en este punto pusimos una cruz, tomando la tierra como nuestra para los reyes; y habiéndose metido por el bosque tres marineros a ver árboles y hierbas oyeron un gran tropel de gente, todos desnudos, que tornáronse a huir; mas pudieron tomar una mujer y la trajeron. Era muy moza y hermosa, y mandó el Almirante la cubrieran con algunos vestidos, pues se nos salían a muchos los ojos de la cara. Después que habló con nuestros indios, pues todos tenían una lengua, la dejó volver a tierra muy honradamente según su costumbre, aunque hay que decir que los más murmuraban.

La acompañaron varios marineros, y no sé lo que harían con ella que la pusieron tan contenta; les dijo no quería ya salir de la nao sino quedarse en ella, con las otras mujeres indias que había tomado el Almirante de la isla Juana, de Cuba. Traía esta mujer un pedacito de oro en la nariz, que era señal cierta de que había oro en aquella isla, y en lugar de pájaros se oyeron durante aquella noche las pisadas de los marineros en la bodega de las viandas, donde yo fuera tiempo atrás en el barril de las aceitunas. No digo más, sino que yo mismo vi el tal lugar mucho más ameno que lo viera en tiempos del embarque, y que salí de allí harto más contento y confortado que la primera vez. Dijeron luego los tres hombres que había mandado el Almirante que vendría mucha gente al día siguiente a los navíos; que habiéndoles hallado en camino les habló la mujer, y dijo ser los cristianos buena gente. Mas no sucedió así, y determinó el

Almirante mandarnos a otros nueve a la población con un indio que traíamos. Hallámosla vacía en medio de un gran valle, que habían huido todos sus habitantes tierra adentro. Era de mil casas y más de tres mil hombres, y el indio corrió tras ellos dando voces, diciendo que no tuvieran miedo: que no éramos los cristianos de Caniba, sino de España, y que dábamos cosas muy hermosas a todo el mundo. Tanto les influyó lo que decía que volvieron más de dos mil, y nos ponían las manos sobre la cabeza, que era gran señal de amistad. Y algunos temblaban todavía, hasta que se aseguraron.

Después se fueron todos a sus casas, y nos traían lo que tenían para comer, que eran panes de niamas, unos como rábanos grandes; esto lo cocían y asaban y sabía a castañas, y lo parecían comiéndolo. También nos daban los pescados que tenían, y papagayos, sin querer nada a cambio; y lo tuvimos muy a bien, pues si pasábamos en la nao golfo o venía tormenta no se encendía lumbre, y andaban los estómagos estragados; y no gastábamos más pan que el ordinario de bizcocho, tapizado de telarañas y negro, gusaniento y duro, ratonado, poco y mal remojado. Estábamos en éstas como digo y vimos venir gran multitud de gente, con el marido de aquella mujer que habíamos tenido en el barco; la traían a hombros, y venían a dar gracias a los cristianos por haberles dado tantas cosas y por la honra que le habíamos hecho. Eran todos ellos gente más hermosa y de mejor condición que todo la que habíamos visto, y no era fácil, pues eran todos los de aquellas tierras bellos y de buena condición. En cuanto a la hermosura no había comparación, tanto en hombres como en mujeres; pues eran éstos harto más blancos, y algunas mozas tanto como podrían serlo en España. Nos tomamos los nueve nuestro tiempo, todos consentidos, y contamos algo de ello al Almirante, aunque no todo. A esto el Cojo daba grandes muestras de alegría, que parecía hechizado de veras, y con más discreción el despensero y el de la carpintería. Encarecimos al Almirante los hermosos ríos y flores, diciendo sin mentir que eran allí los aires como los de abril en Andalucía, y los caminos muy anchos y buenos; mas no dijimos nada de las lindas mujeres, por el respeto que le teníamos. Añadimos a esto que estaban las hierbas todas floridas y cantaban los ruiseñores; y sobre todo por las noches cantaban los pajaritos suavemente y se oían los grillos y las ranas. Vimos muchos almácigos, lináloe y algodonaes; pero no hallamos oro, aunque tampoco hubo tiempo para eso. Llamamos el puerto Concepción y salimos de allí con terral, mas vino luego tiempo de levante. Llegamos a Tortuga, y como por los vientos contrarios seguíamos sin poder ir a Benaque, volvimos a puerto de nuevo. Así anduvimos varios días yendo y viniendo, entrando por los ríos y volviendo; que mordían las alimañas a la tripulación mientras dormía, y a mí me mordieron una oreja y otra vez una pierna. Era mi colchoncillo muy pobre, pequeño y duro, relleno con lana de perro, y lleno de vómitos por mi mala disposición. Y si no era en tierra no podía lavarse la ropa, como queda

dicho, pues la cortaba el agua del mar; y así la miseria me comía vivo. “Es la tierra para los hombres y la mar para los peces”, decíale yo a mi amo, mientras le apañaba los pucheros. “Y cuando lo miro, mejor me parece la tierra desde el mar que el mar desde la tierra”. Me quejaba con lamentaciones de la poca comida que me daba, y decíame él que en tiempo de tormenta era peligroso comer hasta regoldar, y beber hasta reventar. Y como hubiera ido borracho y relleno, en dos arcadas echaría la comida y en la tercera vomitaría el ánima, Diciendo esto llevaba él en su despensa ristras de ajos, horcos de cebollas, botijas de vinagre, alcuzas de aceite y bolsas de sal, pues aunque fueran como él decía manjares rústicos, no eran delicados para marearse ni codiciosos para hurtar.

Debía ser toda la gente de aquellas tierras muy cazada, pues en cuanto dejábamos las naves y nos veían, salían huyendo y hacían ahumadas en las atalayas. Pusímosle a un valle hermoso que hallamos el Valle del Paraíso, y a un río lo llamamos Guadalquivir; y estábamos en esto cuando divisamos a un indio solo en una canoa, y era maravilla cómo podía sostenerse en el agua con tanto viento como hacía. Lo mandó izar el Almirante con su canoa y le dio lo que siempre dábamos, mas unos piojos que tomaría sin que se los dieran, que había para todos; con lo que nos llevó a tierra y nos guió, y vinieron más de quinientos hombres con su rey. No traían cosa alguna, sino algunos granos de oro finísimo a la nariz, y en las orejas; que nos dieron ganas a todos de tenerlos por lo menos iguales, y ellos los ofrecían como sin valor. Vimos que era el rey de éstos casi tan mozo como yo, con un ayo viejo y otros consejeros que lo aconsejaban y respondían, y él hablaba muy poco; mandóle presentes el Almirante y uno de nuestros indios habló con él, diciéndole como siempre hacía que éramos amigos y andábamos a la busca del oro, y de Baneque. El rey y todos iban desnudos como su madre los parió, y también las mujeres sin ningún empacho, que puedo asegurar por lo que a mí toca que ninguno tenían. Eran todos hermosos y blancos, que si anduvieran bien vestidos y se guardaran del aire y del sol serían tan blancos como en España. Llevaba el Cojo un hechizo amoroso, que era un trocillo de piedra imán envuelto en un papelillo plegado, que con estas cosas se entretenía. Vimos que era esta tierra muy fría y alta, y sobre el mayor monte podían arar bueyes, que en Andalucía ninguna tierra se le podía comparar, parecida a la isla de Tortuga. Tenían plantados ajos, y unas raíces como zanahorias para hacer el pan, que rayaban y amasaban luego. Así, después de la tarde vino el rey a la nao y se le hizo la honra que merecía, diciéndole que veníamos de Castilla. Pero ni ellos ni nuestros indios lo creían, sino que veníamos del cielo y que el reino de nuestros soberanos no era de este mundo. Él comió y bebió lo que le dimos y lo repartió con el ayo y los consejeros, comiendo con ellos en mesa aparte el capitán, maestre, piloto y escribano de la nao. En cuanto a los demás, era menester que

guisáramos y comiéramos a la misma hora que los vecinos, pues si no era así no hallabas lumbre, ni rayo de amor en el fogón. Pues no había como he dicho de día ni de noche espacio para el disfrute, y menos nos guardaban a los pajes ninguna consideración; y la única música que oíamos, no siendo la guitarra de mi amo, era la del viento gimiendo y la del mar y sus oleajes. Como mucho, se cantaban aquellas cantinelas que eran siempre las mismas, tales como ésta:

*En el fondo de la mar hay una lleve dorada,  
la mujer del marinero vive asaz enamorada.*

Mas en este ocasión fuimos muy celebrados por el rey y los otros, con grandes muestras de alegría, que estaban muy alborozados de oírnos. Hasta me pareció que batían palmas, por lo que me envalentoné, y acompañado de la dicha guitarra entoné con mi mejor voz:

*Marinero, sube al palo y dile a la madre mía  
si se acuerda de aquel hijo que navegando tenía,*

con lo que terminó la fiesta, que fue de ver. Luego, para celebrarlo, me hizo un gazpacho el cocinero con migas, sal y aceite, que me supo mejor que un capón en otro tiempo, y párese de contar. Venteó reciamente aquella noche, pero la isla de Tortuga nos protegía; y anduvimos pescando con los indios, que nos trajeron ciertas flechas de los canibas, de espigas muy largas y palillos agudos y tostados. Nos mostraron los hombres que les faltaban pedazos de carne en sus cuerpos, y nos hicieron entender que los canibas se los habían comido a bocados; pero el Almirante no los creyó, pues sólo creía lo que le cuadraba. No tenían armas estos indios, y parecían tan cobardes que mil no hubieran resistido a tres de nosotros; por lo que pensaba el Almirante que serían buenos para mandarlos y hacerlos trabajar, y así lo decía. Podría hacerse con ellos lo que fuera menester, así como levantar villas, cuando los enseñáramos a usar nuestros vestidos y costumbres.

Andaba yo en cierta manera tranquilo, pues no había allí madre que me zurrara ni maestro que quisiera enseñarme. Ni allí te podían descomulgar los obispos ni echar de las iglesias los curas, aunque no fuera nadie confesado ni comulgado. Pues en aquella santa cofradía no se aprendía a confesar, sino a jugar a los naipes y a trajinar. Así ninguno de los que allí muriera tenía que tomar la extremaunción, ni pagar al sacristán el tañer ni al cura el enterramiento, ni a los frailes la misa cantada, ni al alcalde la sepultura. Y ni siquiera a la comadre la mortaja, pues apenas el desventurado a quien le tocara la china hubiera muerto y dado a Dios el ánima, lo hubiéramos enterrado en la playa o arrojado su cuerpo a los peces. En estas cosas logramos conseguir varios pedazos de oro labrado en hojas delgadas, a cambio de cuentas; y uno, que parecía cacique o gobernador de aquella provincia, llevaba un pedazo grande como una mano

y parecía que lo quería rescatar. Él se fue a su casa y los otros se quedaron en la plaza, y él hacía pedazuelos aquella pieza, y trayendo cada vez un pedazuelo lo rescataba. Después que no hubo más, dijo por señas que había enviado por otros y que otro día los traerían. A la tarde vino allí una canoa de la isla de Tortuga, con más de cuarenta hombres, y llegando a la plaza se sentaron con los del pueblo en señal de paz. Pero luego el cacique se levantó solo, y con palabras que parecían de amenaza los hizo volver a la canoa, y tomaba piedras de la playa echándolas al agua; y después que todos se fueron, tomó una piedra y se la puso en la mano a nuestro alguacil, para que la tirase; mas no la quiso tirar, aunque por lo común se ocupaba del castigo de los delincuentes. Era el temple de toda esta comarca muy húmedo, con lo que en dos días se enmohecía el hierro; y hallamos no pocos lobos marinos por allí, que parecían puercos de bellota. Teníamos buen tiempo, mas era la mar maliciosa y siempre se habían de tomar sus cosas al revés; porque en calma y en bonanza se armaba para hacer tormenta, y en la tormenta y tempestad aparejaba para hacer bonanza. Dijeron aquéllos que en la isla Tortuga había más oro que en la Española, porque estaba más cerca de Benaque; pero no pensaba el Almirante que en aquellas islas hubiera alguna mina, sino que lo traían de allá, y poco, pues no tenían por qué cambiarlo. Pero creía estar cerca de la fuente, y pensaba que Nuestro Señor había de mostrarle de dónde nacía; y pensaba también que de allí a Benaque había sólo tres o cuatro jornadas, y en un día de buen tiempo podían andarse diez leguas.

Estuvimos aguardando al cacique, más que por su oro, por saber de dónde lo traía; y amaneciendo, se ordenó que ataviáramos la nao y la carabela de armas y banderas, porque era la fiesta de Santa María de la O. Era martes, a dieciocho de diciembre; tiramos muchos tiros de bombardas y el rey de la isla madrugó, viniendo. No llevábamos cura, como he dicho; mas tampoco en tierra muchos marineros ni oficiales tomaban pena de no ir los domingos a misa, ni las fiestas, y no digamos yo. No entraban al año una sola vez en la iglesia, mas lo que tenían de cristianos era que en una peligrosa tormenta se ponían a rezar llorando y suspirando; y pasada ésta se sentaban a comer y a hablar, a jugar y a pescar. Y aún a renegar, contando con risas los peligros en que se vieron y las promesas que hicieron. Mas volviendo a mi camino diré que llegaban con el rey de la isla más de doscientos hombres, y cuatro lo traían en andas. Él, así como entró en la nao halló al Almirante que estaba comiendo debajo del castillo de popa, y vino a sentarse a su lado sin dar lugar a que él saliera, ni se levantara de la mesa. Los días de fiesta religiosa, o los domingos y jueves, solía comer el Almirante carne de vaca salada, y un día a la semana puerco conservado en manteca, y también ese día queso; y lo mismo nosotros cuando lo había. En estas, hizo señas el rey a los suyos que se quedasen fuera, y así lo hicieron con todo acatamiento, y se sentaron en cubierta salvo

dos hombres de edad madura, que juzgamos fueran su consejero y ayo, que vinieron y se sentaron a los pies del rey mozo. De las viandas que les pusimos probaban cada una, y luego lo demás el joven lo enviaba a los suyos y todos comían de ellas; y lo mismo fue en el beber, que solamente llevaba a la boca y así se lo daba a los otros. Todo con pocas palabras, muy asentadas y de seso según parecía, y aquellos dos lo miraban a la boca y hablaban con él con mucho acatamiento. Después de comer, un escudero trajo un cinto y él lo tomó, y se lo dio el Almirante; y era semejante a los de Castilla, con dos pedazos de oro labrado muy delgado. Como le agradara un arambel que vio sobre una cama él se lo dio, y unas cuentas muy buenas de ámbar que el Almirante llevaba al pescuezo, y unos zapatos colorados y una almanaja de agua de azahar, con lo que quedó contento y maravillado. Fuéronse él y su ayo apenados por no poder entender con nosotros, y con todo nos dieron a ver que todo la isla estaba a nuestra disposición. Le mostró el Almirante una moneda de oro con la imagen esculpida de los reyes, y se los encomió, y además mostró las banderas reales y la de la Cruz, y andaban ellos asombrados. Después que fue tarde y él quiso irse, el Almirante lo envió en la barca muy honradamente y mandó tirar muchas bombardas. Puesto en tierra, él subió en sus andas y se fue con sus más de doscientos hombres; y a todos los marineros y gente de los navíos, donde nos topaba nos mandaba dar de comer y hacer mucha honra. He de decir, que los que allí andábamos no teníamos memoria de vigiliyas, ni de las cuatro témporas del año, ni aún nos hubiera dado cuidado el miércoles de ceniza ni la semana santa, ni la cuaresma mayor; pues en la nao, todas las veces que se ayunaba no era por devoción, sino porque faltaba la vitualla.

Volviendo a lo de antes, iba detrás del rey un hijo que tenía, con las mismas honras, que lo llevaba a hombros un indio; y lo mismo un hermano del rey, salvo que éste iba a pie y lo llevaban de los brazos. Éste llegó más tarde a la nao, y por él supimos que llamaban a su hermano en su lengua cacique. Díjonos un hombre viejo que había una isla que era toda de oro, y había tal cantidad que lo cogían y cernían con un cedazo; luego lo fundían y hacían vergas y mil labores, mostrándonos por señas la hechura. Nos señaló la derrota y el paraje donde estaba, y si no hubiera sido el tal viejo un personaje principal, por Dios que lo hubiéramos llevado con nosotros; o si supiéramos su lengua, le hubiéramos rogado que nos acompañara de grado. Dijo el cocinero no tenerlas todos consigo, pues era la mar una mina donde muchos se hacían ricos, y un cementerio donde los más estaban enterrados. Estando así pusimos una gran cruz en la playa de aquella población, y los indios nos ayudaron mucho, haciendo como que la adoraban; y por las muestras que daban, pensó el Almirante que todas aquellas tierras se harían cristianas. Nos hicimos de noche a la vela con gran dificultad para salir, por los aires contrarios; y siempre temiendo, pues suele ser la mar aficionada con unos y apasionada



con otros, porque si se le antoja, sustentará a uno veinte años y a otro lo matará el primer día. En fin, que a nadie tiene contento de cuantos en ella navegan. Mas hallamos que toda la isla tenía cabos y puertos maravillosos, según podía juzgarse desde la nao; y vimos una a manera de montaña que entraba en la mar, y la llamamos Caribata, pues aquella provincia así se llamaba, y su mar Caribe. Iba yo por entonces más impetuoso que nadie en el habla marinera, y sabía que era tenerse a la banda acostarse todos a un lado, y dar carena era renovar una nao, y otras muchas cosas. En éstas, al ponerse el sol entramos en un puerto hermosísimo, y parecía la entrada desde el mar imposible, por unas restringas de piedras no puestas en orden, sino acá y allá, por lo que era menester andar muy despiertos. Había a la entrada del puerto un cañaveral, y una isleta de arena; estaba cercado de montañas altísimas, más altas que la isla de Tenerife, que era tenida por los marineros de las más altas que podían hallarse; y vimos por allí poblaciones, y ahumados que en ellas se hacían. Decíanos el carpintero que era la mar naturalmente loca, pues se mudaba a cada cuarto de luna y no hacía diferencia del rey al labrador; y que era deleitosa de mirar y peligrosa de pasear. Añadía que disimulaba con los viciosos, mas no gustaba de los cobardes. Contábanos el Almirante que había andado veintitrés años en ella sin salir apenas a tierra, y vio todo el levante y poniente, y hasta el norte donde estaba Inglaterra; y anduvo en la Guinea, pero nunca vio un puerto como éste, que desde la entrada hasta el fondo había cinco leguas. Hallamos una población con sus indios, y venían tantos que cubrían la tierra, así hombres como mujeres y niños, dando muchas gracias. Los unos corrían de acá y los otros de allá, y nos traían panes de ajos, blancos y buenos, agua en calabazas, que buena falta nos hacía, y también la llevaban en cántaros de barro de la hechura de los de Andalucía. Lo mismo era todo cuanto tenían, pues al igual que el agua nos daban los pedazos de oro. No llevaban azagayas ni otras armas y estaban del todo desnudos, tanto ellos como ellas; pues en Juana y en otras islas traían las mujeres delante de sí unas cosas de algodón con que cobijaban su natura, tanto como una bragueta de calzas de hombre, en especial después que pasaban de los doce años; pero aquí no lo llevaban ni mozas ni viejas. En otros lugares los hombres hacían esconder sus mujeres de los cristianos por celos, mas no aquí, con lo que quedamos confortados y alegres. Pues tenían muy lindos cuerpos las mujeres, y eran las primeras que llegaban a nosotros trayendo pan de ajos y recreación, y cinco o seis clases de frutos que tenían, que quiso el Almirante guardáramos para mostrar a los reyes. No les tomábamos nada contra su voluntad y les pagábamos todo cuanto nos daban; y también creían que veníamos de los cielos, por lo que nos agasajaban y consentían. Vino a la playa tanta gente que causaba espanto, dando voces de que no nos fuéramos, sino que nos quedáramos con ellos. Hice yo provisión de aquel pan, mas sabía de sobra una cosa: que si alguna vez saliendo a la

tierra venía a las manos cualquier cosa, y más aquel pan tan tierno y sabroso, no podría osar comerlo a solas en el barco, sino repartirlo con los compañeros; y aunque fuera comprado, no quedaría para mí más que pan bendito. Mas era éste un mal necesario, como la mujer.

Visitamos al jefe de éstos y comió el Almirante con él, dándonos a todos comida y papagayos; aunque no pidieron nada les dimos de nuestras cuentas, anillos y cascabeles, pues ya los teníamos por paisanos, y por cristianos, más que a las gentes de Castilla. Vinieron muchos detrás, y nadando siguieron a las barcas más de media legua; algunos de los nuestros quedaron en tierra, y llegando a un gran río que los indios pasaron a nado, ellos no pudieron, volviéndose. Como era tan hermoso puerto y tan grande, lo nombró el Almirante puerto de la Mar de Santo Tomás, porque era su día, y díjole mar por su grandeza. Entré en la nao con un catarro muy malamente sordo, y estando en ésta supe que se llamaba el señor de toda aquella tierra Guacanagari. Envió el tal como regalo el Almirante un cinto, que en lugar de bolsa tenía una carátula con dos orejas grandes de oro y lo mismo la lengua y la nariz; y topando los indios una de nuestras barcas le dieron el cinto a un grumete. No entendíamos ninguno lo que nos querían decir, pues tenían distintas palabras para nombrar las cosas que los que llevábamos; al final, supimos por las señas que nos convidaban a quedarnos con ellos. Mandó el Almirante a su pueblo a un escribano con los hombres, que siempre lo mandaba, pues no se fiaba mucho de que algunos de entre mis compañeros, tan codiciosos y desmedidos, no tomaran las cosas por la fuerza. Pues nadie ignoraba que hubiera en las naves falsarios y fementidos, ladrones y traidores, y adúlteros, y hasta llevábamos algún corsario, homiciano y blasfemo, y no faltaban azotados ni acuchillados. Pues según decía el cocinero, la mar era capa de pecadores y de malhechores refugio, que en ella no daban sueldo a nadie por virtuoso, ni por travieso lo desechaban. En fin, que siempre nos obligaba el Almirante a dar algo a cambio de lo que tomábamos, pues algunos se hubieran negado a dar una agujeta o un pedazo de escudilla, y hubieran querido tomárselo todo sin dar nada a cambio. Enviáronnos ellos tres ansares muy gordas y unos pedacillos de oro, y traían a los nuestros a costas porfiando por hacerlo sobre algunos ríos y lugares de lodo, pues se tenían por bienaventurados con verlos y tocarlos. Llevaban simientes de muy buenas especias, y agua en cántaros de barro; echaban un grano en una escudilla y la bebían, y decían los indios que era cosa sanísima. Entre los muchos indios que allí había pudimos convencer a uno que viniera con nosotros; trajo a un compañero o pariente consigo, y hablaban de Cipango que decían Cibao, o eran las ganas que tenía el Almirante de que lo fuera. Afirmaban que había allí una gran cantidad de oro, y que el cacique tenía las banderas de oro de martillo, salvo que estaban muy lejos al este. Y con esto, antes de salir el sol

levantó las anclas el viento terral. Eran todos éstos de la isla Española que ellos llamaban Bohío, y eran mejores y más dulces y mansos que los de la isla Juana, que cuando hablaban parecía que nos amenazaban. Verdad es que todos se teñían, algunos de negro o de otro color, y los más de colorado; lo hacían por el sol, porque no les hiciera tanto mal. Llevábamos los españoles los cuerpos ya cansados por la mala vida y los corazones con sobresalto de alguna tormenta. Navegamos con poco viento, y serían las once de la noche cuando el Almirante acordó dormir, pues hacía dos días y medio que no había dormido. Como hubiese calma, el marinero que gobernaba la nao dejó el gobernario a un mozo grumete, lo que había prohibido el Almirante durante todo el viaje, que hubiese viento o reinase la calma. A las doce de la noche, viéndolo acostar a él y reposar, y como viéramos que era calma muerta, todos nos fuimos a dormir y quedó el gobernalle en la mano de aquel compañero, casi tan muchacho como yo. Llevaba yo mi colchoncillo terciado y mi sábana, y una manta pequeña que me dieron, pues llevar en la nao cama entera sería dar a más de uno que reír; pues no había ni donde guardarla de día ni donde tenderla por la noche. Vióse el muchacho en el navío solo, sin ver nada, sino sólo cielo y agua, entre aquellos reinos verdinegros de suelo oscuro y espantoso, siempre rodeado del mismo horizonte, viendo la noche como la madrugada sin novedad ninguna; y quedándose adormecido, las aguas que corrían llevaron a la nao sobre un banco de arena, y fue sobre ella tan mansamente que apenas se sintió. El mozo, que sintió el gobernalle y oyó el sonido de la mar, dio voces a las cuales salió el Almirante, y fue tan presto que aún ninguno habíamos sentido que estuviéramos encallados.

Era el día de Navidad. Salió el maestre de la nao, cuya era la guardia, y díjonos el Almirante que halásemos el batel que traíamos a popa, tomáramos un ancla y la echásemos por popa, y él y otros muchos saltaron en el batel; y pensaba él que hacíamos lo que había mandado, pero no procurábamos más que huir a la carabela, que estaba a barlovento. Estaba la nao echada de barriga y el agua llegaba a la mitad de la cubierta, y para pasar de proa a popa había que sujetarse en las cuerdas; y si nos echábamos a través del barco, nos veíamos casi de pie. Cuando llegábamos a la carabela no nos quiso recibir, pues no debía; por eso volvimos a la nao, pero primero fue a ella la barca de la carabela. Cuando el Almirante vio que huíamos, y éramos su gente, y las aguas menguaban y estaba ya la nao la mar de través, no viendo otro remedio mandó cortar el mástil y alejar todo cuanto se pudo; había por allí cestos y sacos todos de diversas maneras, hasta botas de vino y cacharros sueltos. Llevaban algunos el arca con el bastimento y líos de ropa, colchoncillos de cama, barriletes de vino y cántaros de agua. Unióse a todos el marinero que faltó en la guardia, confundido por su acción; y como todavía las aguas menguaron, no se pudo remediar. Fue el

Almirante con nosotros a la carabela para poner a salvo a la gente, y como ventease ya vientecillo de tierra y aún quedara mucho de la noche, sin saber cuánto duraban los bancos, temporajeó a la corda hasta que fue de día, y luego fue a la nao por debajo de la restringa del banco; con esto quejábanse muchos que la mar no quería decir otra cosa que amargura, y juraba yo que a mí no me engañaría más de una vez. Enviaron primero un batel a tierra con un tal Diego de Arana que era de Córdoba, y alguacil de la armada; y con Pedro Gutiérrez, repostero de la casa real, para hacerle saber a aquel rey que nos había convidado, y que tenía su casa a legua y media del dicho banco, que habíamos encallado. Él, cuando lo supo, lloró; y envió a toda su gente con canoas muy grandes, para salvar lo que pudieran. Así se hizo, y se descargó lo de cubierta en muy breve tiempo, pues tanta fue la diligencia que aquel rey hizo. Andaban con él sus hermanos y parientes dando cuidado, tanto en la nao como en lo que sacaban a tierra, para que todo quedara a buen recaudo. Acomodaron ropas y cacharros en pesados baúles; pues cada cual quería llevar su avío, bebidas y alimento, y era muchísimo el bulto y el peso de las cosas.

De cuando en cuando mandaba el rey al Almirante un pariente, llorando o para consolarlo, diciendo que no tuviese enojo ni pena, que él nos daría cuanto tuviese; y todo se halló tan guardado que no hubiera sucedido lo mismo en España, y no se perdió ni una agujeta. Llevábamos en el matalotaje vasijas de cobre, así como cántaros, ollas y sartenes, aceiteras y jeringas. Cogió cada uno su frazada y almohada, su colchoncillo y alguno su sábana u otras cosas; y la barca nuestra hacía tanto agua que no se podía vencer, y se empapaban las mantas por ir debajo, cargando más la barca sin sentir. Mandó él el rey ponerlo todo junto, y vaciar unas casas para ponerlo todo ello. Puso hombres armados alrededor, que velasen todo la noche; y él con sus hombres lloraban, pues amaban a sus prójimos como a sí mismos, y no como nosotros. Cuando no tenían pena era su habla la más dulce del mundo, siempre con risas; y aunque andaban desnudos tenían costumbres muy buenas y mucha curiosidad, pues todo lo querían saber y ver, y con todo se contentaban. No llevábamos nosotros figura de hombres, yendo sin orden, por caminos descarriados; unos por el bosque, otros por el río, y acabamos por separarnos. Al salir el sol llegó el rey a la carabela Niña donde estaba el Almirante, y le repitió que dispusiera de todo lo suyo; pues nos había dado a los cristianos que estábamos en tierra dos grandes casas, y más nos daría si fuera menester, y tantas canoas como hicieran falta para cargar y descargar la nao. Y que podía poner en tierra cuanta gente quisiera, que no les tomarían ni una migaja de pan, ni cosa alguna; pues ninguno tenía codicia de cosa ajena, y menos el rey. Volviendo a mi amigo, andaba ahora aún más mohíno y cojo de lo que acostumbraba; pues decía que barruntaba el mal y doblaba los sortilegios, que de algún tiempo acá no hablaba

más que en frases cabalísticas; y llevaba todo el cuerpo de pergaminos unos colgados al cuello, y hasta metidos en el hueco de su pata de palo. Veíalo yo más cetrino y amarillo, como sin fuerza ninguna; a veces le hablaba, y apenas atendía a lo que le decía. Guardaba una piedra grande de aguamarina y la apretaba mucho en la mano, pues decía que tenía buenas condiciones para los del signo de piscis, que era el de él. En éstas, mandó aquel virtuoso rey, llevar en una canoa ciertos pedazos de oro, que quería dar por un cascabel, ya que ninguna otra cosa deseaban ellos tanto como esto. Aún no había llegado la canoa a bordo cuando llamaban y mostraban los pedazos de oro, diciendo: *chuc chuque*, por los cascabeles, que estaban a punto de volverse locos por ellos. Prometió el rey el Almirante que un día le traería cuatro pedazos de oro tan grandes como una mano y, según decían, holgó mucho nuestro capitán oyéndolo. Aunque los cristianos que estábamos en tierra lo rescatábamos por nada, ni aún esto podía despabilar al Cojo, siendo así que por una agujeta nos daban pedazos que serían más de dos castellanos; y no era nada entonces, con lo que decían sería después. Comió el rey en la carabela con el Almirante y salió luego a tierra con él, donde le hizo mucha honra, dándole camarones y caza y del pan que tenían, que llamaban cazabi. Tenía ya el rey camisa y guantes que el Almirante le había dado, y por los guantes hizo mayor fiesta que por nada. Mientras, muchos de los nuestros se encomendaban a los santos y a sus santuarios de España por que nos ayudaran a volver; y se arrepentían de sus pecados, reconciliándose con los compañeros y rezando algo a sus santos más devotos. Lo cual hacían a cada paso en el mar, aunque luego en España tarde o nunca lo cumplieran. Andaban muchos asalvajados, otros fieros e insolentes y todos zarrapastrosos, como mendigos. Si hablaban de mujeres, que no se hacía conversación sin ellas, todos eran ayes y suspiros, Contrariamente, eran los naturales de allí muy comedidos en todo; y sobre todo el rey, en su comer y en toda su limpieza, donde mostraba siempre su buen linaje. Después de haber comido, que tardaba un buen rato, se hacía traer ciertas hierbas con que se frotaba mucho las manos; y creyendo el Almirante que lo hacía por ablandarlas, le mandó traer aguamanos. Almorzaron juntos más de una vez, y después que acababan venían a la playa, y una vez envió el Almirante por un arco turquesco y un manojo de flechas. Hizo tirar a un hombre de la compañía que sabía de ello, y al rey le pereció cosa notable, pues no tenían armas ni las conocían. Aunque dio a entender que los de Caniba, que los venían a tomar, traían arcos y flechas sin hierro; pues en todas aquellas tierras no lo conocían, ni acero ni otro metal, sino sólo oro y cobre, aunque cobre habíamos visto muy poco.

Le dijo el capitán al rey que los de Castilla mandarían destruir a los Caribes, y los traerían a todos con las manos atadas; mandó tirar una bombardas, y luego una espingarda, y viendo el efecto que hacían y lo que penetraban, quedóse el rey

maravillado. Cuando su gente oyó los tiros, cayeron todos a tierra. Trajeron luego una hermosa carátula, con grandes pedazos de oro en las orejas y otras partes; y el mismo rey se la puso al Almirante, con otras joyas, en la cabeza y pescuezo. Con estas cosas andaba él consolado, por la pena que había recibido perdiendo la nao, y conoció que Nuestro Señor le había hecho encallar porque nos detuviéramos allí. Así no fue desastre, sino gran ventura, pues si no encalláramos no hubiésemos dejado allí gente; como así se hizo después, con tantos pertrechos y mantenimientos como ahora teníamos. Mas con todo, vuelvo a decir que eran muchos de los nuestros gente villana, y reñían más con la envidia de los corazones que con las espadas, que pocos las tenían. Usaban algunos los naipes tan viejos que eran de figura ovalada, porque de ejercitarlos se les habían gastado las puntas, y porque duraran más se las cercenaron dejándolos de aquella talla. Llevaban los más el cuello almidonado con grasa, y tan deshilado de roto que todo parecían hilachas; y estábamos todos quemados del sol, las uñas carieladas y las caras no nada limpias; y todos juntos en la nao nos ajustábamos a dormir tan estrechamente, que cada uno al que topaba pensaba que era otro él. Mas para todo había remedio sino para la muerte, y era el primero y principal tener paciencia. Muchos de entre nosotros pedían licencia para quedarse, por lo que mandó el Almirante hacer una torre y una fortaleza, todo muy bien hecho y con una gran casa; no porque creyera que fuera menester con esta gente, pero sí por estar tan lejos de España. Teníamos tablas para hacer la fortaleza y mantenimientos de pan y vino para más de un año, y simientes para sembrar; y una barca de la nao, un calafate y un carpintero, un bombardero y un tonelero, y otros muchos hombres que querían quedarse para encontrar el oro, y así todo vino muy a pelo.

Hallé aquel día al Cojo pensativo y boca abajo, más flaco que caballete; ayudélo a levantar asiéndolo de las manos y brazos, y no hice poco en ponerlo en pie. Estuvo de esta suerte durante cuarenta horas, y en ese tiempo no supo qué era rebullir; y cuando volvió en sí estaba con rostro de reo y con temblores de atercianado, y sacó de la faltriquera un pañuelo bien percurido para limpiar el sudor, que llovió de su rostro como de alquitara. No sé cómo encarecer de la suerte que quedó, pues fue tal que cubriéndose el rostro de aquel sudor frío y el cuerpo de un mortal desmayo, pienso que lucharon en él la vida y la muerte por espacio de estos dos días. Avisé al médico que llevábamos, y dijo que el que tenía convulsiones como aquél, y no conocía a nadie, ni oía ni entendía, ya estaba moribundo; y que también las uñas negras de sus manos y sus pies fríos y contraídos, indicaban una muerte próxima. Explicónos que los sudores que sobrevenían con fuerza y celeridad en los días críticos eran peligrosos, y también los que salían de la frente gota a gota, o hilo a hilo, como un manantial; con los que eran fríos y copiosos sucedía lo mismo, pues todos eran efecto de causas violentas de suma

fatiga y durable presión. Díjome que el alimento dado a un febricitante en la convalecencia lo vigorizaba, mas lo empeoraba durante la enfermedad, con lo que holgaba dárselo; y me encomendó observara también de qué manera aparecía su ojo sano en su interior cuando el enfermo dormía, pues si estando cerrado descubría por entre los párpados algo de lo blanco del ojo, era mala señal, y por lo común de muerte. No me dejó hasta que hubo concluido todos sus aforismos y recetas, que me iba explicando por menudo, ya fueran bebidas o lavatorio, ya emplastos u otras cosas, y las demás diferencias de martirios con que los tales suelen acometer a los enfermos miserables. Parecióme que éste debía descender de los ciudadanos de Jerusalén, y tenía su solar en las montañas de Judea. Aunque la noche sea muy breve siempre, la que no se duerme parece una eternidad; y si hubiera podido, era mi parecer que enviara por un confesor con quien descansar limpiando su conciencia. Pues veíame de esta hecha huérfano de amigo y compañero, y estábale mirando a la cara atentamente, pues no quitaba los ojos de su ojo; y lo veía más hacia el bando de la eternidad que en el mundo, y así quedéme sin poder dormir, de puro desvelado. Mas no murió, y al día siguiente, después de haberlo alimentado algo, comenzó a tomar respiración; con cuya presencia a mí se me volvió el alma el cuerpo, el aliento al corazón y la sangre a las venas. Pidió de beber, para echar abajo la melancolía que le quedaba; metióse en esto la mano en el pecho, sacó una cadena de eslabones gruesos y me la dio, que al color y el peso vi que no era de alquimia. Díjome que me hiciera cargo de ella, que me la daba; y con todo esto, el cabo de una semana pudo levantarse, según dijo con molimiento de cuerpo, dolor de cabeza y boca de probar vinagre.

Pero la variedad de sucesos, que trayendo uno hace olvidar otros, dio de mano en esta contrariedad. No se perdió del barco ni una tabla ni un clavo, pues quedó tan sano como cuando partió, salvo que se cortó y se rajó algo para sacar las mercaderías. Si no hubiera sido por la traición del maestro, y nosotros no querer echar el ancla por popa para sacar la nao como mandara el Almirante, se salvara ésta y no ocupáramos la tierra; ya que nuestro capitán no quería más que pasar y descubrir. Esperábamos en Dios que a la vuelta hallaríamos un tonel de oro y de especería, y con todo quería el Almirante gastar lo que se ganara en la conquista de Jerusalén, como había prometido a los reyes de España; siendo así que ellos se rieron entonces y dijeron que les placía. Saliendo el sol vino el rey de aquellas tierras a la carabela, y nos rogó que no nos fuéramos, y hasta quiso que con sus parientes lo lleváramos a Castilla. Estando en éstas vinieron algunos indios con nuevas, y andábamos ya todos con hartas prisas de volver; pues los que navegan pueden contar los peligros de la mar, y yo empezaba a saberlos. Bajó a tierra el Almirante para poner orden y acabar de hacer la fortaleza; y pareciónos que el rey lo había visto cuando iba en su barca, pero entró en su casa disimulando, y envió a su

hermano para que lo recibiera y lo llevara a la mejor casa de su poblado. Le tenían aparejado un estrado de camisas de palma y lo hicieron sentar, simulando enviar a alguien para avisar al rey, como si no supiera que había venido; y era que lo disimulaba por hacerle más honra. Diéronnos una carne muy dura, pero estaba bien salpimentada; en conclusión, acuchillando nuestras sombras y dando heridas al aire estuvimos un rato provocando la risa de los circunstantes, hasta que tanto la descompostura de los golpes y el peso de las cabezas nos hicieron venir a tierra, y nos obligaron a no podernos levantar. Dio el cacique en correr hacia el Almirante, y le puso al pescuezo una gran plasta de oro que traía en la mano, y deliberaron toda aquella tarde de lo que había de hacer. He de decir que tenía el rey un sobrino muy mozo, de buen entendimiento y mejores hígados, y él nos mostró por señas que había otras muy hermosas islas por allí. Dijo el mancebo que estaban a cuatro jornadas el este y tenían oro, con lo que el Almirante escribió los nombres dellas. Supo esto un hermano del rey y regañó al muchacho, según entendimos, pues no querían que fuéramos a obtenerlo a otra parte, sino allí. Siendo ya de noche le envió el cacique una gran máscara de oro, pidiendo a cambio un bacín de aguamanos y un jarro; y creyendo el Almirante que lo pedía por mandar hacer otro, se lo envió.

Llegaron a comer cinco reyes sujetos a éste, que como dije se llamaba Guacanagari, y cada cual con su corona; mas el rey se quitó la suya y se la puso a nuestro capitán, y éste se quitó del pescuezo un collar de buenos alaqueques, y cuentas muy hermosas de muy lindos colores, que parecían muy bien en toda parte; y por honrarlo, se lo puso a él. Se desnudó un capuz de fina grana con que aquel día se vistiera y se lo dio, y envió además por unos borceguíes de color rojo que le hizo calzar. Púsole en un dedo un gran anillo de plata, pues dijeron que le había visto uno a un marinero y le había gustado. Yo, que llevaba la cadena, acordé esconderla en algún sitio que me pareciera seguro; y miré por las cuadernas, ligazón y otros escondrijos del navío, y al final creí de más prudencia guardarla entre mis cosas cerca de mí. Dormíme, y amaneciendo vi mi hatillo abierto y que faltaba la cadena, con lo que quedé del susto sin sentido. Pregunté a varios, y no supieron o quisieron darme razón alguna; y yo casi no podía echar el habla, como si se me hubiese metido monja. Mas no era posible saber quién me la hurtara, en aquella pepitoria humana de tanta diversidad de manos, pies y cabezas. Culpéme a mí mismo por ser bisoño y no bien avisado, aunque no dije nada al Cojo por no disgustarlo, porque aún convalecía. Mas volviendo a lo de aquellas islas, había quedado el rey que digo muy contento; y dos de los que con él estaban vinieron a nuestro capitán y le dieron dos plastas de oro, cada uno la suya. Después de agradecerlo todo, dijo Vicente Yáñez, capitán de la carabela, que había visto ruibarbo a seis leguas de allí y lo había conocido por los ramos y la raíz. Decían que el ruibarbo



echaba unos ramillos fuera de tierra, y unos frutos que parecían moras verdes, casi secas; y el palillo que estaba cerca de la raíz era tan amarillo y tan fino, que tenía el mejor color para pintar, y otras cosas dijeron; y que debajo de tierra era la raíz semejante a una pera. Con éstas tomamos agua y leña para partir a España, y dar noticia los reyes que mandaran más navíos; pues como habíamos quedado con uno solo, no parecía de razón seguir descubriendo. Quejábase el Almirante que todos estos males e inconvenientes nos venían de haberse apartado la carabela Pinta.

Era martes a uno de enero, y todos los que no quedaban en la isla pensábamos en partir. A medianoche se despachó una barca para que trajera ruibarbo, como muestra para poder llevar algo a los reyes; volvió con un serón de ello, y no trajeron más según dijeron porque no llevaban azada para cavar. Volvió la canoa que había ido a saber de la Pinta y el marinero, y no la hallaron; mas con todo, dijo aquel marinero una cosa, y fue que a veinte leguas había visto a un rey que traía a la cabeza dos grandísimas plastas de oro y lo mismo otras personas; que lo escondieron cuando lo vieron, pues debía el rey Guacanagari haber prohibido a todo el mundo que vendieran oro a los cristianos, para que todo pasara por él. Así muchos querían quedarse y hubo algunas voces a esto, y casi estuvo el caso a riesgo de sacar las espadas. Andaban los ánimos revueltos, y los que añoraban volver hablaban de sus mozas y hacían mofa de las de los demás. Como aquel que le dijo a otro que conocía a la suya, y sabía que remediaba necesidades con la misma voluntad al de Sevilla que al de Huelva, aunque a los de Málaga parecía recibir con más agrado porque tenía deudos en aquella tierra. Cobró con esto el otro un ánimo furioso y acometiólo, diciendo que conoció a la madre de él, y fue doctísima mujer en convocar gente del otro mundo, a cuya menor voz rodaba todo el infierno. Y le dio un golpe tan fuerte en el cerebro, que por la causa que fuera privóle súbitamente del uso de la voz. En éstas salió el Almirante de mañana a despedirse de Guacanagari, dándole una camisa suya, y le mostró el efecto de las bombardas; y vieron hasta dónde llegaba la piedra, muy lejos por la mar. También hizo una escaramuza con la gente de los navíos armada, diciendo al cacique que no hubiera miedo de los caribes si venían; pero lo hizo por ponerle temor y que respetara a los nuestros. Encomendó el mando nuestro capitán a los tres más principales que se quedaban, que eran Diego de Arana, un tal Pedro Gutiérrez y Rodrigo Escobedo, que a todos tres dejó como tenientes. Dijo uno de los indios que había mandado el cacique hacer una estatua de oro, tan grande como Colón, y que dentro de tres días la había de traer. Dejamos en la isla Española, que los indios llamaban Bohío, treinta y nueve hombres con la fortaleza; a mí por ser joven y al Cojo por estar enfermo no nos consintieron quedar, y tampoco quedó el cocinero porque no quería. Dejamos allí todas las mercaderías que mandaron comprar los reyes como rescate, que eran muchas, así

como bizcocho para un año, vino y mucha artillería. Y a mayores la barca de la nao, pues como muchos eran marineros fuesen a descubrir la mina de oro, para que el Almirante la hallase a su vuelta. Dejóles también simiente para sembrar, y sus oficiales, un escribano y un alguacil; y un carpintero de naos y el calafate, y un buen bombardero que sabía de ingenios; y con ellos quedaron un tonelero, un físico, y un sastre, todos ellos hombres de la mar. Mas quedó con nosotros nuestro matasanos, para maldición nuestra; y era tan animal, que a un grumete con dolor de muelas le tiró con tal fuerza, que a más de sacarla, fue muy gran parte de la quijada con ella; y en éstas, salía un arroyo de sangre de la boca del desquijarado.

No había llegado la carabela Pinta, y estaba enojado el Almirante con aquel Martín Alonso Pinzón porque no sabía de él y había hecho tanto mal yéndose sin licencia. Saliendo el sol levamos anclas, a día cuatro de enero. Pasamos con un poco de viento por delante de la villa que llamamos Navidad, y al compás de los cantos iban los marineros izando las velas; a cada versillo que decía el mayoral respondían los otros, y tiraban de las fustagas para que la vela subiera. Cantaba yo a voz en grito, contento de marcharme de allá:

*Vente conmigo y serás capitana de mi barco,  
navegaremos los dos en aquel profundo charco.*

Y me contestaban los grumetes:

*Madre, yo me voy a Indias, madre, dame dos abrazos,  
yo quiero ser marinero, que a mí no me gusta el campo.*

Siguiendo hallábamos isletas de arena muy baja, y en las isletas fuego, y rastro de haber ido por allá pescadores; y el día de la Adoración de los Reyes distinguimos venir a la carabela Pinta, como que la traían de regalo. Pasó Alonso Pinzón a la Niña, y se excusó diciendo que había partido contra su voluntad; pero ni el Almirante lo creyó, y pensó que eran falsas sus razones. Pensamos todos que sólo lo llevaban la soberbia y su codicia, pero disimuló el capitán. Díjonos el tal Martín Alonso que fue a la isla de Baneque, y que no halló nada de oro; aunque le dijeron que cogían los pedazos mayores que habas y abundantes como granos de trigo. También contaron de una isla donde no había sino mujeres, y que no andaba lejos de la tierra firme, como a diez jornadas de canoa, yendo la gente vestida allí; y con esto, hacían y decían los hermanos Pinzón muchas cosas contrarias el Almirante, sin obedecer sus órdenes, todo lo cual él sufría y a menudo callaba por terminar con bien nuestro viaje. Así que pensé yo, por salir de tan mala compañía le convenía disimular, pues no era tiempo de entrar en castigo. Hallamos la arena en la boca de un río toda llena de oro, que por venir río abajo se desmenuzaba en el camino; y a poco pepitas tan grandes como lentejas, y de lo menudito había mucha cantidad. Lo llamó el capitán Río del Oro y vimos otros que

tenían más que aquel, algunos más grandes que el Guadalquivir por Sevilla; pero no tomamos de la dicha arena, pues lo teníamos todo en casa y a las puertas de la villa de Navidad, y porque al parecer tenía prisa el Almirante por dejar aquella gente desmandada.

Hallamos también muchas tortugas que cogimos para comer, y de las que bebíamos su sangre que era de buen sabor. Así fuimos bordeando hacia oriente la isla Española, encontrando en ella maravillas pero con disposición de partir. Envió el capitán una barca con algunos, a fin que tomáramos ajos para comer; y hallando ciertos hombres con arcos y flechas les compramos dos arcos, con muchas flechas, y rogamos a uno que viniera a la carabela. Era éste muy disforme de catadura, más que ninguno de los que habíamos visto; tenía el rostro tiznado de carbón y los cabellos muy largos y atados detrás, puestos en una redecilla hecha de papagayo, y todo desnudo. Pensamos que debían ser de los caribes que se comían a los hombres, y llamaban al oro *tuob*, y no lo entendían por *caona* ni por *nocay*, como algunos otros de la isla; y díjonos éste por señas que la isla de Martinino estaba poblada de mujeres sin hombres. Dímosle de comer, además de pedazos de paño verde y colorado, y cuentas de vidrio; y ya lo aguardaban en una canoa cincuenta hombres desnudos, con el pelo largo como él. Llevaban todos detrás de la cabeza plumas de papagayo, cada uno con su arco y un pedazo de palo muy pesado a modo de espada. Con esto les compramos dos arcos, dos flechas y otras armas; mas vendidos dos arcos no quisieron dar más, y arremetieron contra nosotros para prendernos. Fueron corriendo a tomar sus armas y unas cuerdas, debía ser para atarnos; y viéndolos venir corriendo, como estábamos apercebidos, arremetimos contra ellos y dimos a uno una gran cuchillada en las nalgas, y a otro lo herimos en el pecho con una saeta; con lo que dieron a huir y no quedó ninguno. Si no eran los caribes, al menos debían ser sus vecinos y de las mismas costumbres, y sin miedo; no como los de las otras islas, que eran cobardes y sin armas. Tuvimos miedo por la villa de Navidad, y porque éstos le hicieran algún mal. Manteníase a esta sazón el Cojo con sus dejamientos, tristezas y dolores capitales, los que sufría como todos los doloridos, unos ratos con paciencia y otros con una modorra ceñuda e implacable. Decía el físico que en las enfermedades melancólicas la aglomeración de los humores era peligrosa, por cuanto acarreaba apoplejía, convulsiones y ceguera. Aquella noche sacó un libro de memoria que traía en los forrillos de las calzas; diómelo a que lo leyese, porque ya no podía leer, y contenía las fórmulas de todas sus brujerías y hechizos. Al amanecer lo hallé tendido en el suelo y echando espumarajos por la boca; y pronunciaba con mucho desmayo: “¡Jesús, que me han matado! ¡Confesión, confesión!”. Al fin quiso el cielo llevarse lo que era suyo, y cuando lo vieron difunto algunos entraron a saco en sus cosas, como si fuera pabellón de enemigos. Yo, después de haber dado

voces que pudieran romper las vidrieras celestes, quedé tan mortal, que a no cerrar los dientes me saliera el alma por la boca. Lo envolvieron en un lencezuelo para echarlo a la mar, mas no movía yo ni pie ni mano; pues si intentaba mover algún brazo o pierna, no bien la había alzado cuando al instante se volvía a derribar, como si fuera de goznes. Cuando lo tiraron al agua volví a renovar el llanto, y con el mismo sentimiento con que se despide el cuerpo del alma estuve tres días sin comer ni beber, hechos mis ojos dos fuentes, con una rara debilidad. Mas al cuarto día me apretó el hambre, imaginando que mis lágrimas no lo habían de resucitar. Saliendo a cubierta estuve mirando la parte por donde lo tiraron, y quizá por causa de la aflicción que tenía, me engañaron mis ojos; pues vi flotando a la deriva por aquellas aguas la pata de palo que había sustentado a mi amigo, que iba en ellas navegando. Andaba yo por entonces medio desnudo, pues capa no tenía, mis calzones estaban rotos y eran mis medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, pues los tenía picados y sin suelas.

Había vuelto por aquellos días nuestro indio el de los paños con un rey, a quien había dado sus cuentas de cristal, y con otros tres vinieron en su barca y subieron a la carabela; allí les dieron de comer bizcochos y miel, un bonete colorado de regalo y más cuentas, con pedazos de paño de color; y con esto se fueron a su tierra bien contentos. Hacían mucha agua los barcos por la quilla, pues los calafates de Palos los habían arreglado muy mal; pero, no obstante la mucha agua, pensaba el Almirante volver con suerte a España y queríamos todos volver de una vez, pues ya no aprovechaba detenerse, ni volvía el rey de aquella tierra con el oro que prometió. Pero envió al fin una corona, como había dicho, y a ciertos hombres con algodón, pan y ajos. Vinieron cuatro mancebos a la carabela, y quiso el capitán llevarlos a Castilla consigo; eran los arcos de aquellas gentes tan grandes como los de Francia o Inglaterra, y las flechas eran de los pimpollos de las cañas, pues tampoco éstos conocían el hierro ni el metal. Tendrían una vara o dos de largas, muy derechas, y a la punta llevaban un palo agudo de un palmo y medio, y encima algunos dientes de pescado. Pareciónos que los arcos eran de tejo, y tenían éstos cobre y ají, que era su pimienta. Partimos de aquel golfo que llamamos de las Flechas, dejando del todo la isla Española; ya la gente comenzaba a entristecerse por desviarnos del camino derecho y por la mucha agua que hacían ambas carabelas; y no teníamos más remedio que el de Dios. Iban los hombres jugando con los dichos naipes, limpios de polvo y paja, mas no de grasa y malicia; y estaba yo como casa sin dueño, por la pérdida del único verdadero amigo que tenía. Andaba el cocinero muy alcanzado de dinero según dijo, porque el juego no le iba bien. El día que me hallaba melancólico no hablaba yo con nadie, y mientras íbamos navegando al nordeste, que pensaba hallar el capitán por este lado la isla de las mujeres. Mas no la vimos, y hubiera querido llevar cinco o seis de ellas si no fuera porque no se quería detener.

Dijeron que era cierto que las había, y que a cierto tiempo del año venían los hombres a ellas; si parían un niño lo enviaban a la isla de los hombres, y si niña, la dejaban consigo. Dijo un tal que de entonces para siempre se olvidaría de la mar y pondría un mesón, buscando buena moza que fuera criada en la mesa, fregona en la cocina y dama en el lecho, y de buena cara para atraer a los huéspedes; y así despacharía ella su mercancía y él despacharía la suya, cosas éstas que fueron recibidas con gran contento y risas de todos.

Llevábamos buen tiempo, y empezamos a ver la hierba sobre el mar. Navegamos así varios días y vimos la mar cuajada de atunes, buenos para las almadrabas de Cádiz. Vimos el pescado que llaman rabihorcado, y anduvo alrededor de la carabela; y luego infinidad de atunes pequeños y rabos de junco, y en el aire alcatraces y muchas pardelas. Iba yo con sudores fríos, y no estaba bueno; mas lo achacaba a las negras aflicciones y congojas que dejó en mi espíritu el último porrazo, plantando en mi cuerpo gran debilidad. Hallábamos hacia el nordeste los aires más fríos, y más los hallaríamos cada día, según fuéramos al norte; había por aquí menos peces, por ser estas aguas más frías. Nadaron los indios, y yo no lo hice por encontrarme como digo, como con calentura; y por entonces dejamos de ver las hierbas sobre el mar. Hubo mudanzas de vientos, y así esperábamos hartas veces a la carabela Pinta, porque andaba muy mal de la bolina; para más inconveniente se ayudaba poco de la mesana, y el mástil no era bueno. Podía su capitán haberse proveído de un buen mástil en las Indias, que muchos había; pero no lo hizo, porque andaba codicioso, pensando llenar el navío de oro. Estuvo el cielo turbado unos días, pero no había llovido y la mar estaba llana; mas con todo, hacía el viento muchas mudanzas. Mataron unos marineros una tonina y un grandísimo tiburón, y lo habíamos menester, pues no llevábamos de comer más que pan y vino, y ajos de los indios; así nos llegó el mes de febrero, y nos pareció la estrella del norte muy alta, según dijeron como en el cabo de san Vicente. No pudieron tomar altura con el astrolabio y el cuadrante, porque no dio lugar; estuvo el cielo luego muy turbado y lluvioso, y manejábamos al este, pensando estar cerca de las Azores; vimos pardelas y palillos, que eran muestra de no estar lejanas las islas portuguesas. Yo pasé muchos días de este tiempo, con tan rabiosas desazones que me vi muy cerca de los brazos de la desesperación. En fin, todo paró en una melancolía tan honda que no se me ponía idea en el alma que no aumentara la tristeza, el cansancio y la fatiga. Finalmente, atolondrado de melancolías e ignorancias, me eché a lo peor, que fue en manos del físico. Llamó éste a mi mal hipocondría, otras veces decía coágulo de sangre, o bubas, o ictericia, pasión de alma o melancolía, morbo, obstrucciones, brujas, hechizos, amores o demonios. Aguanté todas las herejías que se pueden hacer con los ictéricos, los hipocondríacos, los coagulados, los obstruidos y los endemoniados; el

cocinero me conjuraba y embutía de brebajes, y con tanta frecuencia andaban sobre mí el hisopo y los exorcismos como los cocimientos de hierbas, y las emplastaduras; y con esto, cada vez me hallaba peor. Yo sabía que no eran bubas, porque estaba cierto que ni en herencia ni en hurto, ni en cambio ni en empréstito había recibido semejantes muebles, ni en mi corta vida sentí en mis humores tales inquilinos; y menos hora, que no había aquí por mi mal quien me los pegara. Vino el médico que iba con los otros, y no el nuestro, y después de conocerme muy bien, consolóme mucho; entre otras esperanzas me dio la de haber curado muchos males de la casta que yo padecía. Dijo que era aquello una hipocondría incipiente, con una laxitud en las fibras estomacales, y me roció de aforismos, y me empapó en esperanzas; mas seguía yo postrado, siendo mártir de los dos médicos y heredado de sus desconciertos. Después de hacer consulta regular, me dieron purga de ruibarbo, maná, cristal tártaro y agua de achicorias que llamaban agua angélica; pocos días después me pusieron en la angustia de cagar y sudar a unos mismos instantes, con ciertas aguas que llamaron ambidextras. Pues tragué en esos días por su mandado más de quince purgantes, que me daba el cocinero unos en jigote, otro en albondiguillas, y el dolor cada vez se radicaba con mayor vehemencia. Dejábanme estas preparaciones lánguido y pajizo, y tan arruinado que sólo me diferenciaba de los difuntos en que respiraba a empujones y hacía otros ademanes de vivo, pero tan perezosos que era necesario atisbar con atención para conocer mis movimientos. Viéndome tan tendido y tan quebrantado, mudaron los médicos la idea de mi curación; parecióles corta la evacuación y me coronaron de sanguijuelas la cabeza; pusieron otras seis por arracadas en las orejas, y por remate un buen rodancho de cantáridas en la nuca. Llevaba el rostro empapado en sangre que habían escupido del cerebro las sanguijuelas que mordían en su redondez, y si intentaba mover una zanca, no bien la había hecho perder la horizontal, cuando caía; de forma, que ya me veía más hacia el bando de la eternidad que del mundo, y perdí el juicio que tuve que perder, que aunque era poco, yo me bandeaba con él entre las gentes. Y gritaba: “¡Ay, madre mía!”, y “¡Echadme a tierra!”, siendo así que estaba a mil leguas de ella. A todo esto el cocinero decía que no era nada, y andaba yo próximo a expirar.

Pongo aquí la última conclusión a este trozo, y digo lo que me contaron después: que quedando la isla de Flores al norte, y al este la isla de Madera, el doce de febrero comenzamos a tener grande mar y tormenta; y si no fuera la carabela muy buena, aunque no bien aderezada, hubiera peligro de perderse. Andaban todos con mucho trabajo y peligro, según me dijeron, con la mar alta, y tormenta; y era tal, que todos llevaban desvanecido el corazón, desmayada la cabeza y revuelto el estómago, y mientras yo no me apercibía, pues estaba peor que el peor. Perdía yo la vista y comenzaba a dar arcadas, y aún echando lo que había comido, que era poco, en el

suelo, nadie se acercaba a sujetarme la cabeza, como me había hecho mi madre de chico. Dijéronme que relampagueaba hacia el oeste muchas veces, y era señal de gran tempestad que venía de aquella parte; y andábamos a árbol seco lo más del tiempo, dando de cuando en cuando un poco de vela. Durante el día blandeaba un poco el viento, pero luego crecía; la mar se hacía terrible, y cruzaban las olas que atormentaban los navíos. Arreciaba el viento por la noche y las olas eran espantables, contrarias unas a otras, que cruzaban y embrazaban el navío y quebraban en él; y viendo el gran peligro mandó el Almirante correr a popa, donde el viento nos llevase, pues no había otro remedio. Hacían los hombres confesiones mutuas de los pecados, y promesas de castidad; y aunque la hora de la noche pedía sueño el temor no lo consentía, porque era cama muy dura. Corría también la carabela Pinta donde iba Martín Alonso, y desapareció, aunque toda la noche hizo faroles el Almirante y el otro le respondía; hasta que no se pudo más por la fuerza de la tormenta, y porque se hallaban muy fuera de nuestro camino. Ya aunque saliera el sol era mayor el viento, y el mar cruzaba más terrible. Ordenó el capitán que se echara un romero que fuera a Santa María de Guadalupe y llevara un cirio de cinco libras de cera, y que hiciesen voto todos al que cayera la suerte cumplierse la romería, para lo cual mandó traer tantos garbanzos cuantas personas eran hábiles en el navío, y señalar uno con un cuchillo y una cruz, metiéndolos luego en un bonete bien revueltos. El primero que metió la mano fue el Almirante y sacó el garbanzo de la cruz, y así cayó la suerte sobre él, y se comprometió a ir como romero. Echóse otra vez suerte para ir a Santa María de Loreto, que estaba en tierras del Papa, y como le tocase a un marinero del Puerto de Santa María, le prometió el capitán darle dinero para las costas. Se acordó enviar otro romero que velase una noche en Santa Clara de Moguer, y cayó también la suerte el Almirante; después hicieron todos voto, que en llegando a tierra marcharían todos en camisa en procesión, a hacer oración en una iglesia de Nuestra Señora. Hubo además cosas particulares que hacía cada uno, porque nadie pensaba escapar, dándose por perdidos; en éstas yo despabilaba un tanto, y ya veía a mi alrededor, aunque la memoria se me arruinó en tal grado de perdición que no pude referir el padrenuestro ni otra de las oraciones de la iglesia, en latín ni en romance. En fin, todo lo perdí menos el dolor de cabeza; antes iba tan en aumento que las diligencias de la curación se dirigían más a mantenerlo que a curarlo. Hacía días que no veía al cocinero ni a sus potingues, pues debía andar el tal demasiado ocupado en sí mismo como para dármelos a mí, pues iba trasudando y tumbado de muerte por el temor de perder la vida, según era la tormenta que padecíamos. Ayudaba a acrecentar el peligro que iba el navío sin lastre, por haberse aliviado la carga, habiéndonos bebido el agua y el vino y comido los alimentos; pues había pensado el Almirante lastrar en la isla de las mujeres, donde pensaba ir.

Hacía cosa de un mes que no veíamos tierra, si no era la que llevaba el fogón; teníamos el agua por medida, y más queríamos beberla que verterla. Muchos desesperaban de volver a Castilla, y hubieran dado todo a cambio de terminar con vida aquel viaje. Aún con el agua que llevábamos era preciso perder los sentidos, y el gusto y el olfato, para no olerla y poderla beber. El remedio que hicieron a la falta de lastre fue llenar las pipas vacías que llevábamos con agua de mar, y con ello arreglaron algo. Era el temor del capitán, más que perder la vida, que se perdieran para los reyes de Castilla todas las nuevas que llevábamos; pues era tan grande el deseo que tenía de llevarlas para mostrar que había salido verdadero lo que decía, que hasta un mosquito le parecía que lo podía impedir, y más este tormenta. También le daban pena dos hijos que tenía estudiando en Córdoba, que quedarían huérfanos de padre y madre en tierra extraña; para que no se perdieran todas las noticias que llevábamos de las nuevas tierras tomó un pergamino, y escribió en él todo lo que pudo de lo que habíamos hallado, rogando mucho a quien lo hallare que se lo llevara a los reyes. Lo envolvió en un paño encerado atado muy bien; mandó traer un gran barril de madera y lo puso en él sin que ninguna persona le preguntase lo que era, sino que algunos pensaron que era una devoción, y lo mandó echar al mar. Seguía yo sin ver al cocinero y no adivinaba dónde se podía haber cobijado, aunque no lo echaba de menos, sino al revés; pues en varias ocasiones lo había hallado mirándome con no buena catadura y hallaba algo raro en aquellas pociones que me daba, siempre con el mismo sabor; mas aún entonces lo achacaba a las recetas de aquellos físicos del demonio. El quince de febrero era todavía la mar altísima, aunque algo iba bajando. Navegamos con viento galerno varios días, hasta que el piloto y marineros comenzaron a otear la tierra y barruntarla, como si fuesen asnos con el verde. Después de salir el sol vimos tierra, y algunos decían que era la isla de Madera y otros que era la roca de Sintra en Portugal, junto a Lisboa; y que había de la carabela a la tierra cinco leguas. Creía el Almirante por su navegación que estábamos en las islas Azores, y era una de ellas; y los pilotos y marineros decían que nos hallábamos ya en tierras de Castilla. Íbamos como he dicho transidos de sed y de hambre; aún así los médicos se asombraban de mi mejoría, pues ya casi me veían mejor que a ellos mismos, pese a que llevaba días sin probar bocado, que podía tomar comunión, por no tener quien me lo diera, Viéronme la lengua y no estaba sanguinolenta ni denegrada, lo que indicaba que no era muy terrible el resultado y el mal no era considerable. Estornudé varias veces, y dijeron que procedían los estornudos de la cabeza, ya porque hubiera calor excesivo en el cerebro, ya por demasiada humedad en alguna de sus cavidades. Y que el aire de dentro salía con violencia, como el paso era estrecho, por eso hacía ruido; con esto, como si hubieran dicho un gran sentencia se volvieron a su lugar.



Después del sol salido, hasta la noche anduvimos dando vueltas por llegar a la tierra, por causa del mucho viento y mar que llevábamos. Esta noche reposó el Almirante algo, porque desde una semana atrás no había dormido ni podido dormir, y al decir la salve, que era a boca de noche, algunos vieron lumbre a sotavento y parecía que debía ser en la isla, pues con la gran cerrazón no se podía saber en qué isla era. Estaban todos muy tullidos de las piernas, por estar desabrigados al frío y al agua, y por el poco comer; pero yo en cambio iba más repuesto, y cuando vino por fin el cocinero a darme uno de aquellos cocimientos o potajes determiné de no comer bocado, hasta el siguiente día; en que habiendo cumplido más de veinticuatro horas en ayunas, tomé unos tragos de caldo que me dio un marinero y un poco de pan. No tuve ánimos de romper el silencio; antes, por lo que pudiera suceder, enmudecía de nuevo, pues iba hecho una basura de temor. Anduvimos rodeando la isla, y llegamos al norte de ella enviando una barca, y así supimos que era la isla de Santa María, una de las Azores. Mostraron al punto dónde había de entrar la carabela, y dijo la gente de la isla que jamás habían visto tanta tormenta como la que había hecho en los quince días pasados, y se maravillaban de cómo habíamos podido escapar. Dieron gracias a Dios y se alborozaron por las nuevas que les dábamos, de haber llegado hasta las Indias; y disimuló el capitán diciendo que había mayor distancia de la que habíamos recorrido, para evitar que fueran otros, y quedar señor de aquella ruta.

Trajeron al barco gallinas y pan fresco, y era día de Carnestolendas, diecinueve del mes de febrero de aquel año noventa y tres. Mandó Colón hacer mucha honra a los mensajeros y darles cama en que durmieran aquella noche, porque era tarde y estaba lejos la población. Y como habíamos hecho promesa que en la primera tierra que hubiera iglesia fuéramos en camisa, y lo demás, se acordó que la mitad de la gente fuera a cumplirlo a una casita que había cerca del mar, que era ermita; y el Almirante iría luego con la otra mitad. En cuanto a mí, no me dejó el físico que desembarcara, pues dijo que en las enfermedades agudas el tomar frío en las extremidades era malo, y que podía sobrevenirme por el esfuerzo convulsión o delirio. En esto, viendo que era tierra segura, y confiando en la paz que tenía el rey de Portugal con Castilla, rogó nuestro capitán a unos hombres que fueran a la población y trajeran a un sacerdote que nos dijera misa; pues llevábamos muchos meses sin oírla, y aunque decíamos nuestras oraciones se acababa con esto la celebración del día, que era la ordinaria de cada domingo. Era buen consejo el que hizo, que todo el que quiera entrar en la mar, bien sea en nao o en galera, debe confesarse y comulgar y encomendarse a Dios como fiel cristiano; pues en tal ventura lleva su vida como el soldado en la batalla. Salieron tres hombres a llevar el recado, y como fueran en camisa en cumplimiento de su romería, salió contra ellos todo el pueblo a caballo y a pie, y los prendieron a todos. Después,

estando el capitán aguardando en la barca para salir con otros a cumplir su romería, como eran las once del día y no llegaban, sospechó que los habían detenido o que la barca se había quebrado, pues estaba la isla cercada de unas peñas muy altas. Levantó el ancla y fue derecho hacia la ermita, y vimos muchos que se apeaban de sus caballos y venían en barcas a la carabela para prender el Almirante, pues traían muchas armas con ellos. Así temimos, siendo aquello tierra, más que todos los peligros que habíamos pesado en la mar. Levantóse en la barca el que parecía el capitán y pidió seguro, y se lo dimos, mas a todos nos extrañaba que no viniera nuestra gente. Le indicó el capitán que subiera a la carabela, y así pretendía atraerlo con buenas palabras y prenderlo, para recuperar a los nuestros; pero como él venía con malos propósitos, no se atrevió a entrar. Afeó el Almirante que hubiera detenido a sus gentes, y que le pesaría al rey de Portugal, porque en tierra los reyes de Castilla recibían mucha honra, y los portugueses entraban y estaban tan seguros como en Lisboa. Dijo que llevábamos cartas de recomendación para todos los reyes del mundo, y que se las mostraría si quisiera; que él era su Almirante en la mar oceánica y virrey de las Indias, que eran ahora de Sus Altezas. Le enseñó de lejos las Provisiones y las firmas, y le dijo serían bien castigados por aquel agravio. Y respondió aquel portugués no conocer acá rey o reina de Castilla ni sus cartas, y que no les tenía miedo; antes nos haría saber lo que era Portugal, y casi amenazando. Estuvimos toda la tarde haciendo consultas, y el final acabamos ateridos; y me veía yo tan por todo extremo infelice, que siempre a una pena seguía otra pena, y a una desdicha otra desdicha. Oídas todas sus razones, el Almirante sospechó que hubiera habido desconcierto entre uno y otro reino después de su partida, pues decía aquel hombre que todo cuanto hacía y había hecho, se lo había mandado su rey. Y juró el Almirante entonces llevarse un ciento de portugueses a Castilla y despoblar toda aquella isla, y así volvimos al punto donde estuvimos primero, pues eran el tiempo y el viento muy malos para hacer otra cosa.

Temió que le cortaran las amarras, por lo cual dimos vela a la a la isla de san Miguel, aunque en ninguna de aquellas Azores había buen puerto para el tiempo que hacía; pero anduvimos día y noche sin poder ver tierra por la gran cerrazón, y por la oscuridad que causaban la mar y los vientos. Estábamos sin mucho placer, pues no había en el barco sino tres marineros sabiendo del mar, y los demás no sabían nada de esto. Me holgué por no ver a mi amo, aunque no me extrañó, y estaba pensando en estas cosas cuando me venció el sueño. Estuvimos a la corda toda la noche con gran tormenta y mucho peligro según me dijeron, y gracias a que las olas venían de una sola parte; porque si hubiera sido como antes, fuera mucho peor. Este día amanecí con modorra, y dijo aquel médico que si en las evacuaciones, después de reposadas, observaba un poso que era semejante o roeduras, había leve dolencia; que vigilara mis

deposiciones y se lo dijera. Aseguró que en tales casos era la purga conveniente, y me juré a mí mismo por todos los muertos que tenía no volver a catar ninguna. Pedí algo que pudiera mi pobre gazonate tragar, que fuera de alimento, y él mismo me lo diera; pero volvióse y con esto se fue, y me dejó sin desayuno. Después de salir el sol, como no viéramos la isla de san Miguel tornamos a la Santa María por ver si podíamos rescatar a la gente y su barca, y las amarras y las anclas que dejamos allí. Andábamos espantados del mal tiempo que allí hacía, pues en las Indias navegamos todo el tiempo de aquel invierno sin contratiempo ninguno. De esto concluyó el Almirante que estaba el Paraíso Terrenal al final del Oriente, como muchos sabios y teólogos dijieran, pues era lugar temperadísimo. Con todo esto, salieron ese día de la isla cinco marineros con un escribano y dos clérigos, y uno de éstos traía un rosario el cuello tan grande que era más barato llevar un haz de leña a cuestras. Pidieron seguro, y dado por el Almirante subieron a la carabela. Pidiéronle les mostrara el requerimiento de los reyes de Castilla; disgustado se lo enseñó, escrito en lenguaje fácil y claro por no poner en cuidado al que lo leyera para entenderlo. Lo hubieran prendido allí mismo, pero no vieron que el juego saliera bien, y por temor a las amenazas no lo hicieron. Fuéronse a tierra contentos y dejaron gente en su barca, por los que supimos que si hubieran detenido al Almirante nunca lo hubieran soltado, pues que el propio rey de Portugal lo había ordenado así.

Mandó en éstas Colón levantar las velas, y viendo que era buen tiempo para ir a Castilla anduvimos siete millas por hora, y al día siguiente vino a la nave un ave muy grande que parecía águila. Seguimos al este, la mar llana gracias a Dios; pues andábamos ya cansados de tantos golpes de fortuna por mar y por tierra, y más yo, viendo lo poco que me había rendido hasta entonces mi mocedad, y pensando que aún tenía edad para remediar mi ventura. Pues en este viaje, entretenimiento y dolencias se me había huido sin honra ni provecho un buen año de mi vida, y los años no se entretienen en otra cosa que hacer de los mozos viejos, y de los viejos mucho más. Agradecía al cielo que me hubiera dado tan buena cara, que ella sola bastase a servir de disculpa a todas las obras malas que había hecho. A todo esto, seguía yo muy aliviado de no ver al cocinero por parte ninguna; pensaba que quizá hubiera bajado a la isla con los otros y fuera preso de los portugueses, de lo que me holgaba; pues no sé qué malas artes me parecía barruntar en él, y era lo cierto que sin verlo me estaba volviendo la salud. Cuando un día, que fue noche para mí aunque después lo fue de pascua, bajando un grumete a la bodega, sintió sobre el mal olor natural otro añadido que nada bueno prometía; y revolviendo entre baúles y toneles, arcones, barricas y bultos que allí había, halló otro más grande de donde provenía el hedor. Llevando una luz lo alumbró, y lo primero que topó fue un cogote y luego todo lo demás: era el cocinero caído de bruces, que ya estaba hecho jigote y se lo estaban empezando a

comer los gusanos. Empezó el muchacho a gritar y a dar voces y acudieron todos, asombrándose que fuera Dios servido de mandarle al otro una enfermedad tan de repente y violenta, donde se le afligió el corazón, de modo que ahogándole los espíritus vitales lo acabara allí mismo. Acudieron los médicos, y no se ponían de acuerdo en aquel final; pues mientras uno aseguraba que en la hidropesía del hígado se abría paso el agua hacia el redaño, encharcándose el vientre y muriendo el enfermo, decía el otro que la apoplejía acometía por lo regular desde los cuarenta años hasta los sesenta, y era ésta la causa del óbito. Como sólo bastara un carro para poderlo menear, lo dejaron tendido en campaña, adonde como animoso combatiente estuvo de sol a sol. Pero no anduvo remiso el físico de la Santa María, pues era su ingenio curioso, y más las ganas que tenía de dejar en mediano lugar a su colega; y así, tapándose las narices con un pañuelo mojado en aceite de sándalo, anduvo harto tiempo en la bodega conociendo el cadáver a la luz de un par de bujías que puso en un barril.

Después de mucho gastar la sesera lucubrando, vino a determinar cuál fue la causa verdadera de la muerte. Pues siendo los ataques de gota, por lo común, más frecuentes en primavera y en otoño, por tomar un brebaje que se había hecho para el mal de la gota, y que llevaba por lo común en una redomilla, había equivocado ésta. Por estar a oscuras bebió de otra que a su lado tenía, y que era por oculta razón una pócima mortal hecha de acónito y otras hierbas; muy venenosas en infusión por sí solas y mortales si se tomaban juntas, y de todas ellas tenía en una bolsilla de lienzo. Extrañó que llevara consigo tales hierbas, y pensó que lo haría para acabar con las muchas alimañas que roían el barco. Dando un golpe en el bufete con que hizo temblar las bujías, dijo en alta voz: "Voto a Dios y a los santos, que ha muerto este hombre en accidente por causa del veneno; quiera Dios acoger su alma". Andaba yo cerca, y admirado quedé de lo que oía; de forma que por un rato no fui señor de mis acciones, considerando qué pocos son los secretos ocultos, pues permite Dios que se revelen para enmienda o para castigo. Mostróme el médico la bolsa con aquellas hierbas que decía, y hallé en el fondo la cadena de oro que me diera el Cojo y el amuleto de aguamarina. Empecé a cavilar entonces, pues guardaba yo en un envoltijo el librillo que el Cojo me diera con sus hechicerías; tanto que nunca lo apartaba de mí, pensando en lo que ocurrió con la cadena. Ahora pensé que quizás él creyera que conservaba yo cosa de valor después de que el Cojo muriera. Supe que había hurgado el cocinero dentro de su pata de palo, pues estaba en aquélla el amuleto de aguamarina; que era la pierna hueca como cañón, y todos lo sabían. Allí guardaba el desgraciado sus hechizos con algunas contezuelas de vidrio que tenía, y todo sin valor, salvo aquella piedra que luego le robaron. En éstas juró de nuevo el médico que le habían producido la muerte tales yerbas; y en eso estuvo de acuerdo el compañero y lo juraba por sus

hijos, aunque ignoraba yo hasta entonces que los tuviera. Amargóme la gracia, pues la justicia como tal lo hubiera hecho joyel en la horca, colgándolo de ella para escarmiento de envenenadores, o lo hubieran sacado al río Guadalquivir, dándole garrote conforme a la ley. O lo encubaran, metiendo por castigo en la cuba un gallo y una mona, un perro y una víbora, y arrojándolo al agua. Vi aquel sucedido como justo castigo de Dios, y no se hable más, que quizá tuvieran parte en ello los amuletos de mi amigo el Cojo que Dios tuviera en gloria; y al que, dejando a un lado sus muchos defectos no podría olvidar, que fue como un hermano para mí; pues cuando me faltó quedé yo sin cabeza y sin gobierno. Guardé siempre aquel librito de hechizos como si fuera reliquia de santo o de mártir, que a poco más lo fuera yo si el cocinero no equivocara sus jarabes. Subieronlo entre cuatro en volandas y medio a la rastra, y lo arrojaron a la mar donde pudiera envenenar a los peces; y en el humilde bulto de estas planas está contado el peligro que tuve, de perder allí los torpes pasos y las melancólicos desventuras de mi vida. Y si se hallaren algunas inadvertencias, atribúyase a mi poca erudición.

Sentíme con esto muy cansado, y para remediar mi mal determiné echar la comida, quiero decir, echarme yo y la comida sobre el colchoncillo que llevaba, que a eso llamo yo echar la comida. Me reparé de sueño, y cuando desperté vi que teníamos aguaceros, y así varios días, y con todo esto nos llegó el mes de marzo. Vino luego una turbiada que nos rompió todas las velas, viéndonos de nuevo en gran peligro; mas Dios nos quiso librar, y en esto echamos de nuevo suertes para mandar un peregrino a Santa María de la Cinta, en Huelva, que fuera en camisa. También le cayó la suerte el Almirante, como solía, que dudaba yo no hiciera trampas el tal. A mayores, hicimos todos voto de ayunar el primer sábado que llegáramos a pan y agua. He de decir que andaríamos sesenta millas antes de romperse las velas, y después lo hicimos a árbol seco por la gran tempestad que de ambos lados nos comía. Por fin vimos señales de estar frente a una tierra, y estábamos cerca de Lisboa. Aquella noche padecimos otra horrible tormenta, que pensamos hundirnos las olas que venían de las dos partes; parecía que los vientos levantaban la carabela, cayendo agua del cielo con relámpagos por todas partes. Mas quiso Dios sostenernos, y así anduvimos hasta la primera guardia en que el capitán divisó la tierra y nos la mostró. Por no llegar a ella sin conocerla dio el papahígo, por no tener otro remedio y andar algo, aunque con gran peligro. Ansiábamos llegar a nuestra tierra, aunque bien sabía yo que mi tierra no era mía, pues había en ella una madre que no me tenía por hijo; y así el camino que llevaba era la ventura, y más que me confesé llanamente que volvía sin blanca, y aún sin zapatos. Me entretuve en inventar unos versillos, sin saber si eran míos o se los había oído antes a otros, y eran así:

*En Cádiz tengo la muerte y en Sevilla la mortaja,*

*y en las islas los caribes me están haciendo la caja.*

Venido el día conocimos la tierra, que era la roca de Sintra junto al río de Lisboa. Determinó el Almirante de entrar, pues no podíamos hacer otra cosa; y era tan terrible la tormenta que hacía en la villa de Cascaes, que estaba a la entrada del río, que luego dijeron los del pueblo que habían pasado la mañana haciendo plegarias para que llegáramos. Cuando estuvimos dentro venía la gente a vernos, por maravillarse de cómo habíamos escapado. Nos dieron a todos comida fresca, y después de haber sacado el vientre del mal año seguimos adelante. A la hora tercia pasamos a Rastelo, dentro del río de Lisboa, donde supimos de la gente de mar que jamás hizo invierno de tantas tormentas, y se habían perdido veinticinco naos en Flandes, y otras estaban allí que hacía cuatro meses que no habían podido salir. Hallábame yo sin cuidado del equipaje por no tener qué transportar, sino aquella cadena que había rescatado. Escribió el Almirante al rey de Portugal que estaba a nueve leguas de allí, de cómo los de Castilla le habían dicho que no dejase de entrar a los puertos a pedir lo que hubiera menester. Le pedía venia para entrar en el de Lisboa, porque algunos ruines, pensando que traía mucho oro, el entrar en puerto despoblado podrían cometer alguna ruindad; y también que supiese que no venía de Guinea, sino de Indias.

Al día siguiente vino una nao grande del rey de Portugal, con mucha artillería y armas, como nunca se había visto; llegó el patrón de ellos y díjole al Almirante que entrase en su batel, y así dar cuenta a los hacedores del rey y al capitán de la dicha nao. Respondióle que era él Almirante de los reyes de Castilla, y que no daba tales cuentas a las tales personas, ni saldría de donde estaba si no fuese por la fuerza de las armas. Respondió el patrón que mandase al maestre de la carabela, y dijo que ni al maestre ni a nadie, y que antes moriría que entregar a ninguno. Se moderó el patrón, y dijo que hiciera lo que quisiera; pero que le rogaba mostrara los papeles de los reyes de Castilla, si los tenía. El Almirante los mostró; él se volvió a la nao, y haciendo relación al capitán, éste vino a la carabela con atabales y trompetas haciendo gran fiesta, y se ofreció para todo al Almirante. Sabido que veníamos de las Indias llegó mucha gente a vernos y a ver a los indios, que estaba allí media ciudad de Lisboa; y algunas damas se habían puesto de blanco solimán y finísimo color de cochinillas, y tan bien rizadas y peinadas, repulgadas y con afeites, que siendo abuelas parecían nietas. Otros estaban para embarcar, y llevaban ropas de vestir recias y aferradas, más de provecho que vistosas, con las que defenderse del frío y del agua; porque las vestiduras en galeras más habían de ser para calentar que para honrar. Vinieron muchos caballeros, y recibió el Almirante una carta del rey de Portugal en que le rogaba marcharse donde él estaba, pues no era el tiempo como para salir con la carabela. Así lo hizo, y para quitar sospecha, pues no quería ir, durmió en Sacavem. Mandó el rey a sus hacedores que

nos dieran sin dinero todo lo que hubiéramos menester, y así lo hicieron. Los fabricantes de baúles y arcones hacían en Lisboa su agosto, y al acomodarlos en las naos no faltaban fatigas ni griterío por causa de las estrecheces; y eran los más avisados quienes primero llegaban, y se acomodaban en los lugares mejores. Aguardaban en el puerto, ya obtenido el permiso y compradas las provisiones, habiendo pagado el pasaje; y habían cumplido los preparativos de alma y cuerpo, pues se aprestaban algunos a varios meses de travesía. Pedían permiso a cada capitán por consentir lo que llevaban y al escribano por registrarlo; y llevando algunos un serón con armas o cajas con escrituras, todo lo habían de registrar. Anduve por allí, y vi que tenían algunas de aquellas naves tres cámaras, y eran la ordinaria, la doble y la media; en la primera cabían seis personas y en la doble había doce, mientras que la media sólo acogía a tres; y destinaban a algunos religiosos la de popa, alta o baja. Comíase en las naos de viajeros carne durante la cuaresma, en las cuatro témporas, en viernes y en vigilia, en los sábados y en todos los días; pues había que hacer luego vigilia sin tener obligación de ello, como aquí queda dicho. Eran muchos los que allí había clérigos y frailes, que iban a Guinea o a las Indias orientales para cumplir sus tareas religiosas, y funcionarios que marchaban con sus familias a tomar posesión de ciertos cargos. Había también comerciantes, sobre todo de especerías, y caballeros de fortuna, con muchos aventureros movidos por la curiosidad de ver nuevas tierras. Proveíanse en Lisboa de mantel, pañizuelo, olla, cántaro y capa, pues estas menudencias no se vendían en las galeras, y menos se prestaban; y una vez instalado en el puerto con el permiso había que contratar con el dueño de la nao el precio del pasaje. Destinaban por lo general el capitán el cubículo que había en el castillo de popa, y ponían de cualquier forma a los viajeros, de modo que no podía imaginarse hospital más sucio y lleno de gemidos; que siendo verano iban algunos bajo cubierta cociéndose vivos y otros arriba se asaban al sol o se helaban de frío por las noches; y todos hollados y sucios, que condenaban la hora en que salieran del puerto de Lisboa.

Era este día que digo sábado, cuatro de marzo, cuando partimos de Sacavem para ir a donde el rey estaba, que era en el valle del Paraíso a nueve leguas de Lisboa, y como llovió no pudimos llegar hasta la noche. Hallamos varios grupos de frailes que viajaban a pie, con sus báculos en las manos y capas a los hombros, y se ayudaban por algunas jacas y asnillos donde llevaban a los que iban enfermos, y sus alimentos y túnicas. Deteníanse éstos en las ventas a pernoctar, y a veces en conventos y castillos, tomando todo cuanto les daban; y en cualquier lugar donde estuvieran decían misa y predicaban. Otros caballeros vimos que andaban por tierra en buena cabalgadura y con buena bolsa, y así pasaban valles, riachuelos y dehesas; hallamos algunos labradores con quienes trabar conversación, y ora un fraile o dos con bordones en las manos, ora

una puta rebozada corriendo sangre por su zapatico. Una noche dormían los viajeros en casa de huésped sucia, vieja y rijosa, mas con suerte al otro día podían caer con moza regocijada y limpia con la que olvidaban el mal hospedaje de la víspera. A pie y con tiempo se llegaba a todas partes, y se conocía que era camino por el movimiento de los que lo usaban, que no por ser trazado; eran éstos paisanos a pie, o carretas llevando canastos al mercado, o carros de tres caballos con familias pudientes. En partes estaba el sendero lleno de agua, llegando a las bestias hasta lo corvejones, y no digamos las personas. Lo primero que habían de hacer los viajeros al llegar a Lisboa era, como ya he dicho, concertar el viaje con el capitán de la nao.

El rey nos mandó recibir a los que íbamos muy honradamente y al Almirante lo recibió con más honra y lo mandó sentar. Mostró mucho placer por el resultado de aquel viaje, mas entendiendo que, por la capitulación que había entre Castilla y Portugal, aquella conquista le pertenecía. A esto le respondió el Almirante que no había visto la capitulación, ni sabía otra cosa que los reyes le habían mandado que no fuese a la Mina ni a todo Guinea, y que así se había mandado pregonar en todos los puertos de Andalucía antes de que partiéramos de viaje. Dijo el rey graciosamente, que tenía él por cierto que no había menester en esto terceros; diónos por huésped al prior de Crato, que era la más principal persona que allí estaba, y del cual recibimos todos muchas honras y favores. El domingo confesé y comulgué, y me encomendé a Dios como buen cristiano. Después de la Misa, tornó a decir al Almirante que pidiera lo que necesitara, y departió mucho con él de nuestro viaje, siempre mandándolo estar sentado. A lunes nos despedimos del rey y dio recado para nuestros soberanos; partimos después de comer y fuimos a un monasterio donde estaba la reina, para hacerle reverencia y besarle las manos; pues le había mandado decir al Almirante que no nos fuéramos sin verla. Nos dieron gallinas para socorrer a los enfermos y nos ofrecieron ir a Castilla por tierra, que nos aposentarían y mandarían darnos bestias, pues íbamos a pie; pero nos rehusamos, y llegamos a la carabela por la noche. Al día siguiente a las ocho horas levamos anclas, y dimos velas para ir a Sevilla. Así seguimos navegando al sur, y nos hallamos sobre el cabo de san Vicente, en Portugal; después fuimos al este para llegar a Saltes y anduvimos todo aquel día, aunque con poco viento. El viernes, después de puesto el sol, navegamos también con viento suave toda la noche, y al mediodía, con la marea de montante entramos por la barra de Saltes hasta dentro del puerto, de donde saliéramos en tres de agosto del año anterior. En éstas llevaba el Almirante propósito de ir a Barcelona por el mar, que allí estaban sus Altezas los reyes, y hacerles relación de todo el viaje. Dimos gracias a Dios que milagrosamente nos salvara, y a mí lo hizo por partida doble; mas con todo, no faltaba en España quien hiciera burla de nosotros, del Almirante y su viaje a las Indias, y de todo nuestro descubrimiento. Así dí con el



polvo de mi atribulada humanidad en Sevilla, pues me había dejado trozos de mi vitalidad enteros y verdaderos, corrientes y molientes, en aquel camino. Que cumplí mis quince en aquellas Indias y ni siquiera me había apercebido; mas me había crecido en aquel tiempo la barba en forma tan desaforada y fuera de lugar, que me hubieran podido echar los veinticinco y aún más. Por lo que pensé era más cuerdo no darme a conocer en Triana y ganarme en Sevilla la vida como pudiera y entendiera. Supe que conforme iba avanzando el Almirante por España, hacia Barcelona y por tierra, iba la gente acudiendo por doquier; y era por ver los cinturones de oro que llevaba, y las pepitas, así como los indios y sus caretas. En éstas, partieron desde España hacia Europa toda muchas cartas que hablaban del descubrimiento que hicimos; y hasta los moros de la Arabia decían que había hallado aquella tierra un cierto infiel genovés que tenía por nombre Colombo.

Mientras hallaba algo mejor, tuve que entrar por entonces en Sevilla con un tejedor, por ganar de comer; y a más de otros trabajos menudos le bordé una alfombra de diez varas de largo y cinco de ancho, y un friso de la misma longitud, que dejaban poco que desear. Hice un frontal y una casulla, y diez chupas, una cortina y otras diferentes piececillas; mas pensé entonces que no era mi cabeza para tales trabajos, y jubilé, bendito sea Dios. Aquí el tejedor me puso mano en el hombro, y viendo que me iba me dijo que podía volver cuando quisiera, pues me había tomado mucho aprecio por mis hermosas cualidades; después de pagarme honradamente los trabajos que hice me rogó que lo tuviera por padre. Yo lo agradecí, y aún le dije que podría serlo, pues no conocí al mío y sabía que vivía en Sevilla; y que por su edad no era imposible que lo fuera. Mas cuando terminé aquel dinero hube de ayunar sin ser témporas, y hacer dieta sin estar en cura. Estando en esto me aficioné por entonces de una doncella que tenía pocos años y muchas astucias; traía todo su ajuar a cuestras y el testamento en la uña, y recibía al principio muchas visitas, con achaque de primos; y por informarme yo que todos los que la venían a visitar lo eran carnales, dejé de verla. Vino a buscarme, y empezó a gritarme y a llamarme pobrezas, diciendo: “Perro judío, primero te has de volver carámbano, que salgas a ver la luz del cielo, que me pagues todo lo que te he dado, pues lo gané honradamente”. Pero como no hay cosa que más avive y sutilice el ingenio que la necesidad, díjele que había cogido unas purgaciones, y me había alejado de ella por no dárselas. Huyó entonces de mí como del demonio, y no creo decir mucho, pues lo llevaba yo en el cuerpo. En esto, apretábanme ya los deudores a quienes pagaba con buenas palabras, pero jamás con buenas obras; con lo que hube de buscarme otra dama, y era ésta tan melindrosa que no almorzaba caracoles porque tenían cuernos. Comía en mi presencia por adarme y en mi ausencia por arrobos, y tan por extremo cargaba la cabeza que los hombres le parecían gigantes, lo blanco azul y

lo verde leonado. No acababa con esto de descargar toda la piedra, y venía la nube muy preñada; pues era entre bruja y astróloga, con visos de hechicera y perspectivas de vidente, y convocadora de espíritus. A medianoche me despertaba y decía que era para espantar y aburrir de mi sepulcro los grajos, abejones y moscardas que sin duda llegarían a zumbarme la calavera y roerme los huesos. Al mes de estar en su compañía salí con deliberación de ponerme en la banda de los presbíteros; y habiéndole dado parte de mis pensamientos alentó mis propósitos, pues dijo que iba a vivir poco y era aquello conveniente para la salvación de mi ánima. Acompañó sus palabras con otras de santa doctrina, prudentes avisos y encargos devotos, que le prometí cumplir. Yo me despedí para siempre, pues dije que, lo mismo que había tardado mi muerte, ya no podía tardar. Y que mirando a mi conciencia era facineroso, mas mirando a los testigos era regular, pasajero y tolerable. Pedíle que a mis cenizas, a mis gusanos y a mis zancarrones no me los alborotara, ya que en la vida no me habían dejado hueso sano; y que no aspiraba a más memorias que a los piadosísimos sufragios que hacía la Iglesia mi madre por toda la comunidad de los finados en su gremio. Ya que mi vida, ni por su vida ni en su muerte, merecía más honras ni más epitafios que el olvido y el silencio, pues a mí sólo me tocaba morirme a oscuras, ser un difunto escondido y un muerto del montón.

Dejo aquí la primera parte de este largo discurso de mi vida, o breve relación de mis trabajos y aventuras, ya que el intento mío fue ver si acertaría a escribir en prosa las cosas que me sucedieron desde que por primera vez salí de Sevilla; y a la hora en que termino este cartapacio, llevo ya consumidos muchos días de desvelos y de dolores de cabeza. Y aunque todavía pueden atraparme en el camino muchas aventuras de todas calañas, no quiero aguardar a padecerlas para escribirlas. Que aunque me coge este intento, como en un principio dije, en los postreros tercios de la vida, locuras tiene el mundo, y nadie hay en él tan bien aconsejado que deje de alcanzar su parte.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

## **LIBRO SEGUNDO: MEDIODÍA**

### **UN NUEVO CONTINENTE**

El tiempo corre, y todo tras él; poco fácil es relatar con orden y concierto todo lo que a lo largo de mi vida he conocido, que es la conquista de tantísimas tierras como han tenido los españoles en estos cincuenta años; y no guardando mis faltas mejor descubriré las ajenas, pues sólo Dios es el juez de aquestas cosas. Mientras que unos iban por unos puntos de los nuevos mares tratando de hallar más ricos reinos, y no sabían qué hacer ni a qué punto echar, lo hacían los otros en otra dirección donde las horas eran de mil años y los momentos de siglo y medio, hallándose algunos con sus compañeros en el centro de aquéllos. Pues cada día que amanece amanecen cosas nuevas, y tuve en mi vida la suerte, por voluntad de Dios, de ver mundos y correr aventuras como nadie; que gracias a mi larga vida y no despreciable salud puedo decir que he conocido por mí mismo gran parte de aquellas cosas, y las que no conocí me las contaron otros dignos de mucho crédito. A ninguno está bien decir mentira y menos al que escribe, y así diré que tres cosas buscábamos los portugueses y españoles; y eran éstas el oro, las especias y los esclavos. Las especias han sido y son de por sí muy necesarias en España, pues echan la carne en adobo y aderezan el menudo, asadura, lengua y sesos, y se precisan para hacer la matanza en otoño y conservar la carne especiándola, y sazónándola para el invierno. Con esto hay muchos dares y tomares, demandas y respuestas, y se precisan clavos y pimientas sobre todo, y otros condimentos. Es lo mismo para dar sabor a la cerveza y al vino agrio, y otras bebidas que por lo común se hacen en las casas; pues muchos comen, beben y huelgan pasando alegremente su carrera. De todo ello procuran estar surtidos los drogueros y boticarios, con jarros de especias de muy buen olor y sabor, pues unas halagan el gusto y favorecen otras la salud, y unos se regalan comiendo, y otros bebiendo. Usan también perfumes fuertes en las casas, por lo que mucho aprecian el áloe, benjuí y alcanfor; y mientras, muchos están sucios y llenos de piojos metidos entre la ropa. Úsase el incienso sobre todo en las iglesias, y el sándalo, todos ellos productos de las Indias orientales, así cómo de las Molucas y las costas de Asia y de la India. Y llegan a Sevilla,

pues es Sevilla acomodada para cualquier granjería y hay mercancías para todo. Es patria común, madre de huérfanos y capa de pecadores, donde todo es necesidad y ninguno dice que la tiene. Ha tiempo que llegaban los cargamentos de especería, traídos por los árabes desde el golfo Pérsico, y éstos los llevan a los puertos en caravanas. Antes que me huya de la memoria diré que toman la línea marítima del mar Rojo algunos, siendo llevadas las esencias a lomos de camellos hasta Alejandría. Recógenlos allí las naves venecianas, pues no hay pozo ni coyuntura en los cuerpos de esos italianos que no sean bocas ni garras; y aumentan mucho a causa del transporte el precio de las mercaderías, que más no puede ser. Fue así como los portugueses hallaron los primeros un paso por la mar, hasta las islas de las Especias; que en un principio no sabían qué derrota llevaban ni a la parte que caminaban, con lo que trasladaron a Lisboa el negocio de la especería. Traen los portugueses sus naos cargadas de clavo y pimienta, bien de la India o de Ceilán, o de las islas Molucas que están junto al ecuador. Muchos son codiciosos y deseosos de mejorarse en las riquezas; por lo que hoy ganan, mañana pierden, rueda el dinero, váse quedando, y los que navegan se quedan sin él. Es por lo que ansiábamos los españoles hallar un camino propio, como he dicho, y distinto al de los portugueses.

Digo todo esto, porque no le faltó gente al Almirante que lo acompañase en su segundo viaje, cosa que yo no hice; pues andaba en aquel entonces entretenido en algunas cosillas y negocios, que pensé me podrían sacar de pobre. Además, estaba harto cansado de ir en elemento tan peligroso y de tan poco provecho, que es triste cosa sufrir tanto número de calamidades. Conocí por entonces a la hija de una viuda famosa, y si la madre enredaba a dos, la hija a dos docenas; y como a pollos los hacía comer juntos en un tiesto y dormir en un nidal, sin picarse los unos a los otros, de lo cual yo sacaba ganancia por muchas maneras. Aunque mucho no me había de durar, pues cuando las cosas se principian dejando solo a Dios, no se puede esperar bien. En esto habían los reyes confirmado a nuestro Almirante en todos aquellos privilegios, y lo recibieron con gran pompa; y supiéronse como queda dicho las noticias del descubrimiento en Italia, publicándose estos hechos en prosa latina en Roma y en Florencia en versos italianos. Mientras, yo era mozo regalado y vicioso, cebado a torreznos, molletes y mantequillas; y todo ello a costa de la madre y de la hija. Sabía mucho la vieja, y hasta que murió tuvo qué gastar; que se valía de untos y un artificio de sebillos, y sus dientes y manos eran a poder de jabonetes, polvillos, hieles y otras porquerías. No digo más, que cuando la encontré iba yo en piernas, descalzo y el sayo del revés, lo de dentro afuera, viéndome con ganas de cenar y sin nada que llevarme a la boca salvo agua de la fuente. Ahora, por unos cuantos favores que hacía a la madre y a la hija, todo se les hacía poco. En fin, quiero callar, que todo el mundo es uno, todo

corre unas parejas, y yo estaba de manera que tuve aquello por buena suerte. Y como alejado nos hemos del camino, volvamos a él.

En septiembre de aquel mismo año salió de nuevo el Almirante, y mandaron los reyes que no fuera en éste su segundo viaje ningún maleante, y a ser posible fueran personas conocidas; y así muchos daban informes y redactaba el escribano lo que se le antojaba, y por dos ducados y por complacer al amigo, y aún a la amiga, firmaba lo que le ponían. Pues a estos tales suelen influir mucho los mantos, y así quitan o dan las vidas, las honras y las haciendas, y dan puerta a infinito número de pecados. Sobraron voluntarios para las más de quince naves que eran las mejores de Andalucía, y en ellas fueron mil quinientos hombres muy seleccionados como digo, y algunos por sus méritos. Iban con ellos artesanos y oficiales, algunos sacerdotes y más de mil de oficio soldados; y marchaban los clérigos según me dijeron por mandado de un tal Bernardo Buil, que fue luego gran amigo mío, de la orden de san Benito. No iba ninguna mujer, y lo hizo el Almirante punto de honra; llevaba éste ahora una comitiva de diez escuderos y veinte criados, que aún los hombres más virtuosos no son de acero ni están obligados a sostenerse como los clavos, que aún a éstos les falta la fuerza y suelen soltar y aflojar. Por disculpar aquella mi primera travesura, diré que embarcaron ahora más de cien polizones que pudieron esconderse en los barcos. Iban en este viaje Juan de la Cosa y Ponce de le León, así como Alonso de Ojeda y otros muchos y relevantes caballeros. Veíase Colón como un rey de las Indias y había pensado organizar una corte, pues, ¡cuánto distan las obras de los pensamientos! Y holgaba que fuera su forma de hablar poco sencilla, mezclando vocablos portugueses a los italianos y otras lenguas. Mas era fácil su dicción y de felices expresiones, y con esto iban todos contentos. Uno de ellos, antiguo conocido mío del barrio de Triana, me contó luego que salieron de Canarias y navegaron más al sur que en el viaje anterior. Tardaron veintiún días en la travesía, y durante el viaje el tal fray Buil celebraba la misa cada día en la nave Marigalante. Llegaron a una isla que llamaron Dominica, y no había puerto en ella; pero sí en una cercana que llamó el Almirante Guadalupe, donde hallaron pedazos de cuerpos humanos en las chozas de los nativos. Eran éstos los caribes, que llamaron caníbales y eran antropófagos, que con sus canoas sembraban el terror en las islas, y caían en aquellas playas como una maldición, haciendo cautivos; pues los hombres se los comían, y a las mujeres hacían concubinas y esclavas.

Ellos iban siguiendo, saliera mal o bien, monte o poblado; y vieron en las islas ciertas cosas que no vimos antes, como que los caribes ceñían sus piernas con cuerdas de algodón, y que castraban a los aravacos para que engordasen. Vieron que hablaban entre sí las mujeres una lengua que los hombres no entendían, y estaban prestas a parir hijos que se comían sus padres los caribes; y en resolución, siguieron éstos su camino,

aunque no supieran por dónde iban ni en ello hubieran reparado. Comieron nuevas cosas, como una cierta piña que unos decían exquisita y que llamaban ananás; y aunque muchos españoles la loaban y apreciaban, otros no la podían meter en la boca, porque su olor y sabor les parecía de melones pasados de maduros y asados al sol. Vieron plátanos, que era una fruta larga, comúnmente de un palmo; habíalos menores y otros mayores, casi como la muñeca de gordos, y en los extremos como morcillas atadas; que cuando estaban muy maduros lo parecían también en el color. Fueron los plátanos a algunos fruta harto asquerosa, pues decían parecía en la boca un ungüento o cosa de botica. Llamaron a otras islas de Montserrat, Santa María de la Antigua, Santa Cruz y otras, todas pequeñas y bordeando el mar de los caribes. Navegando a occidente hallaron una mucho más grande que bautizaron como Puerto Rico, y por fin arribaron a la Española, hallando el fuerte que allí dejamos y llamamos Navidad, incendiado y sin persona viva de los nuestros; que estaba hecho un montón de ruinas y lleno de cadáveres sin sepultar. Dijeron unos indios que llevaban que habían matado los naturales a los cristianos porque no podían sufrir sus abusos; pues les tomaban sus mujeres y usaban de ellas a su voluntad, y les hacían otros enojos. No supo según creo el indio Guacanagari explicar lo sucedido; parecía que hicieron los cristianos pillaje, pues en todo hay vicio, y trataba de explicar el cacique cómo trataban a las mujeres indias.

El Almirante no sabía qué hacer; pues hacía el indio tales extremos, gestos y ademanes, apretándose el vientre, torciendo las manos, desmayando la cabeza, golpeándose los pechos, que todos lo creyeron y le tuvieron compasiva lástima. Aunque sospechara para sí el Almirante que era Guacanagari el culpable de aquello, acordó marchar y tomar por la costa arriba, por donde habían venido de Castilla. Contóme este amigo que disimuló Colón su pesar, al objeto de mantener su amistad con aquellos indios. En sustitución de este fuerte, y en memoria de la reina, fundó un lugar llamado Isabela donde sólo quisieron quedar veinte vecinos, aunque nombró para él un regidor y un alcalde. Con esto, fue el primer municipio que tuvimos los españoles en el Nuevo Mundo, y entre los que se quedaron para gobernarlo estaba el clérigo que he dicho. Quedó allí otro que también conocí, un tal Francisco de Ojeda, que luego se haría famoso con grandes aventuras; pues no hay cosa segura ni estado que permanezca, perfecto gusto ni contento verdadero, y en este mundo todo es fingido y vano. Era este Ojeda bajo de estatura, aunque valiente y harto hábil, muy alegre y de pocos escrúpulos. No consentía el tal en actos de afeminados maricas, ni verlos embarrados y compuestos con ciertas cosas sólo a las mujeres permitidas. Recuerdo que fue siempre muy experimentado en los juegos atléticos y gustaba de alardes de fuerza, que tenía como el mismo demonio; y así los hacía en todas las batallas y en ninguna lo herían, sino en la última que tuvo donde lo fue de muerte. Espantábanse aquellos indios viendo los

caballos que llevaban, pues no los conocían y pensaban que harían con los hombres una misma cosa. Mas al soberbio su misma soberbia lo desengaña, conociéndose que es lodo; y estalló la fiebre en Isabela causando muchas víctimas, pues era lugar infeccioso, con lo que se perdieron muchas vidas. Así su Divina Majestad envía los trabajos según se sirve y para los fines que sabe, todos enderezados a nuestro mayor bien si queremos aprovecharlos. Tuvieron asimismo que sufrir la escasez de la comida, y así estaban muchos sentados considerando su infortunio, harto arrepentidos de su mal considerada partida; y según parece los que peor llevaban todo eran los caballeros, y tampoco muy bien los eclesiásticos. Pues en todos cundió el descontento y hallábanse entre miedos y esperanzas. En éstas, dicen que partió el Almirante a descubrir en la carabela Niña; dejó en la Isabela a su hermano Diego, y mandó a los que allí quedaban que si hallaran hurtando a algún indio le cortaran las narices y orejas, porque eran éstos miembros que no podían esconder. Con propósito de hallar el Gran Can navegó rumbo a aquella Juana que llamaban los naturales Cuba, y llegando levantó acta de que era el continente de Asia. Tomó a la tripulación como testigo y amenazó con cortar la lengua, azotar o multar al que osara decir lo contrario; pues gobierna cada uno como mejor le va el agua a su molino, y todos publican buenos deseos y se ejercitan en malas obras. En cinco meses que estuvieron fuera descubrieron una isla hermosa que llamaron Jamaica, y exploraron aquélla de Cuba; y hallándose un día por la tormenta en unos bajos e isletas que llamaron Jardín de la Reina, fue donde tomó juramento el Almirante a sus hombres, como he dicho. Así volvieron a la Isabel rendidos de cansancio, y decían algunos: “¿Quién creyera que es el mundo tan largo?”. Pues aunque habían visto algunos mapas, parecióles que estaba todo junto y atropellado, y no pensaban que habría tantos trabajos y tantas miserias. Con todo esto iba el Almirante considerando sus infortunios, que llegó enfermo y sumido en un letargo que le duró varios meses; y no eran éstos los sufrimientos que Dios le enviaba, sino los que se buscaba él. Mas por entonces llegó de España su hermano Bartolomé que lo ayudó mucho, y él lo nombró Adelantado de las Indias. Confuso y pensativo iba el Almirante, y pasaba grandes ratos recostado en un sillón sobre el brazo; pues mataban los indios a todo español que hallaban extraviado, y era porque los de la fortaleza los habían maltratado antes, y a sus mujeres. Entre ellos, unos y otros desenterraban insultándose a los abuelos, diciendo quiénes fueron sus madres, no perdonando a las mujeres propias y gimiendo el que más y el que menos entre sí: “¿Qué conjuración se hizo contra mí? ¿Cuál infeliz estrella me sacó de mi casa?” Pues habían tomado algunos españoles de ellos cierta enfermedad vergonzosa, por lo que numerosos huyeron a España; y entre éstos venía fray Fernando Buil diciendo pestes contra el Almirante, y de unas palabras a otras venía a las mayores.

Con gran silencio venía yo escuchando la historia, y así me dijeron que hubo en

la Isabela mucha mortandad y enfermedades, tantas como escasez; que a cada bocado que daban éstos en España parecían darlo en pechugas de pavo. Muchas veces amenazó la sublevación, pues el deseo de comer algo bueno era grande; era cada día amanecido y la gente no sosegaba. En las luchas contra los indios eran las batallas carnicerías, pues llevaban los naturales palos y cachiporras, contra las ballestas y arcabuces de nuestros soldados y los perros salvajes que soltaban contra los indios fugitivos; y lo que por una parte les daba osadía, por otra los acobardaba. Con todo obligó el Almirante a aquellos indios a un impuesto de oro por cabeza, que no querían ni podían pagarlo. En compensación embarcó a quinientos de ellos para venderlos como esclavos, muriendo los más en el camino a España. Cuando vi los pocos que llegaron, y cómo llegaban, si tuviera entonces el estómago ocupado con algo lo trocara en aquel punto, pues me hallé con las tripas junto a los labios. A éstos que mandó no los pudo vender, pues había prohibido por entonces la reina doña Isabel que fueran sus vasallos indios puestos en esclavitud. Por ello no gustó lo que hizo en la corte, y no le concedieron lo que pedía; que eran algunas partidas de caballos a cambio de aquellos esclavos, y decían los reyes que antes tenían que consultar a teólogos y canonistas. Pues era su amigo Platón y mucho más la verdad, y querían saber si con buena conciencia se podían vender los esclavos, y por qué razón los había cogido el Almirante. Y era que por no pagar el oro ni trabajar escapaban éstos a los montes, mas el clérigo y otros estaban en contra de su tráfico. Llegó también el Almirante a ahorcar a algunos soldados, o los privaba de alimentos, por lo que no pocos abandonaban aquella isla y venían a España; y estando aquí lo criticaban, y entre unas y otras imaginaciones se hallaba la verdad.

Se aliaban allí los caciques para caer sobre los españoles y liquidarlos, pues les habían perdido aquel miedo que antes les tuvieron; y creyendo hallar los cristianos copioso remedo, perdían el poco que tenían. Era el peor cacique Caonabó, a quien el tal Alonso de Ojeda mandó esposar con grillos, haciéndole creer que eran éstos pulseras de adorno; y mientras, estos accidentes crecían y todos estaban confusos, sin saber lo que hacerse. Dejaron los nativos de labrar todas aquellas tierras, pues que los españoles con nada se saciaban; que todos los trabajos comiendo se pasan, y donde falta comida todos riñen sin tener por qué, siguiendo un hambre mortal para todos. De forma que los conquistadores volvían a España sin oro, pero tan amarillos como él, y hambrientos y soñolientos sin saber dónde estaban, que aún les parecía el viaje cosa de sueño. Esto yo puedo asegurarlo, que lo vi, y no es preciso que lo jure, pues no hay necesidad de hacerlo fuera de juicio y sin mucho fundamento. Mandaron con esto los reyes a la isla un oidor, y en viéndolo, el Almirante cambió sus vestidos por un sayal de franciscano; y así marchó a ver a los reyes, que halló muy ocupados con las bodas de



sus hijos, Juana y Juan, lo que es decir que no le hicieron caso. Fue entonces la ciudad de Isabel a abandonada a aquellas selvas, y decía mi amigo que vagaban por ellas y sus calles desiertas los fantasmas de los hidalgos muertos; y mientras el Almirante, que había llegado a España como digo, no parecía muy en sus cabales: que llevando a un indio consigo, que era rey, y el tal y portando una pesada cadena de oro, dijo que había descubierto por fin el Ofir del rey Salomón. Apenas me lo acabaron de contar cuando me dio tan extraña gana de reír, que quedó todo mi cuerpo descoyuntado. Los que volvieron con él lo hicieron como digo enfermos y pobres, de tan mala color que parecían muertos, y tan traspasados del hambre que casi querían expirar, aunque el Almirante les daba esperanzas con buenas palabras. Comenzaron llegando a dar voces y gritos con mucho regocijo, pues se habían visto en mucho aprieto, necesidad y peligro; y mientras unos clamaban por las peras bergamotas de Aranjuez o las ciruelas ginovisas, pedían otros melón de Granada o cidra sevillana; y cuando se las daban, como a mujer preñada les iban y venían erutaciones del estómago a la boca hasta que de todo punto no les quedaba nada en el cuerpo. No había ya quien quisiera volver a la Española, pues aunque siempre los mozos se despeñan tras el gusto presente, sin respetar ni mirar el daño venidero, decían todos que era menos el provecho que habían de sacar, que las penalidades; hubo de pensar el Almirante para su tercer viaje en penados de las cárceles, pues consideraba que había menester gente para su proyecto, y temía que los reyes se hartasen de semejantes gastos. Como no se hallaba gente, se indultaron aquellos criminales que quisieran marchar a las Indias; y así los reyes dieron provisiones, que cualquier persona, fuera hombre o mujer, que hubieran cometido hasta ese día crimen de muerte o heridas, o cualquier otro delito que no fuera herejía, alta traición o muerte segura hecha con fuego, fabricación de moneda o sodomía, fuesen a servir a la Española a la orden del Almirante. Que sirviesen a su costa dos años los que merecían muerte, y un año los demás; y pasado este tiempo, podrían volver libres a Castilla. Aún así, tuvieron que pasar dos años para que saliera Colón con seis barcos; y tanto se había agriado su carácter que no parecía sombra de lo que en principio fue, con lo que vimos muchos cómo en el mismo puerto derribó y dio de puntapiés a un oficial que le había llevado la contraria. Con todo esto, las carabelas que pudo recoger Colón a duras penas llevaban trescientos hombres sentenciados; mas iban entre éstos muchos valientes y atrevidos, aunque fueran desorejados, y así se embarcó para su tercer viaje. Unos de éstos eran escuderos y labradores, otros ballesteros y no pocos peones de trabajo, marchando un solo marinero, con un clérigo y un cirujano. Iban según dijeron seis castellanos homicidas; dos varones y otras tantas mujeres eran de Egipto, es decir gitanos, y otros de distintas calañas. Así, con no pocas vicisitudes quedaron los barcos preparados en Sevilla para un tercer viaje, que era a treinta de

mayo del noventa y ocho; y encomendándose el Almirante a la Santísima Trinidad, después de cantar los marineros los himnos piadosos se izaron las velas, y sonando músicas de pífano y trompeta, salieron. Dijeron luego que desde Sanlúcar los quebraron muy altas y bravas olas, con tan fuerte viento que todos estuvieron sin dormir muchas noches con mucho temor, y en esto iban encomendándose a Dios y el viento bramando; y que vieron en Cabo Verde a uno leproso rico llegado de Europa, que comían carne de tortuga y se bañaban con su sangre para librarse de aquel mal. Conocieron después otras grandes tormentas, y nueve días anduvieron sin esperanza ninguna de vida; pues nunca vieron los ojos de ninguno mar tan alta, fea y llena de espumas, que dijeron parecía sangre o hirviente caldera. Fueron muy grandes y espantables los acontecimientos que pasaron, que el cielo era horroroso y echaba llamas en lugar de rayos, pareciendo llevarse por delante los mástiles y velas. En ese tiempo no les dejó de caer agua del cielo, y no eran lluvias, sino el propio diluvio; y aunque alguno me diga que podría ser más breve en mis historias diré que cada cual hace las cosas como quiere, y aquí paz y después gloria.

Dijéronme algunos que por la clemencia de Dios comenzó a tranquilizarse la tempestad, de forma que pasó el principal rigor y el miedo universal. Cruzaron por fin estos mares y llegaron de nuevo a las Indias; y en tal forma que se hallaron a la boca de un río que llamaban los naturales Orinoco, donde pensó el Almirante se situara el Paraíso, pues creía haber llegado a las fuentes del Indo y del Ganges. Entraron por entre la isla que llamaron Trinidad, por los estrechos que nombraron Boca de Serpiente y Boca del Dragón; y les pareció a algunos tierra firme, asombrándose todos de cómo había más agua dulce que salada. Era a causa de aquel tan caudaloso río, con lo que pensaron que un río tan grande debía venir de una tierra mayor; y fue cuando dijo el Almirante que quizá viniera del Paraíso Terrenal. Añadió a esto que no era la tierra redonda, sino en forma de pera; que la cola de esta pera se alzaba al cielo partiendo del ecuador, estando el Paraíso en lo alto de esta cola, y así lo escribió a los reyes de Castilla. Llamó isla de Gracia a lo que era península, y se equivocó muchas veces; y conocieron a otra clase de indios que tenían guanín, un mezcla que hacían de oro y cobre, y grandes canoas con cabina y flechas envenenadas. Llevaban éstos por todo vestido una sarta de perlas que era cosa de ver, y las tomaban de una pesquería que llamaban Paria, vendiéndolas al peso y por nada, o las cambiaban por cuentas de vidrio. Y usaban éstos chicha, no como los de otras islas.

Fue tanta la alegría de estas gentes sedientas, que echados a tierra, viendo agua con arena y sucia la comenzaron a beber, pareciéndoles mejor aquel agua que la del Tajo o el Segre en España. Cortaron allí ramas de árboles en señal de posesión, mas no bajó el Almirante, pues estaba harto enfermo y postrado y se había quedado ciego

por un tiempo. Como la ocasión le limitaba el apetito, muchos temían que este desorden le abriera la sepultura. Comenzó con flaquezas de estómago, demedió en dolores de cabeza, con una calenturilla; después a pocos lances acabó relajadas las ganas de comer y temían que al fin se muriera, por lo que no pudo pisar tierra firme como hubiera querido. Tampoco podían seguir el viaje, pues se perdían las viandas por el calor; y eran allí los indios bravos y los caribes flecheros, que comían carne humana todos los de aquella costa y tiraban con hierba. En todo este tiempo estuvo el Almirante cuaternario, y les faltaba todo lo necesario para el adobo del navío. Dieron allí con un lugar que tiempo después diría micer Americo Vespuccio parecido a Venecia de Italia, y que se llamaría Venezuela; y en aguas de la isla Margarita torció el Almirante a la Española que aguardaba los socorros que llevaba, y donde quedaron su hermanos Diego y Bartolomé. Era esta navegación en carabela rasa, descubierta al sol y a las lluvias, que eran muchas; llevaban los mástiles quebrados y las velas y antenas rotas, y otras fatigas, que cada uno de ellos pensaba que era la última hora para la conclusión de sus vidas, si no los socorriera Dios.

En llegando halláronse en la isla con un alzamiento, luchando los españoles unos contra otros. El alimento escaseaba, que por la mucha flaqueza de sus personas ya casi no había hombre que pudiera alzar los brazos, mientras muchos indios habían muerto; ni quedaba otro remedio sino la misericordia de Dios, y que cada uno mirase por sí. Viendo lo que sucedía quiso llegar el Almirante a un acuerdo con los rebeldes, con lo que erró también, pues se valió del poder de las armas restableciendo como pudo el orden con juicios sumarísimos. Otras veces faltaba el comer y el beber, marchando los hombres por las playas a buscar agua, y mariscaban tomando caracoles y almejas y lo que hallaban. Mas en todo este caso no puedo hablar como hombre que lo vio ni como testigo que lo sintió, y digo lo que me contaron. Estas noticias llegaban a Sevilla y perdían los reyes la confianza, pues seguía Colón enviando esclavos y todo hacía mella en la Corona. Al final se vieron aquellos españoles en tanto peligro que de hora en hora esperaban la muerte, y para contentarlos concedió a cada uno el Almirante un grupo de indios que sirvieran de labriegos y criados; y ello terminó con los pocos indios que había, causando su mortandad. Ya que la comida era mínima y no estaban habituados al trabajo, a más que trastocaron su vida familiar, separándolos, con lo que sus mujeres parían menos. Mas eran peores todavía las plagas que llevaron los cristianos, que eran el sarampión y las viruelas que trajeron de Europa.

Llegó para arreglar estas cosas un tal Bobadilla, comendador de Calatrava y hombre de no mala fe, y buena fama; mas no cargó de cadenas el tal a ningún homicida y sí al descubridor, que quedó añudada la lengua en su boca sin poder decir palabra. Fue el caso que quedó la justicia confusa, sin saber qué hacerse, pues hallaron unas

horcas con cadáveres frescos aún, y se balanceaban en ellas. Reclamando el Comendador algunos prisioneros que estaban para ahorcar, Diego Colón se negó a entregarlos, pues su hermano no estaba; y cuando el Almirante llegó halló a su hermano preso, haciendo con él y el otro hermano lo mismo. Corría el mes de agosto del año mil quinientos, y el tal Bobadilla ocupó la casa de Colón, tomando posesión de su bienes y documentos. El Almirante se quedó tan corrido que enmudeció, bajando la cabeza; ninguno de los tres hermanos le presentaron cara, y se sometieron con dignidad, viéndose cómo la contraria fortuna hace a los hombres prudentes. Luego, oídas las acusaciones que al Almirante hacían y retenidos sus tesoros por la Corona, enviaron a los tres a España; que se hallaban como perros flacos, ladrando de los otros. Estando así todos en esta confusión, y la ciudad esperando el espectáculo triste, llegando el Almirante al puerto preguntó al oficial que lo había recogido en la cárcel: “¡Vallejo! ¿Dónde me lleváis?” a lo el que el otro contestó: “Señor, al navío va vuestra señoría a embarcar”. “Vallejo, ¿es verdad?” “Por vida de vuestra señoría que es verdad, que se va a embarcar para Castilla”. Con esto acabaron sus imaginaciones, y dicen que confortó y resucitó como de muerte a vida, pues vio el cielo abierto. No quiso que le quitaran los grilletes, y si bien se considera hizo lo que debía; cerróse la noche y con ella sus elucubraciones, y levantando sus ojos al cielo hizo sus oraciones el Almirante; y en el suelo más llano le tendieron unos alboroncillos, donde pasó la noche. Levantóse con la luz, antes que el sol saliese, y no cesaba de santiguarse haciendo exclamaciones, llamando y reiterando el nombre de Jesús mil veces; que tanto puede la razón, que aumenta la fuerza y anima a los pusilánimes. Era ya del sábado el sol salido casi de dos horas cuando desembarcaron en España, y así llegó Colón a Cádiz cargado de cadenas. En éstas, habíanse quedado allí trescientos españoles a los que dio encomiendas; y siendo gente vil, desorejada y azotada en Castilla, tenían a los reyes y señores naturales por vasallos y por más que bajos y viles criados, pues todos metían las manos donde tenían su corazón. Si hubiera el Almirante robado la Indias y se las diera a los moros, no pudieran en España mostrarle mayor enemiga; pues así como en el puerto lo vieron, levantaron las voces llenándolo de improperios. Aquí pasó con el resuello, y no hizo poco; y al saberlo los reyes ordenaron su libertad, enviándole una gran cantidad de dinero, con lo que durmió soñando paraísos sin sentir alguna cosa; y a mayores lo recibieron en Granada, ordenando le devolvieran sus bienes en la isla Española y mandaron quitar a Bobadilla por lo que había hecho. En aquel punto parecióle al Almirante haber sentido una nueva luz, que como claro espejo le representaba lo pasado, lo presente y lo por venir. Enviaron los reyes a la isla a un tal Ovando, de la orden de Alcántara; y encontró que allí todo andaba revuelto, todo apriesa, todo enmarañado. Este Ovando pacificó la provincia, pues donde había de

asistir nunca faltaba, y aunque todo le costara trabajo nada se perdía. Con lo que quemó a cuarenta indios principales y ahorcó al cacique, y a una tía de éste llamada Anacuona, que era hembra absoluta y disoluta en aquella isla. A todo estuvo muy atento y devoto, que no le quedó oración de las que sabía que no rezase, viéndose ya fuera de aquellos peligros. Otros continuaban estos viajes, y entre ellos se hallaba un italiano llamado Americo Vespuccio. Dijéronme que era este hombre de mucha cultura, más que lo fuera el Almirante; que había nacido en Florencia a mediados de siglo, y Dios que fue servido de traerlo al mundo, supo para qué. Contáronme que era su padre notario y sus amigos científicos y hombres de letras, que por cualquier niñería que hacía todos lo regalaban. Era el tal amigo de Lorenzo el Magnífico, y dijeron que tenía en Florencia una prima y llamada Simonetta Vespuccio, tan hermosa que la pintara Botticelli como la Primavera; que todos cuantos la veían quedaban con general murmullo de admiración. Habiendo por entonces los reyes de Castilla consentido ciertas expediciones de particulares a las Indias, él se dispuso a ir; pues quería conocer el mundo y sus maravillas, y a su familia pereció justa y honrada petición. Digo todo esto porque quiso mi suerte que andando el tiempo yo marchara con él; que habiéndolo conocido por azar y sabiendo de mis anteriores aventuras así lo prometió, y lo que pudo cumplió. A todo esto mostraba el rostro alegre, la mirada risueña, y parecióme todo un caballero.

Pero volvamos arriba, no se me quede arrinconado un boticario al que conocí en Sevilla. Era hombre mayor, escupía, tosía, quejábase de piedras, riñón y orina. Mezclaba, bautizaba y ligaba como le parecía, con que mataba los hombres haciendo de sus botes y redomas escopetas, y de las píldoras balas de artillería. ¡Oh, qué hacía de ruindades y fullerías! Ninguna hubo que no entendiera y supiera, todos las obraba. Dióme deseo de burlarlo y aprovechóme poco, pues pensando ir por lana volví trasquilado. Presentéle a mi dama, sin advertir que no hay mujer tan alta que no huelgue de ser mirada, aunque el hombre sea muy bajo. Una tarde, a la hora de merendar, anduvo la conversación y della se pidió juego. Comenzamos una primera en tercio; ganó le moza, porque el boticario se hizo perdedizo, y con esto quedé resabiado sin saber de qué; pues las novedades placen, especialmente a las mujeres que son de suyo noveleras. Ella, sin dejar la risa, que parecía tenerla por destajo, le dijo: “Ya sabéis quién soy, y sé yo de vuestro mucho valor y calidad. Aunque se me hace más menester ser consolada que dar consuelo, y la noche se hace muy oscura, os ruego quedéis en la casa, que yo os haré sitio en mi alcoba.” Quedó el boticario sin sentido al oír estas palabras, y fue maravilla poder tenerse en pie. Pues levantóse temblando todo el cuerpo y el corazón alborotado, y luego, como se acabara de rezar, que fue muy breve espacio, se fueron a la cama. Viendo esto quedé espantado y mal contento, y dí mil gracias a Dios que no me hizo enamorado. El primer día sentí mucho, aunque más el segundo

porque creció el cuidado y llovió sobre mojado. El día tercero fue casi de muerte y cargó todo junto, pues Dios y enhorabuena, a remiendos y como pudo, medio tropezando, dijo el boticario que como yo era el primo y pariente más cercano de la moza, quería pedírmela en matrimonio. Habló adelante, y cuanto más seguía más el estómago se me alteraba, quedándome más blanco que los manteles. Mucho diré callando en este paso, pues veía perder al mediodía mi comida segura, sin pagar cocinero ni despensero; y procurando esforzarme, con voz turbada preguntéle si lo había pensado bien. Díjome que sí, y en esta desesperación viví algún tiempo, pues parecíame sueño, y viéndome despierto temía ser fantasma. Como suelen decir que la necesidad hace el consejo, un día la emprendí con él, y allí acabara sin duda si brevemente no acudieran otros. De la una parte hubo pedradas, palos y alaridos, de la otra muy recias cuchilladas y de ambas tanto alboroto, que ya cansados de aporrearnos unos y otros nos maniataron. Causó gran lástima y admiración el caso, y luego empezó el boticario a convalecer, y apenas podía tenerse sobre sí cuando se celebraron las bodas.

Quedé yo saltándoseme el corazón en el pecho que parecía querer salirse de allí, mas poco le aprovechó al novio, pues esta vida de casados no es para todos. Y así estuvo dos meses o poco más, al cabo de los cuales le dio una grave dolencia de que claramente conoció que se moría. Pidió por confesor un conocido suyo de muchas letras y gran opinión en vida, costumbres y doctrina, y con él trató sus pecados comunicando sus cosas, de manera que ordenó hacer su testamento con las más breves y compendiosas palabras que se puede imaginar. “Mando a Dios mi alma que crió, y mi cuerpo a la tierra, el cual entierren a mi parroquia, y a mi querida esposa dejo cuanto tengo en el mundo.” Con esto cerró su testamento, debajo de cuya disposición falleció. Dióse la esposa tal maña que apenas hubo con qué enterrarlo, pues aún tenía el alma en el cuerpo y no sábanas en la cama. Entré conmigo en cuenta y hallémela muy mala, con mucho cargo y poca data. Volver con ella era imposible; pasar sin ella, dificultoso. Fui a presentar mi condolencia a la viuda, y ella asombrada creyó ver visión y comenzó a dar gritos y a llamar a su gente para que me pusieran en la calle; estoy seguro que hasta el mismo que me engendró me hubiera aborrecido entonces si me conociera, y dejado de la mano cansado de mis cosas. Después de esto, en libertad de españoles estábamos un día varios tratando sobremesa. Era uno natural de Utrera, gran persona de invenciones y de sutil ingenio. Hablóme éste del tal Americo Vespuccio, y me pareció oportunidad aquélla bien favorable a mi deseo; pues decían que era caballero que trataba y estimaba a sus criados, favorecía los y amábales haciendo por ellos lo posible, con que todos lo amaban con el alma y servían con fidelidad; pues hay hombres que aporrear el alma sólo con mirarlos, y otros que se meten en ella dejándose querer. Me pareció cosa fácil y sin riesgo, pues gran alivio es al que sirve el buen tratamiento, y

luego supliqué por escrito me tomara con él cuando emprendiera el viaje a las Indias; y después que llamó a sus criados principales para que de mí supieran y le dieran informes, admitióme con él. Quedé con esto contento, satisfecho y muy agradecido. Sabía yo por entonces cualquier bellaquería y no estaba olvidado de mis mañas, pues las malas que aprendí me quedaron indelebles; y era como dije gracioso, diciendo muchas y muy buenas razones y cosas. Me aguardaba buena ocasión para enderezar mi vida, y ésta era la postrera y quiso Dios que fuera la valedera. Llegué a San Lázaro, que está de la ciudad a poca distancia; sentéme en la escalera o gradas por donde suben a aquella devota ermita, y estuve cavilando un rato: “Todos roban aquí, todos mienten, todos trampean; ninguno cumple, y es lo peor que se precian de ello. Todos vivimos en acechanza unos de otros, como el gato para el ratón o la araña para la culebra. Marcharé a las Indias donde me veré libre de todos estas cosas, a ninguna sujeto excepto a los peligros de la mar”. Así se hizo y pasé adelante, y con esto sané de la enfermedad.

Fueron los viajes de Americo Vespuccio cuatro, uno por mandado del rey de Castilla y tres más por el de Portugal. Como pienso que alguno puede tener gusto en conocer lo sucedido en esos viajes, he determinado entrar en ellos; y por si alguien me hallara prolijo, visto que no hay otro remedio disimule su poca satisfacción; recomiendo que el tal se ponga a leer cuando esté más desocupado, pues yo me acabo de aliñar y sigo mi camino. Léame tras levantar la mesa como si fueran postres, y si tiene huéspedes los despida, pues han de ser éstos a deseo y han de pisar poco la casa, calentar poco la silla y asistir menos a la mesa, por no dar hastío. Aun cuando mis lectores estuvieran ocupados por demás en sus cosas y negocios varios, piensen que lo que hoy da la fortuna, mañana lo quita. Creo habrían de tomar alguna hora de descanso, y para consuelo de sus muchos trabajos gastar algo de tiempo en cuestiones singulares y entretenidas, para no hallarse al final del día llenos de cólera, tristes, desesperados y fríos; y pasen así la noche en claro, sirviéndoles de solaz en sus ocupaciones y apartándose un tanto del continuo pensamiento y asiduo cuidado de las cosas diarias. Si fuera pesado pido perdón a todos, y para ganar tiempo vamos comiendo y andando.

He de decir primero, que el motivo de la venida a España de Vespuccio fue negociar ciertas mercancías; y siguió en este propósito cuatro años, en que vio y conoció varias vicisitudes de fortuna. Así, los que con él se honraban, apurada la bolsa le dieron de mano; pues está el hombre por un tiempo encima de la rueda y otro los hados lo arrojan de sí, y le privan de los bienes que se podrían llamar prestados. Pues somos los hombres como el cero del guarismo, que por sí no vale nada. De modo que, harto de estos trabajos, decidió dejar el comercio y se dispuso como he dicho a ver parte

del mundo; y era tiempo oportuno, pues el rey don Fernando el Católico quiso mandar cuatro naves para descubrir nuevas tierras por el occidente. Siendo él elegido para llevar la flota, como queda dicho marché yo con él; iba yo envuelto en una capa tan llena de remiendos, unos cosidos en otros, que tenía por donde menos tres telas, sin que se pudiera conocer de qué color había sido la primera. Lleguéme a una venta sudado, polvoroso, despeado y triste, el diente agudo y el estómago débil; diéronme de comer a cuenta, lo que agradecí con grandes muestras, pues el socorro en la necesidad, aunque sea poco, ayuda mucho. Era yo por entonces buen mozo y blanco, rubio, colorado y rizo, y de naturaleza tenía los ojos verdes y grandes, turquesados. Traía copete y sienes ensortijadas, y ya que los hombres en la necesidad no buscan hermosura, edad ni trajes, sino sólo tocas, aunque las cabezas estén tiñosas, concerté un servicio con la ventera a cambio del cual me dio algunas ropas del marido, que tomé gustoso aunque estuvieran algo apolilladas. Debió el ventero de cenar salado, pues cargó delantero; me dijo la esposa que no tenía costumbre, y durmió como un cesto. Y como digan que a todos conviene dormir en un pie, como la grulla, no había el sol amanecido cuando estaba yo fuera de la venta, con el hato de ropa y otras cosillas; pues tanto me tiraban las costumbres de la vida pasada que no me llegaba el resuello, según iba de cargado.

Partimos de Cádiz en el mes de mayo, y tomamos nuestro camino por el mar océano, a lo largo de las costas de África hasta las islas Afortunadas que llamamos Canarias. Después de habernos abastecido de lo necesario, hechas nuestras oraciones y plegarias levamos anclas y dimos velas al viento desde la isla de Gomera. Dirigimos hacia el lebeche y navegamos con viento fresco, sin ver tierra ninguna; y tanto avanzamos que al cabo de treinta y siete días llegamos a una tierra que juzgó el capitán ser tierra firme, y eran mil y trescientas leguas desde allí a la ciudad de Cádiz. Aquel navío ninguna cubierta tenía donde pudiese un hombre esconderse de los aguaceros ni del sol, y así algunos llegaron enfermos; yo llegué con los muslos resfriados, las plantas de los pies hinchadas, las asentaderas batanadas, las ingles doloridas, todo el cuerpo descoyuntado, y sobre todo hambriento. Mas allí me curé, y se repuso mi salud en pocos días. Anclamos nuestras naves a legua y media de tierra, dimos gracias a Dios y botamos nuestros bateles llenos de armas y de hombres, dirigiéndonos a tierra; y antes de llegar vimos mucha gente que venía a lo largo de la playa, de lo cual nos alegramos mucho y advertimos que era gente desnuda. Estaba la tierra tan llena de árboles que era maravilla, que yo los tenía olvidados en España, y nunca perdían sus hojas de un gran verdor. Gozaba de esta felicidad con la serena añadidura de hallarme sin deudas, sin pretensiones, sin esperanzas y otros petardos enfadosos que se meten por nuestra inocencia o los busca nuestra codicia, para tener siempre el espíritu revuelto



y enojado. Sentimos el olor suave que salía de la isla, pues eran todas las plantas aromáticas, y anduvimos con los botes a lo largo de toda aquella tierra para ver si podíamos saltar a ella, pero llegó la noche y no hallamos camino, que lo impedía la espesura de los árboles. Mostraron las gentes tenernos miedo, porque nos vieron vestidos y de distinta apariencia, mas estábamos sobre aviso por lo que pudiera suceder. Se recogieron todos en un monte, y pese a cuantas señas les hicimos de paz y amistad, no quisieron venir a conversar con nosotros; de forma que viniendo la noche, y pues las naves estaban ancladas en lugar peligroso por estar la costa brava y sin ningún abrigo, convinimos en volver a los navíos y buscar un puerto o ensenada donde asegurarlos. Nos maravillábamos que quince leguas más allá de la tierra estuviera el agua dulce como la de un río, con lo que llenamos en ella los barriles que traíamos; y era al fin tierra larga, donde había qué mariscar y por dónde navegar. No por estrechos, siempre por la canal, donde con poca tormenta se da en los bajíos, quedando rotos y desbaratados.

Levamos anclas y nos hicimos a la vela poniendo proa hacia el mediodía, y navegando a vista de tierra, viendo siempre gentes en las playas y desembocar dos larguísimos ríos, uno que venía de poniente y corría hacia levante, con cuatro leguas de anchura, y el otro que corría de sur a norte, de tres leguas de ancho. Y pensamos que fueran estos ríos la causa del agua dulce que tenía el mar, tal era su grandeza. En esto tenía cada uno buena cuenta de su hatillo, que si un punto se descuidaba, ojos que lo vieron ir nunca lo vieran volver, y gran desventura es tener que padecer lo que podemos evitar. Hasta que pasaron dos días no hallamos un lugar seguro para las naves, y anclamos allí, acordando entrar en un río con los botes y navegar por él hasta encontrar alguna población de gente. Preparamos los botes y los aprovisionamos para cuatro días, y regañaba el capitán, pues eran los grumetes tan tardos en los mandados como en levantarse de la cama, siendo mucho en ellos mentira, embuste y bellaquería. Por fin veinte hombres armados nos metimos en el río, y a fuerza de remos navegamos por él; ese mismo día fuimos a tierra con los bateles saltando a ella con buen orden, y mostrándose los naturales esquivos. Pero les dimos como en otro tiempo cascabeles, abalorios y espejos, cuentas y algunos frascos, hasta que algunos se confiaron y vinieron a hablar con nosotros. Hecha la amistad vino la noche y nos volvimos a las naves, y al día siguiente al alba vimos que había en la playa infinita gente que acudían como moros a pasas, trayendo con ellos a sus mujeres y a sus hijos. Antes de que llegáramos a tierra muchos se echaron a nado, y quedaban admirados en vernos de aquella manera; y vinieron a recibirnos en el mar a un tiro de ballesta, pues eran buenísimos nadadores. No tenían en el cuerpo pelo alguno, salvo el cabello largo y negro, especialmente las mujeres, lo que hacía las hermosas; aún así no pudo dejar de

darme pesadumbre el no poder holgar con ellas. No eran muy bellas de rostro, pues tenían las caras anchas queriendo parecerse a los tártaros; eran muy ligeras al andar y al correr, que no tenían reparo en correr una o dos leguas, pues así lo vimos; y tanto los hombres como las mujeres no se dejaban crecer cejas ni pestañas, por considerar el pelo cosa fea. Quise alcanzar a una y quedé enredado en ciertas raíces, y dióle tanta gana de reír en verme de aquella manera, que llamó a dos que con ella estaban para que me vieran. Nadaban aún mejor las mujeres que los hombres, pues las hallamos dos leguas mar adentro nadando sin apoyo ninguno.

Era nuestro capellán melancólico, de mala digestión, que tenía mucho disgusto en verlas, y en cambio pasaba el día dando vueltas a su alacena; llevaba camuesa, zanahorias, calabaza, confitura de mil maneras y otro y infinito número de diferencias, que me traían el espíritu inquieto y el alma desasosegada, pues estaba yo harto de comer y beber en verano caliente en y invierno frío, poco malo y tarde. Alejado voy de donde caminaba: que eran las armas de aquellos hombres arcos y flechas muy bien fabricados sin hierro ni otra clase de metal, y en lugar de hierro ponían dientes de animales o de peces, como yo viera antes con el Almirante Colón, o un pedazo de madera dura, afilado en la punta. Eran certeros tiradores que daban donde querían, y también usaban estos arcos las mujeres; y además tenían otras armas, como lanzas endurecidas al fuego y unas porras con cabezas muy bien labradas. Hacían la guerra con otros pueblos muy cruelmente, sin perdonar la vida a ninguno. Llevaban sus mujeres a la guerra no para guerrear, sino para llevar detrás de ellos el sustento; que una mujer llevaba sobre sí una carga que no llevaría un hombre, treinta o cuarenta leguas, y así lo vimos. No tenían capitán alguno ni andaban en orden, pues era cada uno señor de sí mismo. Mostrábanse sencillos en el hablar y eran muy maliciosos y agudos en lo que querían, hablando poco y en voz baja; y aunque usaban los mismos sonidos y acentos que nosotros, pues también formaban sus palabras entre los dientes y los labios, daban nombres distintos a las cosas. Eran las mozas rollizas de carne, altas de cuerpo, y sobre todo mujeres muy joviales; que en la bonanza de su cuerpo yo me deleitaba, pues soy hijo de Eva, y metido en un paraíso de mozas podíame tentar la serpiente de la carne. Era mucha la diversidad de sus lenguas, pues cada cien leguas hallábamos cambios de lenguaje y no se entendían unos con otros. Su manera de vivir era muy bárbara, pues no guardaban hora para las comidas haciéndolo tantas veces como querían, y no les y importaba mucho que les viniera la gana a medianoche, que a todas horas comían. Hacíanlo en el suelo sin mantel ni otro paño alguno, pues colocaban sus viandas en vasijas de barro que ellos fabricaban o en medias calabazas, que era cosa de ver.

Nos socorrió la misericordia divina con buen tiempo, mas no faltaron sinsabores. Pues una noche, cuando todos dormían sentí yo una necesidad en el barco, y

levantándome para ir a las letrinas topé con algo que penduleaba. Iba yo tan dormido que a pedazos me caía; me acerqué, despabilando de legañas los ojos, y vi en la oscuridad que era el bulto de un hombre, mas no quise dar la alarma antes de haberme asegurado. Bajélo, y era uno de nuestros marineros, y cuando estuve bien seguro no dejaba de santiguarme. Acudieron algunos y contéles el suceso, quedando admirados y condoliéndose de la desgracia; mas como no lo podíamos remediar lo encomendamos a Dios y aderezamos en forma para enviarlo con los peces, como siempre se hacía, rogando al Señor lo acogiera en su seno sin tenerle en cuenta el pecado que había cometido quitándose la vida. Andaba yo tan desmayado por el susto que no pudiera dejar de perecer, si no fuera por Dios socorrido. Teme el piloto el gobierno de la nave, no sólo en la tormenta, sino en todo tiempo, por varios acaecimientos que suceden, con ser en su arte diestro. Mucho velaba el nuestro, y como en lo restante de la noche no pude reposar pensando en lo ocurrido, arriméme a él que era un hombre grande y membrudo, y tan basto como si naciera entre salvajes, de padres brutos; y no parecía más que lo paladearon con un diente de ajo, a juzgar por las cosas que comía. Fue tanto el número de su pulgas que cargó contra mí, que parecía ser para ellas año del hambre; y no tenía parte en mi cuerpo donde pudiera darse otra picada en limpio, como si hubiera tenido sarampión. Estuvimos en la conversación buen rato, y quedé yo tan descoyuntado que entrando el sol y siendo de día ni sabía si estaba en el cielo, si en la tierra. Pues dábanme además los piojos tan mala vida, que me sacaban los ojos a tenazadas y me comían las narices. Dábame mil bofetadas para matarlos y me desfiguraba el rostro; en fin, que no sabía cómo remediarlos, qué hacerme ni de quién valerme. De lo poco que cené quedé empachado, sin poderlo digerir en dos días; y en tanto iba nuestra nao muy buena y muy más ligera que las otras, tanto que casi sin velas caminábamos más que ellas, que las llevaban tendidas. Se me fue pasando la mala disposición y así a los dos días iba ya casi bueno; pues la principal preocupación en éstos fue procurar descansar, aunque trabajos no me faltaban. No iba yo mal de instalación, pues dormía en una red muy grande que había tomado a los indios hecha de algodón y suspendida en el aire; y aunque esa manera pareciera sin conocerla incómoda, era agradable dormir en ella y mejor que en nuestras mantas. Otras muchas cosillas había de contar de esta tierra donde nos detuvimos; pero ni se puede contar todo ni hay para qué. Mas diré que era aquella gente aseada y limpia, y se lavaban con mucha frecuencia. Cuando evacuaban, con perdón, el vientre, hacían cualquier cosa por no ser vistos con su pareja. Pero si en ello eran honestos, en hacer aguas eran sucios y desvergonzados; porque estando hablando con nosotros, sin moverse ni avergonzarse dejaban salir tal fealdad, que no les daba vergüenza alguna.

Cuando me puse a escribir los pasados trozos de mi vida llevaba conmigo dos

intenciones principales, que sospecho están bien declaradas en esta cartapacio, y no creo al caso aquí repetirlas. Voy logrando gracias a Dios las dos intenciones, y sé también que hasta ahora me ha tenido por su mano la piedad de Dios; que he venerado a mis superiores en la Orden que ahora profeso, y he sido apacible y tratable con las demás diferencias de gentes. Mas volviendo a lo de aquellas tierras, he de decir que no usaban los naturales entre ellos matrimonio, y cada cual tomaba la mujer que quería; y cuando querían repudiarla lo hacían sin duelo para la mujer, pues en eso tenía ella tanta libertad como el hombre. No eran celosos pero sí lujuriosos, fuera de toda medida, mucho más las mujeres que los hombres; que por honestidad dejo aquí de decir los artificios de que se valían para satisfacer su desordenada lujuria. Eran mujeres muy fecundas y no excusaban en sus preñeces trabajos ningunos, y tan fáciles en sus partos que después de un día de paridas iban por todos lados, y estaban sanas como peces. Se mostraban tan desamoradas y crueles, que si se enojaban con sus maridos hacían enseguida un artificio para matar a la criatura en el vientre y la abortaban, por cuyo motivo mataban infinitas de ellas. Eran como he dicho mujeres de cuerpos gentiles, muy proporcionadas y sin nada mal hecho; y aunque andaban completamente desnudas eran carnosas, y no mostraban sus vergüenzas en la parte que pueda imaginar quien no las ha visto, pues la cubrían con los muslos, salvo en aquel lugar que la naturaleza había proveído; que era, hablando honestamente, el pubis. En conclusión, no tenían vergüenza de sus vergüenzas como nosotros no la tenemos de mostrar la boca o la nariz; y era raro vez los pechos caídos en una mujer, ni tampoco el vientre caído y con arrugas, que ninguna parecía haber nunca parido. Se mostraban muy deseosas de ayuntarse con nosotros los cristianos. No se les podía llamar moros ni judíos, pues eran peores que gentiles y no hacían sacrificio alguno, ni tenían casas de oración; y sin tener nosotros casa todas eran nuestras, pues todas nos las ofrecían. Eran sus habitaciones comunes y sus viviendas en forma de cabañas, pero muy fuertemente construidas con troncos de árboles grandísimos. Las cubrían con hojas de palma, a prueba de vientos y tempestades; algunas eran tan anchas y tan largas que cabrían en ellas seiscientas almas, viendo poblaciones en donde había cuatro mil personas en sólo trece casas, y poco atentos estábamos a las misas por estarlo mucho a las damas.

Llevábamos con nosotros un médico, que ni sabía letra ni había nunca estudiado. Traía consigo una gran cantidad de recetas, a una parte de jarabes y a otra de purgas, y cuando veía algún enfermo metía la mano y sacaba una, diciendo entre sí: "Dios te la depare buena". Luego hablaré más despacio de él, con las extrañas cosas que en este viaje también sucedieron; y quédese aquí, porque si vivo, hasta allí llegaremos. Siguiendo con el hilo de lo que llevábamos, cambiaban estos naturales la población de lugar cada ocho o diez años; y habiéndoles preguntado por qué lo hacían nos dijeron

que era a causa del suelo, pues por las inmundicias se hacía infecto y corrupto, produciéndose enfermedades, que nos pereció buena razón. Eran sus riquezas rosarios que hacían, con huesos de pescados, o piedras blancas y verdes que se incrustaban en las mejillas, labios y orejas, cosas que nosotros no estimábamos en nada; y no tenían comercio, pues ni vendían ni compraban. No apreciaban en nada lo que nosotros llamamos en España riquezas, como perlas y joyas; aunque las tenían en sus tierras, no las estimaban ni trabajaban por conseguirlas. Eran liberales en el dar, que no negaban nada, y por ende también en el pedir; y el mayor signo de amistad que nos hacían era darnos sus mujeres y sus hijas, y tanto el padre como la madre se sentían harto honrados sí dormíamos con ellas aunque fueran mozas y vírgenes. Con eso les dábamos prueba de amistad, todos con gran alborozo. Habiendo gozado algunos días de tan lucido tratamiento volvimos a la mar, guardando orden y aprovechando los buenos temporales, para embarcarnos con muy próspero viento, pues nunca en mucho tiempo dejamos de tener aquí la mar en calma y el viento favorable. Dióme por entonces el médico que digo ciertos avisos pues, aunque sin letras, conocía desde el Papa hasta el que se hallaba sin capa. Era gran observador de las costumbres de los indios, que usaban en sus enfermedades varias clases de medicinas tan diferentes de las nuestras que nos maravillábamos. Cuando un enfermo tenía mucha fiebre lo bañaban con agua fría de pies a cabeza, y le encendían un fuego alrededor haciéndolo volverse y revolverse durante varias horas hasta que lo cansaban; y aunque era esto gran miseria y bobería, aún así sanaban muchos, después de pasados malos días y peores noches. Lo que extrañaba sobre todo al médico, que expurgaba la paja en el ojo ajeno y no quitaba la viga del suyo. Usaban éstos mucho la dieta y estaban más de tres días sin comer, así como sacarse sangre de muslos, caderas y pantorrillas; también provocaban el vómito con hierbas que metían en la boca, y padecían mucho de flemas y de sangre por causa de sus viandas, que eran sobre todo frutos, peces y raíces de árboles. Con las raíces hacían una harina muy buena que llamaban yuca, que otros decían cazabe y otros ñame; y si me detuve en estas cosas y no satisfice, perdóneseme mi ignorancia, mas diré que con todo esto andábamos nosotros comidos, bebidos y lomienhiestos.

Cuando aquéllos morían usaban varios modos de exequias, que olvidármelas parece mal consejo; pues a algunos enterraban con alimentos y agua a la cabecera pensando que tendrían que comer, y sacábanles en un cuenco de barro un revuelto de huevos, que pudiera llamarse mejor emplasto de huevos. En otros lugares usaban el más bárbaro de los entierros, y era que cuando un enfermo estaba a punto de morir y a un paso de la muerte, sin poderlo remediar lo llevaban sus parientes al bosque, colgaban de dos árboles la red en que el desdichado solía dormir, y lo ponían en ella danzando alrededor durante todo el día, que eran consumados en el oficio. Cuando

llegaba la noche le ponían a la cabecera agua y las otras viandas que he dicho, para mantenerse durante algunos días; todo lo hacían sin rezongar ni lloriquear, y lo dejaban solo a merced de la naturaleza. Entonces, si el enfermo se ayudaba a sí mismo podría vivir, y volvía al poblado temeroso, temblando y encogido, volviendo la cabeza como si dijera en su lengua: “Señores, en vuestras manos está mi vida y mi cuenta, mi remedio y mi perdición”, y allí lo recibían sin ceremonias. Pero eran muy pocos los que se salvaban, y morían solos y en aquella sepultura, que nunca peor cosa ni semejante vi en mi vida. Siguiendo con nuestro viaje, hicimos muchas leguas con las naos, pues seguía siendo tierra tan baja y espesa de árboles que apenas un pájaro podía volar sobre ellos, y por dondequiera que tirábamos hallábamos tierras habitadas. Vimos unas feas especies de pájaros de distintas formas y colores, y tantos papagayos y tan diferentes, que quedábamos asombrados. Habíalos colorados como la grana, otros colorados y verdes o amarillo limón; otros eran sólo verdes, o negros y encarnados, que parecía maravilla. El canto de las otras aves era tan dulce que nos dejaba transidos en oírlas de aquella manera, y a todos enmudecía quedando como muertos, que no estábamos en nosotros ni lo estaríamos en mucho rato. Parecían los árboles del paraíso terrenal, tan hermosos eran, y ninguno era igual a los de España ni sus frutos tampoco. Vimos en el río a muchas gentes pescar con diversos aspectos, que en viéndonos no sosegaban ni sabían por dónde huir, y eran todos hombres donosos sin punta de malicia.

Nos hicimos a la vela siempre al mediodía y hallamos una corriente marina tan grande, que corría con tanta furia, que tuvimos grandísimo peligro. Hacía unos vientos tan bravos en aquella parte que parecían querer levantar las sierras, especialmente de noche; y en la comida se padecía trabajo, porque comúnmente era muy poca. Era tal la corriente que el estrecho de Gibraltar parecía un estanque en comparación con aquélla, y en esto íbamos tapando algunos agujeros por donde entraba el agua, con tanto viento y mar que nos cubrían muchas veces las ondas. Navegamos hacia el sur, de forma que entramos en zona tórrida dentro del trópico de Cáncer, y llevábamos tal calor que por la noche nos entreteníamos rascando y dando vuelcos. Yendo por esta zona vimos las cuatro sombras del sol, pues se hallaba en el cenit al mediodía, y estando en nuestro meridiano no teníamos sombra ninguna. Sucedió esto muchas veces, y tanto navegamos por la parte del austro que nos hallamos bajo la línea equinoccial, y teniendo uno y otro polo al final de nuestro horizonte, apenas se nos mostraban las estrellas de la Osa Menor. Marchaba la nao tan comida que nos anegábamos los que en ella íbamos, y las camisas se empapaban. Perdíamos el sueño por la noche contemplando las estrellas del otro polo, y usaba el capitán de toda clase de instrumentos, que no reposaba aunque la noche anterior no hubiera podido dormir, más que mirando el

cuadrante y el astrolabio. Era esta navegación que digo en los meses de julio, agosto y septiembre, y mientras estuvimos en la línea equinoccial la diferencia del día sobre la noche no se notaba, pues era poca. Decían los antiguos que dentro de la zona tórrida no se podía habitar por el gran calor, y hallamos nosotros en este viaje lo contrario; pues era el aire más fresco y templado en esa región que fuera de ella, y había más gentes por allá que en ningún otro sitio. Solía dormir el médico en una red cercana a la mía, y otros se acomodaban acá y allá donde podían, algunos en redes; algunos tenían sitio fijo, quién en la bodega, quién cerca del fogón. Una noche dormía yo en mi red, cuando oigo andar en la cubierta un ruido como una escaramuza de gatos que hicieran banquete con un pedazo de abadejo seco. Perdí el sueño, saltéme a las tablas, salí de vuelo. Cuando llegué al lugar el sobresalto se pasó, mas no el cuidado; pues vi que rodeaban a uno que estaba junto el fogón puesto de bruces, y entre dos lo alzaban; y vi que era el médico de marras y le habían rebanado el pescuezo.

Quedé yo como gorrión en loseta y lloraba como un niño, acordándome de las veces que lo había tenido por compañero de sueño, y siendo como he dicho hombre agudo y de buen entendimiento. Hubiera dado por vengarlo un ojo de la cara, pues a él, que era la misma caridad, le había tocado tan mala suerte. Al momento lo fue el reverendo a visitar, mas vio el capellán que no había nada que hacer, y tomando un libro de rezos le cantó los misereres, acabando las letras con sonoros pasos de garganta. Dejáronlo allí hasta que amaneciera el día, y me fui a mi red; vi que estaba en la vecina un grumete, y preguntándole lo que hacía allí, me dijo que estaba con fiebres. Aunque solía dormir junto al fogón, como era el médico hombre caritativo, aunque no sabio, le había cedido por esta noche su lugar, viéndolo tan atormentado y afligido. Con lo que había éste salvado la vida y el otro hallado la muerte, y en esto vino a parar; y era justa justicia que quien la había hecho, así la pagara. “¡Oh, hideputa, maldito matador!”, decía yo entre mí, considerando la buena amistad que con él tenía; pues siempre pensé que ganar amigos era poner dinero a logro, y sembrar en regadío. Cuando entre varios dijeron que era el carpintero el culpable, en esto llegó mi cólera a tal desesperación, que estuve determinado de acometerlo. Era este carpintero hombre bajo de talla, menudo, y no lo había yo creído de mal natural, sino al contrario; aunque muchas veces éntanse los vicios callando, y son lima sorda, que no se sienten hasta tener al hombre perdido. Mas parecióme que no fuera el tal glotón, vicioso ni borracho, ni aún deshonesto, pues no conocía sus flaquezas; y aún he de decir que con todas ellas no perdió día de rezar rosario entero, con otras devociones. Lo primero cada mañana era oír una misa, luego se ocupaba en ir a reparar lo que fuera menester, que por ser diligente estaba todo el reparo a su cargo. Nunca fue chismoso ni descubrió secreto, aunque no se lo encargaran; no respondía cuando le reñían, ni daba ocasión para ello, y a los mandados

era un pensamiento, para no ser malquisto ni odiado de nadie. Y así acudía en un vuelo al recado del capitán, como del contra maestre, como de cualquier oficial que le mandara; y sólo faltaba ponerse saya, porque barrer, fregar, hacer las camas, alinear el fogón y otros menesteres de ordinario lo hacía. Terrible vicio es el matar, y el matador no teme a Dios ni estima su alma; halláronle una azuela en el forro del faldamento del jubón, y estaba sangrante. Lo que tuvo de vergonzoso lo hizo de desenvoltura, que nunca pudieron ser amigos el homicidio y la vergüenza. Cuando lo supe encolericéme en gran manera, y tanto me encendí que casi me descompuse. ¡Oh, lo que hacen las malas ideas! Unos y otros lo maltrataron dándole puñadas, empujones y coces, haciendo mil ignominiosas afrentas con que se vengaban de su crimen, pues el furor irritó la paciencia, encendiéndoles de tal manera en una ira infernal, que el aprecio que le tenían trocó en aborrecimiento. “Desdichado el día que nací, en triste sino me parió mi madre”, se lamentaba él, y de acomodar maderos y tablas pasó a estar colgado del palo mayor, con un palmo de lengua fuera de la boca.

Después volvimos al norte, y la primera tierra habitada que encontramos fue una isla con mucha gente a la orilla del mar, que nos miraban asombrados. Eran éstos semejantes a los otros, y no tenían los hombres barba ninguna, ni vestían ningún traje ellos y ellas, como salieran del vientre de sus madres como se ha dicho aquí. Era su color pardo o leonado, y cuando logramos que tomaran confianza supimos que eran los caníbales, que vivían de carne humana. No se comían entre ellos, sino que navegaban en las embarcaciones que llamaban canoas y apresaban a los de otras comarcas, de distintos pueblos que el suyo y enemigos; no comían ninguna mujer, salvo las que tenían por extrañas, y pudimos comprobarlo; pues nos sucedió muchas veces hallar los huesos y las cabezas, y eran hombres que se habían comido. Ellos no lo negaban, y ver con la cara de risa que lo daban a entender, era para dar mil gracias a Dios; pues para ellos comerse a los otros no era arte mecánica, sino liberal, y además lo afirmaban así sus enemigos que estaban atemorizados. Eran gentes de buena disposición, de buena estatura, y llevaban armas de saeta y rodela, con mucho ánimo y buen esfuerzo, no como los de otros lugares. Eran grandísimos flecheros, y nos llevaron a su población que estaba tierra adentro. Nos dieron de almorzar, y como era poco, pasélo presto con las buenas ganas; y en el pan me detuve algo más, pues comencélo por las cortezas y acabélo por el migajón que estaba hecho engrudo. Daban cualquier cosa que se les pedía y quizá mejor por miedo que por buena voluntad; y después de haber estado un día con ellos y quedado amigos, volvimos a los navíos. Navegando a lo largo de la costa en esta isla vimos otra gran y población, a orillas del mar; nos estaban esperando todos y nos dieron de almorzar muy bien, quedando cada cual como hijo de viuda y nieto único de abuelo, que con esto está dicho que nos trataron bien. Los pies me llevaban, yo los



iba siguiendo. Diéronnos algunas perlas pequeñas y once grandes, y por señas nos dieron a entender que si aguardábamos unos días irían por más; mas no queriendo abusar de ellos nos hicimos a la vela. Llegamos a un golfo que llamaron de Paria donde había un grandísimo río y también allí encontramos unas gentes que nos dieron a beber tres clases de vino, no hecho con uvas, sino con frutas como la cerveza, y estaba muy bueno. Nos ofrecieron mirabolanos frescos, que era muy buena fruta, y otras muy diferentes de las nuestras, todas de sabor y olor aromático; y con este alivio de las tripas quedé muy confortado, pues picando primero en la más madura me comí después la verde, sin dejar memoria de lo que allí estuvo. Rechazamos unos papagayos de lindos colores, y nos despedimos de ellos, que tanto se tardaron en estos conciertos y debates que se vino la noche. De ellos supimos cómo los otros se llamaban caníbales, y que comían la carne humana; a lo largo de la costa vimos más gentes y todos nos recibían, y todos iban desnudos sin tener ninguna vergüenza, y era tan de notar la poca que tenían que sería meterse en deshonestidades. Quiso Dios que llegáramos a un puerto donde nos recibieron los nativos con mucha amistad, y hallamos que tenían gran cantidad de perlas orientales y muy buenas, de las cuales rescatamos muchas y por muy poco, pues no dimos sino lo de siempre, y diez balas y hojas de latón. Nos dijeron cómo las pescaban y dónde, dándonos muchas ostras en las cuales nacen, y en una había más de cien perlas que guardó nuestro capitán para la reina; que en poco tiempo con aquello me hallé caudaloso. Si las perlas no estaban maduras no se desprendían por sí mismas, ni duraban, y se dañaban pronto; cuando estaban maduras quedaban desprendidas dentro de la ostra, puestas sobre la carne, y eran las buenas. Eran las malas toscas y mal horadadas, pero aún así nos produjeron buen dinero al volver; aquí pasa de largo y no te detengas, que perdiendo tiempo no se gana dinero.

Después de haber navegado cuatrocientas leguas por la costa, llegamos a la conclusión de que era ésta tierra firme y los confines del Asia por la parte de oriente, y el principio de la parte de occidente. Llevábamos con nosotros un hombre que, por una enfermedad, se había quedado ciego y loco. De ordinario andaba descalzo y descubierto, pues eran sus zapatos chancletas muy viejas, y el sombrero de lo mismo. En oyendo a cualquiera se apercibía a cojear, variando visajes, torciendo la boca, volteando los párpados de los ojos hacia arriba, y haciéndose mudo. Fue a resultas de una grave dolencia de que claramente pareció que se moría, mas no lo hizo, y ahora no hacía en su vida otra cosa que santiguarse con toda la mano. De manera que iba de un lado a otro hecho un gentil galeote, en calzas y en camisa, y eso muy sucio, roto y viejo. Mas cantaba muy bien, y prestaba yo oído cuando entonaba cosas como ésta:

*No creas que eres libre y salvo para siempre,  
que aunque otros no lo sepan, yo sabré conocerte.*

Llevaba una caña en la mano, y servíale para orientarse y dar asiento a los pies. Yo por oírlo y entretener la comida llevábale un taburete, y en sentándose cantaba. Mas ya larga disgresión he hecho, y enojosa, y debo continuar con el viaje que hicimos. Porque muchas veces nos sucedió ver animales como ciervos y leones, y otros como puercos salvajes y cabras; y había conejos y otros animales pequeños que no se hallan en las islas, sino en tierra firme. Caminando un día tierra adentro vimos una serpiente que tendría de largo ocho brazas, y era tan gruesa como un hombre por la cintura; creció nuestro temor de manera que se nos amancebaban las almas, y tuvimos tan gran pavor al verla que volvimos al mar. Hallamos otras gentes de lenguas muy distintas, y algunos no querían nuestra amistad, sino que nos aguardaban con sus armas que eran como ya he dicho el arco y las flechas. Cuando íbamos con los botes nos impedían saltar a tierra, de modo que nos veíamos obligados a luchar con ellos y en nosotros hacían anatomía, poniéndoseles en la imaginación la crueldad más atroz que se puede pensar. Pero solían quedar mal librados, porque al estar desnudos hacíamos también en ellos gran matanza. Sucediéronos a veces luchar quince de nosotros contra mil de ellos, y desbaratarlos y matar a muchos robando sus casas, y escapábanse pocas de donde no saliese alguna prenda.

Un día nos armamos veintiséis, y cubrimos los botes para evitar las flechas que nos tiraban, pues herían siempre a alguno de nosotros antes de que pudiésemos saltar a tierra. Combatimos con ellos y pasamos grandes trabajos, mas lo hicimos punto de honra, que habiendo tomado resolución de entrar, era pusilanimidad volverse. Con esto determinamos pasar adelante, y fue tanta la multitud que cayó sobre nosotros y tan grande el número de flechas, que no pudimos resistir, pues no sabían qué arma era la espada ni cómo cortaba. Abandonando casi las esperanzas de vivir volvimos las espaldas para saltar a los botes, saliendo con un dolor tan grande que no lo puedo encarecer, pues sólo tenía yo sanos los brazos y la lengua. Llevaba nuestro timonel una honda tan grande y pesada que era desproporción, y con ella descalabraba algunos indios; y un marinero nuestro que era portugués, de casi sesenta años, viendo desde el batel el peligro que teníamos, saltó a tierra y dijo que volviéramos. Así, para ir me faltaba recaudo, y también para volverme, pues andábanme a las espuelas para alcanzarme. Volvimos, y dimos tal acometida contra los indios, heridos como estábamos, que comenzaron a huir. Mucho esfuerzo pone el miedo, y yo me trasponía con el pensamiento; mas diéronme con tales ganas, que en quince días no pude estar sentado. Y marchaba entre mí diciendo: “¿Quién me hizo tan curioso, sacando el río de su madre? ¿Cuándo podré reportarme? ¿Cuándo escarmentaré?” Con todo esto matamos más de cien de ellos y quemamos sus casas, y como estábamos cansados y malheridos volvimos a los navíos; nos refugiamos en un puerto, estando sin movernos veinte días

para que el físico nos curase. Nos salvamos todos menos uno, al que hirieron en la tetilla izquierda; y estando buenos nos hicimos de nuevo a la mar, hallando una isla que parecía solitaria, y yendo a la playa a buscar agua fresca. En un principio creímos que no hubiera nadie, pero andando a lo largo de la playa vimos huellas en la arena muy grandes; y juzgamos que si el resto del cuerpo correspondía a la medida, debían ser gigantes.

Seguimos un camino que iba adentro, y después de haber caminado más de una legua nos adentramos en una población de cinco cabañas, y pareciónos deshabitadas. No había más que cinco mujeres que eran tres muchachas y dos viejas, de tan descompasada estatura que todas nos llevaban cosa de pecho y medio, y no éramos bajos a mi parecer. En viéndonos mostraron gran miedo, que no alcanzaban a huir; mas la mayor de ellas que parecía sensata, llevónos por señas a una casa y diónos algo para refrescar. Convinimos en raptar dos de ellas de unos quince años, y las tomamos por la fuerza para llevarlas a Castilla, como cosa maravillosa, para hacer regalo a los reyes, pues excedían en mucho la estatura corriente de los hombres comunes. Mientras estábamos en esto llegaron cosa de cuarenta hombres mucho más grandes que aquellas mujeres, y tan bien hechos que no podía ser mejor. Entraron en la casa donde estábamos bebiendo, y traían arcos grandísimos, flechas y porras, hablando con gran algarabía, como muy enfadados. Era de tal estatura, que cada uno arrodillado era más alto que yo de pie, y parecían gigantes; llevaban palos grandísimos en forma de espadas, y como nos vieran tan pequeños comenzaron a hablar con nosotros, preguntando quiénes éramos y de dónde veníamos. Les dijimos que éramos gente de paz y andábamos conociendo el mundo, y pudimos separarnos sin daño de ellos; acordamos volver a las naves por donde habíamos venido, y ellos nos seguían a un tiro de piedra sin acercarse, acompañándonos al mar. Subimos a los navíos, y cuando embarcamos nos tiraron muchas saetas; nosotros disparamos dos tiros de bombardas, más para asustarlos que para hacerles mal, que al estampido huyeron al monte y así nos separamos de ellos. Llamamos a aquella isla de Gigantes y seguimos bordeando tierra, ya con deseos de volver a Sevilla; pues llevábamos en la mar cerca de un año con poco alimento, dañado por el calor, y la necesidad suele acobardar los ánimos y desmayar el cuerpo. Eran todos los árboles de esta parte de los llamados de Brasil, tan buenos como los de oriente.

Pasamos más tarde a una tierra en un puerto, donde había una cierta población que habían edificado sobre el agua, parecida a la ciudad de Venecia, sus casas construidas sobre el mar con mucho arte. Eran más de cuarenta casas grandes, asentadas en muy gruesos troncos, teniendo sus puertas de entrada como puentes levadizos. De una casa podían pasar a todas, pues los puentes se tendían de una en

otra, y cuando nos vieron se alzaron los puentes todos, como si nos tuvieran miedo. Mientras admirábamos tal maravilla divisamos por el mar muchas canoas, a modo de navíos fabricados de un solo árbol, que rodearon nuestros bateles. Asustándose de nuestros vestidos y figura huyeron luego, yéndose a tierra. Se escondieron detrás de un monte y no tardaron mucho, y cuando volvieron traían con ellos a más de quince de sus hijas; entrando en las canoas con ellas vinieron a nuestros bateles, dejando en cada uno cuatro, lo que juzgamos signo de amistad. Andando en esto vimos venir mucha gente nadando por el mar; venían de las casas como sin malicia ninguna, y se asomaban a las puertas algunas mujeres viejas, dando grandísimos gritos y mesándose los cabellos en señal de tristeza. Aquello nos hizo sospechar y tomamos las armas; los de las canoas se alejaron comenzando a tirar flechas con sus arcos, y los que venían nadando traían cada uno una lanza bajo el agua, lo más escondida que podían. Conocida la traición, no sólo nos defendimos, sino que atacamos con vigor; y estirando el cuello comencé a hinchar el pecho y a atiesar las piernas, pues con el rastro del enojo no podía tener sosiego. Hicimos zozobrar con los bateles muchas de sus almadías, haciendo un estrago tal que todos huyeron a nado, muriendo bastantes; otros quedaron malheridos, y de los nuestros ninguno murió. Tomamos dos de las muchachas y dos hombres, yendo a sus casas y entrando en ellas, y en todas no hallamos más que dos viejas y un enfermo. Cogimos muchas cosas, pues veíamos que Dios las crió todas y nosotros queríamos algunas; eran de poco valor, aunque estaban las casas llenas de finísimo algodón, y eran las vigas de brasil. No quisimos incendiarlas, pues nos parecía cargo de conciencia. Pusimos a cada uno de los presos que llevábamos un trozo de hierro en los pies, salvo a las mozas; y llegando la noche se huyeron éstas y uno de los hombres, de la manera más sutil que imaginarse pueda, pues no los oí; aunque me ejecutaba el sueño, el cuidado me desvelaba y dormí a media rienda. Pensé aquella noche en el grumete y en que hacía días que no lo veía, y creí que lo hubieran matado los indios en alguna isla o costa, con lo que lo encomendé a Dios, doliéndome de su juventud. Pasaba yo no pocos desvelos lucubrando en mi amigo el médico, que era la misma caridad, pues habiendo enfermado el tal grumete y visitándolo, al momento le cedió su lecho, con lo que él mismo cayó mortal. Tenía trazadas muchas cosas, ninguna salió cierta; antes al revés y de todo punto contraria, pues fueron todo castillos de arena, fantásticas quimeras. Todo fue vano, todo mentira, todo ilusión, todo falso y engaño de la imaginación, todo cisco y carbón, como tesoro de duende; y cuanto dinero prestó por hacer amistad, perdió el amigo, y la deuda se quedó sin cobrar. Con estas ideas me entretuve hasta que llegó el alba, y llegué a ésta tal, que de mí a un difunto había poca diferencia; pues fue la cena ligera, y bien se creerá sin juramento que no me levanté a la mañana empachado de vientre, que cené pan sin otra cosa, ni hubo quien me la

diese. Estaba todavía soñoliento, y cuando vi que amanecía, los clérigos iban rezando sus horas y yo considerando los infortunios de aquel desdichado. Dí en pensar en su matador, y en que era hombre endeble; pues tenía las piernas como hilos, el cuerpo como espárrago y la voz como tiple de capilla. En éstas oí al ciego que decía:

*No te vieron mis ojos, pero te olió mi olfato,  
que tu boca apestaba a vino podre y ajos.*

Chocóme la cancioncilla, pues nunca en Sevilla había oído yo la letra. Con esto seguíamos adelante y salimos del puerto, navegando lo largo de la costa, hasta que vimos otras gentes muy diferentes en su lengua y costumbres. Había en una playa más de cuatro mil almas, y huyeron por los bosques sin esperarnos, desamparando sus casas. Saltamos a tierra y fuimos por un camino hacia el bosque, hallando su cabañas donde hicieran grandes hogueras; asaban y cocinaban muchos animales y peces, guisando un animal que parecía serpiente. En todas partes donde saltábamos hallábamos gran cantidad de algodón y los campos llenos de plantas de él, pudiendo allí cargar cuantas carabelas había en el mundo. Y era aquel animal que digo de un aspecto tan feo y horroroso que nos maravillaba su deformidad, y tenía alas. Caminando por las casas y cabañas hallamos muchas de estas serpientes vivas, amarradas por los pies y con una cuerda alrededor del hocico, que no podían abrir la boca, como se hace con los perros alanos para que no pueden morder. Tenían un aspecto tan fiero que ninguno de nosotros se atrevía a tocarlas, pensando que fueran venenosas; eran del tamaño de un cabrito, con braza y medio de largas, y tenían los pies largos y gruesos, armados de fuertes uñas. Era su piel dura, de diversos colores, con hocico y cara de serpiente; de la nariz les salía una cresta en forma de sierra que les pasaba por cima del lomo hasta la cola, y estaban los compañeros y gente de nao con mucho asombro viéndolas. A estos animales se los comían, mas propuse yo de morir antes de hincarles el diente. Probaron aquellos hombres cómo cortaban las espadas, con lo que se conformaron, y entramos. Vimos que hacían pan con pequeños peces que sacaban del mar, dándoles un hervor y amasándolos; haciendo una pasta o pan lo tostaban y así se lo comían, que lo probamos y estaba muy bueno. Había otras muchas clases de manjares, frutos y raíces, que no hubieran tenido que envidiar a los pepinos de Valencia, tallos de la islas, orejones de Aragón o berenjenas de Toledo.

Acordamos a aquéllos no tomarles nada, a fin de darles confianza; además les dejamos en las cabañas muchas cosas, en lugares visibles para que las hallaran, y nos volvimos a las naves. Al día siguiente nos fueron a buscar a la isla, y todavía andaban temerosos; nos dijeron que no eran esas sus habitaciones, sino que habían venido a pescar; y rogaron que fuéramos a sus poblados, pues querían recibirnos como amigos, ya que llevábamos presos dos hombres de sus enemigos mayores. Siempre andaban

aquellas mujeres en cueros, y esta vez lo estaban, sin tener sobre los heredados de Eva camisa ni otra cobija. Vista su mucha insistencia hicimos consejo y acordamos ir con ellos, pues no quisimos pecar en desagradecidos por no granjear nombre de ingratos. Fuimos veintiocho de nosotros bien prevenidos y con el propósito de morir, si fuera necesario, que íbamos con más miedo que vergüenza, santiguándonos de la sutileza de la empresa. Fuimos tierra adentro, y a tres leguas de la playa dimos con una población que nos recibió con muchas zalemas, y con tan bárbaras ceremonias que no pueden describirse; había danzas, cantos y lamentos mezclados con regocijo, y era tanto el tumulto de la gente que acudía que nos olvidábamos del mal, y creímos que estábamos en camino real. Nos quedamos allí por la noche, donde hubo toda clase de viandas; y quedéme más atónito que estaba cuando nos ofrecieron sus mujeres, que no nos podíamos defender de ellas. Cada uno campa con su oficio y vive con su ingenio, y yo por aliviarme hallé una de razonable cara, pocos años y menos galas. Quedéme a su lado, tan atolondrado como ella, y estaba tan fuera de mí que no reconocía en la parte que estaba. Quedé tan ufano y reconocido, hallándome ya tan despachado y tan a la medida de mí, que en campos de zafir pisaba tapetes de luceros. Después de haber pasado la noche allí y la mitad del día siguiente, nos rogaron los más viejos que nos adentráramos más en la tierra, y así lo hicimos, tomándonos a cuestras y protegiéndonos con hojas, por que camináramos con más descanso y no nos dañara el sol ni el viento.

Vimos muchas poblaciones, tanto que empleamos en el viaje nueve días, de tal forma que los que quedaron en las naves estaban con recelo de nosotros. Era a la vuelta una gran cantidad de gente la que venía, hombres y mujeres, y llegamos a las canoas al tiempo que el sol se escondía de su horizonte. Si alguno de los nuestros se cansaba en el camino lo llevaban en sus redes muy descansadamente; y al cruzar los ríos, que eran muchos y muy grandes, los pasamos sobre ellos con tal seguridad que no temíamos peligro ninguno, y así llegamos a los navíos. Muchos venían cargados con las cosas que nos habían dado y las llevaban en las redes de dormir; eran arcos, flechas y papagayos de todos los colores, y se tenían por bienaventurados aquéllos que, teniendo que pasar un río, nos habían podido llevar a cuestras. Cuando llegamos al mar y a nuestros bateles, era tal el deseo que llevaban de subir en ellos, que aquello parecía una lucha; me cargaban de dádivas y me henchían de vino, con lo cual me hallaba más hueco que un regidor de aldea. Metimos cuanto pudimos en los bateles y fuimos a las naves, pero vinieron tantos a nado que nos volvíamos locos al ver tanta gente; que eran más de mil almas, todos desnudos y desarmados. Y siendo embajador sin título y grande sin señorío, pensando que por ser ya parte de la noche y estar tan bien cenado y mejor bebido, imaginé que no me estaría mal el ir acompañado en tan arduo camino. No sigo, pues resucitaron en mí las cenizas del amor pasado y las tenía a ellas a

manojillos para escoger, como los boquerones. Se maravillaban ellos de nuestros aparejos e instrumentos, los del barco digo; sucedieron cosas de risa, y fue así que al disparar varias piezas de artillería, cuando sonó el estampido se llevaron tal susto, que la mayor parte de ellos se arrojaron el agua de miedo. Pareció que quien había visto aquello ni le faltaba más que ver, ni había más que desear. Mas fue el caso que la moza que yo llevaba sospechó que fuera yo duende; soltóse de mí, dio un gran grito y saltó con los otros, con lo que quedé viudo antes que velado. Hízolo como las ranas, que viendo algo se arrojan abajo desde la orilla del pantano; y los que quedaron en las naves estaban tan asustados que nos arrepentimos de lo hecho. Después ya pudimos conseguir que se fueran a tierra, con muchos trabajos, y quedamos tan amigos que parecíamos todos nacidos de una misma madre.

Pocos animales vimos como los nuestros en todas estas jornadas, salvo los leones y panteras, ciervos y gamos, y aún en todos éstos había sus diferencias. Pues no tenían por allá caballos ni mulas, ni perros, ni, con perdón, asnos, ni clase alguna de ganado vacuno ni ovino; pero eran tantos los animales salvajes que no se podían contar. Cuando nos preguntaban las gentes de dónde veníamos les decíamos que del cielo, que andábamos viendo el mundo, y lo creían, siendo tanto su agrado que hechizaban a cuantos los trataban. En estas y otras niñerías estuvimos un tiempo, navegando otras trescientas leguas por la costa, encontrando gentes bravías; infinidad de veces los combatimos y los apresamos, y con todo no se entendían entre ellos, pues tenían más de siete lenguas. Se había dicho que no había en el mundo más de ochenta lenguas y no debía ser cierto, pues hallamos por estas tierras más de cuarenta. Pusimos pila bautismal y mucha gente se bautizó, llamándonos en su lengua carabi, que quiere decir varones muy sabios; y mandaban a sus esclavos que se nos acudiese y regalase con todo lo que nosotros pidiésemos, con lo que hacíamos buena provisión, así de comida como de bebida. En éstas, como emplasto de resfriado se me pegaba el ciego que he dicho, y un día volvió la cara al lado del mediodía, y díjome: “Libraos del diente de ajo”, con lo que túvelo por más trastornado que antes lo tuviera. Mas hallándome al cabo de unos días algo convaleciente, caí malo; por cuya razón sentéme lo mejor que pude, por no atreverme a levantar, y empecé a desmoler lo que había comido, y a sudar lo que había colado. El ciego me hizo mil honras y mandó que me fuera a descansar, me dí tan buena diligencia en seguir aquella derrota, que pensé estarme tumbado lo más del día y de la noche. Iba el ciego a mi lado con su cantinela, y callóse de súbito, con lo que me dejó muy a mi gusto, viendo que la locura obliga a lo que el hombre no piensa. Luego le hablé, pero se hacía el sordo, callaba y sonreía; y no me pude menear de la parte que estaba asentado por hallarme tan tullido de manos y pies que no era señor de mí. Admiróme verlo en tal estado, y más cuando al amanecer seguía en la misma postura.

Llamé por señas a un compañero y él, haciéndose cruces, me dijo que le habían dado al parecer un golpe en la cabeza, con tal tino y maña que le rompieron la base de la calavera. Quedéme de hielo, y obligóme el dolor y la carga a volver a este mundo; con lo que pude cerrarle los ojos y embestí contra todos, valiéndome de las pocas fuerzas que tenía. Determiné de vengarlo con los mismos filos, mas no sabía contra quién, pues estando el desdichado frente a donde yo estaba, nadie se había aproximado. Lamentaron todos el cuento y acción, y acudieron los mirones; y ya que no había otro remedio, fue a parar al paraíso de los peces. Volví al lecho, según me sentía de molido y cansado, rezando todas las oraciones que sabía, empezando en el credo y artículos de la fe, y esto me alivió alguna parte de mi tristeza. Pues después de los varios sucesos que tuvimos en la mar, unos prósperos y adversos otros, poníame cargo de conciencia la cantidad de muertes misteriosas que allí estaban sucediendo, que metían en mi casi cadáver cuerpo un miedo tan intrínseco y helado. “No tengo de morir en la mar, ni quiera Dios que me falte sepultura en su sagrada Iglesia”, me decía, y con todas estas cosas. curé, y lo pude atribuir a milagro, decidiendo ser un buen cristiano de aquí adelante.

Habíamos navegado por estas tierras setecientas leguas o más, sin contar las infinitas islas que vimos, y estaban los navíos muy gastados, haciendo tanta agua que apenas podíamos achicarlos con dos bombas; estaban los aparejos muy maltrechos y no eran las velas más de culpar que la madera de los árboles; y había que darse toda la culpa a los que pudiendo vivir en tierra nos íbamos a la mar a experimentar estos trabajos. Estaban los hombres no menos trabajados y con fatiga, y nos faltaban las provisiones; que iban algunos muy dolientes y parecían difuntos, y cada uno se encomendaba a Dios y lloraba sus culpas, no teniendo cosa del mundo ya que comer; estando doce leguas dentro de la mar y no pudiendo tornar a la costa, por el tiempo contrario que hacía. En cuanto pudimos acordamos reparar las naves, calafatearlas y embrearlas de nuevo y volver a España; pues ya que en la tormenta vivimos, como dijo alguien, deseábamos morir en puerto. No hallamos camino ni playa por do pudiésemos ir adelante por los estorbos de la costa, en parte brava. Dio una nave en ciertos roquedos, y de la carga que quedaba que no se llevó la mar, la mayor parte quedó podrida de haberse bañado tantos días; pues muchas veces nos vimos sorbidos por las olas y casi anegados. Hicimos en tierra un bastión con nuestros bateles, con toneles y cubas, y nuestra artillería lo dominaba todo. La gente de tierra nos prestó gran ayuda proveyéndonos de alimentos, que apenas probamos los nuestros; y nos vino bien, pues eran pocos y mal dispuestos los que teníamos para la vuelta. Allí estuvimos más de un mes, yendo muchas veces a sus poblados; y se nos quejaban algunos, que en ciertas épocas del año venía por la mar una gente muy cruel que eran sus enemigos, y los mataban con traiciones y violencia. Muchos de ellos se los comían y a otros los llevaban



presos, y nos dijeron por señas que venían de las islas; y con tanta emoción lo decían que los creímos, y prometimos vengarlos. Hacíamos en esto procesiones, y con mucha devoción y lágrimas íbamos todos en torno a la playa, cantando la letanía con hartas diferencias de voces y tonos muy enronquecidos y flacos. Muchos se ofrecieron a venir con nosotros, pero no quisimos por muchas razones y sólo llevamos a siete; y lo hicimos con condición de que se vinieran después en canoa, porque no queríamos ya volver a su tierra. Arregladas las naves, de aquí adelante los hechos vinieron unos tras otros seguidos, como cangilones de noria. Había yo saltado a tierra con algunos de las otras naos, y habiéndome descuidado en demasía salieron los barcos, quedando uno solo que aguardaba a los rezagados. Enviaron la barca con un marinero a recogerlos, y así me invitaron a quedar con ellos ofreciéndome su comida y posada, y lo más apreciable, los intereses de su protección. Con esto traté de acomodarme como mejor pude hasta de nuevo recobrar mi puesto, mi red y mi matoletaje. En ello estaba cuando distingo a un mozo harto sucio y desaliñado hecho un puro harapo, con la cabeza tan liada en trapos como la pata de un romano. Maliciaréis acaso que esta inventiva es un solapado arbitrio para poner en público mis vanidades, mas es lo cierto que sospechando algún engaño fui a él y mirélo atentamente, siendo así que llevaba asomando el ojo izquierdo, que apenas el envuelto dejaba descubrir una parcela de su cara. Por el solo ojo que vislumbré, que era de un azulado tirando a tormentoso, escaméme al punto; y más que pude ver una sortija de plata que el tal llevaba puesta, que juréme había visto en algún lugar antes. Andaba mal hallado y rabioso con esta inútil abstracción, cuando pasando por mí estas y otras ideas vine a recordar que ésta la llevaba el grumete que desapareciera de la nao; sin nunca poderla rescatar de su dedo anular, pues habiéndola puesto allí su madre cuando niño, engordóle el dedo y con él la dificultad de sacarla, y vamos al cabo de lo que después sucedió.

A los que leen dicen que les puede servir el escarmiento o la imitación, la noticia de las virtudes o las atrocidades de los que con ellas fueron famosos en la vida. Quedé con esto pasmado, y él que lo notó quiso escabullirse, mas ya mis dos manos habían caído sobre aquel saco de andrajos; y disimulando ante los otros lo hice sentar primero junto a mí, y luego vomitar más verdades que si hubiera dado en una cuba de vino. Aquí fue mi asombro y confusión, pues viéndose forzado a declarar, y sin ver remedio a la situación en que se hallaba, díjome que andaba huido de la nao. Preguntéle cuál era la causa de haber desertado, sin estar en guerra, y como la conversación se alargaba en demasía y algunos nos mirasen, visto que no llevaba yo más intención ni peor que salir de aquella duda en que estaba, acomodóse conmigo junto al bulto de unas maromas, y comenzó el tal a hacerme relación de sus desdichas; con lo que quedé con la boca de a palmo y medio, alelado. Pues habló de aquel marinero a quien yo hallara una noche

colgado como ristra de pimientos, y díjome que era su tío. Que habiendo holgado en tierra con una casada lo supo el cornudo, y como peligrara su vida, al punto hubo de contratarse en aquel viaje como marinero, llevando al sobrino con él y saliendo, si no por piernas, por velas. Quiso el demonio, que todo lo enreda, que el marido de aquella picaruela se hubiera enrolado a su vez en el navío, yendo al timón, con lo que al verse dentro de la mar quedaron ambos desbaratados, y el tal marinero asustado, triste y temeroso, y finalmente lleno de sustos. Demudóse el otro al verlo, y por más que quiso protegerse el galanteador, no pasó mucho tiempo sin que el ofendido lo acabara con sus propias manos, cosa que sin gran trabajo hizo por la gran fuerza que tenía, mas no sin que hubiera testigo de lo hecho: pues dormitaba este grumete no lejos del desencuadrado, y vio cómo lo jalaba luego en una cuerda, y fuése, dejando al muchacho sin resuello y sin rebullir, y al otro sin vida ninguna. No había pasado media hora, cuando encaminándome yo al lado de la sentina topé con él, y todo lo demás. Oyendo estas atrocidades no levanté la figura, y aunque poseído del horror me quedé escuchando lo que venía. Fue que no quiso el mozo echar en saco roto lo que sabía, y por diversos medios dio a entender al timonel que estaba en el meollo de todos sus malos hechos y de sus perversas intenciones; con lo cual solicitábale de cuando en cuando algunas monedillas, según dijo para poderse remediar a la vuelta, si de otra forma en las Indias no conseguía buena fortuna. Afeándole yo que hubiera consentido en ello, me dijo: “Reconozco mi poca virtud, mas si yo no hice bien, hice al menos lo que muchas veces he visto hacer o los más devotos, contenidos y remilgados de conciencia”. Con esto anduvo un tiempo extorsionando al matador; hízolo así, hasta que cierto día se sintió enfermo de cuidado, y habiéndolo reconocido y visto aquel médico que con nosotros llevábamos, después de socorrerlo a bulto con uno de los remedios que llevaba, viólo tan febricitario que le cedió su lugar, por no consentir que pasara la noche sobre duro y como solía, junto la tierra del fogón. Aquella noche, después de haberse desnudado y hecho los menesteres indispensables con el recato, decencia y silencio que en él se podían suponer, acomodóse al parecer el médico junto a la cocina, y allí se cubrió con un lienzo que el mancebo tenía, para defenderse de la gran humedad de la noche. Por su mala estrella, habiendo el homiciano palpado el bulto y sin encomendarse más que a Satanás, de un tajo le separó el alma del cuerpo y el tronco de la cabeza, enviando su espíritu al cielo. Esto lo supo el mozo por mí, que iba a la sazón vecino suyo; y viendo el peligro de que se había librado por aquella vez, imaginando lo sucedido juróse a sí mismo salir de aquella trampa o atolladero. Creyendo le llegaba la hora de su muerte, cuando todo fue alarma y confusión en la nao, yendo convaleciente lanzóse al agua con todo, y a nado pudo alcanzar el barco más cercano donde lo recogieron. Pues antes quería dar en una tribu de salvajes y maridar con india,

o hacer vivienda entre los tiburones, que ponerse cada noche y en cada momento a merced de aquel asesino. A más, que con los pesos de oro que le había exprimido antes, según confesó ahora, pudo cerrar la boca de algunos que en el barco iban, logrando que le dieran cobijo y respondieran por él. Así callóse, y mientras yo consideraba cómo en el interín ejecutamos a aquel pobre diablo, y sentíame en parte culpable. Yo soy un mal hombre, pero mis diabluras, o por comunes o por frecuentes, ni me han hecho abominable ni exquisitamente reprehensible; y desenojaba a mis enfados huyendo del marasmo en que continuamente me hundía mi meditación. Atando cabos iba yo dando con otros extremos de estos lamentables sucesos, visto que encajaban unos hechos con otros, como más nunca pudieran encajar; y lucubrando en la siguiente muerte que hubo en el barco, que fue la del ciego, ahora por mi ventura o desventura veíalo yo todo tan claro como el agua de la fuente. Solía descansar aquel ciego no lejos del fogón, y ahora supe la causa y el modo de su muerte: que no habiendo podido ver al matador por la tara que en la vista tenía, eran sus otros sentidos tan despiertos y despabilados como los que más. Como la peste a ajos de aquel maldito timonel trascendía de lejos, pudo olerlo la noche de marras, antes que ocultara el arma de su crimen en el cuerpo del primer cristiano que se le puso a tiro en la tranquilidad de la noche; y fue éste el infeliz del carpintero, que con esto vio el cielo abierto para subir a él. Todo casaba, como digo, pues siendo los cantares de aquel loco alusivos en gran manera a lo sucedido, y sin recatarse del peligro que su vida corría, había dado en propalar lo que sabía a los cuatro vientos y algunos más; con lo que sólo la estulticia de muchos impidió la correcta interpretación de sus cantares. Con esto, aguardaba el timonel coyuntura propicia para ponerle una mordaza; y usando de la gran habilidad que con la honda tenía, y que muchas veces pudimos comprobar en sus escaramuzas con los indios, sin necesidad de aproximarse le cortó los trinos de una soberbia pedrada que le dio, dejándolo difunto y muerto. Sino que ni el grumete ni yo teníamos pruebas de lo dicho, ni de lo anterior, y pues se había buscado ya a un culpable y colgado al supuesto matador, era cosa juzgada, y ahondar en ella podría acarrear una pesada dificultad. Así yo me decía a solas: “Mira hombre, yo te digo la verdad: no te aporrees ni te mates por lo que no te importa, sosiégate, y reconoce que das con un bergante que desde ahora se empieza a reír de los empachos que le pones y de las tachas que le quitas”. Así nos acordamos ambos de no pronunciar palabra de los hechos acaecidos, después de platicar sobre estas cosas larga y cuerdamente. Antes prefería el mancebo morir ahogado que volver a la nao donde estaba, medroso y asustado del posible paradero en una mala ventura, y resentido de perder su alegre y saludable vida. Con lo que me rogó por mis muertos que a nadie diera cuenta de dónde estaba, y así lo aseguré, y con esto dióme muchas gracias, muchas honras y muchas promesas. Hicimos siete días por

mar, y al cabo de ellos nos encontramos en las islas, que eran muchas, unas pobladas y otras desiertas. Eran aquí los hombres belicosos y estaban armados, y con unas tablas cuadradas que se colocaban de tal modo que no les impedían tirar al arco. Llevaban el cuerpo pintado de diversos colores, y plumas, y nos dijeron los que iban con nosotros que cuando iban pintados y emplumados daban señal de querer combatir, pues con toda esta preparación guerreaban. Con estos discursos, vimos que saltaban al agua a tirarnos saetas y a impedir que bajáramos a tierra; y nos vimos forzados a hacer fuego con nuestra artillería, lo que era harto menos peligro y mucho más provecho. Cuando oyeron los estampidos y vieron caer muertos a algunos de los suyos, se recogieron todos a tierra ensuciando de miedo; y allí supimos que las inmundicias de dichos acaecimientos huelen más y peor que las naturalmente ordinarias. Acordamos seguirlos cuarenta de nosotros, dando terribles voces; y cuando llegamos a tierra con nuestras armas nos atacaron, y combatimos cerca de una hora; que en éstas iba yo y venía pensando entre mí en este intermedio de tiempo, y consideraba en qué había de parar y con qué me había de socorrer, viniéndome mil veces a la memoria las cosas de mi mocedad. Llevábamos poca ventaja, y con tal ímpetu combatimos que estuvimos a tiro de espada, y cuando probaron nuestras armas se pusieron en fuga por los montes y los bosques, imaginando acaso que fuéramos trasgos. Nos dejaron vencedores en el campo con muchos de los suyos muertos, y otros heridos; y al grumete con todos sus harapos y remiendos, hecho un espantajo de higuera. Ese día no intentamos seguirlos, pues estábamos muertos de fatiga; y aunque quise levantar, porque me pareció que bien pudiera, no pude, que nunca siempre la fortuna es próspera. A poco nos volvimos a las naves, con gran alegría de los siete que llevábamos con nosotros, que no cabían en sí, y en lugar de volver a la mía acógeme a lo seguro por quitarme achaques y pesadumbres; pues sólo Dios podía castigar a aquel culpable, y en sus divinas manos estaba la venganza, con lo que me desengañó la porfía de mis inquisiciones. Al día siguiente vimos a muchos llegar de nuevo, también pintados y emplumados, y fui fabricando con el pensamiento la traza con que mejor pudiera librarme de ellos; pues venían en son de guerra, y como sin duda el corazón se recelaba de algún gravísimo daño venidero, decidimos combatirlos. Fuimos a tierra cuatro escuadras, cada capitán con su gente; éramos cerca de setenta hombres, y sentíame con esto algo aliviado. Después de una larga batalla los pusimos a la fuga, y así comenzaron riendo y acabaron llorando; pues los perseguimos hasta una población, habiendo apresado casi trescientos de ellos y luego incendiando el poblado, sin que quedara piedra sobre piedra. Lo que sucedió lo verá el lector en el siguiente trozo, si no es que está cansado de las insipideces de esta lección.

Quedemos en que yo no sé nada; quedemos en que soy también un hombre de

tan depravada conciencia que no merece la ayuda del cielo, que soy impaciente y cobarde y dechado de todos los defectos. Mas yendo en tales cosas y fatigas que digo vi entre los nuestros al timonel, y andaba cavilando entre mí la forma de castigar a aquel verdugo, cuando comencé a rogar a Dios con votos y prometimientos que aplicara rectamente su justicia, ya que suele ser la humana tan flaca y desaliñada. Puedo decir que, con la veneración alzada y el espíritu turbado, pude ver allí cómo Dios toma parte por los inocentes y castiga a los malos, de forma que pone admiración y temor en los que son testigos de sus obras. Fue así, que volviendo a las naves bajó una mujer de un monte con un gran garrote en la mano, y cogiendo al timonel rezagado y desprevenido, y por detrás, le dio tal garrotazo en la cabeza que cuantos estaban presentes quedaron con esto que vieron espantados, pues lo tendió muerto en la tierra, que no era la penitencia para menos. En un instante llegaron otras mujeres y lo cogieron por los pies, arrastrándolo al monte, y en eso se regalaban a porfía. Estaban los otros viendo su maldad, su bellaquería y su mal trato, sin saber que peor era el ofendido; cuando vinieron los hombres con arcos y flechas y les infundieron tanto miedo que huyeron a los bateles, sin perder el tiempo en diligencias. Disparamos las bombardas y huyeron, que pudieran irse más camino de la sepultura que de la cama; pero ya estaban las mujeres en el monte despedazando al timonel, y asándolo a la vista de todos; que en lugar de persignarme, hice al verlo por cruces un ciento de garabatos. Lo asaron como digo en un gran fuego que habían hecho, y nos mostraban los pedazos, y se los comían. Hacían señas los hombres que matarían a otros cristianos y se los comerían, y luego se fueron, sin que más los viésemos ni supiésemos dellos muertos ni vivos, como si se los tragase la tierra. Tuvieron todos en las naos mucho espanto y pena, viendo con sus ojos la crueldad que aquéllas tenían para con el muerto; y como quisieran muchos saltar a tierra para vengarlo, nuestro capitán mayor no quiso consentirlo por el peligro que corrían, y se quedaron ufanas con tanta lujuria, tomando traza luciferina y justicia divina con aquellos perversos medios. Mas como cada uno juzga las cosas como quiere y se le antoja, he de decir que pensaba yo en lo sucedido como en castigo de Dios.

Queríamos con esto descansar y componer los navíos, y abastecernos de provisiones; pues de allí a Castilla había mil trescientas leguas de agua sin ninguna tierra, con lo que había de hacer conchas de galápago y lomos de paciencia. Volví a la nao primera y recuperé mis cosas, y era tanto el cansancio que tenía y la gran excitación de mi alma por aquella grave justicia que acababa de acontecer, que tomé el sueño en tal forma, ya bien acomodado como ahora estaba, que si no fuera por mi buen color y mejor catadura, me hubieran tenido por difunto. Así, en siete días estuvimos en la Española, y he de decir una cosa, que procuraban los más ser limpios en los vestidos

y se les daba poco tener manchadas las costumbres, que en muchas casas no había centella de vergüenza. Luego seguimos al norte, donde hallamos muchísima gente y más de mil islas, todas habitadas por gentes con muy poco valor, que hacíamos con ellos lo que queríamos. Corrimos muchas veces peligro de naufragar, y sentía yo tan caído el cuerpo que casi no me animaba, pues no puedo en sólo dos palabras encarecer lo que pasamos, debido a los bajíos que encontrábamos. Navegamos doscientas leguas al norte, y andábamos todos fatigados y reventando sin podernos resistir, tan cansados que queríamos reposar un poco; pues llevábamos en el mar cerca de un año, como he dicho, comiendo seis onzas de pan por día y bebiendo ahora tres medidas de agua, que algunos con sus propias orinas satisfacían alguna parte de su sed. Así que reclamamos al capitán, diciendo que queríamos volver a España y a nuestras casas y estábamos hartos de tentar fortuna; y partían algunos con los dientes las palabras, no acertando a pronunciarlas de coraje. Dijo el capitán de apresar esclavos y cargar con ellos los navíos, y así lo hicimos, pues parecíanos dislate y bobería hacer aquellos melindres; y nadie se adule, pues el mejor, cuando bueno, no es nadie. Fuimos a varias islas y tomamos por la fuerza más de doscientas almas, que eran como las aves del cortijo, que llega el águila y lleva la que le parece, y las cargamos hacia Castilla.

En sesenta y siete días atravesamos el golfo, yendo nuestro viaje con muy buen tiempo ahora, viento largo y la mar bonanza; y las naos con todas sus velas en popa, corriendo más de dos leguas por hora. Llegamos a las Azores que eran como dije del rey de Portugal, y estábamos tan desmayados que parecía queríamos expirar de hambre y sed; mas allí cambiaron los vientos, y por sernos contrarios hubimos de marchar a las Canarias, y de las Canarias a Madeira, llegando al puerto de Cádiz a quince días del mes de octubre, donde fuimos muy bien recibidos y vendimos nuestros esclavos. Habíamos empleado en este viaje trece meses, y corrimos tantos peligros o más que con el Almirante, y así como saltamos en tierra nos descalzamos, dando gracias a Dios, pues sobre todo yo tenía mis graves razones. Descubrimos muchísimas tierras, la mayor parte habitadas como he dicho, de lo que pensamos era Asia. Trajimos perlas y oro nativo en grano, y traje yo dos hermosas piedras; y a todo andábamos apegados, pues muy antigua cosa es amar todos la prosperidad, seguir la riqueza, buscar la hartura, procurar las ventajas y morir por la abundancia. Era una de estas piedras un gran trozo de cristal, que algunos joyeros dijeron era berilo; que según decían los indios, había gran cantidad de ello. Estábamos contentos, porque el dinero calienta la sangre y la vivifica, y así el que no lo tiene es cuerpo muerto que camina entre los vivos. Trajimos catorce perlas encarnadas que contentaron mucho a la reina, y mucha pedrería muy bella; que con ella cobramos ánimo y alegróse nuestra sangre, y las muestras del contento interior nos salieron al rostro. Mas no me aconteció a mí como

deseaba, que al malo no es justo sucederle cosas bien, pues nunca me contenté ni nada me aquietó; y como no lo trabajé, gastábalo en obras muertas y en mundanos vicios. Cuando tuve mis baúles bien cerrados y liados, y todo estuvo repartido, a cada cual su necesario, tiramos por nuestro lado cada uno yéndose por donde quiso, según se lo pedía el gusto y primero se le antojaba. Quedaron ten sólo doscientos esclavos, porque el resto había muerto en el camino, y después de pagar los gastos de navegación le quedaron al capitán quinientos ducados. Aunque llegué yo con quartanas tenía esperanzas de sanar, pues no tenía escalofríos; y así con buena presencia y gravedad, con buen talle, la cabeza alta, la barba tupida, larga hasta los cuellos, mi bolsa en la mano, me representaba un potentado. Halléme con un viejo amigo de Triana y referíle todo lo sucedido, de que se santiguaba, no cesando de hacerse de cruces y pareciéndole no ser posible la justicia rigurosa que había sucedido, Estaba el tal metido en un cenagal de vicios hasta los ojos, y allí me arrastró, pues todos vivimos en carne, y toda carne tiene flaqueza. Con estos cumplimientos anduvimos y preguntándonos por la salud y cosas de la tierra, y al mostrarle yo la piedra que llevaba holgóse mucho de verla, por ser tan hermosa, de tanto peso y hechura extraordinaria, por ser pura y lisa, sin imperfecciones ni lacras. Allí estuvo hablando conmigo un poco, y como me vi apretado de tiempo dormíme en su casa, aunque no muy sosegado. Sin haberme parecido menear ni un paso ni sentido el menor ruido del mundo, vi cuando me desperté que el tal se había marchado dejándome sin blanca, y se desapareció, que persona viviente no hubiera dado con su traza. Conocí que todo me estaba bien empleado y rendíme a la evidencia, y no pude menos; y por los huesos de mi padre que digo verdad, que en muchos días no acabaría de referir lo que allí sentí, sin acabar de creer que pudiera ser cierta tal desgracia. Levantéme a jurar, y por decirlo todo, todo lo partía entre los dientes y la lengua, sin que alguna cosa dijera concertada; pues ya lo maldecía por activa, ya lo volvía por pasiva, y volvía a cada paso a tratar en la misma cosa; pues si la pobreza me hizo atrevido, la riqueza me había puesto confiado. “¡Oh, que le venga el cáncer!”, decía, con un coraje tan encendido, que si en mi mano fuera, lo ahorcara luego. Y aquel día comí mal, por ser a mi costa, que temblaba de gastar.

Supe entonces que se armaban otros seis navíos para ir a descubrir, y dijeron que estarían dispuestos el mes de septiembre, y decidí otra vez partir con ellos, con valor que Dios me diera. Todas las nuevas que trajimos de este viaje corrían como la pólvora, pues había hecho nuestro capitán Amerigo Vespuccio dos mapas: eran uno de figura plena y un mapamundi de cuerpo esférico, que envió a los reyes, y les dio mucho placer. Mientras, había mandado el rey de Portugal una flota por la parte de África; mas no se llamaría este viaje descubrir, sino ir por lo descubierto, pues dieron vuelta a África que era ruta ya conocida por todos, siendo así que con la variedad se adorna la naturaleza.

Pasaron el mar Rojo y llegaron el golfo Pérsico según oí, y al río Indo, y estaba ahora el rey portugués aprestando doce naves más para enviarlas a esa parte y traer muchas riquezas, que todo era poco para ese reino, pues no era tierra de hombres sino de salteadores, y había allí la más desenfrenada codicia. En cuanto a mí, todo lo poco que me quedó lo consumí, hasta quedar tan pobre como las ratas; y no es encarecimiento, pues doy palabra que así fue. Hacíanme perder mis desgracias la paciencia y el juicio, pues con el enojo y pensamientos no tomaba reposo. Así me pasaban los días, trazando mil imaginaciones, alambicando el juicio, sin sacar otra cosa de jugo ni sustancia. Turbábame tanto, viendo que rezar no me aprovechaba, que ni osaba ni podía desplegar la boca. ¡Cuánta torpeza es seguir los deleites! ¡Oh, lo que hacen los malos amigos! Quedé en aquel punto tan melancólico que dábame prisa haciendo cruces, invocando a Dios mil veces; mas muy pronto volví en mí y comencé de poco a jugar, sisar y hurtar, y no lo tenía por malo, que aún a esto llegaba mi desvergüenza, pues ya no podía ser el cuervo más negro que las alas. Di más vueltas que un rocín de hortelano, pues donde no hay chapines no hay cosa bien puesta, y di excusas, inventé votos y mentiras, caminando por aquella tierra toda hasta venir a dar a prisión con mi persona. Salí de allí sin color, el rostro ya difunto, y estaba yo de lo pasado y con lo presente tan confuso que maldecía mis pecados que lo hicieron, pues por el dinero puse a peligro el cuerpo y a riesgo de perdición el alma.

\*\*\*

Yo había salido de la mar con un grande romadizo que no se me había quitado. Así llegó el mes de julio del año de mil quinientos, sin más cosas de mención, sino que el propio rey de Portugal llamó a Americo Vespuccio que estaba por entonces en Sevilla, pues quería servirse de él, y varios del anterior viaje lo acompañamos. Así que hubimos de embarcar en Lisboa, pues no se nos arreglaban las cosas en Castilla. Como los que han de ajusticiar me despedí de los amigos, pues lo hice para siempre, y yendo al muelle me embarqué. Tuvimos una razonable borrasca, y en cuanto a mi segundo viaje con el dicho capitán, también fue digno de memoria, pues no se habían acabado mis infortunios. Pasamos a la vista de las Canarias sin tocarlas, y puesto en obra el viaje, encomendéme a Dios. Llevábamos tres naves a lo largo de las costas de África, hacia las islas de Cabo Verde, que era el principio de la provincia de Etiopía. Hallamos ancladas naves del rey de Portugal, que estaban de vuelta de la India oriental; habían salido de Calcuta hacía catorce meses, y fueron trece navíos, contándonos muchas de estas cosas y de las riquezas que encontraron, que no conozco de mí tanta habilidad que sepa a suficiencia narrarlo ni encarecerlo, escribirlo ni darlo a entender. Partieron en el mes de abril del año anterior, según nos dijeron, y habiendo pasado mil aventuras en tierras de África y Asia, volvieron a estas islas de Cabo Verde donde se toparon con



nosotros, que salíamos. Mas vuelvo a mi cuento, que estuvimos buen rato en la conversación. Contaron que la flota de Portugal, por complacer una petición del rey de Calcuta, capturó una nave que estaba llena de elefantes y arroz, con más de trescientos hombres, viendo en ella tales curiosidades que ponían gran admiración. Hundieron otras doce naves, y venían estos navíos portugueses según pudimos colegir cargados de infinita canela, jengibre fresco y seco, incienso y mirra, sándalo rojo y blanco, laca y añil; así como almizcle, algalia y estoraque, y de tal manera es verdad lo que digo que puedo jurarlo. Traían asimismo clavo y pimienta, nuez moscada, benjuí y porcelana, alcanfor y madera de áloe; y tantas otras cosas que sería imposible decirlas; y con ellos todos nos entendíamos, éramos camaradas, y a este son bailábamos todos. Acabamos de comer, alzóse la mesa, y hecha la cuenta marcháronse los forasteros; y lo que vi allí me hizo sospechar si acaso había bebido al uso de la patria y andaba trastocado, pues yo mismo pude ver muchas perlas, diamantes y rubíes, y había un rubí de una pieza que pesaba siete quilates y medio. En conclusión, que el rey de Portugal tenía en las manos un grandísimo tráfico y gran riqueza, y harto me holgaba yo, pues tenía esperanza de obtener alguna de estas cosas y venderlas luego en Cádiz o en Sevilla; y llegada la noche, nos aderezamos lo mejor que pudimos.

Bien, volviendo a lo nuestro, que todo esto eran por el momento fantasías, partimos de dicho Cabo Verde sin dificultad, aparejado todo lo necesario como el agua y la leña, y muchos instrumentos para adentrarnos como convenía en el mar océano. Estábamos portugueses y españoles mezclados como garbanzos y chochos, para buscar nuevas tierras que no hubiéramos visto antes; y esta vez para el rey de Portugal, que no para los nuestros de Castilla. Quedaba yo libre para sólo mi negocio, y tomó nuestra navegación hacia poniente, corriendo tanto por estos mares que entramos en la zona tórrida, que por entonces estábamos libres de cuidados. Como la vez anterior, pasamos la línea equinoccial y del trópico de Capricornio; tanto, que nunca vimos la estrella del polo ártico, y por el contrario descubrimos por el sur muchas estrellas muy brillantes y claras que están ocultas a los del septentrión; holgábame yo, y todos hacían lo mismo. Fuimos a la región de las Antípodas, que era una cuarta parte del mundo; tardamos cuarenta y cuatro días en llegar a una nueva tierra, que juzgamos era tierra firme, mucho más el sur de la que vimos en el primer viaje con el mismo capitán y cada uno de nosotros nos decíamos unos a los otros: “¿Veis esta serenidad, esta felicidad y este fresco viento?” Pues era esta tierra muy amena, tanto o más que otras que habíamos visto, y no sabía yo si estaba loco o hechizado, por la infinidad de árboles verdes con muchas frutas exquisitas al paladar y saludables al cuerpo, que me dejaban pasmado y como fuera de mí. Estaba situado el lugar dentro de la zona tórrida y fuera de la línea equinoccial, a la parte del austro, y hallamos que eran los días iguales a las

noches; descansamos en las naves dos días, comiendo y durmiendo, pues estaba toda esta tierra anegada y llena de grandísimos ríos. En estas y otras muchas buenas condiciones hallamos también gran cantidad de pájaros con hermosos plumajes, que había allí grandísima suma de ellos y animales que nunca habíamos visto por allá; como gatos, no como los de España, y lobos cervales, babuinos y leones, que temíamos no poder escapar de ellos. Había onzas y macacos de muchas especies, algunos muy grandes, y tantas clases de animales que dudo hubieran podido entrar en el arca de Noé, ni habíalos nadie conocido en todas las experiencias largas de los largos años. Vimos jabalíes y cabrillas, ciervos y gamos, liebres y conejos, y todo en grandísima cantidad, que admirado quedé de lo que veía, pero animales domésticos no hallamos ninguno.

Al principio no encontramos a nadie; abordamos la costa por ver si podíamos entrar en ella, y por la cantidad de agua que traían los ríos no encontrábamos sitio que no estuviera anegado; pues cargaban mucho las aguas y crecían arroyos que no dejaban pasar a la gente, ni desembarcar. Ya por la mucha importunación, aunque de mala gana volvimos con los bateles a los barcos, para abordar la costa por otro lado; y aconteció lo que a los perezosos, hacer las cosas varias veces. Levamos anclas y navegamos entre el levante y el siroco, costeando continuamente tierra y estando casi traspasados ya de la hambre y de sed, pues dicen algunos que para aprender a orar hay que aprender a navegar. En muchas partes abordamos aquellas tierras por espacio de cuarenta leguas, y fue tiempo perdido. Eran las corrientes marinas tan fuertes que no nos dejaban avanzar, y a estas cosas se añadieron muchas otras de aspereza; y corrimos tanto que fuimos a dar en un hermoso puerto, que estaba formado por una gran isla en la que vimos mucha gente y una canoa que llegaba de altamar, y estúveme bobo mirando aquella hermosísima tierra. Cuando vieron que íbamos en su dirección, habiendo estado detenidos con los remos en alto, que no es necesario aquí mayor encarecimiento, maravillados de nuestras naves y viendo su grandeza y fundación, siendo todas las dichas en extremo bien hechas, pusieron los remos en el agua y comenzaron a navegar hacia la tierra. Una carabela nuestra, muy velera, se puso a barlovento de la canoa; no sé después lo que pasó, mas anduvimos luchando más de dos horas con ellos y estuvimos a punto de perder la canoa, bien que con dolor de nuestro corazón. Como se vieran rodeados por la carabela y los bateles se echaron todos al mar, y siguiéndolos todo el día hasta la costa sólo pudimos coger dos hombres de más de setenta que eran, y bien pobres de vientre y lomo. Pasóme aquella noche sin sentirla, y quedaron en la canoa cuatro muchachos que no eran de su linaje, pues los traían prisioneros; los habían castrado y estaban todos sin el miembro viril, y entre mí dije: “Cabrones”. Tenían veinte años; no tenían fuerza en las piernas ni podían andar,

y gastaban el tiempo en lamentarse. Supimos que eran estas gentes caníbales, y cuando estuvieron los muchachos en las naves nos dijeron por señas que los habían castrado para comérselos. Juré para mí vengarlos, mas callaba y oía; y si mintieron, quien miente, miente; mas, ¿qué gusto recibirían en mentir?

Nos llegamos a tierra y huyó toda la gente. Llevábamos los dos hombres que habíamos cogido y les dimos cascabeles y otras cosas, por que dijeran a los otros que llegábamos como amigos; iban como corderos mansos y humildes, no con aquella braveza de leones fieros que solían, bien que daban gritos haciendo exclamaciones, y así pudimos estar con ellos y en paz. En cuanto a estos hombres eran bastante blancos y de cabellos negros, y con poca barba o ninguna; volví la cabeza y vi que me venían siguiendo, siendo su canoa muy larga y de un solo árbol ahuecado, muy bien trabajada; y cuando la hubieron puesto en un río y en lugar seguro todos huyeron de nuevo, no queriendo platicar con nosotros. Nos pareció aquel un acto bárbaro, y los juzgamos gente de poca fe y mala condición; en esto caminábamos a espacios, según podíamos, y era harto poco; iba yo cojo de llevar un pie descalzado, y todos muy fatigados. Partimos de allí y entramos dentro de la ensenada, donde hallamos tanta gente que era cosa de ver; siendo muy bien recibidos, que echábanse de rodillas por el suelo hasta querer besarnos los pies. Nos dieron ciento cincuenta perlas por un cascabel, a lo cual quedaron tan rendidos como agradecidos; y un poco de oro nos lo dieron de gracia, y de nada nos maravillábamos ni hacíamos ascos. Vivimos y comimos con ellos durante un mes, y salía mucho número de gente a vernos, en especial mujeres, que no cabían en la playa. Tan ocasionado me veía como el que más para cometer cualquier atrevimiento, y así poder saber sus costumbres; cuanto más, que si me diera buena maña, pronto llegaríamos a mayores. Hallamos que en aquella tierra bebían vino hecho con frutos y semillas y cada cual vivía para sí, pagando sólo los desdichados, y así andábamos a su sombra hechos otros virreyes de la tierra. Hacían un vino como cerveza, blanco o rojo; el mejor estaba hecho con mirabolanos y estaba muy bueno, y comimos muchos de éstos porque era su tiempo, mientras iba yo cumpliendo con tantas obligaciones como tenía. De esta gente supimos que sufrían a unos enemigos que habitaban tierra adentro y tenían muchas perlas, y dijeron que las que ellos lucían se las habían quitado en sus guerras. No guardaban los indios que digo fe ninguna, viviendo de acuerdo con la naturaleza, y pudieran leernos cuatro cursos de latrocinio y dos de pasante, pues todos se habían dado maña en estos estudios, En resolución, no conocían la inmortalidad del alma ni tenían entre ellos bienes propios, sino todo en común, y pasaban con aquella fortuna. No había allí límite de reinos ni provincias, ni obedecían a rey ni a nadie, y cada uno era señor de sí mismo; cada cual tenía dos hileras de dientes y muelas, y una mano lavaba la otra y entrambas la cara, que para

todo había traza. No tenían amistad ni agradecimiento, y andaba una grita y algazara que se venían los techos al suelo sin entenderse los unos con los otros. Habitaban en común, las casas como cabañas muy grandes y bien hechas, y aunque no tenían metal ninguno eran muy robustas, de más de doscientos pasos de largas y con cincuenta de anchas. Estuve avizorando por todo aquello y vi que estaban hábilmente construidas, y en cada una vivían hasta seiscientas personas que siempre tenían qué hablar, y por qué replicar. Dormían también éstos en redes de algodón, tendidos al aire sin otra cobertura, ellos y ellas; cuando esto verifiqué pudieran echarme nesgas en el pellejo, que no cabía de contento en él, pues me ocurrieron mil malas imaginaciones. ¡Qué pecado tan sin provecho el mío, qué sin propósito y necio! Mas bien está, y pasemos adelante, pues no viene la cosa a cuento. Comían sentados en el suelo y eran sus viandas raíces de hierbas, frutos y mucho pescado; y no sé qué más decir, sino que había gran cantidad de mariscos y crustáceos de mar, y nos dieron ostras, langostas y cangrejos, de lo que nos alegramos mucho. Mas ya una vez las máscaras quitadas, supimos que la carne que comían era principalmente humana, y en esto no tenían alma, eran retrato de los mismos ministros del infierno. Cuando la tenían de aves y de otra clase de animales la comían, mas no solían cazar mucho porque no tenían perros, y estaba la tierra muy poblada de bosques y fieras crueles; con lo que pasaban grandes pesadumbres, aunque tenían todos buena vista, sus ojos claros y sanos, y aún así no se internaban en los bosques si no era con mucha gente. Llevaban los hombres horadados los labios y mejillas, y en aquellos agujeros se ponían huesos, y esto me sacaba de juicio. Algunos llegaban a tener siete o nueve agujeros, con piedras de alabastro verde o blanco de medio palmo de largas, y gruesas como una ciruela catalana; que cuando yo los veía estiraba el pescuezo holgándome de verlos. Lo hacían para parecer más feroces, y en verdad que lo conseguían, pues era cosa brutal y costumbre antigua desde sus bisabuelos. Eran gente muy prolífica y las mozuelas triscadoras, y graciosas. Cuando estaban las mujeres en edad de procrear tenía que corromperlas el pariente más próximo que no fuera el padre, y en tal estado las casaban; seguías yo de lejos para ver dónde paraban, y me iba acercando a ellas; mas saliéndose de allí se fueron por entre los árboles a la orilla del río. No hacían las mujeres en sus partos ninguna ceremonia como las de acá, sino que comían de todo y se arreglaban como podían, lo cual se prueba bien con lo siguiente: que apenas se sentaban en los partos salían los niños como si los disparasen de un tiro de artillería, y perdónese lo burdo de la comparación. Dejando este punto, diré que vi así más de una mujer, y alguna de muy buena suerte. Vivían muchos años, pues llegaban a tener hasta cuatro grados de descendientes, y aún los más viejos se sentaban a comer los despojos del enemigo. No sabían contar los días ni los años, salvo que contaban el tiempo por

meses lunares; cuando querían explicar el tiempo de algo lo hacían con piedras, poniendo una piedra por cada luna, y con todo esto lo creían cosa de menos inconveniente. Algún hombre viejo nos dijo haber vivido mil setecientos lunarios, lo que hacía si mal no conté más de ciento treinta años, y estaba en el hueso del alma sin las mondaduras del cuerpo. Eran éstos que vimos gentes como se ha dicho crueles, que llegaban de seguida a las manos y se decían palabras mayores, y alborotábanse en sus hechos, gritándose al mismo tiempo en voz entre humana y extranjera. Usaban saetas y piedras sin llevar ninguna defensa en sus cuerpos, pues iban como he dicho desnudos como nacieron, con lo que ellas nos ponían a un riesgo muy grande. No tenían orden ninguno en sus guerras, salvo lo que aconsejaban sus ancianos; tanto era así, que con esto parece que se alentaban y alegraban, y buscaban traza para ello. Cuando luchaban se mataban cruelmente, quedando tan desbaratados, sin ningún orden ni concierto, que si lo quisiéramos definir, no se podría. Enterraban a todos los muertos de su lado y despedazaban a los enemigos para luego comérselos, y por más protestas que les hicimos no los podíamos poner en razón; que nos sucedía no ser entendidos como si habláramos en vascuence. Prendían a algunos y los llevaban a sus casas, y si era mujer dormían y se revolvían con ellas, y si varón lo casaban con su hija, que todo se remediaba con el favor de Dios. En ciertas épocas, cuando les daba una furia diabólica, llegaban desalados tres o cuatro convidando a los parientes y muchos del pueblo, y ponían delante a la madre y a todos los hijitos que con ella habían tenido, viéndose la infeliz ya rematada y sin ningún esfuerzo ni esperanza dél, que con ciertas ceremonias los mataban a flechazos y se los comían. Poquito a poquito, como sanguijuelas, se iban chupando toda la sangre hasta dejarlos sin virtud, y hacían una salsa con los higadillos que les sabía muy bien. Lo mismo hacían a los esclavos, que pensaban huir del peligro y daban en la muerte, y a los hijos que de ellos nacían; y era muy cierto, pues hallamos en algunas casas la carne humana, puesta al humo como sí fuera de puerco, y mucho, no siendo según decían de mala digestión. Mandaban a veces darles tormento, y como no había otros instrumentos más que cordeles, dábanselo en las partes bajas; y en comenzando a quererlos apretar, por ser tan delicados y sensibles y ellos de poco ánimo, desentonaban las voces con gritos y lamentos. Les compramos diez criaturas, tanto varones como mujeres, que estaban destinados al sacrificio; y como todo en ellos era tiranía en todo, aunque los reprendíamos no creo que se enmendaran, pues eran rufianes y salteadores, gente bruta. Ellos cuando lo oían replicaban que ésta era la costumbre; iba yo con estas cosas suspenso y mentecato, mas procuré olvidar lo que no podía remediar. No pudimos saber el motivo de hacerse la guerra unos a otros, pues no tenían reinos ni imperios, ni siquiera bienes propios, ni lo hacían tampoco por codicia ni por avidez de reinar; yendo desalados, perdidos y encandilados a meterse en ella. No

era más que una maldición que según decían pesaba sobre ellos, pues hacía mucho tiempo que así venían haciéndolo y dando a la imaginación tantos disparates, que con ello querían vengar la muerte de sus antepasados. ¡Oh, condición miserable la suya, y a cuántos miserables casos estaban obligados! Hubo uno de ellos, para terminar, que aseguraba haberse comido la carne de más de doscientos cuerpos, y estaba tan contento con ello que no podía ser más, con lo que al oírlo me quedé mortal como difunto.

No se agujereaban la cara las mujeres, sino sólo los hombres, y ellas sólo las orejas. Eran libidinosas, haciendo hinchar los miembros de sus maridos de tal forma que parecían informes y brutales; y andábamos ya todos medio amartelados, que ya estábamos rematados por ellas. Eso era con un cierto artificio suyo y las mordeduras de ciertos animales venenosos, que no me parecía buen consejo, sino parecióme muy mal; pues por causa de esto muchos lo perdían y quedaban eunucos. Tomaban ellos tantas mujeres como querían, y allí viviera yo y lo pasara como un duque; el hijo se mezclaba con la madre y el hermano con la hermana, el primo con la prima y el viandante con cualquiera que se encontrara, y vamos adelante, no saltamos de la cama al sermón. Pues cada vez que querían desbarataban el matrimonio sin orden ninguno, y así lo ponían por obra luego en un pensamiento. A este propósito, antes de pasar adelante diré que no vi por allí ninguna iglesia, pues ni siquiera eran idólatras; y no es necesario encarecerlo más, pues vimos a un padre comerse a los hijos y a la mujer, y andaba también la carne humana salada, que creo fuera milagro para mí no morir de asco en aquel tiempo. Pues colgaba de vigas, como entre nosotros usamos ensartar el tocino y la carne de cerdo. Se maravillaban que no matásemos a nuestros enemigos para usar su carne en la comida, la cual decían sabrosísima, y después trataremos de lo que se fuera más ofreciendo. Nunca se me apartó de la imaginación el tema, y he de decir que aunque fueran libidinosas no eran sus mujeres groseras como se pudiera suponer; no tenían nada defectuoso en sus cuerpos, que todas o las más procuraban valerse de sus ventajas. Pues aunque eran carnosas, este defecto se disimulaba con la buena estatura, y ninguna de entre ellas tenía tampoco los pechos caídos, ni aún las más viejas, que con esta admiración me andaba todo el día. Las que habían parido no se diferenciaban en la forma del vientre y en la estrechura de las vírgenes, si las había, y era lo mismo en todas las partes de su cuerpo, que por honestidad no las menciono; y si no fuera cierto lo que digo, que me quiten la cabeza como a traidor. Cuando con nosotros se podían unir, llevadas por su mucha libidinosidad, todo nuestro pudor manchaban y abatían, que el deseo de hacer las cosas rompe las dificultades. No tenían paños de lana ni de lino, ni aún de bombasí, pues nada de ello necesitaban desde que se acordaban y tenían uso de razón. No era ninguno cazador como he dicho, que nunca era ese su deseo, pues

habiendo allí tantas bestias salvajes y serpientes horribles, no tenían valor de exponerse desnudos; y no era de maravillar, con aquellas selvas y tantos peligros. De todos sus árboles manaba goma, y también aceite y muchas clases de licor, y todo el bien que tenían en la tierra, la tierra lo daba. Ciertamente, que si en algún lugar estaba el paraíso terrenal tenía que ser por allí, que no se podía resistir; nunca allí se conocieron los inviernos helados ni los veranos cálidos, y si la relación fuera un poco más larga, fuera necesario dejarla para otro día.

Anduvimos diez meses por allá, y signifiqué pesarme mi partida, pues tratáronme mejor que yo merecía; y era tan sana y templada la tierra que ninguno de nosotros enfermó, y si lo hizo no fue mucho, que salimos como príncipes, bien tratados y mejor proveídos. Así comprendimos que ellos vivieran tanto y no sintieran enfermedad ni peste, muriendo sólo de muerte natural por la edad, o causada por su mano. En conclusión, los médicos no tenían nada que hacer allí, y antes me parecía premio que pena. Besáronme la mano, la rodilla sentada en el suelo, partiendo de este punto y navegando por la costa, viendo siempre humo de hogueras y yo sintiendo mucho su ausencia. Teníamos que reparar una nave y vimos una isla, que fue sin duda grandísima alegría. Hallamos en ella la gente más bestial y más fea que vimos jamás, de gesto y cara horribles, que cuando los vi ocupéme rezando y encomendándome a Dios. Tenían las mejillas llenas por dentro de una hierba verde que rumiaban continuamente como bestias, y apenas podían hablar, por más que algunos querían provocarlos con juramentos y blasfemias. Llevaba cada uno al cuello dos calabazas secas; una estaba llena de aquella hierba que llevaban en la boca, y la otra de una harina blanca que parecía yeso en polvo; y nunca pensé que hubiera tanta variedad de sabandijas racionales en esta cerca del mundo. De cuando en cuando, con un palillo que tenían, mojándolo en la boca lo metían en la harina y después en la boca otra vez, con los dos extremos en ambas mejillas; con ello enharinaban la hierba que mascaban, brindándose con risas y pullas los uno a los otros, que lo hacían muy a menudo, y estábamos maravillados de verlos sin poder entender la razón de todo aquello, ni su secreto ni con qué fin lo hacían, cayéndonos de risa,

Dejemos estas disgresiones, y acabaré de dar cuenta de la jornada; cuando nos vieron, vinieron a nosotros con tanta familiaridad que parecían conocernos de siempre, y ser todos de la misma abuela. Anduvimos con ellos por la playa, que no me había de volver a acostar sin descifrar aquel misterio, y deseando beber agua fresca nos dijeron que no la tenían, y nos ofrecieron de su yerba y su harina; con esta conversación salimos, de lo que dedujimos que era la isla pobre en agua y por defenderse de la sed hacían lo que hacían, que la necesidad aguza los ingenios. Anduvimos por la isla día y medio sin hallar agua alguna, y vimos que la que bebían era el rocío que caía de noche

sobre ciertas hojas semejantes a orejas de asno, que estaban acostumbrados a sufrirlo. Llenaban éstas de agua y ellos la bebían estando boca arriba, paseando con los ojos la bóveda celestial; y era muy fina y buena, como de lluvia, y mandámoslo pregonar para que viniera a noticia de todos. Traían los más viejos los estómagos pegados al espinazo, con más deseos de comer que el entendimiento de saber; no tenían viandas ni raíces como en tierra firme, y se alimentaban de pescados de mar. Hallamos de éstos grandísima abundancia; eran aquellos hombres no malos pescadores y nos trajeron muchas y grandes tortugas para comer. No llevaban las mujeres hierba en la boca como los hombres, pero sí una calabaza con agua, y de ella bebían; y eran liberales y diestras en hurtar, flojas y perezosas en el trabajo. No habitaban casa, sino sólo bajo unas enramadas que los protegían del sol y no del agua, pues apenas llovía en aquella isla; y sobre un pradillo verde, haciendo alfombra de su fresca hierba, nos sentamos en ella a refrescar. Pudimos ver que cuando estaban pescando todos llevaban una hoja muy grande, tan ancha que bajo ella estaban a la sombra, y fuíme derecho a donde vi la gente. Fijábanla en tierra, y si giraba el sol iban dando vuelta a esa hoja, y de esa forma se defendían, que no tuve más remedio que acudir a pedirles una. Tenía la isla muchos animales que bebían en el pantano; y como vimos que no había allí nada que hacer determinamos marchar a otro lado mejor, pues ya era hora de despedirnos. Habíamos salido de Lisboa, no con orden de allegar riquezas sino de descubrir, y por eso no cogimos nada; mas bocado no comimos sin que con nosotros partiesen, ni cosa tenían que no nos dieran media. Era que no apreciaban en nada lo que tenían, salvo los plumajes y el hueso, y despreciaban el oro y la plata; y como no lo buscaban no lo hallaban, pues nadie ha acertado a hacer el oro si no es Dios, y el sol, con comisión particular suya. Hallamos muchos árboles de brasil muy bueno, y lo mismo de caña fístula; vimos cristal, con infinita especería que aquí se desconoce, y aunque nos hablaban mucho del oro, éramos todos y nuestro capitán Americo Vespuccio como santo Tomás, que si no veíamos no creíamos. Trataré mi negocio sin meterme en dimes y dirétes, y haciendo señal con la campanilla para obligar al silencio.

Estuvimos allá nueve meses y siete días, que verdaderamente los hombres ocupados nunca temen la soledad. Se mostraba el cielo sereno las más de las veces y adornado de muchas y claras estrellas, y tomaba el capitán nota de todo, rodeado siempre de papeles infinitos muy bien compuestos y ordenados, y escritos de caracteres matemáticos; pues hallaba motivo de escribir a cualquier hora de la noche y de la madrugada, arqueando las cejas y retorciéndose los bigotes, aunque dentro de muy pocas horas tuviera que volverse a levantar. Anotaba las órbitas, pues era buen conocedor de ellas; sabía de austros y conjunciones y de los eclipses de la luna con los planetas, y perdía mucho tiempo por la noche estudiándolos, y trazando cartas y toda



clase de mapas astronómicos. Déjome aquí muchas cosas que pasaron, por no ser machacón; a Dios pluguiera que me crean, fiados en mi autoridad y buen crédito. Quédese así la plática y entremos en la hostería, donde se nos dará lo necesario para pasar luego el camino adelante. Pues volvimos a Lisboa, y allí estuvimos aguardando lo que este rey, o el de Castilla, mandara de nosotros. Explicaba a todos nuestro capitán lo que habíamos visto en nuestro segundo viaje, y asegurábamos ser aquellas gentes todas blancas, y no negras como las de África, que lo eran más que nuestro corazón. Decían algunos que todos los habitantes de la zona tórrida habían de ser negros por naturaleza y de sangre quemada, como eran los etíopes y otras razas cercanas a Etiopía, donde todos eran como el carbón, aunque unos lo fueran más que otros. Esto diciendo levantaban el tiple que lo ponían en el cielo, y no los culpo, pues ved a lo que llega un hombre necio. Contestábalos nuestro capitán, y achacaba la diferencia a la compresión del aire y a la disposición de la tierra, pues estaba Etiopía muy despoblada y había escasez de agua dulce. Llovía pocas veces, y estaba el terreno harto arenoso y abrasado por un sol de castigo, habiendo infinidad de desiertos y poquísimos bosques o selvas; y reinaba allí el viento siroco que era un aire caliente. También decía que la naturaleza había convertido en hábito su negrura, pues los negros engendraban negros sin que lo pudieran remediar, y si un blanco usaba con una negra sería lo que naciera menos blanco que el padre y más que la madre, lo que se dice pardo; y que no se volvería blanco el negro por mucho que lo lavaran. Señalaba así, que la naturaleza y la costumbre obran con más fuerza que la compresión del aire y de la tierra; y así la gente de las Indias no era negra aunque tirara al pelaje del león, sabiendo yo esta verdad muy clara. En resolución, ellos y ellas vivían en situación propicia, pues los vientos de allí eran australes y septentrionales, sin tan ardientes calores como en África; y había siempre rocío, por lo que siempre tenían los árboles las hojas muy verdes, siendo su frescura tanta y su hermosura tal, que no podría describirse.

“Oh, -decíamos en Sevilla-, es aquélla la mejor tierra del mundo”. Habíamos visto que acaecía en aquel hemisferio hallarse las cuatro estaciones contrarias a las nuestras y yo siempre sustenté mis trece, que cuando aquí era primavera era para ellos el otoño, que quedaban todos pasmados de oírlo; y cuando el sol estaba en Cáncer era para nosotros verano y para ellos invierno, y todos se admiraban de mí. Pues era allí el día más largo el dos de diciembre, y la noche más larga la tuvimos un dos de junio; cuando lo hube dicho respondiéronme que quizá lo había soñado, y no era así. En cuanto a los esclavos que trajimos, no nos los dieron ellos porque querían riquezas, sino casi de balde, que los pobres no tenían qué temer ni qué perder, pues aún traían robada la vida. Fue a cambio de un peine de madera o un espejo que no valía cuatro cuartos, y tal espejo o tal peine no lo hubieran dado luego por todo el oro del mundo; y es tan verdad

como que sigue la noche al día, la luz a las tinieblas y el cuerpo a la sombra. Así, cuando algunos llegaban comprando perlas, las que compraban por diez ducados las podían vender aquí por quince mil; y a mí con un cascabel que le dí a un indio me dio más de ciento cincuenta de ellas, y si no fuera cierto, malos azotes me dé Dios y en malas galeras esté. Y no le parecieron mal vendidas, pues en cuanto tuvo el cascabel se lo puso en la boca, tomó su camino por un bosque y no volvió más, no fuera que yo me arrepintiese; y así quitaba yo para mí la nata y dábales el suero. Pues todo lo que apreciaban, como las plumas y los huesos, no lo querían por riqueza, sino para adornarse y hacer sus juegos, o la guerra. Como ya dije hacían ésta por el recuerdo de sus padres y no por codicia ninguna, y con decir eso habré de ahorrarme todo lo demás. Y también por comer carne humana, siendo éste su natural, aunque fuera irracional y cruel, por lo que eran del diablo y el diablo se los había de llevar.

Pasaron ampliamente los días desde la vuelta que hicimos de aquellos países, a donde todos conocían que fuimos con la armada del rey de Portugal, y a sus expensas. Luego comenzaron a hacerme nuevas persecuciones y trabajos, y estando mi peso en este fiel, fue necesario buscar a un buen amigo antiguo; pues sucediéronme ciertas cosillas que omito, por las que quería pasar a las Indias de nuevo y aguardaba ocasión. Que temía acabar en galeras, y eran éstas como el fuego, que todo lo consumían. Busquéle por Sevilla, que siempre me había socorrido, pensando decirle: “Rematado estoy, galeote me veo”; para lo que me fui derecho a su casa, la cual hallé en poder de segundo poseedor. Pregunté a qué parte se había mudado, y me respondieron que de esta vida a la otra. Hice pesquisa si me había dejado su heredero y supe que no, con que me encomendé a la paciencia, y ahorré de lutos. Dentro de pocos días di fin a lo que me quedaba, que por mi mala suerte era ya poco caudal, y consumiósse presto. Comencé a pedir por Dios, pues demás de esto sabía fingir lepra, tullir un brazo, alterar la color del rostro y otros primores curiosos del arte, pues no me dijeran que, teniendo aspecto de sano, trabajara; y con estas cosas me asustaba de encontrar en el tiempo que falté de aquella ciudad tanta variedad de mudanzas y tanta suma de acaecimientos. Hablaban todos de lo mismo, y llamaban a las tierras de occidente el Nuevo Mundo, porque nunca antes se había tenido de él conocimiento al otro lado del Atlántico. Aseguraba yo a todos que era aquella tierra saludable y muy sana; pues había allí más hombres y animales que en toda nuestra Europa, y era el aire más templado allí y más sano que el nuestro; que estaban aquí unos muertos en desafíos, otros huídos, otros en galeras y otros ahorcados. Los que lo habíamos visto soñábamos con ello, no pudiéndolo olvidar. Todos me preguntaban y a todos respondía, y tuve que contar mil veces lo mismo, sobre los animales y la gente y el color de aquélla, y que parecía que andaban todos un poco rojizos porque les daba el sol. Fue por

entonces, si no recuerdo mal, cuando llegó la funesta nueva de cómo la Majestad de nuestra reina Isabel había sido Dios servido de llevarla a mayor reino, para que trocase la corona que tuvo en esta vida por la corona de la gloria.

\*\*\*

Poco tiempo antes había sucedido el cuarto y último viaje a las Indias del Almirante Colón. No hay fuerzas tan robustas que resistan a un soplo de enfermedad; tenía él cincuenta y un años muy trabajados y estaba enfermo, con una mala afección en los ojos; que somos unos montones de polvo, y poco viento basta para dejarnos llanos como la tierra. Pero persistía en querer navegar, y los reyes no lo desoyeron, concediéndole socorros para dotar su cuarto viaje; mas prohibiéndole tocar Santo Domingo, y no fueron éstas solas sus congojas, que adelante pasaron. Preparó cuatro barcos, muy semejantes a los que llevábamos en nuestro primer viaje; pues había notado que los del tercero eran demasiado grandes para descubrir. Yo esto no lo vi, mas vaya como pudiere o supiere, dejando aparte lo que no tiene color ni sombra de verdad, y conformándome con la opinión de algunos a quienes lo oí. Pensaba el Almirante ir a la tierra firme y no a las islas, y no le estaba consentido recoger esclavos; encargáronle a mayores que diera cuenta de todas sus riquezas sin guardarlas para sí, y que se cuidara, pues que tanto caminar aprisa el cansancio llegaba pronto, y no había ligadura fiel en toda su humana fábrica. A este último lo llamó Alto Viaje, y lo emprendió con gran trabajo, pues se iba despidiendo de todas las cosas a que más afición tenía: del gusto, del sueño, de la vista, del oído, y lo sentenciaban el riñón, la ijada y la orina. Nada quedaba en él de aquel mozo mocito, atrevido y descomedido. Pues conforme avanza la edad el calor natural va faltando, la muela se cae, duelen las encías, que todo esto es caer terrones y pudrirse las maderas de los techos, y no hay puntales que tengan la pared, que falta todo desde el cimiento y se viene al suelo la casa. Mas quédese aquí esta carga, que si alcanzara el tiempo, yo volveré por ella. Y habiendo salido de viaje, aunque no debía tocar Santo Domingo en la isla Española lo hizo para repostar y hacer reparaciones en sus naos, que iban harto maltrechas. Como no lo dejaran pasar alegó que una gran tormenta se acercaba, que habíala notado en el oleaje tranquilo y la marea anormal, en las nubes que había en el cielo y hasta en la punzada de su propio cuerpo, que con esto no podía madrugar y quedábase en la cama hasta las tantas del día; pues los casos que se ofrecen obligan a los hombres a quebrantar los más firmes propósitos. Salían por entonces cuarenta barcos hacia España, y aunque los previno no quisieron hacerle caso, sin que se despertase su cuidado; con lo que se hubieron de hundir luego en la mar, con todos los hombres que llevaban. Así las casadas hubieron de llorar por sus maridos y las solteras por sus amantes; y se perdieron grandes riquezas, que llevaban gran cantidad de lingotes de oro, pues solían éstos transportar cosas de poco

volumen y mucho valor. Estando en gran peligro, los barcos del Almirante pudieron superar la tormenta, viendo todos la muerte a la puerta y la parca dentro de casa. Animaba él a sus compañeros diciendo que, venida la mañana, desembarcarían. Fueron luego a Jamaica y a Cuba, y siguieron hacía poniente por el mar Caribe; donde vieron muchos toñinas o pescados como puercos cebones, que parecía que volaban por el aire alrededor de los navíos. Hallaron al paso una gran canoa, cargada de mercancías y con veinticinco hombres a bordo, que llevaban una cabina hecha con hojas de palmera protegiendo a mujeres y niños de la lluvia, y también a la mercadería. Usaban los tales sábanas y vestidos de algodón teñido, así como destrales de cobre y armas, diciendo que traían todo de poniente; y en éstas hallábase el Almirante tan indispuesto que pasó fama de que estaba muerto, mas el cabo de unos días fue volviendo en él y cobrando mejoría. Tomábale su médico el pulso con mucho reposo, pedíale la orina, pues se hallaba con un calenturón temerario, y así siguieron los barcos por aquella costa, con mucha lluvia, relámpagos y truenos; que iban los hombres agotados y con bascas mortales, y se arrepentían de sus pecados a voces, siendo tan general la hambre que se pasó que nadie la podría ponderar. No tenían descanso, pues era preciso alejarse en todo momento de la costa, no fueran a dar en los bajíos y arrecifes de piedras bravas y muy ásperas, en que se harían los navíos muchos pedazos estrellándose en ellas. Tenían que ir cuatro hombres al timón para sujetar la nao, mientras el capitán iba tan enfermo como antes he dicho; y aún así los iba consolando con palabras, y pasaba las cuentas de un rosario de muy gentiles corales, con sus extremos de oro. Todos rezaban, que sin duda se vieron bien penados, temiendo aquellos hombres perecer; y muchos iban confusos y espantados de ver cuán ciertamente los aguardaba su condenación. Padedieron tanto trabajo estos cristianos allí, que de sólo ello se podría hacer una historia; mas llegando al cabo que llamaron de Honduras, que va luego hacia el sur, se calmó el huracán, y aún así se perdieron dos hombres en el río que dijeron de los Desastres.

Enteróse el Almirante que estaban recorriendo una tierra estrecha y alargada, que separaba el mar Atlántico de otro mar océano; y aunque entraba el agua por los navíos como por una puerta grande, y por mitad de la quilla de una carabela, pensó que fueran a hallar un paso y no quiso detenerse, mas no lo halló. No lucubraba más ya que en el oro, y levantando como podía la cabeza decía: “Adelante”, pues se le habían subido las ambiciones a las mientes como tabardillo, y había olvidado todo lo demás. En octubre alcanzaron el territorio de Veragua, y estuvieron allí tres meses por causa del mal tiempo que tenían, que comenzaba el Almirante a mesarse los cabellos y a romper sus vestiduras. Llegaron en diciembre a cierto refugio natural que llamaron Puerto Bello, y habiéndose calmado un poco el tiempo siguieron por el litoral, que no habían de dejar

lugar en él que no trajinaran. Mostrábase los indios enemigos, pues muchos marineros habían entrado en los poblados buscando su mujeres, y no faltó sino acuchillarlos; y en terminando comenzaban a correr, y los naturales tras ellos, a grandes voces diciendo y haciendo. Y pues su capitán había sido consentidor, tenía cierta parte en ello de agresor. Había en la mar peligro de agua y viento de relámpagos, y del cielo negro caían diluvios; tanta agua había, que entrando por la cabeza les salía por los zapatos. Y eso de continuo, que ya tenían rezado cuanto sabían y no tenían más que hacer. Estuvieron enmedio de un tornado, y una tromba daba vueltas alrededor del navío donde iba el Almirante, que se perdieron todos los cofres del oro y otras cosas que dentro se habían echado; y quiso ahuyentarla con la Biblia en la mano, como así lo hizo, trazando con su espada una cruz en el aire y un círculo en torno a la escuadra. Con lo que la calma volvió, durando dos días, que después de pasado esto se arrojaban algunos por el suelo de rodillas, no sabiendo qué besarle primero, si los pies o las manos. Un día que había llovido menudico y cernido comenzaron a ver allí los tiburones rodeando en torno a los navíos, pues parecía el oro de Veragua protegido por todas las fuerzas de la naturaleza. Muchos se descompusieron, y eran las raciones tan escasas que rendían los hombres sus últimas fuerzas aporreando a derecha y a izquierda. Tanto continuaron en hacer esta diligencia que comenzaban a dar saltos de una en otra parte, con lo que izaban a los barcos trozos sangrientos de aquellos animales y los cocían para comérselos; pues llevaban tan robada la color, tan encendidos los ojos, tan alborotado el entendimiento. Quedaron las aguas según oí bañadas en sangre y llenas de aletas, mientras los tiburones se iban agonizando. ¡Válgame Dios! Y cómo a tan grave daño debiera cortar el hilo, que aunque estaban los bizcochos podridos con ellos hacían gachas, que engullía la tripulación por la noche por que no vieran los gusanos.

Andaban todos demacrados y deshechos, cuando volvió la tempestad; y un día, a la medianoche, les dio tan recio temporal y tormenta que muchos veces se vieron cubiertos por las olas del mar. Llegaron a la parte más estrecha de la tierras, a unas pocas leguas del mar que luego se diría Pacífico, mas nadie tenía fuerzas que le fueran suficientes para preguntar a los indios. Por suerte para todos determinaron éstos no hacerles mal ni enojarlos, antes bien les dieron de comer lo que tenían que era maíz, pescado y frutos de la tierra. Menos las tenían para emprender la marcha por aquella jungla, y habían de pasar diez años para que el tal Núñez de Balboa descubriera aquel mar. Hallaron por primera vez los caimanes, que esparcían un aroma tan suave como el mejor almizcle del mundo, y con esto iba la fortuna haciendo con la luna su crecientes y menguantes. Habían pensado volver a Veragua y el día de reyes echaron las anclas en un río que llamaron Belén, determinando el Almirante de alzar allí mismo una fundación; y tomólo por caso de honra, llamándola Santa María de Belén. Dióles parte

de este pensamiento, gastaron sus fuerzas, perdieron sus prendas, mas, ¿qué aprovechó? Pues alzaron con maderas y hojas un mísero edificio y hubieron de abandonarlo luego, cuando vieron a los indios venir hacia ellos, que por lo menos parecían un vivo retrato del infierno. Decían algunos: “¿Quién me ha metido en esto? ¿No estaba yo en España muy a mi gusto?” A lo que el Almirante decía para él: “Señor, ¿qué quieres que haga, que aquí me tienes dispuesto a tu voluntad?” Pues faltábales ya el caudal, y cuando dejaron atrás a su vuelta la isla de Cuba los barcos andaban a gatas y eran sólo tres, y ved qué hace la falta de dinero. Así que los desmantelaron haciendo pontones flotantes y se decidieron a esperar por si alguien pasaba, y quedaban todos tan mohínos casi como él. Pero como nadie lo hacía, pensaron enviar unos hombres a Santo Domingo en una canoa de indios; que había muy pocos de quien fiarse, y sería ventura si acertasen con uno. Pasó un verano y un invierno sin llegar auxilios y tanto lo sintieron, tanto enojo recibieron y su cólera fue tanta, que empezaba la rebelión. La Navidad del año siguiente fue la más triste en la vida del Almirante, que ponían sus prendas a juicio y su honor en disputa; estaba echado y baldado por sus enfermedades, pues ya le parecía picarle los murciélagos y salir por debajo de la cama la marimanta y los cachidiablos. Mas cuando iban a sublevarse los hombres, llegó un carabelón enviado por el gobernador de la Española, que no sabían en qué santuario ponerlos ni cómo festejarlos. Al fin pudieron salir de Jamaica, que estuvieron en ella un año y cinco días; ya su dolor pasó, y era por entonces mes de julio. Mas hasta el de noviembre no terminó el dicho Alto Viaje de Colón, para que no se confíen los poderosos en su poder ni los valientes en su fuerzas.

Pocos días después moría la reina, como he dicho, que tuvo el Almirante dos madres y fue medio de cada una, pues había sido tan su protectora, Abriéronsele las carnes y disimuló cuanto pudo, y entonces dijo consigo mismo entre sí: “¡Qué pocos ayudan a los necesitados, y cuántos socorren a los ricos!” Y peor que esto es que debajo de la tierra sale la venganza, que siempre acecha en lo más escondido de ella. Sobrevivióla el Almirante dieciocho meses, pues andaba afligido de gota con una pronta y adelantada vejez, con lo que arrepintiéndose, consideró sus inconstancias, prolijidades y pasiones, como si estuviera en la mayor soledad que se puede pensar. Se trastornó de manera que le dio una gran calentura y brevemente le saltó en modorra, pues en aquel mismo punto perdió el sentido y se melancolizó de forma que dentro de breves días falleció y entregó su alma. No es cierto que muriera abandonado, pues éramos muchos los amigos que aún tenía; mas sí harto desilusionado de las promesas que el rey le hizo y no cumplió, pues que todos huyen del hombre si hiede a pobre, y volvamos aquí, que presto volveremos allá. Todo el día se me pasó recibiendo pésames, como si fuera mi hermano, pariente o deudo que me hiciera mucha falta. La corona recibía los

tributos del oro, y aunque los bienes de fortuna son mudables, y más en los aventureros, el diezmo de aquél quedó para la familia del Almirante; y así pudo dejar bienes en su testamento, y un mayorazgo a su heredero. Pienso que de la mucha imaginación adoleció gravemente, pues había padecido mucho con el cansancio y más con el enojo, y aún murió con la idea de que el norte y el sur estaban unidos, pues no había paso; y perdía el juicio, estaba sin seso pensando qué sería aquello, y aún creía que todo era Asia. Estando en todo esto, era más de medianoche y sus hijos fuéronse a dormir, si podían. Se habían criado como pajes en la Corte, y preveníase cada cual según su remedio; Diego casó luego con la hija del duque de Alba, primo hermano del rey, que teniendo por testigo a sus propios ojos aún no los creía. Aportó a la casa del suegro grandes rentas y señoríos que eran la envidia de otros nobles, aunque hicieron por impedirlo grandes diligencias; que una pasión hace cegar el entendimiento, volviendo los ánimos tiranos y crueles. Fue el Almirante para todos de recia y gloriosa memoria pese a las veces que erró, que fueron muchas; y todos pudimos aprender de él más en lo bueno que en lo malo, aunque también en esto. Tanto sentí este dolor, lastimóme de tal manera el corazón que en unos días no tuve sueño, ni es de creer. El meollo de toda la empresa se trasladó por entonces a la ciudad de Sevilla, tomando la monarquía la dirección de ella, por lo que fue creada la Casa de la Contratación; estuve yo mirando y acechando por una parte y otra, cansado de pasear y esperar, que alterábase otra vez el estómago por la mala fortuna. Salía por entonces el tal Americo Vespuccio, que ya tenía la noción de haber hallado con nosotros un nuevo mundo, y aún presentía que estaba su paso por el extremo sur. Mas fue otra vez el rey de Portugal quien lo llamó, y él a algunos de nosotros, con lo que nos hallamos satisfechos y deseosos, y no sabíamos lo que hacernos. Llegó una carta del rey de Portugal desde Lisboa, como digo; y allí nos dirigimos, aunque lo que hicimos pareció mal a cuantos nos conocían en España. Pues honraban a nuestro capitán en Castilla y el propio rey don Fernando lo tenía en gran consideración, y fue lo peor que nos fuimos sin despedirnos, a la francesa. Estuve algunos días gozando de aquella fresquísima ribera, de su mucha y muy buena provisión, y puso a disposición nuestra el de Portugal tres naves para descubrir nuevas tierras; con lo que determinéme al menor daño, que era embarcar.

Partimos de Lisboa a diez de mayo, y fuimos bordeando las costas de África sin tocar las Canarias; llegamos a Etiopía dentro de la zona tórrida en este nuestro tercer viaje con el italiano, que ya centelleaba yo de contento. Nos aprovisionamos de agua y leña, y llevamos hasta allí admirable tiempo; aunque no siempre nos sería favorable, sino muy contrario, como luego diré. Navegamos por el lebeche, de forma que tardamos más de sesenta días en cruzar el Atlántico, pues tuvimos el peor tiempo ahora que jamás tuvo navegante alguno por el mar, que andábamos tan afligidos y cansados como

se puede contemplar mejor que escribir: con muchos aguaceros, torrentes y turbonadas, mas dejemos de contar nuestras penas y volvamos a la materia. ¡Oh, desastres y peligros de la vida en el mar! ¡Cuánto más seguro es el azadón y los sudores! Ibamos junto a la línea equinoccial, donde el mes de junio era invierno, y hallamos que el día y la noche eran iguales y estaba siempre la sombra al mediodía; y llegada la claridad de aquella tempestuosa mañana hallamos finalmente una tierra poblada de personas que eran peores que animales, todos desnudos y encaramados sobre las peñas. Mas era tierra verde y de hermosa apariencia, y esperamos a la mañana del día siguiente para tomar posesión de ella en nombre del rey de Portugal. Fuimos varios días a tierra, pero aquellas gentes no eran como otros que habíamos visto, que no nos hablaban y escapaban, y hallamos muchos fuegos muertos. Navegamos tanto que encontramos que la costa daba vuelta hacia el lebeche, hasta llegar a un puerto donde había gente mejor que la anterior; mas todo lo veíamos lleno de maleza, en todo teníamos peligro. Aunque nos costó domesticarlos, de todos modos los hicimos amigos y tratamos con ellos; pues con lo que les dijimos los dejamos tan sosegados que no volvieron a replicar, y hasta vinieron tres con nosotros voluntarios, para que los lleváramos a Portugal. Seguimos navegando y cubrióse todo el cielo por la banda del maestral, que era viento del noroeste, con oscuras y espesas nubes; y tanto bajamos al austro que ya estábamos fuera del trópico de Capricornio. Habíamos perdido por completo la Osa Menor, la Osa Mayor estaba muy baja y apenas aparecía en la línea del horizonte; por lo que nos regíamos por las estrellas del polo meridional, que eran muchas, más grandes y brillantes que las de nuestro Polo. ¿Qué alturas no allanamos? ¿Cuáles dificultades no vencimos? ¿Qué imposibles no facilitamos? Pues recorríamos a pie mucha costas y no me bastarían doscientos folios para contar lo que vimos, que nos preguntábamos: “¿Vivo estoy? ¿Estoy en la tierra?” Así nos amanecía, pero sin cosa de provecho, excepto muchos árboles de brasil y otros de mirra, y muchos más; y al día siguiente, con el sol y serenidad cobrábamos aliento y todo se nos hacía alegre.

Un día se alzó en mar una gran tormenta, lo cual visto por los consejeros y pilotos hicieron junta en la popa, con ánimo de prevenirse de remedio contra tan espantosas amenazas. Cerróse la noche y con ella nuestras esperanzas de remedio, viendo que no se aplacaba el temporal, que nos hizo amainar nuestras velas y caminar a palo seco con mucho viento, pues fue necesario poner en el timón de asistencia a un aventajado. Estaba la mar grandísima y el aire muy tormentoso, y teníamos gran temor. ¡Cuántos votos hacíamos! ¡A qué varias advocaciones llamábamos! Cada uno a la mayor devoción de su tierra, y no faltó quien otra cosa no le cayó de la boca, sino su madre. Eran las noches muy largas y la mar andaba entonces por el cielo, abriéndose a partes hasta descubrir el suelo las arenas; y una noche de abril tuvo quince horas, pues en esa



región era invierno, que con estos pensamientos y cuidados era breve el sosiego y sobresalto el reposo. Pues era por allá la costa muy brava, sin puerto alguno ni gente, y era tanto el frío que ninguno de nosotros podía aguantar ni soportarlo; que no deseaba yo salud para gozarme con ella, sino sólo para hacer penitencia por los graves pecados cometidos. De modo que apenas podíamos vernos de unas naves a otras por el gran mar y la gran cerrazón, viéndonos tan desesperados y locos, que acordamos con el capitán mayor hacer señal a la flota y reunirnos para volver a Portugal. Quedamos todos tan fuera de nuestras personas, que no se pudiera hacer ninguna diferencia cuál estaba muerto, y quién vivo. Bien o mal, tal como pudimos cruzamos de nuevo el mar Atlántico y con la ayuda de Dios pudimos llegar al África, a una tierra que llaman Sierra Leona; y ello después de muchos sufrimientos y vicisitudes que no quiero recordar, y el corazón me reventaba en el pecho de alegría. Fuimos desde allí a las Azores que eran de los portugueses, como ya se ha dicho. Con sólo dos naves, pues la tercera la incendiaron en Sierra Leona, que no podía navegar más; ya que estando las velas alzadas y de bastante viento llenas llegó el tiempo del pesar, y no estuvo el navío sobre el agua tanto espacio cuanto tres credos rezados bien deprisa. Estuvimos en este viaje cosa de quince meses, y once días navegamos sin ver la estrella Tramontana de la Osa Mayor y Menor que llamaban el Cuerno, dirigiéndonos como ya se ha dicho por las estrellas del otro polo. Sirva esto de aviso a los que leyeren estos trabajosos sucesos de la mar, y para que los que lo pudieran excusar, no naveguen. Así quiera Dios que podamos morir en verdadera penitencia, y en sus sagrados templos podamos conseguir eclesiástica sepultura, pues somos cristianos; y esto que queda relatado atrás, fue lo que vimos en este viaje o jornada.

\*\*\*

Es la costumbre ajena y el tiempo nuestro; por entonces me vine a hallar de nuevo con más deudas que deudos, y no lo encarezco poco, siendo así que todos huyen del virtuoso si hiede a pobre, como he dicho. Voy pasando con este discurso en otros adelante, y me quedan por contar las cosas que vimos en el cuarto viaje hecho con este mismo Americo Vespuccio; con quien ya éramos todos uña y carne, con tantas penas que habíamos pasado juntos, y a todos referíamos lo pasado con grande solemnidad. Mas este viaje no se completó, por una desgracia que ocurrió en el mar Atlántico, que contaré con brevedad. Pues una pequeña piedra suele trastornar un carro grande, y aunque lo malo es malo, de lo malo tengo por lo peor a lo que nos ocurre en la mar. Partimos esta vez con seis naves, también de Lisboa y con encargo del rey de Portugal. El tiempo iba pasando y con él trabándose mis amistades; íbamos con el propósito de bordear el África, yendo a descubrir por occidente una isla que llamaban Melaccha, de la que se tenían noticias que era muy rica. Era como el almacén de todas las naves que

pasaban desde el mar Gangético al Índico, así como era Cádiz lugar de reunión de todos los que tomaban la vía de Calicut, y clareando el día vimos que íbamos muy metidos en la costa. Los marineros habían trabajado mucho en desamarrar y levantar las áncoras, y meter dentro de la nao el batel, y otras cosas; fuimos derechos a la isla de Cabo Verde, donde carenamos y nos abastecimos; y como el capitán mayor, que no era Vespuccio sino otro puesto por el rey portugués, fuera hombre muy cabezón y presuntuoso, que no sé si era demonio plebeyo o de los de nombre, quiso ir a reconocer Sierra Leona, tierra de Etiopía, sin tener ninguna necesidad; sino por hacer ver que era capitán de las seis naves por encima de los otros seis, y hacíase de la banda de los valientes. ¡Cuántas cosas se han errado, cuántas fuerzas perdido, cuántas naves desbaratadas que culpan al que no lo merece! Pues fueron tales las turbonadas que en esa costa nos acosaron, que estando frente a la tierra cuatro días no pudimos entrar en ella; que nos veíamos nadando en calzas y en jubón, y no digo más. Con esto, proseguimos con nuestra navegación verdadera que eran las muchísimas leguas por el mar Atlántico hacia el poniente. Estando ya fuera de la línea equinoccial, habiendo navegado seiscientas leguas por el inmenso mar, vimos una tierra que nos maravilló, y detuvimos el navío para echar el batel fuera. Era una isla enmedio del mar, de dos leguas de largo y una de ancho, y nunca estuvo habitada por nadie. Era el tal primer capitán hombre negociador y cargado de pleitos y barajas; y fue tal su impericia que encalló y perdió su nave, pues dio en un escollo y se desbarató la noche de san Lorenzo, que era a diez de agosto; y la cosa de mucho mayor dolor y espanto fue ver la nao que se hundía y se iba el fondo, y no se sacó de ella nada sino la gente; y la ropa que escapó quedó muy dañada y perdida. Era nave de trescientos toneles, la más importante de la flota; iban la mayor parte de sus marineros enfermos y cansados del excesivo trabajo que habían pasado, y quiso el capitán mayor que Vespuccio se acercara a la isla con un batel y nueve hombres, entre los que puedo decir que me escogió. En ello llevé una gran satisfacción, pues el ingenio es como el fierro, que cuando no se ejercita se cubre de orín o de moho, como dice Tullio en la Rethorica. Nos separamos de la flota como nos mandaron, y con menos de la mitad de nuestros marineros fuimos a la isla donde hallamos un hermoso puerto, en que pudieran haber fondeado todas las naves; y pues Dios había hecho por nosotros tantas maravillas hasta entonces, no debíamos desconfiar ni dudar que había de hacer lo demás para salvarnos, y sacarnos con bien de la aventura. Aguardamos al capitán mayor y a la flota durante una semana, y jamás vinieron; de modo que estábamos todos con mucho disgusto y la gente no se podía consolar, que todos lamentábamos nuestras perversas locuras, sucesos viciosos y tristísimas casualidades.

Estando así, al octavo día vimos venir una nao por el mar, y de miedo que no nos

viere salimos y fuimos hacia ella, pues pasábamos desmayos de recelos y parasismos de temores. Pensamos que traía nuestro batel y el resto de nuestra gente, y cuando emparejamos con ella, después de haberles saludado y estando aguardando a partir con comodidad, nos dijeron que la capitana se había ido al fondo perdiendo cuanto tenía, con tal rigor que sólo la gente se había salvado; y nuestro batel quedaba con la flota que se había ido por aquel mar adelante, y habiendo dicho esto el capitán, avergonzado bajo la cabeza y volvió las espaldas. Nos hallábamos a mil leguas de Lisboa y sin batel, con poca gente y pocas premisas de salud. Con todo fuimos adelante todavía, afrontando la fortuna, que ya me culpaba a mí mismo y a mi mala suerte. Mucho esfuerzo pone el miedo, y yo me trasponía con el pensamiento; con esto volvimos a la isla para abastecernos y escapamos de la de Roncesvalles, como perro con vejiga. Cuando vimos el día tan cerca que casi era claro, hallamos mucha agua viva y dulce y muchos pájaros marinos y terrestres, y eran tan mansos que se dejaban coger con la mano. Había tantas aves en aquella isla y tantos nidos con huevos de ellas, que apenas se podía andar por medio sin pisarlos, así como a los pollos. Cogimos tantos que cargamos un batel, y el graznar y el estruendo de estas aves y el batir de las alas era tal que no nos oíamos unos a otros. De otros animales no vimos ninguno, salvo topos muy grandes y lagartos con dos colas, y alguna serpiente. Así, caminando con el viento en popa a placer fuimos el continente, a un puerto que descubrimos en el viaje anterior y que llamamos Bahía de Todos los Santos; pues había dicho el rey de Portugal que fuera allí todo barco que se perdiera, para encontrarse con los otros. Así se tornaron a renovar las lágrimas y tristeza, pues no hallamos a nuestro capitán mayor ni ninguna otra nave de la flota. En dicho puerto aguardamos más de dos meses, haciendo una larga cuaresma y penitencia; pues ninguna cosa había qué comer, sino verdolagas. Visto que no llegaba señal alguna acordamos recorrer la costa navegando casi trescientas leguas, pues decía el piloto que era peligroso andar cerca de tierra. Era este hombre bien hablado y de buena fama y digno de ser creído; tanto, que nos llevó a un puerto donde acordamos hacer una fortaleza, y la hicimos, y hacía más de treinta días que estábamos en la vida y trabajos que he dicho. Nos ayudamos de ciertos hombres que teníamos en la reserva, recogidos de la nave capitana que se había perdido; y estuvimos casi cinco meses haciendo la fortaleza y cargando la nave de brasil, que desde que entré en mundo hasta ahora que estoy bien cercano a salir de él, no recuerdo haber trabajado tanto. Pues no podíamos seguir adelante, ya que faltaban aparejos y gente, y decía yo para mí: “¡Ah, ah, España! Amada patria y custodia verdadera de la fe, ¿quién volverá a verte?” Porque, recordaba yo los lomos en adobo de mi tierra, las lenguas de vaca y cecina de jabalí, las empanadas de venado y piezas de tocino con tres dedos de tabla en grueso, y con todo esto pedíamos un traguito de vino por amor de Dios, que

teníamos gran dolor de estómago. Salióme por entonces mucha sangre de la boca y narices, y conocí que todo me estaba bien empleado. Hecho esto que digo acordamos volver a Portugal, que estaba por el viento entre Greco y Tramontana; dejamos a veinticuatro hombres en la fortaleza con mantenimiento para seis meses, con doce bombardas y otras muchas armas. Así me determiné a relatar las cosas que vi, según me lo permitiera mi débil ingenio; aunque a veces está de tan mal talante para mis propias cosas que no tengo gusto en lo que escribo, aunque muchos me animen a hacerlo. No me alargaré más en estas consideraciones por no ser discursivo, mas sí añadiré que esta tierra que he dicho está fuera de la línea equinoccial hacia la parte del austro; y que después de casi ochenta días, con muchos trabajos y peligros y estando desahuciados de todo remedio llegamos a Lisboa, gracias a Dios; para cuyo efecto traté al instante de hacer este libro, por hacerme memorable y que me sirva de despedida.

\*\*\*

Después de muerto el Almirante hubo cierta tregua en estos viajes, y no reparaba yo en hacer escaramuza de gatos, con lo que siempre salía arañado. Pedíanme las mujeres unas veces matrimonio, otras divorcio, y eternamente dinero y más dinero, por lo que, como a alma condenada me abochornaban los tuétanos. Tuve demás de esta suerte otra no mejor que ella, pues sufrí de unas fiebres malignas; que llegándose el médico a tomarme el pulso, viendo su grande alteración y las bascas y trasudor y agonía que pasaba, sin informarse por la causa de mi dolencia mandó que hicieran diligencia de buscar quien me confesara, porque tenía muy pocas horas de vida. Vino luego un cirujano de opinión, ciencia y experiencia, que pensé que me dejaba muerto, y yo creo que estaba en vísperas de ello. Lleváronme medio muerto a Sevilla, atragantando podre por la boca y vertiendo ponzoña por los ojos, y allí encontré a mi madre que estaba corcovada, hecho su cuerpo un ovillo sin hechura ni talle de cosa humana. Tenía no obstante con toda su desdicha su mismo buen entendimiento, decidor y gracioso, y lo primero que hizo a la mañana fue reformarme de jubón, zapatos y sombrero, y asó dos perdices y un torrezno, que me sirvieron de almuerzo y comida, por ser tarde y la jornada corta. Extrañóme, pues era mujer que palabra no daba de balde a fuer de avarienta, y la saliva no daría si pensase que era medicina; pues sus caballos reventaban de gordos y los pobres se le caían muertos a la puerta de flacos. Yo estaba en la cama, y siendo para mí aquella vida descansada, una vez que estuve sano no me pareció bien, y menos para mis intentos; mas tenía la corona de España por entonces demasiado quehacer con los asuntos interiores para ocuparse de los de fuera. “Tienes buena casa, duermes en buena cama, comes lo que quieres, huelgas según se te antoja -me decía madre. -¡Ah, loco, loco! ¿Por qué piensas en irte ahora, que te he encontrado?” “Enseñado estoy -le contestaba yo-, a sufrir con esfuerzo y a esperar las

mudanzas de la fortuna”.

Supé por entonces que los cientos de españoles que habitaban en la Española y Puerto Rico iban explorando las otras Antillas, haciendo cautivos en ellas para sustituir a los indios serviles que estaban muy mermados; y quédese aquí esto, que secuestraban a los isleños de las Bahamas para que pescasen las perlas de Paria, y no les dejaban hueso en su lugar ni narices en la cara. Pues los enviaban a mil millas de sus familias y casas, y si se alborotaban con algún imprevisto los mataban; y otros como Juan de la Cosa recogían oro y perlas por cambio o por la fuerza, quedando los indios sin ningún sentido, tanto que querían huir y no podían. Embarcaban esclavos en las costas de Venezuela para traerlos a España, pues aún las desdichas vienen por herencia. Supé que Ponce de León, un noble caballero que viajó con Colón en el segundo viaje, seguía en la Española, y veníanme a la memoria pasadas pesadumbres. A Dios pluguiera que aquí parase y en este puerto diera mi plus ultra. Dijéronle al tal sus indios que en la costa de Puerto Rico había oro a ras de suelo, y aunque no es todo fácil cuanto lo parece, fue allá para procurárselo con guías indios y un puñado de españoles, que no hay hierro tan mohoso que no pueda dorarse. Dijeron que el cacique de la isla lo recibió amigablemente y había cambiado nombre con él en prueba de buena voluntad; le entregó a su propia hermana y le mostró los ríos del oro, y aquesto es lo más verdadero y cierto. Pero los indios fueron repartidos por Ponce de León como esclavos, para buscar el oro y labrar la tierra. Contaban que el cacique murió, rebelándose los indios contra los españoles y saliéndoles todo al revés, aunque ni en aquella noche ni en otras tres o cuatro tuvo lugar la rebelión. Amaneció luego muy oscuro y así fue todo para ellos, pues incendiaron los puestos los naturales, muriendo en número de setenta los extranjeros. Fue luego la revancha de incendios y ahorcamientos, que por huir de la sartén caían los indios en las brasas; pues hubo matanza de ellos por los perros salvajes y los sumieron en completa esclavitud, terminando con la población nativa en poco tiempo; y muchos estaban tales que no se atrevían a hablar por no escupir las muelas. Supieron por un esclavo en la Española que un cristiano llamado Juárez había caído en manos de los indios. Conociendo por presagio su perdición, queriendo tomar auxilio no conocía de quién poderlo recibir, pues celebraban una fiesta alegre a la que seguiría un baile y luego un premio; siendo éste matar con sus propias manos al cautivo, que en tanto aportaba sin saber dónde iba, desbaratado, desnudo, sin sangre y aporreado. Un tal Salazar, hombre muy famoso entre los indios, siempre sospechó lo peor y previno lo mejor, esperando lo que viniese; obligó a un esclavo suyo a que lo llevase al poblado, y estando en la cabaña donde estaba Juárez lo desató, diciendo: “Sé hombre, y sígueme”. Con lo que ayudándose en la oscuridad, pues no había luz alguna y estaba todo a oscuras y en extraño silencio, salieron quedito; y ambos eran sendos bultos de

lodo, sin descubrirseles más que los ojos y dientes, como a los negros, siendo así que la hereje necesidad los sacó de allí a coces y a empujones. Había según se oyó contar un perro llamado Becerrillo, de una parte malo y de la otra peor, a quien se asignaba la parte de un balletero en los botines, por su maña en luchar con los indios; que ninguno salía con salud por entonces, pues eran más temidos diez españoles con un perro que ciento sin él, aunque fuera mezquino, viejo y mal acondicionado. Conocía Becerrillo a un indio bravo en medio de una multitud de otros mansos, y con agua del cielo y barro en el suelo cuando perseguía a alguno lo tomaba con las fauces por la muñeca y lo obligaba a volver, y si se resistía lo hacía pedazos, dejándolo además remojado. Eran cosas tan cruelmente obradas que ponían horror y admiración en los que las oían, dejando suspenso cualquier entendimiento. Decían que en una ocasión pensó Salazar en echarles una vieja india a los perros, después de una batalla; y con el achaque de llevar una carta a un grupo de cristianos que estaban alejados de allí, la despachó. Hízole un billete y después de haberlo cerrado la envió con él, y le soltaron luego a Becerrillo. Estando en el último peligro ella se dejó caer a tierra, y mostrándole al perro la carta le habló en lengua india, diciendo: “No me hagas mal, señor perro, que tengo que llevar al gobernador esta carta”. Él le respondió con un ladrido y la olfateó tranquilamente, y sin haberle tocado el sayo la dejó marchar, demostrando así que hay hombres que son peor que los perros, y este discurso es mío. Según me dijeron el tal Becerrillo fue herido a menudo, siendo así que en una batalla la flecha de un indio acabó con él cuando nadaba persiguiendo a un fugitivo; y todo ello es verdad, pues si mentí en mi juventud, con la senectud conozco la falta que hice.

Nombraban por entonces gobernador de las Indias a don Diego Colón, hijo legítimo del Almirante; pues tuvo éste otro hijo natural como he dicho, que si el árbol no echa raíces no lleva fruto, presto se seca. Fue este bastardo nacido en Córdoba de aquella dama llamada Beatriz, y fue criado con rosquillas de alfajor y huevos frescos, que todo se le hacía después duro y malo. A éste lo legitimó su padre, y junto con su hermano Diego lo hicieron paje del príncipe don Juan, el hijo de los reyes; y aunque se quedó huérfano había dinero y comía, que los duelos con pan son menos. Bueno es tener padre, bueno es tener madre, pero el comer todo lo repara. Acompañó el tal a su padre en el cuarto viaje, pero gustaba más de las letras que de la navegación; y vino con bonanza hasta España, que no poco la tenía deseada. Era coleccionista y tenía buena biblioteca, pues siempre acude cada uno a su natural. Ha escrito luego la historia de su padre, defendiéndolo de cuantos lo atacaban; mas para que no digan que todo se me va en digresiones le doy de lado y sigo con lo mío, y Dios nos dé conocimiento de nuestras culpas, que diré lo que verdaderamente aconteció adelante. Fue ello que el segundo Almirante, don Diego Colón, fue a la Española en compañía de su noble

esposa doña María de Toledo; residió gratamente en la isla y actuó como gobernador por seis años más o menos, ennobleciendo a su llegada esta ciudad, y casando las damas de honor de su esposa con ciertos caballeros que en la isla vivían. Que a la mañana temprano, sus pajes les daban de vestir, componían su galas, y oída la misa se iban a visitar al Almirante, recibéndolos éste con mucha cortesía. Mientras esto sucedía tenía yo en Sevilla los ojos bien hinchados de dormir, las manos como seda de holgar, el pellejo liso y tieso de mucho comer, que me sonaba el vientre como un pandero, las nalgas con callos de estar sentado, como la mona, mascando siempre a dos carrillos; y en esto se pasaba desde el primero de enero hasta fin de diciembre de cada año.

Por entonces, los negros llevados del África iban tomando el lugar y trabajo de los indios, pues éstos mermaban y eran aquéllos mucho más robustos; y dondequiera que llegaron, no había de faltar en qué ocuparlos. Empezaron a cultivar aquellas tierras, pues tomó el Almirante el negocio en sus manos y empezó en aquel punto, y el deseo de muchas aventuras dio lugar a una forma de vivir más pacífica y harto más sedentaria, que no era preciso ya tanto trabajo ni cuidado. Llevaron a las Indias la caña de azúcar, haciendo grandes plantaciones della, pues deseaba el gobernador sustentar este buen deseo; fue aumentando la cría del cerdo, el ganado lanar y demás animales domésticos, que iban allí muchos labradores con determinación de ser hombres de bien. En éstas, salieron algunos barcos en busca de la isla de Bimini donde decían se hallaba una fuente milagrosa, y andaban desalados y los pechos por tierra; pues hacía rejuvenecer y volverse mozuelos a los hombres viejos, y como la vejez es fría y seca muchos iban allí, pues con la edad el estómago se debilita y desfallece la virtud. Durante seis meses navegaron aquellos cristianos por las Bahamas sin hallar tal fuente, prevenidos todos de paciencia y sufrimiento para cualquier grave daño que viniera. Desembarcaron el día de Pascua en una tierra que llamaron la Florida, y pensaron fuera aquello Bimini, mas cuando allí se hallaron conocieron su necedad. Muchos perdieron la vida y la hacienda en esta demanda, después de cansados y despeados, de correr y trabajar; pues unos murieron en el viaje y otros allí llegando, que comían tarde, frío y poco, a fuerza de dientes royendo un hueso frío y desechado, quién de enfermedad, quién a manos de los indios. ¡Desventurada vejez, paradero de los carros de la vida! Vivía según me dijeron el tal Diego Colón en un palacio de Santo Domingo, y era allí mal gobernar y mucho bailar, que a los grandes hace mucha mancha cualquier pequeña salpicadura. Jactábase que había dominado las islas sin derramamiento de sangre, y me inclino en mi corto saber y entender que más diría de sangre española. Pues eran azuzados los indios que tenían que huir a los montes, sin poder tomar sueño de corridos, pensando y vacilando en cómo salvar sus vidas; hasta allí los perseguían, y los que lograban de milagro

sobrevivir entregábanlos como siervos a los españoles para sus encomiendas, luego que allí llegaban. Lo mismo ocurría en la isla de Cuba, en Jamaica y en todas las islas grandes y pequeñas; que venían anegados y renegados de su sufrimiento, y así los indios se agotaban por momentos, que ni los bultos veían con dificultad muy grande. Vivía por este tiempo allí fray Bartolomé de las Casas, que entonces vio la fealdad de todo aquello; con lo que fue luego protector de los indios y lo sigue siendo, por mucha vida que Dios le dé. Holgaba por entonces nuestro obispo sin mucha preocupación, con el trabajo de los esclavos indios que tenía; sé por él muchas cosas de éstas, que me tiene particular afición, así por mi persona como por ser hombre que salió con Colón en aquel su primer viaje, y como amigo sentía las desgracias que me habían sucedido. En conociéndolo yo, mal prevenido de mentiras le dije toda mi verdad, sin pensar ni quererla decir, siendo la primera que salió sin agua de mi taberna. Quedé entonces tan avergonzado, tan otro yo por entonces, tan diferente de lo que antes era, y a todo esto él me oía quedo sin desplegar la boca. Poco a poco se deshizo la conversación y nos despedimos. “Ánimo, ánimo”, me dijo, y añadió a esto otras palabras que me dejaron tan sobresaltado como confuso. Sentí mi culpa, en ese pensamiento quedé, y en reformar la vida. ¡Qué buena resolución, si durara!

Tuve por entonces mil imaginaciones y ninguna que me pudiera ser de provecho, pues como me crié consentido no quise aún ser corregido. Consideré mi apacible sitio y luchando andaba conmigo mismo, diciéndome mil mentiras y embelecos; que el que pone excepciones, son achaques al viernes por no ayunar. Iba muriendo el segundo trozo de mi vida y era yo hombre bullicioso, agudo, alegre y decidor, y sobre todo grandísimo bellaco. Conocí a una señora liberal, franca y hermosa, afable, generosa, graciosa y agradable, y amancebóse conmigo a pan y cuchillo, estando en pecado mortal y obligándome a sustentarla con platos diversos y con vinos diferentes, y todo a costa de mi madre que Dios haya en su gloria. Vésme aquí en Cazalla, doce leguas de Sevilla, de bolsa apurada y con ella la paciencia. Se hablaba mucho por entonces de hallar un paso en las tierras descubiertas de las Indias, y de ello se ocupaba la Junta de Toro; en la tal junta hallé a Vicente Yáñez Pinzón y el capitán Americo Vespuccio, que con el rey don Fernando y otras personas trataban de estas cosas, en cierto viaje que me obligaron a hacer varios negocios que tenía; y andaba yo merodeando, por ver lo que podía colegir de lo que allí se proyectaba. Dieron por entonces a Vespuccio carta de nacionalidad, y a Pinzón le dieron un corregimiento en Puerto Rico con obligación de que alzara allí una fortaleza, y así se puso en obra; pues quería con ella don Fernando defender la costa de las Perlas de ciertas incursiones de enemigos, ya que el demonio vela y nunca se adormece. Al año de la Junta de Toro, el rey renunció a favor de su hija doña Juana; que era otra penitente de la cofradía de los penantes, muy llagada y afligida



en su espíritu. Había muerto el Almirante tiempo hacía en Valladolid, pasando su muerte desapercibida para muchos que no lo conocían en persona, y algunos hasta holgaron de oírlo; y apenas se hizo nada por entonces, hasta que luego volvió don Fernando. Éste, acostumbrado antes a buscar las ocasiones que a huirlas, citó en Burgos a Pinzón y a los otros, Vespuccio y Juan de la Cosa; con muy buenas palabras y mejor favor trató con ellos planes marineros, porque en su ausencia se había flojeado mucho en ellos; que hervíales la sangre y les bailaban los ojos en la cara, y quisieran si fuera lícito ir cantando a voces por la calle. Hizo a Vespuccio piloto mayor de la Casa de Contratación, con estas palabras y otras regaladísimas, para que hiciese cartas geográficas y enseñara a navegar a otros, examinando a los pilotos que iban a las Indias; pues jueces hay que juzgan al vuelo, como primero se les viene a la boca. Dejólo con esto tan obligado que se lo agradeció sobremanera; comieron y cenaron luego en muchas libertades, y fuéronse a dormir.

Quiso hallar el famoso paso de las Indias Pinzón, y para eso es determinó ir a la parte del norte, hacia occidente. Fue muerto por entonces el piloto Juan de la Cosa, que acabáronlo los indios en una expedición al continente, siendo en aquellos lugares caso muy riguroso y el mayor oído. Conocí a un personaje llamado Nicuesa, pues con todos hablo; y habiéndonos abrazado estrechamente me contó estas aventuras, y así puedo dar fe aunque no las viví, pues asíó de la ocasión refiriéndome muchas cosas memorables. Era éste un hidalgo harto enriquecido por el oro de la Española, que se había criado también de paje en la corte y era persona muy cuerda y palatina, gracioso en el decir, gran tañedor de vihuela y buen jinete, que hacía maravillas con una yegua que tenía. Había gastado en estas empresas todos sus dineros, a más de muchos que tomó prestados; que para grande carga es necesario grandes fuerzas, y los que sobre arena fundan torres pronto darán con el edificio en tierra. “¿Habéis considerado en qué laberinto quise meterme?”, preguntó, pues dada la fama que Veragua tenía desde el último viaje de Colón, fue éste tal allí llevando seis caballos y setecientos hombres que quisieron seguirlo; y siendo hijo de padres honrados y ricos, con sus propias manos llamó a su daño. Eran los caballos aún desconocidos en las Indias y los naturales se asustaban el verlos, mas vuelvo al punto donde hice la disgresión. Pues de estos hombres que fueron murieron casi todos en luchas o en naufragios, con lo que se hizo un escabeche. Cayeron otros envenenados por las flechas que lanzaban los salvajes ocultos en las selvas, que después de allí a algunos días no pasaban de cuatro, muriendo la mayoría del hambre y las enfermedades. Decían a voces a Dios que lo habían ofendido, y pareciéndoles que sería sordo levantaban el grito hasta el cielo; y en los escudos de los que se salvaron mostraban las huellas de al menos veinte flechas cada uno. Contóme qué de abusos y disparates cometieron, confesándose los unos con

los otros, como si fueran curas o tuvieran autoridad con qué absolverse. Los que alcanzaban estas flechas emponzoñadas morían delirando, siendo el piloto Juan de la Cosa de los que murieron de tan triste manera; y de lo malo esto no lo era tanto, pues hubo quien, viéndose atravesado el pecho con una flecha envenenada, salvó la vida cicatrizando sus heridas con un hierro candente, y empero llevaba el corazón sobresaltado de lo hecho; y uno llegó a amenazar al médico con ahorcarlo si no le aplicaba el cauterio. Llamábase este hombre Ojeda, y pudo salvarse de los indios por la llegada a aquella costa de un barco pirata que robaran ciertos desertores en la Española; pues con esto se vino a ellos con los brazos abiertos, que ya no tenía parte segura ni pared donde arrimarse. Tanto, que no salía de lo verde por no tener con qué cubrirse.

\*\*\*

Con estos refuerzos y provisiones llegaba un polizón llamado Vasco Núñez de Balboa, que no estaba segura en sus manos ni el agua del pozo. Éste, lo mismo que yo hiciera de mozuelo, se había ocultado en aquel barco para huir de ciertos acreedores que tenía, y también en un tonel vacío. Hízole mucho daño haberse enseñado a jugar en la vida pasada, porque lo que ahora le sobraba, como no tenía cosas que comprar ni censos que reparar, todo lo vendía para el juego. Tenía este hombre por entonces treinta y cinco años, era alto y bien proporcionado según me dijeron, pues no llegué a conocerlo; era harto fuerte y de no poca inteligencia, y enemigo de toda ociosidad. Decíanlo hábil esgrimidor, no llevando más impedimenta que su espada y un perro a quien llamaba Leoncico; hombre y perro saltaron juntos al tonel, y allí purgaron los buenos pastos que se habían dado. Ladrones hay dichosos que mueren de viejos, y otros desdichados que por el primer hurto los ahorcan; y éste, calmada la ira de su capitán que amenazó con abandonarlo en cierta isla, fue admitido luego por él, saliendo de aquel punto con favorable viento y con esperanzas de tener feliz viaje. Conocía bien el terreno, pues ya antes lo había visitado; y había por allá una gran cantidad de árboles y frutos silvestres, de hierbas y resinas medicinales, siendo sus montañas casi impenetrables por la espesura que tenían, y plantas espinosas. Dirigiólos Balboa con muy buena mano y hasta iba delante por guía, y así caminaban poco a poco en buena conversación; y aún les abría él mismo los caminos, ya en la cumbre de sus trabajos. Consiguió el tal ganarse a muchos indios, pues comenzaba a preguntarles muchas cosas de su principio y fundación, y ellos le preguntaban qué viaje llevaba. Fue una doncella india que tenía consigo quien denunció cierta conspiración de los suyos contra los españoles, con que pudo muy bien superarla; no se contentó sólo con esto, sino que leía los pensamientos y a todos sus deseos acudía, que al tiempo de apartarse le faltaban palabras. Supe de él que se había unido a la hija de un cacique llamada

Anayansi, que otros decían Caretita, pues era su padre el jefe indio llamado Careta; al que habían vencido los españoles en una batalla, lo cual fue causa de más acrecentar su dolor. Después que le dijo su determinación de conservarle la vida fue tanta su alegría que lo tomaron los indios con ellos, le dieron oro y otras cosas y lo invitaron a sus tierras. En llegando a vista de ellas, el tal Careta, y otro jefe llamado Comogre llegaron a aceptar el bautismo, recibiendo en la pila sus nombres cristianos. ¡Cómo sabe Dios trocar los designios de los hombres! Dábanle bien de comer y servíanle con el pensamiento, trayéndolo aseado, limpio y oloroso, y regalábanle mucho. Sembraban los españoles maíz, y muchos hombres llegaron después de la Española a establecerse en la ciudad; que con aquella levadura se acrecentó toda la masa corrompida de los vicios. Recogían mucho oro y les regalaban adornos, y quisiera Dios que parasen; pues lo cambiaban con los indios amigos o lo obtenían los más por la fuerza, por medio del tormento que daban a los desdichados enemigos; y había en el apetito desorden, crueldad en las obras. Seguía por entonces Balboa acompañado del perro que llevaba, que era hijo del otro Becerrillo famoso; y digo de mi cuento que había heredado de éste la rara habilidad de llevar a los indios de la mano y destrozarlos si se resistían, que no conocía otro medio. Recibía la parte de un arquero en los botines, quedando así para su amo mucho oro y esclavos; pues era danza de ciegos, y él lo estaba más, que los guiaba.

Tenían éstos más oro que salud, de lo que sobrevino ceguera en el entendimiento; y muchas veces holgaban más de hallar una cesta de maíz que otra de oro, viéndose desbaratados, como quien escapa robado de corsarios; pues quien es de tu oficio, ese es tu enemigo. Abundaba el oro en muchas y muy ricas minas, lo que supieron en muchas maneras; pues aunque al principio lo disimulaban un poco daban tormento a unos, y otros por amor, dando a otros cosas de Castilla por quitarse de malas lenguas. Siempre prevenido, supo Balboa que rumbo al sur había un gran mar, y una tierra muy rica a la que llamaban entre ellos el Perú, y a mediodía ya sabía que había de tener el campo franco. Escribió cartas a la Península pidiendo soldados en número de mil, y diremos que eran gente non sancta, aunque aclimatados a la Española. Y así hizo su cuenta pidiendo armas y provisiones, carpinteros y barcos, y material para hacer un astillero; con lo que muchos tomaron su hatillo que todo era el del caracol, que cabía en una caja bien pequeña. Rogó no le mandaran letrados, pues decía que ningún bachiller pasaba a las Indias que no fuera diablo; mucho lo sintieron muchos y algunos más que la muerte, pues todos en marchando allá cometían y hacían mil pleitos y maldades, y al que robaban quedaba perdido. A todo esto presumía Balboa de gran humanidad con los indios y hacerlos traer de comer gallardamente, y veces lo practicaba, que sólo le faltaba comer con ellos a una mesa y dormir en una cama juntos; pero también sé que

aconsejaba en cierta ocasión, haciendo mucha insistencia, que en una tribu de caníbales o tenidos por tales, no con más fundamento que ser del barrio, fueran quemados vivos. Y eso, tanto los jóvenes como los viejos. Pues aunque les ayudaba con su persona en ocasiones poco le duraba, ya que su compasión parecía mermar algunas veces viendo las muertes y sufrimientos de los suyos, que todo quiere curso. No le dejaba de poner cuidado pensar cómo padecían toda clase de calamidades y andaban miserables, afligidos, marchitos. Alegaban muchos que eran corrientes en Europa la mutilación y el incendio, así como descuartizar y apalear hasta la muerte, todo ello en público y con notoriedad; así que Balboa podía libremente y sin escrúpulo torturar y quemar a los indios, y dábanle cuerda larga para que los arrojase a los perros salvajes que acompañaban siempre a sus soldados, y hacerlo sin ningún melindre. Yo sabía ya lo que pasaba en la costa, y que los españoles tomaban tales cosas como naturales; pues el provecho allí era breve, la infamia larga, la comida difícil. Perdían sus costumbres civilizadas luchando contra el clima feroz, mientras su reputación se anegaba y se abrasaba su honra, entre miserias y calamidades. Así respondían ser todo una miseria y se hacían indiferentes a la destrucción de cualquier vida, bien fueran animales o enemigos; o también compañeros, que de todo figuraba lo mismo y eran como cuervos, que olían la carne de lejos. Y aún despreciaban la suya propia, haciéndose los hombres crueles, atrevidos y todos rapaces, pues considerando en ellos lo que años estragan estaban tales que con dificultad se los reconociera, como peores bestias que viven en la selva.

No recuerdo quién me lo dijo, pero es lo cierto que estando los españoles pesando las ofrendas de oro a la puerta de casa de Comogre, un hijo de aquél que venía con el mejor vestido de los que tenía, golpeó de pronto las balanzas esparciendo el oro. Ellos, cuando lo vieron acudieron, pues su desvergüenza había sido mucha y querían darle su pago, no consintiéndolo ni dando favor ni entrada para ello. Mas señalando el sur dijo el muchacho que había en aquella dirección un mar, haciendo luego reseña de su hermosura, y que había por allí una región con más oro que todo el que nunca hubiera en España. ¿Qué podéis creer que sintieron? Pues quería Balboa descubrir aquel mar, y así embarcando en el Darién navegó hacia el oeste, y alegrósele la sangre como si a su propia madre viera. Harto hizo y trabajó, buscando la parte más estrecha de la tierra según le dijeran los indios; que había en ese lugar poco más de sesenta millas de terreno montañoso y no fácil, quebrado y lleno de ríos y pantanos. Iba continuamente con pie de plomo, conociendo el naípe, pues estaba aquella parte cubierta de una selva muy densa y con indios muy fieros. Marchaba con muchos españoles a través del estrecho de tierra, que no de agua, y era la marcha durísima por el calor y la humedad; viendo en tal ruina la fábrica de su reloj humano que no les quedaba rueda sobre rueda,

ni reloj fijo que les moviese. No podían andar ni caminar con las lianas que hallaban, las flores extrañas que encontraban al paso, los charcos y helechos gigantes, y hallábanse rematados. Encontraban caimanes en los ríos que les cerraban el camino, y en ello ponían gran temor y aflicción. Se los comían los insectos, que los cuidados no daban lugar a quietudes ni alivios, apartando todo a golpes de machete. Llegaron por fin a los dominios de un cacique llamado Toreche; era hombre de bien, lo que no fue pequeña ventura. Pudieron comprobar en cambio que los indios, no sólo en el traje sino en todo menos en el parir eran hembras, y gente de ancha vida y ancha conciencia. Aposentáronlos muy a su gusto, tanto que parecióles todo lo pasado sueño y no posible haber salido de él. Hallaron una cumbre, desde la cual según les dijeron se veía el mar; y emplearon un día en escalarla sin que lograsen alcanzar la cima, durmiendo en la ladera bajo un gran frío, pues permite Dios que aquello que tomamos para ofenderlo, eso mismo sea nuestro verdugo. Era sábado, y en la mañana del domingo llegaron a la cima cayendo y tropezando, con la prisa del llegar y las ganas de verla. Atalayaron el horizonte, que no sabían qué hacerse ni cómo gobernarse, mas él solo vio la mar del sur; pues se adelantó solo, dándoles con esto un gentil tapaboca y dejándolos muy feos. Desde la altura abarcó con la vista el nuevo mar, y arrodillándose, elevó las manos al cielo y dióle por ello las gracias, que fueron principio de todas sus desgracias.

Hizo señas a los otros que se acercaran y rezaron todos, pues habían llegado al fin y a la consumación de todos sus trabajos, habiendo olvidado toda su pesadumbre. Era un mes de septiembre antes del mediodía y habían pasado por entonces veintiún años desde el desembarco que hicimos con Colón, siendo éste de ahora el segundo hecho en importancia de la conquista de las Indias; y con esto se habían acomodado, sentándose en el suelo. Cortaron unas ramas en señal de posesión, y sirviendo de atabales los cuatro vientos alzaron una cruz en un pilar de piedras, grabando en los árboles el nombre del rey, y dando aquí punto y fin a estas desgracias. Caminó Balboa con su escolta hasta unos ancones llenos de arboleda donde el agua del mar crecía y menguaba en gran cantidad, y con esta historia y otros entretenimientos pasaron unos días después a la playa, que habían llegado a la ribera a la hora de víspera y el agua era menguante. Quería tomar posesión con la marea alta y declararlo cosa de España, con gran alegría de los que allí venían; por lo que tomaron asiento las tropas que estaban cansadas, y para animarlos decía que todo era nada, y dijo verdad, para lo que después el cabo de poco le sobrevino. Aguardáronse a la pleamar, y estando así creció la mar a la vista de todos con gran ímpetu; y cuando el agua se aproximaba quedaron admirados y confusos, sin saber qué pudiera ser aquello. Entró Balboa en el agua, y en nombre del rey don Fernando tomó en la mano una bandera y el pendón real de Castilla en que estaba pintada la imagen de Santa María. Muchas moradas hay en la gloria y

para cada una su senda derecha, y éste entró en el agua de la mar salada con una espada desnuda hasta que le dio en las rodillas, y luego en la cintura; y comenzó a dar vivas a su rey entre las olas recién descubiertas, teniendo por testigos a sus acompañantes. Una cosa diré: que tomando posesión de aquel mar y todas sus provincias y reinos adyacentes en nombre de Castilla, aborreciéronle algunos como si fuera su enemigo verdadero, y hacían luego un gesto como quien prueba vinagre. No hablemos de eso, dejémoslo estar, que da mal olor. A aquel mar lo llamó mar del Sur, y allí estaba Francisco Pizarro que lo acompañaba y en todo firmaba las actas, que una misma estrella parece que influyó en ambos. Con gran riesgo embarcó Balboa en frágiles canoas con los suyos, sobre aquellas aguas encrespadas; y luego que abrió los ojos y vio esta belleza del orbe, se alegró. Pues hallaron una pesquería rica en perlas y guardó el capitán las mejores para llevárselas al rey, con una remesa de oro y la noticia de este sin par descubrimiento que había hecho; que real y verdaderamente la muestra del rey son sus vasallos. Después de unos meses de ausencia volvió por sus desdichas al Darién, cargado de riquezas, que el que tuviere tiempo no aguarde otro mejor. No había dejado en los lugares que pasó sino indios amigos y pacificados, y pudieron confesar con verdad que todo el tiempo que con ellos vivieron se entendían como vecinos, pues todos hicieron amistad con los caciques de aquella región y quedaron muy conformes, como nunca lo fueran; y no podían ellos quejarse, pues les hablaban siempre de un reino lejano y lleno de riquezas que estaba hacia el sur.

Ya, pues que aquí he llegado sin pensarlo, diré que los mensajeros de Balboa vinieron a España llevando las perlas y el oro que constataban sus servicios; pero sus mismas obras lo persiguieron, porque llegando tarde había recibido el rey acusaciones contra él, tachándolo de gastador, enseñado a verlos venir siempre cargados de regalos. Había nombrado el rey gobernador para el Darién a un tal Pedrarias Dávila, que era hombre viejo y famoso en España por su mucha lealtad y buenos servicios a la corona; mas sin duda no se debía confesar, y si se confesaba no decía la verdad, pues vendía el oro y no quedaba tela ni aún de araña que no vendiese. Quédese aquí esto, como fin de sermón, y volvamos a aquellas tierras de las Indias, que pronto los rigores de aquel lugar endurecieron aún más los malos humores de Pedrarias, pues veíanse allí tan apretados que al tal lo conocían como el *furor domini*; y como no han de faltar nunca un achaque y dos testigos falsos para un divorcio, alguno quedó tan desnudo que se vio solamente arrimado a las paredes de su casa, y otros perecían de hambre. Llevó con él soldados, pues decían que allí sacaban el oro con redes, y muchos vendieron su casa por menos que les había costado; y cuando allá se vieron quedaron perplejos con lo que habían de hacer, y muchos murieron de hambre envueltos en sedas y brocados que compraron para las guerras italianas, rebanando el pan por evitar desperdicios, las uvas

partidas a gajos, como las merienditas de los niños. ¿No veis el descamino? ¿No conocéis la locura? Daban para postre una tajadita de queso, que más parecía viruta o cepilladura de carpintero; algunos murieron de modorra a poco de haber desembarcado, y los que esperaban hallar a Balboa rodeado del boato oficial y venían a solas haciendo la cuenta, halláronlo vestido como un labrador, sentado encima de un carro y ayudando a sus indios a poner un tejado de paja en su casa. Éstos decían entre sí: “¿Qué hicieron tantas velas, tantos cuidados, tantas madrugadas?”. Quisieron por curiosidad saber qué comía y díjoles por señas que un pedazo de pan, y no tierno. Pedrarias, cuando se vio tan apurado quiso revolverse sobre sí, valiéndose de su filosofía. Para amigarse con él le dio en matrimonio a su hija que estaba en España, que son caminos esos del infierno. En dos cosas pudo llamarse desgraciado, pues desde entonces lo tuvo por hijo, apreciándolo como suegro afectuoso; y hacía grandísimas diligencias para ganarse así su voluntad. Diólo por amigo, lo convidó a su casa y lo trataba como un príncipe; y nombró el rey a Balboa Adelantado del Mar del Sur, y gobernador de las provincias de Panamá y Coiba, siempre debajo y bajo el gobierno de Pedrarias Dávila. No era a humo de paja ni por sus ojos bellidos, y un año después de la llegada de su suegro escribió Balboa al rey, protestando con vehemencia; y cuando sintió la mala consonancia, quiso continuar su obra navegando por el mar del Sur, y con esto partióse, y perdióse. ¡Oh, maldita riqueza, maldito descanso, maldita libertad! Pues no había hecho más que conducir allá el material para cuatro bergantines, por la parte más estrecha de aquella tierra, y reposado no muy bien, cuando recibió una citación de Pedrarias. San Juan y Corpus Christi cayeron para él en un día, pues obedeció al instante; y a mitad de camino se encontró con Pizarro, que salióle una noche por una encrucijada porque venía a detenerlo. Con esto pasó algunos días encerrado, y así, con falsas acusaciones, el descubridor del mar del Sur fue procesado, y se acomodó con otros camaradas para pasar la vida. Ya se cansaba, porque cada cual lo acosaba, y fue vendiendo para comer las alhajas; mas como le quedaran más días que alhajas, al cabo de poco le dieron alcance. Faltóle qué vender, dinero con qué comprar, mas fue por poco tiempo, pues lo condenaron a muerte con otros cuatro más. Se puso a ver el alboroto que fue muy para ver, y cuando fue a la celda cierto famoso predicador, en opinión un santo, le dijo: “Dineros tuve, rico me vi, pobre me veo, sabe Dios por quién y por qué; y a éstos les prometo de parte de Dios poderoso que les ha de venir del cielo grandísimo castigo, escogiéndoles donde les duela”. Luego lo ahorcaron, y enterraron al malogrado. Hay que decir que no formaba el tal Pedrarias parte del tribunal que condenó al yerno; mas consintió en su condena, y esperaba un día en que ordenar los que le faltaban por vivir. Mas delegó en un alcalde que se había distinguido por su mucha crueldad en la doma de indios y en su caza y matanza, porque nunca más halló compañero semejante que

tanto lo supiera entender. No por eso dejaba sus lamentaciones, que había para cinco semanas santas; y a él mismo lo enviaron al infierno, porque de una enfermedad aguda murió sin mostrar arrepentimiento ni recibir sacramento; ello después de dieciséis años de tiranía en las Indias, que los que se escapaban de algún grave peligro, pensando en él aún les parecía no hallarse libres. Algunos decían que era responsable principal de la cautividad y muerte de dos millones de indios, pues eran tan bruto y mayor que el que más; lo que fue para él un triste epitafio, mas todo lo pueden los poderosos. Murió de mala muerte, y son estos castigos de Dios, que como es infinito no tiene arancel, ni está su poder limitado.

Vamos, pues, acabando con esto. Redactó por entonces el rey de España instrucciones para el trato humanitario de los pocos indios que quedaban, que sólo a este fin iban por entonces encaminados sus deseos, enfadado de ver semejantes bellaquerías; aunque viven los reyes sustentados en su reputación, acreditados con su poder y favorecidos con su adulación. Y así pasáronse los días, fuéronse las semanas, corrían los meses, volaban los años. No podían ser los indios atacados de no ser ellos los agresores, o se negaran a someterse o convertirse; siempre como asombrados y temerosos tenían que ser encomendados como esclavos a los españoles, aunque cuidando su buen trato y siendo su trabajo ponderado y humano, sin que se perturbara su vida de familia, dejándolos cultivar su propia tierra. Testigos falsos hallará quien los quisiese comprar, mas eran muchos españoles como los dátiles, lo dulce afuera y lo duro dentro de alma, con el vestido estrecho, y ancha la conciencia. Había que esforzarse en conseguir la conversión de los infieles, y en el alma me pesaba esto, pues me pasó por la imaginación no ser otra cosa que obra de demonio: pues leíanles una requisitoria en que se exponían con muy altas palabras la Creación, la autoridad de san Pedro y sus sucesores y el reconocimiento del rey de Castilla. Había tantas y tan varias cosas y letra menuda que los dejaba suspensos, pues quedaban los españoles remediados y ellos remendados. “Si lo hiciéredes bien -les decían-, seré bueno; y si no, entraremos poderosamente contra vosotros, y tomaremos vuestras personas y de vuestras mujeres e hijos, y los haremos esclavos”. Ya, cuando a este punto llego, diré que los indios no entendían el discurso, ni aunque se lo hubieran podido explicar en su lengua; y no sería esto lo peor, sino que fue no tardando motivo de burla y chacota por aquéllos a quienes fuera confiado, que holgaban ya de leérselo y a todos los hacían venir a la mano. Así fue como Pedrarias leía sus versos en idioma de jarabe y con gárgaras de algarabía, para lo que era sobre alertado, muy diestro. Y para coger oro hicieron él y sus capitanes extremas crueldades y muertes en los indios, sin ninguna causa, aunque los venían a convidar con la paz. Mientras iban dando grandes risotadas entre sí y los atormentaban y robaban, dejando toda aquella tierra alzada en fuerzas y



con entrañable enemistad, por lo que Dios quisiera se pusiera perpetuo silencio en su memoria. Con que da fin este capítulo, y su dueño gracias a Dios porque lo sacó de ello con bien, suplicando a quien lo leyere que se entretenga y no se pudra en su leyenda, y verá qué bien se halla.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO



## **LIBRO TERCERO: LA TARDE.**

### **LA VUELTA AL MUNDO**

Es la vergüenza como redes de telarejo: si un hilo se quiebra todo se deshace, por él se va. Sólo trataban mis mujeres, por ver que andaba melancólico, de alegrarme y divertirme; mas pan ajeno es pan de dolor aunque te lo dé tu madre. A todo esto paciencia, mas hurtaba lo que podía, pero de modo que no se pudiera causar sospecha de mí. Levantábame tarde, hambriento y soñoliento, sin saber dónde estaba, pues quien propias necesidades no tiene mal se acuerda de las ajenas, Y jamás parecí virgen loca, porque siempre estaban llenas mis lámparas y las orejas encendidas, ya que iban llenando las tazas que se me iban vaciando. Mas con estas disputas graciosas y batallas burlescas, de los dientes adentro eran las penas; y como cada uno se inclina a lo que más apetece yo me aficioné de tal suerte a sus vinos y otros jarabes que todo me sabía bien y nada me hacía mal, sino sólo aquello que no comía o bebía. Somos de mala naturaleza, nada nos ayudamos; sólo Dios nunca nos olvida ni deja. Mas es perdido aquel que se distrae con mujeres, con el fuego, con bebidas y comidas, con vestidos demasiados o con otros vicios. Ya yo sabía qué cosa era tener casa y gobernarla. ¡Desdichado de mí! Que las vueltas de los tiempos obligan a todo, y tenía lo menos y faltábame lo más, que era la libertad del espíritu. Vamos a lo que nos fuera más de provecho, y salgamos de aqueste valle de lágrimas antes que vengan las vacaciones, donde todo calma. Desta manera fui algunos años pasando diestramente, que del vientre de mi madre nací enseñado, hasta que el gusanillo de la conciencia me comenzó a labrar en las entrañas. Por entonces la enfermedad puso a mi madre en una cama, donde al cabo de un mes la llevó Dios. Lloréla de corazón con entrambos ojos, y en estas perplejidades pasé gran parte de la noche aquélla; pues me sobrevino tal accidente de pena que fue bastante para ahogarme los espíritus vitales y acabar con mi vida. Apenas el sol fue salido, viéndome pues desahijado, de todo desesperaba; que las pasiones del alma no tocan menos a los sencillos que a los poderosos, y todos igualmente las padecen. Paseándome por una pieza ladrillada, iba asentando los pies

por las hiladas de ladrillos y por el orden de ellos, cuando cansado de pasear comencé a decir necedades, y de tal manera me privé que me olvidé por más de dos horas, pareciéndome un solo momento. Veis aquí, si no tenéis por enojo, que creyendo ser algún guijarro me tiré al suelo, y dando con las uñas en la piedra me sentí lisiada la mano, y corrí con el dolor de ella a la boca. Todo se me antojaban bultos que venían, que mandó recogerme la dama y llevarme a su casa, y cuando allí llegué todo estaba muy sosegado. “¿Por qué te afliges en tal forma? -me dijo-. Pues casarme quiero, y buen puede ser contigo, hermano”, que así me llamaba ella. Dimos tierra a mi madre, haciendo lo que debíamos por su alma, y pasados los funerales vinieron los esponsales detrás, y aquí entró la pendencia. Alegres fueron los días de mi boda para los amigos, y tristes los de mi matrimonio para mí; pues parece que hay mujeres que sólo se casan por hacer ensayo del matrimonio, y a ésta le daba ahora por la iglesia, no dejando beata ni santero por visitar o que enviase a llamar. Padecí con mi esposa como con esposas casi seis años, y hacíaseme trabajoso. Pero no pude ni me fue posible hacer otra vida, porque mejor es pan amargo que ningún pan, y habíale dejado mi madre sus bienes en usufruto. No sé si estaba ciego, mas no ponía remedio a mis males, antes los favorecía. ¡Que fuese yo tan ignorante! Mas no contaré mis desdichas ni el discurso de mi mala vida, por mí tan mal empleada, y sólo diré que si uno hablaba el otro rezongaba, y de cada pulga fabricábamos un pueblo. Fuíle cobrando tal odio que determiné como fuera alzar velas e irme, sin que más supiera de mí por entonces. Con estos y otros pensamientos busqué a mis amigos, que unos mudados, ausentes otros y los más muertos, no hallé piedra sobre piedra. Mas, por buena diligencia que hice andaba estrecho de dineros, y gastaba el día en paseos hablando por la calle conmigo mismo, y en casa a solas lo hacía; y descansa un poco en esta venta, que en la jornada del párrafo siguiente oirás lo que aconteció.

Por entonces me vino a la memoria haber oído que estaban aprestando una escuadra de cinco naves, de la cual era capitán Hernando de Magallanes, un gentilhombre portugués. Fui al puerto y estuve con atención viendo cómo aderezaban los baúles, y volví cansado, degustado y necesitado de tomar una decisión. Sucedióme muy bien, pues hallé un antiguo compañero que pretendía marchar a descubrir las islas de las especias que dijo Malucas, y era éste de muy buena gracia, valiente, discreto, sufrido y muy bizarro, prendas dignas de un tan valeroso capitán. Tan buena maña me dí con él que en pocos días creció mi nombre y crédito, y nunca de allí adelante dejó mi compañía y lado. Siempre hice zanja firme para levantar cualquier edificio, pues cosa muy ordinaria es a todo pobre ser tracista. Una tarde en que ambos volvíamos a Sevilla cantando “tres ánades, madre”, contéle lo que me sucedía; por tan cierto lo tuvo que me prometió hacer por mí cuanto pudiera, y si más no pudiera, lo perdonara; y pidiendo en

una venta un vaso de vino y recado de escribir, comencéme a escribir unas cartas en que se daba a ver la gran afición que me tenía. Yo bien sé que todo el tiempo que esto traté verdaderamente nunca me confesé, y si lo hice, no como debía, sino para cumplir con la parroquia, porque no me descomulgasen; y como al mentiroso le sea tan importante la memoria, estuve urdiendo por aquellos días, cómo zafarme de mi dama, pues iba huyendo de ella como de la horca. Bien se disponen estas cosas de noche a oscuras con la almohada, y saliendo el sol las deshace como la niebla; aunque era el más solemne embustero que han conocido los hombres, no estaban entonces las cosas que pudiese ejecutar mis deseos. Yo iba aguantando con una conformidad floja y taimada mis disgustos desdichados, y mi paciencia me daba consuelo. Estúveme quedo y advertido, pues aunque trajera el discurso ya hilvanado, buscaba ocasión para poderlo sacar en limpio. Un día la llamé en secreto y le dije que había tomado resolución de hacerme de la Iglesia, no porque con ello quedese remediado, la comida segura y libre de mis acreedores, sino porque queriendo ser buen marido no lo conseguía, y no pudiendo cumplir con lo segundo tomé la resolución en lo primero. Esto le decía y ella estaba muy atenta, de cuando en cuando arqueando las cejas. Añadí que era la ociosidad fundamento para todo vicio, que era peligroso el dinero y solía causar muchos daños, y andaba yo con temor de la murmuración, pues determinaba ser bueno y me cansaba a dos pasos. Tanto me alargué y tan descompuesto me puse, que en resolución, se halló verdad lo que había dicho. Atenta estuvo la dama al concierto, y al principio callóse y estuvo queda. La conocí en el rostro que estaba mohína; comenzó la conversación de que venía cansadísima, y siguió con un poco de estruendo, teniendo luego ambos una pendencia muy reñida a voces y muy quieta de manos; empezó su burguesía a llover insultos sobre mí, sin haber en toda mi persona sobre qué reposar, pues levantó el tiple que lo ponía en el cielo, diciendo tales cosas que no había honra ni espalda que las sufrieran. Llamóme archigallina de gallinas, demonio espía del infierno y sobrestante de las tentaciones, que no tenía abuelo que no hubiera sido quemado; y era lástima verle las costa que hacía y los disparate que hablaba, levantando el grito que hundía la casa. A todo esto estábamos a oscuras, pero más negra estaba mi alma; me la juró para el siguiente día, a lo cual yo le respondí: que ella se amancebaba con cuantos la querían y a todos los traía en retortero, y con mentiras y lágrimas quería acreditar sus embelecocos. “Licencia os doy que lo sospechéis -me dijo- que muchos nacen, como los escarabajos y ratones, de la putrefacción”. A lo que repliqué que estaba sepultado en un desesperado tormento de celos, pues estaba en pie mi sospecha y es ésta terrible gusano del corazón; y que no por eso me faltaba la buena voluntad, que tuve siempre pronta. Roguéle por un solo Dios no permitiese mi perdición, pues la esperanza es consuelo de los afligidos, y la conversación pasara más

adelante si la noche no viniese tan aprisa.

Vamos llevando atrás lo que importa que no se quede; pues aunque era la dama de mal carácter, usábalo a tiempos y con intermitencias, como fiebres; porque el sueño y el descanso lo alivian todo y son los mejores médicos que se hallan para sanar tales enfermedades. Cavilando en mí aquella noche toda, que no la reposé ni pude imaginar en otra cosa, de espaldas me cansaba y de lado no podía estar, y determiné levantarme. Con la escasa luz de la madrugada ella se despertó, y volví a cobrar con mayor temor mis pasadas imaginaciones; mas por despedir el temor que tanto me atribulaba, procedió a hablarme con honrados y buenos términos, sosegándose ella y reportándose a mí. Quise a los principios esforzarme en competir con ella, y representéle todo el discurso de mi vida en aquel punto, siendo un lienzo el encubridor de las pocas lágrimas que vertía. Cobróme un poco de afición, y ponderó que no hallara otro remedio mejor que acogerme a sagrado, pues que podía tener talento para un púlpito, y siendo buen predicador tendría cierta la salvación del alma. Que había considerado mi discurso y mi resolución, y alababa que tratara de hacerme religioso, teniendo espíritu escandaloso; que para los enfermos se hizo la medicina, las honras para los buenos y la horca para los malos. Desbaratábase ya la conversación, y estaba sosegado mi ánimo; y como caíame a canal, y cuando menos goteando, yo con mis pensamientos y ella con los suyos íbamos de nuevo cobrando el sueño; que me dejé llevar, y me traspuse hasta las nueve. Ya le oigo decir al que está leyendo que me arroje a un rincón, porque le cansa oírme. Despertó ella más temprano, con el alborozo de que ya no pensara yo ser el que fui, y recibíome alegre y confiadamente. Estaba yo sin saber qué hacer, ni qué decir del suceso pasado, mas díjome que, pues el daño no tenía remedio, consejo cuerdo era acometer la adversidad con alegre rostro. Me incorporé entonces, supliendo con bostezos lo que faltaba por dormir, y en muy breve espacio tuvo preparadas mis cosas, pues dijo ella que lo que había pecado por carta de más, era necesario que lo purgara cuanto antes por carta de menos. A un criado le decía me comprara lo necesario, a otro me limpiase la ropa, a aquéste que me enjabonase un cuello, a aquél que me preparase merienda para el camino. Alentóme su aliento, alegróme su alegría, y me lavé la boca que casi la desollé, y no estaba bien contento ni satisfecho de mí. Dando a todos cuenta de aquella resolución la estimaron en mucho, teniéndola por honrada y acertada para ambos.

Despedíme de los amigos, y cuando andaba en esto encontréme que había ella hecho alquilar un coche para mi persona, y un carro para llevar el equipaje y algunas cosas menudas y de poco precio. Su fraile confesor, cuando me oyó y vio tan heroica hazaña, creyó de mí ser algún santo, me hizo todo buen acogimiento, sentóme a par de sí, preguntóme dónde entraría en religión, díjele que en Salamanca. Ya me quería partir,

las mulas estaban a punto; echóme ella sus brazos encima y al cuello una cadenilla de oro que acostumbraba traer de ordinario, diciéndome: “Doytela para que siempre tengas memoria de mí, que te deseo todo bien”. Añadió unos cuantos doblones, y yo tomélos y metílos en el pecho, guardados en una bolsilla bien amarrada y atada en un ojal del jubón. Ellos en buena hora se fueron, y yo, temeroso que por ventura me siguieran, dándoles más holas que hay en el estrecho de Gibraltar me puse en camino, y caminamos con tanta prisa como yo tenía de miedo; mas como Sevilla era ya por entonces gran población, pronto me perdieron de vista y escaramucé de manera con ellos, tanto era el alboroto de la ciudad. No llegué muy lejos, pues busqué a ciertos marineros en una hostería que solían frecuentar; despedí al del coche diciendo que seguía con otros, y con esto él se fue para Marchena y nos dividimos. Era la posada de las mejores de la ciudad, y a donde acudían de ordinario gente principal y marinos. Hallé a los tales que digo que parecían estar difuntos y era poco menos, pues estaban sepultados en vino; y por el resuello que daban, parecía hubiera entrado en alguna famosa bodega. Con ellos estaba el capitán, y tanto me dijo, que sólo le faltó hacerme su deudo muy cercano. Íbale repitiendo mi vida, lo que a mi esposa le había dicho, componiendo allí mil romerías; y santiguábase riendo el capitán, viendo mi embuste. El primer día, por tener conciencia con el patrón y marineros los convidé a aguardiente, donde fueron tantos los brindis que quería lanzar cuanto en el cuerpo tenía, como mujer con mal de madre. Compré las cosas que tuve necesidad, que no eran muchas, y puse mis papeles en orden, llegando al tal Hernando de Magallanes con mis cartas de recomendación; y después de aguardar tres días, en que estuvimos holgando y gastando sin hacer cosa de provecho, salí yo bien abrigado y mejor acomodado de lo necesario, pues tal juzgan a cada uno como lo ven vestido. Habían pasado veintisiete años de la primer salida que hice con el Almirante, y catorce desde el último viaje que tuve por mar, que fue con Americo Vespuccio; mas aún me hallaba yo con fuerzas para lo que me echaran, con los cuarenta y uno que tenía, y con más deseos de ver mundo que los que nunca tuve. Pues en tanto tiempo de holgar se me habían herrumbrado las coyunturas, mas no era otra cosa que abundancia de mal humor, que presto se gastaría. He de decir ahora, que en el fondo me animaba lo mismo que a todos, y era hallar la ruta al oriente y a las islas de las especias. Hallamos por entonces unos marineros que habían hecho el camino del cabo de Buena Esperanza por cuenta de Portugal; en todo hablamos muy de propósito con ellos, que dijeron haber tenido tanto tormento de mar como de aire, con tal borrasca que dio vuelta a cinco de sus naves. Ya perdidas las gavias y otros aparejos, y muy destrozadas, las hundió en el mar con toda su gente. Las otras ocho naves decían que corrieron a palo seco, es decir sin vela, cuarenta y ocho días y otras tantas noches con mucha tormenta, que corrían los marineros a dar la

bomba y salía el agua a borbotones. Tanto navegaron que se hallaron como digo en el cabo de Buena Esperanza, figurado en la costa de Etiopía, y situado más abajo del trópico de Capricornio. Navegando luego hacia el norte bordearon el África, hacia el principio del Asia y provincia de la Arabia Feliz, y tierras del Preste Juan; pues tuvieron nuevas del Nilo, que separa el África del Asia, y fue como resucitar las desmayadas fuerzas. Hallaron en esta costa infinitas poblaciones, según dijeron, y mucho se alegraron del buen aposento que tenían porque estaba muy a su propósito. En algunas hicieron escala, y había láminas de oro, llegando a Mozambique donde había mucha laca e infinito áloe, y telas de seda; y como eran hombres arriscados fueron por varios puertos y ciudades, por la costa del mar océano hasta el estrecho del mar Rojo; el cual nos dijeron no era rojo, y sólo tenía de eso el nombre. Era su capitán de buen proceder, soldado corriente; reía de todo y santiguábase jurando que todas las ciudades eran riquísimas en oro, joyas y tejidos, en especerías y en drogas que eran traídas de la India; y ya no sentían el trabajo pasado, con la regalada vista de aquellas tierras.

Allí pasamos lo que restó de la noche, y contó el capitán que a través del estrecho del mar Rojo fueron a la Meka y siguieron la costa hacia la India, que desta manera corrían. Había un puerto en el estrecho llamado Aden, según dijo, con una gran ciudad. Hallaron muchos más puertos y muy ricos, uno junto al monte Sinaí que está en la Arabia Desierta; donde hacen escala todos los navíos que vienen de la India y de la Meka, que en ella tienen los árabes abierto el paraíso de sus deseos. Descargan según refirieron en ese puerto todas las especias, así como drogas y joyas; y luego vienen caravanas de camellos y las llevan al Cairo y a Alejandría, ochenta leguas por el desierto de Arabia. Con esto fuimos dando y tomando razones, y dijeron que ese mar Rojo no podía navegarse sino de día, por los muchos escollos y bancos de arena que allí hay, así como islas muy bajas que no se las veía hasta que se estaba sobre ellas. Dijeron haber en muchas de estas ciudades elefantes y mandarlas sultanes, pareciendo que era engaño de la fantasía. Parten los árabes de la Meka y van por la orilla del mar hasta una ciudad que dicen Ormuz, que es un puerto en la boca del mar Pérsico, del que después contaron maravillas. Mucho de esto lo dijo un marinero llamado Gaspar, que había corrido desde el Cairo a la provincia que llaman Moluca situada en la costa del mar índico. Tenía el tal la boca formidable y apuntalada en dos colmillos solos, los pelos ralos, uno aquí y otro allá, y a su lado era Satanás demonio de sastres y carniceros. Díjome que era este mar muy rico, mas no supe si creerlo o no. Sabía el tal Gaspar muchísimas lenguas y conocía muchas provincias y ciudades, y se decía hombre de ley. Juró entre sí haber llegado a Calcuta, una ciudad muy grande, y que la armada de los portugueses había llegado a ella; luego supe que se había hecho mercader, con muchos dineros, casa y hacienda Teníamos todos esperanza de recorrer esta navegación, pues



no éramos perezosos ni escrupulosos y así nos la ponderaban; y más que yo no la conocía, por haber ido siempre por la mar Atlántica. Díjome el tal Gaspar haber estado tierra adentro en la India, en un reino grandísimo rico en perlas, oro, joyas y toda clase de piedras preciosas; y mientras a todas estas hipérbolos iba dando carrete, estábamos los otros sin juicio escuchando las cosas que decía. Había visitado una isla llamada Ceilán, que dijo abarcaba trescientas leguas, y esto lo dijo estando en los postreros lances de la comida; y que era riquísima en toda clase de estas cosas, además de los elefantes y mucha caballería. Marchaban con él otros dos amigos no de poca buena gracia, que me pusieron ánimo, dándome consuelo y remedio juntos. También habían visto otra isla llamada Sumatra, y yo escuchándolos se me quedaban los bocados en la boca helados con tanto descuido de lo que hacía. Era esta isla tan grande como Ceilán, y tan rica como ella, llegando de aquí a Persia y Arabia infinitos navíos, que fuera su dueño el hombre más bienaventurado de la tierra. Llamaron a estos navíos juncos, con los mástiles de las naves grandísimos y en cada mástil tres o cuatro camarotes, con lo que íbame yo engolosinando. Díjome el tal que eran por allá las velas de junco, no hechas con hierro y entretejidas con cuerdas. No era este mar tempestuoso, según dijeron, y las naves tenían bombardas pero no eran veleras ni se internaban mucho en el mar, pues de continuo navegaban a vista de tierra. Muchas gaviotas, gavinas y otras aves se ejercitaban allí en la pesquería, y cuando lo contaban estábamos con la boca de a palmo, escuchando todos.

Era como he dicho nuestro capitán portugués, llamado en su tierra Fernao de Magallanes, mas tomó la nacionalidad española y con ella el nombre de Fernando. Era el motivo de que España alcanzara tan vastos dominios y en tan poco tiempo, pues como buena madre adoptaba con facilidad a los extranjeros, como el Almirante y después Americo Vespuccio. Había nacido este capitán portugués en Oporto de padres hidalgos harto empobrecidos, educándose luego como paje en la corte de Lisboa; y así pudo ver cuando joven cómo salían los barcos portugueses, yendo éstos por el cabo de Buena Esperanza, y ganando para Portugal muchas islas en el mar de la India. Luchó luego en Marruecos del África, donde recibió ciertas heridas que lo dejaron un tanto cojo y un mucho amargado. Teniendo los veinticinco de su edad se embarcó hacia la India, prestando desde entonces muy buenos servicios al rey de Portugal. Comencé a trabar con él conversación, y díjome que había luchado contra árabes y malayos, siendo herido en más de una ocasión, y otros me dijeron que se hizo famoso por su gran valor y habilidad, pues se había salvado por milagro de muchos naufragios. No era el tal capitán hombre de mucha estatura, sino más bien bajo, mas tenía el porte dominante y una gran fuerza física, y se hacía obedecer sin rechistar. Supe que un amigo suyo llamado Serrao había intimado con el rajá de una islas y se convirtió en jefe de los soldados de aquel

rajá, tomando esposa javanesa; y desde las islas de Molucas donde vivía a la sazón enviaba cartas a Magallanes, en que le ponderaba grandemente aquellas tierras y decía haber hallado un mundo mejor y más rico que los descubiertos hasta ahora. Por entonces cayó en desgracia el tal Magallanes con el rey de Portugal, encontrándose sin ningún destino; con lo que escribió a su amigo a las Molucas diciendo que pronto lo vería, y si no era con Portugal iría con España. Se desnaturalizó portugués y vino a Sevilla, para servir a la corona española. Entre todos aprestaron los navíos, y cerca de la torre del Oro en Sevilla tomaron su carga, que comprendía como bien pude ver harina y galletas, lentejas, judías y aceite, azúcar y queso; a más de anchoas y otras cosas, pues sólo de anchoas se cargó como para un ejército. Iban también vino, mostaza y algunas especias, y siete vacas que nos darían leche fresca. Hubo en el puerto retrasos y envidias de los portugueses aquéllos haciendo no poco por frustrar nuestro viaje; mas por fin todo se apañó, y era el mes de agosto del año diecinueve cuando pudimos salir, bajando por el río con los cinco buques que he dicho. Envió Magallanes al rey don Carlos, que éralo ya entonces, un mensaje de despedida; y le aseguró con ello que estaban las islas Molucas en demarcación española, dando sus razones para mantenerlo, y que el rey de Portugal no tenía ningún derecho sobre ellas. Eran los dichos navíos harto viejos y mal acondicionados, mas con todo nos hicimos a la mar bajando muy alentados por el Betis, largada la vela del trinquete y anunciándolo la artillería. Fue día de san Lorenzo cuando salimos de Sevilla, y llegando a Sanlúcar de Barrameda todos oímos misa y confesamos; diciendo y haciendo tomamos la ruta de las islas Canarias, como siempre se hacía. Por la buena suerte de todos, iniciamos con muy buenos auspicios la navegación; iba la nao capitana por la noche delante de las otras que la seguían, y se guiaban por la pequeña antorcha de leña o farol, que pendía siempre de la popa del barco. Las otras contestaban con otro fuego, que hacían con un cabo de cuerda de esparto con muchas horas bajo el agua, y secado luego al fuego o al humo. Si en lugar de un farol delante divisaban dos, era para que virasen por no ser buena ni propia aquella derrota. De encender tres fuegos había que arriar la boneta, que era una vela bajo la mayor; y si cuatro, todo el velamen abajo. Y más fuego o el disparo de una bombardita, eran señal de tierra o de bajíos. Quedé en aquellos días contento y descuidado, y miraba a una y otra parte deseando hallar en qué topasen los ojos, que casi era mediodía y no había ensartado aguja ni dado puntada. Por la noche se montaban tres guardias, una tras otra como era habitual; la dotación las repartía, y era la primera desde el anochecer, la segunda que llamaban modorra era en medio y la tercera hasta que amanecía.

Volviendo a lo que nos ocupa, llevaba el capitán el plan de llegar a las tierras de las especias, no por el sur de África como ya hacían los portugueses, sino por el sur de

las Indias; mas no era suya propia la idea, pues la misma tuvo Vespuccio. Era como digo por entonces ya el rey de España don Carlos, nieto de nuestros católicos reyes, y tuvo a bien acceder a los deseos del portugués y darle crédito, pues pensó lo merecía, con lo que pudo acondicionar las cinco naves susodichas para dos años, a fin de descubrir todas aquellas islas y tierras firmes ricas en especerías. Desde que dio la orden hasta que salimos habían tardado más de un año en Sevilla, preparándose; y allí estuvo Juan Sebastián Elcano, que iba entre nuestros hombres como maestre de la nave Concepción, siendo entre todos unos trescientos, en los que menos de dos tercios éramos españoles; pues iban italianos y franceses, portugueses y algunos alemanes, flamencos y griegos. Hallé malayos y negros, y un inglés, que con nadie hicieron diferencias. Iba con nosotros un italiano llamado Antonio Pigafetta que llevaba plumas, tinta y papel, para escribir lo que ocurriese; no queriendo el capitán que vinieran con nosotros mujeres por tener más respeto. Era ya bien entrado el mes de septiembre cuando tocamos Tenerife para repostar agua, carne y leña; no veíamos agua dulce en aquella isla, sino que al mediodía se veía bajar una nube del cielo y rodear un enorme árbol destilando entonces sus hojas y sus ramas el agua; y líbreme Dios de decir mentira, pues hay al pie de dicho árbol una fuente donde todos beben. Salimos luego al mar océano, pasando Cabo Verde, que no podíamos hacer otra cosa; y navegamos muchas jornadas frente a las costas de Guinea, donde existe una montaña que llaman los portugueses Sierra Leona, y es de Portugal. Seguían el rastro de las naos ciertos peces grandes, que para mí eran tiburones; tenían unos dientes terribles que ponían pavor en los más, pues es bien sabido que encontrando un hombre en la mar lo devoran, y aquí paz y después gloria. Levantóse por la vecindad mucho alboroto y cazábamos muchos a arponazos; aunque no eran en nada buenos para comer, sino sólo los más pequeños, y ni aún esos lo eran en demasía. Pasamos avatares, lavando yo con virtudes las manchas que me causó el vicio; mas siempre veíamos el fuego de san Telmo, que era buen agüero, como otra luz entre las nuestras sobre la noche tan oscura. Y como la necesidad hace claros los más oscuros caminos lucía como antorcha, brillando en la punta de la gavia y permaneciendo allí dos horas más para consuelo de los que nos quejábamos, pues veíamos nuestras personas en cierto peligro. Cuando esa hermosa luz se iba quedaban muchos implorando misericordia y ciegos, y creyéndose muertos hasta que amainaba la tormenta; que yo mismo prometí visitar en Sevilla a Nuestra Señora del Valle, a quien me ofrecí con toda suerte de promesas si de allí escapaba. Vimos muchos pájaros, algunos sin culo, que era cosa de ver. Y otro, que cuando la hembra quería poner un huevo lo ponía en los lomos del marido y así se incubaba, y juro no ser falsedad. Mas que había otros peces que volaban, y otros que entre sí formaban grupos semeando islas; y en tomándolos iban mal guisados, el aceite

negro que parecía de suelos de candiles, la sartén puerca y el cocinero legañoso. Luego pasamos la línea equinoccial hacia el mediodía, y fue el viaje tedioso. Perdimos como tantas otras veces me había sucedido la estrella polar, navegando seguido hasta aquellas tierras en que había tantos árboles de brasil, que viéramos con el capitán Americo Vespuccio, y era tierra firme a través de las aguas del ecuador. Estuvimos allí trece días, haciendo gran acopio de gallinas, patatas y piñas muy dulces; luego que allí entré no se hacía de mí mucha confianza, mas fui poco a poco ganando crédito, agradando a unos, contentando a otros y amistando con todos. Tomamos además carne de ánade y caña de azúcar, y otras cosas que olvido por no ser demasiado, pues ya me voy alargando bastante. Llamamos a aquella tierra Brasil por los muchos árboles que de ello tenía; y eran sus hombres tan inocentes que por un anzuelo de pesca nos daban cinco o seis gallinas, por un cencerro un saco entero de patatas y todo así por el estilo, que era para ponderar. Sabían estas patatas al comerlas como castañas, o mejor, largas como nabos, y las llamaban boniatos; por el rey de oros de la baraja del tal Pigafetta le dieron seis gallinas, y aún con temor de haberío engañado, que así eran los tales. Era esta tierra abundantísima y pertenecía ahora al rey de Portugal, por haberla ganado nosotros para él como atrás queda dicho. Vimos de nuevo cómo aquellas gentes y habitantes vivían en las dichas redes de algodón, que llamaban hamacas y anudaban por sus dos extremos en troncos gruesos, encendiendo lumbres entre ellas con que combatir el relente y la humedad. Ya he contado en otra parte que se comían a sus enemigos sin ningún pudor, mas no de una vez, antes cortaban rebanadas y las llevaban a sus casas para ahumarlas, volviendo a los ocho días para llevarse otro pedazo que comían asado con los otros manjares; por lo que los llamábamos corchetes infames, traidores y ladrones, caníbales y desvergonzados. Iban los unos descansados, los otros bien borrachos, y ninguno respondía por más que dimos voces y golpes a sus puertas. Pintábanse a maravilla los cuerpos, y el rostro con fuego de distintas maneras; se abrigaban los tales con las susodichas plumas de papagayo, con ruedas grandes en el culo hechas con las plumas más largas, que era cosa ridícula de ver; mas como lo digo es, que en mis varios encuentros pude comprobarlo. Muy a menudo ensanchaban los vientres y quitaban los pliegues a sus estómagos, y en lugar de gatos tenían macacos, semejantes a cachorros de león y muy graciosos; que uno me dieron y prometí pagárselo muy de su gusto, y con esto estaba todo muy trocado de como lo dejé, o era otro lugar distinto. Amasaban éstos un pan redondo y blanco, de médula de árbol y sabor regular, y orinando hacían señales con la orina, pintando en las paredes o dibujando en el suelo, y orinando a hoyuelo. En fin, cada uno está como más le viene a la mano; y pensando yo esto, de las nubes del aire iba formando figuras de sierpes, leones y otros animales; riendo de que los cerdos que aquellos tenían tuvieran el

ombligo en la espalda, y muchos pájaros el pico como cucharón, y sin lengua. Por un hacha, aquéllos daban una o dos de sus hijas como esclavas, y hacíanlo con gusto, pues la vida se puede aventurar por conservar un amigo, y la hacienda se ha de dar por no ganar un enemigo. Pero a su mujer por nada la habrían entregado, ni ellas ofendido a su marido a ningún precio, que bien lo pudimos comprobar. Hay que decir que eran ellas tales que de día nada consentían a éstos, y sólo de noche; mas en cambio trabajaban hartas, cargando con toda la comida en mochilas de mimbre, o en ánforas sobre la cabeza y atadas al cuello, siempre con el marido cerca, pues con él hubieran ido al infierno en coche y en alma. Y él con un arco de palma negra y un haz de flechas de caña, que de verlos te quedabas tan robado de color como si estuvieras difunto; pues semejantes visajes hacían, y es evidencia cierta todo cuanto digo. Todo lo cual no olvidaban por ser muy celosos, que suelen decir que el postrero que sabe la desgracia es el marido. Llevaban estas mujeres colgados del cuello a sus hijos en redes de algodón, y callo otras muchas cosas por no alargarme, y porque son semejantes a las que en otros viajes pude ver.

Dos veces se dijo allí la misa y guardaban los indios mucha devoción, con expresión favorable, risueña y franca; pues estaban de rodillas y alzaban las manos, y era todo por nuestros ojos bellidos, por amistad sola sencilla y sin doblez, y sin otra pretensión. Había además otro motivo, pues hacía dos meses que no llovía por allá, y en cuanto bajamos nosotros al puerto empezó a llover, y dijeron que habíamos traído con nosotros la lluvia. Con lo que su licencia fue tanta, su trato tal, que nos fuimos con peor gana de la que vinimos. Eran tan inocentes que pensaron en un principio que fueran las lanchas hijas de las carabelas, y que éstas las parían en el justo momento en que se soltaban por la borda en el mar, por lo que se maravillaban, y viéndolas luego a su costado creían que la madre las amamantaba, lo que fue grandísimo alborozo. Muchos ignoran que navegando por los mares se vean cosas tan curiosas, y por eso me determiné a contarlas yo mismo, para que otros las supieran, bien para entretenerse como para serles de utilidad; y al mismo tiempo, hacerme un nombrecillo que llegara a los tiempos futuros. Un día estaba yo en la nao capitana, sin más propósito que aprovechar alguna nadería del deshecho, cuándo subió a bordo una hermosa muchacha que era una caja de donaires. Decía yo entre mí: "Pues no estoy tan flojo ni gastado como creía", con lo que turbéme de modo que ni acertaba con palabras, ni sabía qué hacer, si hablar o estarme quedo. Últimamente, con toda mi turbación, hícele ciertas señas. Mostróse arisca, la boca siempre callada, que nunca se abrió a palabra por entonces; andando lo cual le echó el ojo en la cámara del capitán a un clavo más largo que un dedo, y tomándolo con gran gentileza lo metió entero de punta a cabo entre los labios de su natura; y hecho esto marchóse, pasito a pasito, viéndolo todo el capitán y

yo. En lugar de decir ahora: “Bueno, muy bueno”, decía “Tum maragatuma”, a lo que respondimos que se fuera en buena hora. En esto, permanecemos como he dicho trece días en aquella tierra, y quisieron nos regalar y servir los días que allí estuvimos con toda la puntualidad posible. Salimos luego flechados de nosotros mismos, y llegamos al polo antártico torciendo hacia el sur; y examinando cada estuario llegamos al río de Solís, donde se habían comido los indios a un español que llamaban Juan de Solís y a todos sus compañeros; eso lo supe porque algunos me lo contaron, de los que iban en mi nave, pues los hombres que ocupaban aquel río de agua dulce comían asimismo carne humana, siendo el desemboque del río y su boca de diecisiete leguas. Acercóse a la nao capitana un hombre, que era casi un gigante y tenía un vozarrón de toro; y aunque nada pudimos entenderle saltamos a tierra a hablar con los otros, siendo las voces y el estruendo mucho. Pero huyeron con tan grandes pasos que no podíamos alcanzarlos, que parecíanos soñar, y nos volvimos santiguando, pues los hubiéramos dicho primos del gigante Goliat.

Seguimos adelante hacia el sur, continuando viaje hacia el polo antártico. Costeábamos ahora, y vinimos a dar con dos islas llenas de ansarones; y era tanto el estruendo, el chirriar y graznar de las aves que parecía que todas las del mundo se hallaban juntas, siendo de tantos géneros diversos que era cosa de mucha admiración. Verdaderamente el número de los ansarones no se podría referir, tomando de estas aves las que quisimos, que en una hora abarrotamos las cinco naves sin ningún trabajo. Eran negras y no podían volar, viviendo de la pesca entre el cielo y las aguas; y no era menester desplumarlas, sino que las desollábamos, asándolas hasta que nos hartamos, y viendo que eran sus picos como de cuervo. Venían por las noches algunos lobos marinos a dormir a la isla, y salidos a tierra dormían roncando tan alta y fieramente que de lejos podían oírse. Habíalos de diversos colores y tan gordos como terneros, con orejas pequeñas y ralas y largos dientes; y en oyendo roncar a estas bestias marinas acudíamos, y las matábamos dando con un palo en el hocico o testuz; pues no tenían patas, sino unos pies que arrancaban del tronco parecidos a nuestras manos, y con las uñas pequeñas. Con éstos y los ansarones vivíamos, no desconfiando de la bondad y auxilio de Dios. Pues tuvieron nuestras naos harto buenos augurios, apareciéndose en varias ocasiones los tres cuerpos santos, o sea: san Telmo, san Nicolás y santa Clara, que luego se marchaban de súbito dejando a todos con gran esperanza. También confesamos mucha gente, y en éstas y otras cosas semejantes y en proveer los navíos nos ocupamos muchos días, y en aparejarnos con Nuestro Señor para embarcarnos otra vez. Pues se nos echaba encima el frío y había que hallar un puerto donde pudiéramos invernar, con lo que izamos velas. Seis meses hacía que salimos de España, y en éstas, el tiempo borrascoso hizo que hubiéramos de refugiarnos en un puerto que llamamos

san Julián; y allí decidió el capitán que pasáramos a su abrigo el invierno austral, con lo que evitaríamos peligros y podríamos reparar nuestros barcos. Pasamos allá cosa de dos meses sin ver un alma, hasta que un día, de súbito, vislumbramos sobre una roca a un hombre de disforme estatura; el cual, desnudo como estaba, cantaba y bailaba vertiendo un cierto polvo sobre su cabeza. Vistió luego este fenómeno una piel cosida en sus juntas, de un animal parecido a una mula por su cabeza y orejas grandes; mas el cuerpo y el cuello de camello tenía, con patas de ciervo y cola de caballo, pues vimos por aquel lugar algunos que relinchaban como éste. Y cuando nos vio el hombre señalaba el cielo con el dedo, como si viniéramos de arriba. Era su tamaño tan descompasado que no llegábamos hasta su cintura, mal rayo lo partiera; tenía sus facciones muy grandes y pintadas de rojo, y alrededor de los ojos amarillo, con un corazón bien pintado en medio de cada carrillo y sus pocos cabellos tintos en blanco, que nunca tal cosa se viera. No había más que ponderar, sino que en viéndolo me vi alborotado, diciéndome un grumete que allí estaba: “Sosiéguese vuesa merced”. Pude ver sin embargo que calzaba unas grandes abarcas, del mismo bicho que por allí andaba, y no lo protegían peor que zapatos; y empuñaba con mucha pericia y sosiego un arco corto y grueso, con la cuerda de tripa como laúd, y un puñado de flechas cortas y emplumadas, pareciendo vivo de ingenio y de ojos.

Dióle el capitán de comer, y en el interín pude mitigar mis ansias. Cuando hubo comido le puso delante un espejo de acero grande, y cuando allí se vio, asustóse de tal manera que dio un salto hacia atrás, derribándose al suelo con tres o cuatro de los nuestros que se vieron desbaratados. Víneme poco a poco acercando y le dí campanillas y otros le dieron cuentas, un peine y algunos paternostri; así consintió en llevarnos con otros semejantes a él, con lo que dio vuelta a los pies y en cuatro trancos estuvo en su poblado. Cuando llegamos vimos que no eran lerdos y tenían su punta de hacer jácaras y entremeses, pues se alinearon desnudos y empezaron a bailar y a cantar, con un dedo en lo alto. Llevaban los hombres sus arcos y las mujeres iban cargadas como burros; y en pidiéndoles algo de comer nos dieron polvo blanco de raíces de hierba, en vasija de barro; y por aquellas grandes y desgarradas abarcas que tenían nos recordaron al monstruo llamado Patagón, con lo que dimos en llamarlos patagones; que aquellos calzados de cuero más parecían patas de los osos, y a toda esta tierra llamamos Patagonia. No eran ellas tan altas, aunque mucho más gordas, y tenían las tetas largas hasta la mitad de los brazos, con lo que nos quedábamos atónitos; y camaradas, descansemos un poco, que es mucho pajarear éste. Iban pintadas y desvestidas como sus maridos, sino que ante el sexo llevaban un pellejín que lo cubría, y eran todos sus sayos y enaguas de no más de una cuarta, con lo que salíamos todos perdidos, y aún corridos. Tiraba cada una de cuatro animales contra su

resistencia y gusto, y algunos eran cachorros todavía, atados con fibras a modo de ronzal. Oímos grandes carcajadas de risa y aplausos de regocijo, pues cuando querían coger a uno grande ataban el pequeño a una zarza; acercándose los mayores a jugar con él, con lo que los mataban a flechazos. Dirigíanse a nosotros en su lengua con palabras muy regaladas y sin obras de violencia, trayendo dieciocho animales de aquéllos a las naos, entre machos y hembras; y entonando la risa, el rostro alegre, regresaron a la orilla dejándonos aquella mercadería. Andábamos gozando de nuestro bureo, y conociendo su buen humor, pues nos pedían que descubriéramos cosas ilícitas como eran nuestros pechos y espaldas, ancas, y aún, aún... -quiero callar, que me corro de imaginarlo-, para que vieses si era gruesa o delgada, blanca, morena o roja, pues los hombres empezaban a huir y las otras a perseguir. Así, conviviendo con ellos a los quince días hallamos a cuatro de estos gigantes sin armas, y con un ardid determinamos tomar dos para llevarlos a España; y fue que regalándoles con otras muchas cosas unos grilletes, les indicamos que los pusieran en sus pies. Así lo hicieron, y cuando comprendieron el engaño bufaban como toros, y pateaban en este punto que parecían sin duda estar locos, echando espuma por la boca. Llamaban a Setebo y pedían a gritos los ayudara, que luego supimos era un espíritu o demonio; y cuando se aplacó el fuego los hicimos bajar a la cámara, muy contra su voluntad.

Cuando a esta gente le dolía el estómago se metían por la garganta dos palmos de una flecha, lo que ponía gran admiración. Así los pobres y las pobras se escarapelaban quedando desmayados por algún espacio, vomitando luego una masa verde mezclada con sangre, según comían cierta clase de cardos; con lo que traían todo el día las bocas agrias, las barrigas acedas y los dientes afilados de un palmo. Estando en estas bascas, cuando les dolía la cabeza se daban en la frente un gran corte, que era perder el seso por el gran castigo que se hacían por males tan leves. Pues lo mismo era en los brazos y piernas, y en todo su cuerpo, y cuando la sangre salía decían que no quería estar allí, y por eso dolía; que cuando el daño podía remediarse se remediaba, y cuando no se disimulaba. Llevaban ellos el pelo cortado con una gran coronilla a la manera de los frailes, pero más largo, con un cordón de algodón en torno a la cabeza donde ajustaban las flechas al salir de caza; y atábanse el miembro viril entre las piernas para preservarlo del mucho frío, pues siendo la fortuna no fuerte ni una, sino varia y flaca, malos vientos podían dañarlo, con lo que quedarían corridos y picados.

En esto hablábamos, cuando supimos que en muriendo alguno de aquéllos se le aparecían varios demonios, y el más importante se llamaba Setebus. Iban en estas ceremonias todos pintarrajeados cantando y bailando, y uno dijo haber visto al demonio con dos cuernos en la cabeza y pelos largos en las piernas; que según dijo era mozo veloso, no menos que yo, y lanzaba fuego por la boca y por el culo. Llamamos como he



dicho a los de este pueblo patagones; cada uno de nuestros prisioneros se comía un esportón de galletas y bebía sin resollar medio balde de agua, y se zampaban las ratas sin hacerles ascos ni a la piel, que más barato se hacía de aquella manera y con menos pesadumbre. En los cinco meses que estuvimos en el puerto nos pasaron múltiples cosas: levantóse una mala voz, pusiéronme mil faltas, y a mayores los capitanes de los cuatro navíos se conjuraron para asesinar a nuestro capitán general; por lo que uno fue descuartizado y otro muerto a puñaladas, y otros dos desterrados a la tierra de los patagones; pues pueden robar al que duerme, mas no al que vela, y entre éstos había un clérigo al que el capitán no quiso matar, y se ejecutó como dijo. Una nave llamada Santiago se perdió, y empero del mal el menor: pues sus hombres se salvaron por milagro y dos pudieron llegar hasta nosotros, avisándonos y cayendo luego en el suelo sus cuerpos sin alma. Fuimos a socorrerlos, que era la distancia hasta allí de diez millas y la senda áspera y llena de maleza; levantéme muy bien puesto de lodo, las manos asquerosas y el rostro sucio, pues era noche oscura y más en mi corazón. No hallábamos agua que beber, sino hielo, y nos agotaba la fatiga; y a fe que cuesta mucho trabajo y corre gran peligro el que a esas alturas ande por allí. Hallamos moluscos alargados que llamamos mejillones, que solían tener perlas aunque muy chicas, y nos estorbaban al comerlos; así con esos y con las verdolagas y cangrejos vivíamos míseramente, de manera que nuestro apetito se hubo de acomodar a lo que vino. Más tarde había a tiempos avestruces y zorras, y corrían conejos; mas llegando al monte más alto plantamos una cruz señalando que eran todas aquellas tierras del rey de España, y con eso nos consolamos. Ya estábamos en el punto que has oído, y partiendo de aquí dimos con otro río de agua dulce, que hubiéramos llegado hasta el infierno por hallar compañía. Había por allá peces más largos que un brazo y con muchas escamas, y sabrosos; y para dar gracias a Dios senté la rodilla en el suelo, sacando adelante la otra pierna como balletero puesto al acecho. En el día de las Once Mil Vírgenes hallamos un cabo que denominamos así, por un milagro grandísimo que ahora diré.

Tenía este estrecho un largo de más de cien leguas, un ancho más o menos como de media legua y a los lados montañas altísimas con copetes de nieve; había poca comida y muy racionada, pasando grandes fríos después de un viaje tan largo. Volviendo a navegar sufrimos tempestades antes de hallar el paso que buscábamos, y eran las aguas heladas y oscuras, y el silencio nos sobrecogía; fue tanto lo que me apretó aquella congoja que vertí por los ojos mucha copia de lágrimas, enterrando los suspiros entre la manta. Había la firme creencia de que tal paso existía, basándose en ciertos viajes anteriores, y los más en conjeturas; mas no había calado bastante para pasar, y si no fuese por el capitán nunca hubiéramos pasado; pues pensábamos todos y decíamos que todo se cerraba alrededor, y era la tierra harto peligrosa, Es cierto que

a quien se muda lo ayuda Dios, y el capitán destacó dos naves, la san Antonio y la Concepción, que así se llamaban, determinando salieran de allí al día siguiente; y así lo hicieron, para ver qué había en el fondo de la oquedad, De allí adelante no nos dejó bajar debajo de cubierta, con que nos helábamos de frío y nos ahilábamos de hambre, soplando siempre un viento contrario para acabarnos de acomodar. Quedó aguardando en la bahía la capitana, por nombre Trinidad, así como la nao Victoria, y anclamos a resguardo ambas. Salíme a lo raso, y sobrevino aquella noche tan fuerte virazón que tuvimos que levar anclas y dejar bailar nuestras carabelas cuanto quisieron; y todos estábamos tales y con tanto descuido, la nave por la popa tan destrozada, que no se puede encarecer. A los tres días vieron una entrada como una bahía, que luego resultó ser el estrecho. Ya cerquísima del fondo del embudo y dándose por cadáveres todos, avistaron una boca minúscula que ni boca parecía, sino esquina; y hacia allá fueron, abandonadas todas las esperanzas. ¡Oh, condición miserable de los hombres, qué fácilmente nos quejamos! Pues éstos descubrieron el estrecho a su pesar, y el primero que lo supo comenzó a dar voces, que aunque algo decía, ya lo veían estar loco y lo dejaban por tal. Viendo que no era esquina sino paso siguieron, y conocieron otros estrechos y nuevas bahías. Los favores eran grandes, las esperanzas no cortas, por lo que volvieron con grandes ánimos para que el capitán general lo supiera. Ni el rico esté seguro ni el pobre desconfíe: que los dábamos ya por perdidos sin poderlo remediar, primero por la gran tempestad y porque habían pasado dos jornadas desde la separación. Además, por creer señales de naufragio unos humos que nos hacían desde tierra dos marineros, a quienes enviaron para que nos diesen la noticia; y porque estaba todo lleno de canales, creyendo muchas veces que se perderían sin hallar el océano. Eran a modo de pasajes entre laberintos, entre aquellas rocas y arrecifes que estaban por doquier, y como los barrían los temporales del oeste, andaban sin rumbo ninguno entre montañas hendidas por los hielos. Hallándonos en estos pensamientos vimos aparecer ambas naos, inflado el velamen y batiendo la brisa sus banderolas, con la cual relación doy fin a esta materia; sino que atronaron luego muchas bombardas y gritos, y alineados los cuatro barcos que quedaban dimos gracias a Dios y a la Virgen María. De esta manera y muy a placer navegamos todo lo restante de aquel día, hasta una hora antes que el sol se pusiera o la noche llegase, pues luego avanzaríamos en busca de más allá.

De todos modos fue nuestro capitán Magallanes quien tuvo el mérito de hallar aquel paso, explorándolo con nosotros y fijando la posición del estrecho en los mapas, y la extensión que tenía. Como advertimos dos bocas en el estrecho, el capitán general adelantó una nave, para que viese si una de ellas desembocaba en el mar océano. Llamábase la nao san Antonio, y Esteban Gómez que era su piloto odiaba sin límites a

nuestro capitán, pues antes que él acudió al emperador a que le diera naves, y no quiso dárselas; por lo que se negó a ir, pues se proponía ocultamente volver a España, como luego hizo. Iba en esa nave el otro gigante que recogimos, pero murió apenas entraron luego en zona calurosa, pues estaban hechas sus coyunturas para el mucho frío; y levantándose con una especie de locura se arrojó al mar por la timonera, sin que lo pudieran más cobrar. Mientras, la nave Concepción andaba aguardando al dicho piloto, ignorando que había aprovechado las sombras de la noche para volver atrás, y desertar volviendo a España; y estuvieron buscando en vano la nao san Antonio, que creyeron se había extraviado. Andábamos nosotros explorando la otra boca, llegando a un río que llamamos de las sardinas, según la cantidad de ellas que había en su barra; no quisimos por lo menos aventurar lo más, y navegando hallamos luego un cabo, que fue grandísimo consuelo. Lloró el capitán general de alegría y lo llamó Cabo Deseado, porque lo deseamos tanto tiempo; que donde él anduviera, bien podían los de su tamaño bajar el estandarte. Volvimos atrás en busca de las otras dos naves, pero no hallamos sino a la Concepción; y preguntando al capitán de ésta dijo que nada sabía, y no la había vuelto a ver. La buscamos por todo el estrecho hasta la misma entrada, clavando cruces en varios lugares, mas todo sin provecho. Cuando mucho tiempo después supe yo lo sucedido, sentí grandísimo enojo con el disparate que nos habían hecho. Vimos entonces un islote plagado de lobos marinos y grandes pájaros; mientras, no nos faltaba tribulación ni ninguna adversidad, pues bastante teníamos con las tormentas y disensiones, el hambre y las enfermedades, que andábamos extenuados y de espantoso aspecto. Tenía proyectado el capitán bajar cerca del polo antártico, pues a tal latitud y en aquella estación no se hace nunca la noche, o es muy corta; es decir, como en invierno ocurre con el día. Así eran las noches sólo de tres horas, y estábamos en octubre. Eran aquellas tierras bajas y llamamos al estrecho Patagónico; y velaba por todos nosotros nuestro capitán, a cuya sombra excelentísima la envidia nos miraría ociosa, la emulación muda y desairada la competencia. Hallamos en los alrededores mucha leña de cedro, en la mar sardinas y mejillones y en la tierra apio y hierba dulce. Nació ésta junto a los arroyos, por decir algo, pues eran aquéllos más ríos que el Manzanares, que se llama río porque se ríe de los que van a bañarse en él, no teniendo agua. Durante no pocos días, sólo de estas hierbas pudimos comer.

Había también por allá peces muy largos que llamamos dorados, y bonitos que perseguían a otros peces voladores llamados golondrinos, también de óptimo sabor. ¿Qué gusto podrá recibir un desdichado, sino hallar tales cosas? Pues saltaban éstos fuera del agua y volaban, aun con las alas empapadas, por trecho mayor que un tiro de ballesta; y en cuanto caían en el agua, era de ver cómo los apresaban y se los comían, siendo cosa bellísima. En tanto, me enseñaba muchas palabras aquel gigante que en

el barco llevábamos, sin que hubiera salido de su reclusión más que para las necesidades corporales en el tiempo que allí llevaba. Así llamaba *schiaquen* al culo, *sachancos* a los testículos y al corazón lo llamaba *tol*, y *oni* al viento; al coíto lo llamaba *hor*, que no sabía hablar de otra cosa, y a las partes de las mujeres las decía *isse*, con un gran regusto el decirlo. Pedíame *capac*, que era pan, y *oli*, que era agua. Una vez hice una cruz y la besé, y gritó: “¡Setebos!”, indicando que aquél me entraría en el cuerpo haciéndome estallar. Pero cuando el gigante se encontró mal me pidió en cambio un crucifijo, abrazándolo y besándolo mucho, y quería hacerse cristiano antes de morir, con lo que le dimos por nombre Pablo. Lo hallamos tendido en el suelo echando espumarajos por la boca, que ya creíamos ser fallecido; mas volvió en sí como embelesado, tal que daba lástima. He de decir que éste me enseñó otras muchas cosas que hacían; pues pongo por ejemplo, cuando estas gentes querían encender un fuego frotaban dos ramas ásperas entre sí, prendiendo la chispa en cierta madera que ponían entre dichas ramas; y viendo muchos de estos fuegos en aquellas costas, llamamos al lugar Tierra de Fuego.

Yendo navegando, preguntábale yo al capitán cuánto quedaba hasta el nuevo mar, por parecerme con aquello que llegaríamos más presto. A últimos de noviembre nos desencajonamos de aquel estrecho, sumiéndonos en un mar que llamamos entonces Pacífico por la bonanza que había. No tenía yo ya espíritu para hablar, y era a veintiocho del mes de noviembre del año mil quinientos veinte del Señor, cuando esto que digo. Luego continuamos viaje, pues decía nuestro capitán que aunque tuviéramos que comer el cuero de las vergas seguiríamos adelante. Estuvimos tres meses sin probar viandas frescas, navegando durante cerca de cien días, y era tan vasto el mar aquél que la mente humana no lo hubiera imaginado sin verlo y pasarlo; y aunque comiéramos galleta no era galleta aquello, sino su polvo, que estaba lleno de gusanos porque lo mejor se lo habían comido ellos. Olía a diablos y a orines de rata, bebiendo agua amarilla y podrida, ya de los muchos días; completábase el dicho alimento con cuero de buey, que en la cofa del palo mayor protegía del roce a las jarcias. Comíamos con muy buen sabor de todo esto, a causa de la salsa del hambre, y aunque eran pieles endurecidas el sol, la lluvia y el viento, poniéndolas cuatro o cinco días al remojo del mar y asándolas luego, se comían no mal; mejor que el serrín de madera, que también lo comimos. Aún así Dios me libró de mis enemigos espirituales y temporales y todos los peligros, para traerme al lugar donde estoy. Vendíanse las ratas por entonces a medio ducado la pieza, que eran bocado harto exquisito para los hambrientos, y más se hubieran comido si aparecieran. No era la cosa de mayor dolor, sino ver las penalidades que pasaban algunos, pues les crecían las encías sobre todos los dientes de la boca, que luego supe llamaban escorbuto. No podían comer, muriendo diecinueve hombres

de esta enfermedad, y otros nos libramos. Murieron a mayores el gigante y otro indio de la tierra del Verzín, arrojando sus cadáveres al mar con otros; y más de treinta hombres enfermaron, bien en los brazos o en las piernas, así que hábiles quedábamos pocos. Aunque sacamos de las naos cuantos bastimentos pudimos, no pudo ser cuanto nos fuera menester, y decíamos: “Señor, hemos descubierto un mar, pero es mayor el trabajo que nos da”. Por la gracia de Dios yo no sufrí ninguna enfermedad, con lo que esta agonía tan grande aflojó un poquito. Pues hallé entre mi equipaje media mazorca de maíz, que tenía por junto veinte granos, y de ella comí tres días sin catar ni gota de agua. Bebimos alguna agua salada, y pudimos morir de ello si fuera más cantidad; recorrimos de esta forma más de mil leguas por el mar Pacífico, y bien que lo era, pues en todo el tiempo no conocimos una sola borrasca, gracias a Dios. Y aún así no topamos con tierra ninguna, sino islotes en que nada encontramos si no eran pájaros y árboles; que era imposible contar las diferencias de aquéllos y sus plumajes, siendo tan celosos de sus hijos que se venían a la cara de los hombres a picarlos, como si fueran lobos rabiosos. En algunos hoyos dejaban las lluvias charquillos pequeños, a donde íbamos a chupar y a beber con mucha devoción y lágrimas, y en extrema necesidad; pero como el vivir y el morir de la voluntad de Dios procede, esperaba yo en su misericordia que él supliría mis fuerzas, y me proveería de tal aliento y esfuerzo que pudiera mi triste persona salir adelante.

Llamamos a aquellas islas Infortunadas o de los Tiburones, pues estaban a doscientas leguas unas de otras y no había donde fondear alrededor; y sí muchos de aquellos animales, que veíamoslos seguir a las naos; y yendo con todas sus velas y buen viento andaban más que ellas, dando vueltas en torno y por delante, que a uno de nuestros hombres tomóle la pierna un tiburón y le cortó un pie por encima del tobillo. Mas pudimos cogerlo, pues nos juntamos todos y abrimos aquel animal sacándole del vientre el pie, y cinco tiburoncillos de a dos palmos y medio cada uno; que siendo pequeños eran muy buen manjar, pues llevábamos tanto tiempo sin tomar alimento fresco. No estaba el cielo de esta parte tan estrellado como en el Ártico, y se veían numerosas estrellas menudas y agrupadas, formando dos nebulosas sin mucho resplandor. Pienso yo, que si a la salida del estrecho que vimos se hubiera enfilado el rumbo hacia poniente, habríamos dado vuelta al mundo sin hallar tierra ninguna hasta el cabo de Buena Esperanza, en el África; pues están ambos cabos con exactitud en los cincuenta y dos grados de latitud del polo antártico. Desviábase nuestra brújula, pues era muy grande la atracción del polo; habíamos visto ponerse el sol más de cien veces y otras tantas amanecer, y ya parecíamos cadáveres, cuando vimos una cruz de cinco estrellas hacia poniente, tan radiantes y dispuestas con tal simetría, que las llamamos Cruz del Sur. Llegamos finalmente a las islas que llamamos Marianas, y nos hubiéramos

vuelto todos locos de continuar la travesía. Pensamos fuera una la isla de Cipango y la otra de las Siete Ciudades, mas pasamos de largo, pues dimos con otra tercera muy alta y espaciosa donde pensamos atracar por hallar alimento fresco. Arriábamos velas para bajar a tierra, cuando vimos unos botes que nos venían a visitar; y hallamos que los indígenas subían a los barcos por las bordas, robando con gran rapidez el esquife, que iba atado a la popa de la nao capitana. Eran inocentes, aunque ladrones, pues mostraban gran destreza en el robarnos; con muchas risas llevábanse lo que podían, y hasta quisieron llevarse los botes, cosa que no se podía consentir. Bajó a tierra el capitán con cuarenta ballesteros, pues estaba furioso por dichas fechorías y quería castigarlos con dureza. Quemaron cuarenta casas y muchas canoas, y no diré si hicieron bien o mal, pues mataron a siete hombres para recuperar el esquife. Eran éstos en el robar como gitanos, y ellos mismos decían venir de Egipto; o así lo interpretó una esclava que llevaba Magallanes y los entendía. Era cosa de ver, que se preciaban de llevar los cabellos largos hasta el ombligo y los dientes muy negros, o colorados de areca; y ellas el pelo hasta el tobillo o atado a la cintura, con sombreros de paja muy altos y bragas de lo mismo. He de decir aquí, que antes de nuestro desembarco nos rogaban algunos enfermos de los nuestros, que si matábamos hombre o mujer les trajéramos sus intestinos; pues pensaban que comiéndolos sanarían, siendo esta superstición muy común en España, y quién sabe si no tendrían sus razones. Era cosa de ver, que cuando a ballestazos traspasaban a alguno de aquellos indios completamente los ijares, tiraban de la flecha en uno o en otro sentido, mirándola; con lo que se maravillaban mucho, y de ahí resultaba su muerte. A los que herían en el pecho hacían igual, de forma que nos daban compasión, pues no les valían diligencias. Vimos mujeres gritando y mesándose la cabellera por amor a los muertos; y a éstas las evitábamos, pues líbrenos Dios de venganzas de mujer agraviada. Así sucedió a un marinero, que viéndolo traspuesto con la fuerza del sueño primero lo puso una de ellas en el último de la vida; porque sacando un cuchillo lo degolló, dejándolo en el suelo muerto, y recordóme aquello un suceso muchos años antes acaecido.

Cada uno de ellos vivía según su voluntad, sin obedecer a nadie; y sonándose las narices, en mirando el moquillo lo observaban con mucho espacio, como si fueran perlas y las quisieran conservar. Llegué a ellos y no me huyeron, detúveles y se pararon; y así vi muy a mi placer que andaban las mujeres desnudas, cubriéndose el sexo con una estrecha membrana fina como papel, que arrancaban entre el tronco y la corteza de ciertas palmeras. En poco tiempo traje ocupadas las manos entre su rostro y pechos, y como a lo melindroso hacían las hembras que se defendían. Comencé a trabar conversación y a querer desenvolverme de manos, pues eran las mujeres finas y delicadas, y sus cabellos como he dicho sueltos y negrísimos, hasta los pies. ¡Cuán

mejor me fuera ocupar mi persona en otros entretenimientos! Anduve todo aquel día sin cuenta ni orden, y pude conocerlas bien, y que eran perjudiciales, indómitas y sisantes. Vi que no trabajaban y eran pobres, pero ingeniosas y ladronas por demás, que así llamamos a sus tres islas de Ladrones; y algunas se estaban en sus casas tejiendo esteras, haciendo cajas y otras cosas. Comían cocos y bananas, y mucho nos holgamos de ver todo esto, pues se untaban aquellas mujeres el cuerpo y el cabello con aceite de coco y ajonjolí. Abundaban en los lechos y habitaciones las bellísimas alfombras de palma, durmiendo ellas sobre paja muy tierna y desmenuzada. Andábamos harto gozosos, pues como éramos algunos de Sevilla campábamos de valientes y reñíamos con los diablos. Era la diversión de aquéllos navegar con la esposa, en sus naves parecidas a góndolas, aunque más afiladas; eran blancas, negras o rojas, y llamónos la atención ser las velas de palmas cosidas entre sí, formando como velas latinas. Hacían de la proa popa y al revés, saltando al agua como delfines; con lo que toda la playa andaba llena de voces y requerimientos, sobre todo a la tarde. Diré que a la fecha que esto escribo se han mezclado aquéllos con portugueses y españoles, mas cuando los vimos pensaban ser los únicos hombres y mujeres del universo.

Traíamos cogido tanto miedo a los navíos, que pensábamos ser homicidas de nosotros mismos si allí nos metíamos; mas hubo que hacerlo y navegamos otra semana, dando a mediados de marzo, hacia la aurora, con una tierra harto elevada. Ni bien hubo viento, ni bien hubo calma, y a las veces corría un venteruelo contrario; y aquella noche dormimos a placer, viendo que estábamos cerca de tierra. Con el nuevo día salimos a ella, dándonos el agua a los pechos; y levantamos en la orilla dos tiendas para los enfermos, sacrificando para ellos un cochino que los anteriores nos dieron. Pareciónos la isla desierta, mas luego llegaron unos hombres en un batel con ciertas frutas y vegetales. Traíanlos como presente, y como parecían razonables les dimos barretinas encarnadas, espejos y peines, y a cambio de algunas baratijas nos dieron pescados y un jarro de vino de palmera, a más de naranjas y legumbres, tomando ellos nuestras campanillas y otras cosas. Eran los cocos fruto de las palmeras, para ellos como para nosotros el pan, el vino y el aceite. Llamamos a estas islas de san Lázaro, que luego dirían Filipinas por el príncipe don Felipe. Penábamos ya por un tan prolongado destierro de la patria, hacia la cual no dejábamos nunca de volver nuestras miradas. Nos sosegó el corazón aquel vino, que era cosa dulcísima; y preguntando qué tenía nos dijeron que perforaban el árbol por su parte más alta y tierna, que era el palmito, destilando entonces un licor como el mosto, dulce y blanco aunque un tanto agrio, de que se holgaba mucho el forastero. Llenaban con él unas cañas gruesas como una pierna, que dejaban atadas al tronco por la mañana para beber de noche; y, por la noche para beber a la mañana, sin variar todo esto un ápice de como lo he referido. Daba también la

palma el coco, grande como una cabeza humana; su corteza exterior era verde de dos dedos de gruesa, y por dentro exquisito, y con sus filamentos tejían los nativos sus barcas, que la naturaleza parecía salir al encuentro de ellos. Mencionaré en pocas palabras que bajo esa costra había una muy dura, mucho mayor que la mayor nuez, viniendo debajo una pulpa endurecida y blanca de un dedo de espesor; que allí, reconfortados con un poco de excelente vino comimos fresca con la carne y el pescado, como si fuera pan, y al paladar recordaba almendra. Pasamos toda la jornada al rayo de sol, y como tuviéramos sed hallamos dentro de esa pulpa agua clara, dulce y refrescantísima, que según pudimos colegir cuando la dejaban posar se congelaba y terminaba como una manzana. Aprovechando la costumbre que tenían, cuando les interesaba disponer del aceite dejaban pudrir la pulpa y el agua, y la hervían, saliendo un aceite como de mantequilla; y como deseasen un refuerzo de vituallas podían hacer leche también, y la hacíamos nosotros rallando la pulpa y mezclándola con agua después; y bien colada y estrujada a través de un pañizuelo, era como leche de cabra. Yo me encantaba y entretenía sobremanera, y me arrancaban de mis reflexiones aquellas cosas, gozando de su vista; levantábame, y con rostro alegre daba las gracias, dedicando aquellas jornadas a recorrer los alrededores. Vi con esto que eran las palmeras aquéllas semejantes a las de los dátiles, pero lisas; y era tal su riqueza, que una familia de diez personas se mantenía con dos de ellas. Usaban ocho días de una y ocho de otra, pues perforándolas sin descanso terminarían por secarse; y así duraban cien años, y me perdonará el lector por haberlo entretenido tanto tiempo con un asunto ten nimio. Eran aquellos habitantes asaz agradables y conversadores, que nos sorprendió con agrado hallar personas que antes de marcharse pedían licencia con mucha educación y donosura y prometían volver, como así lo hacían, no sabiendo cómo testimoniar su agradecimiento por las menudas cosas que les dábamos. Parecían multiplicarse las islas por allí, y había por doquier mujeres que nos acogían con ternura. Hallamos mucho coral blanco y árboles enormes, con un fruto parecido a los piñones; traíannos ellas naranjas dulces y hasta un gallo, para demostrar que allí se criaban gallinas, y podéis comprender que nos hacían buena falta. Era su jefe un viejo muy pintado, con aros de oro macizo a las orejas y muchos brazaletes de oro, y un pañuelo anudado en las sienes. Tuvimos el placer de tenerlo en nuestra compañía, y holgamos después de muchos meses de sobresaltos, de contratiempos y de recíprocas desdichas. Pues nos mandaba traer a diario comida y bebida, dejando obrar a la compasión y siguiendo los impulsos de su piedad, y no dudo que me he callado por delicadeza muchos detalles de lo que allí hubimos, por lo cual veíamos el cielo abierto. Supimos la noticia que próximos a aquellas islas había hombres con aros tan descomunales a las orejas que podían meter sus brazos en ellos, mientras erraban por los bosques, y



enseguida tomé mi determinación de verlos. Eran pueblos cafres, o sea gentiles, y sus principales usaban lienzos de algodón recamados de seda, en especial como turbantes. Apenas llegados nos ocupamos de las mozas, y de tomarles medida: que eran oliváceas, gordas y pintarrajeadas, a más de ungidas con los aceites que he dicho de coco y ajonjolí, pues lo hacían por preservarse del sol y del viento. Quedando nosotros tan obligados a las finezas suyas que con no poco sentimiento las dejamos, pues ya las queríamos bien. Pasamos la noche tranquilos, y yendo a otra isla vimos que tenían los hombres cuchillos, dagas y lanzas de oro; usaban anzuelos y arpones, y redes para pescar encestando, que estuvimos en la conversación con ellos cosa de hora y media. Eran sus barcas semejantes a nuestras falúas, que ofreciéndolas no nos permitieron rehusarlas, sin que en este lugar nos faltaran las comodidades, ni los manjares más delicados.

Era lunes santo, día de la Anunciación, poco después de mediodía; y estando como quien dice para levar anclas me dirigí a la nave para pescar, y oí ruido. Un primer impulso hízome de seguida mirar, y apoyando el pie en el cordaje resbalé, por estar el esparto humedecido. De tal suerte se puso en camino el pie que caí al mar sin que ninguno se apercibiera, que allí iban bien descuidados y algunos medio dormidos. Las voces que daba eran grandes, lo cual hecho quedé suspenso y mudado de color. Comenzáronme a poner los peces el cuerpo como merecían mis delitos, hasta que me vino a la mano el cabo final de la cuerda que llevaba la vela mayor, que por especial providencia pendía de la borda; asíme a él y comencé a gritar, mas ninguna persona hubo que se apercibiese; que aunque era yo mañoso y me había visto en semejantes cosas, es cierto que no cabía de miedo. Un mancebo de poca edad se levantó, y andaba por la barca, y al cabo vino a dar en que me estaba ahogando. Tomóme en brazos, así en camisa como estaba, y vinieron los otros de la lancha a por mí. Pasé la noche muy desacomodado por el gran dolor de las mordeduras que tenía en las posterioridades, y de esta manera pasé hasta venir el alba; que no creo me salvaran mis merecimientos, sino la voluntad de Dios que todo lo puede, y éste es el asunto. Vestíme al otro día lo mejor que pude, y alababan todos los presentes lo sucedido con mucho encarecimiento, pues eran los compañeros de camino gente de muy buen corazón, salvo algunos. Con esto sosegaba algo de los dolores de la vapulación, cuando vimos fuego en una isla y una barca con hombres; y un esclavo del capitán que era de Sumatra les habló y lo entendieron, con lo que estaba el más contento del mundo. Nos trajeron a su rey, que subió a la nave y abrazó a nuestro capitán, con lo que nos admiramos grandemente. Dióle tres vasijas de porcelana cubiertas de hojas y llenas de arroz crudo, y dos doradas muy grandes, con muchos víveres; pues la piedad las más veces asiste a los pechos donde hay sangre noble. Nos holgamos de la buena relación, y dio el capitán al rey una

túnica de paño rojo y amarillo, al gusto turco, con una barretina de buen lienzo también encarnada, y pasamos en gustosa plática un buen rato. A los que lo acompañaban dio cuchillos y espejos, comenzando a regalarlos con grandísimo cuidado. Después de haber comido les mostramos la artillería, disparándola, con lo que se espantaron mucho como solía suceder, y con esta plática acabamos la jornada. Todos dijeron que recibían gran favor, y muy agradecido de la fineza se despidió el rey con dos abrazos muy apretados que se dieron él y el capitán. Tuve un poco de desvelo aquella noche, y apenas la aurora comenzaba a desterrar tinieblas cuando volvieron. Hizo luego el capitán que un hombre se armara de coraza completa, y puso tres alrededor, que con puñales y espadas le daban por todo el cuerpo; ante lo cual quedó el rey como fuera de sí, y todos acudían a ver lo que sería, llegándose allá. Quien primero habló fue el rey, que dijo que uno de aquellos armados valía por cien de los suyos, pues las muestras que vio en él se lo aseguraban. Se le dijo que sí, y que en cada nave había doscientos que se vestían de tal forma, con lo cual salió muy afligido sin saber qué hacerse. Presentóle el capitán petos, espaldas y rodeles, y le fue mostrando su utilidad, cuando él dijo que se hallaba muy cansado del camino y deseaba descansar. Así se le ofreció, y así lo cumplió; y vio la carta de navegar y la brújula, diciendo que deseaba contemplarla, y así lo hizo; explicándole nosotros la forma en que encontramos el estrecho.

Maravillóse el rey con todo esto, y procuró con los ojos dar a entender su emoción; en tanto que pasaban estas cosas se levantó de la silla en que estaba, y al despedirse dijo que le gustaría recibir dos hombres para mostrarles lo que tenía, pareciendo muy bien este consejo. Fuimos pues otro y yo a acompañarlo, y apenas pisamos tierra firme agradeció con grandes sumisiones el favor que recibía; y alzando el rey las manos al cielo lo imitamos, pues con esto demostraba el contento que sentía. Tomóme de la mano y entramos en un barco muy largo, como góndola; salieron unos hombres de un oculto lugar, y les ordenó traer un plato de carne de cerdo y una jarra de vino, por no estar ociosos mientras andábamos en conversación. Bebíamos una taza a cada bocado, que era aquel muy devoto del dios Baco como todos los de su nación; pues estaba la taza del rey siempre llena y nadie bebía en ella, salvo el rey y yo, y quedó entre los dos concertado que así fuese. A cada trago que echaba el rey alzaba las manos al cielo y hacia nosotros, con lo que tardábase un poco más de lo acostumbrado; y luego avanzaba el puño izquierdo hacia mí, que al principio bien creí quería darme un puñetazo. Finalmente bebía, olvidando enojos pasados, y no bien había terminado cuando yo lo imitaba al tocarme mi turno. Puse mi oído atento para oír lo que decían, y con tanto ceremonial dimos fin a la merienda, con lo que el rey se retiró a una espesura de árboles, donde se durmió. Comí carne en el viernes santo, pero, ¿qué iba a hacer?

Pues no era cosa de hacer melindres rehusando recibirla. Antes de la cena anduve escribiendo varias palabras en su lengua, a lo que pedí licencia, y diéronmela. Cuando me vieron escribir y luego repetir sus palabras leyéndolas, quedaron atónitos; y en premio de haber hecho bien el papel me tenían prevenida linda cena. Llegó con esto el momento de cenar, pues deseaban contentarme y así lo hicieron. Trajeron dos platos grandes de porcelana, el uno lleno de arroz y el otro de carne de cerdo con su pringue; hecho así el concierto comenzamos entre las mismas demostraciones y gesticulaciones, que aunque me daban ganas de reír disimulé cuanto pude y no mudé semblante. Llegó con esto un majestuoso acompañamiento y fuimos al palacio real, que tenía la forma de una pirámide de heno y estaba recubierto con hojas de palma, donde el hijo mayor del rey nos recibió con los brazos abiertos, y su padre volvió de nuevo a darnos alabanzas y a encarecernos primores. Mandó el rey que nos dieran entrada, y como el palacio fue edificado sobre gruesas estacas que lo alzaban de tierra, hubimos de subir varios peldaños para entrar. Hízonos sentar en una esterilla de mimbres, y de esta manera estuvimos sobre media hora, con las piernas cruzadas como hacen los sastres; y estando ambos hablando de las pasadas cosas trajeron un plato de pescado asado, con trocitos de gengibre alrededor y vino, y lo que nos holgamos no se puede referir con palabras. El hijo del rey, que era príncipe, oía nuestras cosas tan absorto que parecía un mármol en el movimiento, sentado allí junto a nosotros. Era alto de rostro, moreno de cuerpo, y acabábase de vestir con un vestido de color. En éstas sirvieron otro plato de pescado con salsa, sólo para que comiéramos con el príncipe. No me hizo buen estómago esto, y mi compañero, bebiendo con poco recato y muy a menudo llegó a embriagarse después de tanta comida y bebida, con lo que me dejó algo enojado, pues íbale a replicar y no quiso oírme razón ninguna.

Se alumbraban aquéllos con lámparas, y usaban como combustible resina de árbol que llamaban ánima, envuelta en hojas de palmera o de plátano. Mientras esta diligencia se hacía, diónos a entender el rey que quería marcharse a dormir, que éramos ya el archivo de sus secretos. Dejónos con el príncipe, en cuya compañía descansamos sobre esteras de mimbre y cojines de hojarasca; y ambos quedamos muy contentos con vernos remediados aquella noche, haciendo rancho con aquel mancebo. Llegado el día vino el rey y me tomó de la mano de nuevo, pero no de manera que me pareciese que era con mala intención. Pues fuimos a desayunar, con lo que rodeamos un poco y seguimos adelante. Pero ya venía una lancha por nosotros y nos despedimos diciendo que volveríamos, haciéndolo con juramento sin mentir. Antes de partir, el rey nos besó con alegría en la mano y nosotros la suya; y así quedamos tan amigos, asombrándose de que tan pronto hubiera hallado una buena amistad. Fui yo a la nave a contar a los otros todo lo que viera en la isla; a todos dio contento la historia, y hubo allí algunas

voces sobre esto.

Procuró el capitán que declarasen algunas cosas, como que había allí pepitas de oro grandes como nueces, y aún como huevos, hallándose con cribar la tierra y con muy poquito trabajo. Contéle yo que todas las vasijas del rey eran de oro, y parte de su casa, con lo que se escandalizaba de oírme; habléle del príncipe, que dije era lampiño sin pelo de barba, por ser muchacho. Y que por su esmero en el vestir era el hombre más hermoso que vimos en estas tierras, pues los cabellos negrísimos le alcanzaban a media espalda, bajo turbante de seda, y pendían de sus orejas dos aros inmensos de oro. Llevaba pantalones bombachos enteramente recamados de seda, que le cubrían de la cintura a la rodilla; y al costado una daga con descomunal puño de oro y su funda de madera tallada, Dios lo bendijera y su madre la Virgen. En cada diente mostraba tres manchas de oro como engastadas en ellos, y olía a los perfumes de estoraque y de benjuí; y a todos hablaba con lindo despejo y grande cortesía de pasmos, prodigios y quintos planetas. Era oliváceo bajo su mucha pintura, cosa que causaba admiración en cuantos lo miraban. Contándolo por segunda vez a otros, de nuevo se asombraron, aunque lo relatara yo en humilde estilo, y yéndome a los atajos. Dos horas había que estaban todos escuchando, cuando aquélla su gente nos llevó dos cerdos muertos; y movidos del celo de nuestra santa fe que debe tener todo cristiano, pedimos permiso para bajar a tierra al día siguiente a decir misa, pues dijimos a aquéllos que era domingo de nuestra Pascua. No les pesó de oírnos esto, y accedieron; de modo que llegado el plazo, que viviendo todo se acerca, bien pensamos que era hora de partir. Con este presupuesto llegamos allí, y bien nos favoreció la suerte: pues ofrecimos limosnas y se acercó el rey a besar la cruz, aunque sin ofertorio. Nos dimos parabienes, y por nuestra buena fortuna en la elevación permanecieron todos de rodillas y adorando con las manos juntas; terminada la misa, con grandísima atención leyó el capitán las oraciones, y algunos de los nuestros comulgaron muy devotamente. Quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa, pues en aquel punto comencé a afligirme de todo mi embuste y ficción, como si me hubieran condenado a doscientos azotes y seis años de galeras. Empezamos luego un baile con las espadas, y yo, habiendo pasado algunos lances de éstos, no quedé mal. Hizo el capitán que trajeran un crucifijo con los clavos y la corona, y dijo el rey que convenía plantar la cruz aquélla sobre la cima del monte más alto que hubiera, y los guardaría de manera que no fueran molestados de nadie. Para que ni los truenos, rayos ni tempestades los perjudicaran en forma alguna, si al verla cada mañana la adoraban. Faltóle en aquella ocasión al rey el discurso, mas los otros lo agradecieron mucho diciendo que lo harían de buen talante, y con esto se fueron bien contentos. Les preguntamos si eran moros o gentiles, y en qué creían, pues eran de gentil disposición y de apreciable agrado. Contestaron que no adoraban a nadie,

y alzando las manos juntas y la cara el cielo dijeron llamar a su dios "Abba", lo que llenó al capitán de alegría; y allí mejoró la dicha, porque ya todos nos querían y estimaban. Como era la hora de ir a almorzar pusieron la cruz en el monte, y si fue caridad o segunda intención, no nos toca juzgarlo. Quien anduvo más liberal fue el príncipe, que había salido en nuestra compañía, siendo así que el comenzar esta amistad fue por accidente. Tras hacer desfilar en parada a nuestro batallón, y la descarga de mosquetes, abrazóse de nuevo el capitán con el rey y tomamos licencia, esparciéndonos por aquellos lugares y tierra. ¡Era tan perfecta la frescura, tan perfecta la quietud de la naturaleza! Preguntó luego nuestro capitán qué puerto era mejor para avituallarse en el seno de esta soledad; ahincada la cruz rezamos cada uno un padrenuestro con avemaría, adorándola, y lo mismo hizo el rey, mas creo innecesario entrar en más detalles. Pidióle el capitán algunos pilotos, pues quería zarpar con la nueva aurora, listo para lanzarse en los azares de una carrera inmensa, y fue tanta la bondad del rey que él mismo se ofreció. Estábamos prontos a partir, cuando dijeron que el rey y su hermano estaban postrados, aunque últimamente parece que cobró el afligido algún aliento; y era porque había comido y bebido mucho, con lo que acabada la comida, se fueron a pasar la siesta. Nos enfermó bastante esta molestia, que todo parecía desfavorecer la expedición; nos dieron algunas disculpas y el capitán disimuló cuanto pudo, dejándose llevar del engaño.

Nos alejamos con pesar al amanecer de un lugar que sólo nos deparó satisfacciones; y hallamos al salir una isla con murciélagos tan grandes como águilas, de un sabor parecido a la gallina; pude yo hacer lo que me pedía mi gusto, pues abundaban las palomas, tórtolas y ciertas gallináceas negras, con larga cola y muy buen sabor. Ponían éstas huevos enormes como de ánsar, escondiéndolos bajo la arena donde se incubaban con el calor; así salían los polluelos sacudiéndose la arena, siendo estos huevos comestibles, con lo que les dábamos un hervor y los comíamos. Era quince de abril cuando entramos en el puerto de Zebú y hallamos que el rey de esta isla era moro, con lo que sucedió enviar a un fraile, y a la partida hubo su poquito de sermón. Después del yantar, acercáronse a la nao el rey y su sobrino que era príncipe, vistiéndose el rey muy galán. Ocupaba nuestro capitán un trono de terciopelo encarnado, y apenas pusieron los pies en la nao sentáronse los principales en sillas de cuero, y los demás en cuclillas sobre alfombras. Parecía el rey en su talle hombre de bien, y a poco tiempo que estuvo en nuestra compañía supimos que no tenía hijos varones, sino hembras; y aquel sobrino estaba casado con la mayor, por lo que era príncipe, pues vio que había que tomar lo que el tiempo le ofrecía. Diéronnos cuenta de los sucesos hasta aquel día, y hablando en estas cosas y otras pláticas informéles el capitán de las verdades de nuestra fe, invitándolos a que se bautizaran; y ellos lloraban

de alegría prometiendo seguir su consejo. Díjoles el capitán que no habían de hacerse cristianos por miedo ni por complacernos, sino por su propia voluntad, pues temía que de no hacerlo así no sirviera de nada. Al que quisiera seguir con sus leyes no se le haría ningún daño, aunque los cristianos serían mejor vistos y halagados que los otros, y les entregaría a cada uno una armadura. Estimó en mucho el rey el sobrado favor que les hacía, y algo menos cuando le dijo el capitán que no podrían usar de sus mujeres siendo gentiles, sin cometer gravísimo pecado; a lo que respondió no entender lo que quería decirle. Al cabo, para alivio de sus cuidados, les aseguró que nunca más se les aparecería el demonio sino a la hora de su muerte, y el rey se envaneció con la ofrenda, diciendo no hallar respuesta para tan bellas palabras y ofreciéndose como servidor. Regalólos muy bien, que comieron a su mesa, y haciéndose tarde despidió el rey el capitán, entre tiernos suspiros y sollozos. Mandó el capitán a la isla por mediación mía y de otro una túnica para el rey, de seda amarilla y morada a la manera turca, una barretina encarnada y collares de vidrio. Hallámoslo en su palacio, sentado en tierra sobre una esterilla de palma, procurando agradar a todo el auditorio, y más que nada a nosotros. Llevaba puesto un taparrabos de algodón que le impedía enseñar las vergüenzas, y un turbante con bordado de aguja; mas procurábase de galas, sacó invenciones, y eran éstas un collar de gran precio y dos enormes ajorcas de oro con piedras preciosas. Era gordo, pequeño, y tatuado al fuego muy diversamente; y acordándose de sus hazañas dióse una palmada en la frente, diciendo que nos las había de relatar. Hízolo así, mientras otra esterilla le servía de mantel, pues estaba comiendo huevos de serpiente escudillera, servidos en vasijas de porcelana. Trataba según pudimos colegir de algunos hechos graciosos por lo mucho que se reía, y tenía mientras tanto cuatro jarras con vino de palma cubiertas con hierbas odoríficas. Hablaba por estos términos, y un canuto metido en cada una le servía para, indistintamente, sorber. Nos regaló muy bien, donde nos comenzamos a holgar; ceñímosle la túnica y le pusimos la barretina, y haciendo grandes cortesías nos hizo comer de aquellos huevos y beber de los canutos. Estuvimos allí la tarde, y más valiera que no; quiso el rey que nos quedáramos para la cena y le dijimos que era imposible. Ratificóse en lo que había dicho, con lo que nos condujo a su mansión, donde cuatro muchachas tocaban instrumentos de música; que si una era bonita, era la segunda de disposición no menos favorable, y así las demás. Una tocaba un tambor parecido a los nuestros, acurrucada en tierra, que de verla quedé casi sin aliento. Otra percutía con un bastón engordado en su extremo con tejido de palma, sobre dos trozos de metal colgados, ya en éste, ya en aquél; cosa que nos pareció bien a los presentes. La tercera golpeaba en una rodela metálica mayor, y del mismo modo, que no la trocara yo por ninguna con dinero encima. La última hacía entrechocar dos bastoncillos de metal, a los que arrancaba sonidos muy

suaves. Íbame yo acercando con algunos penosos suspiros, y con más alteración se hallaba mi compañero, porque era muy del natural suyo. Volviendo pues a nuestro propósito, actuaron tan a compás que parecían expertas en música. Aguantara yo que me llevaran a la cárcel y me embargaron cuanto tuviera por verlas a solas, pues eran las cuatro hermosas y blancas, casi como nuestras mujeres y de sus proporciones; y estaban desnudas, salvo un tejido vegetal de la cintura a la rodilla, y alguna desnuda enteramente; cuyas cosas eran receptáculo de aficiones, y como aquéllas no las había visto yo más de dos veces. Defendíme para no morir, que ellas nos recibieron con mucha alegría. Tenían sus largas cabelleras ceñidas por estrechos turbantes, y andaban descalzas en todo momento, con el pabellón de sus orejas deformado por un cerquillo de madera muy largo, y dejo aquí de describir. El príncipe nos invitó a bailar con tres, desnudas de arriba a abajo, con lo que eché muchas bendiciones aquel día; y tras esto y otras cosas merendamos, y era tal la dulzura que he pintado que dejé con ellas la mitad de mi alma. Con esto dijeron muchas otras cosas, y fue que las referidas placas de metal las hacían en el golfo de China, usándolas como nosotros las campanas y llamándolas *aghon*. Teniendo que volver a los barcos llevaba puesta en ellas de continuo la imaginación, viéndome muchas veces melancólico a más de imaginativo, que desde aquel momento ya no hubo sueño para mí; y entreteníame mirando a las nubes, feliz así de engañar el prolongado hastío. Murieron por entonces dos de los nuestros y pedimos permiso para enterrarlos en el pueblo; esta decisión les gustó mucho, y conseguido aquel les dimos tierra en la plaza lo mejor que pudimos. Plantamos allí una cruz y todos la adoraron con nosotros, comenzando con esto las mujeres a llorar amargamente echándose de pena en el suelo, con lo que se nos renovaron las heridas en el corazón. Finalmente, de palabra en palabra vinimos a saber que vivían estos pueblos con justicia, y conocían las medidas y el peso; amaban la paz, el ocio y la quietud, que éstos suelen ser efectos de la ociosidad. Estuvimos aquella noche y otras dos, y vimos que usaban balanzas de madera; y tomando licencia me mostraron que era una varilla horizontal, colgada por medio de una cuerda que la sostenía. Tenía a un extremo el garfio y al otro las señales, pesando la carga en un platillo; y se mostraban tan contentos de explicarme estas cosas y de ponerse a mi servicio, que hallábalos ya besando la tierra de gratitud. Señaláronme alojamiento, de suerte que olvidando mi patria, en breve espacio conocí sus costumbres. Jugaban los muchachos en forma parecida a los nuestros, siendo sus casas en alto con escaleras; y bajo las casas guardaban sus cerdos, cabras y gallinas. Alegres iban todos por nuestro camino tratando de varias materias cuando nos dirigíamos a pescar, y llegando conocimos los *corviales*; eran peces muy grandes y hermosos, que mataban a las ballenas cuando éstas los engullían vivos, comiéndoles el corazón.

Dejémoslo, y volvamos en otro párrafo a decir que prometió el rey al capitán convertirse en cristiano el domingo; en breve llegaron varios compañeros elevando en la plaza una tribuna con adornos de tapices y ramos de palma, y previniendo de galas e invenciones, llevados de la condición generosa de nuestro capitán. Le enviaron a decir al rey que no se asustara a la aurora de los bombardazos, y él se lo prometió, con que se fue a dormir; ya que era nuestra costumbre en las fiestas hacer sonar la pólvora, sin querer dejar a los naturales en notable confusión. Vino la noche, algo oscura como la habíamos menester; y el domingo bajamos a tierra con cuarenta hombres, dos con armaduras completas y el estandarte real. Con lo que allí nos detuvimos se hizo hora, sentándose el rey y Magallanes sobre tronos de terciopelo rojos y morados, hablando en varias cosas. Se acomodaron los jefes en cojines y otros en esteras, y disimulando la voz dijo el rey que quería ser cristiano, pero que algunos de sus principales no querían. “Esto es lo que puedo decir a lo que me preguntáis -dijo más o menos en su lengua-, porque alegan ser tan hombres como yo, y por vida mía, sea yo desengañado si no hago con ellos algún escarmiento”. Con esto, mandó el capitán llamar a todos los gentileshombres de allá, y les dio a conocer sus intenciones luego, diciendo que si no obedecían los mandaría matar en el acto, en cuanto acabaran de comer. Íbase disponiendo la fiesta a toda prisa, y sólo faltaba que consintieran; con lo que dijeron que sí, que obedecerían, y todavía veíanse indignos de recibir este favor. Y así, conociendo todo esto, vi que se colocaba en el lugar una gran cruz. Confusos se hallaban los nobles ahora, viendo que el extranjero no se había comportado muy amigablemente; pues advirtió que era menester quemar todos sus ídolos, y que cada día con las manos juntas vinieran a la cruz y la adoraran de hinojos. Que si así no sucedía verían por sus ojos lo que ver no quisieran, dijo él hablando esto en español, que lo sabía hablar sin acento alguno. Condujo luego Magallanes al rey de la mano sobre la tribuna para que lo bautizaran, dejándolo contentísimo; pusieronle don Carlos como al emperador, y fuése, y al príncipe dijeron Fernando como al hermano del emperador, estimando aquél la merced que se le hacía. Llamaron a un moro Cristóbal, y juró que moriría sirviendo, sin aguardar otra paga por tan grandes servicios; a quién dieron un nombre y a quién otro, que era cosa increíble para todos.

Efectuáronse los bautizos con muchas fiestas, y se hizo antes de la misa con quinientos hombres que hallaron aquí buena ocasión. Luego el cura bautizó a la reina, que había estado muy inquieta, dando muchos suspiros y quejándose. Apareció con cuarenta damas, y quiso ponerse muy bizarra aquel día; fue sobre la tribuna y la hicieron sentar sobre un cojín, y lo mismo a las demás, mirándola todas con tanto trabajo y desvelo, que habían venido a ser alivio de sus penas, descanso de sus congojas y sosiego de su inquietud. Mostrámosle a la reina una imagen de Nuestra Señora que fue



llevada allí y puesta en su lugar, y además un precioso Niño Jesús de talla y un crucifijo, ante lo cual le vino gran contrición y pidió el bautismo con lágrimas; y él fue el iris de estos nublados, pues los sosegó. La llamamos Juana como a la madre del emperador, agradeciéndonos el favor que le hicimos; a su hija la mujer del príncipe Catalina, y su nombre correspondiente a las demás. Enviáronnos regalos, ofreciéronnos dádivas, y así ochocientas almas se bautizaron entre hombres, mujeres y niños. Era la reina joven y hermosa, dándonos notable gusto con su presencia; iba cubierta enteramente por un lienzo blanco y negro, llevando rojísimas la boca y las uñas, que nos admiró esta fineza. Portaba un gran sombrero de hojas de palma, amplio como quitasol, con corona alrededor según las tiaras papales; y a ninguna parte iba sin ella, que era esta dama bizarra como he dicho. Con lo que al día siguiente fui llamado del rey, y acudí con otros a palacio; y viéndonos en su presencia, nos dijo que pedía la reina el Niño Jesús para situarlo en el lugar de sus ídolos. Me hallé al principio confuso y tardé en responderle, alborotándose con esto mucho; mas diciéndole que lo trataría con los míos, algo se sosegó con esta satisfacción y nos dio licencia para partimos. Desde entonces el rey y nuestro capitán se daban tratamiento de hermanos, y así continuando por la comarca, antes de ocho días quedaron bautizados todos los de aquella isla y algunos de las otras, donde se dejaban ver las gentes, que nos esperaban muy a nuestro gusto. Se puso fuego a un poblado por negarse a obedecernos, de modo que cada uno buscó su vida apartándose los unos de los otros y sintiendo tiernamente al compañero. Les dimos algunas razones pesadas y plantamos allí una cruz, porque eran esos pueblos gentiles; que a haber sido moros hubiéramos plantado la horca en símbolo de más dureza, pues eran los moros bastante más duros de convertir que los paganos; y con esto acabóse la conversación, y pedimos acudir a misa. A diario se trasladaba a tierra el capitán con motivo de oír la, diciendo al rey muchas cosas concernientes a la fe, y él lo miraba y escuchaba atentamente. La reina, con mucha pompa, vino a oír misa una vez; que era un prodigio de hermosura, un imán de voluntades. Tres doncellas la precedían, portando tres de sus sombreros en la mano, yendo ella vestida de blanco y negro como solía, con un velo grande de seda a listas de oro sobre el cabello; y era lástima, ya que impedía ver su buen natural, pues la cubría enteramente, así como su espalda. Se me angustió con esto el corazón, hasta ver que la seguía un grupo de mujeres todas desnudas y descalzas, menos que se arrollaban en torno a las partes vergonzosas un entretejido de palma que era la arquilla de sus secretos, porque cosa de misterio no es justo que ande entre vulgares juicios; y un turbante harto hermoso les ceñía el nacer de los esparcidos cabellos. Hecha la reverencia ante el altar, ocupó aquel día la reina un cojín recamado de seda verde, que viéndola me rugían las tripas de modo que parecía tener en ellas atabales; pues una intolerable inquietud, un continuo desvelo, una pasión amorosa

atormentaba mi alma. Aspersóla el capitán, como a sus damas, con agua de olor; nada la deleitaba tanto, y de aquí adelante lo tuvo por hombre de más caudal. Entregó luego el capitán al rey un trono de terciopelo encarnado que era una maravilla, y es esto solo lo que puedo decir. Díjole que, dondequiera que se trasladara, uno de los suyos cargase con él, y contestó el rey con tan solemnes disparates que a todos hizo reír. Dióle a cambio el rey dos aros de oro muy grandes para las orejas, para dar esmalte a lo dicho; añadió luego dos brazaletes para las muñecas y otros dos para los tobillos, todo con muchas piedras preciosas, lo que celebró él con muchas estimaciones y agradecimiento.

Preguntó otro día Magallanes al rey por qué razón no quemaban sus ídolos según prometiera, y amenazóle con tormento si no contestaba lo que le preguntaba. A lo que repuso con estas razones: que no lo hacía porque tenían un enfermo, y aguardaban que le devolviera la salud, pues hacía cuatro días ya que no hablaba y desde hacía tiempo había perdido la sensibilidad externa en las extremidades inferiores. Era hermano del príncipe, y el más valiente y sabio de la isla, acabando de obtener una pensión bien merecida por su celo y trabajos. ¡Cuántas contrariedades, cuántos horrores debían sobrevenir! Insistió el capitán en que quemasen los ídolos y creyesen en Cristo, acogiéndose a los deseos de su bienhechor, pues si el enfermo se bautizaba sanaría al punto; y que, de no obedecer, no sería dificultoso acabar con él, pues le cortarían la cabeza. Como era tan pronto en el mentir respondió el rey que lo harían, y no sabía con qué palabras estimar y agradecer tales favores, viniendo sobrados a sus merecimientos. Con lo que marchamos en procesión a casa del enfermo, y allí lo encontramos, que no podía moverse ni hablar. Dieron, pues, lugar a conversación y lo bautizamos, así como a sus dos mujeres y a diez doncellas, y entretuvimos la tarde con ellas, las cuales eran hijas de hidalgos y honrados. Luego el capitán le preguntó cómo se encontraba, adonde nos fue la suerte tan favorable que habló de repente, diciendo que, por la gracia de Dios, bastante bien. Así de propósito hablando castellano tenía acento de portugués, que parecía haber nacido en Lisboa. Ese fue manifestísimo milagro en nuestros tiempos; y con esta sospecha, todas las veces que le hablaba y en oyéndolo hablar, dio el capitán gracias a Dios, y le dio una tisana que le había hecho preparar. Viniendo al barco más tarde envióle un colchón, una colcha de paño amarillo, almohada y un par de sábanas; y cada día hasta que se repuso le mandaba tisanas y agua de rosas, aceite rosado y algunas conservas de azúcar, y llegando el siguiente día le daba lo mismo. Hasta que su buena dicha ofreció camino, y a los cinco se hallaba de pie; y haciendo reflexión en su memoria se ocupó de que echaran al fuego un ídolo que habían mantenido oculto ciertas viejas en su casa, y en esto se retiró a dormir. Ordenó luego que se destruyeran muchos tabernáculos junto al mar, lo que vimos todos con mucho contento; y lo hacían sus hombres gritando: “¡Castilla, Castilla!”, correspondiéndonos con gracias, y aún con

convidarnos a comer.

Divertímonos, y tratamos de holgarnos. Eran estos tales ídolos de madera, huecos y sin talla en el reverso. Vílos con atención y reparé en que tenían abiertos los brazos y hacia adentro los pies, las piernas separadas y el rostro desmesurado, con cuatro dientes enormes como de jabalí, y sobre esto toda la estatuilla pintarrajeada. Quedéme yo algo lejos, de donde pude ver esto, y conocí las ceremonias con que estos tales bendecían al puerco que era cosa singular, diciendo chanzas y donaires, que todos se reían. Antes de nada golpeaban el *aghon* y traían dos platos grandes con rosas, hojas de arroz y mijo, con peces asados y paños de Camboia y dos banderitas de palma, sin que pudiera yo penetrar el sentido de lo que fuese; que cada instante me nacían más dificultades a mi inteligencia. Extendían uno de estos paños en el suelo, y venían dos mujeres viejísimas, cada cual con una trompeta de caña; parecióme una de ellas de mil años, tantos me pareció que tenía. Alejéme de donde estaba para ver aquel trasunto, y vi que poníanse sobre el paño extendido, saludaban al sol y una se anudaba a la frente un liencillo con dos cuernos, y bailaba llamando al sol, que fue muy divertido verla. Lo primero que pensé es que estaban locas; vi que la otra tocaba, agitando en la mano libre una banderita, y todo esto movía a risa o a piedad. Bailaban ambas o tocaban por tiempos, sólo por su gusto y antojo, agitando las banderillas y haciendo sonar sus trompetas, siempre mirando al sol y bebiendo vino; que el cielo las guardara, pues dormirían tranquilamente aquella noche. Soseguéme un poco, y vi que ponían una lanza en las manos de una, que había fingido un desmayo; y tras simular varias veces que iba a clavar la lanza en el corazón del animal, como si hubiera sentido mucho su determinada resolución, luego con inesperada presteza lo traspasaba al fin de parte a parte; y tened esto y aguardadme, que en breve espacio volveré. Que venía el animal manchado de la sangre que le había salido del cuerpo, y tapábale ella de inmediato la herida con hierbas. Tenían siete vidas como gatos las caducas señoras, pues la que lo mataba metíase una antorcha encendida en la boca y la apagaba. Con la pena de verse desacomodada la otra bañaba la punta de su trompeta en la sangre del cerdo, ensangrentando con el dedo la frente de su marido, y los demás; y aunque a nosotros nunca se acercaron, pues trataban esto secretamente, tuvimos aviso de esto y quise en persona verlo. En conclusión, luego se desnudaban y comían los manjares de los platos; y así se quedaban por ser apacible la noche, levantándose y previniendo la comida. Con el mayor secreto que pude fui observando que desollaban el animal al fuego, y nadie más que las viejas podía consagrar su carne, ni probarlo si no lo habían sacrificado en esta forma; todo con secreto siempre, por el temor de que los vieran.

Finalmente diré lo observado hasta entonces, que andaba todo el pueblo desnudo; y después de una plática que tuvimos supe que grandes y pequeños se hacían traspasar

el pene cerca de la cabeza, con lo que llevaban tormento muy cruel, mas no podían hacer otra cosa. Fuíles preguntando el detalle, y era que lo hacían con una barrita de oro o estaño, que eran animosos los pobres y sufrían el dolor. En cada remate tenía la barra una estrella con pinchos, y todos pasaban por la misma calamidad sin que nadie se librara. Viendo de averiguar algo de esto, diversas veces quise que me lo mostraran muchos, así viejos como jóvenes, pues no lo podía creer, respondiendo ellos muy corteses que harían como les mandaba. Esto se hacía, y había en medio del artefacto un agujero por donde orinaban, pues aquél y sus estrellas no tenían el menor movimiento, y cada día tenía sus pesadumbres. Afirmaban ellos que sus mujeres lo querían así, y que de lo contrario nada les permitían, con que porfiando ellas a salirse con la suya recibíanlos así con mucho gusto. Como viese tan buena ocasión quise que me lo contaran todo, y no fueron menester muchos ruegos, pues había cobrado entre ellos grandes amigos. Uno, algo turbado, me dijo que cuando deseaban usar de sus mujeres ellos mismos punzaban su pene, mudando semblantes conforme a los sucesos de ella; y lo retorcían de forma que, muy cuidadosamente, podían meter la estrella ahora encima, y después la otra; mas como eran enamorados lo hacían con mucho gusto. Cuando todo estaba dentro, ya me entiendes a dónde digo, recobraba su posición normal, de lo cual fingían los dos asombrarse mucho. Y así no se salía hasta reblandecerse con este ánimo que ponían, porque inflado no había quien lo sacara. Ya esta nueva la tenía sabida dos días ha, y a propósito huía de los lances de amor que se me pudiesen ofrecer; pues cada vez que bajaba a tierra uno de nosotros, ya fuese noche o día, las mujeres nos preferían ampliamente sobre ellos. ¡Oh amor, notables son tus secretos! ¿Quién los puede penetrar? Se fue divulgando la burla que ellos hacían, y era que recurrían a estas cosas por ser estos pueblos de potencia muy escasa; y a todas ellas, a partir de los seis años, se les deformaba la natura por razón de aquellos miembros de sus varones, que daban luego con ello grandes gritos. Tenían éstos cuantas esposas deseaban, pero una principal; y estos extremos relato porque no quise que cosa tan bien trabajada quedase en la sepultura del olvido.

Dejémoslos en su clausura, que íbamos entretanto disponiendo la partida; y uno de aquéllos me ofreció su casa mientras partiese, con muy gentil voluntad. Esto me fue de gran dicha pues pude saber otras cosas de ellos y de sus costumbres; y era una de ellas, que cuando un notable moría le dedicaban muchas ceremonias acudiendo a su casa muchas mujeres principales, con tanto afecto y significando tan bien su pena que decían tras de lo pasado mil desatinos. Oí unas descompuestas voces en la antecámara y pregunté qué ruido era; fuéme dicho que había muerto uno de ellos, y llegaban las mujeres cubiertas con sudarios de algodón de color blanco. Mientras, a cada una le daban aire sus doncellas con abanicos de palma; alzaron el grito, creció la mohína, y las

no principales se sentaban tristes en torno a la cámara mortuoria, cuyo espectáculo enterneciera a un risco. Una cortaba el pelo del muerto despacio, con un cuchillo. La otra, la que fue su mujer principal yacía sobre él; y fingiendo lágrimas, que lo sabía muy bien hacer, juntaba su boca, sus manos y pies con los del cadáver, plañendo primero y luego holgando, que también cantaba su poquito con buena voz. Dijéronme que le dieron al marido calenturas por haber comido ciertas almendras majadas, y al octavo o noveno día, según la cuenta de la esposa, murió; y no valió la fuerza de cuidados ni ungüentos, y así sus sufrimientos se habían acabado y sólo Dios podía recompensarlo. Entré donde estaban, diciendo que sentía mucho aquella muerte, y encarecidamente les rogué que recibieran mi pésame. Había en la habitación muchas vasijas con fuego y echaban mirra, estoraque y benjolí que perfumaban mucho la casa. Preguntándoles la causa de tanto perfume me dijeron que tenían allí el cadáver cinco o seis días impregnado de alcanfor, y la causa de este accidente me dijeron haber sido lo de las almendras. Pensaban enterrarlo después en un féretro cerrado con clavos de madera, en un cobertizo rodeado de una empalizada; y supe que era hombre soberbio y no bien querido, mas ella lo disculpaba cuanto podía. Dijeron que a medianoche aparecería un pájaro negrísimo, como era costumbre; que solía ser tan grande como un cuervo, y graznaba volando sobre las casas, con lo que ladraban los perros, turbándose las gentes y mudando los colores. Pues sus graznidos se oían cuatro o cinco horas, y jamás quisieron decirnos la razón. Y pasado el año de la viudez, se ostentaba la esposa con aligerado luto.

Llegóse el día aplazado, y aguardando un viernes a principios de abril, mandó recado Zule, el rey de la isla de Matán, diciendo que un señor de allí se negaba a obedecer el rey de España; no parando en esto su pecado, sino que súpose que dos días antes lo había querido rebajar a los ojos de todos. No quisieron que fuese sin castigo, y pedía le enviáramos una sola lancha llena de hombres, pues ayudaría en el combate. Decidió el capitán acudir en persona con tres embarcaciones, y diciendo esto se entró donde yo estaba. Aunque le suplicamos mucho que no viniera, temiendo lo que después sucedió, el buen pastor se negaba a abandonar a su grey; y lo que dijo el caballero fue, que antes pasara por mil muertes que tal hiciera. Dio instrucción y partimos a medianoche sesenta hombres con coseletes y celadas, llegando a Matán tres horas antes de amanecer; y esto se hizo con tanto secreto que no fue sabido. No quiso el capitán luchar desde el primer momento, y les envió el moro que teníamos con nosotros para que se rindieran. Dióles en breve cuenta de dónde estábamos, y viendo que era forzoso responder, dijeron algo turbados que por haber perdido sus lanzas en un incendio, aguardáramos a atacarlos con las nuestras al amanecer. Personas eran que se pasaban diez años sin decir una verdad, y esto decían para que emprendiéramos

su persecución, pues habían cavado fosas detrás de las viviendas y querían hacernos caer allí. Ejecutóse como se dijo, y apenas el sol había salido y llegado el día, saltamos al agua que nos llegaba al muslo casi cincuenta hombres, corriendo aunque limitadamente. Fuimos a la playa con grandísima pena, pues las lanchas no podían avanzar por los grandes pedruscos; y once hombres se quedaron cuidándolas, porque real y verdaderamente no todos los soldados han de hacerlo todo. Eran aquellos hombres belicosos, astutos y grandísimos ladrones, sutiles de manos y robustos de fuerzas. Nos dispararon piedras y lanzas de cañas, y alguna de hierro, que no nos podíamos defender; pues atravesando ante las narices se ceñían igualmente a los lados. Lanzaban también jabalinas endurecidas al fuego y mucho fango, y no diré más; pues lo que se escribe de veras no goza la libertad y privilegios de lo que se compone en chanza. Como quemáramos algunas de sus casas, tanto mayor fue el miedo, viendo que el humo salía debajo; con lo que su furor se redobló y en ese momento, una flecha envenenada le atravesó una pierna a Magallanes, de quien se ensalzaba el valor y la piedad. ¿Qué resolución podíamos tomar en esas circunstancias? En fin, agotados por el decaimiento y el cansancio las fuerzas nos faltaban, que alguno se sentaba y no podía levantarse, llagados y heridos los pies por las zarzas y espinas. Huyeron muchos en desbandada y sólo seis o siete permanecimos junto a él, reducidos a una situación más triste aún que la de antes. No disparaban alto, sino a las piernas, por llevarlas desnudas, y alguno no tuvo fuerzas para ganar la orilla y se ahogó. No podíamos resistir, siendo las bombardas de las naos incapaces de prestarnos ayuda por la gran distancia. Permanecía yo aturdido, extraviado, aniquilado, atormentado de continuo, y ellos llegaban a recoger cuatro o seis veces la misma lanza para enviarla nuevamente; que por derecho privaban a los reos de todo privilegio y los sujetaban a las comunes penas. ¡Oh hideputa, enemigos! Fue un terrible tormento donde creí expirar; y no tenía ideas firmes a cerca del rumbo que daría a mis pies, pues víme desbaratado, engolfado, sin saber del puerto, y todo esto causaba necesidad. Conocieron quién era el capitán, y aprovecharon esta ocasión para enviarle unos viajes, por lo que dos veces lo destocaron del yelmo y al principio encontró algunas dificultades; pero como buen caballero que era se sostuvo con gallardía. Hace más de quince años que no tengo noticia fidedigna de una batalla igual; pues combatimos aún más de una hora, y había resuelto no hablar nunca de esto, tan doloroso era para mí su recuerdo. Tuve la atención en el transcurso de esta lucha de mirar varias veces a Magallanes; y vi, cuando me hube restablecido un poco, que un indio lo alcanzaba con una lanza de caña en el rostro. Tanto me irritó ver esta inhumanidad, que se me mudó el temple del sudor de caliente en frío, y apoderóse el vapor o flato de los órganos de mi cerebro, con lo que se extinguió la virtud sensitiva y motiva dejándome una opresión con semejanza de aletargado; y de esta pugna se

originó un sudor helado y meloso, de que empezaba el síncope. En este intervalo, él al instante mató al agresor con su lanza, dejándola recta en el cuerpo. Quiso mostrarse más alentado que podían sus fuerzas y metió la mano para sacar la tizona, mas no pudo sino media; que uno que estaba haciendo el papel de mirón, viendo el trabajo en que estaba se lo alivió, pues cerca del codo le dio otro lanzazo. Yendo lo cual olvidaron todos la ocupación que tenían, y estando en éstas vinieron todos a por él, y uno con una grande cimitarra le rebanó la pierna izquierda, derrumbándose boca abajo, que todo esto era indignación. Pensé que no se levantara en quince días de aquel sitio, mas a los tres minutos ya estaba en pie, y les hizo un sermón con tantas infamias y tantas injurias, que llovieron sobre él al punto las lanzas de hierro y de caña; hasta que nuestro capitán y guía quedó muerto, y así nos dolimos de todo lo que nos había sucedido. Todo ocurrió por aliarnos con aquel rey moro que hallamos en la isla, sin que nos compensara que se hiciera cristiano, y con él muchos de los suyos. Comencé a afligirme, maldiciendo la hora que llegamos allí; y he de decir que mientras lo herían volvióse el capitán varias veces aún, y lo vi caer y levantarse con mucha presteza, por ver si alcanzábamos nuestras lanchas, que no teníamos con qué pagarlo. Después, viéndolo ya cadáver alcanzamos aquéllas, heridos y como pudimos, mudado el semblante y perdida la color del rostro. Fuímosnos a los barcos desesperados de pesar, y fue tender la capa y sobre ella reclinar los miembros y dormir a sueño suelto, como dicen; que cuando el cansancio se apodera de las carnes es dificultoso el poderlo echar de ellas. Dormimos hasta mediodía, y eran confusos los rumores que habían llegado de los peligros a que nos vimos expuestos. Me pedían un relato de la lucha que hicimos, y contéles aquel espantoso y horrendo espectáculo. Y después de haber gemido otro rato dije con voz tierna de tal suerte: que habían matado a nuestro espejo, nuestro consejo y nuestro verdadero guía, con lo que se acabó la conversación. ¡Válgame Dios! ¿Es posible que en tanta desgracia y flaqueza halláramos tanto aquillore de desnudo? Sin duda el rey cristiano nos hubiera prestado ayuda, pero antes de desembarcar se lo había prohibido el capitán, y algunas más réplicas le hizo. “Bien está replicado”, dijo él, bien contento del amo que había elegido, y más que el pleito era largo por tener contrarios poderosos. He de decir que cuando el rey supo su fin lloró, y lo mismo hicieron sus hombres; que uno andaba acurrucado, otro hincado de rodillas implorando a la Virgen. Demasiado fundamento tenían para ello, que a no haber sido por este pobre capitán ninguno de nosotros se hubiera salvado en las lanchas; pues no puedo olvidar que gracias a su ardor en el combate las pudimos alcanzar, habiendo sufrido con nosotros el hambre, la sed y la fatiga hasta el agotamiento, que apenas escapado de una herida se iba a poner a nuevos riesgos. Mucho lo recordaríamos luego, pues era grande por su virtud y fortaleza, así como para resistir el hambre mejor que todos, desafiando todos los

obstáculos en el extremo a que se veía reducido. Y era el mejor marinero para navegar, aunque estuvieran acabados los víveres y fuéramos afligidos por la sed.

No es preciso buscar mejores razones para explicar lo sucedido, sino que Dios lo quiso. Libróse la batalla en sábado, pues quiso el capitán librarla ese día por ser el más de su devoción; en que se afirmó y ratificó para acabar de cumplir su palabra. Para no extender demasiado los límites de este escrito diré que fueron muertos con él ocho de nuestros hombres y cuatro indios ya bautizados, que tampoco estaban a cubierto de aquellos enemigos peligrosos. De tales enemigos sólo murieron quince, mas de mis viajes anteriores ya estaba acostumbrado a ello, haciendo también entre los nuestros muchos heridos. He debido decir que después del yantar, hablando de los varios y sucedidos hechos, envió el rey cristiano a decir con nuestro consentimiento al de Matán, si nos querían entregar el cuerpo del capitán difunto con los de otros caídos. Pero las diligencias se resolvieron pronto, pues respondieron que no lo entregaban ni lo harían por la mayor riqueza del mundo, pues querían conservarlo para su memoria, habiendo tomado ya delantera y preparado todo lo concerniente. Apenas habían transcurrido unas horas desde que murió el capitán, y dejo a vuestra consideración el que imaginéis la inquietud en que nos hallábamos; yo por mi parte preocupado y triste, calculando que era muy fácil en estas condiciones encontrar la muerte. Todos nuestros preparativos para el viaje estaban concluídos; mas nuestro intérprete, que por cierto se llamaba Enrique y no sé por quién, no se bajaba a tierra por haber sido ligeramente herido y estaba tumbado bajo un toldo, que semejante postura indisponía a todo el mundo. Reprendióle a gritos Duarte Barbosa, portugués y pariente de Magallanes, y díjole que no por la muerte de su amo el capitán quedaba libre; me propongo dejar los detalles concernientes, mas luego lo amenazó con que, si no bajaba a tierra, lo mandaría azotar. Era en éstas el calor sofocante y ni un soplo de viento venía a suavizarlo. Levantóse el esclavo pareciendo obedecer a sus palabras, mientras un aire embalsamado por el perfume de mil flores comenzaba a venir hacia nosotros; no podía yo evitar ciertas previsiones de disgustos, de decepciones y fatigas, que venían como las luces siniestras que anuncian las tormentas. Bajó a tierra el intérprete y ganó un bosquecillo de árboles de poca talla, con lo que se internó solo en el pueblo a decirle al rey cristiano que nos marcharíamos pronto, y por la tarde nos haríamos a la vela. Pero en lugar de esto le dijo, que si quería concertarse con él sentiría una gran alegría; pues se apoderaría de los barcos con toda la carga, y obtendría lo deseado con bastante facilidad. Realizó varias visitas y con esto no lo veíamos, que las orillas de estos mares están cubiertas con silvestre vegetación de hierbas, lianas y arbustos. Fatigados con tanta caminata e incómodos, sólo aguardábamos levar anclas sin demora para aprovechar unos vientos favorables, cuando aquel esclavo se embarcó en el bote y volvió, en apariencia más



activo que antes, sin dar a ver que organizaba una traición.

Mandábanos decir por su conducto el rey cristiano de la isla, que era tan grande el amor que nos tenía, que tenía ya a punto las joyas que prometió enviar al rey de España, aunque era muy verosímil que el tiempo nos pereciera muy largo. Lo creímos a propósito para colmar nuestros deseos, aunque yo con demasiada razón sospechaba trampas y peligros por todas partes. Al mismo tiempo mandó decir el rey que, como hombre bien nacido, suplicaba que varios caballeros almorzaran con él, y aquí comenzaron las hipérboles, las exageraciones, las alabanzas de lo bien que se hallaba con nosotros. Yo no pude bajar, pues me olvidaba decirlos que estaba vendado, de resultas de un flecha envenenada que me hirió en la frente. Quisieron otros gozar la ocasión, con lo cual demostraron no ser muy vivos de olfato; y así, dentro de pocas horas costóles esta osadía la vida, y dieron consigo en la sepultura. Volvió uno a poco, diciendo que habían visto al hermano del príncipe que llevaba a su casa al sacerdote, y sospechaban algún mal; y no había terminado sus palabras cuando algunos oímos grandes gritos y lamentos, y hallando cierta mi sospecha perdí yo el color hasta casi el blanco. No hay espíritu que no se sienta enternecido con el relato de esta horrible aventura; levamos anclas y fuimos a tierra, y para darles remedio disparamos las bombardas, con que proseguimos el camino jurando que nos las habrían de pagar. Pecaban los más en valientes y hablaban grueso, cuando vimos a un tal Juan Serrano atado y herido gritando no tirásemos más, o lo matarían. Tenía aquél fama de valiente por sus hazañas, y nos dijo que todos los demás habían muerto a excepción de él y el intérprete; y con todo suplicaba una y otra vez que lo rescatáramos, y por los ruegos de él, que nadie podía rehusar, quisimos hacerlo. Pero Juan Carvalho, su compadre, no quiso, y tampoco los portugueses; con que todo este discurso arrojó sin fruto alguno, por más que hablase frases bárbaras, hiciera transposiciones, dándose a la pura claridad, a lo grave y bien colocado, haciendo fuerza en el concepto y no en el exquisito modo de decir. Hablando en diferentes materias sin dejar de plañir, nos repitió Juan Serrano que en cuanto desplegáramos las velas él sería muerto; y que rogaba a Dios que en el día del juicio demandase su alma a Juan Carvalho, su compadre, que sufriera una epidemia de viruela y otra más funesta de peste, pues contrariaba los designios de la Providencia. Ya por el temor del castigo, ya por el miedo zarpamos sin más; con esto despedíme de él, y no sé si quedó muerto o vivo, que sentía yo el cuerpo darme entresudores por lo vano de la empresa. Su cuerpo no pareció, ni yo supe quién lo hizo, que secretamente le había cobrado un cierto cariño como a persona de su condición. Antes de abandonar el archipiélago incendiámos la Concepción, pues había muy poca gente para tres barcos; y en aquel tiempo que el fuego andaba en la nao eran muchos los gritos y devociones de los marineros. Tomamos en los otros lo mas útil y nos volvimos a poner

en camino, cubiertos de harapos, y pensaba yo en lo sucedido: luego que conseguimos que el rajá se bautizase, y el propio Magallanes presidiera la ceremonia en tierra ante aquella gran cruz alzada; cuando el rajá pasó a llamarse Carlos, de Humabón que se llamaba antes, y que a su esposa la llamamos Juana, y era tan bonita con las uñas y los labios pintados. Recordaba que también se bautizaron las princesas y parte de la población, que todavía entonces se arremolinaban ante el sacerdote cristiano. ¡Malhaya que el tal tuviera un enemigo en la isla vecina, y que quisiera ayudarlo contra él nuestro capitán! Pues había querido Magallanes dominar todas aquellas islas, y pensó encumbrar a Carlos Humabón sobre todos los demás caciques de ellas. Si leyerais en una novela que todo esto había sucedido, quizá no lo creyerais; pues si no es así podéis seguir vuestro camino, que yo no puedo aceptar vuestra compañía. Que si no hubiera pasado nuestro capitán a la isla con nosotros, demasiado confiado, no hubiera caído en la escaramuza que le hicieron, ni lo mataran. Fue luego, que con la muerte de Magallanes se desengañó el rey de Zebú; y el que antes nos recibiera con demostraciones de alegría y nos condujera a su aldea, vio que no eran tan grandes los cristianos como había pensado; y así sucedió que invitara a su mesa aquellos oficiales y los matara durante el banquete, sin que ninguno pudiera escapar. Dios quiso reservarme a mí de los peligros en que tantos sucumbieran, que era muy poco religioso para desear tales mortificaciones.

Quedábamos poco más de cien hombres en las naos, y aún nos aguardaban más penalidades de las que podíamos imaginar; pues iban los otros dos barcos, el Victoria y el Trinidad, asaz maltrechos y haciendo mucha agua. Arribamos después a una isla grande donde el rey, que era horrible y de espantable figura, para concertar la paz se sacó sangre de la mano izquierda untándose con ella el cuerpo, la cara y el cielo de la boca, y lo mismo hicimos nosotros. Llamábase la isla Mindanao, y no estaba lejos de otra llamada Luzón, en cuyo puerto tocaban al año varios juncos de Formosa y la China; que en esta confusión de olas, y la furia de los encontrados vientos que por allí era grande, el mayor modo que se hallaba era de entrar en puerto. Sólo yo bajé a tierra y estimé el favor que se me hacía, pues conocería aquella isla; invitóme el rey a cenar, que aquella noche se pasó bien de cena, mas no de cama. Vestíme lo mejor que pude, pues iba el rey con dos de sus esposas muy bellas; la principal hizo su entrada airoosamente, y púsose en su puesto. Alegremente conversamos, y abundaban en el interior de la viviendo vasijas de porcelana, mas varias láminas de metal de aquéllas que golpeaban, una mucho mayor que las otras, y servían algunas para llamar a los caminantes a almorzar. Hizo la reina una plática como se podía esperar de su ingenio, y había muchas esclavas y esclavos a su servicio; que estaba yo muy apurado de vestuario, sin saber qué hacerme. Vuelto con el rey, me obsequió con una colación de

caña de azúcar a la que me aficioné. Me dijeron que allí abundaba el oro más que los pelos de sus cabezas, y pregunté con no poca alteración de dónde lo sacaban. Me encargó mucho el rey que no dijéramos a nadie aquello que había visto; y me preguntó si había descansado, a lo que contesté que sí. Caminaba yo con cuidado de ver de dónde provenía el oro, pero no tenían aquéllos hierros para cavar, ni les interesaba por desidia. Con esto salió el rey acompañándome hasta la puerta y a primera hora de la tarde quise volver a la nao; que estaba ya metido en un nuevo pensamiento de cómo saldría de allí. Pasando un río vi a la orilla tres hombres, clavados a un árbol al que le faltaban todas las ramas; dije que no eran muy humanos en la caridad con los despojados, y preguntando quiénes eran me explicaron los criados del rey que eran malhechores y ladrones. Aquella noche cené poco y dormí menos; aquí reparé, que hasta entonces no me había acordado, que íbamos a más de la mitad del camino y llevaba la bolsa vacía; pues si adquirí en mis viajes alguna plata, ésta la disipé tan pródigamente y con tanta liberalidad que no tenía nada, y esto con tantos engaños y penalidades que me habían pasado. Mas dejémoslo de esta suerte, y volvamos a decir lo que sucedió. Dimos luego con otra isla muy grande, con flores y árboles enormes, donde abundaban el arroz y el gengibre y cocinaban el arroz bajo fuego, entre cañas o maderas; que comimos con ellos alegremente y fuímonos a reposar. Con esto y el silencio me dormí. Encantaban a estas gentes los anillos y las cadenas de latón y campanillas, y más aún los hilos tejidos para atar sus anzuelos, que era linda vida aquélla con la amenidad de los campos. Tenían gallos grandes y domésticos que no comían por veneración, aunque tal vez hubieran de acostarse sin cenar. Mas los hacían reñir entre sí y a cada instante estaban como perros y gatos, y cada cual aportaba su gallo y se llevaba el premio si vencía. Andaba el juego vario y favorecía a unos o a otros y al final trataban de curar al herido, y con el agua que le echaban encima volvía en él. Iba yo con muy poco dinero como se ha dicho, y amigo, no hay cosa más desdichada que la necesidad. Viéndome, pues, sin blanca, y pues que estaba hecho a comer sin tanta limitación, determiné en cuanto volviera dejar aquel empleo y buscar el que me estuviera más a cuento, y hasta quise entonces mudar de apellido; pues aunque la sala de mi casa solariega adornaran tres sillas rotas y un taburete derrengado, como soy exquisito en el dialecto y me luzco diciendo donaires, determiné entrar en servicio de alguna persona de lustre. Y pensando en qué modo de vivir haría mi asiento, sobre esto, acabéme de vestir.

A diez leguas de esta isla hallamos otra y llegó el rey en un barco muy hermoso, con la proa y la popa trabajadas en oro; la mar estaba en calma y era lenta la marcha del navío, y llevaba en él una bandera blanca y azul empavesada de plumas, que fui el primero en subir al puente para verlos. Dejéme su vista maravillado, y no fuera poca

alegría; pues vi un corrillo de hombres bien vestidos que iban bordo tocando la zampoña y el tamboril, que oyéndolos bien se habrían pasado dos meses. Ocho viejos subieron a nuestra nao, sentándose a popa sobre un tapiz como si estuvieran en su casa. Nos dieron flores de jazmín y naranjo, pues antes querían granjear con esto nuestra amistad. Agregaron una jarra cubierta con un paño de seda amarillo y dos jaulas abarrotadas de gallinas, y otras cosas, que fuera singular modestia y exquisita mortificación no tomarlas, y se hubieran ofendido los tales. Nos dieron varios haces de caña de azúcar y vino de arroz, tan transparente como el agua; pero con tanta graduación que se emborracharon muchos de los nuestros, por no haberles avisado de esto, y dando grandes aullidos uno se enfureció, y loco de cólera profanó la reunión con sus violencias. Llegó el capitán, que era ya por entonces Juan Sebastián Elcano, de Vasconia; sabiendo la novedad de lo que había sucedido mandóle que tuviera recato, por lo que determinó más conveniente que quedara aquella noche preso, lo que fue no poca vergüenza. Usaban los viejos pequeñas boinas, que los cubrían sólo el occipucio, y nos invitaron a su isla que según supe se llamaba Borneo. No quería alejarme mucho a fin de poder volver, pero la idea me complacía tanto que no dejé de hacer preparativos para este viaje. Fuimos con presentes para el rey, prometiéndole que cuidaríamos de su salud y tendríamos para con él toda clase de atenciones. Eran aquéllos una túnica de terciopelo verde a la turca, una poltrona de terciopelo morado, cinco lazadas de paño rojo, una barretina, y le requerimos permiso para recorrer sus dominios cuando nos restablecimos un poco. Para despedirnos añadimos a las cosas que he dicho una copa de vidrio y un vaso dorado, un ánfora de cristal con tapón, tres cuadernillos de papel y hasta una escribanía, llevando nuestro capitán nota de los gastos extraordinarios realizados. La partida no fue todo lo rápida que yo quisiera, y enviamos a la reina al día siguiente tres varas de paño amarillo, un par de zapatos plateados, un alfilerero de plata lleno de agujas y para los nobles muchas cosas. ¡Qué bello es el amanecer en aquellas regiones! Había una calma chicha con calor aplastante, y aproveché la oportunidad para enterarme allí de muchas cosas, pues de sabios es la avidez por aumentar la suma de los conocimientos. Tomámoslo todo y partimos sin más, y cuando nos dirigíamos a la ciudad llegaron dos elefantes con gualdrapas de seda, que gustosos seguimos con la vista a estos enormes animales, pues en el mar se vuelve a la niñez, cualquier cosa divierte. Montamos en ellos, y en casa del gobernador estaban listos todos los aprestos del recibimiento. Nos ofreció éste una cena con muchos platos, y satisfecho nuestro apetito nos dividimos. Dormimos aquella noche sobre colchonetas de algodón, que me había producido la cena ventosidad, y no poca, por lo que hice la digestión con prolija lentitud. Tenía yo colcha de tafetán y sábana de Camboya; quería bajar temprano al día siguiente, y en medio de las alternativas de calma y borrasca de mi vientre no pude pegar ojo, pues llegué a

aficionarme a no dormir bajo techo. Había algunos arbustos pequeños dispersos aquí y allí, y luego me extenderé en más detalles acerca de las costumbres de los habitantes. En estas correrías estábamos, y nos acercamos al palacio del rey a lomos de los elefantes, que el camino no podía ser más ameno. Siempre sobre los elefantes pisamos el patio subiendo a pie una escalera y requiriendo permiso para seguir. Entramos en una sala grande llena de muchos nobles, y por último, siempre inquietos nos acomodamos en esteras, dejando nuestros obsequios cerca, en vasijas para obsequiar al rey, habiéndonos puesto en camino con la única intención de realizarlo. Permanecimos un buen rato en el mismo sitio, y vimos que al fondo de esta sala había otra más alta aunque menor, adornada enteramente con reposteros de seda. Se quedaron los nobles un rato en nuestra compañía, mas tales fantasmas desaparecieron por fin; no sin dificultades salimos, y en este punto entramos en la sala que digo, en que se abrían dos ventanas con cortinas de brocado por donde entraba la luz. Pláceme citar con este motivo que trescientos peones con las espadas desnudas formaban la guardia del rey; y enfrente distinguimos una segunda abertura con cortina de brocado que se recogió, prefiriendo nosotros esta ruta a cualquier otra.

Vimos allí al rey, y observamos que llevaba al cuello, según era moda en el país, dos cadenas de oro de cuatro onzas de peso cada una. Atendiendo a las insistentes instancias que luego me hicieron para que diese relación de este viaje, diré que estaba el rey sentado a la mesa con un hijo suyo muy niño aún, mascando betrel, y con él sus mujeres. Iba yo pensando en los tesoros que llevaba, cuando interrumpieron mis cavilaciones; nos dijo un hombre algo, mas le hice señas de que no entendía. Pronto fuimos sacados de dudas, y era que no podíamos hablar con el monarca porque sería echar a perder su buen humor; y para escarmiento de otros, de allí a dos días nos sería cortada la cabeza en público cadalso. Si algo queríamos se lo dijéramos a él, y tantas cosas dijo sobre esto que lo confirmamos todos por hombre de ingenio y capacidad. Con notable susto oímos que lo transmitiría a otro más noble, y éste a un hermano del gobernador, y el gobernador lo repetiría a través de una cánula que cruzaba la última pared a alguien que estaba dentro, con el rey. Mucho gusto diónos a los oyentes la bien repetida historia, y dije yo que sería tan humilde que no me levantaría del suelo, rogándome que si me levantaba no hiciera mucho rumor. Nos mostró cómo debíamos hacer ante él las tres reverencias, y éste no era uso, sino una fullería de jerigonzas. Habíamos de juntar sobre la cabeza las manos, no bajándolas después hasta haber alzado primero un pie y luego el otro, que era cosa de ver; que la aventura terminó por causarnos muchas carcajadas, y en contándolo luego se caían de risa al oír esto. Mandámosle decir que éramos vasallos del rey de España y le dimos los presentes, y ante cada uno medio iniciaba una reverencia. Al principio no distinguía yo nada, tan

aturdido estaba, mas poco a poco volví en mí, y aunque algún temor abrigaba el respecto hubo para todos nosotros brocados y lienzos con oro y seda, que colocaron sobre nuestro hombro izquierdo, retirándolo después, Por mi parte, atúveme al viejo proverbio de que no hay mal que por bien no venga, pues ya era tiempo de que el socorro que el destino nos reservaba llegase. Sirviéronnos una colación de clavo y canela y volvieron a correr la cortina, y a cerrar las ventanas, que estuvimos a punto de sofocarnos sin distinguir nada. Todos los varones que vimos en palacio cubrían sus vergüenzas con telas bordadas en seda y oro, y llevaban dagas con empuñaduras de oro y adornos de piedras preciosas, y esto lo vimos bien porque no teníamos que hacer otra cosa más que esperar. Llevaban sortijas a profusión, que sólo de verlas, por el movimiento local del corazón se aceleraba el curso arterial de la sangre. Supimos que era el rey un hombre de carácter, corsario de alma y bravo soldado. Volvimos luego sobre los elefantes a casa del gobernador, y al atardecer volvió a levantarse la brisa. Una vez allí siete hombres nos dieron a cada cual nuestros regalos, que aún conservo preciosamente, todo a expensas de su muy fiel Majestad, generosidad verdaderamente real y poco común entre soberanos. Todo lo anterior está atestiguado por los testimonios de mis compañeros; pero si estas alegaciones no bastaran para justificarme, a toda la nobleza de Sevilla le conste que soy bien nacido, pues no imagino que entendimiento racional pudiera dudar tales cosas. Y así aguardamos la puesta de sol y la noche, que llegó muy pronto, y también nosotros les hicimos a ellos y a cada cual regalos, diciendo: “Creemos, señores, haber satisfecho vuestros deseos”. Y dimos a cada uno un par de cuchillos, por compensarlos de tanto azacaneo.

El entrar en estos detalles me ha costado mucho, recordando dolorosas materias. Cenamos en aquella ocasión más de treinta platos diferentes de carne, sin contar los pescados y otras cosas; que pues el hambre nos había debilitado sobremanera, ¿podríamos resistir el deseo de catar tantos manjares nuevos? A cada bocado nos bebíamos una copita de aquel vino destilado, y eran las copitas de porcelana no mayores que un huevo; y aún así, pesóme extrañamente de haberme excedido. El arroz y demás alimentos los tomábamos con cucharillas de oro igual que las de aquí, y con esto acabamos la jornada. Desde aquel día mostré más sosiego, aunque era bien no fiarse del crédito, sino traer diligencia; pues, ¿quién me decía que mis dos criados que allí me pusieron no me habían de traicionar? Por lo que acostado en mi cama, no podía reposar en ella. Vino el día, y levantándome más de mañana de lo que acostumbraba salí a estirar las piernas, por estar ya acostumbrado a caminar de pie. Púseme en camino, y en menos de una hora y media me recorrí un buen trecho de aquellos parajes, y volví a casa del gobernador donde dormimos esas dos noches. Lucían allí perpetuamente dos hachones de cera blanca rematando sendos candelabros de plata,

y dos lámparas grandes llenas de aceite con cuatro mechas cada una, que no hay cosa como la claridad. Dos hombres estaban al cuidado de despabilarlos, y estaban orgullosos de lograr aquel empeño. Pude ver después de amanecido que estaba construida la ciudad sobre agua salada y eran las casas de madera en lo alto de estacas fuertes, sumando veinticinco mil; durante la marea alta cruzaban las mujeres en embarcaciones pequeñas para vender y comprar las viandas, y aún salían sin luz, y pude verlas; pues cansado de mi insomnio me levantaba por la noche con frecuencia. Estaba la casa del rey en seco como las de los nobles; y se alzaba delante un muro de ladrillos, grueso y con barbacanas, y sobre él cincuenta bombardas de metal, y seis de hierro, disparando mucho por las noches; y de cuando en cuando redoblaban la furia de los ataques como para aprovechar el tiempo disponible. En suma, ¿qué conclusión extraeremos de lo que acaba de enunciarse? Pues que con esto y con que muchos mosquitos aumentaban las dificultades, no había forma de poder dormir allí, pues en un instante las picaduras te hinchaban toda la cara. Mas con esto no variaba, empero, mi actividad ordinaria. Era tan grande la isla que se tardaba dos meses en circundarla; y la porcelana aquélla que tenían salía de la tierra blanquísima, pues la tenían enterrada cincuenta años y la enterraba el padre para el hijo; y si echaban veneno en ella se rompía, y eso era bueno para zanjar las dificultades. No me cabe duda de ello, pues se evitaban de este forma las bebidas ponzoñosas. Eran las monedas de aquéllos de metal, horadadas en el medio para poder ensartarlas y con letras del gran rey de la China; y eran los príncipes isleños muy ricos por la venta de las especias, pues tenían gengibre, canela, nuez moscada y clavo, a más de otras muchas, y una no mala civilización con muchas comodidades. Apreciaban sobre todo la plata, el vidrio y el paño de lana, pero aún más los anteojos; y eran muchos majestuosos y de presencia distinguida, así como astrólogos y poetas. Bebíanse aquéllos la plata viva, los enfermos para curarse y los sanos para conservarse, viendo que no estaban en disposición de enfermar. Tenía aquel rey dos perlas más o menos del tamaño de dos huevos de gallina, tan redondas que no se podían estar quietas sobre una mesa; que con una de ellas arrojó a un ministro una pedrada que lo derribó en el suelo. Lo sé bien, pues cuando le llevamos los objetos le dijeron por señas que las mostrara y dijo que lo haría, aunque nos alejamos sin verlas. Días después, algunos jerarcas nos confirmaron haberlas visto ellos; y digo, pues, que este tamaño no es imposible. Adoraban aquéllos a Mahoma y seguían sus leyes; y así se vio en concreto, diciéndonos que no comían carne de cerdo. A la mañana siguiente me encontré, no sin extrañeza, que se limpiaban el culo con la mano izquierda, y pese a tales obstáculos lo hacían con gran donosura. Comían con la derecha y se sentaban cuando orinaban, y después del almuerzo, similar a la cena de la víspera, nos contaron que no comían ningún animal que no hubieran matado ellos

mismos.

Era el rey de aquéllos como digo moro y tenía por nombre Siripode, pues hay gustos para todo; estaba harto grueso, con sus cincuenta años que tenía, y supe que lo socorrían con fomentos cordiales. No lo servían y cuidaban más que mujeres hijas de sus notables, y por ser su humor tan craso levantaba vapores densos, los cuales se elevaban a la región del corazón. Jamás dejaba su palacio, según me dijeron, salvo para ir de caza; pues temía a cada paso una alferecía, el cual accidente llaman epilepsia y se juzga como mortal; cuyos flatos se elevan por la región del corazón al cerebro, y de aquí nace el quedar enajenado y fuera de sí, con el pulso alborotado fuera del orden natural. Quise hacerle reflexiones sobre la utilidad de un médico, mas nadie podía hablarle sino a través de aquel canuto, y muchas de mis cartas se perdieron; pues lo rodeaban diez escribanos que pasaban su asunto a unas delgadísimas cortezas de árbol, con lo que estaba yo impaciente de proseguir mi viaje y llevar a mi lector al verdadero escenario de mis exploraciones. Nos decidimos a hacernos a la vela con viento muy temerario, y a la mañana siguiente vimos venir hacia nosotros más de cien de sus naos o canoas, otras tantas barcas pequeñas y una gran cantidad de juncos. Pensó el capitán que aquel rey había llevado su audacia al punto de atacarnos, y sospechando engaño por simple declaración de hechos calumniosos, comenzamos luego a acuchillar alentadamente y apresamos a cuatro, matando a muchos de sus ocupantes; que sólo tres o cuatro pudieron huir, porque auxiliándose unos a otros se rehicieron antes del homicidio. Iba entre los apresados el hijo del rey de aquella isla de Luzón; anduvimos con calma chicha desde medianoche y volvimos a engañarnos, pues Juan Carvalho, que era nuestro piloto, dejó aquel mozo libre sin nuestro consentimiento por cierta cantidad de oro; y en este pleito y causa criminal fuimos víctimas ya de su imprudencia, ya de su necedad. ¡Oh, codicia, lo que haces! ¡Oh, miseria, a qué bajezas te pones! Y a no haberlo hecho nos hubiera dado cuanto le hubiéramos pedido, cosa que no conseguimos luego. Volviendo de allí a dos días, nos envió el rey moro a advertir que no habían venido las naos a atacarnos, y con esto nos contó cuanto pasaba: sino que se aparejaban contra ciertos gentiles que había en otra ciudad mucho mayor que ésta. “¿Qué, tan terrible condición tienen?”, les preguntó el capitán, y como prueba nos enseñaron algunas cabezas degolladas que eran de gentiles, y después se tornaron a llorar y a echar maldiciones. Pero el ánimo estaba armado, y tan deseoso de sangre como se vio por el suceso. Le mandamos decir al rey que nos devolviera a los dos hombres que enviamos a traficar allí, así como al hijo de Juan Carvalho que había nacido en tierras del Verzín; pero se negó, y fue culpa de Juan Carvalho por dejar libre a aquel mozo. Pero baste de sermoncito y volvamos a lo nuestro, y fue que nos quedamos con varios hombres de los principales para traerlos a España, y tres mujeres



en nombre de la reina. Mas deploré la suerte de aquellas infortunadas, pues andando todavía Juan Carvalho en delitos tan soeces las usó como tuyas, pues semejantes pensamientos no podían ser duraderos. A pesar de su malvada maniobra éste se disculpó, alegando que hicieron en él tal impresión, que el segundo día de marcha ya no pudo considerarlo

La tierra desapareció otra vez de nuestra vista y no vimos otra cosa más que mar y cielo. Eran los barcos de importancia en aquellos mares los juncos, como ya se ha dicho, con su fondo de ocho palmos sobre el nivel del agua y un plano de contrapesado de cañas gordísimas, siendo de corteza vegetal el velamen; y contra ellos adoptamos precauciones extraordinarias que no fueron inútiles, con lo que se retiraban de nosotros profiriendo juramentos. Una vez llegados a una tierra, desembarcamos con el agua por la cintura; y había allí árboles cuyas hojas al caer estaban vivas y andaban, y ni un soplo de viento se sentía en aquel silencio lúgubre. Llegamos a un camino y proseguimos nuestro viaje, en marcha desde el amanecer; y había pedúnculos por todas partes con sólo dos patas, cortos y puntiagudos, sin que topáramos con nadie, pues estaba aquella campiña desierta. Y a quien me pusiera dudas, diréle que durante nueve días tuve uno de aquellos seres guardado en una caja, y cuando la abría daba vueltas en torno a ella, con lo que pienso viviría del aire. Hallamos árboles de canela, siendo el tronco de tres o cuatro codos de alto y con el espesor de un dedo. Tenía muy escasas ramitas con hojas como de laurel, y era el tronco la canela; que la llamaban por aquellas tierras *caiumane*, queriendo decir tronco dulce. Crecía en aquella isla el alcanfor, especie de bálsamo que brotaba entre los árboles; y al punto de llegar al término de nuestra etapa enfocamos el rumbo hacia una ciudad grande llamada Mindanao, pasando varias islas donde tomaban los indígenas partido por nosotros. Pues les dábamos cosas, y en tanto Elcano llevaba con exactitud los libros con las entradas y salidas. Hallamos otras muchas islas hasta que un día se revolvió el viento, y el mar que estaba como leche bramó con espantosa borrasca. Víme vapuleado, y un compañero mío, con el dolor de tal objeto, comenzó a dar voces, cayendo al agua; y así lo hallamos cuando salimos a darle socorro, que ya era tarde, y desde aquel día no padeció más. Esto permitió el Dios supremo, que no esperaba yo tener tan mal día como tuve; pues tenía tres roturas mortales de que luego me recuperé, de cuya existencia sólo me doy cuenta por los dolores internos que tengo cuando cambia el tiempo. Tratamos de cenar, y después de la cena quiso el capitán saber a qué hora había sucedido la desgracia; se lo dijimos, y yo se lo conté sin saltar nada. Con esta nueva pena se volvió, entrando en su aposento; y habiendo dormido un poco nos levantamos a seguir camino, deseosos de salir de aquella confusión. Íbamos medio muertos, ya descompuestos, y tan desfigurados que sólo la noche, trayéndonos el sueño, ponía término a las penosas reflexiones que nos

agitaban. El viento nos llevaba con rapidez, y volvimos a estar solos en el seno del océano. Todos los días veíamos peces voladores y capturé dos demasiado ocupados por sí mismos para advertir el peligro que los acechaba. Levantaban vuelo y planeaban un momento, y aquellos dos bastaron para sustentar mi esqueleto; pues apenas podía tragar, tanto se me había estrechado el gástrico por la privación de alimentos. Hacía un hambre tan bibrón y tan injusto, que vimos morir a algunos atacados por el mal. Pasando rápidamente sobre un tema tan penoso, diré que llegamos a un puerto donde hallamos oro y perlas; y desde aquel día comenzamos todos a vivir, que no fue poco tesoro ni poco aviso para estar siempre apercebidos, hasta el día del juicio final. Con esta determinación nos proveímos del matoletaje o bastimentos, y de otras cosas necesarias para tan largo viaje como nos faltaba por hacer. Pasamos junto a muchas islas y vimos cuatro de gran elevación, diciendo el piloto que eran aquéllas por fin las Molucas, después de tanto tiempo de haberlas buscado tantos españoles sin hallarlas, y ahora las hallábamos nosotros; por ello dimos gracias a Dios y hubo gran alegría, descargando de júbilo para celebrarlo toda la artillería que teníamos. No era raro que anduviéramos tan alegres, pues habíamos consumido más de veinticinco meses buscando a Maluco, y lo habíamos encontrado.

Hallamos al bajar a su rey bajo una sombrilla de seda cubierta también por los lados; yo me alegré de verlo, y uno de sus hijos sostenía el cetro real, dándole agua dos servidores para las manos, en vasijas de oro. Recibíonos el rey vestido con una camisa labrada con oro de aguja, descalzo y un paño blanco hasta la tierra, y un hermoso velo a la cabeza a manera de mitra. Díjonos que era esta isla llamada de Tadore y que fuéramos bienvenidos, pues había soñado al parecer con nuestros navíos. Para comprobar aquel sueño había invocado a la luna, y en la luna nos vio con claridad, siendo nosotros en carne y alma. Ya nuestros amores iban muy adelante y lo invitamos a la carabela; y sin reparar en digestiones de estómago comí como leproso y bebí como hidrópico, con lo que quitándome de ruidos, como enemigo que soy de ellos, me retiré a reposar muy despacio. Llegó el rey al siguiente día, y estaba la tarde tranquila y serena, viniendo a nosotros con una lucida comitiva, Condújolo el capitán a la cámara de popa, y por no inclinarse para entrar saltó por la escotilla; lo sentamos en un sillón de velludo amarillo, a la turca, y cuando entró en la nao capitana tapóse las narices de seguida, pues olía a tocino y era, al parecer, moro. Vuelvo a mi relato, y fue que nos ofreció descanso en la isla por el mucho ajetreo que habíamos tenido, y tantos peligros que hubimos por el mar. Dímosle como presentes la túnica, la poltrona y ciertas telas ricas como brocados y paño escarlata, tela de Camboya y damasco amarillo; y como le diéramos otras cosas tales como espejos grandes y varias sartas de cristales, inmediatamente pensó en la descarga de sus baúles. Tampoco al salir de la camareta

quiso agacharse, diciendo al despedirse que nunca desde entonces nos faltaría su amistad. Tenía este rey como cuarenta y cinco años, y lo llamaban rajá sultán; cuando volvimos a verlo tocábase con turbante de seda, con los rebordes de sus mangas bordados en fino oro, más una guirnalda de flores el pescuezo. Supimos que había allí cerca otra isla llamada Ternate, frente a ésta de Tadore. Tenían estos reyes tantas esposas como querían, que todas obedecían a la principal, pues no buscaban la preocupación del egoísmo y la vanidad. El acontecimiento no causaba trastorno, pues tenía el rey de Tadore una casa grande fuera de la ciudad para sus doscientas mujeres, y otras tantas que lo servían. Todas las familias estaban en la obligación de darle dos hijas, y si alguno tenía veintiséis hijos, ocho varones eran para el rey. Luego que hubo hecho alarde de su casa mostrónos a su mujer, que tenía fama de valiente por sus hazañas; y malas lenguas, que nunca faltan ni faltarán, decían que cuando estaba el rey solo, o con su esposa principal en un estrado, contemplaba a las otras que se sentaban alrededor, y la que más le gustaba la apartaba, ni más ni menos para que durmiera con él aquella noche. Hacía la reina cierta lejía para las canas, y era un cierto cocimiento o tinte, que la vimos enviar por él para ocultarlas; le traían el tal escabeche en una olla y allí se las lavaba, pues era el rey casado con una vieja. Nadie podía presentarse ante el soberano sin su permiso, y si alguno se hallaba de día o de noche cerca de su casa era muerto sin más; y dígolo, porque oyendo hablar a un compañero que lo haría, advertíle una y muchas veces que no lo hiciese. Esto hizo con todo, y aceptó el desafío; y porque no viniese esto a oídos del rey diéronle allí dos cuchilladas, y pues temían que diera voces diéronle una tercera. Vieron éstos al difunto, y sabiendo que era de los nuestros nos lo enviaron a mediodía; y con esto, sin aguardar respuesta se marcharon. Y ello se hizo con tanto secreto que no se escandalizaron los presentes.

Había concebido yo la idea de que alguna vez pudiera mi mano pintar estas historias de las Indias al emperador, nuestro Señor, y en lugar de ir navegando perezosamente, como era costumbre, miraba ahora y escuchaba de continuo a un lado y a otro. Pues trataba de llevar adelante el ocio, los empleos, los afanes, los descuidos y las malicias que habían pasado por mí, y pasarlas al papel, que los viajes ya no están como antaño relegados el rincón más oscuro de las bibliotecas. Y estando las cosas en el estado que tengo dicho, después que tomamos refresco seguimos camino con muy buen tiempo, llegando a la isla de Ternate. Bajé al día siguiente a tierra para ver el clavo en planta viva, y hallé un tronco alto y grueso con las ramas horizontales; subían las más altas en forma de cono, y crecía el clavo en las ramillas tiernas, en manojos de diez o veinte juntos. Según me dijeron era el clavo blanco al nacer, rojo al madurar y negro al secar; y nacían en esta isla sobre la roca viva cañas tan gordas como piernas, llenas de un agua riquísima de beber. Había allí un agua que nacía caliente, pero se la dejaba una

hora en reposo y era hielo puro; dijeron era porque nacía en el monte del clavo, y así iba yo escribiendo, borrando y rompiendo papeles. Habían apostado los reyes de ambas islas entre sí los hijos que llegarían a tener; uno había tenido hasta hoy seiscientos hijos y el otro sólo quinientos veinticinco, con lo que no faltaban contradicciones a la herencia, pues que así juego como mujeres suelen ser vicios que la más poderosa hacienda acaban. Me dijeron todo cuanto había en esto, que estaba la isla de Ternate ocupada a la vez por moros y gentiles; no tenían los gentiles tantas mujeres como los otros, pero sí más supersticiones, pues la primer cosa que veían de mañana al salir de sus casas, esa la adoraban todo el día. Todos nuestros espejos se habían roto y faltónos qué vender, siendo así que con la riqueza se doman los más ferocísimos animales. Le entregamos al rey mozo las tres mujeres que habíamos tomado para la reina, por la razón que antes dije, que en toda la noche no pudo cobrar sueño. Hablámosle de Sevilla, ciudad famosísima en España y cabeza de Andalucía. Nos suplicó aquel rey que, por su amor, matáramos todos los cerdos que teníamos, que nos lo compensaría con cabras y gallinas; y como con razón pedía, no se lo podíamos negar. Así lo hicimos, y los colgamos bajo cubierta; y cuando le dijimos la sentencia quedó muy descuidado, pues veía en ellos mala señal, y con esto le pareció hecho su negocio. Cuando alguno de ellos los veía, tapábase el rostro por no sentir su olor.

Llegó una tarde un portugués llamado Pero Alonso, que rondaba por las Indias hacía más de quince años y diez en las Molucas; y se entretuvo con nosotros hasta las tres de la madrugada, contándonos mil cosas. Decía éste que era de muy buena cepa, y según bebía era cosa digna de crédito, que al cabo había de dar en el hospital o en la sepultura. Nos hallábamos en la tertulia una mezcla de todas las hierbas, así de oficios como de naciones; porque estábamos en ella un judío de Venecia, un fraile catalán, y otro a quien llamaban el Murciélagos porque pedía en su tierra a gritos por las calles. Era el susodicho hombre de mar grande y gordo, y díle a éste un tal revés que le hizo echar por la boca un tajo de tinto. Sabía que habíamos salido de España con cinco naves para descubrir las Molucas, y que era nuestro capitán Fernando de Magallanes, que Dios tuviera en gloria. Y como era éste portugués, algunos de su tierra enviados por el rey de Portugal andábamos buscando para apresarnos. Se levantó en mí una humareda de cólera infernal, hasta que el tal nos dijo que aquellos paisanos suyos fueron muertos, por no haber respetado las mujeres del rey. Y tanto le prometimos, que dijo venirse con nosotros a España. Díjonos también que no hacía ocho meses que había muerto allí un tal Francisco Serrano, portugués también y capitán general del rey de Ternate, que a mí me sonaba su nombre; quien atacó al de Tadore con tal pericia que éste tuvo que entregar a su rival una hija en matrimonio, a muchos hijos de principales dejaron arrancadas las entrañas, y los otros se dispersaron por los

bosques. En este punto un marinero empezó a decir a voces que nos calláramos, que no lo dejáramos dormir, y seguimos la plática en descubierto; con lo que supimos que habiendo llegado a Tadore Francisco Serrano para comprar clavo, lo hizo envenenar el rey con hojas de betrel; y así la suya fue hacienda mal ganada que había de perder y perderlo, de manera que su codicia lo desbarató; pues libreme Dios, cuando se juntan poder y mala voluntad. Sobrevivió cuatro días, donde se le afligió el corazón de manera, que ahogándole los espíritus falleció. Dejó un hijo y una hija pequeños de una mujer que raptó en Java Menor, y así viene quien menos culpa tiene a lavar la lana. Recordé entonces que fue Serrano amigo y pariente de nuestro fallecido capitán, y la causa de que éste se decidiera a su empresa, pues muchas veces le escribió desde aquí. Y así diciendo el portugués despedímonos y fuése, y allí quedamos, yo algo confuso; pues pensaba en aquel triste final, y el de otros muchos que traen sus vidas y haciendas en bolsas ajenas y a la disposición de los tiempos.

Entregónos el rey de allí para el de España muchas cosas, y entre ellas dos pájaros bellísimos, con cabeza pequeña y pico largo y las piernas delgadas como plumas de escribir; y esto era así, pues no querrá Dios que diga cosa que sea contraria a lo cierto. No tenían alas, y sí dos penachos de plumas de muchos colores, y nos dijeron que los tales pájaros venían del paraíso terrenal, y eran pájaros de Dios; que siempre oí decir que es falta de seso tener las cosas en poco, y esto es muy de creer. Eran las mujeres de aquí muy feas y con alguna topé como nunca había visto, que era más negra que una graja, más torpe que una tortuga, menos agraciada que un topo; y comían pan de madera de un tronco parecido a la palma, con lo que se volvían flacas y de poco provecho. Halléme corto de ventura, que aún había doncellas que pasaban de noche como cuarto falso. Pero matábanme la caspa y me quitaban las moscas con tanta puntualidad que no había príncipe más bien servido; y cuando me veían desvelado me entretenían con historias y cuentos de gusto que yo no entendía. ¡Cómo limpiaban las arcas, y qué sucias tenían las casas! Vínome una mujer tan puerca, floja, de mal servicio y algo alegre de corazón, que la despedí el mismo día; y luego recibí otra que venía convaleciente, y recayendo en la enfermedad sólo me sirvió un par de días. Signifiqué sentirlo, mas sabe Dios la verdad. Mirábanme todos como forastero y no de mal talle, pero eran los hombres tan celosos que no querían bajásemos a tierra con las braguetas abiertas, de forma que sus mujeres imaginaran que nos halláramos siempre a punto, y era todo esto en la isla de Ternate. En resolución, anduvo más de quince días el pleito. Dejémoslos y volvamos a los de mí oficio y cofradía, que andáramos ahora como digo a las órdenes de Juan Sebastián Elcano. Habíamos decidido salir de las Molucas, y vino el rey a despedirnos acompañado de los reyes de otras islas; cargamos ambos navíos de clavo, pensando seguir ahora la ruta que llevaban los portugueses.

Aunque no fue intención de nuestro llorado Magallanes dar la vuelta al mundo, sino llegar a las Indias y volver por donde habíamos venido, así daríamos a ver a todas las naciones que era el mundo redondo. Era el camino conocido, que lo surcaban de continuo las naves portuguesas, y quedaban en la isla cinco hombres custodiando el almacén que habíamos hecho. De allí a dos días, miércoles de mañana, crujieron las jarcias, se soltaron los cabos, rechinaron las anclas y sonaron las voces de mando, haciéndonos a la mar de nuevo. La nao Victoria levó velas y se adentró sin prisas, aguardando a la Trinidad; pero ni tiempo tuvo ésta de levar anclas sin que se notase que hacía agua por el fondo, pues se lo había abierto una vía. Comenzó a hacer tanta agua que con dos bombas no se podía sostener, oyéndose penetrar en el casco como por una boca de cañón.

Volvió la Victoria y empezaron a deslastrar la Trinidad, pues no se hallaba la entrada y manejábanse las bombas con muy pobres resultados. Ordenó el rey que se zambulleran algunos de los suyos, para que si necesario fuese socorrieran los unos a los otros; y estuvieron más de media hora bajo la mar, sin hallar la fisura, en un ayuntamiento de mariscos, conchas quebradas y arena. Entraron otros más y durante una buena hora estuvieron en el fondo sin que pudieran hallarla, y como buenos cristianos se echaron el agua algunos para socorrer a estos pecadores. Comenzaba a oscurecer la noche; pidió el rey que le dejáramos la nave, pues tenía él muchos calafates, y nos marcháramos con la que estaba sana, que ésta se quedaría en reparación. Que a los que se quedaran los trataría como a hijos y los vestiría, pues todos andaban ahora de harapo. Acabó la letra con tan dulces palabras y modos, que algunos de nuestra nave quisieron quedarse también por temor plausible de que el casco no aguantara hasta España, pues iba la nave carcomida y cargada en demasía. Y también por el miedo de morir de hambre, pues andaban ten escaldados y medrosos que de allí adelante aún del agua fría tenían miedo. Atentamente iba yo mirando por la vislumbre de la tela, y vi que nos acompañaban en lanchas, y después de muchas lágrimas y abrazos nos fuimos; que iba yo decidido a entretejer como pudiera los sucesos, con la puntualidad que requería una sincera narración, en que han de unirse tantos cabos sueltos que parecía poco menos que insuperable a mi corta capacidad. Quedóse Juan Carvalho con cincuenta de los nuestros, y éramos cuarenta y siete los que partíamos, más siete indios. Iba con nosotros un médico que daba los aceites trucados, los jarabes falsificados, y no tenía droga legal ni compuesta conforme al arte; pues mezclaba, bautizaba y ligaba como le parecía. Si no le pagabas dejaba la cura, y si le pagabas la dilataba; por ello muchas veces mataba al enfermo, aplicando medios para el sepulcro. ¡Quién sospechara de tales prendas tales embelecós! Supimos por entonces que aquella isla de Tagore tenía obispo musulmán, y había uno a la sazón con

cuarenta mujeres y prole interminable, porque no importa que sea buen músico el sastre para hacer un vestido. Quedamos hablando un amigo y yo de todas estas cosas, y viéndonos el patrón tan alegres y regocijados nos dio buena cena, y al rato iba yo durmiendo y roncando tan descuidadamente como si estuviera en Sevilla. Hallamos al paso otras muchas islas, y en todas había algo que ver; eran muchas de gentiles y otras de moros, y era nuestro barco como el mentidero, de donde salían las nuevas antes que los sucesos; que nadie era osado a hablar mal de otros, si no era dos veces a la hora. Después vine a saber, por mi mal, que algunos de aquellos isleños comían carne humana, con lo que dejé de bajar a las islas. Pues víme a los principios perdido sin saber por dónde escapar, y me vi tan apurado de paciencia por todas partes, tan agotado en el entendimiento, que casi me obligaron a hacer muchos disparates. Dijeron que cuando iban a cortar el sándalo se les aparecía el demonio en diversas formas, y les decía que si necesitaban algo, lo pidieran; pues que era su padre, deseábalos regalar y dar algún descanso. Cortaban el sándalo en ciertas fases de luna, pues si no, no era bueno y les amargaba la gracia. En todas las islas que pasamos reinaba el mal de san Yop que llamaban el mal portugués, y todos andaban quejosos. No podíamos nosotros quejarnos mucho, pues que un viento fresco nos favorecía y nos empujaba sin cesar; siguieron multitud de islas unas tras otras hasta llegar a Java Mayor, que estábamos apartados de tierra unas veinte leguas, más o menos; un día apareció una cosa blanca que era un arenalejo, y allí desembarcamos. Acordó el capitán se mataran algunos lobos marinos, se desollaran cerrados y se hincharan de agua, formando vasijas de cuero en figura de odres, los más extraños y nunca vistos ni oídos que hasta ahora en historia alguna jamás se describieron; que era nueva invención y acertada, a causa de la necesidad.

En poco tiempo que estuvimos allí, nos informaron que cuando los mozos de Java se enamoraban, que es el casarse para mozos, atábanse con un hilo campanillas entre miembro y prepucio. Acudían de esta suerte a las ventanas de sus enamoradas y esperaban un rato; y viendo que no salía la dama, haciendo ademán de orinar agitaban el miembro, con lo que tintineaban alegremente dichos cascabeles; que eran éstos hechos de un cierto metal con sonido ligero y campanil, pues que el oro lo tiene sordo y aplanado. Iban ellos en jubón, y por debajo de la camisa sacaban la mano y tocaban con ella por las paredes. Turbada de aquel ruido tan fuerte, sin saber lo que pudiera ser aunque lo escuchara mil veces, habiéndolo oído la joven acudía al reclamo; y parece que los rayos visuales de ambos, reconcentrados adentro, encendían sus almas. Eran los hombres atrevidos, las damas aventajadas, y salían como nacieran del vientre de sus madres, pensando que nadie las viese; con lo que ellos hacían su voluntad, siempre con las campanillas, pues a ellas les gustaba escuchar cómo sonaban dentro de sí. ¡Oh,

hideputas, y cómo eran astutos! Iban las campanillas cubiertas del todo, y cuanto más las cubrían, más sonaban; y si alguna rechazaba al galán, lo sentía él de tal manera que nunca más volvería a cruzarle los umbrales, pues quedaba tan ajado y corrido que no sabía hablar ni otra cosa que hacer. Igualmente nos explicaron, que cuando moría algún notable incendiaban su cuerpos y su mujer principal se adornaba con flores, y se hacía transportar en un escaño por toda la villa, con una acémila en que llevaban algunos baúles para la ropa blanca y algunas galas. Decía ella verse enferma y fatigada de los trabajos de la viudedad, y por ver que se pasaría la juventud y se iría acercando la vejez, por lo que se proponía abreviar con más eficacia para irse a retirar y tener sosiego. Y decía a todos: “No lloréis, porque yo me marcharé al crepúsculo a cenar con mi amado esposo y a dormir con él esta noche”. Sentándose al paso que lo decía era todo uno, pues luego la transportaban junto al fuego donde el marido ardía y se arrojaba sobre su cadáver, incrementando la pira; que si tal no hiciera nadie la tendría por mujer de bien ni por esposa del muerto. A una que vimos la quisimos remediar, mas no fue posible, y así quedó la pobre chamuscada, no con pequeña lástima de todos nosotros. Nuestro piloto más viejo contó que había una isla bajo Java Mayor donde sólo vivían mujeres, y si algún hombre iba, después de bien azotado lo lavaban con sal y vinagre fuerte, fregándole las heridas y dejándolo tan torcido y quebrantado como si no fuera hombre, matándolo después. Las fecundaba el viento, y algunas preñadas malparían; las que lo hacían bien, si lo que nacía era macho lo mataban, y si hembra la criaban con ellas; que esta misma historia habíala oído yo en mis viajes anteriores y la escucharía después; y todas las veces la cambiaban en algo, mas era harto parecida. No desembarcamos en la isla, prosiguiendo en lo que teníamos comenzado; en éstas, viendo cargar el viento en demasía, sin otra solución alguna ni esperarla fue menester amainar de golpe la borda, que llamábamos la vela mayor; y poniéndola en su lugar sacamos otra más pequeña que llamábamos el marabuto, vela latina a tres esquinas. Como el viento y las ondas gobernaban, no sabía ni conocía el piloto dónde estaba, pues por el tiempo cerrado no podía servirse de los astrolabios ni tomar el sol ni ninguna estrella. Nos vimos muchas veces debajo de las olas del mar anegados; y pocos esperábamos vivir, pues no teníamos qué comer ni beber. Veíamos en la noche una luz grande que nos guiaba, pues muchas veces he oído a hombres de la mar que hallándose en naufragios y grandes tormentas veían estas luces, y habían oído voces como humanas hablar en el aire, viendo cosas espantables y demonios. Habiendo poco que comer y muchos comedores, por hablar nos divertíamos a contar aventuras y cuentos. Dijonos aquel piloto que el año de mil quinientos doce, en Rávena, poco antes de que fuera saqueada, hubo un suceso extraordinario que él conoció, pues en esta ciudad nació un extraño monstruo que puso en todos grandísima admiración. Tenía de cintura para arriba todo



su cuerpo, cabeza y rostro de criatura humana, pero un cuerno en la frente. Faltábanle los brazos, y dióle la naturaleza por ellos en su lugar dos alas de murciélago; tenía en el pecho figurada la pitagórica, y en el estómago hacia el vientre una cruz muy bien hecha; y era hermafrodito, y muy formados los dos naturales sexos. No tenía más que un muslo y en él una pierna con su pie de milano, las garras de la misma forma y en el ñudo de la rodilla tenía un solo ojo. Dijo él haberlo conocido cuando hacía el oficio de sacamuelas, y continuó sus aventuras relatando los huracanes y grandes tempestades que vio acaecer en la ciudad de Santo Domingo de la isla Española. Pues, según dijo, se hundieron y cayeron cuantos bohíos y casas que había de madera y paja en esa ciudad, y mataron mucha gente, pues raros fueron los bohíos que quedaron por estar detrás de los edificios de piedra. Díjonos que había desbaratado el viento más de treinta almenas y derribó el campanario del monasterio de santo Domingo, y a mayores muchas celdas del de san Francisco. Contónos el tal que habían pasado él y los de su compañía un hambre tan desesperada en uno de sus viajes, que era aún mayor que la que nosotros pasamos, pues ni cueros tenían. Echaron suertes, que a cualquiera dellos que les cupiese la desgracia lo matarían para comer, y que comido aquél la echarían por otro, y que cada cual tomase la muerte con paciencia; pues más valía que uno o dos muriesen, que no toda la tripulación. Atendían a que fuese de noche para matar al sorteado y comerlo después, para satisfacer su intolerable hambre; y llegaron a echar suerte cuatro veces sin que a él le tocara. En cuanto a nosotros, no nos iba mucho mejor; pues padecíamos hambre y sed, y la mayor falta de cuantas cosas son necesarias para la humanidad, y es la falta de agua buena; pues las gentes que bebieron mucha agua de mar murieron sin ningún remedio, como si bebieran ponzoña muy potentísima. Contónos además el piloto que había un árbol enorme por aquellas islas, por el golfo de China, en que anidaban pájaros tan grandes que cargaban con un búfalo y un elefante; era el fruto del árbol mayor que una sandía de las nuestras, y ninguna embarcación podía acercarse al árbol, por causa de los remolinos de agua que por doquier lo circundaban. Dijo que un día quedó un junco destrozado, y murieron todos, menos un niño que se agarró a un tablón; pues era tal la furia que apenas abrazados a las peñas se podían sostener, y a algunos los desmembraba y hacía pedazos entre aquellas rocas. Trepó el niño a aquel árbol, y acurrucóse sin percibirlo bajo el ala del pájaro, acomodándose como pudo entre sus plumas. Al día siguiente bajó el ave a tierra a fin de secuestrar un búfalo, y se posó isla adentro, la cual era áspera y alta; y decían que allí lo dejó, donde lo hallaron unos hombres, y por él conocieron el lance.

Íbamos en esto vencidos de un lado, y para quitar este inconveniente que cada día acaece, se llenaron tres pipas de agua salada de mar y se pusieron debajo de cubierta;

pues la nao no venía derecha, que pendía más de un costado que de otro. Hecho esto la nao se enderezó y siguió mejor su camino; y no digo más, pues no quiero parecer a aquéllos tan pesados que llevan manos de almireces en lugar de plumas. Con estas cosas pasamos nuestro camino, unas veces riendo y las más llorando y cantando el rosario, salmos e himnos, aquí tres y acullá seis. Tañían algunos guitarra y cantaban romances cada cual a su modo; y de tiempo en tiempo un marinero para que olvidáramos la pena presente entonaba una tonadilla como ésta:

*A la una me embarqué, a los dos me hice a la vela,  
a las tres en Alicante y a las cuatro en Cartagena.*

Y contestaban de otra banda:

*No te fíes de mí, niña, mira que he sido soldado,  
he corrido mucho mar y con muchas he tratado.*

Algunos pescaban tiburones que comíamos todos; íbamos con gran miedo de los portugueses, y así de día nos metíamos en altamar y de noche nos acercábamos si podíamos a alguna tierra, con temor siempre; porque un solo barco que viniera nos tomara, que no llevábamos defensa. Con todo esto la mar crecía, dando tan grandes encuentros al navío que cada uno pensábamos que era el postrero. ¡Bendito sea el Señor, cuyos años ni empiezan ni acaban! Los trabajos que en esto pasamos serían largos de contar, así de tempestades como de toda clase de peligros; pero no ha podido mi conciencia dejar de tocar algunos, porque en ninguna parte faltan a los hombres angustias en esta vida mortal, especialmente en los viajes largos que requieren tiempo. Nos explicó un mozo que llevábamos, pues lo había visto, que estaba en la punta de aquella tierra firme Cingapola, y siguiendo la costa se hallaban Bancoc y la India, con ciudades edificadas y adornadas como las nuestras, que obedecían al rey de Siam. Con harta perplejidad lo oímos hablar de estas cosas, diciendo que después de Siam venía la Camboya y después hallábase la Gran China. Dijonos que en este país había un rey que era el mayor del mundo, a quien llamaban Santoha Rajá. Tenía ochocientos hijos, si ya no se engañaban en un cero, pues como dicen, tanto monta ocho que ochenta; tenía doscientas mujeres, y cenado, mandaba ir la cama a la que le apetecía. Reunía bajo su poder de emperador a cuatro reyes de cetro y corona; y a su vez los tales tenían a su mandado a otros diez o quince monarcas, sin que fuera exageración. Dijo ser su puerto principal Cantón, y que en la ciudad de Nankín vivía el rey; lo acompañaban cuatro jercas en los cuatro puntos cardinales, y si alguno de aquellos señores se permitía desobedecerlo, sin pensarlo dos veces lo hacía degollar, y después de salar el pellejo lo ponían al sol. Luego de estar seco, rellenábanlo con paja o cosa semejante y lo ponían en la plaza, en lugar bien visible; y no en postura natural sino más bien incómodo, pues tenía la cabeza abajo y las manos juntas encima, que era esta gente

refinada y más cruel que las susodichas, aunque menos tosca, salvaje y bestial. Contónos el moro las cosas más notables y principales que en dicho país acaecían, que cada una de ellas puede dar materia de larga escritura. Que este rey no se dejaba ver por ninguna persona, y cuando le placía atravesaba su palacio en el interior de un pavo fantásticamente construido acompañado de sus mujeres principales vestidas en forma similar a la suya. Diciendo y haciendo entraba en una serpiente muy rica, más que ninguno puede imaginarse, que asomaba su parte delantera dentro del patio de palacio. Después de todo lo cual, juntábase en aquel patio un gran número de vasallos de todas sus ciudades, que era muy hermosa cosa; y veía a los suyos y suyas a través de un cristal que ocupaba, digamos, el pecho de dicha serpiente. Díjonos el moro que se los veía a él y a sus esposas, pero sin saber discernir quién fuera el soberano, que no quería se supiese dónde estaba, y así todos se partían para su tierra muy contentos. Era aquel palacio tan fuertemente construido y tan recio, que parecía singular locura querer ganarlo. Había en torno seis o siete cercos de muralla, y en cada cerco diez mil hombres que montaban guardia; hasta que, sonando una campana venían otros tantos a relevarlos, tanto por el día como de noche. Díjonos otras muchas cosas que serían largas de contar: había en el palacio setenta y nueve salas más o menos, mas por ellas sólo circulaban mujeres que servían al rey; andaban ellas sin temor alguno, pues siempre había antorchas ardiendo y nunca dejaban la luz muerta. Y todos acataban sus órdenes, pues es la cólera de la mujer comparada a la pólvora, presta a hacer daño; sin que fueran personas que agradecieran, pues todo se las debía.

Todo esto nos lo juraba el moro, y que había en lo más alto cuatro salas que eran todas de ver; pues una estaba toda cubierta y recubierta de metales, y si otra era de plata, era la tercera por completo de oro; y la última de perlas y piedras preciosas, donde habitaba el rey. Esto lo cuento ahora, porque de los hechos notables de los romanos poco supiéramos si no hubiera quién los escribiese, tal como lo hizo Tito Livio en sus Décadas, y con él otros varios autores. Volviendo a lo nuestro, diré que contónos el moro, que siguiendo la costa de China halló muchos pueblos, unos en islas donde cogían muchas perlas y otros en tierra firme, donde se hallaba el Catay oriental. Más adentro poblaban la montaña ciertas tribus, y eran éstos malaventurados, apocados, hambrientos, mezquinos, de mala condición y gruñidores; allí los hijos mataban a su madre y a su padre cuando envejecían, decían que para evitarles sufrimientos y las fatigas de la vejez. Y a mediodía estaban ya comiendo muy sin cuidado, sin cosa que se lo pudiese dar, que las tripas me salían por la boca del asco de oírlo. Pero dejemos estas cosas ahora y volvamos a nuestro viaje que seguíamos como podíamos; y es que volver atrás teníamos por imposible, y adelante ninguna certeza teníamos, pues como dijo san Jerónimo, todo el mundo está puesto en malignidad, y podían ponernos en harta

más necesidad que traíamos. Con lo que en comenzando a navegar caímos todos como muertos, pues después nos dormimos y no hicimos la vela, ni el piloto su oficio como debía; que habiendo llevado ciertos vinos, en honor de la soledad y de la noche bebimos tan sin compás, que unos servíamos de lío en la popa y otros de estorbo en la proa. Aquél brindaba por su mujer y esotro por su manceba, y aunque nos picasen los mosquitos no había persona que lo sintiese; pues estábamos todos dormidos, sin aguja, carta de navegar ni piloto, y sin saber a dónde íbamos. En cuanto a mí, sé que me removieron, mas me volvieron a poner donde me levantaron, y dejándome por muerto me cubrieron con la ropa y se fueron aquéllos por donde habían venido. Ya nos habíamos recuperado un tanto, y estando en la primera vigilia andaba en la nao tanto humo que no lo podíamos atajar, y era el fuego de la lumbre del fogón, que a prima noche no se había matado del todo. Iba la carabela desviada a sotavento, el agua estaba ya sobre la cubierta y nos íbamos a fondo; mas con firme esperanza seguimos navegando, y sobrellevamos la dificultad. Aunque íbamos todos flacos, nos consolábamos pensando que a los puercos iba bien la gordura, y a los hombres ser enjutos; pues como la dicha no venía, estaban cerradas las bocas y abiertas las bolsas, muriendo de hambre. Y venía el ganado paciendo por la dehesa humana del mísero cuerpo, que cuando iba cobrando el sueño habíame de rascar y empezábame a desvelar. Por entonces supe que llamaban antípodas a los hombres que pisan en la bola y redondez de la tierra al contrario que nosotros, o al contrario unos de otros; los cuales, al parecer aunque no de cierto, tienen las cabezas bajas y los pies altos. Sobre lo cual hay, como dice Plinio, gran batalla de letrados.

Así fue como en las últimas horas de la noche de un martes, mediados de febrero, que era aquel año el veintidós, partiendo de la isla de Timor nos adentramos en las aguas del Lant Chidol, que era el océano de la India. Dejamos a mano derecha la isla de Sumatra, todo por miedo al rey de Portugal. Por la misma razón y motivo dejamos a un lado la costa de la India Mayor, no sin que alguien dijera que integraban esta India seis castas de hombres, siendo los *naires* la casta dominante y los *polaos* la menor. Y es que al fin y en todas las razas y naciones vence la vanidad, y el que más puede cercena los ollas, apartando del puchero lo mejor y más florido, mientras al pobre le crece el ojo; y mientras los de arriba tenían gran amasijo y hasta masa para hacer tortas, cuando a los pobres daban algo, poníanlo éstos en tierra antes de recogerlo. Iban por la calle gritando: “¡Po po, po!”. que quería decir: “¡Guardaos de mí!”, y aunque tenían pagada su pena no sabían cuál era su culpa. Dijo el que lo contaba, que estando allí, un *nair* fue rozado casualmente por un indio *polao*; con lo que se hizo dar muerte de seguida para no vivir en deshonor, aunque no fue la pena igual como el delito. En cuanto a los que en el barco íbamos, he de decir que teníamos ya poco aceite y el vinagre

aguado, que no se perdía hoja de rábano ni de cebolla que no se aprovechase. No quiero tampoco apretar tanto la cuerda que canse a mis lectores, y sólo diré que a la hora de almorzar comenzábamos a desabrochar el vestido, y cuando querían comenzar a comer ya estaban dando gracias; y si era legumbre la comida, había losa dentro que nos podía servir en la sepultura. Si hubiera sido la comida garbanzos, yo aseguro no haber brazo tan diestro que sacase uno de cuatro zambullidas. Padecimos aquí grandes trabajos, soles y calores, pues, ¡qué largas horas, qué sueño tan corto, qué confusión de pensamientos, qué batalla de cuidados tuvimos! Y mientras, dudaba yo de dar con los huesos de los cuarenta y cuatro años que tenía en Sevilla, donde los atrapara la guadaña del tiempo que nos persigue y nos coge en todo lugar, ocasión y fortuna, con aquel fuego andaluz que todos los que nacen en aquella tierra tenemos. Poco queda de mis desdichas, a que daré fin en los siguientes párrafos; y he de decir que por entonces lo que no era de mucho provecho me causaba mucho enfado, que poco y mal comer acababan presto la vida.

Antes de doblar el cabo de Buena Esperanza estuvimos cerca de diez semanas frente a él, arriadas las velas por el viento y tempestades pavorosas, pues es el cabo más peligroso del mundo entero. Dormía yo, cuando un grande estruendo me despertó sobresaltado, pues quiso nuestra desgracia que viniera sobre nosotros una galera mal gobernada, y embistiéndonos por la popa, nos echó gran parte a la mar. Cuando el marinero de guardia sintió el golpe, gritó: “¡Sálvese quien pueda!”. Luego salió como un toro huyendo y embistió conmigo, y no me hizo mal porque me alcanzó de lado y al través. Cuando ya se calmaron los ánimos, algunos querían refugiarse en una factoría portuguesa llamada Mozambique, sintiendo aquel golpe de mar con grande dolor; pues siempre pintaron el miedo flaco, despeluznado, amarillo y triste, desnudo y encogido. Muchos tenían pensado de entrarse en un hospital, tanto enfermos como sanos; y más que dentro de las puertas de casa resolvióse un temporal, que con viento deshecho, trayéndonos de una en otra parte, dio con el navío en unas peñas. Al dolor de la quemadura se alborotó el enfermo, por la mucha agua que hacía la nave, por el intenso frío, y más que nada por no tener qué llevarnos a la boca; pues no había más que agua y arroz, pues la carne que traíamos, por no tener sal, estaba enteramente podrida. Muchos daban voces y querían confesarse de veras, y no para cumplir con la parroquia. Pues temían que, abierto por medio, se fuera el barco a pique sin ningún reparo, ni lo podría tener mercadería ni persona dentro de él. Llegados a las veras, otros más avarientos del honor que de la propia vida determinamos dirigimos a España; yo, por si le tocaba la china de la última sepultura a mis trozos, y aún me quedaban algunos. Por fin doblamos aquel cabo que llamamos de las Tormentas, pues una nos arrancó el palo de proa y nos rompió la vela mayor. Doblámoslo con la ayuda de Dios, y en éstas vimos

una nao portuguesa que había venido cargada de negros para los vender; porque en las Indias valían y eran necesarios, y era tanta la cantidad de estos esclavos que muchos andaban rebelándose contra sus dueños. No tuvimos en aquella parte lugar ni tiempo de meter cosa alguna de comer ni beber; y así navegamos sin repostar los víveres durante infinitas semanas, y la comida y la cena eran de tortugas, lobos marinos, cangrejos, caracoles y otros mariscos que hallábamos. ¿Paréceos, lector amigo, que es gentil manera la que habéis oído para buscar estas especias de las Indias? Murieron en este plazo más de veinte hombres, que ya íbamos pocos, y yo reflexioné que nada peor de la situación en que estaba podía sucederme. ¿A quién queréis que pidiera cuenta? Pues viendo que me era imprescindible poner en orden los asuntos de mi alma y de mi cuerpo, dí en querer recuperar a mi querida esposa, a la que no pensaba volver a ver más. Muchos se iban en un rincón en oración, y hartos llorando arroyos de lágrimas, especialmente de noche cuando el tumulto de la gente cesaba. No es cosa de contar todas estas menudencias, éstas basten para dar algunos avisos a los que hubieren de navegar. Holgábamos cuando veíamos alguna avecita, aunque fuera poca cosa; y cuando de hambre echábamos los cadáveres al mar, vimos que los cristianos se hundían con el rostro hacía arriba y los indios hacia abajo; y habiéndoselo dicho a un grumete asomaba, y el mancebo respondía y decía: “Señor, ya lo veo”, y tornaba a roncar. Íbamos muriendo de sed aunque estuviéramos rodeados de agua, mas no la teníamos que la pudiésemos beber, y aunque llevábamos riquísimas especias tampoco podíamos comerlas. Algunos rogaban a voces entregarse a los portugueses, pero el capitán como buen vascuence que era se negó; mas una cosa es decir: “Aquel anda perdido en la mar caballero en una tabla, y a cada momento cúbrenlo las ondas”, y otra cosa es verlo, aunque de lejos, que no puede ser sin lágrimas aunque sea en cabeza ajena, y más si es en la propia. Si Dios no nos daba suerte moriríamos todos; y una noche sin luna, que teníamos buen tiempo y la oscuridad nos favorecía, nuestra necesidad nos llevó por fin a las islas de Cabo Verde. Estaban en éstas los de Portugal, y nos hubieran apresado sin dudarlo, de conocer la ruta que traíamos. Por eso usamos de la astucia, y en lugar de mostrarles la nao subimos en una chalupa que mal dirigida tropezó, inundándose pronto, lo cual nos obligó a tomar tierra de seguida. Dijimos a aquéllos venir del Nuevo Mundo por el occidente, y que en llegando nos había desmantelado el temporal, temiendo que no apareciera de nosotros cosa alguna.

Era ya el mes de julio y la isla en que dimos se llamaba de san Jacobo, entrando la falúa a tierra para reparar y tomar vituallas. Tuvimos la rara invención de decir a aquellos portugueses que se nos había partido el trinquete yendo bajo la línea equinoccial, llegando a una pequeña isla, mas todos nos callamos que fuera tan cerca de aquel cabo de Buena Esperanza, o de las Tormentas; y que mientras reparábamos,

nuestro capitán general se había visto obligado a volver a España con las otras dos naves. Tuvo éxito la estratagema, pues varias veces fuimos y vinimos de la nao a la costa trayendo agua y alimentos frescos, y de no ser por el tormento de los mosquitos que allí había, todo fuera ventura. Vueltos al barco, que aguardaba sólo nuestra vuelta para aprovechar un viento favorable, pasamos la noche a bordo. Salido el sol volvimos a la isla, y en ella preguntamos a qué día estábamos; dijeron que en jueves, que mucho nos maravilló, pues era sólo miércoles para nuestras cuentas y no podíamos errar, que había escrito cada día el que llevábamos de capitán ahora, por no haberle faltado salud. No hubo error, como más tarde supe, sino que habíamos viajado con rumbo a occidente y nos llevaba el sol un día de adelanto. En éstas volvió a tierra la falúa con cierto marinero, pero este desdichado, después de haber abusado de nuestra confianza se fue de la lengua contando nuestra ruta verdadera, con lo que apresaron los portugueses la barca, con los doce hombres que iban dentro. Supimos luego la cuestión con lujo de detalles en España, y fue que les contó aquel marinero que había muerto nuestro capitán, y quién era, y que era nacido en Portugal. Por entonces, temiendo nosotros que enviaran carabelas para detenernos, teniendo en cuenta la tardanza mandó Elcano izar velas y huir con todo rapidez; y así se hizo, dejando en tierra nuestros hombres, pues no pudimos hacer otra cosa. No sabíamos aún que rodeando el mundo habíamos perdido un día, hasta que gente más letrada nos lo dijo. Fue así, como tres años después de haber salido volvimos a España con una sola embarcación, en lugar de las cinco que partieron; y un sábado, que era seis de septiembre, aunque medio muertos de hambre tuvimos nosotros la honra de dar la vuelta al mundo los primeros, siempre por la mar. Había yo sufrido tanto que mis cabellos encanecieron, o fue cosa propia de la edad.

Entramos en éstas en la bahía de Sanlúcar que no se nos podía mirar, pues íbamos el que más y el que menos enfermo, y no éramos más que dieciocho. Del resto hasta los cuarenta y siete que partimos de Molucas, quién murió de hambre, quién se evadió y salió por piernas en la isla de Timor, quiénes se ahogaron o fueron ejecutados por sus delitos; pues en lo peor de la tormenta más peligrosa que tuvimos hubo alguno que se amotinó. No iba yo bueno, porque una sordera que empezó a molestarme en Sevilla había aumentado considerablemente, mas era yo mismo el autor de mis desdichas y de mis pérdidas. Era ya próximo el otoño cuando echamos anclas en el puerto de mi Sevilla, con lo que se terminaron de momento mis penas. Después de descargar lo que llevábamos fuímonos todos en camisa y descalzos, llevando cada uno su antorcha para visitar a Nuestra Señora en su capilla, como lo habíamos prometido. En éstas, el olvido quitó a muchos el galardón y pago de sus servicios, como suele suceder; y aunque habíamos recorrido quince mil leguas de levante a poniente

circuncidando el mundo, no fue el pago proporcionado a aquel trabajo. Soñé muchos días que estaba en la mar, y decía a voces: “¡A bordo, a bordo, que nos anegamos!” O que mi barca se juntaba al costado de la carabela y peleábamos con los indios, y a nuestro capitán Magallanes lo mataba una flecha que le entraba por la boca. Como soñar tan alborotado y seguido fuera a terminar con mi buen juicio, decidí buscar a mi esposa, y en cuanto pude pregunté por ella; y supe entonces que no estaba allí desde hacía cuatro meses, pues moraba en el campo santo. Le dediqué unas lágrimas, que enjuagué como pude con algunas cosillas que me dejó en su testamento, aunque no muchas; pues harto había gastado en limosnas, con lo que mostró ser piadosa mujer, mas no previsora en lo que a mí tocaba. Con la venta de lo que llevábamos se pagó con creces lo perdido y sufragaron los muchos gastos de la expedición, que no fue poca cosa; y a Juan Sebastián Elcano concedió el Emperador un escudo, con un letrero encima que decía: *Primum circumdedisti me*. Aunque todos sabíamos que el mérito mayor fue de Magallanes, nuestro difunto capitán. Estando en éstas supimos luego la triste historia de la nao Trinidad, que después de haberla reparado y cargado, emprendió ruta opuesta a la nuestra, volviendo por donde había venido. Muchos de sus hombres murieron del hambre y de la peste en el mar Pacífico, y no les faltó desgracia ninguna; hubieron de volver después de siete meses de nuevo a las Molucas, cayendo en manos de barcos portugueses. Aunque juraron no hacerles ningún mal fue falsedad y testimonio, pues los tuvieron luego presos muchos años, con lo que sólo el capitán y tres de los suyos pudieron volver. Y he de añadir que vi por mi parte, al llegar a Sevilla, que las damas que en mi juventud dejé bisoñas estaban ya jubiladas, y las que en tiempos dejé en el amago de la senectud las hallé sentando plaza de hechiceras y brujas. Aquí termino este pedazo de mi vida, y como es tarde y tengo sueño, tras despedirme de la concurrencia marcharéme a acostar. Dios sea loado, que mañana pasará el obispo visita a mi convento, que es muy hermoso y de muy buena talla. Y pasada la noche, he de decir que esta mañana nos ha predicado un gran sermón, exhortándonos mucho y trayendo a nuestra memoria los deseos que nos hicieron dejar nuestra casa, deudos y amigos para entrar en religión, saliendo algunos de su pueblo a aquellas tierras extrañas. A la tarde hemos cantado las vísperas y completas, festejando así su visita; por cierto, que con todo esto íbamos muy consolados; pues es fray Bartolomé para nosotros, a más de un buen padre, un amigo verdadero.

FIN DEL LIBRO TERCERO.



## LIBRO CUARTO: EL CREPÚSCULO.

### MÉXICO

En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir cobré fama de caballero, ya que era dueño de cierta cantidad de dinero; con lo que empecé a pavonear y a gastar más largo que debía, tratando a los pasajeros y soldados que llegaban a Sevilla, que con ellos el pan, jarro, agua, salero, manteles y la huéspeda, todo era de todos. Los que antes me apedreaban hacían cuestión de quién había de llevarme a comer a su casa primero, aunque corrían sobre mí cancioncillas como ésta:

*Como eso de los dones cuesta tan poco,  
le he puesto a mi caballo señor don Potro.*

Cegábame con esto la cólera y suspiraba por la venganza, y decidí gastar lo que tenía en casa solariega, lo que fue comprar un conejo para aprovechar una cabeza de ajos. Allí me instalé, y así pasé el siguiente año hasta llegar la primavera; que volver a las Indias me parecía cosa temeraria y de poca prudencia. Cansado de gastar el tiempo sin provecho determiné de entrar al servicio de algún noble, y lo hice con uno de los más altos. Preguntóme éste que quiénes habían sido allí mis padres, y yo le dije que era huérfano de padre desde muy niño, y era mi madre una dama llamada Isabel de Cabrera, muy conocida en Sevilla. Díjome que sabía quién era mi madre, porque la conoció mucho en sus mocedades, y me tomó al servicio de su cámara. Continué con mi vitalidad, lleno de salud y alegría, de estimación y de bienes a borbotones, asegurados todos en la honra de tener casa propia y a las órdenes del Excelentísimo señor duque de Alba, mi señor. Desde aquí me enfrasqué cuanto quise, y viví con sosiego; y venid conmigo, que poco a poco no había espacio en mi casa como dedo meñique que no tuviera adorno de cuadros. Las esperanzas que se me daban eran muchas, y era como la sombra de la duquesa, mi señora, de quien también pelé lo que pude; que el que se precia de ladrón, procure serlo con honra. Porque con mi habilidad y manos en el naípe se entretenía en jugar conmigo, y ya ganaba, ya perdía. Era dama gentil y muy honorable, que Dios la tenga ya en su gloria; pues ni se condena el rico ni

se salva el pobre por ser el uno pobre y el otro rico, sino por el uso de ello. Que hay algunos que se las dan de nobles, y llevando zapatos, para darles lustre lo hacen con la capa, y por limpiarlos a ellos la dejan sucia y polvorosa. Compran otros de lo más malo por más barato, como si no fuera más caro un médico, un boticario y un barbero todo el año en casa. Daban las once en punto y estaba yo en una silla con bufete delante, una campanilla, recado de escribir y papeles, y dos acólitos a los lados; y era tanto mi buen vivir, que cuando el reloj tocaba, dejando de contar la hora preguntaba la que daba, siéndome más cómodo y fácil que el contarlas, que en todo me conocía superior. Conocí por entonces muchos altos personajes que paraban en casa de los duques, y otros tan sin hacienda como deseosos de alcanzarla. Estaba entre éstos un capitán llamado Bernal Díaz del Castillo, quien nos contó sus aventuras, pues tenía tan fiel memoria que parecía ver ante sus ojos las cosas que le habían sucedido; y eran muchas, pues hacía poco que había acompañado al capitán Hernán Cortés en la conquista de México. Inquiriendo sobre aquellas novedades, contónos de sus camaradas que vivían como hermanos; y era tal la claridad de sus ideas que hubiera sabido allí mismo esculpir sus figuras y pintar sus cuerpos, sus talles y sus manos. Prosiguiendo lo que teníamos comenzado, describíanos el color y el olor de los dieciséis caballos que llevaban, cómo escondíanse los naturales del miedo que les tenían, pues parecían raros monstruos a los de aquella tierra; pues era gente tosca, según dijo, y no muy versada. Poseía el tal Bernal Díaz como he dicho el arte natural del narrar, por lo que pasamos con él muchas vigiliass escuchando estas cosas, y era mi señora duquesa quien más disfrutaba de sus relatos; era de ver, pues no tenía el tal estudios de letras ni oratoria sino disposición natural, y con todo andaban las bocas de a palmo. Contaba como si fueran realidades todo lo que en aquellas tierras hubieron de pasar, así como las heridas que sufrió cada uno y las penalidades que tuvieron. Habíanse ocupado por entonces los reyes de España de los derechos de los indios, así los muy católicos reyes como su sucesor; pues algunos cristianos, habida la victoria, no se cansaban luego de aniquilarlos. Promulgaron muy altas leyes prohibiendo la esclavitud y limitando los trabajos forzados; para que no fueran echados a las minas ni en las pesquerías de perlas, ni se cargasen en demasía, salvo pagándoles su trabajo y cuando no hubiera más remedio; para todo lo cual se publicaron reales ordenanzas, que fueron proclamadas en Sevilla a toque de trompeta por mandado y orden del emperador don Carlos.

Pero como esto es cosa vieja y todo lo nuevo place, volvamos a la historia. Allí nos contó el huésped un relato bien hilvanado, y fue que iba este Bernal Díaz entre varios hombres que abandonaron la isla Española, cansados de padecer sin honra ni provecho muchas penas, donde no eran las menos la peste y el hambre. Y hasta que pudieran

tomar asiento en otro lado procuráronse un barco, abandonando al gobernador que era Pedrarias Dávila. Alejáronse de allí y pusieron la proa a Cuba, si no recuerdo mal; mas no hallaron remedio en esta parte, si no fue dirigirse con otras dos naves a la costa del Yucatán, en donde no tenían nada que hacer ni conocían a nadie, pues era allí todo nuevo para ellos. De esta forma, después de haber hecho parada siguieron adelante. Mejoró en este punto grandemente su situación, pues se admiraron mucho de hallar gentes allí vestidas con algodón teñido, así como campos labrados de maíz, y otras cosas harto peregrinas; hallaron ídolos monstruosos labrados con mucho primor, sin saber cuál fuera su origen, y una ciudad nada pequeña hecha de albañilería y llena de torres, que no podía esperarse mejor. Era tan importante y tan grande a sus ojos que la llamaron el Gran Cairo, y allí pensaron acogerse, lo que creyeron una buena idea. Mas quiso su destino que fuera de otro modo, pues dondequiera que intentaban desembarcar los apedreaban y lanzaban flechas, de modo que no pudieran seguir adelante ni volver atrás, todo con gran confusión. Sin duda fue aquel un mal momento, pues aunque aquéllos no conocieran el hierro eran honderos y arqueros expertos, y esto no fue todo; pues hubieron estos hombres de volver a Cuba, muriendo muchos en la expedición.

La historia que contaba le tocó el corazón a la duquesa, haciendo que asomaran lágrimas a sus ojos. Se conmovió mucho, y el relato la dejó muy pesarosa; y retirándose invitó a Bernal Díaz a que continuara al día siguiente, lo que se vio obligado a aceptar, pues decía que sus desgracias le habían servido de escarmiento. Continuó a la mañana siguiente, y nos contó en qué forma se había organizado una nueva expedición, mayor que la primera. Fue el motivo las noticias que trajeran del mucho oro, aunque se habían callado lo demás. La duquesa rogó nuevamente la disculpara, pues había pasado la noche un poco intranquila, y él siguió con nosotros. Así contó que en una playa se presentaron ahora los nativos a los españoles en son de amistad, con lo que resultó ser grande la ganancia, pues les dieron oro por cuentas de cristal. Caminaron por una tierra seca de grandes arenales, y recogida alguna gente dijeron que eran a las órdenes de un rey llamado Moctezuma, emperador de los aztecas, y que el tal rey vivía en una ciudad harto grande, rodeada de agua salada; estaba aquel lago sobre una gran planicie, yendo este agua tan crecida que no se podía vadear. Eran según dijeron el dicho Moctezuma señor de aquellos territorios, y tenía gran soberbia por ello; y había conocido a esta sazón la llegada de unos hombres barbudos y blancos, por unos pañizuelos pintados que llevaban sus hombres a palacio. Díjoles por un mensajero que fueran bien venidos y otras buenas palabras; mas prosiguiendo su camino hallaron aquellos españoles una capilla ensangrentada que los espantó, y confusos y atemorizados supieron que era la Isla de los Sacrificios. No estaba la sangre corrompida,

pues hacía poco que habían ofrecido aquellos indios a sus dioses cinco víctimas humanas, arrancando sus corazones; vencido el asco volvieron atrás sin saber en qué lugar estaban, y así se cre que milagrosamente se salvaran. Hecha esta salvedad proseguimos, y allí fue donde por vez primera habló el huésped del tal Hernán Cortés, diciendo que salió en una tercera expedición. Adelante se acrecentará la importancia de este capitán, como luego diré; que había vuelto a la estancia la duquesa, y estuvo en nuestra compañía muy atenta hasta la hora del almuerzo. Todo el tiempo que allí estuvo nos habló el relator de Hernán Cortés, que había sido alcalde en la ciudad de Santiago de Cuba; y estando en éstas, determinó la duquesa que nos trajeran colación, y así tomáramos fuerzas para seguir y escuchar el relato, que daría materia para un libro realmente singular y ameno. Quiso lo pusiera yo por escrito con mucho detalle, y aproveché esta ocasión para corresponder a su bondad con mis servicios. Escuchamos con la mayor atención la historia, y para no ser machacón dejaré las veces que fuimos y vinimos, tanto para reponer fuerzas comiendo como para tomar el sueño, y así todo lo pondré seguido. Estaré un buen rato sin decir nada más que esta relación, que hizo larga y minuciosa. Preguntónos si nos cansaba y le dijimos que en modo alguno, y que nos complacía el oírlo narrar estos episodios; entonces siguió la cuenta de sus muchísimas aventuras, y con esto fuimos adelante. Contónos que era Hernán Cortés extremeño, nacido en la villa de Medellín y algo poeta; apenas comenzó a estudiar ya hacía ciertas coplillas en verso y en prosa, y mientras seguía los estudios de leyes en la ciudad de Salamanca, que comenzó con catorce años, faltando sólo uno para que el siglo terminara. Gozó de buena salud, al parecer, y buen ánimo; y todo cuanto platicaba lo hacía muy apaciblemente y con buena retórica. Vivió en buena concordia con todos, mas lo decían hijo de un pobre y humilde escudero. Pero a este respecto tendrá que contrariarnos la opinión, pues era lo cierto que provenía de familia de hidalgos. En una palabra, era mozo bien proporcionado y membrado, y no muy alegre; de buena estatura y color algo cenicienta, tenía el mirar grave, pero amable; y en su momento tuvo barbas oscuras, aunque pocas y ralas, y buenas espaldas. Las cosas no le fueron muy bien, pues había pensado el tal alistarse para los ejércitos de Italia, siendo entonces mozo de diecinueve años; mas luego cambió de opinión y hubo de embarcarse a las Indias, pues decían malas lenguas que escapó de milagro de cierta aventura amorosa que hubo en Salamanca, pues cortejó a una dama llamada Catalina Suárez, reduciéndola, y al llegar el momento no cumplió la palabra que dio de matrimonio. Fue un error imposible de prever, por lo que fue apresado y obligado a cumplir su palabra; y si es cierto el original de esta historia, fue su boda imprevista e impuesta. Mas con todo, por lo que a él se refiere, declaró luego que estaba tan contento con su esposa como si hubiera sido hija de un duque; aunque en esto vaciló un poco, como si dudara. A raíz de aquello vino

Cortés con otros a la Española. Quiso pues el diablo, que nunca está ocioso en cosas tocantes a sus siervos, que gozara allí del repartimiento de indios; y seguían sucediendo en esta tierra horrores e inmoralidades, motines y ejecución de prisioneros, con muchas torturas. No faltaban mutilaciones graves de presuntos espías, que confesaban luego todo el caso; y más que nadie sufrían los indios, ya que los cristianos incumplían las órdenes reales, y tenían para cada cosa su embuste y su trapaza. Eran insensibles al hambre y las fatigas que los otros sufrían, pues los traían atados y a empellones, unos sin ropa y otros con ella arrastrando, muriendo muchos. Fue luego Cortés a la isla de Cuba, y era ya por entonces más hablador y decía gracias, y muy resabido. Era bien conocido por dicha pacificación de la Española, que todas estas trazas de mandar y modos extraordinarios conocía. Volvamos a la audacia de sus aventuras galantes, que sin comprometerse con ninguna las hacía cortesía; y así les pedía licencia, y unas veces acababa en la cárcel, y dejó de contar muchas de las cosas que por las calles decían de él. Mas casi siempre era amado por las damas que lo conocían, que si no había testigo ni estorbo robaba el corazón a cuantas topaba. Así pasó haciendo gran ruido, y un tal Velázquez que lo había encarcelado terminó muy amigo de él, y hasta padrino de un hijo que tuvo. Le pidió por favor y como en gracia que sirviera a sus órdenes; pero no quiso prestar a nadie obediencia ninguna, y ya iba determinado de marcharse, con lo que al instante se quedó Velázquez como perro perdiguero al olor de la caza. Levó anclas en Santiago, y anduvo por aquella isla reclutando gente y almacenando los víveres que pudo, que al no dárselos se levantaban voces y tras ellas palos, y tras los palos chichones y tolondrones en las cabezas. Pues nunca los pagaba, y por fe de muchos anduvo por allí como un ilustre corsario; que salía el contrario deshechas las narices y toda la cabeza entrapajada. Sus hombres lo querían, y asegurábanos el tal Bernal Díaz que hubieran muerto por su capitán, y si va a decir verdad, todos decían lo mismo. Llevaba Cortés por entonces hermosos vestidos y sombrero emplumado, que parecía haber sido capitán en una comedia y combatido con moros en una danza. Nombtaba castillos, y apenas los había visto en los ochavos; mas en ocasión de comprar un caballo se arrancó un botón de oro de su ropa para pagarlo, y todos los que lo veían lo juzgaban un gran señor y pasaban con él lindos ratos.

Eran sus capitanes un tal Puerto Carrero, y otro llamado Pedro de Alvarado, que seguía a Cortés acompañado de sus cuatro hermanos. Llegó éste que digo con más agujeros que una flauta y más manchas que un jaspe, pero ahora lo llamaban los de aquellas tierras Tonatiuh, o el Sol, por su belleza, valor y gentiles modales; aunque luego la mala suerte se metiera por medio dándole un mal fin, como más tarde se dirá. Eran los otros capitanes Cristóbal de Olid, maestro de campo que no sabía nada del mar, pues no tenía de naval más que el comer nabos; y más tarde fue ahorcado por rebelde,

con lo que hacía que lloraba y daba muchas voces. Y Gonzalo de Sandoval, el más joven de todos, a quien con más cariño y confianza trataba Cortés, pues lo miraba con tanto ahínco como a un hijo. Éste también murió joven en Palos, en cierto viaje que hizo a España con su capitán, dejando gran memoria por la propiedad de sus cosas, la elegancia de sus palabras y la enseñanza de sus costumbres, sin ofensa alguna de la religión. Así, en febrero del año diecinueve del Señor partió Cortés con una escuadra de once barcos, llevando como cien marineros de los que quinientos eran voluntarios, con ballesteros que iban, y arcabuceros. Mas todo fue nada para ver entrar al capitán, que llevaba con él algunos negros y esclavos cubanos, y siete cañones pequeños. Iban con él varios frailes jerónimos, que en comenzando el viaje entraron en concierto y comían juntos con lección, diciendo cada día misa, y los domingos y fiestas la cantaban, haciendo sermón a todo el navío; y a mayores, por la noche entonaban la salve. Llevaban tesorero y un veedor, y un paje llevaba el capitán llamado Orteguilla, que pareció a algunos extremada sabandija. Portaban aquellos navíos su propia bandera de fuegos blancos y azules, en medio una cruz colorada y alrededor un letrero en latín; y éste rezaba que había de vencer su dueño, por medio del signo de la cruz. Iba un fraile al salir orando con voz ronca, rematando en chillido y con real alzamiento de plegarias; y hay que decir que algunos de los hombres eran extranjeros, y de los once barcos que iban, nada menos que siete eran de Cortés. Llegó el primero a tierra el tal Pedro de Alvarado, que ahuyentó a los indios, con lo cual se desmembraron todos y echó cada uno por su parte. Reprendiólo Cortés con mucha severidad, y con los consejos de tan buen maestro devolvió lo que había robado, haciendo otros regalos, pues estaba tristísimo y con mucha razón. Se disculpó diciendo que hallaron a los indios hostiles, y vino el fraile norabuera, leyendo ante el escribano el requerimiento para que se convirtieran; y como no lo hicieron iniciaron la carga contra ellos y remataron la conversación sacudiéndoles palos, con lo que no chistó alma terrena, cosa que sucedía muchas veces en las Indias. Consoló al capitán, aconsejando que disimulase y no desistiese de la pretensión por ningún camino ni manera, y al día siguiente los indios andaban entre ellos como si toda su vida los hubieran tratado; pues levantóse Cortés a buscar su caballo y mandó que no les hicieran mal alguno. Allí se les unió un ser extraño, tan desgraciado que iba quemado por el sol y medio desnudo, con un canaleta al hombro; entró muy humilde, sentóse, y aunque parecía un esclavo indio era un sacerdote español llamado Aguilar. Los otros y ellos no hacían más que mirarlo y callar, pues los saludó con las palabras: “Dios y Santa María de Castilla”. Era que, tras siete años de cautiverio se había escapado de una jaula, donde lo engordaban los caníbales para comérselo. Con esto quedaron ciertos del caso y pasóse la mañana en contar sus aventuras, pues luego fue esclavo de un cacique; y como había aprendido la lengua de

los mayas se ofreció de intérprete a Cortés, y consolóse con esto algo de lo sucedido.

Contaba el tal Bernal Díaz el aspecto de aquellos guerreros, armados de una espada que llamaron los españoles montante y era a dos manos, con su hoja de cuatro pies de longitud. No era esto lo peor, sino que a ambos lados había una muesca con una piedra de obsidiana, cortante como navaja de afeitar, y que metían hacia ellos viéndolos, con prisa tan fiera que ponían la justicia en sus pies y apelaban monte arriba dando voces. Algo los consolaba que se embotaba después de unos cuantos mandobles; todas las tribus de este lado usaban ese arma, estando harto entrenados en su manejo, con lo que trataban en vidas y eran tenderos de cuchilladas. Lanzaban con mucho tino proyectiles que eran piedras redondas, y sus jabalinas y flechas; y dejó de referir otras muchas flores, sino que se defendían con escudos redondos de madera, y ciertos jubones que llevaban de algodón acolchado. Así, con estas cosas estarán más avisados los ignorantes y los que leyeren este libro. En éstas levantábase entre los indios un alarido disforme, y no ansiaban tanto matar al enemigo como cogerlo vivo para sus sacrificios rituales; y viéndolos se desconcertaba el reloj de la cabeza, pues llegaban como perros rabiosos y los cercaban por todas partes, lanzando tantas flechas, tantas varas y piedras que hacían estragos; que allí se veía una pepitoria, acá una mano y acullá un pie. Llegaba otro y daba un trasquilón a una oreja, lanzando a la vez sus gritos de “ala, ala, ala”, que no se ha visto tal torbellino. Mandó Cortés a hablarlos a un indio llamado Melchor, a quien había capturado antes; y éste iba holgando por el camino mucho, pues colgó sus ropas, se marchó con ellos y tomó el mismo arbitrio, uniéndose a su lucha. Por fin vencieron las tropas españolas, dándoles su merecido; tuvieron los caciques que ofrecer regalos y estaban con dos varas de gaxnate más que tenían, pues no habían visto caballos hasta entonces, y en viéndolos era para ver. Pues huían a los montes como si fueran diablos o espíritus, aullando en esta forma con voz dolorida: , “¡Pa, pa, pa!”. Ofrecieron los indios veinte mujeres que fueron bautizadas de seguida, y estuvo el jefe curándose dos días, que apenas pudo salir. Había entre aquéllas que digo una muy excelente que llamaron los españoles doña Marina, que así le pusieron en el bautismo. El capitán que la vio se demudó, y entendíanlo todos razonablemente, pues era muy bella y conocía varias lenguas de aquellos lugares; y eran entre ellas el maya, el tabasco y la lengua de los aztecas. Era la señora de noble linaje de éstos últimos, y la madre la dio a unos mercaderes; y por de pronto considere el pío lector cómo lo sentiría, siendo vendida de niña a los mayas por aquella madre tan cruel. Se ofreció el capitán y le pidió perdón del agravio que le habían hecho, y lo decía con unos empujoncillos de risa. Él estaba, aunque lo disimulaba, como en brasas. ¡Gentil picarón, hideputa pícaro! Empezó a hablar muy de recio, y pareció que se la quedaba; mas después de bautizada se la dio Cortés a uno de los capitanes, pues quería más a una

mujer española en cueros que a una india poderosa. Mas luego iba considerando que era aquélla desertora de su pueblo, pues la habían vendido como esclava; no le pareció mal la moza para el deleite, y siendo inteligente y valerosa determinó tomarla para sí, y de que vio la ocasión acercóse a ella; y como estaba en aquel hábito que dije no hacía sino mirarla, y a todo esto riéronse todos mucho. Marchó por entonces a España el dueño de la india Marina, y de aquí adelante siguió siempre ella como su amante y señor; y quiso su ventura que lo ayudara muchas veces y le diera un hijo que se llamó Martín Cortés. Llamaban aquellos naturales a la india Malinche, y lo mismo lo llamaron a él.

Inicióse de esta manera la famosa marcha sobre México, que no se vio nunca tal cosa y fue admiración grande. Merendóse alegremente y levantaron los manteles, y estando los españoles en esto supieron que había una leyenda en las tierras aquéllas y era la de Quetzalcoatl o serpiente emplumada. Afirmaba la dicha leyenda que era éste el dios del viento, y tenía una lengua y blanca barba; y que habiendo estado en estos lugares enseñando la virtud y el arte de la vida a sus antepasados, luego había marchado hacia el oriente, sin que antes dejara de prometer que volvería. Así, Moctezuma aguardaba la vuelta de Quetzalcoatl; y viendo por aquellos pañizuelos que llegaban hombres blancos y harto barbados hízoles muy buena acogida, mandando enviados a Cortés que le dieran regalos. Pensaron aquella mañana ser almorzados de ellos, por lo que suspendieron sus ánimos con el ruido de la artillería y los animaron también a convertirse; y venían tales los indios, que de todos sus vestidos juntos no se podía hacer una mecha a un candil. Levantó allí mismo Cortés la Villa Rica de la Vera Cruz, que era el primer municipio de la Nueva España; hicieron con mucha ceremonia el trazado rectangular de la ciudad, alegrándose mucho los indios con el nuevo pariente; colocaron su plaza en el medio, poniendo en el centro de ella el rollo que simbolizaba la justicia, y la horca por si alguno se desmandaba. Marcaron el solar de la iglesia, y después de haber tratado de la causa hicieron el de la cárcel. Hacía Cortés creer cuanto quería, y con estas cosas traía al pueblo tal que se encomendaban a él; acarreó el primero las piedras para los muros cargando los cimientos, besando la tierra al entrar en los de la iglesia; y los indios de las cercanías fueron los encargados de llevar a término el trabajo, como solía suceder. Llegó la noche oscura y acogióronse todos a cubierto, y en amaneciendo el gran Moctezuma les envió mensajeros que los incensaron con copal, y en fin, les ofrecieron entre otras cosas mantos de plumas tornasoladas; mas todo fue nada junto a los mantos de algodón y adornos de oro, y una rueda de hechura de sol tan grande como la de una carreta; y allí eran de contemplar las trazas, con muchas labores en oro fino y una mayor de plata, figurando la luna con muchos resplandores. Sentáronse y sentóse Cortés, y dijeron que representaban a su dios como



un hombre barbado y alto, de piel más bien clara; y contándole mil embustes que no importan al caso, dijeron haberse asombrado al ver que llegaban en casas flotantes hombres blancos con barbas, como en su profecía. Preguntaron qué eran aquellos ciervos gigantes que llevaban, y dijéronles ser caballos; y temía Moctezuma, que era además sacerdote y augur según dijeron, sabiendo de los rayos y truenos que lanzaban que volviera aquel dios, con seres de otros mundos. En esto dio la una y vino la olla, y comiéronla en dos bocados casi toda; pues era tal la persecución de los güesos y el destrozo de la carne, que parecía que ni entre los dientes la tenían bien segura. Pensaba el rey que venían los españoles a reclamar sus derechos y estaba su reino en peligro, con lo que vacilaba entre la indignación y el estupor; y quiso Dios que de ahí vinieran todas las ofrendas que enviaba, pidiendo que no siguieran hasta la capital de México. Mientras, daban sus enviados tan fieros tragos al caldo que parecían arremeter contra él, hasta que desaparecieron, por lo del pan comido y la compañía deshecha. Pudieron saber, inquiriendo entre unos y otros, que dominaban aquellos aztecas las tierras entre los dos mares, y eran odiados por el resto de los pueblos de allí; pues juzgaban la causa en su favor, sufriendo su opresión todas las tribus de la costa caribe. Quejábanse que sus recaudadores les tomaban cuanto querían, que a título de soldados entraban en cualquier parte; y asiéndolos, se llevaban a sus doncellas y muchachos para sacrificarlos a los dioses aztecas, que era la cosa que más los apenaba. ¡Vive Dios! Que las espaldas de los indios sometidos sustituían a los carros, y traían las caras de punto, porque a puros chirlos las llevaban todas hilvanadas, y otros con unas cuchilladas que les partían las narices. Habían de llevar los tributos de cereales a hombros, pese al gran calor o al frío de las grandes alturas, que no se podía sufrir. ¡Oh, pecadores de ellos! Pues habían de mantener de esta guisa a tres cortes reales, pese al diablo, con toda su aristocracia guerrera; que había tres reyes en México por debajo de Moctezuma y a todos alimentaban, y con esto, comidos de piojos, iban chamuscadas sus ánimas. Por acabar diré que se daba el cacao sólo en la costa tropical, y habían de llevarlo a México; y habiéndolo llevado servía allí de bebida a los sacerdotes y nobles, que no cabían de contento cuando lo recibían, y conservaban sus semillas en ciertos almacenes de la ciudad imperial.

Llevaba todas estas cosas relatadas el tal Bernal Díaz del Castillo y yo escritas, que serían hasta cinco manos de papel. Yo le alabé la traza y dijo él que seguiría. Así contónos luego que mandó el capitán por entonces al interior al dicho Alvarado con la mitad de los hombres, con lo que se despidieron y él quedó con la otra mitad. Por no ser largo, dejo de contar muchas cosas que sucedieron, y fue una que descubrió Cortés una conspiración y jurando de ahorcar al principal de ella aunque fuera su padre, mandó hundir las naves para que nadie osase retornar a Cuba. Desnudando la espada juró que

había de limpiar los cuerpos de sus malditas ánimas si alguien se desmandaba, y al primer encuentro hizo barrenar las naves y hundirlas en el fondo de la mar. Estando así los españoles llegaron cinco señores de aquellos aztecas, vestidos con gran lujo, con ramos de rosas en las manos y aspirando sus perfumes, y no había quien osase ventosear de miedo de acordarles dónde tenían las asentaderas.

Mientras, sus servidores los libraban de las moscas con grandes abanicos, andando a lo columpio. Llegaban a exigir los tributos y veinte jóvenes y vírgenes, y aprovechó Cortés los agravios que le hacían para tomarlos presos. Visitó más tarde el capitán español la ciudad de Campoala, que era la capital de una tribu llamada Totonac, diciendo en ella con muy altas voces quién era y lo que quería. Estaba el cacique de aquéllos harto grueso, y en demasía para salir a recibirlo; pues comía mucho, y estas temeridades lo habían de acabar. Una multitud ingente de indios cubrió al capitán de flores, conduciéndolo por las calles, y él que se vio así, llegó donde estaba el cacique. Era de ver cómo se sostenía el tal en pie sujeto por dos criados, y reía mucho, diciendo en su lengua dar la bienvenida a aquellos poderosos extranjeros barbudos. Fué, quedando concertados de verse, y cuando llegaron los recaudadores convenció Cortés a sus amigos, que temblaban de miedo, para que los trataran como follones y cobardes y los encarcelaran; acostáronse con estas determinaciones, y amaneciendo consiguió con trabajo que no los sacrificaran y se los comieran. Con esto se fue y volvió de allí a un rato, y él mismo soltó a los prisioneros, dándole ellos las gracias por su libertad y rescate; pidióles contar a Moctezuma quién los había salvado, y que era amigo suyo, pues que los había desatado, soltándolos. Mientras, los indios de la tribu Totonac que comprendía veinte ciudades, madrugaron al amanecer; y vistiéndose se levantaron contra Moctezuma, confiándose a aquellos dioses blancos y suspirando más que beata en sermón de cuaresma. En esto estaban, cuando el cacique gordo entregó a los españoles ocho mujeres muy bien ataviadas, en prueba de suma amistad. Recibiéronlas con la mayor alegría del mundo, y para que les sirvieran de criadas las bautizaron luego, quedando remitidos para la noche. El propio Cortés durmió aquella noche algo desabrigado, y cuando amaneció el Señor, él mismo derribó con violencia los repugnantes ídolos; hízolo ante los ojos del pueblo y de los jefes, pues ante ellos ofrecían cada día sacrificios humanos. Quedaron todos estos naturales mohínos y algunos lloraban tiernamente, mientras otros indignados amenazaban a los españoles. Echándose sobre ellos de hocicos juraron que se vengarían, y estaban las mujeres que de puro blancas no las conocían los maridos, al ver las desgracias tan grandes en un palmo de tierra.

Como hubiera quemado el capitán las naves para no volver, todas sus velas, aparejos y piezas de metal quedaron en tierra bien almacenadas; y sobre ciento

cincuenta hombres permanecieron al cuidado de la guarnición de Vera Cruz, haciéndolo de grado. Llevaba Cortés toda la pretina llena de papeles, con memoriales y cartas al rey, y con el grueso de su ejército se dirigió hacia el interior; que se internaron en aquellas tierras llegando a cierto lugar llamado Tlaxcala, donde llegaban los más viejos con regalos y holgaban de verse descubiertas las niñas. Ofrecieronle al capitán trescientas doncellas que no quiso aceptar, y entendiéndolo yo razonablemente. ¡Oh, hideputa! En cambio quiso convertir a los indios por medio de doña Marina, porque tenía ésta más flores que un mayo. Las otras no eran malas pero tenían más desenvoltura, y después que al fin consintieron los indios en bautizarse, desabotonados los botones de las ropillas se repartieron los soldados las trescientas doncellas. Aderezóse lo necesario, y fijada la fecha de partida supo Cortés que el rey Moctezuma lo aguardaba con cincuenta mil hombres, en una ciudad llamada Cholula; dijeron más tarde que era ésta semejante a la imperial Toledo, y era gloriosa y antigua población de aquellas tierras. “Venga, y sea lo que fuere”, exclamó, cuando los de Tlaxcala le señalaron el peligro; pues había al parecer allí trampas para hombres y caballos, que en empinándose y tirando coces no podrían echar a correr. Sahumáronle con paja, y en éstas le dijeron que era Cholula una ciudad santa que tenía más de trescientos templos y casas harto lindos. Volviéndose a ellos repuso que no le importaba, pues a su nacimiento y principios correspondía tan agradable lugar. Derramóse vino en cantidad al ánimo de Moctezuma, durmiendo lo necesario para espumar el vino que hervía en los cascotes; y llegados a aquella ciudad pasaron allí los españoles tres días, y no de escarmentados, que no eran tan cuerdos, sino de cansados durmieron muy bien. En todo aquel tiempo ni sacerdotes ni caciques se dejaron ver, aunque antes los hubieran citado; mandó decir Moctezuma que no debieron entrar en la capital, y una india vieja, que su cara era una cuera y toda ella un cuero, le dijo a Marina que los habían traicionado. Fuéronse luego a apearse al mesón, tomando por sorpresa a dos sacerdotes que salían de un templo; y es cierto que mentían con mucho aseo y limpieza, pues juraron por su dios cojo, que el rey de la guerra mandó que destruyeran a aquellos extranjeros. Los que la cogieron triste, lloraban; y desde el caballo se dirigió Cortés a los guerreros y caciques cholultecas, afeándoles mucho su traición; y como era tan sutil de ingenio, a una señal suya sonó un disparo de arcabuz y se lanzaron sobre los naturales, dándoles tal mano que en menos de dos horas murieron más de tres mil hombres, que desde la estampa fueron concebidos en pecado. No quiero darte luz de más cosas, sino que así fue la matanza de Cholula; y en pocos días eran rabís de otros rufianes, pues duró dos fechas el saqueo, aunque los naturales vinieran a pedir clemencia.

Cerca de medio mes se quedó allí Cortés descansando, y andaba tan tieso que parecía almorzaba asadores. Estando en esto recibía embajadas del rey Moctezuma y

hacía ciertos preparativos, o liberaba de sus jaulas a los muchos prisioneros destinados al sacrificio; los cuales, sin pestañear los ojos, mirando, estaban como figuras de piedra sobre sepulcro. Al mismo tiempo los adoctrinaban y escuchaban ellos, cuál con la boca más abierta que mujer pedigüeña. Durante su estancia en Tlaxcala había chocado a algunos españoles la humareda que salía de una de aquellas montañas; y empezaban pláticas de guerra, menudeábanse los juramentos. Pero era aquél el accidente que llamaban los indios Popocatépetl o montaña que humea, y decían que justo enfrente había otro volcán que era su esposa, o mujer blanca. A ambos los adoraban, y todo esto tenía a los españoles revolviendo pareceres. Quiso Cortés saber el secreto, y conocida la intención no les pareció a los otros mal la traza; allí fueron varios hombres y escalaron la cima, pareciéndoles cosa de maravilla; y al fin tuvieron los tales la suerte de conocer la ruta hacia México, pues desde allí la descubrieron. Iban barajados hombres y mujeres, y cruzaron las tropas entre los dos volcanes por vez si mudando mundo y tierra mejoraba su suerte. Pasando varias poblaciones del valle llegaron a las puertas de aquella capital, y abriendo la boca y empujando el labio de abajo, la señalaban. Allí quedaron admirados, pensando fuera cosa de encantamiento como en los libros de Amadís; y son cosas éstas que con el tiempo y el curso alcanzan los desesperados. Pues tres meses habían caminado haciendo muchas leguas por aquellos terrenos montañosos, y con volcanes, que no había nieve que se les escapara ni lluvia que se les pasase por alto. Dejaron al pasar muchas tribus amigas o sometidas por las armas, y acabada la plática o sermón soltaban los cautivos que engordaban aquellos aztecas para el sacrificio, en cuanto los echaban de ver. Recibieron regalos de aquellas ciudades y cargaron con ellos, y no parecían mohínos; pues les dieron mantos, oro y mujeres indias, que enlucían manos y gargantas y acicalaban dientes, andando con un bamboleo de cabellos, quejándose siempre de la tiranía de los aztecas. Fueron por allá muy agasajados y estaba todo cumplidísimo, tanto que había mucho que merendar caliente y fiambre, frutas y dulces, y con esto se remataron.

No cerró Cortés los ojos en toda la noche, y al día siguiente el sobrino de Moctezuma llegó en magnífica litera, el cual era la criatura más alegre y lucida que Dios crió. Llevábanlo ocho jefes que barrían el suelo ante sus pies, sacando unas escobillas que traían al efecto cuando se bajó el príncipe a saludar al capitán. Pasaron adelante por ser de mañana, y diré que un día después entraron los españoles en Iztapalapa por una calzada muy ancha por el agua, que era cosa de ver, haciéndose más cruces que un ensalmador, pues vieron hartas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras poblaciones. Cada uno echaba por su calle y por aquella calzada tan derecha por nivel, que llegaba hasta México. “¡Cuerpo de Dios!”, exclamó el narrador ante el recuerdo de ello, pues parecían las ciudades de aquéllas que hay en los libros de

caballerías, y aún mejores, según nos dijo él. Sucedió que, viendo de lejos muchas torres grandes y edificios que había en el agua, todos de cal y canto, creyeron algunos que iban entregados al vino; y algunos soldados decían que andaban en sueños, pues eran cosas nunca vistas ni oídas ni aún soñadas, y creían ser mentira. Así fueron en Iztapalapa hartos los palacios en que los aposentaron, que alegraron sus corazones con huertas y jardines, con diversidad de olores y aromas; y no eran pocos los andenes sembrados de flores y rosas, que andaban con lo dicho atolondrados. A todos hacían cortesías, y desde allí fueron por una calzada donde cabían de una sola vez ocho jinetes, yendo con esto ya los hombres descuidados. Iba aquella carretera cortada a algunos intervalos con puentes levadizos, y marchaba Cortés a la cabeza, hallando por delante la ciudad mayor que habían visto, sobre el agua y dividida en dos partes. Parecióle hartos bien, que era al norte Tenochtitlán y al sur llamada México, entrando a las diez de la mañana en la corte. Eran menos de cuatrocientos los soldados españoles, mas no se vieron nunca hombres tan campanudos ni los hubo en el mundo que tanto atrevimiento tuviesen, pues entraban a la vista de millares de indios; que preguntábanles por señas cómo se llamaban, a dónde iban y por qué. Era aquél el segundo día del mes de Quecholli o pájaro flamenco, y tras esto supieron que era de mal agüero para los indios; lo cual bastó, con las obras que habían hecho, para que todos pensaran al verlos en el regreso de Quetzalcoatl.

Confesó el que lo dijo, que aunque iban mezcladas con risa llevaban sus preocupaciones y se hallaban sobre aviso. A media legua de aquella ciudad aguardaban a Hernán Cortés cosa de un millar de notables, ofreciéndole favor para introducirlo en la corte; y llegando a su altura el capitán detuvo su caballo y recibió su homenaje, pues lo abrazaban mil veces diciéndole que fuera bienvenido y tomara posada en compañía de todos. Declaróles sus buenos deseos, y tras esto dijo que quería ver a Moctezuma; como aguardara éste en el recinto fortificado, ya no quedó otro remedio que meterse en la boca del dragón. Precedían al rey unos doscientos nobles, marchando descalzos y en hilera doble, ante una riquísima litera; que en llegando ésta, todos se apartaron y agacharon sus cabezas. Iba el rey muy bien ataviado como le correspondía; y tenía buen decir y hacer, nombre y obras. Viendo, pues, que descendía Moctezuma y daba unos pasos, los hombres de la escolta limpiaban el suelo delante, pues tenía más deleites que otras invenciones de mayor ponderación. Llevaba el tal a izquierda y derecha dos reyes, y detrás dos señores, y por no cansar a v. m. diré que todos salían tras él a atenderlo. Cuando bajó Cortés de su caballo y fue a abrazar el rey, dijéronle que no era hombre que pudiera hacerlo, y se lo impidieron los del cortejo. “¡Vive Dios!”, dijo él, mas luego apaciguóse y tornó al caso. Dióle el rey la bienvenida, la cual dijo con voz algo áspera y ronca, y él le ofreció por medio de Marina su amistad, trabando

conversación después. Colgóle del cuello una sarta de cuentas de vidrio, y en estas pláticas se enternecieron, que el rey los invitó a entrar en la ciudad y entretúvolos por el camino, mientras los demás se sentaban sin orden ninguno. No podrá nadie encarecer la alegría de los españoles, pues el rey Moctezuma, que vio cuán honrada gente eran, les destinó un palacio para albergar todas sus tropas; y dijo a los suyos que según las profecías eran los que tenían que venir, y que llegaban desde oriente, jurándolo todo por su conciencia. Aquí fue ella, que los condujeron entre la gente que invadía en tropel muchas canoas, empezando a bailar y a decir lindezas; y lo mismo era en calles y azoteas, hasta el palacio que había sido del antecesor de Moctezuma. Con lo que entraron y sentáronse, saludando a los de la casa. ¡Dios sabe cuán lejos estaban de ver la infamia! Vivía el rey en un palacio cercano rodeado de pompa, que era la suya propia de un semidiós; y a todos los que oían estas cosas les parecían cuanto bien se puede decir, pues los ricos tributos que tenía le procuraban aquellos servicios que hubiera envidiado un sultán. Acostáronse los españoles y el capitán se persignó, y ellos se santiguaron; durmieron ellos y Cortés estuvo desvelado, trazando cómo se haría con aquella ciudad sin gran daño, y pujaba un suspiro por remate.

\*\*\*

Últimamente dijo Bernal Díaz que era hora de retirarnos a nuestra vez a descansar, pues al fin ya eran las dos; y como era forzoso madrugar al día siguiente, haríase de seguida hora de levantar. Pedí luz muy apriesa, trajéronla y nos despedimos de él, aunque nos pesaba. Me mostró dos señales en los calcañares y dijo que eran flechas, y yendo en estas conversaciones topamos con la duquesa que andaba desvelada. Levantándose en pie, nos dijo que nos aguardaba al día siguiente para saber el final de la historia. Pidióme leyera los últimos pliegos, pues no los había escuchado; yo los leí y díjele mil cosas en alabanza del huésped, y decía verdad, pues todas las merecía. “No pase vuesa merced adelante -dijo él-, que confieso me pondré colorado, de suerte que no podré disimular la vergüenza y no tengo mucha para gastarla mal”. Esto le cayó muy en gracia a la duquesa y así, medio riéndose, le dijo que mandaba también, que le enviara a palacio alguna de aquellas flechas de los indios, si las tenía; y no era mala cosa, pues no debían ser corrientes, ya que las flechas pocas veces se andan a roer zancajos. “Éstas me dieron -señaló él-, en servicio de Dios y del rey”. “Eso creo muy bien”, dije yo, y acabada la plática acostámonos, y quedé aquella noche harto descansado. Ya al siguiente día sentámonos después del almuerzo con la duquesa, y dando un paloteadito con los dedos mandó a todos callar. Llamó a uno de los pajes con gran autoridad con la mano, y a todo esto no hacía más que volver a mirarme por ver si yo había tomado la pluma y el papel. Al fin, animado con esta atención, dijo el tal Bernal Díaz que seguiría relatando los hechos. Agradeciólo la duquesa y yo le supliqué

que no contara demasiado de prisa, y me dijo que no lo haría más de lo ordinario, con lo que me daría ocasión de tomarlo casi al dictado. Mas me conozco que no tomaba yo lo que decía, sino algo distinto; pues soltaba la prosa, y era porque en aquella casa muchos celebraban mis palabras, y otros decían no haber tal donaire como el mío. Al fin contónos el caso, y pasó una hora en resolver trazas, pues con mil cortesías nos detuvo un rato. Asomándome yo a mis papeles rascábame a la par, porque tenía un piojo con hambre canina, y otros que en un brazo quebraban el ayuno de ocho días; lo cual hacía con gran disimulación. Aquí lo dejo, pues el compañero estaba ya hablando y tenía muy puntuales ganas y ejecutivas de terminar. Decía ahora, que muchas gracias daban los españoles a Dios, pues conforme a lo del evangelio: “Ayudaos como buenos hermanos”, dábanles aquéllos de todo y servían en cada comida innumerables platos, mejorando lo presente; todos bien recibidos, pues era de ver cómo andaban los estómagos en celo. ¿Qué diré del servicio? Pues era éste en braseros encendidos, no usando los utensilios más de una vez, y así era corrientemente y por galantería. Entraba por la puerta una estantigua vestida de algodón hasta los pies y hablábales en germanía, de lo cual resultaba darles un abrazo y ofrecérseles; entraban luego otros, y unos por amigos y otros por deudos todos se aparejaban. Éste venía dando voces con el otro y hablaban un rato, siendo cosa del rey sustentar a todos. Acercábanse a éste con humildad; conforme lo veían turbábanse un tanto y empezaban a temblar, pues era de notar verlo tan quieto y religioso. Tenía el tal bailarines y acróbatas que daban grandísimos gritos, como que cantaban todos a la par alegrando su corte; y grandes pajareras, y no hago mención de las muchas cosas que tenía, que no era la menos notable ver muchos animales salvajes y enjaulados. Éstas y otras muchas razones dio el tal Bernal, y que sus jardines cuajados de flores causaban mucha admiración; pues era de ver, o mejor de oler la fragancia de aquellos árboles, y esta satisfacción excusaba otros malos contentamientos. Sucedióles un día la mejor cosa del mundo, y fue según éste nos dijo, que habiendo encontrado los soldados en sus cuarteles una puerta secreta la abrieron, hallando en una habitación un inmenso tesoro, con lo que estaban vientos en popa con estas cosas. Pues se veían ricos y prósperos, y tales que no tendrían que venir con esto los ochavos trompiconando. Comenzaron a dar gritos, y fue totalmente causa de su desdicha; pues apareció un indio con la cara de muesca entre chufa y castaña, opilado, tartamudo, desgarrado a más de bizco y romo, diciendo que les magullarían las caras si tocaban aquello, pues lo había dejado allí el antecesor de Moctezuma. Esto he dicho para que se tenga lástima de ver cómo renunciaron a todo, viéndose cerca de morir mártires sin tener cosa de santidad ni aún de bondad, ni nada que se le pareciera.

Subieron al templo de la gran pirámide, viendo desde allí la ciudad; y juraban el

nombre de Dios una vez en vano y dos en vacío, que nunca vieran cosa igual. Pues era grande su mercado y sus calles muy limpias, todas rectas, por donde no andaban animales y sí muchas cabezas, aunque faltaran sesos. Distinguían desde allí las calzadas que llegaban a tierra firme, y un tanto más lejos el acueducto que traía el agua a la ciudad; y veíanlos santiguarse de poder contar tantas canoas con mercancías y alimentos, que estaban todos maravillados. Mas la desventura, que nunca olvida a los humanos, y el diablo que se acuerda de ellos, hicieron que entraran aquéllos en el santuario que coronaba la pirámide; y empezaron a pedir confesión horrorizados, viendo los restos de sacrificios humanos que allí había. “¡Ay, que me matan!”, decían algunos con el miedo, y rezaban más oraciones que un ciego; y otros tapábanse las narices, diciendo: “¡Cuerpo de Dios, y cómo hiede!”. Acabemos presto, que no querría hacerme prolijo; pues hallaron un olor fétido y corrompido que allí trascendía, sin pensar salir de aquella confusión. Arrastraban los sacerdotes a la víctima gradas arriba, y se quejaba ésta como perro cogido entre puertas; y al punto los que aguardaban empezaban a dar gritos también, mientras derribaban al compañero atándolo a la piedra del sacrificio. Esto lo hacían cinco sacerdotes, y aquí se habían de considerar las angustias del caído, pues mientras un sexto le estaba abriendo el pecho con un cuchillo de obsidiana. Y sin dejarle decir: “¡Justicia de Dios!”, ni otra cosa alguna, le arrancaba el corazón. Quemábalo luego ante el ídolo, que era una gran bellaquería; y tiraban el cadáver rodando escaleras abajo, donde le cortaban las extremidades para el banquete de aquellos sacerdotes, con lo que morían entre brindis y brindis veinte o treinta sin confesión. Tiraban el tronco de aquellos infelices a las fieras enjauladas; y así acababan cuando Dios y enhorabuena quería, sólo que allí lo quería el diablo, y era noramala. En viendo los demás su cuerpo con una zanja de un palmo, era tal el temor que todos se quejaban de muerte. Protestó Cortés valientemente ante estos sacerdotes, pues estaba confuso considerando el caso con miedo y turbación; mas no hicieron mella sus palabras en Moctezuma, aunque últimamente le dijo que le caía en gracia su advertencia. Fué con esto y volvióse, diciendo: “Voto a Dios, que el bellaco es puto y cornudo”. En tanto, seguían ellos en el palacio donde los recibieran, muy bien aderezados, servidos y dados de comer; y con un tropel de criados, que en cuanto pedían algo de merendar era dicho y hecho. No obstante, todos recelaban un cierto peligro; y no hallando ningún remedio contra el granizo que les llovía determinaron aguardar, sin nunca confiarse. Pues se hallaban a merced de Moctezuma, pudiendo acabar todos agrillados y condenados; y andaban de noche de esta suerte, diciendo que no tenían ganas de dormir. Era de ver algunos dormir envainados, sin quitarse nada de lo que traían de día, y otros desnudarse de un golpe lo que llevaban encima, como culebras; y tras una semana de ansiedad determinaron apoderarse de aquella ciudad y Moctezuma con ella, pues sabían la



penosa situación en que se hallaban, y habían observado las calzadas y sus puentes levadizos. Era todo aquel lugar semejante a una ratonera, tanto para los que iban a caballo, como para los que marchaban a pie.

Quedáronse aguardando, como digo, y pasaron días en gran ociosidad, que quería Cortés obrar con astucia y apoderarse por sorpresa del rey. Justificábase a sí mismo por aquellos horrores que había contemplado, y aprovechaba la ocasión de aquellos sacrificios humanos. Y más aún que fuera el rey idólatra, participando en banquetes caníbales; que sentábanse los sacerdotes y se sentaba con ellos, y arremetía contra aquellos desgraciados, haciendo diligencias vehementes para mascar. Sucedió, pues, que llegó a los españoles la noticia de que algunos de los suyos habían sido muertos, en el lugar donde quedaron en la costa, cerca de Vera Cruz; preguntaron si habían quedado retazos y supieron que pocos, cosa que les espantó de ver la novedad de la vida. En esto estaban, cuando vino uno en botas de camino, diciendo que los había matado un oficial de Moctezuma y entre los muertos se hallaba el jefe de la guarnición. Montó en cólera Cortés, pues no era difícil culpar al emperador; y con esto se buscó un pretexto y vio el cielo abierto, pues echóle en cara haber consentido aquel ataque, y que se veía obligado a tomar venganza. No iba muy descaminado, como luego supieron. Diciendo y haciendo, como en todas partes hay hora señalada para oración, rezaron los españoles durante toda aquella noche; por cuanto les constaba no haber en aquella determinación cosa que contraviniera a nuestra santa fe católica y buenas costumbres. Preparábanse así a una acción tan audaz y de tanto peligro, pues con todos estos temores llevaban algunos no ya palominos, sino palomos grandes; que el miedo sin sentirlo había hecho aquella vileza. Fue por la mañana Cortés al palacio del rey, seguido de algunos capitanes armados. ¡Quién diría lo que pasaba entre ellos! Pues levantó la cabeza y dijo querer ver al emperador, y hablar con él, que llevaba dos intérpretes. Así atravesaron el palacio hasta el lugar donde se hallaba Moctezuma, tras la venganza que buscaban; y después de los saludos de rigor, hablando a pedazos y en diversas veces lo acusó Cortés de traición. Dejóle una carta cerrada que contenía su ida y las causas, y por medio de la india Marina le explicó lo sucedido y le pidió reparación. Con los vuelcos y alteración casi se asieron a puños, y el rey que se vio así fué a levantar, invitándolo Cortés a seguirlo a sus cuarteles.

Pero volvamos a las cosas que este Bernal Díaz nos dijo, que mientras esto contaba santiguábase la duquesa y algunos besaban la tierra. Fue que quedó Moctezuma en un principio harto asombrado, con indignación y sorprendido, y no hay que encarecer las blasfemias y oprobios que diría. Comenzó a reír por una parte y a rabiar por otra, y tras un forcejeo de cuatro horas despachó a sus nobles y a todos uno a uno, lo mejor que pudo. Como viera a sus visitantes armados se les sometió y entró

en su litera, saliendo del palacio por la puerta y llevado a hombros por varios señores de su corte. Comíanse éstos las uñas y andaban llorosos y descalzos, rezando entre sí a silbos oraciones de culebra; y con tanto cruzaron la calle y llegaron a la esquina, llevándolo al palacio que ocupaban los españoles. Rióse mucho el soldado de la puerta, y a esta humillación le siguió otra mayor; y fue que metieron a todos juntos en una sala con otra gente que allí había, y hundía el rey la casa a gritos pidiendo que le dieran de cenar, con lo que el soldado prometió hacerlo. “Pesía tal -dijo-, que no hay tal cosa como hacer buenas obras”, y tornó a sacar el rosario para rezar. En estas cosas divertidos llegaron, y fue el tal general de Moctezuma llevado a México por orden de su rey y entregado a Cortés, y comenzó el capitán español a jurar por vida de Satanás que él sabía mejor lo que había que hacer que nadie. Con lo que mandó lo quemaran vivo delante del palacio imperial, y macilento y vestido de paño pardo fue el emperador atado con grillos y cadenas, mientras la ejecución se llevaba a término; que llegó a tal cabo de pena, que por poco se muriera. Traía Moctezuma más hierro que Vizcaya, dos pares de grillos, mientras sus servidores escandalizados y llorando sostenían los grillos para que en nada lo lastimaran; y allí fue ver cómo le sonaban al otro los güesos como tablillas de san Lázaro, mientras el fuego lo consumía. Los bellacos, porque no se oyeran sus aullidos cantaban todos juntos, y cuando se acabó la cremación no quedaba del traidor andrajo en pie. Quitóle Hernán Cortés los grillos a su huésped que era su prisionero, y preguntándole si se sentía mal, dijo él que no. Con tanto, este ejemplo sirvió de escarmiento a todas las tribus costeras, y sin intentos de estragarlos más; pues habiendo tenido sus dudas del poder de aquellos extranjeros, se secaron ante estas cosas como niño aojado, acatándolos ahora con toda sumisión. En adelante Moctezuma, bien que diciéndose algo entre dientes, quedóse resignado a su destino; y Dios que lo quiso, lo mismo andaba melancólico y angustiado de manera, que conversaba alegre con sus carceleros; los cuáles, para que los tuviera por hombres de partes y conocidos, no hacían sino quitarse el sombrero. Pedíales licencia diciendo que luego volvería, y se entretenía con ellos en un juego de azar que hacía con bolillas de oro. Mostráronle el naipe y bebieron todos a su honra, que nunca creyó tener tanta, pues andaban algunos pegados a la pared dando pesadumbre a los ladrillos. Él siempre donaba las ganancias y les daba mantos y objetos de oro, considerando cuán caro le costaba el infierno que a otros se les daba tan barato. Dábales mujeres hermosas que antes habían de ver entre red y vidrieras, como güeso de santo; y muchas veces en su encierro se mostraba harto contento, y tenía ya sus principios de fullero, pues recibía las visitas de Cortés y sus capitanes y jugaba con ellos. Era su jueguecillo preferido el totoloque, que así lo llamaban, con aquellos bodoquillos chicos y muy lisos hechos de oro, como canicas; tiraban con los bodoquillos muy lejos y con unos tejuelos de oro, y a cinco rayas

ganaban o perdían ciertas piezas o joyas ricas que se ponían, y otras menudencias de este modo. Así empezaba la jornada, saliendo los españoles y riéndose todos; y todos los soldados que a la sazón hacían guardia moríanse de risa al ver la figura, pues decía el gran Moctezuma que Alvarado hacía *yxoxol*, que quería decir en su lengua que mentía. Pues iba tosiendo y escarbando por disimular su torpeza, y echaba siempre una raya de más. Jugaban a aquel juego inocente y el emperador lo hacía con gusto, de forma que echaran de ver que era caballero; mas no todo eran rosas, ni quedó esto así, que esta facilidad y aparente dulzura se halla siempre en las cosas malas. Así un sobrino de Moctezuma que era rey de Tezcucó, en los mentíses acostumbrados soliviantaba a algunos príncipes que tenía vecinos, con lo que acabóse la hora del remedio. Apresáronlo los soldados españoles, que se salieron con los pedazos de vestidos en las manos a los primeros estirones, y no fue mucho; poniendo el cetro en manos de su hermano, que atento a lo que vio no sabía qué cosa traía entre ellas, pues era menor y más manejable según ellos creían. Todos los otros sobrinos del emperador fueron encadenados, que se acostaban tan juntos que parecían herramienta en estuche, y de esta forma los condujeron a la ciudad.

Acabado esto, que no fue poco de ver, buscaron comunicación con tierra firme y trajeron de Vera Cruz herreros, metal y muchos aparejos, a fin de que hicieran un puente, aparte las calzadas con los suyos levadizos. Llegaron a la puerta, y llamaron; uno, hincado de rodillas, recorría los cañones en son de entretenimiento y volviéndose, dijo: “¡Jesús, y qué dificultoso está esto!” Acostáronse, cubriéronse y tornaron a dormir, y al día siguiente el propio Moctezuma les dio la madera, y algunos más trabajadores para construir tres bergantines; y delante de todos refirió que habían de ser para recreo del huésped y de los españoles. Estando día y noche debajo de cubierta, cuando todo estuvo listo gozó Moctezuma el placer de subir al navío cuyo cañamazo se desplegaba en el aire; fue en busca de su favorita y la condujo a una isla que era coto real, para solazarse allí con la caza y con la moza. Estando en éstas juró Moctezuma obedecer y hacer vasallaje al rey español; haciendo una buena provisión así de comida como de bebida envió algunos oficiales que recorrieran sus dominios, recogiendo oro y muchas cantidad de piedras preciosas para obsequiarlas a sus amigos, que agradecieron mucho la oferta. Pasaron la tarde en jugar a la taba, y en viniendo la noche ellos se fueron y él se quedó, y a esto agregó al día siguiente muchas más riquezas, que de su padre había heredado. ¡Qué deseoso te considero, lector u oidor, ya que los ciegos no pueden leer, de saber la continuación de esta historia verdadera! Pues aquí hallarás sutilezas y engaños, invenciones y modos, y no poco fruto podréis sacar de ella si tenéis atención al escarmiento. Fue aquel tesoro enviado a Vera Cruz, y allí un corsario francés se apoderó lindamente de él llevándolo a Francia, donde se lo quedó el rey don Francisco

primero; pues pensó que no era bueno que el de España merendara solo lo que todos habían escotado. Cuando nuestro emperador don Carlos reclamó, contestóle aquél: “Mostradme si podéis el testamento de vuestro padre Adán, diciendo que todas aquellas tierras son vuestras o están asignadas a vuestra majestad”. Esto avisándole que no lo buscara, pues eternamente no lo había de ver; y se pusieron los dos de arriba a abajo que era vergüenza oírlos. Con estas vilezas e infamias, pensaba Cortés que ningún príncipe del mundo tuvo nunca tesoro semejante, que hay gorriones de botines como de almuerzos, y así es la verdad. Vino la noche, ellos se fueron, amaneció, y antes de que Cortés se levantase mandóle un mensajero Moctezuma, advirtiéndole de su propia debilidad ante su pueblo. Receloso quedóse éste en la cama pensando todo aquello, y como el creciente descontento de los indios los animara a rebelarse contra los extranjeros, si así lo hicieran, éstos veríanse perdidos. Mas iba el capitán español tan embebecido en su victoria que cerró los ojos a estas sabias advertencias y a aquello que Moctezuma le decía, que se marchase mientras pudiera. A esto le contestó que no podía, y alegó no tener naves con que se pudiera marchar; y si lo hiciera, hubiérase ahorrado la mayor pesadumbre del mundo.

Supieron después los españoles de barcos que venían de Cuba, y eran diecinueve con veinte cañones; y llegando a ese lugarcillo del diablo desembarcaron cerca de mil quinientos soldados, con ochenta caballos. Eran despedazadores de vocablos y volteadores de razones, y llevando un gran número de ballestas y escopetas andaban muy alborotados; y pues estimaban mucho cualquier ayuda que tuvieran, llevaban también con ellos numerosos indios cubanos. Venían de parte de Velázquez, que era gobernador de aquella isla y enemigo de Hernán Cortés; y en prosecución de semejante empresa gastó el tal todo lo que tenía. Fue Cortés contra ellos, según dijo en servicio de Dios y del rey, y gritando: “¡Más quiero, voto a Cristo, perder la vida que perder la honra!”. Entretanto se hizo hora de comer, estando en esto los mexicanos preparados para su fiesta del Toxcallt en honor de sus dioses. ¿Habría cosa más alta? Dióles permiso Cortés para que hicieran los festejos, mas prohibió sacrificios humanos; y cayóles a ellos muy en gracia, dándole una barahúnda de bienvenido. ¡Oh, vida miserable! Pues ninguna lo es más que la de los marinos, soldados y conquistadores. Así, aprovechando el viaje de Cortés a la costa, toda la población se sublevó luego; incendiando los bergantines del lago, que no se ha hecho otra tal cosa en el mundo. El tal Alvarado que había quedado en la ciudad fue sitiado en sus cuarteles, que más desatinado hombre no ha nacido de las mujeres; pues fue toda la culpa suya, y apostaré a ello la cabeza. Hay que decir que con permiso suyo se hallaban los nobles aztecas engalanados con su oro, celebrando sus fiestas de verano con la danza ritual. En estas razones y discursos iban, y en llegando cerca lo sintieron, pues acometía contra los pobres diablos

que empezaron a huir. Obedeciendo sus consignas cayeron los españoles sobre ellos matándolos a todos, y con sus manos los hicieron pedazos, pareciéndoles también estos pensamientos honrados. No lo habían acabado de hacer cuando andaba Moctezuma indignado y furioso; y juró por el sol que calienta los panes que no hubo motivo ni provocación para esta matanza, que no se había visto cosa tan indigna en el mundo. El cual iba hablando entre sí y tan embebecido, sin hallar motivo ninguno para que aquellos españoles atacaran al Teocalli donde la multitud celebraba su fiesta. Iba el rey diciendo en lengua matemática mil disparates al respecto, pues no entendía lo que le dijeron, ni por qué organizaron tal matanza contra las miles de personas que allí estaban congregadas. Volvió en éstas Cortés con gran prisa llamando a voces a los suyos, y esto fue lo que halló a su vuelta; y caminando más de una legua no encontró persona, pues ya no lo saludaba el pueblo ni lo acogían los señores. Iba entre él pensando en las muchas dificultades y tuvo que cruzar en silencio las grandes avenidas desiertas; y guardábalo para sí, pues tenía buen entendimiento. El día de san Juan vieron los mexicanos a Malinche entrar da nuevo en la ciudad, y en esto amanecía.

¿Quién contará sus angustias? Pues al día siguiente fueron quemados los cuarteles, y entonces sacó la espada y juró que se vengaría. Metieron al bueno de Moctezuma en su aposento, y se prestó a servir de intermediario ante aquellos rebeldes; prosiguieron en la conversación y anduvieron luego los patios, los demás rezando ciertas letanías. Guardado por doscientos españoles subió el emperador a la azotea de palacio, quedando con una gravedad que no había más que pedir. Llevaba su manto imperial blanco y azul, y al entrar todos quedóse atrás el postrero, y delante el portador de la vara de oro que anunciaba su poder. Viendo el espectáculo salieron muchos, pues iba el rey coronado con la diadema de los aztecas, para la que no bastara la hacienda del rey de España. Al verlo la multitud se quedó como muerta, recibéndolo con un silencio que sobrecogía, pero yo aseguro a v. m. que hizo él todas las diligencias posibles. ¡Malaventurado de él! Hízose con esto una tregua en la batalla y muchos se postraron ante el rey sacerdote, porque no se oyese el ruido que hacían. Entonces el emperador rompió el silencio y preguntóles qué podía hacer, y no pudo negar que sentía mucho la afrenta; y diciéndose amigo de los extranjeros propuso hacer una nueva vida. Papaos el pecadillo, pues se produjo un rumor entre la masa de hombres y un estallido de ferocidad; dejáronlo que rogara mucho y al fin, que era lo que querían, apenas había terminado de hablar cuando un príncipe joven, hijo del antecesor de Moctezuma, exclamó: “¿Qué es lo que dice este bellaco, mujer de los españoles? Pues como a hombre vil lo debemos castigar”. Corrieron todos los de la casa, y él, aunque poco y de mala gana; y, diciendo esto soltó un flechazo el príncipe que fue como una orden, y no con falta de prisa; que en verdad que no se detuvieron y empezaron a caer muchas

pedras y varas sobre el infeliz, de suerte que cuando los capitanes llegaron ya estaba todo hecho; pues recibió varias pedradas, y con esto dio un salto hacia atrás, y dijo en su lengua: “¡Ladrones!”. Alcanzólo una en la cabeza, y acostáronlo en el aposento de el lado; mas no quiso cuidados, y arrancaron con esto y fuéronse. Quedaron los españoles espantados de ver la traza y empezaron a santiguarse, que no pensaban acabar. Apartóse Cortés, y llegó tan al cabo de la pena que a poco se muriera; pues murió su amigo de tétanos, pasados tres días entre sufrimientos horrorosos; así pudo decirse que hízolo tan honorablemente como el más estirado, y se quedó Cortés disimulando su desventura.

Preguntó el pueblo si estaba ya sin habla y dijéronles que sí; y es que estaba ya echado con un tocador y con una vela en la mano, y un Cristo en la otra. Ellos que entraron no vieron nada, comenzaron a buscarlo, y no hallándolo eligieron como sucesor al príncipe que había dirigido el ataque. “¡Jesús! -dijo Cortés-, y no nos detengamos, hola, seguidme todos!”. Y como era preciso abandonar la ciudad, pensaron que con dagas era mejor y cogerlos detrás por los brazos. Construyeron entonces un puente portable de madera, y con estos desconciertos se refugiaron la mitad de los españoles en la torre del templo que dominaba los cuarteles. No les osaron replicar, y por no haber otra cosa que hacer arrojaron de allí a los combatientes y a los sacerdotes; que no vieron en su vida tan grandes orates, pues iban ensangrentados y frenéticos. Proseguiremos diciendo que algunos soldados que habían estado en Italia juraron no haber visto nunca semejante batalla, y no haber en su vida subido en tan mala bestia. Ni haber topado con gente tan brava como aquellos indios, viendo alguno con su cara partida en dos pedazos, magullado el cuerpo y tan lisiadas las piernas de los palos, que no se podían tener en ellas ni las sentían. Otros quedaron heridos, robados, de manera que ni podían seguir a los amigos; muchos españoles murieron, ya que el enemigo se renovaba y llegaban llenos de afeitte, que parecían higos enharinados. Escaseaban la pólvora y los alimentos, que no se hallaban los soldados con ánimos para responder. Disimuló Cortés tres o cuatro chichones que tenía, y dio voces, y en ellas y en la cara lo conocieron. Quiso emprender la retirada por la noche, por la calzada de occidente que llevaba a Tacuba; y empezó por estas palabras, que siempre hablaba por refranes, diciendo sálvese quien pueda. Dijo a los soldados que cada cual llevara lo que quisiera, y tomó un caballo duro de caderas, y con tan mala silla que fue milagro no matarse. Fijóse la fecha para el treinta de junio, que en llegando el verano era de ver cómo no sólo se calentaban al sol, sino se chamuscaban. Iban con cuatro zapatos de gotoso por caras, todos con apetitos de sed. Había mucha neblina y marchaban el oro y la india Marina custodiados por dos capitanes y treinta soldados, y no iba cuitada la moza; pues la de buenos dientes ha de reírse siempre, hasta en los pésames. Los que fueron

prudentes tomaron las joyas pequeñas, pues entendieron la letra y dijeron que era mejor poco que nada, dejando el oro pesado. Hicieron aquel puente móvil para rellenar ciertos huecos en la calzada, aguardando así que llegara la noche; y en cuanto anocheció lo colocaron lo mejor que pudieron, tapando la primera brecha. Pasaron hartos bien el primer corte, pero ordenó el diablo que en llegando a la segunda cortadura oyeran en medio de la noche el tambor de la guerra, llamando a los naturales a las armas. Llevando las espaldas algo mohínas de los varapalos no supieron manejar aquel puente, que se atascó en el lodo. Consideraron su desgracia, mas no pudieron retirarlo por más que se esforzaban; y desde la tierra y el agua les atacaban aquellos mexicanos, y no les valía de nada llamarlos a voces piojosos, pícaros ni desharrapados.

Allí fue ella, y comenzaron a dar voces que los mataban. Iba todo el ejército con sus cañones y artillería, pisando tieso y mirándose los pies. Salieron con eso tarde, y era de ver llegada la noche cómo iban unos y otros asiéndose, y con ellos los indios amigos, los cuales habían agarrado con poco temor de Dios. Mas vieron que era imposible retirar aquel puente, y al cual se le perdía una pierna por los callejones de las calzadas, otro pedía guía para encontrar el jubón. Fuéronse a apearse de conformidad, y vieron por delante un abismo de aguas oscuras, y al mismo tiempo todo el lago se llenó de canoas; por tanto, por temor de los presentes, estando allí muy enojados y bufando, muchos hallaron muerte a causa del oro que llevaban consigo. Alanceaban los indios muchos caballos, que más de mancos que de bien nacidos iban haciendo reverencias; y tomaban vivos a los hombres para sacrificarlos, y así metiéndoles la mano por la faltriquera los llevaban con ellos. Perdiéronse por completo la pólvora y todos los cañones, y sólo veintiséis caballos se salvaron a nado cayendo muchos hombres, sin decir ay ni hacer gesto alguno. Pues caían a la zanja con el botín, y muchos pidiendo confesión, y decían: “¡Señor, en las manos de v. m. está mi remedio, y mucho provecho de la república!”. Caían las armas y las bestias, todo en aquella oscuridad. ¡Oh, cuerpo de Dios! De suerte que se despedazaban de risa los indios, y Cortés sacó como pudo a los supervivientes, que allí estuvieron hasta que dieron las tantas. El tal Alvarado dio un salto que se hiciera famoso para salvar la cortadura, pues menudeaban tanto las piedras y cascotes que no se podían sustraer y andaban las cabezas con más chilindrones que pelos. ¡Oh, vida más que miserable! Estaban los supervivientes cenados, comidos y algunos almorzados de sarna y piojos, y el oro no guardaba allí el orden retórico, porque iba de más a menos. Tuvo la retaguardia que volver a la ciudad, yendo de capa caída; que siempre andaban de capa caída, pues por ellos se veía de puro rotos. Allí acabaron de repasarles las espaldas, y hacían unas ollas tísicas de puro flacas; donde resistieron por tres días, y aún no podían resistir. Murieron aquella noche más de ciento cincuenta soldados sirviendo al rey, y adiós; y con ellos dos mil aliados,

que algunos desesperados se ahorcaban y despeñaban. Dando una gran carcajada, sacó el rey de aquéllos una daga que en lo ancho era alfanje, y mandó los sacrificaran al dios llamado Huitzilopochtli.

Perdiéronse muchos caballos y armas, y casi todo el oro que los españoles tenían, pues era aquel rey cercenador de cabezas como de moneda. Juzgóse con todo Cortés ser hombre de suerte; pues tanto los hijos de Moctezuma como todos los prisioneros aztecas murieron aquella noche, que llamaron por siempre la noche triste. Los que no murieron pudieron atravesar el lago a nado, y arremangándose el sayo quedaban algunas esclavas con las piernas zambas; y no quiero decir lo que comieron, sino que eran todas cosas para beber. Apoyados en cuerpos de hombres y caballos llegaron los más favorecidos a Tacuba, donde trabaron plática. Les preguntaron de dónde venían, y si venían de la corte. Pero atacados allí tuvieron que retirarse a un templo en lo alto de una colina de que colgaban cuchillos, cordeles y otras herramientas del oficio. Mas fue consuelo que también hallaran provisiones, vino, pescado y carne; y se acostaron con harta tristeza, descansando el resto de la noche. Levantándose luego en pie, se reunieron los huídos al amanecer; y andaban bajo el acoso de los enemigos, de miedo que los otros volvieran y terminaran de baldarlos, pues lo estaban a puros golpes. “Maldiga Dios -decía Cortés-, tanta gente como encontramos por aquí”, y para entretener a sus hombres se desvirgaba de poeta en un romancillo. Con esto, durante la semana siguiente todo el que se apartaba de la tropa en marcha era capturado, y llevado al sacrificio, que mejor hubieran terminado en la horca; y aún así, ellos se esforzaban porque no los desmintiera la color. Les quedaban muchas pruebas y duras, pues hallábanse solos y sin los amigos, y si se descuidaban llevábales el compás en las costillas el verdugo. Así llegando a la vista de Otumba, se hallaron allí los españoles con un ejército grande de mexicanos, que si no daban en ser hombres de bien podían hacerles mucho mal. Maldiciendo su fortuna, deshaciéndose a puras uñadas, descalabrados y como pudieron, se levantaron; y ayudando a alguno, al cual por asirle de parte segura lo agarraban de las puras carnes, y aún no hallaban qué asir, según los tenía de roídos la hambre. Eran tantos los enemigos que se estorbaban unos a otros; y no obstante el estado harto desastrado de las tropas de Cortés, unos heridos y otros mancos, con algunos se abrió paso a caballo, que por poco le hacen daño en las narices con una escudilla de madera que le dieron a oler más deprisa que convenía. Llegó hasta el jefe que estaba con su estandarte desplegado, topóle y disculpóse con él. Iba el tal indio con una coraza de oro y adornado con plumas plateadas, y todos llevaban grandes plumas; y en el talle, en el habla y los meneos, hacían gran ornato de sus personas. Él, que vio ocasión, abatió el estandarte real y atravesó al portador con su lanza; y a todo esto los españoles acometían maldiciendo, hiriendo y matando. Sus amigos los



Tlaxcaltecas, bien que con lamparones, cáncer y lepra, se portaron como leones; que a las voces salieron, y aún no los podía meter en paz.

Fue la batalla en Otumba, y a Cortés parecióle irse por ser ya tarde; quedó allí demostrado que fueron aquellos españoles, y no sus armas superiores, quienes conquistaron por sus puños el imperio de los aztecas. Viéronse en mucho peligro no teniendo artillería ni pólvora, pues sólo los determinaba su audacia y la fuerza de sus brazos, y eran todos en atender a todo. Quién llevaba una muleta con una pierna liada en pellejos y trapajos, y quién no podía abrir las rodillas porque no se viera el ventanaje. ¿Y qué diré del capitán? Pues todo le puede faltar a un caballero menos el valor y la honra. Huyeron los mexicanos a la desbandada, no pudiendo los españoles tener la risa; pues, ¿qué habré de decir del modo en que contrajeron aquéllos la viruela, de lo que muchos murieron? Que por el siglo de mi agüelo nunca se viera cosa igual, que de verlos era cosa de santiguarse. Llegaron con esto los vencedores a Tlaxcala y tuvieron acogida hospitalaria y alimento; que bendecían las ollas, y al espumar hacían cruces con el cucharón. Buscaron nuevas trazas de holgarse, dándose allí descanso y curando sus heridas; preguntábanles por su salud y la de sus caballos, pues que a tener guadaña parecieran la muerte de los rocines. Iba en éstas Cortés luchando un día con el pensamiento, cuando supo que otros españoles habían marchado a la ciudad de México creyéndola ocupada por él; y errando el tiro, hallaron que los asesinaran por el camino o los capturaran para el sacrificio. Cuando lo supo quiso poner remedio y fue dañarse más; no se desanimó aunque volvieran pocos, pues quería tomar de nuevo la ciudad de México y a todos hablaba de ello, porque le parecía dificultoso en ese tiempo el andar solo. Los que allí se sometieron fueron perdonados, pues es la lisonja llave maestra que abre todas las voluntades. En las ciudades que se resistían los habitantes eran tomados como esclavos y marcados con un hierro candente, que al oírlo contar, las calamidades de los tales me enternecieron. Pues aunque se decía Cortés enemigo de violencias sin motivo, ciertos aliados saqueaban donde se quedaban cada noche, degollando y comiendo los cadáveres; y tanto se embebecían, que divertidos con esta y otras cosas se pasaban la vida. Pero en fin, se vive, y el que sabe bandearse es rey, por poco que tenga. No se contentaba con sus cosas Cortés sino solicitaba las ajenas, que es la voluntad piedra filosofal que vuelve en oro cuanto toca. Llegaron refuerzos de la costa con más caballos, soldados y muchas municiones, siendo su caudal limitado para pagarles; mas sabía el capitán español que de nada servían los caballos en la ciudad de México, por la situación que tenía, y está de ver que era buena la objeción. Cuando ya se juntaron los combatientes concibió la fantástica idea de construir una flota de trece navíos, llevados por partes a través de aquellas montañas; preguntáronle por la causa y dijo era para pasar el lago, pues era esa la dificultad, que a no haber ésta no hubiera

ninguna. Alabáronle la invención y llevaron hierro, aparejos y estopa a aquella ciudad de Tlaxcala, donde mejor se hizo de lo que él mismo pensaba. Tomaron la resina en los montes cercanos y aprovecharon los mástiles quebrados, y velas; y habían pasado unos seis meses de aquella noche triste que tuvieron, en que se vieron en tormentos muchos y muy grandes, cuando partieron hacia México. Dios es testigo de que así lo contó Bernal Díaz, el huésped de la duquesa.

Siguió el tal diciendo, que ya el sol se quería poner, cuando vieron los españoles desde el último desfiladero la ciudad ante ellos tan bien apañada, que no parecía faltaran maestros en el arte. Contemplaron desde arriba sus lagos y ciudades, y parando a dormir y a reposar aquella noche juraron no salir ninguno de allí sin victoria, y si así no fuera dejar allí sus vidas. Otro día siguiente por la mañana iban con esta determinación todos tan alegres como si fuera cosa de juego, que no podían dejar de aventurarse a estos peligros. Caminaron hasta aquella tarde, todavía por sierras y quebradas, y algunos árboles había, aunque pocos y esparcidos. Había traído Cortés de Tlaxcala un joven príncipe azteca que bautizaron allí, dándole nombre cristiano y yendo el tal alentado a conseguir alivio a sus miserias. Solía este mozo platicar con el capitán todas las tardes, y haciendo alto en algún lugar comía a su mesa, continuando las expresiones de su lenguaje con los tesoros que ambos imaginaban. A pocas leguas de camino, y a la vista de lo dificultoso del empeño, pasaron luego unos tres meses en derredor del lago preparando la campaña. Fue caer en el artificio que ocultaba la simulación del foso, pues abrieron los enemigos una compuerta viniendo una gran avalancha de agua sobre los españoles, poniendo a sus gentes a los riesgos de una desgracia que a poco no acabara con todos. Esto hicieron los de Iztapalapa, en cuyos jardines y palacios los agasajaran grandemente sólo un año atrás. Habiéndose emboscado sin que los otros los sintiesen incendiaron esta ciudad, dejándola convertida en pavesas; y a mayores acuchillaron a sus habitantes, que en las hamacas estaban muertos muchos de aquéllos. Pues los indios que Cortés llevaba consigo no pensaban más que en matar a diestro y siniestro, y el hambre y las enfermedades los tenían medio locos. Tuvo el caso bastante sentimiento, y hecho este ajuste supieron que el sucesor de Moctezuma, después de ganada la batalla que dije, había muerto de viruelas. Reinó el tal ochenta días o algo más, pero anduvo tan desgraciado y le cogió tan de repente aquella enfermedad, que hubo de pasar sin remedio su trono a un joven príncipe. Era éste tan ambicioso y valiente como él, y prevenido con tiempo de lo que había de ejecutar andaba preparado, procurando con la venganza dar alguna satisfacción al sentimiento. Había acumulado muchas provisiones de boca, reunido a sus guerreros y llevado armas a la capital; y traía todo un ajuar de hipócrita, porque no ha nacido tal artífice en el mentir, tanto que aún por descuido no decía verdad. Con su acostumbrada

vocería cayeron sobre los españoles, bien fatigados también por las molestias del camino; y así capturaron a muchos, pudiéndose salvar Hernán Cortés de milagro de la captura y sacrificio, apenas lo vieron desmontado del caballo. Todo fue gracias a la ayuda de un indio amigo, tan confuso en la oscuridad de la noche que luego no lo pudieron encontrar. Ayudólo también mucho cierto soldado español, a quien hirieron de mucha gravedad por salvar a su jefe, pues hasta el aliento le faltaba para caminar. Dejaron heridos a muchos de los nuestros, que se hubieron de retirar amedrentados, más rotos que ricos; con esto no faltó un conato de traición entre los españoles, que como no estuviera a la sazón el capitán muy bien vestido no hacían de él el caso que era justo. Hizo Cortés como que no se había disgustado y fué a su aposento, colgando al oficial a la puerta del cuartel para escarmiento de los otros; y era un fijoaligo desgraciado que por engaño había incurrido en tal delito, pequeño de cuerpo, flaco de carne y pobre. Tomóle una lista con los conspiradores, mas ocultó lo que sabía y contóles algunos embustes; y porque no le cogiesen la mentira les hizo creer que el culpable se había tragado antes de morir la relación, y dando orden de bajarlo abajo lo enterraron. Que a los soberbios así les suele acaecer, pues no solamente quedan desbaratados, mas pierden todo lo que tienen con ellos. Por su misericordia permita Dios que nuestro fin sea en gracia, y en estado que nuestras ánimas se salven. Siguiendo con lo que nos traíamos entre manos, diré que oídas estas cosas por los mensajeros, trajeron los indios a hombros todos los materiales para hacer los barcos; y diéronles las ropas del rey de Castilla que eran camisa y calzones de lienzo, capote de jerga y bonete colorado. Así recorrieron más de veinte leguas por senderos harto montañosos de Tlaxcala a Tecuzco, pues no estaban en condiciones de decir que no; y al día siguiente no había manera de despertarlos, como aquella noche no habían dormido mucho. De modo que sin necesidad de más palabras, estuvo el capitán durante seis horas viéndolos desfilar y lo examinó todo lo mejor que supo; y en éstas, unos miles de indios amigos abrían un canal que unía Tecuzco con el lago, sin preguntar qué significaba todo aquello, mas llevando tanta pesadumbre que de cuando en cuando lanzaban un profundo suspiro. A la cabecera del canal hicieron un depósito, que en toda su vida no habían visto cosa igual; y cuando todo estuvo listo, lo primero que pensó el capitán fue que el cura dijera la misa, bendiciendo a los barcos, con lo que muchos comulgaron. Ojalá hubieran podido olvidar las penalidades pasadas, y evitar las que los esperaban. Pero sus vidas habían estado tan llenas de pecados que debían purgarlos, parte en este mundo, parte en el otro. Aquí sí conocí a uno de ellos, de los que murieron, que era de muy buena fortuna y tenía informes de que era caballero muy honrado. Mas vayamos por partes, pues ya que estaban en buena situación abrieron el depósito y con mucho ruido cayó el agua al canal, poniendo a flote las trece naves que

entraron en el lago. La gente corría de un lado a otro como si se hubieran vuelto locos, oyendo la gran barahúnda que había; mas subieron luego a los barcos al son de las marchas guerreras y salvas de artillería, llenas las cabezas de mil locas ideas, con lo que los naturales tuvieron un susto de muerte. Hacía un día caluroso, pero agradable, cuando a primeros del mes de mayo lograron tener todo a punto para el asalto. Para empezar pensaron cortar el acueducto que llevaba el agua dulce a la ciudad de México, que ahora parecían haber encontrado un puerto seguro. Como el viento era bueno embistieron con los navíos, con lo que quedó la ciudad en posición muy triste y lamentable. Mas con todo esto, llevaban cuarenta días de asedio cuando dio Hernán Cortés la voz de atacar, y alguno comenzaba a cansarse. De lejos empezaron a gritar como lo suelen hacer en la guerra, y los contrarios daban muchas gritas, tirándoles flechas y varas. Quebraron con esto infinitas canoas y mataron muchos enemigos, que era la cosa del mundo más para ver; y detenían las piraguas que llevaban víveres a la ciudad, estando ésta cercada de piedra labrada a modo de gentil cantería, con piedras muy grandes y muy asentadas. No faltaba día que no trajeran presa de canoas y de muchos indios, de modo que no se resistieron mucho, pues colgábanlos de las antenas, que aquel parecía un lugar excelente. Aquella noche se quedaron allí, pasase lo que pasase, pues necesitaban descansar un poco de las fatigas que tenían, y durmieron muy sobre aviso. Estando luego asaltando la ciudad llegaron los españoles a la gran pirámide del templo, que no esperaron más formalidades; y tomando las gradas alcanzaron su cúspide, posesionándose de ella en nombre del rey de España. En dos ataques más que hicieron avanzaron por las calzadas, y empujados por el peor de los demonios que es la codicia, volvieron a sus descarríos y entraron en las casas que incendiaron; hicieron en ellas una gran matanza, cayendo en los horribles excesos de una existencia de pecado, ya que la belleza es alcahueta del vicio. Mas luego se tranquilizaban a sí mismos creyendo que se habían arrepentido sinceramente, que hay tentaciones contra las que no puede la naturaleza humana, pues son muy pocos los que están seguros de lo que harían de verse en tales extremos. Pero dejo estas consideraciones para cuando lleguemos al caso, y mientras habrá que decir que los tlaxcaltecas agitaban ante los sitiados los miembros de sus familiares y amigos, gritando: "Esta noche nos comeremos a éstos", que el dicho Bernal Díaz lo recordaba con horror.

Un golpe inesperado arruinó toda su felicidad, y fue que fallóles un ataque a la plaza del mercado y hubieron de retroceder; y Hernán Cortés se libró nuevamente de la muerte o captura gracias al mismo Olea, que aquello sería causa de su muerte, pues no pudo sobrevivir y murió en su defensa. Fue en vano que intentaran consolar al capitán, pues era el tal Olea un hombre apacible, comprensivo y de buen natural, que sentía horror por lo vano y caprichoso, y prefería llevar una existencia corriente y

moliente. Trataba a poca gente, no hacía visitas, y el vivir de este modo era un placer para él. Fueron en éstas apresados más de setenta españoles, perdiéndose el templo; que pasaba el capitán muchas horas en soledad, y lloraba al recordar lo sucedido. Un destacamento pudo presenciar cómo subían a golpes escaleras arriba varios compañeros hasta lo alto de la pirámide, y marchaban tales que apenas acertaban a entrar por ella, porque todos los verdugos habían probado la mano en sus espaldas, y algunos tan peladas las cabezas que no había más pelo en ellas que en un guijarro. Comenzaron a quejarse queriéndose levantar, y sonaban entre estas voces unos golpes de látigo; agarrábanse a los palos, hacían visajes, y dejaron a algunos diciendo: “¡Qué flacos sois!”. Con esta ayuda de costa, medio baldados, al quitar la soga en que venían ensartados se salían pegados los andrajos. En columbrando la justicia, que verdugos eran aquéllos si va a decir verdad, lo celebraron todos los indios mucho. Después que los forzaron a bailar arriba, frente al ídolo, los tendieron en la mesa de los sacrificios, con lo que se arrepentían todos de toda su vida pasada disponiéndose a morir. Mientras, el gran tambor de piel de serpiente no dejaba de redoblar, que en recordándoles el demonio, decían los españoles: “Dios nos libre y nos guarde”. Se oía a dos leguas de la ciudad, respondiendo otros con un chillido cresco. Recelando alguna pesadumbre oyeron durante diez días el tambor y su redoble, y el que oía el ruido al principio pensaba que eran truenos, y empezaba a santiguarse y a llamar a santa Bárbara. Mas era que anunciaba la matanza, y se apagaron con el agua de la triste nueva. El último a quien sacaron el corazón fue al paje de Cortés, y afligióse él tanto con ver que no podía remediarlo que apenas podía apartar los ojos de allí. Pues lo tomaron preso mientras ayudaba a su amo a subir al caballo y escapar, y así no podía por menos que mostrarse reconocido. ¡Oh, de haber durado este género de vida! No sabía Cortés qué medio seguir para vencerlos, a menos que el diablo se lo hubiera revelado; y así siguió adelante con este temor, como loco y desvariando empujado por no sé qué espíritu, igual que si el diablo lo empujara, y ni siquiera se preguntó dónde iba. Pues quería destruir la ciudad aunque fuera la más hermosa del mundo, que andaban los indios con más ánimo que nunca, y, ¿qué podría hacerse así?

Una tarde, cuando estaba en las últimas, aquella voz le dijo a oído que quemara las casas, y fue dicho y hecho. No tuvieron ánimo los naturales de echar a correr, ni siquiera de apresurar el paso, y allí empezaron a torcer dando vueltas y revueltas, yendo los españoles casa por casa destruyéndolas todas. No supieron éstos qué camino seguían ni a dónde marchaban, mas no daban un paso adelante sin dejarlo todo desolado. Descansaron un poco y luego siguieron adelante, y en resumen, que estaban bajo los efectos de una tal turbación, que empezaron a pensar en dejarlo, después de cansarse quemando y quemando. Rechazó el rey azteca las proposiciones que le

hicieron, aunque el alma se le desesperaba con el infortunio. ¡Oh, que nadie lea esta parte de mi historia sin reflexionar en lo que son las guerras! Ofrecieronle los españoles reconocerlo como rey, y a buen seguro que todos pensarán que lo aceptó, pues los tiempos de desgracia son tiempos de terribles tentaciones. Pero no lo hizo, ni aún viendo cómo se acercaban la escasez y la miseria, aunque había perdido ya gran parte de su ciudad y otra vez la pirámide. Mientras iban considerando todas estas cosas su gente moría de peste, estando sus cadáveres amontonados, y hedía tanto que por fuerza habían de taparse las narices; pues era tanto el mal olor que hubieron de marearse todos, y no querían comer. No se determinaba a consentir, y al cabo de tres meses de lucha todavía se mantenía en pie la cuarta parte de la ciudad. Esperando que se presentara la ocasión salió cuando aún no había luz del día, y la verdad es que no fue poco vergonzoso, pues era mediado el mes de agosto cuando unas piraguas quisieron huir por el lago con gran alboroto de algunos soldados. Metiólos el superior en paz y preguntó la causa de la pendencia, y cuando el capitán del bergantín, que era un hombre mordiscado de facciones y cargado de espalda hizo ademán de disparar, uno que iba en la canoa se levantó y dijo, cayendo de rodillas: “No me tires, que soy el rey de México y de esta tierra; sino que me tomes y me lleves a Malinche”. Fuera todo era temor y dentro la oscuridad, que el cielo empezaba a castigarlo en este mundo. Pero en el fondo aún tenía Cortés buenos sentimientos, aunque la guerra endureció su corazón; y preparando una habitación con alimentos le envió recado y con él unos pañizuelos, preguntando si estaba arrepentido de todos sus desvaríos pasados. No pudo el indio menos que confesar que así era, pues sentía un miedo tan espantoso que estaba su espíritu dominado por el terror. Recibió Cortés al príncipe azteca con un abrazo, y tal vez de saber lo que vendría se habría arrepentido de veras; y el rey, no sabiendo ni lo que hacía ni lo que decía, le rogó: “Señor Malinche, toma ese puñal que llevas en el cinto y márame con él”. Pero al cabo de un rato se había pasado lo peor, y Cortés respondió que porque había sido tan valiente y por defender su ciudad, le perdonaba la vida; que llevaba dentro un mal consejero, y así era tan desgraciado ahora como había sido pecador.

Aquella noche se acostaron, pero durmieron poco; pues hubo truenos y muchos relámpagos que tenían asolado medio reino. Desde que el rey fue tomado quedaron los soldados sordos, como si estuvieran en un campanario tañendo todas las campanas y de pronto dejaran de tañer; pues les enfadaba el ruido tanto con sus acostumbradas importunidades, que andaban muy afligidos. Ellos, que sabían el misterio, no hacían sino considerar a solas cómo casi era peor. Pues decían los soldados que habían oído ruido de día y de noche durante los casi cien días que estuvieron allí, con lo que en un principio se les helaba la sangre en las venas y se ponían a temblar, que daban los

indios voces y silbos, y los distinguían claramente haciendo otros ruidos; se les terminaban las lágrimas y empezaban a desesperarse, pues otros pitaban aperciendo a los que habían de clavar empalizadas, puentes o aberturas, de modo que no tardarían en quedarse sordos. Esa idea se grababa en su mente con tal intensidad, pues gritaban otros en aderezar piedras y varas para sus flechas, que les parecía a los soldados morir sin esperanza ni posibilidad de ayuda de Dios, ni de los hombres. Decían que desde los oratorios y casas malditas de los ídolos oían tambores y cornetas, y por tres meses vivieron en esta triste situación; y así de noche ni de día no dejaban de tener gran alboroto de ruidos, que algunos se preguntaban si es que no habían perdido el juicio. De tal forma que no se oían unos a otros, retorciéndose las manos y desvariando algunos; pues estaban ya tan dominados por la melancolía que la razón se les perdía entre imaginaciones y ensueños, no contando en esta situación con ninguna ayuda. Mas luego recobraron la tranquilidad, pues después de preso Guatamuz, que era el nombre del rey, cesaron los ruidos y voces; y ahora su situación era lastimosa, pues se quedaron como sordos y sólo quedaban ruinas de lo que habían sido, que los mismos temores que sintieron aumentaban su desazón. Porque, para ser sinceros, se hallaban muy abatidos presintiendo lo que iba a ocurrir, y era que si su capitán moría, ellos quedaban desamparados. Fue escasa, rala y parca en demasía la cantidad que correspondió a cada soldado; que alguno se tornó triste y melancólico, y de ahí le vino una letargia y murió, pues la puñalada de la mala suerte le había llegado el corazón. Se ponían otros a llorar y se atormentaban a sí mismos, pensando que al día siguiente iban a tener que ayunar y morir de hambre, sin hacer cuenta que era mejor estar en la cama por desnudos que no por heridos. Porque no se haga dificultoso lo que escribo, diré que alguno vendió su sepultura por no tener donde caerse muerto, que malos son los extremos de todas las cosas. Hubo quejas contra Cortés, pues nadie sabía dónde estaba el tesoro de Moctezuma, ni dónde había ido a parar por mandato de dicho señor. Dióles tanta codicia, pues tiempos hay que un real hace ciento y hace provecho de mil, que dieron tormento a los caciques para que lo dijeran, haciéndoles muchas preguntas; mas nada consiguieron, pues se hacían rogar mucho antes de dejarse convencer. Suponíase el tesoro hundido en las aguas, y esperaban con impaciencia; no sabían cuál era en verdad, pues no era solo esa la riqueza de aquella tierra, sino sus muchas minas y terrenos. Después de soñar muchos una vida de sosiego y holgura, una vez terminado el tormentoso viaje de su vida pasada pensaban que era la pobreza la peor de todas las celadas, y caer en la pobreza era ruina segura de la virtud; volviendo así a sus desvaríos, llorando y gastando lo poco que tenían.

Para aliviar un poco la situación de los naturales permitió Cortés la evacuación de la ciudad, y durante tres días con sus noches anduvieron saliendo los indios, y les daban

algunas cosas; lo cual le dejó en los bolsillos tan poco dinero que ya tenía el cuello trabajado por detrás y por los lados. Iban los tales a un destierro que no conocían, y alzaban los ojos al cielo pidiendo asistencia; que cuanto más lejos estaban del peligro más corrían, y parecía que les faltaba el suelo bajo los pies. Iban todos harto flacos y sucios, sin aliento y cansados; y así se sentaban los más flojos a los lados del camino, que hermanos, este de la hambre es serio noviciado. Marchaban hediondos y amarillos que daba pena verlos, y si vos queréis seguirme venid, y si no, cada uno a sus aventuras. En esto estaban cuando dejaron desocupado aquel lugar, donde sus reyes aztecas habían reinado tantos años; que no dieron la ciudad de gracia, sino muy a la fuerza, pues es gran trabajo traer la comida en manos ajenas. Salió el rey del calabozo diciendo que le perdonaran si no les hacía mucha compañía; y sospechando que se iban algunos vasallos salió corriendo, desarmado, detrás de su cuadrilla. Vino Cortés, metiéndolo en un aposento y empezó a decir que lo dejaba prisionero, y al fin cerrado se mató la luz. Mas se olvidaron todos los grillos y dejábanlo salir de su casa, y él dióse por enterado y añadió que no se escaparía; pues tenía una ballena por mujer y dos hijas del diablo, feas y necias y de la vida, a pesar de sus caras, y mejor se hallaba con grillos que mirándolas. En cuanto al capitán Hernán Cortés, tenía por entonces treinta y cinco años, y con estas y otras cosas comenzó a cobrar fama de travieso; pues había realizado la hazaña de tomar con un puñado de aventureros, algunos grandes bellacos mentirosos que venían aquí a decir mil mentiras, un fabuloso imperio; y todo el reino de aquellos aztecas cayó bajo su mano. Reconocieron los gobernadores comarcanos su autoridad, y en sus ciudades no tenían motivo de correr más riesgos aquellos soldados españoles, lo que les produjo grandes transportes de alegría. Fue así como aquéllos que obedecieron antes a Moctezuma lo acataban ahora a él, pareciéndoles ser un caballero muy digno; y hasta otros más alejados que jamás lo hicieran, hacíanlo ahora con éste. Mandó Cortés sus artilleros al volcán que buscaran azufre, pues quería fabricar pólvora; así fue como, contra la opinión de algunos que se estremecían como si se asustasen, determinó alzar la ciudad en el mismo lugar que ocupaba antes. Se las compuso tan bien, que hecha la traza no tuvieron más que repartir los solares entre los españoles y los indios, proyectando cada cual su casa bien amueblada; en la ciudad derruida de México se levantó una nueva, que aunque sustentábase casi del aire, andaban todos contentos. Por contra ello costó la vida de muchos trabajadores indios; y en fin, he oído decir que se hizo en el lago un puerto bien fortificado, que no era muy fácil hacerlo. Aunque no había hierro nadie se preocupaba por buscarlo, pues tenían cobre, y hallaron estaño para endurecerlo; con lo que aprovechaban la ocasión para hacer cañones con ello, y sacando pólvora de los cráteres de aquellos volcanes llevábanla allí sin dificultad. Construyeron no pocos navíos por ver si algo se ponía al alcance de su mano, y los



armaban con cañones de bronce; y muchos navíos llegaban de España, pues era el temor demasiado fuerte para desecharlo. Transportábanse por tierra a espaldas de los indios, que habían ido muy a menos; fue tan rápida la reconstrucción que no puedo dejar de decir que estuvo pronto la ciudad terminada, siendo muchos los gastos que hubieron de hacer para salir con bien, pues tantas cosas los habían dejado casi en la ruina. Seguía Cortés en la brecha y le dio título de ciudad con escudo, pues era hombre enérgico y emprendedor que decía y hacía; que debía tener más dinero que prudencia, y esto le parecía lo mejor. Siguió disfrutando lo que se dice de mucha suerte y le servían de comer en fuentes de oro y plata, que no tuvo escrúpulo en quedarse con aquello; pues aunque confesaba y comulgaba de ocho a ocho días nunca le vieron rastro ni imaginación de devolver nada ni de hacer escrúpulo, y aunque ello mucho debía ser, no debió pensar que obligaba a restitución. Marchaba rodeado de gran pompa y muchos criados, recibíanlo con mucha cortesía y lo entretenían juglares y acróbatas; y no contento con esto llevaba en su séquito dos reyes cautivos, que se escaparon de la horca por muy poco. Eran éstos Guatemoc y su primo el rey de Tecuba, que lo hacían de muy buen grado y trabajaban mucho, obedeciendo ciegamente sus instrucciones; y fue ésta una ayuda tan grande que cada vez el capitán se hacía más audaz, llegando a reunir en sus manos todos aquellos reinos.

Díjonos Bernal Díaz que había el tal Cortés por entonces enturbiado su victoria, pues sin prestar oídos a la bendita inspiración, y a despecho de todos los remordimientos de conciencia consintió que su prisionero fuera torturado. Nunca se hubiera dedicado a las artes, pero todavía más la práctica lo endureció; porque, para abreviar, fue el motivo hacer que el rey azteca declarase dónde estaba escondido el tesoro, pues no se resignaban a perder un capital tan considerable. Hallándose éste en mejores disposiciones que de ordinario, tengo que decir que si en un principio comenzó a ceder, luego no lo dijo; ni tampoco lo hallaron los españoles en las ruinas pestilentes de aquella ciudad, aunque se vieran en gran necesidad y comenzara a acuciarles la pobreza. En éstas atravesaba todo el séquito las selvas y bosques, perdidos por unos laberintos de conflictos; y en una ocasión tuvieron que construir los tales un puente flotante hecho con mil troncos de árboles, de cincuenta pies de largo cada uno, pues eran en esto tan hábiles que ninguno los igualaba. Diezmaban a aquellos naturales las epidemias de viruelas, y hacía Cortés como que no oía nada; era el modo de vida que llevaban tan duro, por la gran miseria que siguió a la guerra, que agotó sus escudillas. Por lo que pronto estuvieron reducidos a menos de la mitad, parece ser más o menos; hacían repartimientos dando indios a los capitanes, y haciendo esto sacaban un gran fajo de papeles y lo extendían delante, diciendo que todo estaba muy claro. Aunque no fuera muy escrupuloso lo hacían contra la voluntad de Cortés, y así acababan con las

tribus y aldeas, teniéndolos por prisioneros y como hechizados, como si estuvieran en las garras del diablo. Pues aunque todas las leyes de Indias son santísimas, es rarísima la que se guarda, y ríndense los españoles a las tentaciones de sus pecados. Como ya creo que he dicho y repetido era don Carlos emperador de las Españas cuando esto sucedía, pues corría el año veintitrés de nuestro siglo; sino que cada vez los españoles querían ganar más, resueltos a seguir adelante en su camino de perdición, lo que tenía al emperador muy inquieto. Nombró a Cortés gobernador de México y capitán general, confiando en que su experiencia lo hiciera obrar con más cautela que antes, pues sus desgracias le hubieran servido de escarmiento. Tuvieron una o dos aventuras más, y tras esto durante bastante tiempo hubo calma. Sin embargo, durante un descanso en cierta aldea india tomaron precauciones, siendo Guatemoc y el rey de Tacuba acusados de conspirar, de modo que entonces decidieron ahorcarlos. La verdad es que lo hicieron por orden de Cortés, diciendo muchos que era aquella sentencia injusta. Los dos fueron perseguidos y cogidos y ambos ahorcados, que eran reincidentes; en resumen, que según se dijo robaron juntos, durmieron juntos, juntos los ahorcaron. Lamentaron muchos muy sinceramente su muerte, pues el ejército la desaprobó y nadie osaba defender al capitán; esto le hizo ser más cauteloso, y empezó a pensar que debía abandonar aquella vida de inquietudes. Al otro día se partió de allí, por harto áspero camino de sierras y montes, sin detenerse más tiempo que el que es necesario; en cuyo viaje fueron imponderables los trabajos, pues los molestaron de continuo sin permitir lugar para el reposo. Vencidos al fin los embarazos a fuerza de constancia, con las buenas esperanzas que prometían los favorables principios, embarcóse Cortés hacia España.

\*\*\*

En todo este tiempo que pasamos en el relato nadie pestañeaba, pues fuera imposible escapar ninguno a estas cosas que eran para oír y contarse. Muchas veces me acuerdo, cuando algunas de estas desventuras oigo, de mis peligros en la mar; y como no faltan cosas muy grandes de escribir decidí como quiso la duquesa hacerlas de presente en castellano, obra, ya lo conozco, para mejor ingenio y lengua que la mía. Tanto gustó la duquesa de las extrañas maneras de vivir del capitán, que hizo grandes elogios de la historia y le rogó que le contase cómo y con quiénes había llegado allí, y llevólo con ella diciendo que la complacía mucho que cenase a su mesa. Yo me volví de espaldas y pedí licencia para retirarme, sonaron las campanas y vinieron unos músicos a tocar, y un poeta comenzó a recitar unos versos que tenían más jornadas que el camino de Jerusalén. Después de cenar dimos un paseo, y yo que llevaba mis papeles se los mostré al huésped. Preguntéle si los daba por buenos, y él me dijo que no; pues visto y leído este capítulo, él que lo leyó se enojó tanto y con tales palabras y

razones, que según dijo no se podía dar licencia para imprimirlo, sopena de perdimiento de los libros y moldes y otras penas, so incurrimiento de su ira e indignación, pues sólo de pensarlo se horrorizaba mucho. Yo no porfié demasiado, pues no era yo tan escrupuloso, y volví a guardarlos en la bolsa; díjele que lo había hecho de esta suerte, pues suele divertirse más el cuerdo con los descuidos maliciosos de Marcial que con las sentencias de Séneca, y que había hecho éste como capa de pobre, de remiendos, y que el daño no había estado sino en lo mal zurcido. Al tiempo, le dije por galantería y por dar lugar a que se repusiera que era posible tuviera razón, y fuera empero lo que quisiera, mas todo esto era para disimular. Metió mi observación paz en la brega, y hechos amigos nos fuimos cada uno a acostar, rezando yo lo mejor que supe para que Dios me asistiera, aunque no tenía gran confianza en mis oraciones. Luego pensé: "Soy un ser abominable", y después de hacerme estas reflexiones me dormí. Dormimos aquella noche y nada vino a turbarnos, pues teníamos tanto sueño que seguimos en la cama casi hasta el mediodía. Roguéle yo luego que hiciera lo posible por volver, y lo mismo hizo la duquesa, y él prometió hacerlo en mejor ocasión; pues dijo hallarse lleno de obligaciones al favor que había recibido de ella. Apenas oyó esto, cuando alargando la mano la duquesa buscóle las suyas y le entregó un talego; y como sus palmas estaban hechas a llevar semejantes dátiles, cerrólas el huésped con lo dicho; diciendo que quedaba ufano, considerando el general gusto que con él habían tenido todos, y quedaba humilde criado de su excelencia, que disimulaba a los malos y premiaba a los buenos. Saludóla ella a su manera, y tras ella salió un esclavo que bien se le podía sufrir el ser bellaquillo por la fidelidad; y con tanto se fueron y quedéme, y esa es la verdad.

Al lado de los duques viví con el mejor de los sosiegos, hasta que una singular coincidencia me aguló la alegría; y fue que el diablo, que como ya he dicho es el que tiende todas las celadas, hizo que ambos se me fueran casi al mismo tiempo. Fue rematada suerte para mí el que las cosas ocurrieran de esta guisa, pues quedé fuera de su servicio. Así fue como éste que lo es fue pasando a segundas poco a poco, viviendo de lo que me quedaba de mi hacienda. Cenaba poco y almorzaba menos, y eran unas migajas; depositaba las sobras que tenía debajo de la cama y se las comían los ratones, y como el dinero ha dado en mandarlo todo tenía algunas cosillas que podían valerle, y sólo el don me quedaba por vender. Dí, para acreditarme de rico que lo disimulaba, en echar muchos humos y dejarme los bigotes buídos a lo cuerno. Era susto de los banquetes y polilla de los bodegones, cáncer de las ollas y convidado por fuerza. "¡Oh, qué bien güele!", decía, y diciendo esto tomaba el cuchillo y cortaba bocaditos. En varias ocasiones, para acreditarme, hablaba en voz lo bastante recia para que me oyeran no solamente matemática, mas teología y medicina; así un día volvió a tentarme el mismo impulso pecador, y fue esta la razón principal por la que volví a las andadas. "Señor, no

me des pobreza, no sea que robe”, suplicaba, y diciendo esto me ponía a pasar las cuentas de un rosario, que más podía llamarse decenario por las muchas que le faltaban. Recuerdo que un día, caprichoso de mi antigua vida, pensé sacar dinero a las mujeres; pero estaban mis encantos ya muy marchitos y los favores eran todos toques, nunca llegaban a cabeas. Desesperado de no hallar rastro de dinero ni cosa que lo valiera, fuíme a la falda del puerto. Holgaba yo de hablar, porque los días que estamos en ayuno no se ha de hablar con alguna persona, cuando vi por allí a uno de los capitanes que llevaba un nao. Aseguráme que era la persona adecuada; yo que vi que había bebido mucho, pues que los tales piensan que si no dan vaharadas no parecen valientes, y creyendo que tuviera dinero fuíme hacia él, y mi propia necesidad acalló mis reflexiones. Tenía un ojo medio acostado y el otro nadando en aguardiente, y con lo bebido pensé que fuera fácil librarlo del peso de su bolsa. Era la primera vez que yo tomaba la confianza en mucho tiempo, y andaba inexperto en el oficio. Pero si hubiera sabido lo por venir tal vez no lo hiciera, pues no tuve tiempo de llegar muy lejos, que el tal echó de ver la burla y empezó a pegar voces. “¡Al ladrón, al ladrón!”. Oyéronle esto, y en llegando empezó a decir que lo habían robado, y creyeron que fuera así; y el resto no pude oírlo, pues iba huido de un racimo de uvas que entonces era él. Una o dos veces pregunté qué pasaba, y qué era aquello. Quisiéronme prender, y así lo hicieran si no fuera porque toparon con un mozo tuerto, alto, mohíno de cara, cargado de espaldas y de azotes en ellas. Decíase soldado y lo había sido, pero malo y en partes quietas, y en falsificando ciertos pagarés ponía la firma de quien le parecía. No levantaba el susodicho los ojos a las mujeres, pero las faldas sí; el propio capitán hizo de guía, y corridos de la afrenta fueron tras él. Prendiólo el capitán con sus propias manos, sujetáronlo, y requiriéndolo respondió como espantado: “¿Justicia?”. Y le dijeron: “Sí”. Y alcanzándole un paquete que llevaba sacaron un estuche bien envuelto, y dentro del cofrecillo un frasco. Abriéronlo, y preguntando qué fuese, dijo él que un bebedizo que llamaba Herodes, porque con él mataba a los niños en las barrigas. Nunca lo dijera, porque le dieron dos libras de porrazos y quitándole el frasco le reprendieron que no jurase tanto, a lo cual dijo cosas peores, más legitimado en su soberbia, que no quería acabar en la horca. “Vos lo habéis dicho”, le dijeron, y lo conminaron que viniese con ellos. Había confesado éste, y era tan maldito que jamás se hallaba verdad en su boca. Acababa de salir del calabozo, y hecha esta justicia por el más extraordinario camino del mundo volvió a él, para caer por reincidente en la horca, que con ella matan a todos los que no se aprovechan de los sermones. Mirábalo yo todo, echado fuera de la negociación, y una vez dispersado el gentío aproveché la ocasión para dar media vuelta; y aunque los beneficios no fueron muchos, quedé no poco remediado. Dormí mal aquella noche, y como entre sueños me revolcase madrugué, y sin saber lo que hacía

ni por qué, supe dónde alquilaban caballos y espeté en uno. Porque no me conocieran plantéme un parche en un ojo y di con mi cuerpo en el muelle, y jugando con el decenario me fui hacia el segundo de la nao por enterarme de lo que había sucedido, en qué había parado el ladrón y cómo estaba, y lo que había de las naos. Díjome que estaba muy mal, pues le habían dado dos docenas de azotes por dar muestras de insubordinación, y de seguro lo ahorcarían. Esto dijimos mientras venía el capitán; y hechas las diligencias, y como estaba próximo el estío, decidí emprender un nuevo viaje tantas veces demorado, que así lo deseé siempre en el fondo de mi alma. Muchos amigos tuve cuando próspero, cuando faltaron dineros faltaron ellos; y si yo hubiera sido más joven tal vez me hubiera dedicado a bachiller en artes, pero en esto faltaba la experiencia, y ya no había que pensar en aquello. Así lo vi, que ya no era hora de considerar aquella clase de vida. Fue por lo que decidí pasar a las Indias, pues pensé que allí la vida costaría muy poco; aparte de que, presto a cumplir los cuarenta, pocas cosas podía hacer en Sevilla. Con esto empecé de nuevo a vivir y los remordimientos desaparecieron, pensando que la verdad es que tenía aquel soldado mucho miedo, y tal vez se alegró mucho de que lo ahorcaran. Esto me alentaba a seguir adelante y hallé, gracias a Dios, que me había escurrido hasta la edad que entonces tenía sin recibir más burlas ni tropelías de la salud que las naturales; esto era así, por fortuna mía, y con esto paso a otra parte de mi vida, tan distinta de las anteriores como nadie pueda suponer.

FIN DEL LIBROCUARTO



## LIBRO QUINTO: LA NOCHE.

### PERÚ

Opinión fue y tema de muchos y grandes filósofos que había muchos mundos, y así parecerá vanidad querer situar la grandeza de la tierra. Sabíase que cuando Núñez de Balboa descubrió el mar del Sur tuvo entonces noticia de un gran imperio rico que había más allá de ese mar. La propuesta andaba puesta en razón, y fue entonces cuando apareció un tal Francisco Pizarro dispuesto a correr muchos riesgos, y al que llamaban el teniente de Levante. Cierto que en estas aventuras no era novato, pues arribó a las Indias a primeros del siglo, de forma que ganó fama de valiente y aprendió como nadie el arte de la guerra indiana. Para abreviar, diremos que se hablaba en las islas descubiertas de un gran imperio hacia el sur, presentándose ahora buena ocasión de hallarlo; pues según decían andaban por allá los incas que tenían grandísimos tesoros en oro y plata, y comprendían aquellos reinos más de dos mil millas de norte a sur. Para que se comprenda mejor, estaba el dicho reino a la parte oeste de una inmensa cordillera que llamaban los Andes, y la verdad es que habían oído hablar mucho de estas maravillas, mas nadie las había visto, con lo que el dicho teniente se entusiasmaba tanto que no podía detenerse. Creíase la corte de estos incas harto lucida, y era fácil de suponer, pues que todos los utensilios de la casa real decían ser de oro, y no era oro de jeringas. Llevaba aquel rey una vida inútil y sin provecho, teniendo su palacio grandísimos jardines; y no tardaron en enterarse de que allí imitaban toda clase de frutas y plantas con piedras preciosas, que parecía cosa de cuento. Nadie podía estarse delante del rey sin descubrirse la cabeza, y menos con calzado; y después de todos estos cumplimientos, tenían sus allegados y parientes que cargarse grandes pesos a la espalda aunque fueran hombres de honor. Hablábese de un templo que llamaban Casa del Sol, y podría llenar todo el resto de esta historia hablando de aquellas riquezas; no necesito decir más que las paredes estaban hechas con bloques

grandísimos de piedra, todos revestidos con hoja de oro y tachonados de muchas joyas, que todo el que oía estas ponderaciones quedaba confuso al oír esto. Debo advertir que a un extremo tenía aquel rey en su estancia la imagen del Sol, que era su dios, y apenas resulta posible imaginar aquella piedra que era un enorme círculo de oro; y sin embargo la verdad era ésta, que nadie lo había visto hasta la fecha. Llevaba la estirpe de estos reyes cuatro siglos reinando en el país, que al verlos quedaban los suyos como heridos por un rayo, pues los adoraban como a cosa divina. No tenía el rey miedo, nada lo afligía; había en aquel reino infinidad de carreteras y caminos cruzando los barrancos, que era dura condición de aquella tierra, teniendo sobre éstos y los ríos muchos puentes colgantes que no sin grandes dificultades hicieron. Tallaban grandes escalones para subir a las alturas, que ello entorpecía grandemente la marcha, pues había por allí grandes rocas y las dificultades parecían insuperables.

Oí también, aunque muy vagamente, que hablaban aquéllos una lengua que llamaban quechúa; y después de estas consideraciones supe que no hacían sus cuentas con letras ni números como nosotros, mas haciendo nudos en cordones; pues no teniendo escritura ninguna, no hallaban en esto ninguna dificultad. Para llevar a cabo lo que se proponían tenían utensilios de cobre, no conociendo el hierro, al igual que sucediera a los de México. Sus asuntos iban, pues, viento en popa aunque con ciertas faltas; pues tampoco conocían la rueda, y dicho sea de paso usaban ciertos animales no conocidos en España, y que llamaban llamas. Pero sigo con mi historia, pues esto puede parecer incongruente y ajeno a la materia de este libro. Como ya dije antes, pasado el primer susto y huyendo del ruido y el vocerío de la prisión, volví a mi antiguo oficio por temor. Pero no estaba arrepentido, aunque no había pecado que antes no cometiera; y hallándome endurecido de este modo, con aquella empedernida disposición de ánimo me embarqué. ¡Señor! ¿Qué iba a ser de mí? Pues entonces tenía la seguridad de que nunca volvería a mi tierra, y uno de los mayores peligros que me amenazaban era morir viejo y solo en aquellas tierras de las Indias. Para hacer un breve resumen de la historia diré que los vientos nos fueron favorables, y que después de algunas aventuras también en esta ocasión me salvaron mis precauciones; pues una vez que el hombre se ha encallecido en el pecado no le conmueve ningún sucedido, ni le sirve de aviso ningún ejemplo. Habíamos pasado en la mar muchas semanas, y aunque las cosas me fueron bien, aún tenía que pasar otras muchas aflicciones; mas tenía esperanzas de poder sacar algo de allí, pues contaba con enrolarme en cuanto llegara y tracé mi plan por mí mismo, con la única intención de poder allegar riquezas que me permitieran pasar con holgura la vejez. Por lo que se refiere a aquellos indios, tenían según me dijeron muchas armas, lo que me dio qué pensar; que usaban al parecer hachas de cobre y mazas con clavos del mismo metal, y así arremetían contra



los enemigos. Otros teníanlas de plata, que eran tales las de los más nobles, muriendo muchos a sus manos. Yo bien sabía que esto era verdad, pues muchos lo dijeron; y que usaban el lazo y la voleadora, defendiéndose con escudos, con lo que sentí grandes temores. Hizo el capitán que tomara nota de esto y lo pusiera todo por escrito con mucho detalle, pues llegó a su oído mi buena disposición para las letras, y que había yo pasado en las Indias y en aquellos mares combates difíciles y desesperados; y aunque en un principio tuve diversos flujos y reflujos de temores de que me conociera no fue así, y pude en aquel viaje llevar una existencia tranquila y digna. Mostróme las cicatrices de varias heridas, y yo insistí en atenderlo con todo interés, con tales muestras de ternura y afecto que aunque mis ropas eran pobres y ordinarias estaba él muy contento en mi compañía. Yo ya me había agenciado pluma, tinta y papel, y al oír todas estas cosas me apresuraba a ponerlas escritas y terminar un libro; que si bien estuviera manuscrito, la encuadernación fuera curiosa. Así fue como me libré por esta vez de morir en la horca, ya puesto a cambiar de situación, y he de decir que escapé por muy poco, ya que era en muchas cosas reincidente.

De modo que acepté hacer la crónica de todas las cosas que pasaran y de todos los hechos que acontecieran. Supe por entonces que habitaban los tales incas en la meseta llamada Andina, a gran altura, pues tenía más de diez mil pies sobre el nivel de la mar; y era casi imposible llegar hasta ellos, pues como ya he apuntado más arriba era preciso subir la cordillera que corría paralela al océano, quedando allí la gente desorientada. Supe que habían dejado los antecesores de los incas muy antiguas ruinas, y de ello me enteré por algunos esclavos indios; y que se hallaban algunas al pie de cumbres horrorosas, a más de veinte mil pies de altura. Más tarde supe por casualidad, que bajaron los incas con todos sus ejércitos de la altiplanicie hacia la costa; con tan buena mano que sometieron a las tribus que hallaron, quedando más empedernidos y audaces que nunca, hasta tal punto sonrióles la fortuna. Refirieronme estas andanzas, diciendo que eran gentes aquéllas harto respetuosas de las leyes, y muy industriosas. Vivían ordenadamente sin luchas entre ellos, y dejo de contar, pues quizá se considere que es perder el tiempo hacer una relación completa de lo que entonces supe. Vuelvo a mi caso, y es que era el tal Francisco Pizarro hombre de razonables galas, de harto vigorosa contextura, y con decisión y valor; y con el tiempo sería tan grande en todo como el capitán Hernán Cortés, si no lo fuera más, pues era éste más paciente y humano, tratando regaladamente a los suyos. Era extremeño, por haber nacido en Trujillo de Cáceres; decíanlo hijo legítimo de un pobre caballero y capitán, y era su madre labradora, a quien luego sus padres enviaron a un convento. Llevaron el niño a casa de su abuelo paterno que era regidor, donde fue pastor y guardaba los cerdos. Maquinaban unos que había huido de su casa y hogar, pues

espantándolos las moscas perdió no pocos de aquellos animales; y siendo campesino como era no sabía leer, ni lo supo nunca, aunque tampoco lo necesitara. En vista de todo lo cual tuvo ciertas aventuras con no mal éxito, partiendo a los dieciocho de su edad a tierra de Nápoles con las tropas del Gran Capitán. Cuando frisaba en veinticinco salió para las Indias, yendo con Balboa a descubrir el mar del Sur. Por esta época ocurrió, que sirviendo después a Pedrarias hubo de arrestar a Balboa, y quedó de ello tan conmovido que apenas pudo contener las lágrimas, pues lo llevó esto a su proceso y ejecución; en vista de todo lo cual, y al producirse la desgracia, abandonó a Pedrarias por pensarlo cruel, implacable y despiadado. Al cabo de un tiempo más o menos largo se afincó en la ciudad de Panamá, haciéndose vecino della. Hízose encomendero y ganadero, y dio la gran casualidad que allí amistó grandemente con un tal llamado Diego de Almagro, con tan pocas letras como él, pues eran sus padres labradores en cierto lugar de Castilla. La cosa había sido asaz murmurada entre pilotos, y así por consiguiente, de todas estas cosas puedo dar seguridad; y era cosa de maravilla ver la hermandad y obediencia y diligencia que había entre ellos, pues se trataban y ayudaban como si fueran de un mismo padre, que no lo sabré encarecer en el grado que todos lo encomiaban. Supe cómo había pasado Almagro a las Indias, y fue que habiendo marchado a la corte en España donde fue a servir, en una contienda de muchachos tuvo tan mala suerte que hirió a uno de ellos; juzgó que era prudente marchar porque no lo arrestaran, y así partió de este asiento y no se detuvo más, pues aunque era tan largo y peligroso viaje, después de lo que había sucedido corría gran riesgo. Estando en las Indias pasóse al Darién, donde sirvió como pobre soldado hasta que dio en Panamá con Francisco Pizarro. Era el tal Almagro hombre pequeño, nada hermoso, aunque gran camarada y de mucho valor; andaba un día y otro más que los mismos indios y nunca se cansaba, aunque fueran sus pasos por terrenos de mucha dificultad. Quién lo quería por su agrado, y quién por haber hecho hasta entonces honor a sus palabras; que era en verdad harto simpático y parecíalo mucho, siendo grande su generosidad, A estos dos soldados que digo unióse un amigo de ambos que era cura, llamándose Fernando de Luque. Había sido maestro de escuela en la catedral y amigo de Pedrarias, por ende dueño de muy buenos y muchos indios, con una casa tan grande que tenía, que cabían todos muy a placer en ella. Bien conozco que he tomado materia entre manos que requiere más reposo y habilidad que en mí haya para escribir estas grandes cosas, tan al propio y por tal estilo que sean al menos comprendidas sin grandes trabajos. Pues las cosas grandes en estilo elegante es juguete de niños, y poderlas explicar llana y claramente es oficio de sabios. Pues, como dice la Escritura, sólo Dios es el que da boca y sapiencia a los hombres, y así, contra nuestra voluntad pasaremos adelante. Siguiendo con lo nuestro diré que hablóse mucho durante nueve años de los reinos del

Sur, desde el descubrimiento de Balboa, haciéndose lenguas de aquella provincia que llamaban los indios Birú y de las grandes riquezas de sus reyes. Yo no había dicho aún dónde era mi intención ir, lo cual hacía porque me recelaba de algunos compañeros, porque aún no tenía ninguna seguridad dellos. Estuve dando vueltas durante un buen tiempo, con mi botín muy menguado, y esto lo hice porque sabía que determinaban los tres socios hallar y conquistar aquellas tierras, aunque tanto Pizarro como Almagro habían pasado de los cincuenta, y esto me desalentó; que andaba yo cercano a los cuarenta años de mi edad, y aún así me sentía un tanto laxo por el mucho tiempo que llevaba sin ejercitar músculos ni coyunturas, siendo ellos mayores y más viejos. Mas, aburrido de no poner en nada la cabeza y el corazón, decidí acompañarlos, y así pasé adelante como luego diré.

Pensaron dejar al tal Luque en Panamá guardando sus cosas, y en una palabra, no conformándose con lo que habían ganado con su esfuerzo y muchos sufrimientos que tuvieron, dispusieron a partir. Dióles licencia Pedrarias y doscientas libras en barras de oro, y aunque no es del caso entrar aquí en detalles, renovaron en tierra provisiones y un notario les redactó un contrato para mayor seguridad; con lo que todas las ganancias se repartían en tres partes iguales, y quedó su situación harto acomodada. Se acercaba el momento en que debía cumplirse mi propósito y llenaban mi mente mil pensamientos confusos, pues aún dudaba qué partido tomar. Esto me tuvo ocupado noche y día, y en medio de estas dudas seguí un tiempo; pues que en mis condiciones era la carga demasiado pesada, y sirva de instrucción, provecho, lección y aviso a todos los lectores. Llamaban en la ciudad al cura Fernando el Loco y se burlaban de las grandes ganancias que esperaba, pues según decían tenía cabeza de chorlito por haberse metido en tales aventuras, y gastado en ellas sus dineros. Esto me inquietó mucho, y me sentía tan perdido y desorientado que llegué a pensar fuera más barato morir en la horca, poniendo fin a las desdichas de la vida presente; y más, que el pésimo tiempo que hacía nos retuvo allí por unos días, sumiéndome en tal confusión que quedé como perturbado. Era la estación lluviosa y los tiempos contrarios, pues íbamos por mar y sin ver apenas para poder navegar. Mas al cabo de unos quince días mejoró el tiempo, saliendo Pizarro con un solo navío y unos cien hombres que lo acompañábamos con muchos servidores indios; y por razones que no supe discernir, seguíanos Almagro en otro barco. De esta forma llegamos sanos y salvos a la costa, y saltamos a tierra; mas tanto pasamos luego de hambre y enfermedades que alguno no llevaba fuerzas para sobrellevar el peso. El lector ya puede imaginar, y podría dar ejemplos muy notables de esto que digo, que más de treinta de los nuestros murieron; pues perdidos todos los recursos, era el tiempo desapacible y el camino largo. Parecía imposible dar un paso más, y yo había pasado la edad en que se pueden sufrir tales

cosas; pues andábamos por manglares que era tierra malsana, y los trabajos que pasamos serían largos de contar. Cierto está, amigos y compañeros míos, que eran aquellos lugares inhóspitos y muchas las quejas, pues andábamos casi desnudos y muertos de hambre; y como las casas fueran tan desabrigadas, comenzó a morir mucha gente.

Derramóse sangre de muchos naturales en la toma de dicho lugar, que heridos fueron muchos y cautivos quedaron pocos; hallábamos por doquier selvas y fango, sin que faltaran los indios salvajes y fieras y padeciéramos muchas clases de fiebres. Acosábannos los mosquitos más que lo hicieran en toda mi vida, siendo una crueldad que no necesito describir, pues nos comían en vida, de forma que teníamos que cubrir con tierra nuestras carnes en este viaje malaventurado. Y si por mar no hubimos peligro lo tuvimos por tierra, por causa de las grandes ciénagas y lagunas que había. Hallamos un poblado donde entramos resueltamente, mas volvimos cansados y con las manos vacías. Hubimos de llamarlo Pueblo Quemado, viendo allí tales cosas de horror que no podría describirlas; era de ver, teniendo en cuenta que habíamos escapado por tan poco y teniendo tal escarmiento ante los ojos. Apenas salimos de éste cuando entramos en otro, y lo llamemos Puerto del Hambre; pues murieron allí muchos hombres, y andaban otros fuera de juicio, corriendo como locos. El terrible ejemplo me asustó, pues era algo que no entraba en mis planes; mas consolándome lo mejor que pude, traté de echar la plática a otras cosas. En cuanto a volver por la mar era imposible, pues no se podía nada contra el viento, sin que pudiéramos llegar más allá de cien leguas; y a los que buscaban alimento por tierra les salía el revés, que se embarraban en los pantanos y no se había visto cosa tan atroz en la vida. Yo, confieso la verdad, fui de los que se adentraron a explorar el terreno; pero abrí los ojos en oyendo que había culebras y me volví en cuanto pude, aprovechando una oportunidad. No hacía mucho tiempo que estábamos allí, cuando recibió Pizarro siete heridas luchando con los naturales, que llegó a caer en las manos de aquellos salvajes; mas con todo pudo librarse, quedando enfermo y todavía herido de peligro. Fue gracias a su suerte y gran habilidad, pues dijo el cirujano no ser mortales las heridas. Oímos esto con gran satisfacción, que tenía que ser hombre muy avisado para impedir que lo mataran; y aguardando a Almagro que no llegaba dijo el capitán de irse, diciendo nosotros que de mil amores, que teníamos aquí poco trabajo, y menos de qué vivir. Así salimos forzados por el hambre, y llegando a Panamá supimos que había salido Almagro tres meses más tarde que nosotros; y estuvo a punto de terminar de un modo desastroso, pues para abreviar esta sombría historia diré que había reclutado sus soldados entre vagabundos de la ciudad, y dando en la costa había hallado un horrible lugar. Era allí el hedor innumerable, y la suciedad, teniendo que sufrir el ruido infernal y los gritos, entre juramentos y clamores; fueron tales

las escenas que allí presenciaron, que creían ser aquello el infierno o la antesala dél; y habiendo perdido Almagro un ojo en la batalla con aquellos indios, estaba ahora con lo cual más feo y desgraciado de lo que antes había sido.

Me reproché a mí mismo haber desoído las voces de la prudencia, pues gastamos lo que teníamos, menos las ganas de salir triunfantes de la empresa. Considerando la situación y pidiendo prestado lograron nuestros capitanes juntar de nuevo caballos, más hombres y un par de naves con que pudiéramos costear el litoral. Pedimos aguardiente y lo bebimos a nuestra salud, y en resumen, salimos de nuevo. Con frecuencia nos vimos en hartos peligros, mas hallamos por esta vez en el camino pueblos, y tierras muy bien cultivadas; tuvimos noticia de muchos adornos en oro, viendo gentes vestidas con lanas muy finas con muchos bordados, y teñidas de lindos colores. No obstante tuvimos luchas con los indios, que aún ahora que el peligro ha pasado, solamente de pensarlo todavía me estremezco; pues era el lugar desconocido, y muchos de los nuestros murieron sin ninguna relación ni amistad en aquella parte del mundo. Mas la mano de la Providencia, que obraba tales portentos para mí, hizo que los indios se espantaran viendo que el hombre y el caballo se partían en dos; y en tanto que a ellos los dejaba tal cosa muy abatidos, yo no podía expresar mi alegría. Hubimos de volver a Panamá, y estaba el mar agitado; allí nuestra segunda vuelta no causó más que indignación, pues a lo largo de la infinita variedad de sucesos alcanzaron muerte miserable muchos hombres, y en una palabra, ninguno habíamos traído ni ganado nada; yo sigo con mi historia, y fue que quisieron algunos desistir. Pero Pizarro, que era hombre de muchas agallas por no hablar mal, levantó las dos manos al cielo diciendo: “Seguiré en la empresa, con la ayuda de Dios”. Diciendo esto y bajando las manos trazó una raya en la arena, con lo que nos dejó maravillados, y en éstas añadió: “Por aquí se va a Panamá, donde seremos pobres, y por aquí al Perú, donde todos seremos ricos; y ahora, escoja cada cual lo que quisiera”. Podría escribir una historia aún más larga que ésta, que ya va siéndolo en demasía, y sólo diré que los que quisimos proseguir adelante pasamos al otro lado de la raya. Su corazón se llenó de gratitud hacia nosotros, que éramos trece, y esto diciendo y haciendo marchamos con nuestro jefe y capitán; y esta es la razón de que fuéramos adelante en la empresa, mas no puede decirse que éste nuestro cargamento llegase sin dificultades y en buen estado. Fuimos en una balsa a la isla Gorgona, donde aguardamos medio año o más; que después de los muchos peligros de que habíamos escapado, pensamos terminar allí. Mis cimientos eran ya de poca solidez y veía la muerte en todas partes, y más que con muchas lluvias torrenciales que había, pasamos muchas noches sin dormir; reflexionaba yo sobre mi vida pasada y preparábame a lo que ocurriera, mas llegó Almagro con las provisiones y víveres y terminó nuestra aflicción. Llevaba reclutas, pues nadie había querido venir de por sí

pensando en malos espíritus y en demonios; y a esto siguió un confuso clamor en la ciudad, considerando el destino de aquellos pobres seres que íbamos a morir. Otros daban grandes voces y les deseaban buen viaje, o juraban y maldecían a los que los habían mandado. Pero vuelvo a mi caso, y fue que marchamos derechamente a una ciudad que llamaban Túmbez; y apenas terminamos de llegar cuando sus habitantes se congregaron en la plaza por vernos, sin poder expresar lo que sentían, pues creían también que llegábamos del cielo en un castillo flotante. Un artillero de los nuestros, que era hombre muy grande y fornido, saltó el primero a tierra; quedáronse sin habla como si estuvieran mudos, pues llevaba la armadura y una cruz, y no les quedaron más ánimos ni más palabras que decir. Y como le azuzaran a un león y a un tigre, que decían ellos en su lengua puma y jaguar, los amansó con muy pocas palabras aunque muy razonables, y sin necesidad de que lo explique jugaron con él y recibieron con harto placer sus caricias. Por lo que todos los indios quedaron muy asombrados como alguien que ha perdido la razón, retorciéndose las manos y en la mayor turbación que puede imaginarse.

Cuando el tal volvió al barco con nosotros, informónos que había grandes edificios en aquella ciudad; baste decir que vivían los indios aquéllos en casas de piedra, con buenos mercados y hermosos vestidos. Así es que, como tenían tantas defensas, nos resistirían fuertemente. A mediodía entramos, comenzando ellos luego a gritar y a pelear con nosotros; vimos que había por allá mucho oro y plata y hermosas artes, y sacando algún despojo de aquellos enemigos, como fue tiempo salimos. Dando conclusión a esto diré que los mandaba un rico señor; y plugo a Dios que fuimos vencedores, con lo que hubimos grandísimo placer. Visitamos otros lugares, y en todos hallábamos riquezas; y acabada esta jornada que importaba mucho, llegamos al noveno grado al sur del ecuador. Era sin comparación la aspereza de aquel lugar, con lo que estábamos deseosos de volver y así lo dijimos, porque con pies y manos no nos podíamos tener. Pusimos la proa al norte y llegamos a Panamá tras dieciocho meses en el mar, lo uno por descansar de todos los trabajos de las guerras pasadas, y principalmente porque sabía el capitán que redundaba en el servicio de nuestro emperador. En fin, en ninguna manera podríamos pasar de aquí sin decir que entre éstos hubo alguna diferencia; y se decidió que Pizarro marcharía a España a recabar ayuda de don Carlos, con lo cual le encargaron mucho que se diera prisa, y tomó su camino. Hacía veinte años que salió, llevando ahora indios, oro y muchos tejidos; había mucha gente aguardando, y en Toledo dicen lo recibió el emperador oyendo sus narraciones con mucho agrado, con tanta alegría y regocijo como si fuera su propio hermano. Mas acaeció un caso, y fue que tuvo que ausentarse don Carlos para ir a Bolonia; con lo que fue la emperatriz doña Isabel quien firmó con Pizarro el documento, y no podré significar la mucha alegría que

recibía el capitán con dicha capitulación, viendo la extrema necesidad en que estaba. Corría el año veintinueve, y esta señora se mostró muy amiga, y son cosas que es bien que se sepan; pues el propio documento transformó a los trece que pasamos la raya, que fue una cosa bien maravillosa de ver, pues de ser un puñado de aventureros de mala muerte y peor vida, nos hallamos aunque trabajosos en enviados del emperador. Pues proveído esto, fuimos transformados en hidalgos.

Fue mucha alegría que toda la gente tuvo; a Diego de Almagro le dieron la tenencia de la fortaleza que halláramos en Túmbez, siendo amparadas sus pensiones y haciendas con renta anual de trescientos mil maravedís, más o menos. Con esto quedó muy seguro y contento, y después de pasar con tanto trabajo pudo reconocer a un hijo que tenía llamado Diego, que lo hubo con una india de Panamá. Dieron al tal Fernando de Luque el recién estrenado obispado de Túmbez, así para la seguridad de su persona como para la salvación de su ánima; lo nombraron protector general de los indios, lo cual dijo que le placía de buena voluntad. Estando aposentado en España, en los días que anduvo en la corte topó Francisco Pizarro con el ya famoso Hernán Cortés; y todavía fue más remedio a su necesidad, pues dióle ciertos consejos que Pizarro no echó en saco roto y supo aprovechar. Díjole muchas cosas acerca de los indios, que no hago mención por ser largas, y mostraron ambos de verse mucho contentamiento. En Extremadura visitó el recién llegado su pueblo natal, donde recogió a cuatro medio hermanos que tenía. Hacía dos días que no hablaban los tales de otra cosa y andaban desatinados que no sabían dónde estaban, viendo el destino que se les venía encima. Llamábanse Hernando, Gonzalo, Juan y Francisco; dióles todo lo que hubieron menester, pues eran tan pobres como orgullosos, aunque bastardos; y era cosa de ver, pues el único legítimo era el tal Hernando. Estuvo unos días allí con ellos de su voluntad, y eran los otros hermanos sólo de madre; con lo que pareció que quedaban todos harto satisfechos. Un joven primo suyo que llamaban Pedro Pizarro se les unió de paje, que con él llegaron a una especie de acuerdo. Volviendo a Panamá donde los aguardábamos, casi corrimos todos desatinados a recibirlos, pues volvía Pizarro rodeado de una gran pompa. Almagro no sabía qué decir ni a dónde mirar, pues era la remuneración que le dieron mitad de la del socio, de que surgieron diferencias. Dejólo esto en la mayor turbación que puede imaginarse, quejándose con amargura del trato que le daban y sin querer escuchar ciertas explicaciones de parte del emperador; pero no estaba arrepentido de lo hecho, y con esto creo que he hecho una buena descripción. Cuando salimos para el reino del Perú íbamos menos de doscientos soldados, lo que nos inquietaba mucho; y es que no se habían olvidado las mortandades y demás infortunios de hambre, diciendo todos que era tierra perdida y horrible lugar, sin que encontráramos voluntarios. Ésta sería travesía larga, y con mucha cordialidad y con objeto de emprender el viaje llevábamos con

nosotros tres frailes; salimos tras de oír misa y comulgar, con tres navíos y cuarenta caballos, y embarcamos en Panamá. Llevábamos de capitán a Pizarro, que una vez resuelto propuso lo acompañaran sus hermanos; y quedó Almagro, fuese como fuese como otras veces, reclutando cuanta gente pudiera, al cabo de cuyo tiempo nos seguiría. Así pues, he de decir que entre dimes y dirétes habían pasado seis años nada menos desde la primera partida, y es necesario recordar que iba yo por entonces bien metido ya en los cuarenta y tantos de mi existencia vil.

\*\*\*

Tuvimos muy buen tiempo y el mar muy encalmado, y después de trece días que anduvimos navegando dimos en una bahía que llamados de san Mateo; lo primero que pregunté fue dónde estábamos, mas ninguno supo decir qué tierra era aquélla. Doblamos ahora los trabajos; diré que los jinetes proseguían la marcha por tierra, yendo por la costa los que éramos algo marineros, hechos a naufragios y otros infortunios de la mar. Así que, a este propósito dimos en una ciudad que llamaban Coaque, y así se creyó que milagrosamente; pues huyeron aquellos habitantes dejando muchas riquezas, y llegó la cosa a tanto que hallamos oro y plata, y muchas esmeraldas. El mal suceso que tuvimos fue que probamos éstas con martillos por ver si eran buenas, como los diamantes; pues como digo no sabíamos ni estábamos seguros de que lo fueran. Resultó que se deshacían, con lo que perdimos muchas de las mejores, lo cual fue de no poca infelicidad; que luego lo sentimos cuando nos lo dijeron y no pude ocultar mi turbación, llamando a este lugar la costa de las Esmeraldas. Ya de regreso recogimos un rico botín, y cada noche contábamos en sueños todo lo que llevábamos; y no he vuelto a saber de él, pues con ello envió Pizarro dos barcos a Panamá, con la orden que reclutaran gente, que a ello enderezaba la menor de sus acciones. Esto lo acepté, aunque a regañadientes, y medio año descansamos en Coaque, al cabo de cuyo tiempo pensamos en mudar de lugar y sitio, ya que llovía mucho en éste y estaba lleno de animales dañinos. Yo podría dar detalle sobre esto, y es que el gran sol recalentaba las cotas de malla; y queda aún por hablar de que muchos sufríamos de pústulas bermejas y otras muchas dolamas, y eran éstas unas verrugas que a algunos hacían morir. Los detalles serían demasiado largos de repetir, y diré sólo que tuvimos que seguir hacia el sur; pues finalmente habían llegado los refuerzos de Almagro con buena provisión, que era mucha cecina, tocino y queso de Canarias, para sustentar esta miserable carne. Esto nos tranquilizó, por el momento. Así pues, tuvimos que marchar a tiempos por el mar y a tiempos por tierra; pasamos adelante y no nos faltaba qué temer, pues íbamos por unos secaderos sin agua; y a este propósito podría traer otras muchas autoridades que certificaran lo dicho, pues la sed nos atosigaba, queriendo muchos volver atrás. ¿Paréceos, lector contemplativo, que eran pocas desdichas? Sino que dijo Pizarro que



no, que aunque todos muriésemos nadie volvería. No cuidaré de contar los peligros y necesidades que tuvimos, hasta que llegamos a una laguna pequeña de aguas verdes; y aunque cosa asquerosa la gente se salvó en ella, y allí nos echamos todos a beber aunque no fuera agua, sino lodo; porque unos puercos que llevábamos, con perdón, la pasaron de suerte que nos la dejaron perdida.

Llegó por entonces un navío, y en él venía una mujer, que era la primera que yo conocía venir por estas tierras; y alojóse junto a un mercader, que de saber la buena mercancía que le llegaba no la hubiera recogido. Era harto brava y desenfadada y se llamaba Juana Hernández, y una vez en aquel lugar andaba tan desaforada y corrompida como si nunca hubiera conocido otra vida que aquella. Fundamos la ciudad de San Miguel a la manera española, de lo que nos informamos con todo detalle; pues trazamos primero la plaza y luego las calles, y allí mismo levantamos la horca, para que al que osara delinquir le llegara al mismo tiempo la hora postrera de la vida y de sus maldades. Hubo que quemar varios jefes rebeldes, que de día y de noche se lamentaban de su suerte aunque no les sirviera de nada; y así sometimos a los indios para que trabajaran en aquella ciudad, de la forma que he explicado antes. Eran ya pasados ocho años desde que acometimos la empresa, y alguno estaba ya muy pesaroso de su partida; yo empezaba a notar el peso de los míos, y andaba ansioso de seguir adelante para terminar de una vez. Con este objeto me enteré, preguntando cuándo podía acabarse aquello, y me dijeron que iba para largo; con estos argumentos, habiéndome así informado pensé que a otros les fuera peor, pues se habían ido del mundo escalones arriba hacia la soga. Había guerras civiles en aquel lugar, y lo he oído contar de tantas maneras distintas que me fue difícil entenderlo. Pues había muerto unos siete años antes el soberano Huayna Capac, y así pues, tuvieron sus hijos que hacerse cargo de la herencia. Había sido el tal muy reverenciado y temido por dedicarse a una vida de honradez y trabajo, y ahora sus hijos andaban en luchas, que tenían allí pendientes cosas de cierta importancia. Eran todas estas tierras de los incas, pues había este rey añadido muchas a las que antes tenía. Ante todo hay que decir que era heredero legítimo de su reino un tal Huáscar, habido de su legítima mujer. Sin embargo no era su intención que lo heredara, pues él prefería a Atahualpa que era buen mozo y valiente, aunque nacido de concubina. Casi fuera de toda esperanza y más muerto que vivo, Capac dividió aquellos reinos; y en esto les habló, diciéndoles que miraran por su madres y hermanos. Pues era como digo Huáscar hijo de una *coya* o reina y éralo el otro de una *trusta*, que decían a la doncella real. Estando con ellos en esta plática le dio el norte y el Quito a Atahualpa, y a Huáscar le dio el resto de su imperio que era de la parte del Cuzco. Marcólo lo mejor que pudo, y despachados éstos, allí estuvo aquella noche con harto trabajo de bascas. Así fue que a otro día estalló la guerra fraterna entre

ambos hermanos, pues era Atahualpa belicoso y rebelde, y él y sus hombres se rebelaron. Pasaron sin peligro hasta llegar a aquellos montes, donde había mucha abundancia de basamentos; mas luego vencido por Huáscar los hizo matar y les cortaron la cabeza a todos, de modo que allí perdieron del todo la esperanza de poder pasar. Mandó que arrojaran sus cuerpos a un lago, diciendo: "Andad, andad, que ahora ya sois todos niños", y fue la cosa más espantosa que en estos lugares se vio. Había apresado a Atahualpa, su hermano, aunque éste salió tan trabajado y fatigado que apenas se podía sustentar. Mas el hermano consiguió evadirse y lo venció en los llanos del Cuzco, y a todos pareció cosa imposible de acabar. Con lo que se proclamó a sí mismo Inca, y Dios sabe la alegría que todos los suyos hubieron. Ciñóse la mascaipacha roja, que era la cosa más extraña que nunca se ha visto, una borla símbolo de su poder; y la banda escarlata, signo de su divina autoridad. Fueron todos muy admirados de ver su grandeza, agradeciendo a su señor la buena voluntad, y sólo les faltaba ahora industria y ganas de trabajar. Recibiólos con toda la alegría que pudo, y dijo que había holgado mucho con su venida; y para no tener rival ninguno terminó luego con todo el linaje imperial, mandando ejecutar a su hermano Huáscar, que toda la gente quedaba así muy segura y pacífica. Envió por un poco de oro, mandando revistieran por dentro su cráneo del dicho metal, y era cosa de ver; pues servíale para beber, sorbiendo por un canutillo de plata a través de sus dientes. Dábase tan buena prisa y maña en ello que con creces satisfacía así las necesidades pasadas, lo cual pareció a todos muy bien, y de ello no mostraron mucha pena. Escogió para residencia real la ciudad de Cajamarca y de allí adelante todos lo adoraban como hijo del Sol, mostrándose orgulloso de serlo; y lo servían de buena voluntad, pues era ahora dueño y señor de las tierras incaicas. Era este pueblo de muy gentil asiento y harto grande, y allí se acercaban a él los nobles descalzos y con los ojos bajos, llevando a cuestras como he dicho un peso simbólico, que en tiempos de grandes calores no podían andar.

Estando en esto llegamos a un acuerdo los españoles, y considerando todo ello dimos gracias a Nuestro Señor por tan grande merced como nos hacía. Pues allá nos dirigimos un puñado de hombres, sesenta jinetes y unos cien de infantería, y pronto nos vimos tan desmayados que ya no comíamos otra cosa que raíces de hierbas. Veinte de los nuestros eran ballesteros y tres arcabuceros, y teníamos unos cuantos cañones pequeños con balas de piedra, y certifico no creo haya nadie con semejante valor; mas Dios, que es verdadero remedio y socorro de los afligidos y necesitados, librónos de la muerte que ya teníamos por cierta. Tuvimos noticia que andaba por entonces Atahualpa cerca de allí, con lo que tomamos el camino hacia la sierra de los Andes, y veníamos desde San Miguel extrañando que gustaran los tales de vivir en sitios tan malos y trabajosos. Así, después de estar cosa de cinco meses aguardando, aunque el temor

nos tenía suspensos los sentidos, sin aguardar los auxilios que había de llevar Almagro fuimos con Pizarro hacia Cajamarca sin descansar, con el deseo de ganar almas, pues eran los naturales en general engañados por los falsos dioses. Hallamos hospitalidad por dondequiera que pasábamos, y todo lo consentían como afables de condición, viendo a unos que comúnmente llaman hechiceros, aunque sean raros los que matan con hechizos. Mas íbamos con ansiedad, y la principal razón es que perdíamos muchos caballos por el mal camino y eran heladas las alturas de aquellas cordilleras que llamaban los Andes. Visitamos otros varios pueblos descubriendo en ellos muy grandes idolatrías, pues traían con ellos los cuerpos secos y enteros de sus antepasados; y en conclusión, para hacer concepto del miserable estado en que estaban, diré que era cosa desafortada, porque llegaban a tal corrupción que cuando algo celebraban duraba el beber y la borrachera treinta días o más. Llegaba el negocio a tanto que *etiam* el nefando se usaba, y los niños no aguardaban siquiera los años de la pubertad. Eran tan dados a supersticiones que todos sus actos corporales, y en todas las cosas hallaban qué mirar y reparar, y así decían que aullar de perros significaba pependencias o muerte, y en los celajes del cielo miraban agujeros y adivinaciones. Dos maneras tenían de templos, unos naturales y artificiales otros, y así diré que eran los naturales el cielo, tierra y mar, y también los montes, quebradas y ríos caudalosos; las fuentes, manantiales y otras cosas también lo eran, las cuales ellos reverenciaban. Eran sus templos artificiales los llamados huacas, levantados de diversas maneras.

Corría el mes de septiembre y nos aposentábamos en toldos de algodón, tratando de escalar aquella sierra y haciendo muchos fuegos para defendernos del enorme frío que teníamos. Que por todos aquellos valles y montañas era tal, que ni en tierra de Campos de Castilla decían algunos castellanos hacía en pleno invierno tanto como aquí. Apeáronse los de a caballo, y junto a los de a pie recorrían aquellas sierras muy rasas de monte, con sólo una yerba como esparto muy corto; de lo que resultó que salimos de allí enseñados, desengañados y escarmentados. Mucho se podrá decir acerca de esto, pero yo haré ahora una breve suma de las cosas. Hallamos poblados con grandes edificios, viendo las antiguallas, fábulas, ritos y ceremonias que tenían, que curaban éstos con mil embustes y supersticiones. Hacían una bebida que llamaban *chicha* muy fuerte y espesa, con maíz mascado; y bebiéndola los hechiceros se volvían como locos, y así tenían para este efecto muchos vasos y vasijas de diferentes formas y materias. Pasamos por desfiladeros horribles, siendo las aguas tan frías que no podían beberse sin antes calentarlas, que no es hablar con encarecimiento; y hallando en aquellos lugares diversos oficios y ministerios, llegados a un cierto lugar dimos ante los muros de una fortaleza. Acrecentóse la admiración y se dobló el miedo, temiendo que acabaran con nosotros; aunque después que comenzó la visita nos dejaron pasar, y como la

noche se mostraba algo oscura vimos encender más de quinientas luminarias. ¿Quién no se había de admirar con esto? Hizo el capellán una profunda humillación y nosotros hicimos lo mismo, y luego prosiguiendo, descendimos a una meseta que estaba entre dos cadenas montañosas bien paralelas de norte sur, según nos dijeron, y en el sentido mismo de la costa. Mirámonos unos a otros, admirados, y de allí a poco dimos con un poblado donde había tres casas de mujeres recogidas, con lo que preparábanse todos y acudieron a su remedio. Andaba la casa alborotada, y déjense de poner aquí los llantos de aquellas mujeres que los indios llamaban mamaconas, y eran las vírgenes del Sol; que en tales trances como éste es natural que ellas comenzaran a hacer pucheros y a derramar lágrimas, y buen provecho les hiciera. Aunque estaban consagradas al Inca nos ofrecimos a hacerles compañía todo el tiempo, que no había más cosa que ver. Muchas estaban hilando y tejiendo ropas, y no tenían varones más que los porteros que las guardaban; pero allí estábamos los españoles, hombres curtidos y robustos y criados para tal efecto casi desde las fajas y las mantillas. ¡Ah, pesia tal! Mirámanos de arriba a abajo, y otras se mostraban blandas y amorosas, hasta que tomónos el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos y pasiones, pues de un dormido a un muerto hay poca diferencia. Vimos a la entrada del pueblo ciertos indios ahorcados de los pies, lo que nos puso en confusión y por el suelo; dijéronnos que los habían mandado matar porque uno de ellos entró en la casa de mujeres a dormir con una; y es pues el caso, que tanto a éste como a los porteros que lo consintieran los ahorcaron a todos. Levantóse en pie un capitán español, puso mano a la espada, y como viera estas cosas mandó que sacaran todas las mujeres a la plaza, tan temblando de miedo como alicaídas. De punto en punto iba creciendo el ruido, y eran más de quinientas de las tres casas aquéllas, escogiendo cada español la que quiso y dándoles a entender con señas que se callasen. Nada de esto lo sabía Pizarro, que no había llegado todavía, y en esto estábamos cuando sentimos un sordo estruendo y un áspero ruido, pero ya estaban muchos de los nuestros sembrando su semilla en los vientres de las vírgenes del Sol, pues las tumbaron de largo a largo; y déjense burlas aparte, engendrando mestizillos, aunque verdaderamente como alguna vez se ha dicho, con todas las circunstancias cristianas que se requieren al caso.

Con esto nos despedimos dellas, y les rogamos y aconsejamos que tuvieran cuenta con su salud, donde nos dieron de comer y regalaron lo posible. Decían que, en sabiéndolo, Atahualpa se echó a llorar inclinando algún tanto la cabeza, sabiendo la llegada de aquéllos a quienes llamaban Viracochas. A las dichas razones añadió otras muy bien dichas, y era que según su tradición éramos dioses, dando también señales de ser reyes verdaderos o fingidos. Pues se cumplía con nosotros la profecía de su padre Huayna Capac, quien tomándole un desmayo dijo un día que habían de volver los

hijos del Sol a dominar la tierra; y como las cosas humanas no sean eternas, especialmente las vidas de los hombres, llegó su fin y acabamiento luego cuando menos lo pensaba. Aunque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, ni otras manos lo acabaron que la melancolía, por la disposición del cielo que así lo ordenaba. Pero dejando esto aparte, usaba ahora Atahualpa según nos dijeron de baños calientes y sulfurosos junto a Cajamarca; y como en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, iba muy ajeno a lo que se avecinaba, mas íbamos nosotros con pie derecho a entrar en su lugar. Cuando él cayera, al son de su lastimada voz todo su imperio se derrumbaría. No queríamos apresurarnos tanto en la carrera, que en la mitad de ella nos faltase el aliento. Envió por entonces el Inca a Pizarro unos cuantos patos desollados y rellenos de lana, y se hallaban aquéllos con tan mala disposición que explicáronnos por señas que así quedaríamos nosotros si nos atrevíamos a pasar adelante, y él quería concluir con brevedad aquel negocio. Con estos pensamientos y deseos pensaba en verdad matarnos a todos exceptuando a tres, y vimos cuán acordado había sido: pues eran éstos un peluquero, un vaquero y un tal que era herrero, que quedaron contentos sobre modo. Pues el vaquero sabía lacear los caballos, que en todos ponía nueva admiración; el herrero manejar el hierro, que acometía su tarea con mucho denuedo, y el barbero lo peinaría a él sin guardar términos ni horas, pues en aquellos reinos apreciaban mucho los buenos peinados, como era uso y costumbre, y su población andaba dividida según el tocado que cada cual llevaba. No es menester hacer hincapié en esto, que llegaron a él con los brazos abiertos; y aunque los sucesos que allí nos sucedieron no son de mucho gusto sino de mucha pesadumbre, pasaré adelante a relatarlos como más me viniera a cuento.

Aquel día y aquella noche caminamos sin sucedernos cosa digna de contarse, y todo el día siguiente esperando la noche estuvimos en aquel lugar. Pensaba el tal Atahualpa dejarnos pasar por los pasos que había en la sierra, que sería bien dar tiempo al tiempo, y prendernos luego para sacrificarnos, pareciéndome harto áspera esta medicina. Llegó la tarde, partímonos de allí, pensando Pizarro caer sobre el Inca, y pluguiera al cielo que lo hiciera su prisionero. A obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, y así llegamos por uno dellos al lugar llamado Cajamarca, todos fatigados y hambrientos; con unos suspiros de cuando en cuando, que parecía que con cada uno de ellos se nos arrancaba el alma. Vuelvo a decir y me afirmo que nos salían al paso mensajeros del Inca con muchos presentes, y lo que les respondíamos sería largo de contar. No temían nada de nosotros, riéndose a socapa y a lo socarrón, pues se hallaba el Inca en su ciudad rodeado de muchos soldados. Estando en estas pláticas llegamos a la vista de aquel valle, quedando asombrados: a cuyo efecto abrimos los ojos y las orejas de un palmo, pues había más de treinta mil guerreros en los campamentos,

con cuya presencia quedamos como trapos. Eran sus fuegos nocturnos más numerosos que las estrellas, lo cual visto, todos nos hincamos de rodillas. En fin, las misericordias de Dios no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres: hallamos solitaria la ciudad de Cajamarca, pues todos se habían ido, y finalmente entramos en el pueblo donde venía yo a pie y despeado. En aquel mismo punto anduvimos por sus calles misteriosas y harto vacías, quedando yo satisfecho y ufano con ver esta soledad. Vímosla aderezada y puesta de manera, muy sosegadamente, llegando a un lugar descubierta rodeado por un muro como de arcilla, tan a gusto y beneplácito de los nuestros que hizo alguno muestra de limpiarse los ojos con un pañuelo. Allí el capitán nos ordenó escondernos en las habitaciones de ciertos edificios, entre los cuales pasamos una larga y dulce plática, pues eran hermosos y rodeaban la plaza. Acabóse la plática y mandó Pizarro a quince jinetes, que partiéronse aquella tarde. Iban dos capitanes con ellos, prevenidos de todo lo que habían de hacer; eran éstos su hermano Hernando, otro tal llamado Hernando de Soto, y debían estar cansados por haber estado tanto tiempo supinos, que apenas se habían sentado. Ya en esto, llevaba aquél un mensaje para que fuera el rey a visitar a su hermano en Cajamarca. Informáronles del camino y derrota, pues se hallaba Atahualpa a una legua más o menos de aquella ciudad; y como el Inca empezara a demorarse, ordenó Pizarro al que nos hacía de intérprete: “Ve allá, y dile al perro que ya puede salir”. Oído lo cual, guardaran todos maravilloso silencio.

Llegaron en esto los de a caballo, y arbolando las lanzas se acercaron donde estaba el rey Inca, de lo cual sacaban en limpio no esperar ningún bien y temer mucho mal. Estaba el tal en medio de un grupo nutrido de sus nobles, y pensaban los nuestros decirle su intención y la causa de su venida, y que andaban con mucha prisa. Llegaron en mucho concierto hacia él, que estaba con sus oficiales en el patio de una gran casa de recreo, donde manaba un rico manantial de aguas calientes cristalinas; y aunque no está sabida del todo la verdad dicen que apareció Atahualpa trayendo en las manos dos vasos de oro, portando en ellos chicha para que conocieran sus buenas intenciones, y para remediar su trabajo. Ofrecióle de beber a Hernando, como hermano del capitán, y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico prometió que antes de que pasara un día estaría en Cajamarca. Agradeció esto el español con corteses y discretas razones, encomendándose al cielo de todo corazón, y en esto estaban cuando quedaron en paz tranquila y en provechoso sosiego. No se abrazaron unos a otros, porque donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura. Tenía puesta por entonces el Inca una especie de camisa sin mangas harto rica, como persona para ser servida y estimada, y cubríase todo con una hermosa manta; todo esto oímos, con otros muchos que allí estábamos aguardando, y que llevaba una reata apretada en la cabeza y hacia

la frente la borla colorada. Al verlo quedaron suspensos y atónitos, hallándolo con tan poderosa fuerza que vinieron a volverse en humo sus esperanzas. En breves razones diré que no escupía el tal en el suelo, y si gargajeaba andaba la gente alborotada, que una mujer le ponía delante la mano y en ella escupía. Así era en verdad, y si alguno de sus cabellos daba en caerle en el vestido tomábanlo aquellas mujeres y se lo comían, sin hacer bascas ni muestras de ello. Hecha esta confesión, diré que el escupir lo hacía en muestra de su mucha grandeza, y también el carraspear, como si hablase dentro de la tumba. Era lo de sus cabellos por temer cierto hechizo que le hicieran, pues era adivino por sueños, y para que no lo hechizaran los mandaba comer, utilizando todas las ceremonias y ritos del tiempo de la fertilidad. Así, en medio de los edificios y fortalezas del pueblo antiguo lo adoraban y consultaban en toda clase de necesidades, y andaba siempre en andas de plumerías ricas, con el vestido no menos rico y lleno hasta la cabeza de insignias reales. Habían de ser castigados sus enemigos con gran crueldad y los empalaban como a conejos, habiéndolos sentenciado en secreto. Al fin, como digo, se adelantó Hernando Pizarro en su caballo, que no le faltaba habilidad ni presteza de ingenio; y sin apearse entregó el mensaje que llevaba, como el que hace lo que debe si puede, que tradujo al momento al quechúa un indio llamado Felipillo. Estaba éste muy bien para nuestras comodidades e intereses, pues lo tomamos los españoles a nuestro servicio y lo hicimos bautizar sin catecismo ni prevención alguna para que aprendiera nuestra lengua, y nos sirviera como intérprete en cada necesidad. Encarezco grandemente esto, que no resplandecía el tal en virtud ni en santidad. No respondió el emperador de aquellas tierras ni rebulló nada, que se le hacía cuesta arriba; y luego, cuando fue requerido, fingiendo que lo hacía por descargo de su conciencia dijo que había de descansar, y en este estado dejó el remedio de este daño; y que al día siguiente visitaría a los españoles en Cajamarca, lo que fue con grande admiración y espanto de los indios. El provecho que se hizo fue muy largo de contar, y en éstas Hernando de Soto, que era muy buen caballista, hizo muchas demostraciones con su caballo; y una cosa particular pasó, y es que galopando con él causó mucho susto a los indios, que parecía que los vivos y los muertos venían a juicio. Vino a parar tan cerca de Atahualpa que el barro salpicó sus vestidos y túvose este caso, si no por milagro, por cosa maravillosa. Pues él no se movió, siendo su intento darles a entender que no tenía miedo; y aquéllos de sus servidores que se asustaron fueron descabezados luego, y todos se deshicieron y acabaron, por haber mostrado tal cobardía ante los extranjeros. Éste fue uno de los indicios y principios que tuvieron los nuestros, porque es cosa cierta y averiguada que cuando volvían iban todos llenos de miedo, y no querían otra satisfacción sino abstenerse de buscar más aventuras ni conquistas. Con todo nos contaron que los obsequiaron con chicha, que era cerveza de maíz, dándola en grandes

vasos de oro. Regresando le anunciaron a Pizarro la visita del emperador, con lo que alegróse algún tanto.

Todo triste, todo apesarado, no sabía yo qué decirme ni hacerme. Adviertan vuestas mercedes que empleamos la noche en orar y en preparar las armas, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros; y al día siguiente nos ocultamos todos, tanto los de a pie como los que iban a caballo, que era cosa más para admirarla que para creerla. Quedéme solo como centinela, que me aposté en una atalaya y tenía los ojos clavados en ellos; y en estas zarandajas de ir y venir teníamos orden de guardar silencio, pues armar ruido tenía más de peligroso que de conveniente. Teníamos que hacerlo así en tanto que no oyéramos el grito de “¡Santiago!” , seguido de un disparo de arcabuz; lo cual sería la señal para que disparasen los arcabuces y ballestas, así como la artillería, por lo que turbéme considerando el peligro. Luego habíamos de lanzarnos todos los demás contra tan valentísima chusma, armados con nuestras espadas y lanzas y confiando en Dios que nos llevaría a la victoria, cuya es toda benevolencia y caridad; que no fuera poca ventura si salíamos de allí con vida, pues más locura que valentía había sido la nuestra. Mas era tarde para volverme atrás, y todo esto callando, como si no tuviera voz ni aliento. Debía entrar el soberano en Cajamarca y subir a un estrado, dándole la mano a nuestro capitán; y allí frente aguardándolo estaría Pizarro, con el cual estarían algunos criados y personas del pueblo, vestido con ropa de gala y con mucha ceremonia; que con esto sería uno de los más bellos caballeros y hermosos que pudiera pintar la humana imaginación. Éstas sí que son verdaderamente cosas de mucha fama, que pusimos ocho hombres de a pie en cada una de las diez bocacalles que daban a la plaza, arropándose para que no sudaran la frialdad de su miedo. Contra toda ley, toda razón y usanza de guerra estaban dispuestos y a punto tres batallones de a caballo con su capitán a la cabeza, jurando que habían de sacar a aquéllos el alma a puntillazos; viendo lo cual, prometían algunos no dejar ninguno con vida. Pues, ¿qué? Sino que aquella noche y otro día no hicieron más que llegar indios, y cada hora venía gente nueva; pues no se quebró jamás el hilo de la calzada, que así lo permitía Dios para que se reconociese su poder en medio de los trabajos y dolores, y en otros inconvenientes, trabajos y persecuciones.

Mandó Pizarro que una veintena de hombres se apoderaran de la persona del emperador, como se verá adelante, haciéndolo prisionero; pues el que hoy es vencedor es vencido mañana. Veíase durante todo el día salir del campamento mucha gente, siendo tanto el ruido que llevaban que no podré encarecerlo, porque no es carga de mis hombros ni asunto de mi resfriado ingenio. Sumaban aquéllos varios miles y todos venían hacia acá, con lo que buscaba cada uno de nosotros un confesor que lo confesase y un escribano que le hiciera el testamento; hacia el mediodía llegó el



emperador sentado en su litera de oro, y acabóse la confesión. Llevábanlo varios signatarios, y con esto cumplían su honrosa profesión, marchando alrededor sus servidores en tropel. Para prueba de lo cual quiero que se sepa que barrían el camino ante él, quitando aún las pajuelas más chicas; había otra cosa que también nos admiraba y es que marchaban con trajes blancos y colorados como tablero de ajedrez, y llegábanse blancos, flamantes y bien confeccionados, mas con todo iban sufridos y honestos. Con voz tierna y debilitada iban cantando y limpiando el suelo, yendo detrás la litera del Inca; y agora sí que vine a conocer clara y distintamente que iba forrada de plumas de papagayo de muchísimos colores guarnecida de mucho oro y plata, con lo que pasó adelante. Otros lo seguían danzando y cantando tan al vivo y tan bien hecho que era cosa de ver; y el cuerpo de guardia que rodeaba su litera iba tan hermosamente ataviado, que por no creerlo acardenalábame los brazos a pellizcos. No obstante, quiso el emperador detenerse un poco fuera de la ciudad, y todo lo veía yo desde la atalaya en que estaba; así se detuvo el cortejo y ya se iba impacientando nuestro capitán, que la noche se nos venía encima y no llegaban. Pues acercábase la puesta de sol, con lo que hallarían a algunos durmiendo a sueño suelto y otros velando a pensamientos desatados, hasta que les tomara el día y las ganas de levantarse. Dijo a esta sazón a uno de los que allí estábamos que se adelantara, y apenas lo hubo dicho cuando salió un emisario nuestro de a caballo, rogando al Inca que se apresurara, pues lo invitaba Pizarro a cenar. Oyendo lo cual rompió el otro el silencio diciendo que lo haría complacido, pues había pasado un buen trecho desde que merendara. ¡Voto a tal, cuerpo de mí! Comenzaron los indios a miles a abarrotar la plaza, y no te metas a averiguar las dificultades de este negocio; pues entrando subieron doce o quince en una fortaleza y la tomaron, con lo que atormentaban los oídos a gritos. Andaban mirando al pueblo y alzaron una bandera que pusieron en una lanza, que ya teníamos por cierto escarmentar en cabeza propia. Hízose en esto Atahualpa conducir a la ciudad, alabando todos su honesta y honrada resolución; y avanzó luego por plaza, que estaba vacía de españoles que se arrimasen o levantasen. No sólo era el tal querido por los suyos, sino de cuantos lo conocían, yendo servido de unos cinco mil hombres más o menos; y aún así, mal por mal, aunque parecían desarmados según pudimos colegir, ni más ni menos pensábamos que llevaban las armas harto bien escondidas, pues llevaban los tales grandes capas. Que como todo el mundo sabe, debajo de ellas podían ir los arcos y las flechas, las hondas y sabe Dios qué, pues sería imposible podelo significar. Detúvose Atahualpa en el centro de la plaza aquélla, y en el mismo instante se quedó parado en seco; pues miró a todos lados sin ver nadie, y este accidente le estropeó el negocio. Cuando lo vio comenzó a echar cuentas, preguntando: “¿Dónde están los barbudos?” A lo que alguno de los suyos contestó: “Estarán escondidos de miedo, bajo la angustia

y el temor de la prisión”. Es bien cierto que muchos temblábamos, y no poco; que del sitio algunos se arrojaban al suelo, por no poder tenerse en pie. Era tal este desasosiego a todas horas que hallábanse algunos trasudando, y en cuanto a mí, de puro mal parado no me podía mover por entonces.

Despachó con mucha prisa nuestro jefe a una persona de recaudo, y así salió un tal padre Valverde con uno de los capitanes y el indio llamado Felipillo; y cuando se hubo recobrado un poco, el cura leyó el discurso o requisitoria que llevaba concerniente a la fe católica, así como al poder del papa, pues no se ha de burlar el hombre con el alma. En esta situación pues, muy animado siguió con la supremacía de los reyes de España, y así terminó su plática por entonces. Entre estas gentes he sabido que oyó Atahualpa el sermón, no muy bien traducido por el tal indio Felipillo; y un caso notable acaeció, pues contestó indignado el Inca, preguntando: “¿Quién dice eso?” Y después de haber dado un gran suspiro, el cura contestó: “Dios lo dice”; pues aunque tenía fama de muy gracioso nunca le oí decir gracia que la tuviese. Sucedió lo que queda referido, y entregándole un breviario tomólo Atahualpa de manos de aquel dominico; y como no se hallara en disposición de hablar mucho, lo arrojó furiosamente al suelo. Lleno de desprecio volvióse luego mostrando enojarse y alterarse, dejando nuestras esperanzas deshechas. Luego, incorporándose en sus andas comenzó a azuzar a su pueblo contra los españoles, a cuyas palabras todos abrieron los ojos; y apenas dio el cura fin a su plática cuando sonó la señal y oímos la voz de: “¡Santiago!”, siendo el tiro la cosa más espantosa de recia que pueda ser. Empezaron a disparar los nuestros con cañones, ballestas y arcabuces, y cada cual según la gente que traía salimos a plaza, bien fuéramos jinetes o de infantería; que no había, como digo, más que ver. Ya, por la misericordia de Dios derribamos a los indios; y muchos rompieron aquella pared sólo con la fuerza de sus cuerpos, pues finalmente se averiguó entre ellos ser éste el mejor camino. Salieron a la planicie perseguidos por toda nuestra caballería, donde hallaron los nuestros mucha copia de labranzas; mientras yo, desde la fortaleza daba la señal de ataque, que ahora conozco mi necesidad y el peligro en que me pusieron. Empezó a correr fray Vicente junto con otros siete u ocho, gritándole a Pizarro que era Atahualpa el mismo demonio y poseído de dos demonios a la vez. Al principio tuvo el capitán un gran susto, y quitándose su traje de ceremonia se puso los arreos militares, siendo su caballo espantado por el tropel y alboroto de los indios. Y salió a la plaza con veinte de los nuestros hacia el Inca, y entonces ya no hubo dudas, pues le pusieron armas a la espalda y pechos amenazándolo de muerte.

La cosa ocurrió en medio de un gentío, y cuando dieron la voz de alarma hubo un gran ruido de arcabuces y gritos, y un poco más allá de cascabeles que dispersaban a los indios. Peleaban los unos con los otros muy hermosamente, y no olvidaré en todos

los años de vida que me tenga determinados el cielo tal batalla. Fue Pizarro herido por uno de los nuestros cuando protegía con la suya la vida de Atahualpa, que nada pudo ser más injusto; sacaron al emperador de su litera con las vestiduras rasgadas, y gritó como si lo estuvieran matando. Desistieron de su intento los indios y se pusieron a la fuga, y Pizarro se apoderó del Inca al mismo tiempo que gritaba: “¡Nadie hiera al indio, sopena de la vida!”; porque era hombre de mucho esfuerzo y quería ganar él aquella honra. Pasaban entre ellos muchas razones, siendo llevado el Inca hasta nuestros cuarteles, que no fue proceder recto; y como fueran los indios desarmados fueron desbaratados, sin que los pocos que quedaban vivos tuvieran esfuerzo para la acción piadosa de enterrarlos, y sin peligro de ningún cristiano. Hubieron de morir más de dos mil, que todo el campo estaba lleno de ellos; algunos fueron ahorcados, y con toda lealtad partimos el botín. Decían algunos de los nuestros que cayeron más de cuatro mil indios, que no se podían rebullir, pues el embarazo de los muertos y heridos no lo permitía. Fue solamente en media hora, pues no duró mucho más la matanza, y la noche se venía encima a pasos gigantes. En medio de mis infortunios tuve la suerte de no enterarme cuando dieron la señal de arremeter, pues dí por el suelo una peligrosa caída, por lo que hube de quedar en la retaguardia; y porque mi deseo no es ni ha sido otro que conservar el pellejo me quedé quedo, temiendo nos hicieran muy cruel guerra y nos mataran a muchos españoles, porque era cosa de mucho embarazo morir sin confesión. Vióse en esta lucha algo maravilloso, que recibí grandísimo contento de ver; fue que los caballos que andaban la víspera sin poderse mover por estar resfriados, recibieron grandísimo contento de ver la batalla y anduvieron con tanta furia que no parecían haber tenido ningún mal, lo que no carecía de milagro. Debo volver a mi caso, pues no por todo ello el capitán y el Inca dejaron de cenar, que hubiéralo tomado éste por afrenta y fuera cosa necia. Después de estar a punto de acabar con él lo hicieron juntos, tomando todo lo necesario sin hacerse reproches a sí mismos. Mientras, una furiosa tempestad terminaba aquella jornada, como en México sucediera, que estuvimos a punto de perdemos por el temporal y la continuada molestia de las aguas. Sin embargo se alegró el general, y dimos nosotros gracias a Dios por tan gran milagro, yéndonos también a cenar; y de no ser por mis consejos hubiera tenido alguno la mortificación de ser llevado a cuestas como cuba de vino, con lo que durmieron más que de ordinario. Así fue cómo un poderoso imperio fue tomado en poco más o menos media hora, según algunos decían; y me holgaba hubiera sucedido así, mas para mí que fueron dos horas. Pero, ¿qué digo, miserable? Que serían dos menos veinte minutos, más o menos, pues en este tiempo que hubo sol no se detuvo la batalla, aunque quiso Dios que ninguno de nosotros pereciera. Aunque no tuviera fe ni conocimiento de su primer origen de nuestros primeros padres Adán y Eva, tratamos luego al Inca con toda

consideración, aunque lo mantuvimos prisionero; pero remediábase algo, pues tanto Pizarro como Fernando de Soto se amistarón con él, de tal manera que hicieron reventar las lágrimas de sus ojos, dando con esto a entender que no había sido su suerte tan mala.

Al día siguiente saqueamos el campamento indio, donde llegamos sin que nos sintieran y hallamos despoblado de gente, mas no del todo, pues había mujeres y niños. Comenzaron luego a dar grandes alaridos haciendo muchas ahumadas, tirándonos con hondas y sin ellas muchas piedras; y tomamos un riquísimo botín, pues hasta que amaneció no dejamos de saquear. Nunca tanta muestra de riquezas se había descubierto en las Indias, pues todas las vasijas de palacio eran de plata y oro; y déjense de poner aquí los llantos de niños y mujeres. Quiso el capitán que los pocos indios que quedaban fueran repartidos, y otros dieron su espíritu, quiero decir que se murieron. ¡Oh, alma endurecida la mía! Pues cada cual tomamos los que quisimos, y los que no servían fueron liberados de su cuerpo. Querían algunos españoles matar a todos los guerreros, mas negóse Pizarro, pues nadie tan cristiano como él; y dando una gran voz dijo que había que confiar en Dios, que nos seguiría dando más victorias, y besáronle por ello las manos. Supo todo el imperio lo sucedido en Cajamarca, que fue la más nueva transformación y victoria que se vio jamás; llegaron también las órdenes del Inca que se movía con harta libertad entre sus esclavos y mujeres, pues de su parte le ofrecía Pizarro lo que en su casa hubiese para regalo. Dijo Atahualpa a los suyos, que lo principal de aquel negocio estaba en que mataran a cierto hermano que tenía; lo cual pensaron guardar al pie de la letra, y no le pesaba sino que este desengaño hubiera llegado tan tarde. Hiciéronlo así, y en breves razones lo contaron, con lo que durmió de un tirón, como dicen; tanto, que pensaron se había de quedar en el sueño. Despertó al cabo, y seguían todos tratándolo en su cautividad como príncipe, dándole muchos medios; pero ninguno fue tal como ser servido por las mujeres de su harén, las cuales comenzaban a llorar tiernamente como si ya lo tuviesen muerto delante. Seguíanlo también, y aún perseguíanlo algunas nobles incas, que lo atendían y aguardaban en una pieza anterior; acudiendo cuando el emperador las llamaba y siempre demostrando humildad, porque los dolores de los martirios pasados los tenían presentes. Aprendió el Inca a jugar al ajedrez, que por todas las vías posibles procuraban alegrarlo, y hablaba de todo y con ánimo con sus carceleros, durmiendo luego hasta que lo despertaba el sol. Contábales las luchas que tuvo con sus hermanos, que fueron las mayores de un tiempo a esta parte en el mundo; y que por entonces había muerto Huáscar, habiéndolo él mismo mandado matar, sin que melancolías ni desabrimientos lo acabaran luego. No quiso Pizarro creer estas noticias, no yendo nada alegre, porque lo entristecían; mas luego se confirmaron, con lo que aumentó su asombro, que

temiendo aprovechara Huáscar coyuntura para recuperar el trono, había el Inca ordenado a los que lo custodiaban que le dieran muerte, y luego que pasara de esta vida lo enterraran con mucha honra y amistad.

Veía el prisionero el ansia de muchos cristianos por el oro, que hombres así son peores que locos. Ofreció un día por gestos que desenterraran muchas riquezas que dejó escondidas, para que lo soltaran, y quedar así muy consolado. Prometió hacerles un regalo que era todo lo que tenía de valor, dando a nuestros capitanes una habitación llena de oro a cambio de su libertad. Dijo tantos donaires y tantas malicias que fue cosa de ver, y alzando su brazo derecho sobre la cabeza mostróles llenar la grande habitación en que estaba con láminas y vasos de oro; de modo que alcanzara el extremo de sus dedos y aún algo más, diciendo que aquello lo haría en el solo término de dos meses, tanta era la riqueza que tenía. ¿Quién fuera el corazón tan duro que con estas promesas no se ablandara? Pues aceptó Pizarro la cosa de muy buena gana, y encaminando sus razones trazó una línea recta en torno a las paredes del cuarto, siendo la altura convenida algo más de siete pies; a lo cual el mozo rogó que lo dejaran solo, porque quería dormir un poco, ya que el sueño es alivio de las miserias. Hecha esta galantería, cada día venían los vasallos en filas de a uno, y hasta salían de su patria a buscar en los reinos extraños. Llevaban las espaldas cargadas de oro que era cosa de lástima, y siendo de noche apresuraban el paso, dejándolo todo en el suelo de aquella habitación. Forzados habían de volver, para lo cual andaban varios días abriendo camino. En éstas crecía el montón, excusándose el Inca por la precisión que tenían de ir y volver; mas iban a cumplirse dos meses y no llegaban a la raya, que había en el camino muy grandes ciénagas y raíces de árboles, y luego las montañas. Con lo que marcharon tres capitanes españoles a Cuzco, por deseo de Atahualpa y para acelerar la colecta. Partimos con ello mucha gente para continuar el viaje y tomar el camino que llevaba al templo principal, y así aquella noche dormí al sereno, como dicen. Era el camino de la sierra cosa de ver, y yo escribiré lo que saliere, pues era tierra muy fragosa aunque fuera hermosísima y llena por demás de buenos caminos. Así nos partimos y yo no sin cuidado, que me arraigó una calentura que me tuvo seis días medio postrado. Tomóme el pulso el médico como solía, no le gustó nada y me lo dijo; mas no acabaron aquí mis tristezas, sino que como estaba tuve que seguir mi camino. Así que todas estas cosas son de advertir, viendo que tenían los arroyos puentes de madera o de piedra, por donde a mal andar podían acercarse los enemigos. En un río muy caudaloso hallamos ciertos puentes de red por donde pasaron los caballos, y yo tal vértigo sentía que fue donde decidí pasar los años que me quedaran sinceramente arrepentido de la vida pecaminosa que llevé.

Iban los capitanes en literas, porteados por criados indios; mas no por esto estaban

muy seguros sobre las tablas de los puentes, pues llevaban cierto bamboleo, como llevan las naos por medio de la mar. Distaba la dicha ciudad como doscientas leguas por la gran carretera, y yo pensaba que o bien terminaría mal, o me arrepentiría de haber ido. Tenía cada pasaje de los susodichos dos puentes, cuyo vencimiento y caída podía borrar y deshacer nuestros designios. Súpose después que por uno de aquéllos pasaba la gente común y por otro el señor de la tierra, o bien sus capitanes, pareciéndome éste espaciosísimo y largo. Se hallaba cerrado de continuo con indios que lo guardaban, cobrando los tales portazgo al que quería pasarlos, que solían ser gente rústica y desbaratada. Quedámonos esperando el día, y dando lugar la aurora al sol tendimos la vista por todas partes; era esta tierra aunque hermosa, fría; pues nevaba y llovía mucho en ella, sin que hubiera ciénagas según lo que allí vi. Había por allá muchas minas pero falta de leña, que no hallamos espesura ni alteza de árboles; y había en todos los poblados casas de mujeres cerradas, mas no pensamos aprovecharnos de ninguna, como el mundo ignorante puede pensar. Si algún indio tenía parte con ellas lo condenaban a morir, y pronunciada esta sentencia lo colgaban como atrás queda dicho. En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, con mil ofrecimientos que de una y otra parte se hicieron seguimos adelante. Haciéndonos aposentar y proveer lo mejor que podían, y vimos unas casas para sacrificios del Sol y algunas con mujeres, que nos dijeron ser del Cuzco Viejo, padre de Atabaliba, teniendo guardias a la puerta como queda expuesto en el relato. Andaban todos éstos en las sombras caliginosas de la ignorancia, haciendo sacrificios de ovejas y fabricando chicha para verter por el suelo, y no resplandecía en ellos la virtud ni la santidad. Aquí y allá contemplaban el sol, la luna y las estrellas y las adoraban casi sin cesar, azotando a los perros, tocando tambores y dando gritos para que resucitara la luna. Había otra casa de mujeres en el lugar, siendo éstas de los caciques comarcanos; y cuando pasaba su señor sacaban las mejores y se las presentaban, que no he visto abuso más perjudicial que éste; y luego que hacía lo que quería lo rehacían con una merienda. Sacadas aquéllas metían otras tantas, para que se vea dónde llegaba su ceguedad y miseria; era por aquellos lugares la coca ordinaria ofrenda, teniendo depósitos de leña y maíz, que todo esto experimentamos. Vimos cómo era cierto que contaban por nudos en cuerdas, y otras veces con una pedrezuela larguilla y esquinada hacían muescas en alguna parte; llevaban así cuenta de lo que cada cacique traía, de forma que guardaban mucha cuenta y razón, que era de general provecho.

Había en la sierra neblinas, que son allá muy ordinarias y densas, sobre todo en tiempo de aguas. Aunque los indios ocultaban el oro, al fin hallamos alguno por la misericordia del Señor; pues al cabo, todas las mentiras tarde o temprano suelen manifestarse. No quiero decir más que nos asombramos con el que llegamos a ver, y

por el tamaño de aquellos edificios, que apenas se hallaban medios para poderlos levantar. Mandaron los capitanes se desprendieran setecientas planchas de oro que recubrían los muros de un templo, y diciendo así fueron enviadas a la ciudad de Cajamarca para que aumentaran el montón; mas por ciertas cartas de relación supe que la carga que éstos llevaban no llegó como salió. Mientras, seguía en ciudad Hernando Pizarro, el hermano del capitán, que no había persona que penetrara donde había puesto la mira. Así dijeron que había salido el tal para la costa, pues supo que había un santuario en Pachacamac con un grandísimo tesoro. Vino con gran enojo, pues volvió con las manos vacías, en donde halló que lo habían ocultado harto bien los sacerdotes y fue echado de allí con gran afrenta y vituperio. Pudimos saber en este viaje que era común error de todos los pueblos de la sierra ser algo arrebatados, pues mandaban pregonar en toda su provincia guerras, cortando limpiamente las cabezas de los generales enemigos. Hallamos a unos mozos y mozas que se amaban demasadamente, y otros que siendo ya hombres hechos y derechos batían tambores muy grandes para la fiesta, menospreciando en ella todas las cosas, elementos y criaturas. Salían dando gritos como truenos y rayos, y los vimos crueles, ignorantes, arrogantes y bulliciosos, sin ningún amor ni compasión. Procurábamos quitarles los resabios a palos y conservarles lo bueno con halagos, y cuando esto no bastase, echarlos al matadero o al monte traídos en collera o cadena, o atados y hecha una sarta dellos, o a manadas. En este tiempo tomaron algunos de los nuestros todas las supersticiones y vicios de la gentilidad, aprendiendo los españoles muchos vicios que no sabíamos. Andaba tan roto el negocio que desde el capitán al último soldado vivíamos miserablemente, cual con cinco, cual con diez, cual con doce mancebas y todas gentiles, y todas ellas quitadas de sus padres o sus maridos. Dejábanse bautizar algunos de miedo que no los mataran, y eran tan frágiles y desventurados en la lujuria que nunca se viera tanta corrupción; y lo mismo se juntaban con algunas bestias que forzaban doncellas y las deshonoraban, para luego morir apedreadas.

A todo esto llevaba Atahualpa tres meses preso en la ciudad cuando supimos que había llegado Almagro a Cajamarca con los refuerzos de infantería y caballeros. Así cuando volvimos no sabían qué hacerse con el rescate de Atahualpa ni con su persona, que andaba vestido con siete camisetas muy finas de cumbí, cosa muy famosa entre todos los indios. Para podernos llevar aquel oro tuvimos más de un mes a un pelotón de orifices fundiendo el metal, que se admiraban los naturales de ver mudanza tan notable; de lo cual resultó que hicieron lingotes con muchas planchas y vasijas, y de objetos que ellos mismos habían tallado antes. Eran los que digo brazaletes y ajorcas de oro con piedras preciosas, que llevaban aquellos principales en lugar de mangas; destruyendo así sus propias obras de arte, con lo que tornó el capitán a disponer todo lo sobredicho.

No hago más que una breve y sumaria relación de lo que iba advirtiendo, y el único premio que pido es el deseo de servir. Si esta historia fuese buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuera mala, de su parto a la sepultura no será muy largo camino. Es aquí donde se echa de ver la dificultad que hay en la ordenación de tantas cosas, pues aunque no va esta relación dividida en sus justas partes se podrían reducir a cinco y un epílogo, si me diera salud para ello la divina bondad. Siguiendo, diré que huyéronse con todo muchos indios por no ser forzados al servicio personal, y allá en sus tierras estuvieron a la mira; y que finalmente pesó aquel tesoro casi mil quinientos pesos de oro fino y veintiseismil libras de plata, viéndose claro y manifiesto que, aunque dijeron esto, sería mucho más. A cada cual nos dieron lo que correspondía, pues siempre fue nuestro capitán en ello harto cristiano, como se ha visto por experiencia en muchos; sabiendo la necesidad extrema que teníamos de remedio y la facilidad y gusto con que todo ello lo admitíamos, pues andábamos pobres los mozos y los viejos, todos andrajos. Separaron el quinto real y algunas cosas para el rey de España, repartiendo el resto entre soldados por orden de méritos; y no digo ningún detalle de esto, que sería largo de contar. Eligieron a Hernando Pizarro que llevara a la corte lo del rey, y hubo compañero tan malicioso que dijo habíanlo hecho para alejarlo de aquella ciudad. Quisieron los codiciosos aprovechar esta ocasión conservando algunos objetos que les agradaban; enviaron otros al emperador para que viera la grandeza de las tierras que le habíamos conquistado, y la horrible servidumbre a que habían venido aquellos indios por hacerse haraganes y no trabajar en las haciendas de los españoles. El resto del oro y de la plata repartiéronse sin acuñar, para aliviar aquel destierro. Aunque se ha puesto suma diligencia en descubrir todo lo sobredicho, sólo ha podido saberse que la parte de Pizarro era una fortuna, lo mismo que las de ciertos capitanes; que repartiólo todo con tanta legalidad y prudencia que no se pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva. Así cada jinete recibió unas noventa libras de peso en oro y el doble de plata, que decían otros que era demasiado; pues los infantes recibimos la mitad y otros tuviéronse que contentar con menos, que tales y tan tristes eran las quejas. Mas todos teníamos más que suficiente para vivir en España, bien ricos si hubiéramos querido; y nuestros hijos el que los tuviera, y los hijos de nuestros hijos. Agradecemos sus ofrecimientos con las mejores razones que pudimos, aunque todo tuviera en aquella tierra mucho menos valor; mas teniendo siervos y alimentos, y alegres todos con la abundancia del socorro, no habiendo hierro tenían algunos que calzar los caballos con herraduras de plata, que parecía cosa de afrenta. Costaba una capa española desbaratada y consumida media libra de oro, y quiero asimismo hacer memoria y relación que costaba una espada la mitad; dándose muchísimo oro por uno de aquellos caballos, que con poca dificultad se le podían contar los huesos.



Por no estar al agua y al viento que hacía, algunos se llevaron sus ganancias a España; otros las derrochamos y jugamos nuestras fortunas, y cuento esto brevemente porque no creo haya necesidad de más. Fue como digo encargado Hernando Pizarro de llevar el quinto del rey, al cual apenas basta el mundo todo; y en España dióle don Carlos la cruz de Santiago con otros de nobleza, con lo que partió muy alegre por lo bien que allí le fue. En cuanto a Atahualpa, había pagado con largueza su rescate y con ello ganado harto bien su libertad; mas algunos lo querían mal, y decidieron librarse de él como pudieran. Empezaron a encolerizarse y lo acusaron de traidor, y no dijo ni una palabra; mas la principal cosa fue que dijeron que había ordenado a sus ejércitos atacar a los españoles, aunque sus pensamientos iban por otros derroteros. Como más tarde se demostró, basáronse en una acusación del indio Felipillo; y fue la razón que una vez lo había acusado Atahualpa de acostarse con sus mujeres en el propio harén real, hasta hacerle casi perder el juicio. Esto lo llenaba de horribles terrores y ahora se vengaba, levantando un falso testimonio, aunque yo le rogué no lo hiciera. Verdad es que fue éste un caso harto lamentable, y estando en éstas acusaron también Atahualpa de matar a su hermano, pues él mismo lo había relatado. Otro motivo que contribuyó, fue que según los cálculos que hicieron, había éste caído en idolatría y cultivado el pecado nefando; con lo que comenzóse a deshonorar, y no pudo responder cosa alguna. Después de haber despachado a Pizarro lo hicieron con Hernando de Soto, que era amigo personal de Atahualpa, si mal no recuerdo; diciendo a éste que investigara la presencia de tropas enemigas, pues suplía su experiencia a la que otros pudieran tener. Mal podían los naturales aprovecharse, con lo que volvió diciendo que no veía a nadie por ninguna parte; pues aquéllos que halló tenían un natural manso, tierno y compasivo, y no eran traidores ni amigos de armar motines ni barullos. Así llegaron ciertos indios mensajeros a avisarlo, hallando Soto a su vuelta que habían condenado a su amigo por traidor, diciéndole antes muchas injurias que sin duda eran cosa de ver. Hizo el Inca señal a los suyos que se estuvieran quedos, mas dijeron con todo aquellos capitanes que había de ser quemado; pues eran sus corazones de fieras, y por mayoría de muchos decidióse su destino, siendo esto verdad. Que después de un juicio irrisorio se dio el bando con la sentencia, y si alguna duda quedaba tacháronlo de adorar a ciertos ídolos y otras cosas naturales que los antiguos veneraban. Lo que causaba más lástima fue que nos reunieron a muchos españoles en la plaza por la tarde, y era para presenciar la ejecución, con lo que empezamos a descubrir este daño que ya tan descubierto estaba.

Dijéronle a Atahualpa recibiera el bautismo, y que abjurando de ciertas supersticiones sufriría la pena menos rigurosa de ser estrangulado por el cuello. Diéronse a publicar el evangelio y azotaron al dicho indio, y por el rigor de sus leyes y por que se ejecutaran a la letra se prestaron a ello. Oyendo las oraciones del cura

Valverde lo bautizaron al pie de la estaca, despojado antes de sus fajas y guirnaldas, así como joyas, prendedores y vestidos preciosos. No es mi intento aquí hacer historia, aunque se podría hacer muy larga y muy varia; sólo diré que confió sus hijos a Francisco Pizarro, dándole luego garrote; pues aunque resistieran los píos, pudieron más los impíos. Dímosle cristiana sepultura, y dicen que fue cosa de gran admiración la fiesta; y tras esto, después de pocos días supimos que habían desenterrado sus hombres los huesos para llevarlos hasta Quito, y hacerle allí los funerales según las costumbres que tenían. Fue bien cierto que yendo Atahualpa camino de la estaca como he dicho, la multitud de todos los suyos caían al suelo como si estuvieran borrachos, con gran enojo de lo que le habían hecho, y más de lo que harían. Dos de sus mujeres batían tambores que era cosa de ver, contando sus hazañas con palabras que hacían temblar, y las luchas en que salió con gran victoria. Parecióme aquel un día de juicio, pues vagaban luego por sus cuartos llamándolo a voces y buscándolo en cada rincón, de lo cual todos nos quedamos atónitos. Y algunas mujeres incas se ahorcaron por acompañarle y servirle en el otro mundo, pues había prometido él que tras su muerte lo había de resucitar el Sol, que era su padre, y lo devolvería a la tierra. A esta sazón vino la nueva de que habían robado sus huesos, como digo; y contólo un viejo flaco, barbudo y con cabellos como de mujer. Era el sepulcro de los reyes de aquella tierra como casa de habitación, con su sala, cámara y recámara, y todos los demás lugares necesarios; hacían el entierro solemne con cánticos a su modo, usando una litera donde traían vestido al difunto muy bien, poniéndole todos sus tesoros, vajillas y ropa, y ofrecíanle mucha comida, con pan y vino hecho de maíz. Algunos servidores se mataban, con lo que no era raro en los templos hallar cordeles, cuchillos y bebidas de ponzoña; otros usaban bestias fieras, despeñaderos y otros géneros de muerte, mas todo con gran solemnidad y acompañamiento de voces. Era lo más ordinario que tomaran un cierto veneno o se mataran con pedernales, desangrándose; y paso adelante y acorto el cuento, porque lleva camino de no acabar en dos días. La experiencia nos dijo después lo mal hecho y peor acordado que se hizo con quitarle al Inca la vida, pues en ese tiempo llovió granizo y rayos; de cuya falta nació que perdimos los españoles muchos tesoros que aquel príncipe nos diera, y con estas diligencias se comenzaron muchos a persuadir que estaban los indios firmes en su propósito. Pues faltando su persona, muchos de sus vasallos se alteraron y sublevaron, saliendo después del Cuzco con el aparato de guerra y volviendo a sus supersticiones.

Dos años después de haberse ido volvió Hernando Pizarro al Perú, apercebido para la guerra y la defensa y lleno de dignidades, el cual llegó y halló toda la gente alborotada. Lloró cuando supo la muerte del amigo, y así habiéndose afligido guardó luto por su persona. Fue esta muerte reprobada por el emperador don Carlos, y que aquellos

españoles se hubieran permitido perseguirlo, maltratándolo; y luego otro día hubieran afrentado al Inca públicamente, dándole muerte vil. Dijo que el suceso le displacía mucho, porque directamente no quería tal cosa en lo interior, siendo por justicia y no en batalla. Tampoco quiso admitir que hubieran repartido sus tesoros, habiéndole privado a él mismo de sus tratos, contratos, tributos y alcabalas. Dijeron otras cosas muy distintas, y fue que hubo necesidad de buscar remedio, pues en un tiempo se había casado con su hermana; que por eso lo condenaron al garrote y a ser quemado luego, lo que hicieron a boca de noche. Que tenía hartas supersticiones, pues creía y decía que el mundo, sol y luna, cielo y tierra fueron creados por un dios a quien llamaba Luz Eterna; que pasados unos años después esto lo escribió Pedro Pizarro, el que fuera de paje con su tío. Fue el proceso en resumidas cuentas mal compuesto y peor escrito, y la ignorancia fue la causa de tales errores; todo rodeado de malos augurios desde la entrada a la salida, con el mucho agua que llovió y tales cosas que parecía imposible pasarlas, pues estuvieron a punto de ahogarse algunos españoles. Digo yo que fue el culpable el tal clérigo, pues lo embistió con tal ímpetu y presteza que resultó ser desasosegado e inquieto a más de descompuesto, dejando perpetua la memoria de sus atrocidades. Fue el segundo un escribano falto de conciencia y de mala habilidad, que dejándose llevar de la tirana violencia del deseo tuvo por bien de secundar la gracia. En fin, que olvidando sus culpas se echaban unos a otros la de aquel crimen, confesando ahora con arrepentimiento los despeños a que los había llevado su avaricia, pues habían destruido la imagen de nuestra autoridad.

Más tarde, dejándose llevar por su remordimiento trató el tal Francisco Pizarro de enmendar la injusticia que hiciera. Dispuso su pretensión con tal destreza y se dio tan buena maña, que ajustada esta determinación entre varios llamaron a un hijo de Huayna Capac que decían Tuparca. Era el tal de áspera condición, de espíritu bullicioso, de natural altivo y corazón soberbio. Oyóle el capitán español referir sus infortunios y sus lamentables desgracias, y lo invistió con los atributos imperiales para cubrir la total indecencia en que se hallaba, pues iba desnudo, en carnes y el cuerpo todo embijado, coronada de un penacho de plumas la cabeza, terciada al hombro la aljaba y armado el arco en la mano. Así, apagada la llama antes que cobrase fuerza el incendio, llevólo consigo hacia el sur. Tras esto, después de pocos días cundió la anarquía; y al fin todos partimos para Cuzco, marchando los españoles por la carretera con muchos refuerzos que habíamos por entonces recibido. Aunque sólo por hacer esta experiencia habían llegado muchos voluntarios de Panamá y España, habiendo mucha devoción entre los españoles y siendo exhortados los naturales con buenos ejemplos. Éramos más de seiscientos a más de infinitos esclavos indios, y delante de todos el capitán con sus canas, todos hacia el mismo lugar. Hallamos por dondequiera que pasamos hartas

supersticiones: algunos adoraban a Viracocha, que era en su lengua el dios eterno del Perú. Ya el primer poblador de aquellas tierras que llamaban Pirúa lo adoró, siendo su vida como religiosa, de mucha abstinencia, sin jamás comer carne sino algunas hierbas y raíces, y adivinando los casos venideros o los muy remotos al lugar donde estaba. Llamaban los indios a la luna Coya, que quiere decir reina, y Mamacocha decían a la mar, invocándola de la misma manera los que en bajando de la sierra a los llanos la veían. Decían de la aurora que era la diosa de princesas y doncellas, autora de las flores del campo; y que era la aurora señora de la madrugada, de crepúsculos y celajes, pues sólo ella echaba el rocío en la tierra cuando sacudía sus cabellos. Elegían las mazorcas más señaladas como primicias a su dios, llevando su sacerdote principal una gran tiara a la cabeza a modo de capirote o papahigo; con una patena de oro a manera de sol y encima una diadema grande, y por extremo plumas largas de ciertos papagayos que ellos llamaban guacamayos. No diré más, sino que iban aquellos sacerdotes todos cubiertos de chapa de oro y pedrerías; y permita Dios que los hijos que yo tenga en adelante sean perpetuamente bajos y de vil condición, si hubiera mentira en lo que digo. Muera yo arrastrado y sea hecho cuartos, y mi casa derrumbada y hecha muladar; mas si digo verdad, vuelva en mí la gracia real y no padezca nada de lo dicho.

Quedó en la guarnición de San Miguel un tal Belalcázar, con todas las armas necesarias y un ejército muy poderoso y lucido. Dijeron que había pasado con Pedrarias al Darién salvándole más de una vez la vida con no poco peligro, siendo más poderoso ahora que ninguno de los valientes que allí había. La principal causa y raíz de todo este prestigio fue el ser extremeño como Pizarro, habiéndose también escapado cuando joven. Fue harto remedio según traía la necesidad, y no era el tal muy considerado, pues queriendo desatascar un asno que se le había empantanado dióle tal manta de palos al pobre animal, que lo acabó allí mismo. Aunque le pesara de lo hecho no rogó a su padre que lo perdonara, que hubiera preferido morir antes de hallarse con su ira. Pensando yo entre mí, vi ser esta historia en algo semejante a la del capitán; mas aunque vinieran de gentes semejantes eran bien diferentes entre sí. Era éste malicioso en tal manera, que todo cuanto oía o veía lo echaba a mala parte; bastábale pasar por el pueblo ligero y cobrar su estipendio, con lo que quedaba muy contento. En fin, me he ido de lo que hasta aquí me traía; y es que en cuanto a nosotros, caminamos sin ningún tropiezo hacia el sur, siguiendo la carretera incaica y atravesando de esta guisa aquella planicie central. Como halláramos la puerta abierta a nuestros deseos, luego acudimos y llegamos a un valle que llamamos Jauja, mas pesóle al demonio tanto bien y hallamos unos indios que aguardaban para atacarnos a la orilla de un río. No se consintió en ningún modo, diezmándolos la caballería, que los apretó con la mayor furia. Visto por los naturales no ser aquello buen negocio se alejaron y nos detuvimos allí fundando una

ciudad, para que de largos y felices años se perpetuase en eterna gloria. Iba yo en esto anotando la curiosidad de muchas cosas que veía, y allí me nació un hijo varón, legítimo y mayor. Fue de una tal india, porque es verdad que en determinándose de veras a abrazarla, no serían bastantes los tormentos y muertes a apartarse de ella. Como se hubieran sublevado los suyos, ella se marchó y se escondió con el niño en un monte muy áspero, como a una legua del pueblo; con lo cual perdí mi sucesión y mis obligaciones como padre, que apenas se hallará concilio donde no se haya tratado este punto.

Así, medio a tientas, fue acusado también como traidor aquel hijo de Huayna Capac llamado Tuparca, y con este trabajo después de dos días lo condenaron a ser quemado vivo, aunque protestó de su inocencia. Bien le hubiera aprovechado decir que era cristiano, mas como lo instaran a que recibiera el bautismo se negó, alegando que no entendía la religión de los hombres blancos; y nunca lo dijera, pues en esta disposición de ánimo permaneció, que de haber tenido sensatez no lo hiciera. En fin, para abreviar este triste capítulo diré que fueron tras él, lo mataron y lo enterraron luego. Marchábamos en éstas quinientos españoles con nuestros atavíos guerreros, y había pasado un año desde que entramos en Cajamarca. Era por entonces el mes de noviembre cuando llegamos al Cuzco y no pudimos por menos que quedar asombrados, pues no fue poca sino grandísima y muy buenaventura cosa para todos. Volvimos a la realidad, y estando todos en silencio recorrimos las calles ante los indios que nos contemplaban, llegando a una plaza tan bien dispuesta y con tal arte que era cosa de ver. Pasamos allí toda la noche, y al día siguiente estuvimos temprano ocupados en el saqueo de aquella ciudad, ante la pesadumbre de los naturales. Con objeto de ser lo más breve y claro posible diré que no perdonamos palacio ni sepulcro ninguno, pues hubo quien barrió el aposento del difunto; y otros se reían grandemente, diciendo que por algún tiempo ya tenían bastante de correrías por el mar. Despojaron otros de sus joyas a las momias reales, desobedeciendo así la orden de Francisco Pizarro que estaba asomado a su ventana desde donde veía y oía todo, y contra el parecer del capitán, no haciendo caso de lo que proponía. Si alguna vez el relato de las aventuras de un hombre ha sido digno de publicarse, éste lo fuera, aunque conteniendo el detalle de los métodos; pues vimos tales cosas que más que naturales parecían engaños y mentiras del diablo, enemigo de la naturaleza humana. Pareciónos que estábamos soñando, pues hallamos una enorme cantidad de plata; había más de ésta que de oro, aunque también lo había, pero todo esto no responde a mi objeto. No contentándose con eso invadían algunos las casas y torturaban a sus habitantes, hasta que al fin se morían; y era todo para hacerles confesar tesoros escondidos y enterarse del camino para llegar a ellos. Hallamos munición para la guerra de los indios, que con la prisa se

habían dejado muchas cosas: eran lanzas y porras, flechas y tiraderas que nos llegaban hasta encima de las rodillas y muchas veces hasta las orejas. Vimos galpones con maromas tan gruesas como un muslo, con que aquéllos arrastraban las piedras, y aunque nos aprovechara poco las destruimos, para que en adelante no pudieran hacerlo. Vimos que ataban éstos los manojos de barras de cobre de diez en diez, y eran para las minas, y con ver aquella obra pensamos que ninguna cosa se les hacía imposible. Hallando depósitos de ropa de diversas maneras iban algunos de nosotros tan a la usanza de los indios que no se distinguían de ellos, y aunque se nos ponían delante no era fácil reconocerlos de esta guisa. Había depósitos de coca y ají; y sucedió pues, que yendo por la ciudad hallamos una cierta cecina, que ninguna persona sabía el busilis, sacando luego por conjeturas que eran algunos indios desollados. Con esto se acabaron las preguntas y respuestas, pero no se acabó la admiración en que todos quedamos, pues era cosa de ver la figura que tenían. Pues con tal traza y tal orden estaban fabricadas las piezas de aquella cecina, que viendo la cual todos nos quedábamos atónitos.

¡Aquí sí fue el admirarse de nuevo! Pues llegamos a las casas del Sol, entrando en ellas con todo el acompañamiento. Habiéndose divulgado en la ciudad nos salían al paso, diciendo: “¿Cómo entráis aquí vosotros, pues hay que ayunar un año para hacerlo, y es necesario entrar descalzo con un gran peso a la espalda?” Diciendo esto, ya avisados y sin hacerles caso entramos, recorriendo luego la ciudad que se había quedado vacía. Vimos uno a uno los palacios, acabando en casa de las vírgenes del Sol, y sin duda pensaron las mujeres que los mismos demonios las llevaban. Vinieron algunas, cenóse espléndidamente, honraronme todas, y trataronme como a caballero. Entre las damas había dos de gustos pícaros y burlones, y se dieron tanta prisa que me molieron. Otras con ser más honestas eran algo descompuestas, y por dar lugar a que las burlas alegrasen sin enfado, hizo una que me llevaran en peso a su lecho, sin que en las obras pasáramos adelante. Y esta fuera hora de que la tal doncella no lo fuera, pero viéndome apretado de requiebros levanté los ojos y dije: “Dejadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos, que no estoy para saraos de damas”. Y con cansada y debilitada voz rogué que me dejaran allí morir, porque el dolor de muelas no consentía que más adelante pasase. En esto, tomándome de la mano díjome con voz sumisa, pero no tanto que de todas no fuera entendida algo que no repito, porque el vulgo ignorante no se escandalizara; que andaba ésta admirada según dijo de mi gallardía, bizarría, buen talle y suceso. Dicho esto me senté en mitad de la sala, y saliendo todas del aposento cerraron la puerta. ¡Válgame el diablo! Quedéme solo, y en ese entretanto comencé a moverme y a hacer a modo de escaramuza, y unas veces huía sin saber de quién, y otras esperaba sin saber a quién; que hubiera yo querido no dejar de dar gusto

a todo el mundo para que con él se solazasen, pero esto era imposible. Así estuve lo que me pareció trescientos años, durmiendo en pie, interrumpiendo el sueño, si no fuera porque hallando una salida me encaminé por ella a la ciudad apresurando el paso, y se despidieron de mí llorando y dando voces que me detuviese. El tiempo estaba alegre, el aire claro, la tierra jocunda, y trayéndome aderezo de escribir de que siempre estaba proveído, apartéme a una parte y escribí todo esto para que quedara en memoria de los siglos venideros.

¡Señor! ¿Por qué haces tales cosas con un miserable desagradecido como yo? En consecuencia, que hallamos muchas cosas y de mucho valor en esta ciudad, pasmábanse todos y ninguno osaba decir palabra. Aquí vimos diez planchas de plata de veinte pies de largo cada una, con un pie de altura y más de tres pulgadas de grosor; mas dijo el capitán que estuviésemos quedos, pues nos era forzado partir, que andaba toda la chusma puesta en pie y alerta. Hicímoslo así, y aunque vi que no decía verdad no había persona en el mundo que responderle pudiera. Otra vez tuvieron los orífices la obligación de destruir los objetos que antes fabricaran, para hacer ciertos lingotes de oro; mandó traer el capitán algunas joyas y dineros, y no se osaba fiar de ninguno temiendo nuevas aventuras, nuevos sucesos y todos peligrosos. Díónos algunas cosillas, y hecho esto nos mudamos a otro sitio, con lo cual todos quedamos contentos, satisfechos y pagados regular. Era cosa de ver la casa donde fundían todo aquello, llena de oro en planchas de diez libras cada una, que a mí me pusieron no sé qué deseo de codicia, pues tenían fuerza de turbar los más sosegados corazones. Habíalo en vajillas, ollas y piezas de distinta figura, que parecía cosa de poco creer; y diré en breves palabras que en el saqueo de aquella ciudad cada cual se quedó lo que quiso, a lo somormujo y sin que nadie se enterara, cantando algunos y haciéndose rajas a bailar la turbamulta. Diré que habiendo dejado para un capitán un disco de oro representando al mismo sol, yendo rico y contento con los que a pie y a caballo lo acompañaban lo jugó aquella noche, perdiéndolo; juro ser esto la verdad, pues de aquí adelante quedó aquel dicho de jugarse el sol antes de amanecer, como dicen. Hubo tal, que teniendo trescientos mil pesos castellanos en cántaros y piezas, mudando la suerte en amaneciendo lo perdían. ¡Oh, fuerza rabiosa de la ambición, a qué desesperado fin conduces a quien te da acogida en su pecho!

Había muerto Tuparca como he dicho, y estando nosotros en el Cuzco se presentó en nuestro campamento otro mozo que dijo ser hijo legítimo de Huayna Capac, al que llamaban los suyos Manco Inca. Estando así acudieron los criados a buscar agua que echarle en el rostro y trajéronla, con lo que lo bañaron. Era hermano de Huáscar y vino con una lucida comitiva, asegurando a nuestro capitán que era heredero legítimo del trono como hijo mayor del susodicho. Confuso estaba Francisco Pizarro y no sabía qué

hacerse, mas finalmente se llegó a él, y asiéndolo de ambas manos le dijo que fuera bien venido, pues sin tener un rey natural que viniera a suplir las faltas del otro y a remediar sus trabajos, todo aquel circuito parecía campo de tristeza y lugar de desgracia. El mismo Pizarro púsole la diadema en la frente, ciñéndole la borla imperial y dándole un collar de cuentas de Flandes que llevaba al cuello y estimaba mucho, con lo que lo proclamaba verdadero sucesor. Entró con él en la capital de aquel imperio y fueron muchas las aclamaciones que sus nuevos súbditos le hacían, que era de encarecer. Lloraban a esto los criados y desmayábanse a cada paso las doncellas, y hasta secaron las lágrimas de los ojos de algunos españoles, no hechos a verterlas en ninguna ocasión; y no digamos yo, que de mi natural soy compasivo y bien intencionado, dotado de una naturaleza quieta y de ánimo no poco pacífico, aunque no lo parezca muchas veces. Marchámonos después, y a todo español que quisiera quedarse le dio una parcela de tierra muy buena, que había por allí muchas labranzas de maizales y tenían su suerte por venturosa; y con esto les daba una encomienda de vasallos indios que se las labraran, los cuales pensaban allí acabar su vida. Hizo Francisco Pizarro municipio, alabóse su buen propósito y yo le dije que me placía; y con esto, todos aquellos territorios y vasallos fueron desde entonces de nuestro emperador. Diéronnos guías para el camino, que los criaban desde niños para ese efecto; ya que no había modo de vivir más inquieto y sobresaltado que el nuestro, de lo que he dado muy larga cuenta y relación. Había dejado el capitán a sus hermanos al mando del Cuzco, quedándose allí con gente de a caballo, y nosotros con él recorrimos el litoral quedando tan cercados de aguas como de tribulaciones. Juntamos el mayor número de gente que pudimos reunir, y como sea tan apreciable en los hombres la dulzura del mandar, alegres con el buen suceso que logró nuestra diligencia fundamos los españoles una ciudad, con lo que rematamos la conquista que hicimos del Perú. Escogimos para alzar la dicha ciudad un lugar distante dos leguas de la costa, con tierras muy fértiles y pobladas, muy cerca de un puerto llamado Callao. Caminando siempre por la falda de la serranía vinieron otros, y llamamos la ciudad de los Reyes, que no se pudo por entonces oír nueva más gustosa. Dijímosla así en honor de la fiesta de la Epifanía, mas no se quedó con este nombre sino con el de Lima, que así la llamaban los indios trabucando la palabra Rimac. Y ha venido luego a ser la capital de aquellos reinos, casando allí muchos españoles con las indias y teniendo muchos hijos dellas. Hízose allí Francisco Pizarro un palacio con los mejores aposentos, con un jardín de frutas y flores; avisóme de ello porque me tenía buena voluntad, y yo lo agradecí mucho, y pagué su favor llevándole algunas cosillas; y aún le prometí, el tiempo andando, hacerle más honra y darle lo que yo tenía. Hizo un patio para el juego de bolos, y podía yo visitarlo en él cuando en voluntad me viniera por el mucho tiempo que lo conocía.



Ofrecíme de acompañarlo donde quisiera y le iba a ver, y aunque ya no era lo que se dice un mancebo, sí tenía buena disposición y se hallaba conmigo bien acompañado. También llegó en este tiempo un mensajero, diciendo que el rey de España le había concedido a la ciudad un escudo de armas que llevaba pintadas tres coronas y una estrella. Hubo mucho placer en saber que estábamos buenos, porque tenía ya ganas de vernos.

Pero era duro el corazón de algunos hombres, viniendo por ello grandes desastres luego, por la ambición de unos y el mal gobierno de los otros que tenían mala voluntad. Estaba la ciudad muy abundosa de vituallas y abastecimientos, cercada toda de un fosado hondo y un pretil de madera; y como sintiéramos rumores volvió uno de los nuestros a hacernos saber lo que pasaba, y era que se sublevaron los indios y se alentaban entre ellos para que matasen a todos los cristianos que pudieran. Les fui a preguntar cómo pasaba el negocio, y sucedía que todo fue causado por el exceso de muchos españoles y las disensiones que entre nosotros había; y de esta forma fueron ahorcados algunos que no creo se tornaran a revolver. Todo esto oscureció un tanto la conquista, pues los nuestros descorridos siguiéronlos por los montes todos de la misma manera, manchando con ciertas hazañas que no digo la fama de todos. Andaban los demonios entre Pizarro y Almagro, que hubieran pasado a motines declarados si no lo impidiera el capitán; pues quejábase Almagro de las injusticias que tuvieron con él, y andaba envidioso sin perder el ánimo, disimulando la herida. Llegó con esto la hora de misa, y oyéronla juntos para reconciliarse; acabada la misa unieron las manos, jurando después del sermón no calumniarse más el uno al otro. Así lo prometieron por sus muertos, y que no enviarían informes al emperador por separado; y repartir con equidad los beneficios que tuvieran, que duró esta obra de hora y media, y hubiera durado tres o cuatro días si no lo remedia Dios. Llegaron órdenes de España haciendo marqués a Francisco Pizarro, a quien todos luego y desde entonces llamamos el Marqués; y extendieron sus posesiones muchas millas al sur, dándole a Almagro un territorio al sur de éste y agradeciéndole sus trabajos. Llamóse el feudo de Pizarro Nueva Castilla, siendo nombrado el de Almagro Nueva Toledo; mas no había entre ellos línea divisoria, que en toda aquella tierra no se hallaba camino que la hiciera por ninguna parte y era todo montañas muy cerradas. Entrególes los dichos mensajes Hernando Pizarro, que andaba de vuelta de España por entonces; que a todos cuantos le preguntaban decía haber llegado por entre anegadizos y manglares, con muchos trabajos hasta llegar allí. Alzaron los manteles y tomándolo de la mano lo enviaron al Cuzco para que gobernara allí con sus hermanos, esperando en qué habían de parar tales prevenciones; y eran los tales Juan y Gonzalo como ya dije, que la virtud se había de honrar en ellos. Yo me partí y dormí aquella noche en unos despoblados, siguiendo ciertas cortaduras y señales; y

así fue que a medianoche volví, y llegué que me anegaba. Continuó luego el marqués con sus fundaciones, siendo de las más nombradas Trujillo, que así llamó por su tierra natal; y así fuimos tirando, mal que bien, y perdóneseme el inciso.

Sabíamos bien las cosas de la guerra, y marchaba el marqués al frente de nosotros, que era el monte áspero. Llevábamos una manada de aquellos animales que allí había y decían llamas, y unos hatos de cerdos, con perdón, que los naturales no conocían. Diré que para estas andanzas llevábamos buena provisión de maíz, y volviendo a nuestro capitán diré que con él caminaba el hermano menor del Inca Manco que llamaban Pailú. No he hablado de él todavía, pues era tal la cantidad de aquellos príncipes que se me iba la cabeza, y era mozo de buen parecer, al cual le dio harto oro y mujeres sin pedirle ninguna cosa a cambio. Marchaba en tanto Almagro con su compañía por la carretera militar de los incas al sur, orillando la costa de un gran lago que decían los indios Titicaca. Atravesando la parte más alta y más helada de la meseta aquélla, tenía volver atrás por imposible, y adelante ninguna certeza tenía; y aunque la tierra pareciera pobre, así como el fuego no puede estar por mucho tiempo escondido y enterrado, descubrieron luego minas riquísimas de plata, que parecía Dios haber alumbrado al capitán. No he de callar que muchos indios murieron durante el invierno, bien por el frío o por la mucha hambre; que en su misma confusión y variedad se conocía que tenían perdido el tino, pues el viento azotaba y eran las alturas heladas, como he dicho. Viéndose mal decidió el tal Almagro pasar al otro lado de la cordillera, bajando hacia el valle de Salta en el interior; no fue poco el placer que sintieron, que allí pasaron dos meses y no les faltaba qué mirar y admirar. Tomaron fuerzas para volver a las montañas, acaeciendo pues que pasaron por ellas al mar que llamamos Pacífico, a un lugar llamado Copiapó; y en estas habían muerto miles de indios y algunos españoles, que mostró afligirse el capitán y no se holgaron nada los soldados. Murieron esclavos negros y muchos caballos, y algunos en parte se habían congelado, que en estos lugares nunca otra cosa tan medrosa se vio, quedando tales que era grandísima lástima verlos. Iban en busca de puerto y tierra que fuera mejor, y los que detrás venían hallaron congelados los cuerpos de aquellos caballos, sin corromperse por el frío aunque parezca cosa maravillosa; con lo que mucho se remediaron, comiéndose su carne. Siguiendo Almagro con los suyos aquella costa que digo del Pacífico, iban tan temerosos de lo pasado que pidieron al escribano lo diera por testimonio; mas quiso Dios que hallaran caminos fáciles y terrenos muy abundosos y de mucha pesquería. Contáronme por menudo todo el suceso, y que fueron a tiempos por el mar y a tiempos por tierra; por dondequiera destruían los ídolos y atacaban la idolatría, y por cada español que los indios mataban quemaban ellos vivos a treinta de sus jefes, quedando con su muerte más seguros, todo a vista de las gentes y muchachos, que como a monos

los miraban. Con estas cosas y otras muchas había recorrido el tal Almagro más de dos mil quinientas millas por caminos tortuosos, yendo tan apretados que no se podían menear, sin hallar nada que les agradara; reposaron muy poco, muy sin reposo, pues eran malos puertos y se podían perder los navíos en ellos. En cuanto a los destacamentos que mandó hacia el sur, dijeron ser aquellas tierras repulsivas y estériles, y a mayores oyeron que había más allá un país de guerreros indomables que se llamaban araucanos, de quien mil maravillas se contaban. Era el límite de las tierras incaicas el río Maule, y de pasar se excusaron, pues a más que no hallaron canoa ninguna, había grandes ciénagas en su margen. Durmieron en un campo con cierta tristeza de la gente, y a fin de volver al Perú escogieron la costa, que era más suave y corta ruta que la montañosa; mas pasaba por desiertos sin agua, que es uno de los innumerables peligros en que andan todos los que viven por allá, con lo que sacaron aquéllos por premio de su codicia el fruto del escarmiento. Por si fuera poco hubo de sufrir todo el ejército el tormento de la ceguera, pues por dos días se lo produjo la nieve pasada; y faltando alimentos, hombres y caballos morían sin poderlo remediar. Sufrieron nubes de ceniza que venía de ciertos volcanes y al tiempo los cegaba, yendo el hambre arreciando de forma, que hubieron de comerse una hermosa galga que llevaba un alférez; pues se entró entre ellos una hombruna tal que se comían los potrillos de recién nacidos, y un rebaño de llamas devoraron.

Ya que he hecho relación de lo susodicho con Almagro, diré que al norte quedábamos los hombres de Francisco Pizarro; y andábamos en paz, que quejarse era tentar a Dios por el buen tiempo que tuvimos. Pacificáronse los indios y no andábamos mal, y en enfermando alguno lo curaban ellos soplando al enfermo, echando con el soplo y con las manos la enfermedad; y si ello no daba resultado, tomando una piedra caliente la ponían en el estómago, sanando y quitando el dolor. Daban cauterios de fuego, cosa tenida por ellos como muy provechosa; y adelante, compañeros, que era Dios con nosotros y el glorioso san Pedro, pues vivíamos muchos españoles del trabajo de nuestros vasallos naturales. Con respecto al tal Belalcázar que dije, que había quedado con los suyos al norte en el reino de Quito, diré que llevaron sus armas a un lugar que llamamos Colombia, y es harto lucido. Manifestaron ser gente de valor en la constancia con que sufrieron el combate, y habiendo conquistado aquellas tierras hubieron de retirarse los naturales muy amedrentados. Volviendo de nuevo a nosotros, deseando remedio el marqués que aminorase el rigor de tantos males como nos habían sucedido, dedicábase a gobernar y administrar ahora; respondía a diferentes preguntas que le hacíamos y levantaba ciudades españolas, donde llegaban gentes de Castilla, arrebatados con la ilusión de una esperanza vana, pues parecían luego su fragosidad inaccesible. Quedaba en el Cuzco una guarnición de doscientos soldados españoles,

considerando la dificultad de defenderlo, y muchos servidores indios; y con ellos Hernando Pizarro de gobernador, infundiendo en los corazones de los suyos ardientísimos deseos de victoria. Mas, con llevar puesta la mira a otros intentos, toda esta paz que digo se rompió de repente; y fué por fatiga de la industria o por disposición de la naturaleza, no lo sé, mas con todo hubo una violenta rebelión mandada por el Inca Manco, el hijo de Huayna Capac; y doy gracias al cielo que no salí con alguna costilla quebrada, y lo hice sin sucederme cosa que obligue a contarla en esta verídica historia. Estaba el dicho príncipe bien guardado y mejor vigilado, encerrado en una saleta baja; y aunque reconocido por único soberano de los incas, aunque yendo y viniendo con la imaginación, no era más que un prisionero de los españoles por el desdichado suceso de su vencimiento. Sentía grandemente lo desairado de su posición, de la que no recibía mucho gusto; trató varias veces de escapar, sin que lo consiguiera, quedando vencido, corrido y molido de la caminata. Luego, al mismo punto, sufrió desde entonces mayor vigilancia; pues que en su reclusión y retirada cualquiera de nuestros soldados podía infringirle a su gusto toda clase de afrentas, porque no tuvieran efecto sus hueros pensamientos. Muchos días estuvo en el lecho pensativo y manido, triste y mal acondicionado; mas dióse traza para ganar al marqués por la codicia, y habiéndose ofrecido mucho le prometió una estatua de tamaño natural de su padre, toda hecha de oro, que estaba escondida según dijo en una caverna secreta. Porque no hay por qué negarlo, diré que le dieron permiso para ir a buscarla, con lo que llegóse el día de la partida. Cuando estuvo fuera de la ciudad, con esto se partió y se escondió entre las montañas; y aquí fue Troya, pues llamó el tal a todos sus súbditos contando los peligros y aprietos en que se había visto, que de tan valientes corazones es tener sufrimiento en las desgracias como alegría en la prosperidad. Mandóles que hicieran la guerra y acabaran en Cuzco con los españoles, y contó la industria y medio que habían de tener para ello, donde mostró que su discreción se adelantaba a sus años.

Alegaban aquellos nobles incas el maltrato que habían recibido, y que todo el cuerpo de nuestra nación estaba contaminado y podrido. Todo después de la vida contenta y feliz que siempre tuvieron, pues la desdicha y no la cobardía llevóse sus alcanzadas glorias, haciéndolos esclavos. Usó la fortuna con ellos de vueltas y revueltas, pues vivían en las casas como servidores; y pareciéndoles no ser de inconveniente tomaban los españoles sus mujeres e hijas para tenerlas por mancebas. No valían ruegos, promesas, dádivas ni lástimas, y lo que más sentían todos era que un señor natural que Dios les había dado, y a quien admiraban y querían, fuese tratado de la guisa que digo: que estando preso derribábanle, y había llevado sobre sus espaldas el peso de la indignidad. Éstos eran los nobles, mas también por su parte el pueblo llano hubo de sufrir mucho, sin que sus industrias, estratagemas y solicitudes les valieran; que

éstos consentían en lo propuesto, pues tenían costumbre de obedecer y reconocer las conquistas de otros, que cada uno es artífice de su ventura. Hicieron las diligencias posibles, pues tomábanles los españoles sus mujeres y quemaban sus casas como he dicho; volviendo luego limpios con la penitencia y el arrepentimiento, y cometiendo en sus pueblos y aldeas muchísimos desmanes; sin sucederles cosa que estorbara el caso, y dejando que murieran de hambre con todas sus familias. A lo menos, yo osaré jurar que por aquellas cosas no extraño que el Inca Manco lograra reunir un gran ejército, que en éstas iban siguiendo aquel camino y sitiaron a Cuzco. El silencio fue allí quien habló, brillando por la noche muchas hogueras en las cercanías de la ciudad; y así con prudencia, sagacidad y diligencia ocuparon aquella fortaleza, y sin faltar un punto a la verdad del caso diré que hubo en ella lágrimas, suspiros, desmayos y sollozos. Disparaban éstos proyectiles incendiados sobre ciertas casas, y ardiendo muchas consumió el fuego más de la mitad; y fue preciso ceder a su violencia, pues pensaron que el cielo se desencajaba de sus quicios y venía a dar sobre sus cabezas. La nueva nos quitó a nosotros el sentido, y acabó con nuestra paciencia cuando lo supimos en Lima; y no digo más, sino que pasaron los españoles la noche a cielo raso y descubierta. Ya en esto amanecía y entraban los indios protegidos por las nubes de humo, y que me maten, señores, si muchos de aquellos españoles no pensaron allí mismo terminada su vida. Créanme vuestas mercedes, pues levantaron los indios barricadas en las calles; viendo lo cual los españoles se pusieron en pie, y arremetiendo, por fin, les presentaron batalla. Al parecer al alba, Juan Pizarro, que tenía a la sazón veinticinco años y era caballero de graciosas maneras, hubo de dirigir la defensa; desvióse de aquel lugar un buen espacio, y no llevaba puesto el yelmo, que una herida en la barbilla se lo impedía. Fue así como recibió el desdichado una pedrada en la cabeza que lo descalabró, dejándolo medio desfallecido; y hallándose a pie, su caballo espantado, estando herido y todo tuvo la valentía de guiar a sus hombres con la más melancólica figura que pudiera imaginar la misma tristeza.

Contóme todo esto uno que lo vio de cerca y sin gran daño, y así era la verdad, como lo dijo. Juró por vida de sus pensamientos que, pese al destrozo que del capitán hicieron, impidió éste la muerte de él y de otros muchos, de lo que falleció dentro de veinte días. Mas venían muy a punto de guerra y, si no recuerdo mal, se apoderaron por entonces de la primera terraza, traspasados por el dolor de su vencimiento. Llegóse en esto el día, dio el sol con sus rayos en los ojos de todos y tomó Herrando Pizarro el mando de las tropas españolas. Volvieron a su comenzado camino, y esto de paso, vieron que arriba el parapeto se había situado un noble inca matando con su hacha a todos los cristianos que subían por una escalera de mano. Sobresaltóse el corazón de todos y azaróse, que imaginaron que era aquél de mármol duro o de bronce; mas

cuando se vio perdido envolvió su cabeza en el manto, y desde el lugar más alto de aquella atalaya se arrojó al vacío, con tan buen ánimo y denuedo que estaban con la boca abierta esperando su caída. ¡Válame Dios! Quedaron muchos españoles lisiados, y sólo por particular providencia de los cielos pudieron salvarse, según venían alborotados y trastornados. En estas razones y pláticas se pasó todo aquel día, y Hernando Pizarro encontró en un camino las cabezas cortadas de cinco españoles que habían colgado los indios por trofeo. Estaban aquellas cabezas junto a un millar de cartas mandadas por nosotros desde Lima, y pardiez que nos reventó; gritaban desde el enemigo que Lima y Trujillo estaban sitiados y, según opinión de discretos, las tomarían pronto. Que todos los españoles del país menos aquéllos estaban ya muertos, siendo ello en parte verdad; pues a los que vivían esparcidos por sus tierras los habían matado, y el lugar donde hicieron su asiento fue en el cementerio. Y esto, señores, es el fin de su lamentable historia.

Créanme vuestas mercedes, que no pudieron los indios tomar Lima por causa de nuestros caballos; y si va a decir verdad todo eso me pareció de perlas, pues andaba yo casi como prevenido del cielo y fue salvarse de milagro. Yo así bien lo creo, pues éstos les causaban terror, y aunque los habían oído nombrar nunca tuvieron por verdad sus hechos. A más que muchos indios que nos servían a los españoles nos amaban y andaban con nosotros en buena paz y compañía; y con esta licencia, con el buen trato que muchos les dábamos salían de noche, y medio corriendo llegaban a nosotros, y abrazándonos nos llevaban vituallas para alimentarnos como a sus señores. Que sin hablar nos llegamos a ellos y les quitamos con nuestras manos las cadenas, mirándolos a la vez como nuestras familias, bien fueran libres o esclavos. Mandaba el marqués refuerzos al Cuzco, y al par y al paso eran los soldados asesinados por el camino, que sería largo de contar. Era así, porque las armas tomadas a los españoles se volvían contra nosotros mismos, dejando a todos molidos y jadeando, sin poder imaginar qué era lo que había sucedido. ¡Oh, dura estrella! Pues los jefes incas más audaces atrevíanse ya a montar a caballo, y a algunos de los nuestros que lograban salvarse los conservaba el Manco como arcabuceros. Estando en estos peligros nos llegaron refuerzos de fuera; mandábalos Hernán Cortés que no quería quedarse así, sin darnos señales de vida. Llegaban los tales con víveres y municiones, y encomendáronme el cuidado de los ricos vestidos que enviaba Cortés a Pizarro y sus generales, que en viéndolos quedaban admirados. Otros venían de las provincias costeras del norte, con manifiesto peligro de perderse; algunos que llegaban no se aliaban con los españoles, como yo había imaginado, sino que hacían la guerra por su cuenta y razón, pensamiento tan nuevo como poco discreto. Pero sucedióles al revés de su deseo, pues vimos los racimos de muchos árboles que eran los cuerpos de los rebeldes; y así quedamos

asombrados del elegante modo de colgarlos al son de sus últimos suspiros, y acompañando de no pocas lágrimas, pues aunque villanos eran blandos de carnes. Estuvo la ciudad de Cuzco cercada durante más de cinco años, y no les valió nada contra los que tenían a su cargo su miserable destierro; y como muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias, vio el Inca Manco que no podía alimentar a los suyos. Retiráronse, cenaron tarde y mal, teniendo sus soldados campesinos que volver a los pueblos para iniciar la siembra, por no poder detenerse un punto. Aunque su encerramiento fue mucho, no debió ser tanto que no decidiera entonces Hernando Pizarro dar un golpe de mano, apoderándose a un tiempo de la fortaleza de Tambo y del Inca. ¡Voto a tal, que habló como un bendito y sentenció como un canónigo! Fue sumo el contento que todos recibieron de oírle contar su proyecto y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas. Avanzó por la noche y llegó al lugar al amanecer, con ochenta jinetes y muchos auxiliares indios, que primero quisieron barrer esta costa y hacer alguna presa. Pero el Inca Manco salió montado a caballo, que no es cosa tan gustosa caminar a pie que mueva e incite a hacer largas jornadas; y recibió a aquellos españoles con una nube de muchos proyectiles, y en estas y otras cosas se pasó gran parte de la noche. Mas ni por eso dejaron el combate, rompiendo los indios un dique que inundó las tierras de los españoles; y habiéndose detenido con bastantes contratiempos, hambres y penalidades, tuvieron los cristianos que volver deshechos a Cuzco. Dejando el camino que llevaban acosaban los indios la retaguardia, vengando la alevosía de sus muertes. Pues era así que aquellos indios tenían una cosa y era, amigos y señores, que se convertían en demonios si la victoria los sonreía; mas como eran hombres mudables y nunca permanecían en su ser y voluntad, cuando eran vencidos huían corriendo como gallinas mojadas.

Estando así volvió Almagro de las tierras que hallara muy al sur y que llamaban Chile, y cumplió con la naturaleza durmiendo el primer sueño. Nunca hiciera semejante viaje, pues negoció con el Inca, lo que no poca tristeza causó; y entróse en la ciudad mientras Hernando y Gonzalo dormían, a fin de prenderlos, pues sus pasiones duraban y aún crecían. Mandó quemar mucha parte del pueblo y mataron alguna gente, comenzando a lancear en ellos de forma que despertaron éstos; y siendo incendiada su casa tuvieron los dos que salir, teniendo después nuevas aventuras, pues fueron encarcelados. A pesar de todas las precauciones nombró la ciudad a Almagro Adelantado, complaciéndose mucho con lo sucedido, ya que iba endurecido por la larga sucesión de delitos. Recibiéronlo en la iglesia con un *Te Deum laudamus*, pues era ya el dueño del Cuzco, habiendo con todo al respecto grandes discusiones. Sin embargo durante este tiempo, y como Dios es padre de misericordia, puedo testificar con verdad que así Pizarro como los compañeros tenían tanta elevación de espíritu y santidad de

devoción, que se daban unos a otros algún alivio de la pena. Sobrevivió durante cerca de ocho años el Inca Manco a su derrota cometiendo mil picardías, pues dado que su padre ya era muerto vivió desposeído y fugitivo entre las tribus de aquellas montañas, sin tener agua que beber ellos ni los caballos que tenían. Quiero contar a v. m. una de las más raras aventuras, o por mejor decir desventuras que imaginarse puedan; y fue que murió el tal en una pelea, en un juego de bolos que hacía con ciertos desertores españoles. Habíales acogido en su corte y ofreciéndoles su casa, aunque no fuera muy grande ni muy principal; con el mismo aplauso y música que llegaron se metieron con él en un apartado aposento, donde se le desaguó la salud por el canal de su vida aventurera, sin que antes le pidieran perdón por el agravio que le habían hecho, y sin ninguna cortesía. Pasó entonces la borla escarlata a su hijo, que era mozo discreto y amigo de holgarse a lo honesto y afable, y había aprendido a despreciar todos los gobiernos del mundo. No respondió palabra ni esperaron a que la respondiera, y comenzaron en torno a hacer un revuelto caracol; y con palabras no menos comedidas les respondió que abdicaba a favor del rey de España por causa de su amor a la paz, pues quería mirar por su hacienda y dejarse de estas vaciedades. Mas los hermanos de su padre no lo consintieron, y oyéndolo levantaron la voz diciendo que no eran estos consejos los más favorables. Llamábase uno Tupac Amarú, siendo infinitas y bien dichas sus razones, que por Dios verdadero que lo habían de oír hasta los sordos. Aunque le valieron de poco, que cayó el tal en manos de algunos españoles y condenáronlo a muerte en Cuzco, y aunque volvió de su desmayo no lo hizo de su parasismo, pues sin despedirse de los suyos los dejó y se le acabó la vida.

No por esto quiero inferir que fuera loable y bueno el final de Almagro; pues si cortesías engendran cortesías, después de ser vencido lo llevaron en un mulo detrás de un soldado, atadas las manos y echado un cordel a la garganta. Condenólo Hernando Pizarro, que en tanto comía aprisa y mascaba a dos carrillos, porque en otras cosas peores se podía ocupar el hombre; diciendo esto, con muestras de algún despecho allí se iba y venía, alegrándose entre sí mismo. Éste fue, por abreviar, el cuento de su desventura, guardando vencidos y vencedores gran silencio; y según dijeron algunos, tenía aquel proceso tantos folios que apilados llegaban a la cintura de un hombre moliente, y aún la propasaban. Diéronme a entender que fue luego estrangulado en la prisión, y nadie dude esto. Y como son menester infinitas luces para tantos desalumbrados pidió antes confesarse y recibir los sacramentos de la Iglesia, y a sus amigos recomendó que no le escribiesen; también que lo visitaran cuando llegaran allá, asegurándole que así lo harían. He de afirmar que los que fuimos al Perú no hallamos por entonces más que recién derramada sangre; pues entre guerras y ajusticiamientos murieron noventa de cada cien, y ya pensé yo mismo que estaba quemado y hecho



polvos. ¡Qué de habilidades se perdieron, qué de ingenios se arruinaron y qué de virtudes se menospreciaron! Pues la estrechez ordinaria de los soldados no permitía mayores tesoros, y los que allí encontramos eran como los de los duendes, aparentes y falsos. Dejaron algunos entre los indios muy malos recuerdos, como se ha dicho largamente, que a muchos los echaban en cadenas viéndolos turbados por el susto. Como fueran caminando por los espesos arenales o nadando para asegurar la vida, todo les servía de atajo para la muerte; pues eran las cargas crecidas y el sol harto grande, con lo que el flaco se molía con el peso, el gordo se descarnaba y todo desfallecían. Pues no había árbol que les diera sombra, ni fuente que les diera agua, y así otros innumerables peligros había, hasta matarlos y acabarlos todos. En lugar de dejarlos tomar huelgo, no sé qué desatino los guiaba que dábanles palos y los maltrataban, pues con la miseria y pena de tantos hacían su agosto algunos cristianos. Así muchos caían al suelo, y viéndolos caídos, por no pararse a sacar la cadena, en frío les cortaban la cabeza. Y sin que tenga que decirnos cualquier otra cosa alguna, quedaban otros tan lastimados de los pies que mientras vivían no podían usar de ellos, cuya desgracia mueve a que les tengamos lástima todos cuantos los conocimos. Pero no les aprovechó su diligencia a los verdugos más que los dañó su atrevimiento, pues había alguno a quien sus criados, muerto o vivo, llevaban para enterrarlo. Hay que decir que, si muchos de los nuestros no escatimaban indios, tampoco concedían a su propio pellejo mucha indulgencia; que tendiendo la vista por todas partes habían de pasar muchas provincias, siguiendo por los caminos que los naturales habían abierto. Andaban tan extenuados y hambrientos que respondían más por señas que por palabras, y conocían su yerro cuando ya no tenía remedio.

Con la evidencia de una verdad tan clara, oí de un tal llamado Pedro de Candía que tomando los bienes de sus difuntos y ausentes gastó cuanto tenía y aún más, con bien poco provecho. Ejercitábase en las cosas del mar mas ignoraba las de tierra, y pidiendo prestado, de lo cual se excusó diciendo que al cabo lo devolvería, dijo que había de entender en algo, pues le parecía que hacía mucho tiempo que su persona estaba ociosa. Así que con más de trescientos españoles y quinientos indios, después de haber estado en cierto pueblo ocho días cruzó con ellos los glaciares y cordilleras de los Andes, porque le parecía que convenía al servicio de Dios que llegase allí. Aquella noche durmió de la otra parte de un río con toda su gente, y por hallarse ya cerca del fin de tan dudosa jornada, viendo que las aprehensiones y amenazas no bastaban por ser la serranía impenetrable por su mucha aspereza, les habló con mucha calma y les dijo: que de allí a dos días, según sus noticias, había un pueblo de vecindad cuantiosa donde quería llegar. A estos desconsuelos en que vacilaban confusos se hubieron de retirar, avergonzados; mas luego volvieron a sus honrados ejercicios a las órdenes de su

capitán, en quien todos tenían ya puesta la mira. Reincorporáronse, llegando al otro lado de una selva empapada de lluvia donde se abrían paso con hachas y cuchillos, que era muy frondosa de árboles muy altos y copados. Dando la señal de acometer se hinchaban sus miembros heridos por aquellas espinas, y con esta gracia y otras semejantes pasaron ríos y pantanos, echando una balsa al agua con cierto género de remos para gobernarla; mas con todo, no pudo la industria de los pilotos contrastar la soberbia de las aguas. Hizo su mala estrella que pasaran desiertos rocosos, que cuando nos contaban la historia, razones fueron éstas que hicieron gran novedad en los soldados. Formaba el tal desierto un anchuroso espacio llano, donde no pudo conseguir lance de provecho sino la gloria de descubrir cosa tan nueva. Si no fuese contra caridad, diría que con displicencia comían de los caballos que morían, sin manifestar ningún enfado. Anduvieron por aquellas montañas tres meses, atravesando provincias tan remotas, pobladas de un gran número de naciones tan guerreras como bárbaras. Oída esta relación comenzó la curiosidad a hacer su oficio, y supimos que en aquellas jornadas sacaron la flor de las indias hermosas, y para poder a lo seguro ejecutarlo poníanles la rodilla sobre el pecho y con las manos les tenían las manos. De las cuales pocas o ninguna dejaron de quedar en la montaña muertas, con lo que ellos se acurrucaban y dormían a pierna suelta, que en tanto que dormían no tenían temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria. Estas palabras parecieron muy mal a cuantos las oímos, y sembraron la confusión. ¡Oh, crueles e inconsiderados, con qué facilidad se movían a poner en ejecución tan malos pensamientos! ¿Qué mucho, si tejieron la trama de esta lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas del destino? Otros atribuyen esta propensión a la corrupción de la naturaleza del hombre, que dejando su asiento y reposo que tenían con mucha honra, tentaban de ir para tierras excusadas y no posibles. En aquel tiempo, Fulano del Barco y de Candía, que otros lo llamaban así, mandó que castigasen a los culpados, que sería total remedio para apaciguar aquellas pasiones. Pero no sabiendo dónde ir, no hallaban para sustentar sus personas sino palmitos, sin señal de ver ninguna cosa de costa. Éstos entendí que los sacaban de lo interior de unas palmas y yerbas silvestres, y no me maravillo aquí que así fuera, pues de mí sé decir que hubo momento en que no comí más que maíz tostado. Quedó éste que digo muy malo de las aguas, pues caían tan grandes aguaceros que la ropa que llevaban puesta se desmenuzaba; y temía que los mismos suyos lo habían de atar o entregar a la justicia, con lo que era a todas horas centinela de sí mismo, y el tiempo que le faltaba de la noche al día daba rienda suelta a sus pensamientos. Mientras, con hachas abrían el camino y con azadones pasos a los caballos, y viéndose en gran peligro allanaban los ríos que hallaban, siendo algunos muy caudalosos y rodeados de grandes céspedes; pues muchos se quedaron en el camino muertos, y nunca más siguieron. Como la

hambre creciese, a fin de partir otro día comíanse los vivos a los muertos, y así comenzaban a caminar. Esta nueva no nos plugo mucho oírlo, y él nos respondió a su manera y dijo que esto lo hacían porque sabían que eran los que morían señores principales de Cuzco y otros nobles incas, de modo que no tenían la menor semejanza con ellos. Después de muertos o ahogados los que he dicho, decía éste que el ruido que el agua hacía en aquellos espesos bosques era tal que unos a otros no se podían entender, con lo que todos estaban sobre aviso. El sol no pasaba por ellos, y había una tan grande oscuridad según nos dijeron, que antes la tuviéramos por mentira y por invención. Pues más parecía aquella tierra de demonios y no de hombres, que como moscas a la miel les acudían y picaban pensamientos. Lo primero era conseguir canoas, y como pasaban hambre mataron los caballos; duró esta total hambruna tres semanas, que ni las tripas e inmundicias se paraban a lavar, y forzados hubieron de volver a refugiarse en una isleta donde algunos quedaban muertos, arrimados a aquellos árboles. Siguiendo su viaje, cuando volvieron éstos de Pedro de Candía habían muerto ciento cincuenta españoles, y más de cuatro mil indios e indias, pues se trataba de un infame y peligroso camino. Después del día que salieron se habían comido más de doscientos caballos, con lo que abrían los casi cerrados ojos los desfallecidos caballeros, hallándose algunos ya muy viejos y enfermos, y no con mucha edad.

Sumo fue el disgusto que todos recibimos de poder escuchar los extraños sucesos de esta triste historia, pues las verdades tanto son peores cuando son más verdaderas, y algunos que en su vida habían visto estas cosas se regocijaban mucho de no haberlas conocido. Por entonces también salieron otros con Pedro de Alvarado, y con algo de mejor suerte, que no podía ser ésta peor. Por otra parte su contento fue mucho mayor, pues fundaron una ciudad que llamaron Chachapoyas en los límites del imperio. Cuando a aquel pueblo llegaron salieron los indios huyendo como rayos, con lo que los españoles escudriñaron las casas y cupieron muy a su placer, que tenían patios, salas muy grandes, y para mí que erar harto buenas. Estaban pues de regreso, y teniendo noticia de ricas tierras más allá del río Hoyobamba diéronse prisa a alcanzarlo, que como no iban despacio con facilidad lo hicieron. No habían sabido de los otros ni de lo que les había sucedido, y andaban limpios y desembarazados de temores, internándose por unas altísimas montañas muy ásperas, sin ver desde lejos un bulto de persona. No comían aquéllos carne ni pan, que de haber tenido uvas las comieran con tenedor, y aún los granos de las granadas si las tuviesen; pues no hallaban otra cosa que yuca y agua, y ésta les sobraba en demasía, que llovió todas aquellas noches dándoles pesar, tanto del cielo como de los muchos ríos que pasaban. Uno de estos ríos tuvo una noche una crecida tal que por poco no perdiera aquel capitán las prendas de nobleza, valor y prudencia que lo asistían; pues fiado más que debiera en el sosiego aparente apartóse

de noche algo retirado del alojamiento, que si no hubiera allí árboles y se subiera en uno, hubiera perecido, mas un poco de tiempo que tuvo le bastó para ponerse a salvo. Allí lo dijo entre sus criados, que no osaron ni pudieron ponerse en su contra; quién, en una plática que con nosotros tuvo contónos el trágico suceso, y de cómo fue el buscar amparo.

Corrían en estos lugares las noticias con gran rapidez, y era por causa de la velocidad de los correos indios que pasaba, pues su fama no hay límites en la tierra que la encierren. Atribuíanlo algunos de los nuestros a oráculos de Satán, el cual preguntaba a los caballeros quiénes eran y adónde iban, sin que les aprovechase decir que eran cristianos. Pasando algunos años supe que había llegado a aquellas tierras un tal fray Bartolomé de las Casas, dominico, que con su buen ejemplo incitaba a todos al fervor de la fe y al amor de Dios y de los indios. Dudaba yo si permanecer en este lugar, pero la suerte lo ordenó de otra manera, pues mezclaba la misericordia con la justicia. Enviándole una carta por un amigo empecé saludándolo por su nombre, y quise saber a dónde iba y lo que haría. Dióle el tal mi carta mientras predicaba el domingo de Quasimodo, y de esta forma supo la moraleja de toda mi historia, y de cómo había discurrido por las costas, tierras de todas las Indias y últimamente las de estos caciques, y en España había disfrutado de buenos y nobles amigos. Vamos a entrar ahora en una etapa distinta de mi vida, y pienso prestar un buen servicio a quien la lea; quién piense en lo ameno del relato, quién en lo instructivo, y más siendo poco lo que queda. Mas no tenía yo por entonces ejercicio ni uso de predicar, aunque me había granjeado la estimación de todos. Durante dos o tres meses aguardé la respuesta, hasta que un correo indio vino a mí secretamente una noche, y me asusté tanto que no supe qué hacer en aquel momento; con lo que grité y me lancé hacia adelante. Mandábame decir el obispo que quería que se hiciese un colegio donde criaran a los hijos de los caciques, pues que hacían todavía sus fiestas y ofrecían sacrificios, y cuando los veía hacer estas cosas se le abrían las carnes. Mandábame el obispo llamar para acompañarlo, pues se había ofrecido a ir a la corte para negociar el asunto; y preguntándole al indio dónde estaba me respondió que estaba en el norte, y que presto se embarcaría. Quise avisar a mi amigo para que saliera a mi encuentro, y por despedirme de él, pues temía encontrar en el camino muchas bestias salvajes que estaba seguro me devorarían, a más de muchas flechas de indios, que al fin me darían batalla. Intenté razonar conmigo mismo que no tenía por qué sospechar aquello, y con esto quedé completamente convencido; de modo que al día siguiente me vestí con mucha elegancia, y si no era caballero podía pasar por tal, pues con dineros en la bolsa uno se encuentra en todas partes como en su casa. Atrevíme al fin, hice lo que pude, y esta decisión no tardó en confirmarse, pues tuve la suerte que en llegando ya tremolaban al viento las banderas,

y besaban y barrían el agua. Llamóme el obispo ante sí, y preguntóme de qué parte de España era. Díjele que de Sevilla, y que había ido a buscar fortuna a los reinos extraños que me acogiesen. Y que había mamado la fe católica en leche, criándome con buenas costumbres. Al saber estas virtudes se alegró, y con esto tomé pasaje de regreso; y como quería ya dejar de andar buscando aventuras por el mar me despedí de aquellas tierras, y púseme en la proa o en parte que pudiera saltar cuando topase, ordenando a los criados que llevasen mi cuerpo a Sevilla si moría. Mi barco iba delante, y vino una tormenta que dio con el navío de través; y con todo nuestro trabajo había otro muy importuno, y fue que otro navío de éstos fue a dar en una isla. Mas con todo me duraba a mí el sueño de la noche hasta la mañana, en que se mostraba mi todavía buena complexión y pocos cuidados. Al cabo de un tiempo llegamos a un lugar y parecióles a los compañeros que iban que era tierra de mucha miel, y otros decían que no la veían. Así llegamos a una isla, y como era mal puerto y se solían perder los navíos en él, yo tomé un remo y en una barca bogueé de la banda de tierra, que ya me parecía que estábamos cerca de Sevilla. ¡Qué de churumbeles habían de llegar a nuestros oídos entrando! ¡Qué de gaitas y sevillanas! ¡Qué de tamborines y de sonajas! ¡Qué de castañuelas! Sólo de pensarlo estiraba el gaxnate y alzaba los ojos dando gracias al cielo, y me decía: “¡Ven acá, loco, tonto, que sólo tus males y pecados te hicieron buscar estas guerras!” Muchas razones hay para probar ser el mundo redondo y no llano, y siendo pues redondo todo el cuerpo del mundo, de necesidad han de ser redondas todas sus partes; aunque algunos pensaron ser como huevo o piña, y otros redondo como un plato. Pero esto no es más que una disgresión, y yo no imprimo mis libros para alcanzar la fama en el mundo; provecho quiero, que sin él la fama no vale nada.

Dejemos esto, y pues ya viene la noche, retirémonos; desnudemos el saco y espantemos las migajas de las barbas, con lo que pasaremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana. Yo, como habéis visto, no os he faltado ni enojado; mas, ¿qué prometo, ni de qué me alabo? Y pasemos al siguiente capítulo, para que no queden vuestas mercedes ignorantes de lo que queda del resto de mis asuntos.



## EPÍLOGO: LA NOCHE

### EL RÍO DE LAS AMAZONAS

Repito de continuo nuestro emperador que su principal intento y voluntad siempre ha sido y es la conservación y aumento de los indios, como verdaderos hijos de Dios y hermanos nuestros; muchos acusan a los conquistadores españoles con verdad, y entre ellos mi actual padre y obispo fray Bartolomé de las Casas. Tomando pues este apuntamiento, diré que condenamos muchos la despoblación que se causa, y pésame a mí cuanto pesarme pueda haber tenido parte en ello, aunque a otros no se les da nada. Mas no puedo aunque quiera dejar de alabar la virtud de muchos compañeros dominicos, que nunca se ha visto que unos hombres mortales sufran tantas miserias y desgracias, ganando almas en provincias tantas, tan lejanas y en tan poco tiempo; que muchos conocimos el principio de todas estas cosas, los que tenemos una misma edad. Hemos sufrido tormentos de naufragios, hambres y desventuras aún mayores, pues no nos faltaron el calor ni el frío, a más de la peste y otras enfermedades, tanto de las antiguas como de las nuevas; que dude quien dudare, la verdad es lo que he dicho. Mucho hemos tenido que pasar sobre nuestras cabezas, y de todos soy el embajador verdadero, todo sin descorazonarnos. Así, estando ya sano de mis aventuras puedo decir que algunos se han visto compensados con los paraísos que disfrutaban gracias a Dios, y otros nos hemos arrepentido de nuestros pecados y culpas, entrando algunos como yo en religión, y hánme dicho que lo hice valerosamente.

No querría que vuestras mercedes tuvieran disgusto, si paso a relatarles por último y por menudo algunas cosas de nuestro venerado obispo; pues como se verá en breve, es y ha sido hombre muy principal en aquellas tierras, por lo que doy muchas gracias al cielo de haberlo conocido. He de decir que en la primera parte de su vida no se distinguía apenas de otros españoles, pues la ocupación de sus negocios para hacer fortuna era tanta que no tenía lugar para rascarse la cabeza, y lo tenían por algo burlón.

Diciendo y haciendo añadiré que nació en la ciudad de Sevilla, cuatro años antes de que yo naciera; con lo que ambos somos paisanos, siendo su padre mercader por la mar y hartamente conocido. Contaba él los dieciocho cuando el descubrimiento, conociendo mucho por su familia al Almirante. A quien iba de muy buena gana a ver, pues fue un pariente suyo funcionario real encargado por los reyes para ayudar a Colón, que andaba reclutando hombres y procurando la abundancia de los mantenimientos. Así que adelante fue testigo de su vuelta de aquellas tierras, cuando llegaron con el cortejo de indios emplumados que atrás queda dicho, y papagayos de tantísimos colores; que para todos eran cosa de ver, pues las buenas que traían lo merecían todo. Dice pues la historia, que salieron luego de Sevilla con el Almirante en su segundo viaje el padre y un tío de fray Bartolomé. Fue él con mucha humildad a ponerse de hinojos, quedándose luego en Sevilla con su madre y hermana; que era por entonces un mancebo como un pino de oro, teniendo a muchos envidiosos de su buen natural. Llegó a ser licenciado en leyes y recibió las órdenes menores, que verdaderamente parecía que se le alegraba el corazón. Así era clérigo como muchos lo son en España, aunque no den por fuerza en sacerdotes. Bien sé que esto es así como lo digo, y que habiendo el padre de nuestro dominico aprovechado cierta coyuntura, siendo su estado riquísimo en las Indias envió a su familia un esclavo de allá, pareciéndole que les hacía una gran merced. Estando a lo que estábamos, volvió a Sevilla el padre de Bartolomé, cuya presencia y buen adorno le contentó mucho. A él también lo tentó la aventura, y vayamos al grano, que es ni más ni menos que se embarcó hacia la isla Española, donde montara el padre una bonita explotación. Tengo entendido que antes de que a tierra pudieran saltar, supieron que estaban aquellos españoles en guerra con los indios; todo el mundo sacó la conclusión de que llegaban en buena hora, y Dios se lo perdone, pues por lo que estaba sucediendo pensaban poder sacar muchos esclavos y mujeres, sin preguntar si estaban paridas o preñadas. Habíanse fundado las encomiendas o repartimientos, y cada cual escarbaba donde podía; y habiendo de ocuparse de la conversión de aquellos indios todo lo echaban a chacota, y de allí a un poco se morían a la primera ocasión que se les presentaba. Ya sabía yo esto, y con más vergüenza que susto; mas estaban los reyes demasiado lejos en España, y de eso se aprovechaban los tales, que así estaban las cosas. Volviendo a lo que digo y sin querer pasar más adelante, diré que el buen mozo se estableció en la isla; llegaban muchos cargamentos a las islas con esclavos negros, con un ¡jay! arrancado, al parecer, de lo íntimo de su corazón; que han sido y son muy codiciados por los españoles allá para el trabajo de las minas, así como del campo, y algunos van de quince años y aún menos. Pero no hay que maravillarse, pues eran endebles los indios y morían de seguida. En resolución, últimamente los cazadores de perlas obligaban en aquellas costas a los dichos esclavos a bucear y coger las ostras,



empresa más para encomendarse a ganapanes que a personas como es debido. Cuando se acababan los nadadores indios, y entre muchas razones que pasaban, los negreros llevaban éstos de otro continente; y si estas señas no bastaran para acreditar mi verdad, diré que es el negocio de los esclavos hoy tan rentable o más que el de las perlas. Volviendo a aquel caballero, que tal lo parecía, diré que llevó durante cerca de diez años una vida descansada y feliz, pues gozaba de la suavidad de aquellos aires; y aunque trataba con cierta bondad natural a los indios, no se privaba él de aprovecharlos como cualquier hijo de vecino. Dejó hacer al tiempo, y cuando hubo los treinta y ocho años se ordenó sacerdote, a lo que iba disponiéndose desde hacía un tiempo con ocasión de cierta visita del obispo de Puerto Rico. Llegó la hora, y oyéndose gran cantidad de varios instrumentos se comenzó la ceremonia, siendo ésta la primera de las tales en aquellas tierras de las Indias. Habiendo pues acabado de comer, hizo su entrada airosamente, púsose en su puesto, y a modo de fisga le comenzaron a dar la enhorabuena por lo bien que había estado. Se halló al principio confuso y tardó en responderles, y los que esto deshacían eran los envidiosos que tenía. Iban llegando en éstas nuestros hermanos dominicos, muy contentos de que iban descubriendo tierra en la que tanto deseaban saber; era que vieron la suerte inhumana que corrían los naturales, la desdichada situación a que se veían sometidos. Llegóse un año, pues, el último domingo de adviento, y uno de los hermanos dominicos que allí había pronunció un sermón, y alzando la voz dijo palabras que corrieron todas aquellas tierras; pues atacaba en su discurso a aquellos cristianos que eran aventureros sin escrúpulos, y para ellos la vida no contaba, pues que habían llegado empujados por su mucha codicia y la sed de riquezas. Como los indios no querían trabajar y huían, los reducían a esclavitud haciendo pepitoria de ellos. Negaba el dominico la absolución a aquellos españoles si no restituían sus bienes a los indios, oyendo lo cual, llenos de ira y despecho salieron muchos. Al día siguiente el propio virrey, que era por entonces don Diego Colón el hijo del Almirante, se quejaba de él en el convento; que apenas lo oyó se puso en pie como los otros, que de puro principales se salían del tiesto. Esta fue la última plática que hizo el dominico por entonces, recogiendo en su estancia donde le llevaban lo que solemos llamar colación, con cuyo refrigerio cobran aliento los espíritus desalentados. Mas a fe que todos los dominicanos se pusieron de su parte y lugar, y sin responder palabra se afirmaron en lo dicho. De esto resultó que redactara el rey una ley que llamaron de Burgos a favor de los indios, a los que real y verdaderamente tenía por vasallos; sentóse el rey muy de propósito y se volvió, diciendo que fuera reducido el trabajo de éstos a nueve meses en el año, y a mayores tuvieran los encomenderos que construir iglesias; y así llegóse pues la hora de cenar, y con ella la cena. Diré aquí que encomendó a los frailes todos los hijos de aquellos caciques, a partir de los trece años, y discurrió en otras

varias delicadezas. Fijaron también entonces, como ya relaté, que se adelantaran ciertos intérpretes a los indios, y con toda la comodidad y regalo que pudieran hallar les leyeron un requerimiento con la historia del mundo; sentándose en los colchones verdes de aquellas yerbas les hablaban del papa, de la Iglesia y del rey de España, juntándolos en aquel sitio. Diríanles los pecados mayores que los hombres cometen, y, su estrechez y cortedad; y que si lo acataban todo y admitían la fe se les enseñaría, junto con el deseo de cumplir lo que habían prometido. Mas si se rehusaban llevarían los cristianos el fuego y la fuerza a su país, con muerte para ellos la más cruel de las muertes, y pare vuesa merced de contar más.

No obstante que era tan discreto, no se hallaba aún fray Bartolomé dentro de nuestra Orden; pero no por eso os acobardéis, pues tan amable condición tenía que no tardaría en estarlo. Dejó luego la isla Española para marchar a la de Cuba, y fue allí como capellán, para que de aquí adelante quedara con este recaudo. Iban delante tres o cuatro hombres cuando la tropa llegaba a un pueblo, y con ellos iba Bartolomé; y así tenía tiempo bastante de reunir a los indios muy a modo, protegiéndolos de la gran furia y muestras de enojo que los otros traían. No eran menester nuevas demostraciones, pues viendo cómo les hablaba dulcemente se hallaban más aliviados, teniéndole reverencia como a sus propios sacerdotes; y lo tenían como a ellos por hechicero, profeta y médico, todo en una pieza, de verle repetir estas mismas razones. Con paz sea dicho esto de todos cuantos me escuchen y lean, que sus cosas se iban encaminando de mejor en mejor; mas quiso Dios que en cierto pueblo los indios acudieran a la plaza, y maravillándose de las tropas y sus caballos, de puro comidos no osaban rebullir. No tuvieron lugar de responder, pues en esto un español como tomado del demonio sacó su espada, derribando al indio que estaba más cerca y dando en tierra con su cuerpo mal sustentado y peor comido; y a partir de éste degolló la tropa a todos los hombres, mujeres y niños, que iban tropezando allí y cayendo allá, haciéndose arroyos de sangre y quedando los naturales muy medrados. Asistía el capitán a tal carnicería sin mover pie ni mano, y dijo sin dejar de mascar aprisa que después de comido echaríase a dormir un poco. Andaba nuestro clérigo ocupado a unas leguas de allí en el recuento de los víveres, y hallólos cuando fue derribando, atropellando y destruyendo a aquéllos, sin que pudiera salvar a ninguno. ¡Crueldad notoria! ¡Desagradecimiento inaudito! Mas determinó esto su total conversión, con todas las circunstancias que en ésta suelen darse. ¡Ay, y qué ventura tan grande le sucedió! Pues llegó finalmente a ésta en la fiesta de Pentecostés, y sintiendo tocado el corazón decidió abandonarlo todo para ir a defender la causa de los indios ante el rey, porque las precisas obligaciones de su profesión no lo dejaban reposar en ningún cabo. Bendito sea Dios, que tal le había dejado ver por sus propios ojos los especialmente rigurosos

trances en que ponían a aquellos naturales; que la ambición no mira respetos ni guarda términos de razón. Llevaba entonces algunos planes que mostrar al rey, mas no pudo por entonces hacerlo, pues murió don Fernando y Dios lo haya acogido en su gloria.

Poco después de tales cosas moría Cisneros y llegaba don Carlos, que Dios guarde muchos años para nuestro bien. Envió éste al padre Las Casas a evangelizar la tierra firme llamada Venezuela, con veinte compañeros que él mismo eligió, que tanteasen aquel campo paseándolo todo para mayor gloria de Dios. Hay que decir que para ello fundarían ciudades, llevando con ellos sesenta campesinos de Castilla, que allí se quedarían hasta la fin de mundo; y con estos presupuestos, llegado pues el deseado día se hicieron a la mar. Mas en llegando a Puerto Rico, supieron que una expedición de castigo se dirigía a Cumaná y ya sonaban los tambores, de que quedó el fraile suspenso y asombrado. Estando mirando oyó grandes voces diciendo el motivo, y era aquel repelón o arremetida para vengar cierta matanza que hubo de misioneros, que entraron los caníbales en ellos como si los llevaran los diablos; pues no eran los de esta parte tan mansos y pacíficos como los *taínos* de las islas, ni muchísimo menos. Fue el negocio que habían establecido nuestros hermanos dominicos en la costa un pequeño monasterio, y como los hallaran roncando, en la misma forma que estaban cuando les salteó el sueño fueron muertos por los nativos. Para confirmación desto, quiero también que sepáis que en la misma costa se fundaron luego otros dos monasterios, de dominicos uno y otro de franciscanos franceses; y de lo que más se preciaban y enorgullecían era de bautizar los indios, ufanándose éstos en llevar nombres españoles; y allá se lo hubieran, y vivamos y bebamos nosotros. Mas en aquella ocasión se rebelaron y renegaron todos, a cuyas nuevas quedaron los españoles atónitos y pasmados. Así lo hicieron, bien por su propia malicia o porque los echaban los que venían de las islas al trabajo y pesquería de perlas, quedando molidos y tristes. Creyeron los indios que eran cómplices nuestros frailes, y maquinando contra ellos los tuvieron por cosa fácil, atacándolos también; a varios dominicos los asesinaron mientras decían misa el domingo por la mañana, y hubo tal que de una pedrada le derribaron la mitad de los dientes; de la manifiatura que queda delineado escaparon los franciscanos a Cubagua, de cuyo consejo salió por voto común que llegaran a Santo Domingo las noticias del desastre, con lo que el gobernador mandó soldados por contravenir y faltar a las leyes. Trajéronlos como esclavos, y llegaba en ese momento fray Bartolomé a Puerto Rico, como digo; y por entonces no era otro su pensamiento que buscar acomodo a los campesinos que llevaba, que se estuvieran en sus casas quietos y sosegados, sin que los alborotasen mal buscadas aventuras. Pues no los buscó al son de trompetas por las calles de Sevilla como se suele hacer, ni les puso la punta de su espada desnuda encima del rostro; sino que los reclutó en sus campos y casas; y

quédese esto aquí, pues no quería soldados sino hombres que labraran las tierras, y Dios sabe la verdad de todo. Los cuales llegando a las Indias vieron que salían los españoles para castigar a los indios rebeldes y ahorcar a muchos, sin que otra cosa templase la ira de su corazón, con lo que se acercaban malos días. Venía el dominico bien informado, y dejó a sus labradores castellanos en Puerto Rico; y de allí a poco, acompañado de muchos frailes se fue para allá. Mas a la vuelta no halló a sus labradores, que no pequeño susto recibió, pues que desparramados por la isla cometían mil saqueos contra los que desde tiempos antiguos estaban allí. Tuvo el buen fraile que ver cómo sus hombres se le desmandaban, sin que lo pudiera remediar; ni halló la ciudad con las mismas calles y tejados que tenía, pues a muchos prendieron fuego. Sucedió pues, que saliendo una mañana volvió a Cumaná, y allí se estableció con ciertos monjes franciscanos que se habían afincado hacía poco, y que no poco se maravillaban con él. Pero venían españoles de las islas con alcohol para los indios y mandaban que los regalasen, y a cambio se llevaban esclavos, y no eran éstos muy apacible gente. Eran estas cosas para el fraile causa de dolor, pues todo lo miraba y de todo se dolía a costa de perder el descanso y el sueño; y en un corto viaje que hizo halló que estallara en su ausencia una revuelta india, y cayendo los naturales sobre la misión la incendiaron, que los habitantes de allí no miraban en muchas delicadezas. Murieron religiosos y servidores, quedando unos pasmados y los otros ni más ni menos, no sin espanto de todos; con esto los que se salvaron volvieron las espaldas y comenzaron, no digo a correr sino a volar, y estaba puesto en razón que lo hicieran y se escaparan por la mar. Mas dejemos esto y volvamos de seguida al dominico; no fue otro su infortunio ni su desgracia fue otra, sino que se quedó solo, y tornó a renovar el llanto reflexionando sobre estas cosas; y daba unos gemidos tan tristes y tan profundos, que a su voz se enternecían las fieras. Estando en esto, por acabar de regocijar la fiesta supo que todo aquello lo había merecido por asociarse con gentes que no querían ganar almas, mas por el contrario andaban todos llenos de cólera y deseosos de venganza, y moviéndose por la avaricia. Pues era este hombre justo y gran predicador, y no como otros, que con embelecocos y falsías procuran engañar a las almas. Es gran amante de los indios, que jamás en semejantes ocasiones hizo vileza alguna, pues es cortés y muy amigo de dar gusto a todos. Según muchos es por demás apasionado, y no bien visto por luengos tiempos en aquellas tierras; finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras diré que la causa de todo es el celo excesivo que usa con la causa india. Mas pese a continuar la caza de esclavos en Cumaná, así como en Veragua, estando en la mitad de estas pláticas escribió al emperador; dice la historia que aguardó su respuesta durante meses y ninguna venía, pues se hallaba el rey importunado con sus ruegos. Descorazonábase en esto, viendo en aquel desastre un castigo divino; y pensó entonces

que Dios no lo quería mezclado en los combates de este mundo, con lo que aguardó diez años de silencio, que todavía estaba confuso y no acababa de atinar. Consolábalo estar retirado y entregado a la oración en un convento de la Orden, por lo que dio gracias al cielo; y en ese tiempo fue tanteando las cargas que traía consigo, hallando por su cuenta que no podría llevarlas solo sin la ayuda del Señor. Era ya tal su melancolía que moría a manos de sus pensamientos y a fuerzas de sus desgracias; y clavados los ojos en el cielo, no parecía sino que ponía en él la puntería. No era muy viejo aunque mostrara pasar de los cincuenta, pero tieso, nervudo, fuerte y avellanado; y con gran llaneza trataba a las gentes, que era cosa de ver. Ya de cincuenta años llamáronlo a ciertos cargos directivos, con lo que podría hablar en público y con buenas palabras; pues quiero que sepan vuestas mercedes que dejó el convento en que estaba, fundando uno nuevo en el que fue prior, y si había menester de alguna cosa no tenía que hacer más que boquear. Bien se echará de ver que hablo aquí socarronamente, mas es lo cierto que lo hago por quebrar los ojos a mil envidiosos que tengo; y en estas consideraciones, diré que de un tiempo acá no he pedido prestado a nadie ni metídomo en granjerías, y bendito sea Dios que tales cosas me ha dejado ver con mis propios ojos, y dijo Dios lo que será. Y de lo que aquí adelante le sucedió avisaré a vuestas mercedes.

Comenzó el padre aquí su historia de las Indias, y en el libro tercero y último contó los acontecimientos y congojas que él mismo había padecido, dando con esto fin a su plática. Pues siendo amigo de los familiares de Colón pudo poner en práctica sus pensamientos, teniendo en sus manos los archivos del descubridor y admirado de lo que veía. Ya por entonces el Perú de los Incas había caído en manos de los españoles por obra de Francisco Pizarro y los que fuimos con él, y fray Bartolomé salió de su retiro donde sus pecados lo habían puesto, hablando tan recio que todo retumbaba. Tenía ya cerca de sesenta años cuando pasó al Perú a fundar conventos, donde lo conocí como queda adelante relatado; y no quedé arrepentido, que puse entonces a su disposición desde la punta de mi pie al último cabello de mi cabeza. Andaba yo con estas cosas saltando, corriendo y brincando, trayendo los cabellos sueltos por las espaldas, donde esperaba lo que Dios quisiera hacer de mí, y pluguiese que fuera antes hoy que mañana. Cerré la carta y despachéla como en su lugar dije, y en teniendo respuesta por aquel indio compré tres cabalgaduras en que llevar mi persona y baúles, y me fui entrando por una selva que fuera del camino estaba. Caí en una sima, víme por ella adelante muerto de hambre, descolorido y sin blanca. Mas iba yo con segura conciencia digan lo que dijeran, y por el interés no lo hacía, pues no soy nada codicioso; y para prueba de este verdad, nunca me dio pesadumbre el saber que hubiera de quedarme en pelotas. Acometiéronme enemigos de noche, y habiéndome puesto en gran aprieto

roguéles siguieran en buena hora su camino y dejáranme seguir el mío. Lo que me tenía admirado era que, después de habernos estado mirando sin decir palabra extendió uno la mano hacia arriba, dándome a entender que era libre de marcharme, siendo todos ellos mozos y muy gentileshombres. Tendíme en el suelo, y haciendo alfombra de las hierbas di gracias a Dios; y no llevaba para comer más que huesos mondos, que sino se dejaban mascar, he de decir que al menos no defendían el ser chupados. Desta manera, andando de un lado a otro llegué con mi obispo. Él me recibió muy bien, como ya dije, y con grandes demostraciones de alborozo por mi parte; pues reconozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Comenzamos a comer con grandísimo gusto y muy de espacio, saboreando cada bocado; y queda atrás dicho que nos embarcamos, y lo que luego sucedió. Seguro estaba yo que en aquel traje no habría nadie que me conociera, pues llevaba hábito dominicano, y lo que me tenía admirado eran las palabras de aquel santo; pues andaba yo atónito y embelesado de lo que en él veía y oía, prometiéndome a mí mismo hacer maravillas en el caso.

Aguardamos durante meses al rey en la corte, que se nos iban haciendo cuatro siglos; mas luego nos recibió de muy buena gana y dijo tener mucho gusto con tales nuevas, prometiéndome hacer estatutos y pragmáticas. Yo estuve atento y escuchando, y de allí a dos meses salimos con el padre, siendo nuestro norte, nuestra lanterna y lucero, que luego me volvió a mi prístina entereza y vigor. Nos dirigimos a Sevilla pasando muchos villorrios, y las ciudades de Cáceres y Mérida. Sobre esto hay mucho que decir, pues nos alojamos en palacios, monasterios o casas de señores piadosos, y entregámosnos a las manos de la fortuna, o por mejor decir de la Providencia. Estuvimos en Sevilla con todo regalo y buen tratamiento, y holgaron mis compañeros de ver las cosas notables de allí, por ser tan nuevas y tan fuera de lo que comúnmente se usa. Eran éstas la iglesia mayor y las casas del rey, y muchos monasterios; y puesto que las propias alabanzas envilecen, no diré más. Mas como se demoraba la salida acordó el padre provincial acomodarnos en los conventos para que pasáramos la cuaresma con algún sosiego de espíritu, y así vi cumplido gran parte de mi deseo. Donde pasaron muchas cosas que no diré por no ser pesado, sucediendo una historia a cada uno, que no me maravillaría yo de haber maravillado a vuestas mercedes con ellas. Quedaron en Sevilla varios hermanos nuestros para entender el matoletaje, que hicieron muy largo y cumplido, comprando ornamentos, colchoncillos y camisas, lo cual contaron muy por extenso. Compraron también pescado, aceite y vino, garbanzos y arroz, con muchas conservas y otras cosas todas muy útiles en la mar; que por dilatarse la partida muchas se echaron a perder. Vinieron otras manadas de religiosos a Sevilla

sobre todo de Valladolid, de toda Castilla y de Andalucía; y el treinta de marzo se hizo en la capilla del convento la consagración episcopal de fray Bartolomé. Con todo, a más de los muchos trabajos que tuvimos en la corte, más padecimos en Sevilla; viendo la fealdad y bajeza de muchos, pues algunos indianos que allí estaban dejaron el nombre del obispo en perpetuo odio, ya que ponía en libertad a todos los esclavos que encontraba. En estas cosas se pasaron meses, no siendo el tiempo bueno para embarcar; pues eran harto peligrosas las calmas que había, y con todo nos aparejamos a salir. Y era tanto para algunos embarcarse como morir, porque nunca lo habían hecho. Ocho días antes de navegar procuré limpiar y evacuar todo el cuerpo con rosa alejandrina y una buena caña fístola, a más de con una píldora bendita, pues mejor se anda en la mar con el estómago vacío que lleno de malos humores. Antes de entrar en el barco hice testamento, declaré alguna deuda que de antiguo tenía con mis acreedores, reconciliándome con mis enemigos; pues después en la mar podía verme en tan espantosa tormenta, que por todos los tesoros del mundo no hubiera querido verme con ningún escrúpulo ni peso en la conciencia. Varias veces crucé el mar Atlántico desde la primera que lo hice en mi mocedad, y aún no me veía acostumbrado, pues en comenzando a navegar quedé en la nave como galápago, encerrado y cubierto con sus conchas; y no quedó en pie ni el vicario ni otro, que todos se mareaban porque entraban mucho en las uvas y frutas, bebiendo mucho, y por la abstinencia pasada sentían más la mar. Varias veces al día tenían ataques y desmayos, y yo me volví como de piedra; mas no se perturbó nuestro obispo en el viaje, sino iba tan tranquilo y como si nada; pareciendo el navío una cárcel estrecha de donde nadie podía huir, pues éramos muchos y grandes la estrechura, el ahogamiento y el calor.

Vimos una de las Canarias que era Tenerife y a todos pareció muy linda, y con esto se nos vino a las manos; que era la sierra más alta que muchos habían visto, aguzada a la manera de una linda piña, que es cosa de ver. En las Canarias bebimos agua fresca y nos lavamos, y nos leyó el ecónomo una lista de los manjares que llevábamos; y eran además de lo dicho variedad de pescados y carnes, corderos, jamones y tocinos, bizcocho blanco y jarras de vino de Cazalla. Había a mayores otras provisiones de higos y aceitunas, alcaparras y uvas, limones y naranjas dulces y amargas, granadas y confites, compotas y muchas golosinas de Portugal. Con esto, Nuestro Señor dé a vuestas mercedes mucha salud, y a mí no me desampare. Terminaba de trasponer el umbral y vi que era muy buena la iglesia, tenía un corral muy bueno con muchas parras

llenas de muy dulces uvas y un pozo de muy rica agua; había unas secretas, haciendo nosotros en el corral un hornillo para hacer de comer. El padre vicario repartió con los frailes la carne, vino y vinagre, de suerte que a nosotros faltó y a alguno le sobró. Confesamos todos y dijimos la misa mayor, y procuramos poner paz en los que estaban desavenidos. El obispo nos animó a todos y nos confortó mucho, diciendo confiásemos siempre en la Misericordia infinita de Dios. Vimos luego la isla de Gomera, y era esta tierra alta y de grandes sierras, con tierra bermeja, de pocos árboles y buena agua; y había abundancia de uvas que ya vendimiaban, y los higos comenzaban a madurar. Había muchos membrillos, muchos venados y asnos cerdescos, que los tomaban con perros por los montes y eran cosa de ver y contemplar. Embarcaron los pasajeros todo el matoletaje que habían menester, suficiente para sus personas y criados, y viajaba yo sin más equipaje que lo puesto, el breviario y tres o cuatro menudencias más, que podía acomodar con holgura en un zurrón que llevaba colgado en bandolera. En un principio, el rey don Fernando permitía pasar a las Indias a todo el que quisiera, sin pedirles información y con sólo apuntar sus nombres, con lo que muchos se veían libres de pagar sus culpas en la horca; mas no podía pasar luego ningún reconciliado, ni hijo ni aún nieto del que públicamente hubiera llevado sambenito, ni hijo ni nieto de quemado o condenado por hereje. Prohibían viajar a mujeres solteras, y sólo siendo lavanderas lo podían hacer, con lo que estaban tan contentas y nada corridas, que la novedad es más que todo; y había que tener ciertos permisos de la casa de Contratación, aunque ya comienzan éstos a ser muy abiertos y se les puede burlar. Mandó el rey no se llevaran a las Indias libros de romance de materias profanas y fabulosas, porque los indios que aprendieran a leer no dieran en ellos; y lo contrario para las obras de saludable doctrina, donde aprendieran las buenas costumbres, empezando a considerar su vida pasada con horror.

Era ya bien entrado el verano cuando partimos, y séanme testigos cuantos allí estuvieron; en fin, cuando nos determinamos iban veintisiete navíos entre naves gruesas y carabelas, un galeón de armada, marchando con nosotros el primero nuestro reverendísimo obispo, con maravilloso denuedo y corazón valiente. Entramos en el barco cantando letanías y otras oraciones con mucha alegría, pues en nuestra alma no tenían asiento las desgracias, las tristezas ni las desventuras; puestos en él estuvimos allí aquel día abrasándonos de calor, porque, ¿quién más calor y más frío que los miserables? Así lo padecí hasta que me vino en voluntad cerrar las compuertas de los



ojos; que sentíamos este calor mucho, y lo mismo los días siguientes de no menos suspensión que la pasada. Pues salíamos de muy regaladas salas y celdas y ahora la brea del navío ardía, y como iba mucha gente no nos desnudábamos por guardar la decencia y el decoro. Pretendió en éstas el padre vicario llevarnos todos juntos, y el decir esto y horrorizarme fue todo uno; aunque lo hiciera de buena voluntad porque fuéramos mejor y más acompañados. Para que libremente pudiéramos andar los frailes nos pusieron en las manos unos remos con que aprendiéramos a remar, y nos olvidáramos de rezar, pues pedir a aquéllos que hicieran justicia era pedir peras al olmo. Con todo nos traían como a loros, que no quiero yo ser manoseado ni traído por las calles, ni publicado por las esquinas de las plazas; y el padre vicario estaba que no sabía de sí, yendo de acá para allá, que no parecía fuera santo sino gran pecador. Callo aquí mil trabajos y tragos que bebimos, pues no eran nuestros convites limpios y aseados, y con no poca prisa; pues ni en casa ni en la playa pudimos reposar un credo con miedo a la demora de embarcar, que parecíamos mentecatos. Se puede echar de ver que yendo todos juntos fue peor, pues dos o tres frailes en un barco suelen ser bien servidos y regalados; pero no fue así, porque yendo allí muchos nos trataban de cualquier manera, y andábamos echados por los suelos sin que nos tuvieran reverencia ninguna. Íbamos pisados muchas veces, y no sólo los hábitos que llevábamos puestos, sino aun las barbas y las bocas. Gritaban los marineros: “¡Frailes acá, frailes acullá!”, que se servían malamente de nosotros para ayudarse en la navegación y nos hacían venir como negros debajo de cubierta, donde hedía el navío por el lastre de él. Veníamos con esto y las dolencias del mareo tan dolidos y podridos, y tan fatigados que no se podría decir; de allí a un paso con voz doliente y lastimosa cantamos el primer día completas, yo con mi voz que no es muy mala ni muy buena. Mas por la molestia que dábamos no dijimos el segundo más que la salve, y no con pequeño trabajo cada cual rezaba las horas cuando podía y se amañaba, y cuando esto pasaba estábamos sentados. A poco de salir cayeron todos como muertos, y yo con el padre vicario los poníamos a vomitar, que no dábamos a basto. Aunque los compelia el hambre a buscar sustento no podían mis hermanos comer bocado, aun yendo desmayados, y ganas de beber no les faltaban. Algunos había torcidos, algunos melancólicos, y el mayor tormento que sentían era rezar las horas, diciéndolas con todo como Dios les daba a entender. Poco espacio de tiempo había pasado cuando íbamos todos descalzos y sin sayas, y hubieran muchos quitado el escapulario si pudieran; mas nunca tal hicieron, ni

poníamos ni debíamos hacer una cosa tan perjudicial. Y estando todos atentos, oímos que lo que cantaba un grumete era esto:

*De mañana me levanto porque tarde me acosté,  
la ropa no me la pongo porque no me la quité.*

Fue general admiración, y volvió el tal en su acuerdo, diciendo:

*En Cádiz hice una muerte y allí me dejé el puñal,  
quede el puñal por la muerte y a Cádiz no vuelvo más.*

*Mi madre murió en presidio, mi padre en una galera,  
mis hermanitos y yo arrastrando una cadena.*

A lo que un compañero contestaba a voz en grito:

*Cartagena me da pena Y Cádiz me da dolor,  
Cartagena de mi vida, Cádiz de mi corazón.*

*Ahora sí que estamos bien, tú presa y yo prisionero,  
tú con cadenas de amor, yo con cadenas de hierro,*

que fue muy celebrado por todos. Terminó diciendo: “Ruego yo a Dios que me saque de pecado mortal”. A lo que respondió el otro, algo mohíno, que mala pascua le diera Dios y fuera la primera que viniera, que él ya tenía propuesto dejar aquellas borracherías. Con todo esto, íbamos con el temor de los franceses que andaban en guerra con nosotros, y con los bocados a medio masticar en las bocas nos quedábamos dormidos.

Llevaban algunos en el barco libros de caballerías en barricas de vino y en toneles de fruta seca, o disimulados en pipas y otras cajas; y todo lo que estoy diciendo lo escribí y acabé aquellos días de navegación, con balanceos de la nao y no buena fortuna. Vimos en camino muchas y tan grandes tortugas como yo nunca viera, y grandísimo número de lobos marinos, que era extraña cosa. Ardían las tablas y las jarcias con el gran calor, con la pez crecía en gran manera la sed, y acortábamos la ración de agua por ver que andábamos muy poco y tardábamos en tocar tierra. Un día nos hicieron levantar de la mesa al regocijo que hicieron, y con acentos muy conmovedores, pero todo era después nada y quedamos harto entristecidos. Con gran trabajo de calor y sed seguimos por allá, por las calmas que hacía, pero templábalo Nuestro Señor con la esperanza de la vista de aquellas hermosas islas. Antes fueran éstas las más pobladas del mundo, pero las más de ellas asolaron los españoles con su insaciable codicia y su inaudita crueldad y tiranía; y muchos religiosos, compadecidos

de ellos, deseábamos que Dios nos echara allí para remedio de aquellas almas que se perdían tan sin remedio. El día que finalmente avistamos tierra sacó la capitana lucidas banderas, poniendo a toda su gente por el navío concertada y tirando muchos tiros, que nos dio mucho placer de verlo. Salimos a la deseada tierra y ciudad de Santo Domingo donde fuimos muy bien recibidos, y en llegando a la isla caminábamos con gran gusto; pues todos los oficiales de allí nos servían y honraban, aunque no faltaran los que se mostraban reacios. Habían pasado cuarenta y tres días desde que salimos de las Canarias hasta llegar a la isla Española, y estando así vino a recogernos el superior de nuestra casa que se llamaba fray Antonio de León, hombre docto y celoso, así de la religión como del bien de aquellas Indias y de los naturales dellas. Vino a vernos el capellán, y lo que dijo venía tan poco al caso que era para perder el sentido. El padre vicario les envió una botija muy grande de bonísimo vino, y otras botijas con pasas, almendras y otras cositas; y eran las ventas de las Indias donde se pernoctaba de chozas con techo de paja, con lo más preciso para el regular descanso de hombres y bestias. No digo más, sino que cobraban el vino a medio peso de oro el azumbre en el puerto, y hasta diez leguas de distancia, aumentando medio peso por cada legua de alejamiento por causa de lo difícil del transporte. Costaba una posada dos tomines con cabalgadura, y uno solo al que viniese a pie; mas admirónos una cosa, y es que no valía una vaca en Santo Domingo más que un ducado, y no por su carne, sino solamente por el cuero. Hubo por entonces grandísima tempestad; decían los españoles indianos que por nuestros pecados y los del obispo que destruía las Indias se causaban aquellas desgracias, lo cual estuvo a punto de ser el final de todos nosotros. Mas sobrevino luego una tal bonanza que parecía soplaban los ángeles, con lo que todos vinieron en ello y nos dejaron ir. Es el *casabe* el pan común de aquella tierra, de ciertas raíces de matas como lentiscos. Aquellas ramas siembran y arraigan echando mazorca debajo de tierra, y aquella mazorca es ponzoña que mata; pero mójanlo y exprímenlo y el zumo aunque burdo es ponzoña, pero con unos cocimientos hacen de ello miel y vinagre. Sacado el zumo queda como aserradura de tablas, y después de curadas échanlas en un gran plato de barro sobre el fuego, majándolo por fin y haciendo como una tabla no muy fácil de quebrar si es reciente. Si es delgado es pasadero mojado en leche, o en cocina, y algunos lo tienen como manjar muy excelente; pero como la gente común lo come, duro y grueso, es como quien mascara aserradura, siendo ruin comida que hincha mucho y sustenta poco. Son por allá las guayabas fruta verde que tira a amarilla, y son como

duraznos, llenas de unos granillos que se tragan sin quebrar; mas a los que venían nuevos de Castilla les olían a chinches y les parecía abominable comerlas. No quise yo remojar el bizcocho y comílo seco, a uso de principiante, y en aquellos días no me vi harto de agua ni siquiera una hora.

Salidos a tierra fuimos todos en procesión a nuestra casa, acudiendo a recibirnos el obispo de la isla de Puerto Rico. Abrazáronme todos y yo llorando abracé a todos, y levantando las voces todos juntos comenzamos a gritar gracias a Dios, que no parecía sino que toda aquella tierra se hundía. Vino además mucha gente, que no era como para guardar el secreto, y todos nos miraban y esperaban en qué había de parar aquello. Llegados a la puerta de nuestra casa comenzamos un *Te Deum Laudamus*, para que tuvieran buen fin nuestros negocios. Luego salió allí el padre provincial de aquellas islas, y el prior de aquella casa, y antes tornaron a renovar las voces; y todo el convento, hecha oración y tomada la bendición, que así mata la alegría súbita como el dolor grande, abrazamos al resto de los hermanos. Holgábamos en verlos, a cuyas razones respondimos con mucha gravedad y prosopopeya; éramos frailes, diáconos y legos y el provincial nos recibió con mucha caridad; y en tanto que estas razones iba diciendo les quitó a muchos frailes las celdas y a otros les echó compañeros, desvestiéndose al fin poco a poco, pues estaban molidos. Así nos aposentó a todos, los cuales quedamos en aquella estrechez recogidos. Muchas veces nos sirvió a la mesa, que Dios acorre a los humildes y destruye a los rigurosos y tacaños, que si la pueden dar roma no la dan aguileña. Tocante a los cuidados dieron su bocado a cada uno, que de balde compra quien compra lo que ha menester. De modo que fuera de eso, el padre superior nos lavó los pies y nos regaló mucho, que halléle flaco, viejo, sin dientes, arrugado y muy otro en su parecer a como yo lo había visto en tiempos. Conocílo y no me conoció, y, el padre provincial mandó que todos comiésemos carne y dispensóse también en los ayunos; por lo cual venció todos mis escrúpulos, pues venía muy necesitado de la mar, con lo que comencé a embaular el estómago y no decliné el ofrecimiento. Las camas, no obstante, eran ruines; porque no eran más que una tabla mal cortada, con una estera de eneas o espadañas encima; y me rondaba en la cabeza que no se acostumbraba otra cosa en aquel convento de Dios, ni en todas las Indias entre nuestros hermanos, que no son estas burlas para dos veces. Así comprendí entonces que nuestro piloto hubiera jurado no entrar en un monasterio en la vida; pues iba yo derecho como un huso sin poder doblar las rodillas. Armóse norabuena, de donde le nacieron al señor obispo muchos

trabajos y deudas que le duraron años; pues al poner en efecto la resolución de salir de allí, concertado el navío le hallamos tantas trampas al piloto con tantas deudas y tan mal acreditado, que doquiera que estábamos llorábamos por España, y no pensábamos poder salir. Hacían unos calores tan grandes y desconcertados con aquellos trajes que llevábamos, que todo el día andaba yo desmayado y descoyuntado. Sudaba tanto que no lo podía creer aunque lo viera, y hasta de noche por adviento sudábamos a chorros cuando el sueño, a despecho y pesar de los calores nos comenzaba a cerrar los ojos; pues no notamos conocer el bien hasta que lo hemos perdido. Finalmente, con estas palabras y razones pudimos salir, y estando mirándonos todos, aquel día dio una misa muy solemne el prior de la casa; siendo ministros ciertos frailes franciscanos, que andábamos todos muy hermanados. Ya me pareció que era bien salir de tanta ociosidad como la que aquel convento tenía, y después nos tuvo capítulo el padre prior y nos hizo un largo sermón, diciendo que los que reciben suelen ser inferiores a los que dan; nos consoló y animó mucho, que falta nos hacía, haciendo luego la absolución general, y entre infinitos regalos y presentes nos abrazó a todos dando a mayores su bendición. Aunque muchos de aquella ciudad estaban al principio en nuestra contra, todos estos cuentos y sucesos pararon en que ahora lloraban nuestra partida; y no puedo creer sino que a todos los de este linaje les parecía que dejábamos sola la ciudad, pues gritaban a grandes voces y nos enviaban limosnas.

Con todo este ruido, furia y alboroto nos envió una viuda diecisiete novillos en cecina, con lo que torné a admirarme de nuevo y dí las gracias. Pero lo que más campeó en el campo de aquel banquete fueron otras cosillas como tres terneras, seis carneros y treinta gallinas, que eran cosa de ver por lo cebadas. A más nos envió la viuda cuatro quesos, siete castellanos, dos docenas de candelas de cera blanca muy hermosa que Dios le pagara, con mucho incienso y estoraque que mandó, y benjuí para quemar en la misa. Eran tan extraordinarias estas cosas que nos duraron harto tiempo, aclamando todos a la buena señora. En cuanto a la virreina, cuyos palacios caían sobre aquel hermoso huerto, tuvo a bien enviar a rogar al padre vicario que mandara allí algunos padres; que ni era ésta malicia ni era bellaquería, ni aquel caso había de parar en casamiento, ni usó de esta maña y artimaña. Pues sólo quería que no estuviese todo el mundo tostándose en aquel navío, ni encerrados tanto tiempo en las estrecheces de aquellos aposentos. Apenas lo hubimos oído cuando arremetimos, y así fuimos veinte religiosos y dijimos misa en su capilla con mucha devoción. Comimos con ella y con su

hermano fray Antonio muy largamente, y era aquel un fraile harto comedido, buen mozo y de muchos dineros; pues no piensen los padres que sólo por dar de comer a sus hijos los han de hacer de la Iglesia, ni por ser cojos, flacos, enfermos e inútiles, faltos o mal tallados han de dar con ellos en el altar o en la religión. Sin maestro íbamos ya todos de barberos, y de allí adelante siempre nos afeitábamos los unos a los otros, marchando a pie con los báculos en las manos y las capas en los hombros. La virreina nos enviaba cada día un carnero, y el señor obispo de Chiapa, que lo era fray Bartolomé nos daba otro; cierta condesa que allí conocimos estaba pobre, y con todo eso también nos hacía limosna enviando uvas y conservas de batatas, que es fruta de Indias, y otras cuantas cositas. Con todos estos preparativos salimos por fin a alta mar, y aquí me llegó el agua sobre la boca; pues apenas habíamos salido de puerto cuando todos caímos como difuntos, que desde aquí juro que por esta vez renunció a navegar por estas mareas. Que no quedó vicario ni obispo que no cayese, pues estas cosas son ligeras de prometer y muy pesadas de cumplir; y aún muchos marineros que venían se marearon, escuchándolo yo y sufriendo todo. Unos tropezaban, caían otros, y tal hubo que parecía que iba encantado; yo como podía andaba callando, casi como fuera de mí. Sentéme sobre el lecho y desmayábame de temor, pues éramos casi todos frailes, los marineros eran pocos y de ellos muchachos; que movían a compasión, pues bajaban algunos de los quince y no subían de los dieciséis. Y de ellos dolientes, con mal aderezo de todo y compañeros también en otras cosas. Pasaba alguno de las lamentaciones a la ira, pues llovía a cántaros y hacía tan grande tormenta que iban en profecía los conceptos; pareciendo querer hacer pedazos el navío, con lo que quedábamos más llenos de temor y espanto. El ruido de la mar era tan grande que no podía yo oír a ninguno, aunque al obispo me holgara oírlo. “¿Qué?”, decía al mismo punto, y toda la noche íbamos en oración metidos en un camarotillo que la navecilla tenía medio atrás; y oía yo la tormenta a cada paso, mas viendo que olía mal eché de ver que no eran truenos de buena casta. Íbamos todos arracimados y asidos, lamentando aquella situación; que a ratos callábamos, diciendo a ratos letanías y oraciones de coro, pues era yo otro y otros mis pensamientos. Con este miedo y más no había luz ninguna, y a voces decíamos el credo con todas las palabras de éste; y a gritos llamábamos el nombre del Señor, aguardando su fatal sentencia, y aunque me holgaba oírlo no las tenía todas conmigo.

Estando en los últimos pliegos de esta historia, acordaron que por popa se echaran

unas vigas atadas con maromas para que la nave no anduviese tanto. Yo cogí la ocasión, y convidéme diciendo que lo había hecho otras veces, aunque esto sólo fue una vez; pero con todo esto andábamos más que queríamos, lo que nos inducía a temer tres o cuatro aventuras. Algunos se querían confesar, pero sus confesiones querían más despacio. A la tarde cantamos nuestras vísperas efectuándose los rezos, en parte con tristeza de ver que no podíamos tocar tierra, pues iban por allá los más caudalosos ríos del mundo; y en parte con placer de vernos tan cerca de ella, y así decían algunos que no se daban por vencidos. Aquel sábado en la tarde se confesaron todos los marineros y gente del navío, haciendo muchas promesas, y eso hasta el más inflexible, audaz y empecatado; pues algunos frailes prometían misas, que iban blancos como el papel, y algunos seglares romerías, que empezaban a ser muy prudentes, aunque en tierra hicieran muy buenos negocios. Oíanse de cuando en cuando unos espantosos gritos y sollozos; una noche, combatiéndonos las olas comenzó a dar voces un portugués llamando a san Telmo, diciendo que si Dios lo libraba hacía voto de no entrar en la mar durante el resto de su vida. Mas de marineros y hosteleros no hagamos confianza en sus promesas, y como el tal en tierra no pensara más que en sogas y en horcas no faltó quien se riese cuando esto oyó, aunque el tiempo era más para llorar que para reír, pensando detenidamente el asunto. Todos eran a lamentar y nadie a menearse, y así era como la seca, que estaba el daño en el dedo y escupía debajo del brazo. Llovía en esto terriblemente, y las olas parecían querer llegar al cielo; que llegamos aquí al término y raya de los mayores peligros que puedan imaginarse, y aún pasamos a dos tiros de ballesta más allá de los mayores. Ya las olas quebraban el navío y muchas iban por encima de popa, que pensaban algunos ser llegada la hora postrera y en verdad que tenían razón. El viento era tan recio que quebró el mástil que llamamos trinquete, y tuve entonces por bien acabado mi negocio. De mis hermanos en religión, algunos se encomendaban modestamente a Dios, y hasta llegaron a gozar del vencimiento; otros daban voces llamando el nombre de santa Bárbara, quedando con esto sosegado su espíritu. El santo obispo conjuraba la mar, y mandábale en nombre del Señor que callase y enmudeciese; y diciendo esto se adelantaba a confortar a los más dolientes, y daba voces a la gente diciendo que callasen y no temiesen, que Dios iba con nosotros y no podíamos perecer; y sucedióle todo tan bien que a sus palabras amainó la tormenta, y esto dicho volvió las espaldas. No soy yo muy amigo de echar a milagro las cosas, cuando se puede imaginar alguna causa natural; y yo he dicho lo que pasó,

echadlo cada cual a la causa que os pareciera. Llegando el autor de esta historia a contar lo que en este capítulo cuenta, diré tan sólo para terminar: que no distamos de la muerte más que el grueso de una tabla pegada a otra con pez. De los que salimos se perdieron muchos, encomendándose a Dios; y sin añadir ni quitar a la historia un átomo de verdad diré que ahogáronse treinta y dos personas, que luego buscamos y no los encontramos, hallándolos de menos. Eran nueve religiosos y los demás seglares, algunos mancebos y buenos nadadores, que murieron bonitamente sin que nadie los viese. Un mercader viejo de los gordos, de sesenta años, se salvó por no desasirse, porque la suerte es imprevisible y entra y sale por donde quiere. Comenzaron a ahogarse el día de san Sebastián, después de medianoche si mal no recuerdo, y terminaron de ahogarse, los que se ahogaron, el mismo día de san Sebastián al mediodía, que pareció cosa de encantamiento. Reflexionando sobre estas cosas alborotábame yo mucho, pues algunos de éstos, viniendo embarcados esperaban por sus buenos servicios recibir buena paga y compensación. En saltando los supervivientes a tierra apenas muchos se podían tener, pues nos parecía que el suelo andaba; y tan altos eran los gritos que de todas partes se oían y entendían, por poca costumbre que tenían aquellos de navegar, o ninguna, con lo que venían todos muy flacos de espíritu.

Llegados que fuimos a tierra firme, nos quedaban hasta Chiapa, de donde era obispo fray Bartolomé, cosa de ciento veinte leguas. Se adelantaron algunos españoles a recibirnos, y en éstas hallamos diez o doce cajas de libros que echó allí la tormenta. Yo entonces le pregunté al obispo qué hacíamos, pues estaban enterradas en cieno en la orilla; y ante todas estas cosas, es necesario decir que los libros estaban tales y en tal forma, que no pensamos aparentemente poderlos aprovechar. Pues iban cubiertos de un cieno tan ralo que se metía entre las hojas, y seco era peor que engrudo. Las cajas estaban tan deshechas que en curar los libros y lavarlos, deslodazarlos y despegarlos pasamos aquí grandes trabajos; aún así se aprovecharon los más, en especial los que tenían su encuadernación de buen pergamino, pues se la pudimos quitar. Mas como habían tenido tanta pez quedaron con pestífero olor que nunca jamás se les iría, por más tiempo que pasara. Hice lista dellos en una hora y le dí al obispo el borrador; mas después hemos visto que algunos sin tocarlos se van ellos pudriendo y gastando, y así es la verdad. Ya en esto salimos de aquellos pantanos y dijeron aquellos españoles que eran las sesenta leguas hasta la villa de Tabasco las más dificultosas; de modo que el jueves por la noche dormí mejor que esperaba, y no me vino mal. Con



esto acabó la nueva sociedad, pues el que iba al mando de aquéllos se negó a acompañarnos y teníamos que irnos sin él, andando con barcas grandes todas aquellas costas. Mucho era nuestro hato, y más el del señor obispo, porque a más de aquellos libros llevábamos otros, que dicen con razón que el buen libro es buen amigo, y digo que ninguno mejor. Iban a mayores campanas, relojes y órganos, más otras muchas baratijas necesarias a su casa y a la nuestra. En llegando a algún pueblo predicábamos a los españoles los domingos y fiestas, cada uno el día que le encomendaban; y aunque yo no sirvo para sermonear tenía que hacerlo, que el principal asunto de mi profesión es perdonar a los pecadores y llevarlos al buen camino. Pero de los males y tiranías en que estaban no les decíamos directamente nada, ni lanzábamos persuasiones ni vituperios; lo uno, porque tenían allí su prelado que se lo decía sin pepita y les cantaba las verdades en público y en secreto. Lo segundo, porque teníamos por cierto que no aprovecharíamos nada, antes se empeoraba y decían que todo era embeleco. Como viéramos esto y la gran desvergüenza en pecar, quedé admirado de la desenvoltura; que tenían la casa llena de mujeres y con tiránico servicio; y si algo se les decía, sin responder palabra volvían el rostro, pues no eran temerosos de su conciencia. Así dejábalos sin decir nada en común, aunque en particular respondimos a lo que se ofrecía; pues no queríamos alcanzar por pleitos y contiendas lo que podíamos alcanzar por la paz y sin y peligro de la muerte.

Finalmente, aunque con este miedo y recelo seguimos el camino; y estuve por romper en risa toda mi cólera, pues daban aquellos unos grandes suspiros cuando de nosotros se apartaron, como que jamás nos hubiéramos de ver. Era así, como cuando los muchachos quedan tristes porque no sale el ahorcado que esperan, porque lo ha perdonado la justicia o antes se ha muerto de enfermedad. Cuento todo esto sin vanagloriarme, pues nadie puede escribir su propia vida hasta el último minuto. Llevaba yo una zalea en la cabeza con dos agujeros, por los muchos mosquitos; y quizá se considere que todo esto se puede llevar y conllevar, pero hay que pasarlo para saberlo. Pues de allí a poco, de aquellas lagunas que pasábamos y aquellas frialdades me dieron unos dolores de tripas que me torcían y añudaban, que siendo requerido a presentarme ante cualquiera, no pensaban que sanara ni alzara cabeza. Pero de allí a unos meses sané del todo, y hallo gracias a Dios que me he deslizado hasta ahora que aún brinco y paseo sin especial molestia; y si me fuese decente el bailar, creo que bailarí erguido, firme, sin traspíés, esparavanes ni desvanecimientos. A las obras me remito, ellas darán

testimonio el tiempo andando. Volviendo a nuestras molestias, fue que metidos en el río nos anegaba el agua a la garganta, que movíamos a compasión al más riguroso juez; mas esto nos dio una nueva idea, y fue que pusiéronme en la mano una lanza, a la cual me arrimaba para poder tenerme en pie. Así, prosiguiendo mi historia diré que al cabo de veinte días nos asaltaron los indios, y viendo nuestra condición hartamente desventurada nos dieron oro y algunas indias mozas y desnudas, a lo que dijimos nosotros que sólo queríamos comer. Habiendo descansado dos días llegamos a Chiapa, donde se le dio al obispo posesión de su silla, quedando allí sentado hasta cuando Dios quisiera, sin deseos de momento de surcar más el mar. En cuanto a mí, estoy demasiado cerca del final de mi historia, y ahora se me ha antojado dar una vuelta a mi corpachón y reconocer las goteras, los portillos y las roturas que pudo abrir en muchos lustros el azadón de los días en el casco viejo de mi humanidad. Culpad a la vejez y no a mi pluma mis errores, si algunos no juzgan mis escritos de envidia, los cuales son sin duda envidiosos de que yo alcance la gloria. Está entre ellos un tal fray Alonso Trueno, y tiene este rapaz almorranas y muermo, sarna y ladillas, que se las espulga con tenacillas el prior. Acuérdomme que dejé los trozos y demás ajuares de mi vitalidad enteros y verdaderos, corrientes y molientes en los vericuetos en los que anduve siempre, y llévenme a los tribunales si en alguna ocasión he dejado de cumplir con la obediencia a mi obispo, ni he transgredido las normas y consejos de nuestra venerable orden dominicana. No puedo porfiar, perdido de risa de ver la suma ignorancia de aquéllos que quieren rebajarme, y así malogre yo de una en otra prenda, unas vendidas, otras enajenadas y otras por empeño hasta la vuelta, si se me da nada por las objeciones que puedan ponerme de mentiroso. Porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira como el aceite sobre el agua.

\*\*\*

Estando en estas pláticas que digo, quiso la suerte que contaran los indios la existencia en el interior de aquellas tierras de un rey que andaba siempre entre ámbares y entre flores; encalabrínoseme el alma y me atosigó el saber que un día al año sus súbditos lo untaban primero con goma, espolvoreándolo con polvos de oro; de aquí, ayudado con voces y advertimientos saludables lo conducían a una isla en medio de una laguna y allí lo zambullían, a quien llamaban el Dorado. He contado bien por extenso cómo había entrado yo en la orden de Santo Domingo, y cómo llegué con un contingente de frailes dominicos que venía a servir a la diócesis de Chiapa; y lo que de aquí adelante

dijere será como testigo de vista, y hombre a quien Dios quiso dar parte en un tan nuevo y nunca visto descubrimiento del río Grande que llamamos de las Amazonas, siendo los dominios de aquel rey que digo. Decían otros que andaba éste de continuo cubierto de oro molido tan menudo como la sal, y lo que se ponía por el día se lo quitaba por la noche cuando se lavaba; esto hacía todos los días sin cubrirse con otra cosa, y cada noche lo echaba y perdía por tierra. Estos pensamientos me llevaban tan fuera de mí, que habiendo pedido nuestro obispo un fraile voluntario para acompañar a los españoles que iba a aquellas tierras, y sustentar sus almas con los sacramentos y consejos, ofrecíme a ir. Y así fui y recorrí aquellos lugares, con un hermano en religión llamado fray Gaspar de Carvajal. Era éste, gracias sean dadas a Dios, también dominico y muy versado en letras, que siempre le fatigaban deseos de cosas nuevas; pues no hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir a Dios primeramente, y luego admirar sus obras en el hombre y en la naturaleza. Para que mejor se entienda esto, he de decir que marchaban aquellos cristianos al mando de dos capitanes: era uno de ellos llamado Francisco de Orellana y el otro Gonzalo Pizarro, que yo ya conocía por ser hermano de mi antiguo capitán Francisco Pizarro, a quien llamaban el Marqués. Tenía este Gonzalo por entonces unos cuarenta años, alto de cuerpo y de miembros bien proporcionados, y no tenía el estómago hecho a tagarninas ni a piruétanos, ni a raíces de los montes; no como yo, mezquino y malaventurado, que sólo traigo miseria en mis alforjas. Añadiré que aparecía moreno de rostro, la barba negra y larga, que se podía presentar al Papa en persona. Era inclinado a las cosas de la guerra y muy sufridor de ella, y escupía a menudo un cierto género de saliva pegajosa y seca. ¡Oh hideputa, puto, y qué bien lo hacía! Mostraba además ser muy buen hombre de a caballo de ambas sillas, y arcabucero, y si hablase más comedidamente no tuviese rival, pues era cosa de perder el juicio oír las cosas que a sus anchas decía. Mas con ser hombre de bajo entendimiento decía sus razones muy bien, aunque con muy groseras palabras. ¡Oh hideputa, puto, y qué rejo tenía el bellaco! Y no sabía guardar un secreto, lo que fue mucho inconveniente para él, lo cual visto y notado era peligro inaudito y temeroso. Era enemigo de dar, y finalmente, después de otras muchas razones, dábase demasiado a las mujeres; que poníase a pensar de qué modo las acometería, así fueran indias o de Castilla.

Era por su parte Francisco de Orellana teniente de gobernador en la ciudad de Santiago, en Guayaquil. Tenía por entonces treinta años, cuando se puso a navegar el

río abajo en el país de la Canela que luego llamamos Amazonía; que no parecía ser moco de pavo la tal navegación, pesándome a mí un tanto los míos, aunque hubiera preferido morir en tal empresa antes que abandonarla. Tampoco eran tales mis achaques que me lo impidieran, como he dicho, con que pudiera llevar amparo y ayuda espiritual a los indios que por allí hubiera, con tanta ligereza como me lo permitieran los huesos de mi natomía. Había nacido Orellana en Trujillo de Extremadura, y no imaginaba qué remedio tendría cuando llegara a la Española, marchando desde allí al Perú; pues era uno de los que vinieron a reforzar las tropas de Pizarro, encomendándolo todo a Dios que es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas. En una conquista y fundación perdió un ojo como le sucediera a Almagro, como atrás queda dicho; y lo mismo me ocurriría a mí como luego diré, que es esto en aquellas tierras ordinario fin y paradero de las lozanías de los hombres. Cuando supo que Gonzalo Pizarro iba a buscar la tierra de la Canela o del Dorado, determinóse a marchar con él buscando aventuras; y dejando al tiempo que hiciera de las suyas, pensaban ambos hallar al príncipe que andaba cubierto de oro. Fue a la villa de Quito donde se hallaba Gonzalo Pizarro y se ofreció para seguirlo, como se ha visto y se ha notado en el discurso de esta historia; y de una cosa le pesaba, y es que gastó en preparativos más de cuarenta mil pesos de oro. Pero antes de que aquí llegara sucedieron cosas que por muchas, grandes y nuevas merecen ser escritas y leídas; y aunque decíanle que eran aquellas tierras muy ásperas y belicosas y podían matarlo, con todo no se volvió atrás el capitán. Con esta perpleja tribulación llegó, y mandó Pizarro concertar en Quito unos cuatro mil indios, que por aquí se comienzan las aventuras; que, a lo que a mí se trasluce, iban más de doscientos españoles con más de mil perros, y no le parezca a alguno que ando fuera de camino; pues iban muchos cerdos, llamas y otras bestias que no nombraré, pues, ¿no basta ya lo que he dicho? Llevaba en esto cada español seglar una espada, una rodela y una taleguilla con la comida de cada cual; y aún quédese aquí, que es peor meneallo, pues así nos metimos a descubrir lo que no sabíamos, que el más erguido y bien dispuesto traía consigo una pesada carga de pensamientos e incomodidades. Fue el último viaje que yo hice. y espero sea el postrero que haga por los siglos de los siglos, si no es a la casa del Padre, que me parece a cada paso que la toco con la mano. Dejemos estos fantasmas, que mejor es retirarse a buen compás de pies y volverse a sus querencias cada uno. Así digo que fuimos hacia oriente buscando el árbol de la canela, y no lo hallamos en dos meses, bien que tenga yo un instinto tan

grande y tan natural. Mis esperanzas más muertas que muertas, anduvimos por aquellas montañas por sendas escarpadas donde muchos murieron de frío, que no seré yo tan descortés ni tan desagradecido que no los recuerde. Pasamos luego grandes ciénagas, y propuse en mi corazón dejarme dar doscientas bofetadas antes que volver por allí; y muchos esteros también, hallando en las márgenes de un río muchas gentes vestidas, que volábanles por encima gran cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas. Dijeron por señas que habitaban en pueblos bajo caciques, pues sólo era allí la vida posible en las orillas y los caminos por los ríos; y había alguno que su nariz era tan grande que casi le hacía sombra a todo el cuerpo. De esa manera anduvimos muchos caminos siguiendo el curso de este río que era bien de temer, por donde anduvimos veinte leguas; iban en éste muchas canoas con gente de guerra y arrebatamos muchas a sus dueños, hasta que llegamos a ciertos poblados no muy grandes. Llevábamos hombres y equipajes por el agua, y en esto ya comenzaban a gorjear en los árboles mil suerte de pajarillos. Iban nadando los caballos y una nube de canoas enemigas nos hostigaban alrededor, alcanzándome media docena de guijarros limpios y pelados. Y mirad, cuerpo de mi padre, que allí determinó Gonzalo Pizarro que hiciéramos un barco, lo que se hizo en su momento, como luego diré. Con todo, hubimos de pelear siquiera media hora hasta llegar a una angostura del río a donde tendimos un puente, y por allí pasamos; yo todo lo miré y lo noté, y juzgábalo bien visto y mirado; que iba aquel río emparedado entre los muros de unas altas montañas y al fondo un profundo cañón, donde se estrellaban y rompían muchas cataratas con muchos arrecifes. Llamaban a éstos el río Coca y el Napo, y según supimos corrían hacia uno mayor que era el río Grande, que íbamos buscando. Teníamos por entonces no poca hambre, pues los cerdos se habían escapado todos, habiendo ya muerto las llamas y caballos que teníamos, sin que se pudiera remediar. Decidió el capitán como digo hacer aquel barco para no hundirnos en el lodo, y fuera en buena hora; que al llegar a las aguas navegables que estaban más abajo fue el momento de construirlo, para que llevase la impedimenta y los enfermos con mayor comodidad. Visto esto anduvo Orellana por todo el real sacando hierro para clavos y buscando madera, que corría por su cuenta todo el mal y el bien que resultase. Con el trabajo de todos se hizo el barco en que entraron las ropas y los indios dolientes, y nosotros los frailes, siguiendo los demás río abajo otras cincuenta leguas, con lo que iban en gran hambre y necesidad, que todo hay que decirlo.

Dios sabe en lo que podría volverme, pues habían muerto muchos indios por bajar

de las alturas a aquellas vaporosas selvas; y a otros los hicieron dormir a garrotazos, de tal suerte la suya que no despertaron si no fue en el otro mundo. Habían desaparecido los rebaños que llevábamos de ovejas y cerdos, con perdón, no hallando en tierra sino pantanos llenos de mosquitos como Lucifer. Con tantos riachuelos, charcos y selvas impenetrables ya el hambre nos acosaba a todos, de forma que no se nos podía ver el rostro. Si todo esto no basta para enterarnos de esta verdad que digo, pusieron de acuerdo los dos capitanes, esperando nosotros qué resolución tomarían. Fue que aguardaría Pizarro con algunos en aquel lugar y otros iríamos río abajo, que si la aventura nos favoreciese en encontrar cualquier comida, al punto volveríamos. Si nos tardábamos aguardarían tres o cuatro días, volviendo luego atrás. Diciendo esto levantóse en pie Pizarro tomando la espada, y fuímonos, esperando el día para que el sol viera nuestras obras. Así el capitán Orellana tomó entre nosotros cincuenta y siete hombres que entramos en el barco, y otros en algunas canoas tomadas a los indios, con que seguimos río abajo y con esto acertamos razones. Por nuestros pecados no hallamos comida en doscientas leguas, y por si fuera poco al segundo día nos perdimos en medio del río; pues dio el barco en un palo, con tan mala suerte que le sumió una tabla y casi nos ahogamos, y por eso digo que nos dejemos de andar buscando aventuras. Finalmente achicamos el agua y lo remendamos lo mejor que se pudo. Como el río corría mucho seguimos el camino a toda prisa, que ya me contaba yo por partido y dividido en dos partes; pues iba crecido recogiendo el agua de otros muchos, y todas las juntaba. Navegamos así por tres días sin avistar poblado alguno, y como pereciéramos de hambre, que habríamos comido sin hacernos rogar, dije yo una misa con toda devoción, como se dice en el mar, encomendándonos a Dios que bendijó la paz y maldijo las riñas. No se nos ocultaba con esto que no podíamos volver atrás arriba, por la gran corriente; y soy de parecer, señores míos, que por sí o por no era volver por tierra imposible. De forma que estábamos con esto en gran peligro de muerte por el gran hambre que padecíamos, todos turbados y sin pulsos. Miraba yo con ojos desencajados y vista omnubilada, y acordóse entonces decidir entre todos lo que haríamos, bien volver o seguir adelante fuese lo que fuera, de cuyo consejo salió por común voto de todos que siguiéramos. El dolor grande de mis costillas no me dejaba hacer piadosos discursos, viéndome en tanta necesidad que de nuevo comí cueros, cintas y suelas de zapato con algunas yerbas, y en estas imaginaciones íbamos todos ocupados. Pues era tal nuestra flaqueza que no nos teníamos en pie, con lo que

comenzábamos algunos a hablar consigo mismos, y a decirse burradas. Andábamos unos a gatas, no menos confusos y pensativos, y otros se metieron con bordones en las montañas buscando algo de comer, que todo eran artificios y trazas. Algunos hallaron raíces y otras yerbas no conocidas, con lo que estuvieron a punto de morir; porque estaban como locos y no tenían seso, que es fácil empezar una empresa y difícil salirse de ella. De éstos no murió ninguno, gracias a Dios, y seguimos el viaje; y el día de año nuevo pareciónos a algunos oír tambores de indios, mas otros lo negaban. Ya entonces salimos de la selva, y nada descubrimos; y como no halláramos poblado iba yo suspenso y admirado sin osar desplegar los labios, y se vio que era imaginación. Con eso desmayábamos todos y sólo el capitán nos sustentaba, y Dios, que todo lo puede y es el odre de toda consolación.

En esto fuimos razonando, hasta que llegamos a un cierto lugar. Así, estando un lunes por la noche que era ocho de enero comiendo unas raíces montesinas que no envidiarían a la mejor fortuna, oímos claramente tambores no muy lejos. Quedé imaginando qué sería, pues fue el capitán quien lo oyó primero y nos lo dijo. Fue tal la alegría, contento y ufanidad que sentimos, que olvidamos todo lo pasado que aquí se ha dicho. Hicimos vela aquella noche por mor de los indios, no durmiendo el capitán; el cual, empinándose estuvo mirando a las estrellas cada cuarto de hora. Por la mañana nos mandó aderezar la pólvora por lo que pudiera suceder, así como ballestas y arcabuces; y dijo nos armáramos todos, del último al primero. En extremo contentos salimos a buscar el pueblo, y al cabo de dos leguas río abajo vimos cuatro canoas de indios. Venían los tales a tierra y cuando nos vieron salieron corriendo, para prueba de lo cual nos sucedió lo que ahora diré: y fue que oímos pronto muchos más tambores dando la alarma, tan bien concertados los tales que oíamos tenor y tiple, y aún otras voces más; callamos en oyendo esto y luego os diré lo que pasó, que cuando llegamos al poblado todos nos aguardaban, atentísimos a guardar sus casas. Mandó el capitán que con mucho orden saltáramos a tierra, haciéndolo así; y era tanto el ánimo que teníamos, y andábamos tan embebidos que olvidamos las fatigas pasadas. Con devoto corazón y lágrimas en los ojos besé la tierra una y mil veces, pues dejaron el pueblo los indios con toda la comida que allí había; fue para nosotros gran refugio y consuelo, y tanto comimos y tanto bebimos que no me podía persuadir ser verdad. ¡Bendito sea el cielo! Mas con esta historia, antes de que comiéramos, mandó el capitán que recorriéramos el pueblo y sus casas; no siendo que estando descuidados vinieran los

indios aguándonos la fiesta. Tomamos entonces como digo lo que aquéllos tenían guisado y bebimos sus brebajes, con tanta agonía que no nos veíamos hartos. Todo esto con los rodeles al hombro y las espadas debajo de los sobacos, que en acabando de beber dije que todo esto estaba muy bien, pero que habíamos de dormir ahora; y admirados quedaron de mi razonamiento, mi discreción y mi buen discurso. Estuvimos así hasta dos horas pasado el mediodía, en lo que los indios comenzaron a venir por el agua por vernos y catarnos. Andaban como bobos por el río, que no pasaran tan de largo si no fuera por el temor. El capitán, con algo que conocía su lengua, comenzó a decirles que no tuvieran miedo, y que por otra parte nos vieran con los ojos y nos tocaran con las manos. Así llegaron y les dimos muchos regalos, admirándonos de su apostura y rostro; noté que eran hombres membrudos, no muy altos de cuerpo, y también he de confesar y creer que había alguno no mal parecido. Llegó el cacique luego, con la nariz corva en la mitad y toda llena de verrugas; y hasta abrazó a nuestro capitán muy contento de vernos, mandando el capitán darle vestidos que le harían en grandísima manera galán y vistoso. Levantándose, volvió de allí a un poco y mandó que trajeran comida sus indios, que eran carnes y perdices, peras y pescados de muchas clases y otras virguerías. Al día siguiente llegaron otros dos caciques, que eran trece en total, y aún así a nadie le pareció mal número, tomando en todos posesión en nombre de su majestad el rey de España.

No me dejaban dar crédito a la verdad que con los ojos estaba mirando, y estando en éstas mandó nuestro capitán Orellana hacer otro bergantín mayor. Por contar lo que adelante sucedió, diré que aunque no había entre nosotros maestro que supiera tal oficio hicimos todo, hasta los clavos que era lo más dificultoso, y todo nos era de honesto entretenimiento. Este soliloquio pasé conmigo, no dejando los indios de acudir y traer comida, que debían tener el corazón mayor que una sandía grande; y hasta venían con joyas y patenas de oro, pues eran más que medianamente ricos. No consintió el capitán que tomáramos nada, ni siquiera mirarlo, porque riquezas sin virtud son perlas en el muladar, y a mayores no quería que entendieran los indios que lo valorábamos, ni que en viéndolo quedáramos embebidos. Aunque no quiero dar entrada en mi corazón a la hipocresía, diré sin vanagloria que poco se me daba, aunque volvieran aquellos una y otra vez, siendo así que en cada una nos traían más oro. A la mitad desta plática diéronnos noticia de las Amazonas y de las riquezas que tenían, y todo esto lo contó un cierto viejo a quien llamaban por nombre Aparia; a quien preguntéle cuántos hijos tenía



y me dijo que muchos. Habló de un señor que estaba apartado del río, y estuve a la relación de su vida y entretenimientos; pues dijo tener éste mucho oro y llamarse Inca, con lo que ya caí en la cuenta de a quién se refería, y andaba éste algo atrasado de noticias. Pasemos adelante, anudando el hilo de esta historia; a éstas añadió otras razones, mientras que unos de entre nosotros hacían los clavos, otros hacían el carbón y unos fuelles de borceguíes, y todas las demás herramientas que son necesarias al caso. Iban muchos al monte a cortar leña y lo hacían a pie, trayéndola a cuestas hasta el pueblo, que harían media legua; y váyanse vuestas mercedes viendo que otros hacían sus hoyos, esto con gran trabajo, pues estaban harto flacos y no eran diestros en aquel oficio. Que me aspen si yo moví un dedo, pues estaba allí para predicar, aunque ayudara menudamente y por mis pausas, todo atento a mirar y anotar los hechos y palabras para luego contarlos. Prometí relatar aquella valerosa hazaña a nuestro emperador cuando con él en la corte me viese, y muchos me miraban admirados y algo incrédulos; mas no sería mucho que así fuese, pues que ya me iba haciendo un nombrecillo. Los que no tenían fuerza para cortar madera soplaban los fuelles, y otros acarreaban agua; y con gran flema y remanso el capitán trabajaba en todo, y en todo tenía que entender. Dímonos tanta maña, que en veinte días y con la ayuda de Dios se hicieron dos mil clavos muy buenos y otras cosas, que es todo lo que puede decirse en género de valentía. Dejamos la obra del bergantín para donde hubiera más oportunidad y mejor aparejo, y haya paz aquí, y después nos llegue la gloria.

Acordó por entonces Orellana dar mil castellanos a seis compañeros si querían volver con Pizarro, tornando a requerir y a intimar, dándoles además dos negros que les ayudaran a remar, y algunos indios; oído lo cual, con lágrimas en los ojos no hubo sino tres que accedieran, pues había gran temor de no llegar; que había hasta ciento cincuenta o doscientas leguas río arriba, pues en verdad que esta vez habíamos dado salto en vago. ¡Ah, hombres de poca fe! Maldecía yo mi ventura, y llamaba menguada la hora en que me vino al pensamiento acometer semejante jornada; visto que la comida se agotaba, habiendo muerto siete de los nuestros del hambre pasada, por no llorar y lamentarnos metimos todo en el barco y salimos, bien a la ventura. Habíamos andado veinte leguas cuando se juntó al nuestro otro río por la mano derecha, muy recio y con gran avenida, siempre creyendo y pensando todos que lo que sucediese sería voluntad de Dios. Íbamos con los ojos hechos brasas viendo que peleaba un agua con la otra, pues traía mucha marea; y para acabar de arreglarlo llevaba el agua muchos remolinos

llevándonos de un lado a otro, con vista y ademán para poner espanto a la misma temeridad. Con harto trabajo pudimos salir, y no sin daño, pues dos canoas se perdieron entre unas islas con doce españoles, que llorábamos ya su muerte; pues anduvieron dos días perdidos sin poderlos hallar, y hasta aquí llegó el extremo. Pero al cabo de este tiempo los vimos, que no fue poca alegría; los cuales, oyéndose llamar vinieron a nosotros, y después de haber desandado un día entero proseguimos, so pena de caer en la desgracia. Más comedidos que arrogantes ahora, hallamos otro pueblo de indios, dándonos éstos muchas tortugas y papagayos de comida, mas no dejaban de huir ni de volver la cabeza a cada paso. Dormimos en el pueblo aquella noche, donde no nos faltaron mosquitos que no nos dejaban sosegar, pues no desdeñaban ni nuestras traseras partes; y queriendo tentar nueva fortuna seguimos luego por el río, viniendo más indios con canoas, que ni quise ni osé salir, y era para traernos comida. Conviene a saber, que empezaron a sacar de sus canoas muchas de dichas tortugas, que ya me iban empachando a mí las tales. Dímosles a cambio muchas cosas, y yo alguna les dí, que no soy tan menguado como debo de haber parecido. Quedaron muy contentos del tratamiento que se les hacía, besándonos las manos por las mercedes recibidas; y más porque veían que nuestro capitán conocía un poco su lengua y mostrábase grande, liberal y magnífico. Preguntó éste por los poblados donde estaba Paria y nos los mostraron río abajo, con intención de dar a nuestro objeto dichosa y bien afortunada cima; cuando allí llegamos vimos a muchos indios embarcarse en canoas, y por las señales que hacían y las armas que llevaban parecían querernos acometer, cosa disparatada, temeraria y tonta. Pudo aplacarlos nuestro capitán, que en todo este tiempo no había hablado palabra; hecho esto nos trajeron más tortugas, oh Señor, y manatíes, que eran vacas marinas; así como perdices, gatos y monos asados, que honraran las cortes de sus príncipes. Díjoles el capitán que éramos cristianos y adorábamos un solo Dios, no como ellos que adoraban piedras y bultos hechos, y desta manera creían cumplir con sus precisas obligaciones. Hablóles del emperador de las Españas con asaz discretas y comedidas palabras, y estaban todos muy atentos escuchando lo que les decía, aunque no lo entendieran muy bien. Dijéronnos y advirtiéronnos, que teníamos que andar con cuidado, pues había allá unas señoras muy grandes que ellos llamaban *amurianas*; que eran muchas y nosotros muy pocos, y con gentil donaire y gallardía nos matarían a todos. Que no fuéramos a la tierra de aquéllas y nos darían ellos lo que hubiéramos menester, pues eran algunos médicos

principalmente herbolarios, recibiéndonos con muestras de mucho amor y cortesía. Dijo el capitán que sintiéndolo mucho tenía que pasar de largo, y que éramos hijos del Sol y no temíamos, pues andábamos adornados de todas las virtudes cardinales y teologales. ¡Oh, hideputa, bellaco, y cómo era católico! Espantáronse a esto los indios y se pusieron muy contentos, teniéndonos por santos o personas celestiales, a quien sucedían espantosas y desatinadas aventuras. Dijeron al capitán que eran suyos y lo querían servir, y diciendo y haciendo se pusieron en pie; unos nos convidaban a sus casas, y hasta hubieran sido capaces por nosotros de aprender la lengua latina y griega. Digo aquí que en señal de posesión hicimos una cruz muy alta, con lo cual se holgaron los indios; cuatro días estuvimos regaladísimos, pues cada mañana nos traían de comer.

Decidimos hacer allí el bergantín, pues la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo no son buenos para nadie; y los hallamos tan bien dispuestos que les agradecemos la merced y buen tratamiento. Un tal Diego Mexía dijo cómo se había de hacer, aunque no era su oficio, y le alabamos su honrosa determinación. Trajeron una cuaderna, y otros la quilla y las rodas, y plega al cielo que vuestas mercedes me crean, que semejaba aquello un monasterio de cartujos, según el silencio que había. Aserraron otros las tablas, y como era invierno estaba la madera lejos; cada cual tomaba su hacha y se iba al monte, y lo que cortaba lo acarrea a cuestras. Mirábalos yo con la conciencia bien tranquila, pues digo misa cada día, reparto mis bienes con los pobres, todo sin hacer alarde de buenas obras. De esta manera en siete días cortóse todo el maderaje, que parecía maravilla; y aunque no había hombre entre nosotros acostumbrado a semejante oficio, Dios proveía y daba ingenio para lo que había que hacer, pues es todo bondad, y era aquello para salvar nuestras vidas. Con todo esto, quiero que vuestas mercedes adviertan que en treinta y cinco días quedó hecho el bergantín, calafateado con algodón y a mayores embetunado con pez, que todo lo traían aquellos indios; pues el capitán se lo pedía, pero no de manera que se le pudiera dar el nombre de gorrón; y con ello mucha comida, que lo tuvimos por discreto y agudo. No quiero detenerme en decir los mosquitos que había en aquel pueblo, que no nos podíamos valer ni de día ni de noche; unos a otros nos amosqueábamos, considerando yo con cierto pesar en qué clima del mundo me hallaba. Volviendo a lo de arriba, cuando en esto estábamos llegaron cuatro indios mucho más altos, a los que con gran flema y disimulación acogimos; pues vímonos harto desiguales en cuanto a estatura, que nos sacaban a todos mucho más de un palmo; y temeroso de no ser creído diré que eran muy blancos, y con muy buenos

cabellos hasta la cintura. Venían muy enojados de oro y ropa, y con los referidos atavíos llegaban con tanta humildad que causaba asombro. Y aun entreviendo que habían de quedar vencedores en la contienda marcháronse luego, y nunca más supimos nuevas de dónde eran ni de dónde venían, pues se nos deslizaron de entre las manos como anguilas. Con las naturales ataduras y estrecheces con que van atados los cristianos en estas ocasiones, pasamos allí la cuaresma; donde se confesaron todos los compañeros con los dos religiosos que allí estábamos, que creo ya lo he dicho otra vez. Yo prediqué todos los domingos lo mejor que Dios me dio a entender, y con buena licencia lo hice también el domingo de quasimodo; y todos tuvieron mucha devoción, reiterándome los ofrecimientos y comedimientos de siempre. Adobóse también el barco pequeño, pues ya venía medio podrido, y con estas razones se acabó de cerrar el proceso; y así ya todo bien aderezado y puesto a punto nos dispusimos a salir, a la busca de nuestras desventuradas aventuras. Llegóse, en fin, el día de la partida, pero antes nos aconteció en este pueblo una cosa de espanto y de mucha devoción. Fue que el miércoles de Tiniebla, jueves santo y viernes de Pasión, nos hicieron los indios ayunar por fuerza, pues no nos trajeron de comer hasta el sábado, víspera de Pascua. ¡Viven los cielos, donde más altos están! Y entonces nos trajeron tanta que no la podíamos comer, lo cual tuvimos por milagro.

De todo no me queda más que decir sino que seguimos por el río mucho tiempo, hasta que ya no tuvimos alimento de nuevo; comía yo poco y dormía menos, y lo que dormía, si dormía, era encima de tablas y sobre duro, como animal bruto. Hubimos de comer yerbas, y siempre andaba yo pensativo y triste hablando entre mí mismo. Allí ocurrió un caso que no lo osara yo escribir, si no tuviera tantos testigos como hube: fue que uno tiró a un ave con una ballesta, y saltando la nuez de la caja cayó al río; y pensando que se había perdido, otro compañero llamado Conteras echó un anzuelo al río con una vara, sacando un pez de cinco palmos, con lo que quedamos suspensos de ver la extraña figura que tenía. Como era grande y el anzuelo pequeño, fue menester sacarlo con maña y no con fuerza; y lo más maravilloso del caso fue que hallamos dentro del buche la nuez de la ballesta, que no fue poco menester, siendo aquel encuentro de gran favor y merced. A doce de mayo llegamos a las provincias de Machiparo, que estaba el poblado asentado sobre el río en una loma, y nos parecía acometer a cada paso lo imposible. Vimos luego muchas y muy grandes poblaciones, conociendo presto ser temeridad exorbitante la nuestra; pues se juntaban para pelear

como cincuenta mil hombres o más, de los treinta a los setenta años, y los más valientes que tiene el mundo. Pues no guerreaban los mozos allí, sino los viejos, éstos muy dispuestos y gallardos. Tenían bozos, y no barbas, de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban. Dos leguas antes que llegáramos al pueblo lo vimos blanquear, viendo venir río abajo muchas canoas a punto de guerra, pues traían ciertas cosas que daban indicio y señal de ello; eran muy lucidas y con sus paveses, que eran de conchas de lagartos y cueros de manatís tan altos como un hombre, y yo me daré a entender que no nos daban buena espina. Daban muchos gritos y tocaban tambores, y pensé rogar al cielo que no nos acabasen; pues amenazaban diciendo que nos habían de comer, y por esa sola gracia nos dejaban acongojados. Nos encomendamos a Dios y aparejamos los arcabuces y ballestas, porque es accidente inseparable de estas cosas; pero hallaron los arcabuceros húmeda la pólvora y que no se podía mirar, por lo que no pudieron usarla, y sólo las ballestas. Saltaba yo más que una cabra y birlaba las flechas como por encantamiento, y de esta manera fuimos peleando hasta llegar al pueblo, que no tenía tantos bienes de fortuna como de naturaleza, y donde había muchas gentes; por todas partes nos hacían la guerra, que era cosa harto temible aquélla. Aún con esto los hicimos huir, gracias a las ballestas, y entramos en el pueblo; y en entrando nos aposentamos en las casas que eran cosa de ver, hallando gran cantidad de comida. Había tortugas en corrales que nos ofrecieron su compañía, y lo que yo quisiera es que allí mismo se murieran todas; pues si va a decir las verdades sin invidia, no las podía ver. Vimos por allá mucha carne, pescado y bizcocho, éste tan abundante que hubieran podido comer más de mil hombres durante un año sin hartarse de él. Tomamos más de mil tortugas, que buen siglo hayan y buen poso; y nos hirieron ellos dos hombres, pues en tanto cercaron las casas donde estaban nuestros compañeros; y aunque lucharon como leones, el aparato con que el enemigo lo hacía era nuevo y extraordinario. He de decir que más que ningún otro español fue un tal Blas de Medina, pues con una daga metióse en medio de aquellos enemigos, peleando tan bien que todos hubimos de espantarnos. Hasta entonces había ido callando y escuchando, y tocaba una guitarra que la hacía hablar; y aunque saliera por entonces con un muslo atravesado no le estorbaba el deseo de cantar, y así decía:

*El gato de mi madre tiene una cosa,*

*debajo las narices tiene la boca,*

lo que era para todos de gran gusto y entretenimiento. Creí yo que había de

caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, mas pidiéndonos el capitán que detuviéramos el paso, pues teníamos dieciocho heridos; y si queréis que os lo muestre con la experiencia, no había otra cura para ellos sino cierto ensalmo, pero ninguna de las cosas conocidas. Nadie sabe lo que está por venir, y con la ayuda de Dios dentro de quince días todos estaban sanos; excepto el que murió, y Dios lo acogiera en buena hora; que era llamado Pedro de Ampudia y falleció a los ocho días, natural de Ciudad Rodrigo. Mandó el capitán que los heridos se embarcasen, y los que no podían andar mandó que los envolviesen en mantas y los llevaran a costas como cargas de maíz, porque no se embarcasen cojeando; que no era cosa buena, pues en viéndolos tan dolientes los indios, debían tomar tanto ánimo que no nos dejaran marchar. De cuando en cuando los destapábamos para ver si eran muertos, y para que les diera el aire si acaso estaban vivos; esto sería a la puesta de sol y nos siguieron toda la noche, y a todo mi correr que era un mediano trote, de forma que no nos dejaban reposar. Yo bien sé lo que es valentía, pues había en el camino muchas poblaciones donde salían los indios de fresco y quedaban los que estaban fatigados, donde esperaban entretener el tiempo hasta reposar.

Al mediodía ya mis com pañeros no podían remar, pues íbamos todos muy cansados. Sin tocar trompeta ni otra señal que los avisase, mandó Orellana que entráramos en una isla que hallamos despoblada en medio del río; porque la gente tomase un poco de descanso y comiese, que falta les hacía. Poco trecho me había alongado, y en viéndonos los indios acordaron acometernos todos por tierra y agua; así tuvimos que embarcarnos luego con harto dolor, siguiendo muchísimos de ellos tanto por tierra como por el agua, tantos y tales que no se podían contar. Partiendo el camino andaban entre ellos cuatro o cinco hechiceros, que me tenían atónito y lleno de espanto; pues iban todos encalados y las bocas llenas de ceniza, tanto que los juzgué por algunos monstruos, o por hombres nuevos de aquellos que hoy no se usan por el mundo. Lanzaban por la boca ceniza al aire, llevando en las manos hisopos con los que andaban echando agua por el río, a uso y manera de hechizo; y en acabando, con voz levantada que parecía grito nos decían ciertas maldiciones. Tocaban luego sus cornetas, trompetas de palo y tambores, que todos aquellos caballeros tenían sus particulares ejercicios. No hicimos caso de tales niñerías ni bravatas, y después de pasarnos delante acometiánnos con grandes gritos tal como se ha dicho, con lo que yo comenzaba a hacerme mil cruces y a santiguarme otras tantas. A todo esto, después de Dios eran

nuestro amparo y auxilio las ballestas y los arcabuces, que todo hay que reconocerlo; y así de estas formas y modos nos llevaron un trecho, hasta meternos en cierta angostura en un brazo del río. Plega al cielo que sea creíble lo que digo, y fue que nos pusieron aquí en muy grande aprieto; pues tendiéronnos una celada que a poco nos morimos todos, con lo que suspirando yo y sin saber lo que decía, ni adelante de quién estaba, me encomendé a Nuestro Señor. No fue para menos, pues eran más de ciento y treinta canoas con más de ocho mil indios, y otros de nosotros decían que diez mil; que la afición o el miedo, con facilidad ciegan los ojos del entendimiento. Cierto es que nos acometían desde tierra, y desde el agua nos abarcaban; y yo que he visto llover y hacer sol todo a un mismo punto, nunca viera cosa como aquélla. Sucedió que uno de los nuestros llamado Celis, tiró a un indio con un arcabuz; y en apuntándole dióle en mitad de los pechos, haciéndole besar el suelo como si fuera reliquia. Luego su gente desmayó, pues era el jefe como pudimos colegir, y en ese tiempo tuvimos lugar de salir a lo ancho del río, cansados de manera y a despecho de ellos. Pero todavía nos siguieron dos días con sus noches, todo sin dejarnos reposar, y a todo esto yo no respondí, pues me dormía. La congoja era de ver que no había entre poblado y poblado un tiro de ballesta, y que el más lejos no estaría media legua; y volviendo el rostro a todos partes vimos que había un pueblo que duraba cinco leguas sin faltar casa, que era cosa maravillosa de ver y nunca vista ni oída; y a fe, señores, que como íbamos de pasada no pudimos saber lo que había tierra adentro. Todo lo miraba y todo lo contemplaba yo, y de todo me aficionaba; y de esta manera y con este trabajo salimos de la provincia y señorío que llamaban de Machiparo, llegando a otra no menor. Yo apostaré un brazo a que era el comienzo de otra llamada Omafuci; lo primero que se nos ofreció a la vista fue que vimos un pueblo, y en el acto nos mandó el capitán que lo tomáramos; que estaba en un alto sobre el río como guarnición, desviándonos con esto un poco del camino. Así mandó enderezar los bergantines hacia el puerto, jugando de nuevo las ballestas y arcabuces, con lo que sacudiendo la pereza de mis miembros yo me puse en pie. Pelearon en tierra de manera que hicieron huir a los indios, y así quedó el pueblo para nosotros con toda la comida que tenía; y por ahora, bendito sea Dios, no nos habían herido a nadie. Quedámonos allí tres días, pues era como fuerte, de donde podía yo ver más a mi sabor. Mas héte aquí que veo que estaban los indios desmandando los bergantines a fuerza de desamarrarlos, y si no es por nuestros arcabuceros hubiéramos quedado allí. ¿Quién podrá decir lo que vimos, sin causar

admiración, maravilla y espanto a los que oyeren?

Volviendo a mi historia, diré que pudimos comer en el poblado mucha yuca y un bizcocho muy bueno, y frutas de todas clases, que alguna guardé yo en mi faltriquera. Salimos de allí el domingo después de la Ascensión, viendo a dos leguas otro río asaz poderoso y tan grande que tenía a la entrada tres islas, por lo que lo llamamos de la Trinidad. Así como lo vio el capitán, en altas voces dijo que debía ya ser este territorio de Omagua, que decían con muchas poblaciones y con muchos indígenas; y que tenían el rostro mesmo, la misma figura, el mismo aspecto, igual fisonomía, la misma efigie, la perspectiva mesma de los anteriores. Por que no nos atracaran íbamos por el centro del río y algunos se acercaban a hablarnos, mas no entendíamos lo que decían, que todo esto era como hablarles en griego y en jerigonza. Con esto llegamos a un poblado, que siendo pequeño lo tomamos; hallando allí una casa de placer, que las riquezas son poderosas a soldar muchas quiebras y aquélla las tenía, pues estaba llena de loza de diversas hechuras. Había tinajas y cántaros muy grandes, que ni Dios los haría mejor, y de más de veinticinco arrobas; tendí la vista por allá y vi platos y escudillas, y candelabros de esta loza, de lo mejor que se ha visto en el mundo. Pues las de Málaga y Sevilla no se igualaban con ella, que era toda vidriada y esmaltada de todos los colores, y tan vivos que daba espanto; que hubieran bastado éstas para alcanzar fama gloriosa y duradera, siendo sus dibujos parecidos a los romanos, sin tener que envidiarles cosa alguna. Cuando esto vimos, dijéronnos los indios que todo lo que allí había de loza era en el interior de oro y plata; que nos llevarían allá, donde el Inca, con lo que nos juzgaríamos harto más dichosos de lo que éramos hasta aquí. En fin, la referencia me hizo gracia; y hallamos en esta casa dos ídolos tejidos de pluma que daban espanto, pues eran de estatura gigante; advertid lo que puede la magia de éstos, que tenían metidos en los brazos unas ruedas a modo de arandelas, y lo mismo en las pantorrillas, y por mi santiguada que debían ser especies de demonios. Tenían las orejas horadadas muy grandes, con otras lindezas, y eran a manera de los indios del Cuzco que llaman orejones, y aún mayores. Aunque ni la ambición me inquietaba ni la pompa vana del mundo me fatiga, hallamos también oro y plata; mas era la intención de todos hallar de comer, y la mía también lo era; por eso no lo tomamos, que no se nos daba nada por ninguna riqueza y sólo ansiábamos por entonces ciertas habilidades y gracias que no son vendibles. De este modo salimos y nos retiramos, que iban desde este pueblo muchos caminos hacia el interior, mas por miedo de que nos atacaran



volvimos con mucha presteza a las naves. A todos nos pareció cosa buena, pues ya se ponía el sol; así partimos, y aunque yo tomé un remo hicieron además de quitármelo de las manos mis compañeros. No hicieron ellos más que remar hasta que vino el día, con lo que desperté soñoliento y perezoso; siempre íbamos desviados de tierra, para no dar lugar a que los indios saliesen a nosotros y a golpes nos desencuadernaran las tablas, cayéndonos al río.

Usamos de ardidés y estratagemas para burlar al enemigo, andando por aquel señorío de Omagua más de cien leguas, sin más cosas dignas de mención. Y ello hasta las tierras de otro señor llamado Panagua, con lo que quedamos todos los circunstantes admirados; pues aquí no nos hacían daño, sino que nos daban todo lo que tenían, sin que se tuvieran por burlados y escarnidos. Había en esta tierra muchas ovejas de las del Perú, que allí decían llamas, y mucha plata, según los indios aseguraban; y no iba yo turbado, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, siendo tierra muy alegre y vistosa con toda clase de flores y frutos que nos regalaban. Eran éstos piñas y peras, que en Nueva España llamaban aguacates, ciruelas y guanás, y otras muchas; y si ahora no satisfacía mi deseo, era por parecerme que andaba algo ligero de vientre. Por justa y favorable disposición de los cielos seguimos adelante dando en otra provincia, y anduvimos inadvertidos de no habernos proveído de armas; pues era ésta belicosa y con mucha gente, siendo grandes los embustes y marañas que hacían para conseguir el fin que deseaban. Encontramos allí gallinas, un tanto diferentes a las que en España suelen verse. Ninguna fuerza bastaría a torcer nuestra voluntad, y prosiguiendo el viaje hallamos la boca de otro río que llamamos Negro, que entrando por el lado izquierdo corría tanto y con tanta ferocidad, que luego me hiqué de rodillas y me encomendé a Dios, haciendo una oración en voz baja al cielo. En más de veinte leguas vi que este río hacía raya en el otro agua, sin revolverse una con otra, por cuyo ruido y estruendo deseábamos salir de él. Pedí que me diesen algo de comer, hallando mucho pescado que era socorro y recreación; y cuando ya íbamos cansados y mohínos vimos un pueblo en una loma, apartado del río y fortificado hermosamente con una muralla, hecha con maderos muy gruesos. Estábamos todos atentos, viendo más allá otro del que tengo mucho que contar; y así determinamos descansar un poco, que hacía mucho tiempo que navegábamos por aquella oscura región, hallando tales cosas allí que de no haberlas visto no las creyera, y de no ser mis compañeros testigos, tampoco las contara. Era un pueblo mediano, no muy grande, donde la gente nos esperaba, y estando en este

pensamiento y confusión suplicámosles diesen a entender lo que decían. Había en este pueblo una plaza muy grande que era de encarecer, y en medio un tablón grande de diez pies de cuadro más o menos; figurada y labrada en relieve había una ciudad con muros y una puerta, cuyas nuevas os quiero dar ahora. Quedéme suspenso mirando todo aquello, pues había en la puerta dos torres muy altas con ventanas; y esta averiguación no es de importancia, ni altera la verdad y contexto de la historia. Cada torre tenía dos puertas y en cada una dos columnas, siendo esto así, y que verdaderamente toda la obra ya dicha estaba cargada en dos leones muy feroces que por el suelo se arrastraban; mirando ambos hacia atrás, como recatados el uno del otro. Pero con todo tenían en sus manos y uñas toda la obra, hazaña sólo guardada para ser acometida por ellos. En medio de todo había una plaza redonda, la cual despacio y a sus tiempos iré contando. En medio de esta plaza había un agujero que suspendióme y admiróme, por donde ofrecían y echaban chicha para el sol, que era éste el vino que aquéllos bebían; y créanme vuestas mercedes, que al sol lo adoraban teniéndolo por su dios, y todo eso y más. Yo contaré algunas cosas de las que allí vi, en fin, que el edificio era cosa de ver; y espantados el capitán y todos nosotros de tan gran obra pensamos perder el juicio, y preguntamos a un indio qué era. Hablando sentencias y dando consejos a cada paso dijo que eran ellos tributarios de las Amazonas, y no nos maravillamos. Preguntámosle algunas cosas más, a lo que él nos respondió que daban a éstas plumas de papagayos para poner los techos de las casas de sus oratorios. ¡Oh, santo Dios! Y que los pueblos que ellas tenían eran semejantes a éste de la plaza, y lo tenían allí por su memoria para adorarlo. Como yo era algo curioso pregunté más, y me dijo el tal que era esto cosa de su señora que mandaba en la tierra de tales mujeres, siendo de mucha importancia.

Dimos por bien empleadísima la jornada, hallando en la misma plaza una casa no pequeña donde os contaré maravillas; pues vimos muchas vestiduras de plumas de diversos colores, y si es que hacéis este mismo camino, acá las hallaréis; que vestíanlas los indios para celebrar sus fiestas y bailes, regocijándose delante del tablón ya dicho y ofreciendo sacrificios a su dios, porque en ello granjeaban muchas cosas. No nos podíamos detener y salimos de este pueblo, y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa. Dimos en otro que tenía un tablón semejante, topando a poco trecho con unos indios que nos atacaron, con lo que tuvimos que embarcar. Pues eran todas estas gentes guerreras, de alegre rostro y al parecer ágiles en su persona; y se nos revolvían con armas y paveses, gritando y diciéndonos que no se huyera, pues nos estaban

aguardando. En señal de lo cual volvíamos las espaldas a sus lugares, al cabo del cual espacio tornábamos a navegar. Así llegamos a un lugar donde sólo había mujeres, sin saber cómo ni cómo no; y estuvimos en este pueblo holgando hasta que el sol se puso, con lo que me salteó un sueño profundísimo. Hasta que vinieron los indios a sus casas, y hallándolas en poder de quien no conocían quedaron espantados; de repente sin procurarlo empezaron a decir que saliéramos de ellas y nos acometían, que todos los contentos de esta vida pasan como sombra y sueño. Con todo nos detuvimos como media hora, siguiendo luego nuestro viaje; y no habíamos andado cuatro leguas cuando vimos por la mano derecha entrar un grande y poderoso río mucho mayor que el que llevábamos, llamándolo el Río Grande; y echando yo mi bendición, haciendo sobre mi persona mil cruces dije y juré no haber visto nada igual en mi vida. Cuanto más andábamos, y cuando menos lo pensábamos más pobladas estaban estas tierras y eran los hombres más espesos. Con tanta prisa, habíamos tomado varios de ellos para salvar nuestras vidas; pero tanto se volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon, que mandó el capitán que varias piezas que habíamos tomado las ahorcásemos para escarmiento de los demás. Y que nos tuvieran temor, teniéndolo por mala señal, y se excusaran de atacarnos. En esto pasamos un poblado que tenía siete picotas, ofreciéndose luego a la vista que en trechos por el pueblo, y clavadas en las picotas había muchas cabezas de muertos, viendo que tenían cerrados los ojos con muestras de estar dormidos. Llamamos a esto la provincia de las Picotas, que duraba por el río abajo sesenta leguas, sabiendo éstos como dicen un punto más que el diablo. Con todo, tomamos en un pueblo más adelante una india de mucha razón, y respondiome que en todo diría verdad. Dijo que había tierra adentro muchos cristianos como nosotros, y volviéndose de lado tornó a su acostumbrado silencio. Era cejijunta y la nariz algo chata, y los dientes mostraban ser ralos y no bien puestos. Díjonos luego que había dos mujeres blancas y otros tenían indias, y algunos hijos con ellas; oyendo lo cual, y por las señas, supimos que eran éstos los que se habían perdido de un tal Diego de Ordaz. En sus grandes ojeras y en su color quebradiza supimos que estaría ésta con el mal mensil, ordinario de las mujeres; mas díjonos que hacía muchos meses, y aún años, que no lo tenía ni asomaba por sus puertas. Díjonos con muy buenas razones dónde estaban los cristianos, y que nos llevaría; pero habiendo pasado malas noches y peores días, como no éramos parte decidimos seguir adelante, que para sacarlos de donde estaban ya habría tiempo. Cuando esto oyó dio la tal grandes alaridos y llantos acompañados de

profundos gemidos y angustiados sollozos, tanto era el pesar que sentía por nuestra partida, con tantas lágrimas que fueran bastantes a lavarse las manos. Parecíamos de carne momia según veníamos de secos y amojamados, y así fuimos tomando comida donde veíamos que no la podían defender; y en el discurso de nuestro viaje hallamos maíz y mucha avena, de lo que los indios hacían pan. Gran satisfacción me dio el que hubiera allí muy buen vino a la manera de cerveza, que por estar en gran necesidad debí abusar de él, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó a anochecer y a amanecer tres veces, aunque no lo supiera, ni me estuviera a mí bien hacer eso. Había en los poblados bodegas de vino que eran de encarecer, y en un punto nos encontramos con ropas de algodón muy buenas y con otras cosillas. Hablábales yo pero no me respondían palabra, y se iban huyendo con tanta prisa que era cosa de notar. Andando el tiempo vimos un oratorio con muchas divisas de guerra colgadas, y ordenó el capitán que al momento se tomasen; había en lo alto dos mitras muy bien hechas como las de nuestros obispos, y sería tenido a milagro con tan buena hechura como llevaban, pues eran tejidas y no sabíamos de qué. Tenían muchos colores y no eran de algodón ni de lana, que era notable *espilorchería* como dicen los italianos, y todas cosas éstas que suspendían el ánimo. Pasamos a otros pueblos sin parar, cantando algunos seguirillas para entretener el trabajo del camino; a lo que cierto mozo entonó remedando la voz de una mocita:

*Marinerito es mi padre, marinerito es mi hermano,  
marinerito ha de ser al que yo le dé mi mano,*  
y otro le contestó en la misma forma, o parecida:

*Un marinerito, madre, me tiene robada el alma,  
si no me caso con él me doy una puñalada.*

De que se siguieron grandes risas y no menguado regocijo, aunque hubiera dado la cosa en España trabajo a la Inquisición. Por ahora no os quiero decir más, sino que íbamos buscando asiento apacible para festejar la fiesta del bienaventurado san Juan Bautista y esto es largo de contar; y así sin quererlo dimos de golpe con el señorío de las amazonas, pareciéndonos aquel lugar como sagrado. Estaban estos pueblos avisados, según colegimos; por cuya causa salieron a buscarnos sin buena intención, riéndose y haciendo burla de nosotros, y dimos muestras de pesarnos la burla. Pues decían nos llevarían a las amazonas, y entre estas razones yo me desmayaba, de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se había de llevar el alma

consigo. Llegados a tierra, como los indios eran muchos parecíannos llover flechas, y así atendiendo a nuestra alma, que a mi parecer más la teníamos en la lengua que en los dientes, estuvimos en un tris de perdernos todos. Hirieron a varios, entre ellos a mí, dándome con una flecha en una ijada que me llegó a lo hueco, y si no fuera por los hábitos allí me quedara, estimándome todos por hombre de valor y pelo en pecho. Se me escureció el alma por verme imposibilitado y privado de salud; y no digo nada, sino que vinieron diez o doce amazonas, que las vimos, y yo como otros; andaban peleando delante de los indios como capitanes, y el que intentara tomarlas, primero había de pasar por la punta de sus lanzas. Andaban tan animosamente que no osaban los indios dar la espalda, y al que se volvía lo mataban a palos, cuya ya casi consumida y acabada vida remataban luego. Eran las tales mujeres muy blancas y altas, y en esto blandían sus armas tan fuerte y tan diestramente, que ponían pavor en todos los que allí estábamos. Llevaban el cabello trenzado, muy largo y alrededor de la cabeza, y con esto eran membrudas y andaban en cueros, tapadas sólo sus vergüenzas como solían, con lanzas como he dicho y con arcos y flechas en las manos. Grandes fueron y muchos los daños que nos hicieron, y ningún regalo; y en verdad que hubo mujer de éstas que metió un palmo de flecha por uno de los bergantines, y otras algo menos, y con unas y otras parecían los barcos puerco espín; con todo esto me tentaba yo la cabeza y los pechos, por ver si todavía estaba en el mundo Despabilé entonces los ojos, limpiémelos, y fue Dios servido de darnos a todos tanta fuerza que mataron nuestros compañero a siete u ocho de las amazonas; y con esto los indios desmayaron, siendo desbaratados y vencidos, que nadie osaba levantarse. Con las mismas plegarias y deprecaciones nos embarcamos aprisa, pues venían muchos más, cantarriberas y gente advenediza. Y no fue sin zozobra, pues llegaban por el río gran cantidad de canoas y nos dejamos ir al garete sin remar, que a cada paso nos engañábamos y volvíamos a juntarnos, y esto hecho nos tornábamos a dividir, pues estábamos tan cansados que no podíamos sujetar los remos. Con esto, desconsolados y roncos, costeábamos la tierra por sortear la gran corriente, todo lo cual se extendió y se supo por los lugares circunvecinos. Estaban los indios en celada escondidos en sus arboledas, que era dar en manos y bocas de todos los demonios del infierno; y comenzaron a flechar tan brevemente que con esto, doblando a cada paso los cuidados, unos a otros no nos veíamos. Daba yo unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos, y fue que de todos no hirieron a nadie más que a mí; y la causa de tan amargo sentimiento fue que me dieron un flechazo por un

ojo que me pasó la flecha a la otra parte, con lo cual perdí el ojo y pasé mucho dolor, que desde la punta del espinazo hasta la nuca del cerebro me dolía de manera, que me sacaba el sentido. ¡Cuerpo de mí! Y lo paso todavía, que en resolución, los que seguimos a Dios todo lo hemos de soportar con paciencia. Pues que Nuestro Señor, sin yo merecerlo me ha querido otorgar la vida, para que me enmiende y la viva mejor hasta aquí, aunque en otro tiempo haya dormido en la dura tierra a cielo abierto, sujeto a lo que dicen inclemencias del cielo. Siguiendo diré que poco a poco nos fuimos a emboscar, y así yo confieso que me retiré, pero no huí; pues no huye el que se retira, que es de varones valientes guardarse para mejor ocasión. Eran los montes de esta tierra encinares y alcornoques que llevaban bellotas, pues nosotros las vimos, aunque yo con un solo ojo a la sazón, como queda dicho; había robledales, siendo la tierra alta y con lomas. Detúveme para catarme las heridas, que no estaba para responder, porque me parecía que hablaba por el cuenco del ojo; y de esto están las historias llenas, como todo el mundo sabe. No era la hierba más alta que hasta la rodilla y había mucha caza, y esto es tan verdad como que ahora es de día. Volviendo a nuestro camino mandó el capitán que saliéramos a la mitad del río por huir de lo poblado, pues era tanto que daba grima; y compungiéndose de manera al verme le vinieron las lágrimas a los ojos. Donde nos sucedió lo que se contará, que llamamos a esta provincia de san Juan porque en su día entramos en ella; y con harto dolor de mi ánima, porque el varapalo que me dieron se hacía más sentir con el sereno. Tengo por seguro que por su intercesión me otorgó Dios la vida, y haría yo una buena apuesta; pues había yo predicado aquella mañana viniendo por el río, sin lo cual no me hallaba un punto. En tanto iba ya más confortado, aunque tuerto; y hallamos muchas islas en el centro del río, teniendo algunas seis leguas de largo sin exageración. Las pasamos todas con mucho hambre y gran trabajo, y tan en hora mala que iba el que más y el que menos todo ansioso, todo molido y todo apaleado. Pues, ¡tomadme el dormir! Que muchos no podían tumbarse porque el dolor les cogía todas las espaldas, y si más las cogiere, más les doliera.

Sin juramento me podéis creer; que nos dijo el indio que llevábamos, y que no conociendo nuestra lengua por señas la hablaba muy bien, que no eran aquellas amazonas casadas, sino solteras. Es pues de saber que vivían tierra adentro, donde nos dijo que parían; pues, con todo, participaban con indios en tiempos, aunque no se quisieran casar. Hechas pues estas prevenciones, explicó que cuando les venía aquella gana juntaban mucha gente de fuera; y así, sin dar parte a persona alguna de su

intención, por fuerza traían prisioneros a sus tierras, de lo cual ellos se desesperaban. Teníanlos el tiempo que se les antojaba, pero esto importa poco o nada a nuestro cuento; y después que se hallaban preñadas los devolvían a su tierra sin hacerles mal, con muestras de hombres muy pensativos. Éstas, en suma, fueron las razones que el indio nos dio; y que cuando llegaba el tiempo del paritorio, si parían hijo, era tal el enojo que contra él concebían que lo mataban y lo enviaban a su padre norabuena; y sí era hija dábanse a criarla con gran solemnidad, y con esto la imponían en las cosas de la guerra. En estos latinicos y otros tales dijo más, que en lo que tocaba a poner disgresiones era maestro; y fue que entre estas mujeres había una señora de todas que llamaban *Coñori*, que era canalla malvada y peor aconsejada. Tenía ésta mucho oro y plata, según se explicó, y las señores principales no tenían sus servicios más que de plata y oro, con lo que recibían señaladísima merced y contento. Y con la boca y los pechos en el suelo servíanse las plebeyas de vasijas de palo, y algunas de barro que ponían al fuego, pues siempre y dondequiera, y en cualquier lugar ha habido pobres y ricos. Porque muchas gracias no pueden decirse con pocas palabras, añadió aquél otras muchas cosas; y de ciertas maldiciones que entre dientes echó, dijo que en la ciudad donde estaba la señora había casas muy grandes con sus oratorios; y con grandísimo gusto tenían casas dedicadas al sol que llamaban *Caranain*, con gruesos techos forrados de pinturas de diversos colores. De todo esto me holgaba yo mucho, salvo que había en estas casas ídolos de oro y plata en forma de mujeres donde iban todas a hincar las rodillas, lo que a mí me pesaba. Había mucha pedrería para el servicio del sol, con todas las ceremonias acostumbradas. De todo lo cual me admiraba, y que andaban vestidas muy hermosamente, de una lana muy fina; pues había allí muchas ovejas como las del Perú, y si este cuento no os cuadrare, mucho que lo siento. Al cabo del cual tiempo volvió con su invención, diciendo que eran los vestidos de aquéllas a modo de mantas, ceñidas desde los pechos hasta abajo, tanto que apenas se podían sustentar. Y otras como mantos abrochadas delante con cordones, y aunque cada una por sí, iban todas juntas. Comenzando a suspirar tiernísimamente, contó que traían el pelo suelto en su tierra y en las cabezas unas coronas de dos dedos de gruesas, pues antes se arrojarían al río que quitárselas; y dijo más, que había camellos y otros animales que no pudimos entender, aunque nos estuviésemos quedos sin hacer ningún ruido; y tan sólo pudimos extraer que eran del tamaño de un caballo, mas con la pata hendida. Diciendo esto se volvió a sentar, que como desmayado se había dejado caer en mis brazos, y dijo

para terminar que había en esta tierra dos lagunas de agua salada, que de ellas hacían sal, y que había una orden por la cual poniéndose el sol no había de quedar ningún macho en todas estas ciudades; porque no pusieran ellas en efecto las muchas amenazas que hacían, de manera que no pudieran escaparse, si no es los que traían las señoras para tener qué hacer con ellos, con regocijado silencio y alegre diligencia.

Durmióse a esto y fue menester despertarlo, y así salí, diciendo que presto volvería. Quiso la mala suerte que en el interín nos salieran al paso unos hombres muy grandes, todos trasquilados y pintados de negro, por lo que llamamos a la provincia de los Negros. Apenas serían dos horas pasadas de la noche cuando nuestro indio volvió, y díjonos que comían carne humana; esperaos un poco y lo veréis, y así seguimos adelante. Pues mataron los indios a un compañero que llamábamos Antonio de Carranza y era de Burgos, y por los malos gritos que daba nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusión. En este parecer vinimos, que lo hirieron dentro del bergantín, pues tenían los indios alguna yerba ponzoñosa para untar sus flechas; y no con poca pesadumbre nuestra, en cayendo al agua, poco después de que lo hirieron dio su ánima a Dios. Condolidos de su miseria y lastimosa desgracia vímoslo partir desesperado de esta vida, orando todos por que su alma no se perdiera; y al paso que llevábamos fuimos a dormir todos a un robledal que estaba a la boca de un río, mandando el capitán se pusieran unas barandas a los bergantines para defenderse de las flechas. No nos valieron poco sino mucho, y venía el capitán algo descolorido, debía ser de la mala noche, a cuyas voces y palabras todos volvimos la cabeza. Estuvimos allí día y medio y no parecíamos mascar, sino engullir, porque teníamos hambre canina. Pensábamos estar más, sino que sucedió una cosa de no poco espanto a los que la vimos: fue que a hora de vísperas, andando cada cual con ligero desenfado e indeterminado propósito, se puso sobre un árbol un pájaro que distintamente decía *huí, huí*. Y lo dijo tres veces, lo cual oía yo y me tenía suspenso. Pensamos que pedía una cosa muy justa y puesta en razón, que huyéramos, pues eran muchos los indios que llegaban, todos por aquel río y otros, y todos en piraguas. Muchos venían a los bergantines y luchaban como perros, más que encarnizados, rabiosos; y entre grandes gritos y alaridos quedaban muchos tristes bañados en su sangre y tendidos en el suelo, y quedamos otros en fin, cansados y sin ningún aliento. Yo no me meto a juzgar en los temores ni valentías ajenas, mas rilábame yo en aquellos indios y en la parentela de entrambos, pidiendo muy de veras a Dios perdón de mis pecados sin acordarme ni de



comer, que era razón que atendiera a la salud del alma antes que a los gustos del cuerpo. Esto que ahora quiero decir, llévenlo en la memoria: y es que con todo eso tengo a feliz ventura estar vivo, aunque sea lleno de mataduras y estropeado de un ojo; que no hay cosa peor que una muerte impensada, de repente, súbita y no prevista.

Quince días serían pasados cuando hallamos algunos poblados, y andábamos tan flacos que era compasión mirarnos. Con estas circunstancias todas, pues que nos podíamos aprovechar, allí cargamos comida; y sentándonos en un pozo natural que allí había, dimos por bien empleado el trabajo que habíamos tenido. Aquí comenzamos a dejar la tierra y a entrar en muchas islas que en el río había, que eran menos pobladas; y con esas alabanzas y encarecimiento vimos venir por el río una danta muerta, a modo de jabalí. Al punto, con grandísima prisa la trajimos; yo de un brinco me puse en el suelo viendo que era tan grande como una mula, y por salir bien apercebidos la trocearon y repartióse entre los compañeros, de manera y modo que cada cual comió para cinco o seis días. ¡Cuerpo de tal! Que no fue poco, sino mucho remedio para todos. Y fuera en buena hora, sino que yo me cogí un cierto dolor de barriga. Olvidábaseme decir que esta danta venía recién muerta, porque estaba caliente y no tenía ninguna herida; y al mismo duque de Alba se la quitáramos sí preciso fuera, pues que apenas teníamos de comer sino lo que se mariscaba en el agua, que no se imaginara entre hombres. Eran éstos unos caracolillos y unos cangrejos bermejuelos del tamaño de ranas, pero como quiera que fuéramos desmayados, a nada se hacía asco. Con esto no quiso Dios que muriéramos de hambre, ni penciéramos en naufragio. Aunque traía yo cubierto el ojo izquierdo con un parche de tafetán negro, como dicen, doy gracias el cielo que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre a hacer bien a todos y mal a ninguno; que por servirle dejaría yo todos los intereses del mundo. En éstas, sabrán vuestas mercedes que hallamos la boca del río por donde salimos, y dividiéndonos según el acuerdo tomamos allí de unos indios un poco de maíz tostado y unas raíces. Según es pública voz y fama nos dispusimos a navegar por el mar a la ventura, y así lo hicimos, pues no teníamos piloto, aguja ni carta alguna de navegar, y ahora lo veremos. Ni sabíamos por qué lado había que echar, y yo de mi parte tan montaraz y tan huraño que era causa de mucha tristeza para todos, yendo siempre con un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces. Salimos entre dos islas, que había entre una y otra cuatro leguas; tendría el río cincuenta de punta a punta, y de tal manera aguijó el miedo que no puede decirse con palabras. Digo asimismo, que por esta causa entraba

en la mar tanto agua dulce que yo me maravillaba. Andábamos los dos bergantines a vista de tierra, que era nuestro capitán varón prudente y muy avisado; hízonos tan buen tiempo que nunca, ni por río ni por mar tuvimos aguaceros, gracias a Dios, cuya verdad no admite réplica ni disputa. Luego proseguiré diciendo que una noche se apartó un bergantín de otro por ir fuera de los términos razonables, que nunca más nos pudimos ver, y con lágrimas en los ojos pensamos que se hubiera perdido. Quedé pasmado y absorto, suspenso, atónito, abobado y confuso, y finalmente espantado. Al cabo de nueve días nos metieron nuestros pecados en el golfo de Paria, llegando a tanto la desgracia de esta burla que estuvimos por allá siete días, en que no comimos más que una especie de ciruelas; y de ello nacía aquella condición blanda que entonces mostraban mis deposiciones. Hasta que salimos por las Bocas del Dragón, que tales fueron para nosotros, porque por poco no nos quedamos dentro, y no debo ni puedo decir más. Daba yo diente con diente muy apriesa hasta que salimos de esta cárcel, y fuimos unos días por la costa adelante sin saber dónde estábamos ni dónde íbamos; y siendo esto así como lo es, está claro que es una de las cosas más de ver que hoy tiene el mundo. Así llegamos a la isla de Cubagua, y después de haber dicho muchas cosas acerca del peligro que tuvimos, hallamos nuestro pequeño bergantín, que haría dos días que había llegado. Fue grandísima alegría, haciendo todos muchas fiestas, las cuales no digo yo ahora porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio; pues nos daban por perdidos y nosotros a ellos. Mas el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no saque a la luz del sol aunque esté escondida en los senos de la tierra. Fuimos tan bien recibidos por los de aquella isla como sus hijos, y esto es lo que éramos y no otra cosa, pues nos abrigaron y nos dieron lo que habíamos menester, que sean benditos y alabados de los cielos.

Allí supimos la suerte de Gonzalo Pizarro y los que quedaron con él, y así veréis cómo el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades. Porque hago saber que, habiendo salido nosotros con Orellana, con el navío que dije y dos canoas, pronto nos perdieron de vista; pues la corriente nos arrastraba, que bien se acordará el que hubiera leído el principio de esta singular aventura. Usando la traza y modo que requería aguardó Gonzalo mucho tiempo, y habiendo discurrido una y muchas veces en su entendimiento no veían ningún bote, ni podían pasar hacia abajo por causa de los muchos pantanos. Como pasaran hambre, tomó Gonzalo un poco de aliento y se embarcó con siete hombres en cinco canoas impulsadas por indios, no habiendo de

hacer otra cosa que dejarse llevar. El mismo día llegaron a un lugar donde el río se unía con uno mayor, que si mal no recuerdo era el Napo; y porque se vea que digo verdad, hallaron allí unas cuchilladas que los de Orellana habíamos dejado en los árboles, con gentil brío y continente. Fueron llegando con no poca pesadumbre, y remontaron la nueva corriente; y bueno será, por cierto, decir que avistaron allí unas tierras plantadas de yuca, y en menos de un abrir y cerrar fueron a ellas. ¡Oh, pan mal conocido! Que algunos indios las abandonaron después de una lucha con el enemigo, por lo que yo he podido averiguar en este caso. Postrados de rodillas dieron gracias a Dios, y con estas voces e inquietud cargaron de yuca sus canoas y volvieron con sus compañeros; hallando que éstos se alimentaban de hierbas, nueces y animales ponzoñosos, cansados y muertos de hambre. Cerróse con esto la noche de sus tristezas, y como vieran que nos tardáramos, todos juraron que preferían morir antes que seguir adelante. Como aquellas razones les parecieron de perlas volvieron a atravesar el Coca caminando, y llegaron al tiempo que anochecía, pues caminaban muy despacio. Yendo, pues, en camino perdieron varios caballos; y ese fin tuvo la aventura, que llegaron a la plantación a orillas del Napo donde acamparon una semana. Con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por ellos rallaban la yuca y hacían pan con ella, teniendo éste por más sabroso que si hubieran sido roscas blancas de Utrera. Amigos, cualesquiera que seáis, con esta tan agradable colación cobraron fuerza y ánimo para seguir andando junto al río, y contra corriente; lo que no se puede negar, sino afirmar, que alguno iba renqueando como podía y maltrecho de la caída. Cuenta pues la historia, que iban algunos calzados con abarcas cortadas de sus sillas de montar; pero los más descalzos y casi desnudos, pecadores de ellos. Si sus mercedes me dan licencia, les contaré que unos hacían el viaje en canoas si estaban enfermos, y otros se abrían paso entre matorrales por la orilla, temblando de los pies a la cabeza, como azogados; y no pocos de aquéllos murieron por el feroz agotamiento, la lluvia incesante y la taimada disentería. Contra todos los golpes de su corta fortuna lograron los más llegar a una tierra estéril, y con todo cargaron en cierto campamento indio con toda la yuca que pudieron, antes de pasarlo. El que me lo contó se emocionaba, pero dio por disculpa, bastantísima a su parecer, que iba un hermano suyo en aquellas desgracias; el cual todavía dormía, tan agotado llegó. Diciendo esto prosiguió de nuevo, lo que es fuerza se diga adelante; que lo demás son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida. A lo que el mozo añadió que iban aquéllos hundidos en el agua hasta las rodillas, y a tiempos

hasta la cintura, sin tener dónde asentar los pies; pues recibía el Napo numerosas corrientes, yendo los tales de ración tan mísera y atenuada que por milagro vivían. No se me cocía el pan como suele decirse hasta que supe la continuación, y a esta razón dicen que dijo, pues yo no lo recuerdo, que en este lugar consumieron los ochenta caballos que les quedaban. ¡Ay, y cuántas veces los tendrían que echar de menos! Ya se habían comido mil perros los desventurados, y hasta estuvieron por comer los cuerpos de los muertos, si no frescos al menos amojamados, pues engullían y tragaban cuanto se les ponía delante. Pero si querían agua barata la hallaban por doquier, y era consuelo no pequeño. Mas, ¿de qué provecho les servía? No quiero decir sino que, por fin, era el mes de agosto cuando llegaron los supervivientes a la ciudad de Quito, y eran mitad de los que salieron; que sólo a Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para Él no hay pasado y porvenir, que todo es presente. De los indios no volvió ninguno, que les había de quedar a los cristianos un no sé qué de escrúpulo. Con licencia de vuestas mercedes, un mes después, en septiembre, llegamos los que íbamos con Orellana a la isla de Cubagua, frente a la costa de las Perlas. Mas, ¡ay, sin ventura! Pues perdimos antes a once de los nuestros que acabaron su vida en la selva, y no haría media hora ni aún un mediano momento cuando supimos la nueva de los otros, que nos quebraba el corazón. Diciendo esto, aquí vuelvo a tomar mi relato; y es que de esta isla acordó el capitán dar nueva a su majestad el emperador de este gran descubrimiento, que pagaba y satisfacía con muchas ventajas nuestras penalidades. Y la existencia de este río, el cual teníamos que era Marañón, pues real y verdaderamente así nos lo dijeron después que llegamos; y sería así, pues en toda la costa, aunque hubiera muchos ríos, eran harto pequeños. Viendo y oyendo pues tantas noticias, marchó Orellana a España; y tan buenas razones supo dar de lo que sucediera, que diéronle buenos dineros en corriente moneda castellana, nombrándolo gobernador de las tierras que habíamos descubierto. En cuanto a Gonzalo Pizarro, ahora se veía desolado por la furia mal considerada de verse traicionado por Orellana, su paisano y pariente. De nada valió que firmáramos todos una petición, fechada y rubricada y extendida por notario; pues era cierto que pedimos sus acompañantes que abandonara en aquella ocasión la idea de reunirse con Pizarro, temiendo que no lo habíamos de alcanzar. Sería un horrendo peligro, pues los más de los marineros lo declararon imposible siendo río arriba, con tanta corriente y tan mal apañados. Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquéllos que no creen, ni quieren creer que firmamos

allí caballeros, hidalgos y los dos sacerdotes, y éramos cuarenta y nueve en total. A la cabeza firmaba mi compañero dominico el padre Carvajal, que no consentiré yo en mis días y en mi presencia que otra cosa se diga, y primero me habían de sudar los dientes. Si nos había salido al revés no era culpa nuestra, y muera yo, pues soy tan desdichado, si no mandó que construyéramos un barco con que pudiera navegar Gonzalo Pizarro si llegaba, y si no lo hacía, con satisfacción de las partes podría servirnos a nosotros mismos. En resolución, la monta desta notable desgracia fue que murió más tarde Orellana en la boca del río que llamamos de las Amazonas; y como nadie se apuraba ni apretaba, murieron con éste la mayoría de los hombres que había llevado, y esto es lo que hay que decir de la aventura; y los pocos que sobrevivieron llegaron a la Española en un estado tan de lamentar, que juro como católico cristiano no había quien conocerlos pudiera. He de decir aquí que fue Orellana un héroe harto desgraciado, pues muchos lo tuvieron por infame traidor, como queda antedicho en el antecedente pedazo. Pues el gran descubrimiento que hicimos costóle grandes sinsabores, y en resumen, que con otros empeños perdió sus caudales; no fuera mucho si luego no perdiera la vida, como finalmente conocimos y supimos. Todo era por la gran fama que tenía Gonzalo Pizarro, admirando a todos con la admiración acostumbrada; que se les veía tan atentos a mirarlo y a mirarse en él, que parecía ejerciera fascinación. Con esto pondré un sello a mi boca y una mordaza a mi lengua, y sólo diré que no era pequeño motivo para ello que fuera el menor de su estirpe, y el más dilecto de su hermano el Marqués.

Pero, ¡vaya! Que contaban que Gonzalo Pizarro, cuando volvía a Quito, tuvo en el camino un mal sueño, y era que un monstruo en forma de dragón le sacaba el corazón del pecho, con tanta crueldad cuan encarecidamente se pueda decir. Llamó a un hombre suyo que gozaba fama de astrólogo y de buena gana lo escuchó, diciéndole que hallaría muerta a la persona que más amaba; pues cuando la cólera sale de madre, no hay ayo ni freno que la corrija. El diablo me lleve, que en llegando a Quito supo Gonzalo que habían asesinado a su hermano el Marqués, un año hacía más o menos. Púsose de rodillas, pidiendo devotamente al cielo lo librara a él de tan manifiesto mal y peligro; y preguntando qué y cómo había sucedido, tornaron a decirle lo mismo. Era que, volviendo el marqués a su casa de Lima cansado de sus viajes y de tantos trabajos como hubo, quedóse en ella lleno de pompa y majestad, y con este adorno hicieronle allí mil cortesés comedimientos. Pero tenía muchos enemigos que eran los amigos de

Almagro, y cometieron éstos infinitas bellaquerías y delitos, tantos y tales que podría escribirse un volumen contándolos, y más desde que éste murió. Madrugaba el marqués antes del sol, y transcurrió más de un año en que su vida claramente peligraba; mas en tranquilidad aparente, que aunque recibió varios avisos juzgó fueran medianeros y apreciadores, y no hizo el menor caso. Salía a diario a pasear, con lo que cobraba crédito inefable y andábanse todos tras él. Corría todos aquellos contornos antes de volver a su casa, y con esta intención recorrió muchos caminos, por los cuales andaba hartas horas, sin acontecerle por entonces cosa digna de ponerse en escritura, sino que un paje lo acompañaba y los indios lo miraban y guardaban silencio, pues no había sino obedecer y bajar la cabeza. Cada uno ha de hablar de su menester dondequiera que estuviese, y dijeron algunas mujeres indígenas a sus señoras españolas, sin coserse la boca ni morderse la lengua, que ocurriría la muerte del marqués el día de san Juan, en el mes de junio; pues es el caso que era una fecha de mal agüero para los españoles, y yo lo creo así, aunque pensarán algunos que soy un echacuervos, pero véase la muestra de mi ojo. Cuando se lo dijeron a Francisco Pizarro, viendo las muchas ceremonias y ruegos que le hacían contestó ser aquéllos chismes de mujeres, y guardaría el lugar en que estaba y la presencia en que se hallaba, No oyó las reprehensiones santas y bienintencionadas que le hicieron, y andaba el día de san Juan paseando por su jardín; que no hay más que decir ni más que pensar, ni más que perseverar en el mundo. Estando en esto llegó un capitán español, y por el hábito que tengo que estuvo departiendo con él de ciertas armas que uno y otro habían adquirido hacía poco; levantándose abrazólo y le comunicó su pensamiento, que si pudieran algunos le cercenaran la cabeza con más facilidad que si fuera hecho de mazapán, y ello antes que amaneciese; y que por esta abertura de arriba a abajo se le escaparían los espíritus vitales, advirtiéndole con mil juramentos del peligro que de inmediato corría.

No faltaron algunos ociosos ojos que lo suelen ver todo, de los que encontramos muchos por esos andurriales por donde anduvimos, que mirábanlos de hito en hito mientras estas cosas se decían. Para mí tengo que dejaron lo proyectado para mejor ocasión, porque llegaron los sucesos por sus pasos contados y sin contar. Esto es así, y si gustáis de ello diré que tomada la mira, yo soy del parecer que se retiraron los tales asesinos con mucha presteza, los cuales volverían en su momento adecuado. No escudriño las vidas ajenas ni soy lince de los hechos de otros, pero varios días después estaba el marqués a la mesa, y ya oscurecido entró en la estancia un hombre embozado

que se llegó bonitamente a él. Era un sacerdote, que le advirtió otra vez que preparaban su muerte para otro domingo. Hubo grandes comedimientos entre los dos sobre este caso, y tales palabras y razones le dijo, y tan encubierta estaba la causa, que al cabo de un buen rato volvió el marqués en sí, y desperezándose le dijo que harto mejor haría en decir su misa y no mirar estos inconvenientes, que había andado atrevidillo. Pero en efecto venció la porfía, y el marqués volvió a la mesa pensativo, ni regocijado ni alegre; que ya no comió más, y tú lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciera. Pero quédese esto aquí para otro tiempo más cómodo, y diré que consintió el marqués en oír misa el domingo en su casa para no salir, que estaba en opinión de ser un buen cristiano y muy devoto. Cuenta la historia que almorzó a mediodía y se hallaba de tertulia, que eso tiene el servir a los buenos. Estando en esto vieron que venía un hombre a pie, caminando aprisa, y era un paje que entraba. Con atención lo escucharon, pues venía gritando que llegaban algunos a matar a su señor, y dijo esto porque mal de su grado lo hicieron venir al suelo. Abrazándose a las piernas de marqués le dijo que iban derribando a unos, descabezando a otros, estropeando a éste, destrozando a aquél. Habiendo hecho este ademán por espacio de un credo atravesaban ya sus matadores el patio, pues la gran puerta de la calle había quedado abierta, la cual vieron desierta y sin nadie que los descubriese. Estos pensamientos lo hicieron titubear un poco, y con su propósito, beneplácito y consentimiento les salieron al encuentro seis huéspedes armados que tenía el marqués. Hecho esto, antes de que entrasen en el lugar se ocultaron los restantes o escaparon por las ventanas, que no se les daba dos ardites de lo que pudiera suceder. Con voz admirativa y grande mandó Pizarro que atracasen la puerta de la habitación donde estaban, y echando mano a la derecha sacó su espada; mas cuenta también la historia que su oficial la abrió para parlamentar con los intrusos, que de allí a poco comenzaron ellos a entrar por diversas partes, con lo que al momento mataron a éste. Si esto es así, como debe ser, rodó el cuerpo del tal escaleras abajo, quedando de tal forma que no lo desvelaran pensamientos de pagar deudas que debía, ni de lo que había de hacer para comer al otro día, y su angustiada familia. Según puede colegirse, entró luego Francisco Pizarro en una habitación más adentro para armarse, pues daba muestras de tener apasionado el corazón. Mas no pudiendo con las prisas ceñirse la coraza, destas imaginaciones y destes soliloquios lo sacaron; y tomando de nuevo la espada acudió a defenderse, haciéndolo así. Pero la mala suerte parece que ordenó que se le alterara la cólera a sus asesinos, destacando con esto a uno de los

suyos, sin que dejaran de menudear cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Fue derechamente contra él el marqués y le cortó a estocadas todos los botones de la media sotanilla, y en esto comenzó a gemir el matador tan amargamente que díjole él: “¿De qué temes, cobarde criatura? ¿De qué lloras, corazón de mantequillas?” Rióse de la interpretación, mas entraron luego todos y se precipitaron sobre él, que eran prevaricadores de las ordenanzas. ¡Oh, hombres que tenían más de bestias que de personas! Mataron a sus dos pajes que lo defendían; que debía de haber uno de veinte años, tres o cuatro días más o menos, y presumía de cortés y bien criado, habiéndose criado otros en la estrechez. Y no hay más, sino que a troche y moche mató el viejo marqués a dos de sus asaltantes, y a todos los que estaban presentes los dejó embobados y atónitos. Pues, ¡bonito era para sufrir semejantes cosillas! ¡Válame Dios, y con cuánta gana los acometía! Mas la desgracia se puso en la mitad del camino, y de lo que me contaron no me acuerdo de nada, sino que recibió el marqués una estocada en el cuello y con esto se desplomó.

¡Oh, fuerza de la maldad, a cuánto te extiendes! Aquí mismo suplico a vuestras mercedes cuan encarecidamente puedo que consideren la triste situación, que quedó aquel capitán bien menguado; y apenas se vio caído cuando se deslizó, y otras veces clavaba los ojos en el cielo, con tal embelesamiento que no parecía sino estatua vestida que el aire le movía la ropa. Yo diré mi glosa de la cual no espero premio alguno, y fue que sin acudir a los remedios que le hacían para que de su desmayo volviese trazó una cruz con su sangre en el suelo, y la besó; y por no ser a otros de provecho ni a mí de gusto callaré los detalles, sino que allí expiró aquel capitán envejecido en el servicio del emperador. Aunque más quiero yo por amo y señor a Dios y servirle, diré que había descubierto aquél con nosotros, y conquistado tantos reinos y provincias para las Españas, como no se ha experimentado jamás en el mundo. Todos los que oyeron estas razones se dolieron, mas con todo gritaban los asesinos por la ciudad: “¡El tirano ha muerto!” Con esto fuéronse a comer, siendo la comida tal como pensaban, abundante, limpia y sabrosa. Las demostraciones que hacían eran conspirar, pues todos los que llegaban se levantaban, lo mismo en Lima que en las otras ciudades; que harto mejor sería que los que profesen esta maldita servidumbre se volvieran a sus casas, y allí se entretuvieran en ejercicios más suaves, como si dijéramos cazando y pescando. Sucedió pues, que unos cristianos derribaban a otros, y lo mismo ha ocurrido después muchas veces hasta hoy. Dieron un edicto general comprehensivo de todas las reales



provisiones y órdenes que nadie podía contravenir, eliminando a los concejales disidentes; y llegó a tanto la curiosidad y desatino en esto, que hubo por doquier arrestos, ejecuciones y requisas de caballos, y estos pensamientos duraron harto tiempo. Pero démonos prisa, que se hace tarde y está la virtud puesta entre dos extremos viciosos. Ni gusto de murmurar ni consiento que delante de mí se murmure, y hasta ahora me parece que no he contravenido el tal capítulo; pero todo lo confieso, juzgo y siento, que el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho. He de decir que fabricaron los rebeldes armas y nombraron capitanes, sometiendo a los hombres a duros tormentos hasta que la borrasca se acabó. Así lo hicieron con el secretario de Pizarro, y haciendo la acostumbrada señal lo condujeron a prisión, a fin de que confesase el lugar donde estaba escondido el tesoro que ellos suponían; lo cual me contaron y dijeron con todas las circunstancias dichas, que no dijera yo una mentira si me asaetearan. Ya después de amanecido muchos huían de las ciudades cayendo en manos de los indios, que en viendo esto se concertaban y los mataban. Entre ellos estaba Valverde, que con grandes voces empezó a amenazar, que ya era obispo de Cuzco aquel fraile que empezó la conquista con Francisco Pizarro. ¡Demonio de hombre! Pidió a Dios con una larga y hermosa plegaria y se embarcó en una frágil nave; y puesto en tierra, más mojado que muerto de sed, haciéndose tiras los faldamentos púsose algún tanto a decir sus razones. Pero allí era predicar en desierto, que no todo el mundo está obligado a saber latín, cosa que algunos presumen que lo saben y lo ignoran. Llegando a Puna fue matado por los isleños, y todos los que iban con él también murieron, que allí fue Troya para todos, mirando los indios aquellas figuras tan fuera de uso. Dióse el cacique una gran palmada en la frente y empezó a reír de muy buena gana, que no sabía qué cosa fueran líneas ni paralelos, zodíacos, eclípticas, polos, solsticios, equinoccios, planetas, signos, puntos y medidas de que se componía la esfera celeste y terrestre; pero amigos, quienquiera que seáis, no necesitan aquéllos de tales monerías para matar a los cristianos.

Amanecerá Dios y verémonos, que así conviene para dar lugar a contar otras cosas de esta famosa historia. Y si os cansáis Dios os lo remedie, que todo en este mundo no va a ser comodidades, y os dé Dios tantas venturas como vuestros deseos merecen. Y a mí me dé mayor virtud, que es lo que deseo, y me perdone mis pecados, que en buena hora decidí tomar un púlpito en la mano y andar por esos mundos predicando lindezas. No me puedo dar a entender, ni me puedo persuadir, cómo hay

infinitas guerras entre los mismos españoles, y seguirá habiéndolas; hijos de puta, que cada uno toma su partido y quieren recibir adelantados los premios, sin que hayan precedido los servicios. Cuando estaba yo en las razones referidas en el párrafo precedente, supe de muchas muertes que ocurrían por muchos lados, y que no cesaban las contiendas civiles; pues reclutan gente y construyen cañones y muchos arcabuces, y fraguan corazas y yelmos, con lo que se oyen por allá muchas voces y ruidos. Puesto que confiáis en mi relato yo os lo pagaré en la misma moneda, que en buena mano estáis; y no quede por eso, que yo os ayudaré a comprender todas estas cosas que digo, pero con todo haré lo que vuestas mercedes me manden. Una traza me ha venido al pensamiento, y es cómo puede ser que se acuchillen los capitanes unos a otros; y si no, díganme vuestas mercedes si no son grandes males estos maltratos y vejaciones, insultos y robos, y muchos de ellos a los indios naturales que no los pueden soportar. Si alguien tiene necesidad de un puerco mata veinte, y si de cuatro indios lleva doce; y mientras unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, responden otros por sí tan altamente que ofenden la modestia, que es de ley natural y divina. Hablo de los enamorados viciosos, no de los platónicos continentes; pues muchos hay que a sus mancebas públicas llevan en hamacas a cuestras de los pobres indios, y si no se menean éstos, ven que les llueve un nublado de palos. Me excusaré de reprehender lo que no puedo remediar, pero llevan algunos capitanes de aquéllos capas suntuosas que los hacen vistosos y resplandecientes, y mientras hay raras habilidades perdidas por el mundo, cuyos autores andan sin tener qué comer. Luchan unos hermanos contra otros y amigos contra amigos, y si no lo creéis estáis en la más errada opinión del mundo. Lo primero que os quiero pedir es que me digáis con certeza si os aburre mi historia, para dejarla; pues cualquier cosa que yo hiciere o dijere, cualquier cosa que sea, será para entreteneros conmigo. Éstas son las maravillas que os dije que os había de contar. En cuanto a Gonzalo Pizarro, diré que cuando volvió de aquel viaje de la canela fue de Quito a Lima, retirándose luego a sus lejanas tierras y dominios en el sur. Y entérense vuestas mercedes en buena hora, que a la fecha ha renunciado ahora fray Bartolomé a su obispado de Chiapa, aunque algunas más réplicas le hicimos de las que esperaba. Mas para todo hay remedio, y como lo vi, luego le pregunté si seguía escribiendo sus tratados polémicos, y díjome que sí. Otro que estaba al lado dijo que le placía, y luego pusímonos en orden con silencio. Destaca entre éstos la brevísima relación de la Destrucción de las Indias, que es muy conforme al ingenio y erudición de su ilustrísima;

pues ha redactado mi obispo un tratado que es menor que un libro y mayor que un opúsculo y se titula como he dicho, que es tapaboca o freno de mentirosos. Conocí yo el librito antes de que lo hiciera público y mucho lo comenté con él, con lo que agrególe ciertas explicaciones por cosas que le dije y no sabía; y estaba yo muy de acuerdo con casi todas la tuyas, aunque no con todas, y así se lo hice saber; mas andaba él tan porfiado que no corrigió ninguna y así quedó, que por mi parte no se me logró ese intento. Soy yo muy amigo de que me hablen claríficamente, y de hacer lo mismo; y así digo con mi obispo que todas las cosas ocurridas en las Indias desde su maravilloso descubrimiento, y después hasta los días presentes, han sido tan increíbles para el que no las viera que parecen haber puesto silencio en las que el mundo vio y oyó en los siglos pasados, y verá en los venideros. Así yo, el menor de los religiosos de la orden de santo Domingo, he querido tomar este poco trabajo de contar mis caminos y navegaciones, pues lo que he dicho es tan verdad que quita ocasión a otros que quisieran contarlo al revés. Y pues la honestidad parece mejor a los frailes que la valentía, por vida mía que me estaré aquí quedo, que no se me olvidan los consejos que mi obispo me da. Dos linajes hay en el mundo, que son tener y no tener; yo, pues, como me cupo en suerte ser uno de estos últimos diré que me basta con que tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros; los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas, ni Dios quiera consentirlo. No me acuerdo de nada en el mundo sino de la santa ley que profesamos, y puedo asegurar con tantas razones demostrativas y con tantas figuras y demostraciones que todos queden enterados, que han fundado más mayorazgos las letras que las armas. He de decir que en la última visita que nos hizo nuestro obispo, donde le hicimos el acogimiento que a tan alta persona se debe justamente, en breves razones le mostré este libro y todas sus partes, por menudo. Y porque gustaba infinito de oír mis discreciones, que las respuestas venían bien con las preguntas, consolado pues y pacífico me cosí con el obispo entrando con él en el convento, y me ofrecí a servirle en cuanto mis fuerzas pudieran y su ilustrísima me mandara. Pues fraile soy y fraile he de morir, si place el Altísimo, y he de ser otro como él, Dios queriendo; y viva él, y viva yo. No como otros, que no han visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito. Es verdad todo lo que he escrito y contado, y como la prodigalidad engendra fastidio no quiero insistir más, y diré que estoy muy contento de la compañía que he llevado con vuestras mercedes, y que agradezco su paciencia. A

todo esto Dios sea loado, amén.

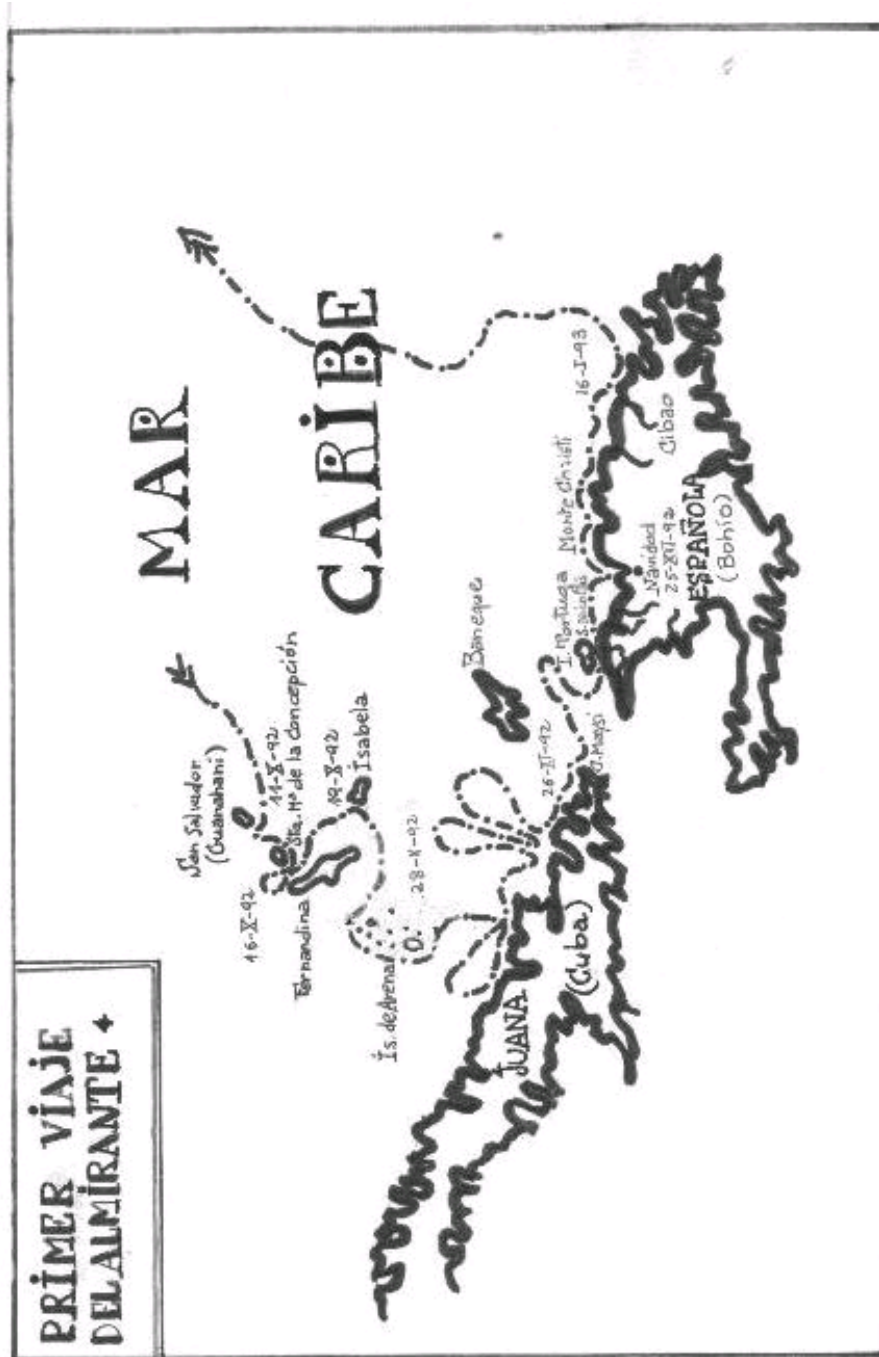
FIN DEL LIBRO QUINTO

## ENVÍO

Este es el final del libro de esta jornada increíble, pero cierta, que escribió el dominico fray Bernardino de Sevilla, de la Orden de los Predicadores, el cual repartió el autor en cinco partes principales y un epílogo, que eran correspondientes a las varias expediciones que hizo; y así haya obtenido la gracia eterna con ayuda de Nuestro Señor. La primera parte la imprimió su autor en vida y un pedazo de la segunda, dejando lo demás por imprimir; y los mismos originales que él dejó vinieron en manos de sus hermanos de Orden, y los dichos los mandaron publicar, corregir y verificar con los originales. Los dichos originales mandó el Inquisidor Apostólico al mismo tiempo de su muerte que se dieran a la Casa de Contratación de Sevilla, de donde era natural, y en donde a la presente están. Dios lo tenga en su gloria... etc. Y a los señores del Consejo de Indias ponga en voluntad de que los dichos originales se impriman, para que sepan todos tan sabrosa historia; pues ha escrito este autor muy verdaderamente, aunque apoyándose para más verdad en muchos y buenos testimonios. Dijeron los médicos, que cuando en la enfermedad de cualquier hueso se pone la carne lívida, es malo; pues las úlceras que duran un año o más, es forzoso que dañen el hueso y dejen profundas cicatrices. Sufrió que yo sepa fray Bernardino un ataque de gota por entonces, mas una vez calmada la inflamación, terminóle dentro de cuarenta días. Sufrió también un vómito de sangre, mas dicen que éste sin calentura es saludable; con ella es malo, y se cura por medio de refrigerantes y de astringentes. Padeció luego vértigos tenebrosos, y teniendo gran horror a la luz sentía gran ardor y sueño profundo, por lo que pensaron no tenía remedio; y después de mucho olisquear y mirar al través, dijeron los médicos que cuando en las afecciones nefríticas sobrevienen, además de otras señales, dolores someros hacia los músculos de la espina dorsal, demuestran la formación próxima de un absceso exterior; y si fueran profundos, también lo será el absceso. En resolución, que después de administrar al enfermo tomas de vino y lociones abundantes de agua caliente por el dolor del ojo que tenía sano y entero, sangraronle; y como se muriera, determinaron por fin la causa de su muerte, y fue que pasándose con el vino de misa le dio una alferecía, y así sucedió el óbito, pues cuando en sana salud da de repente dolor de cabeza, siguiéndose pérdida del habla y ronquido, muere el enfermo en siete

días sin que nadie lo pueda remediar. Es como cuando enteramente queda cortado un hueso, un cartilago, un nervio o la parte delicada de la mejilla o del prepucio, que éstos ni crecen ni se vuelven a reunir.

FIN

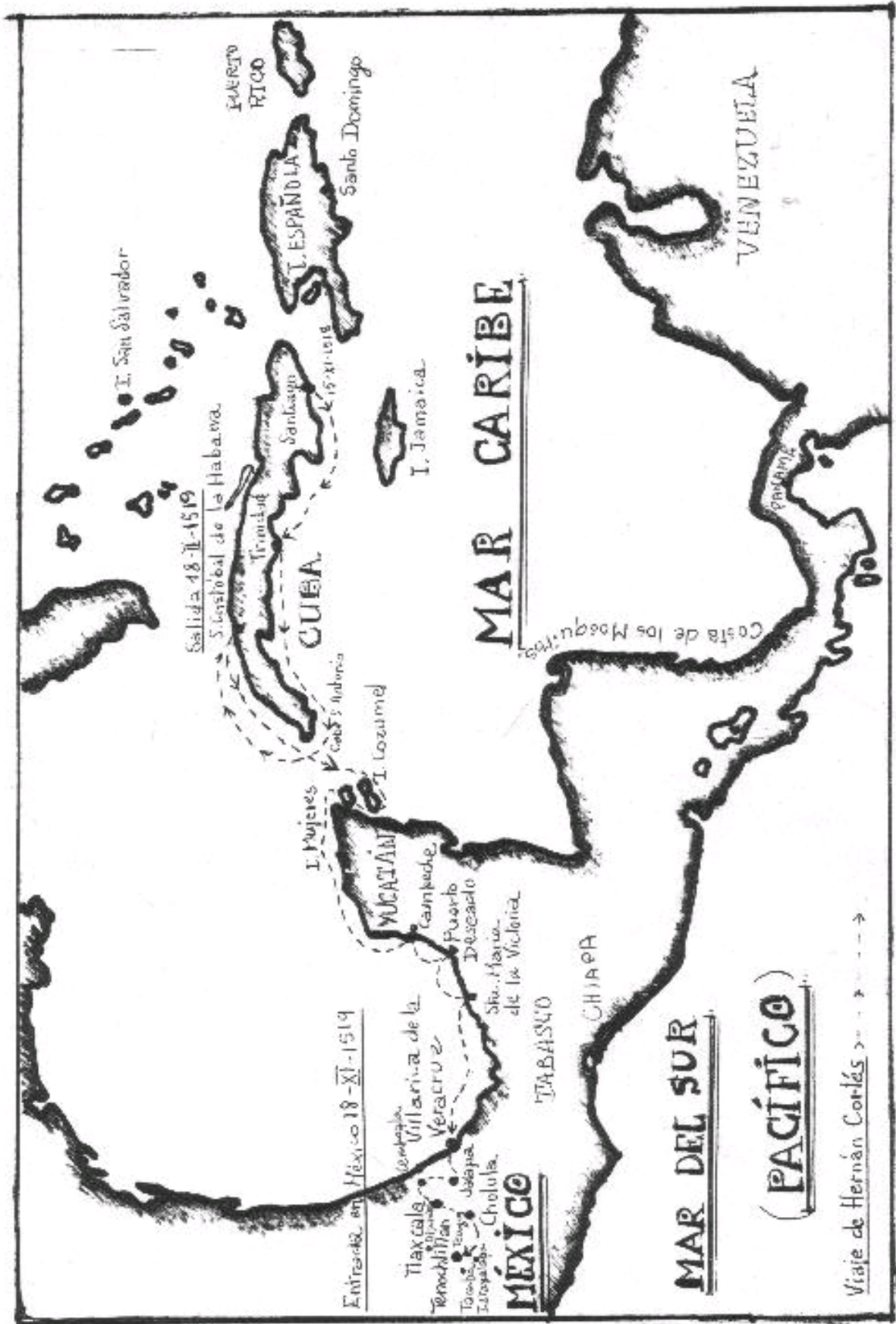






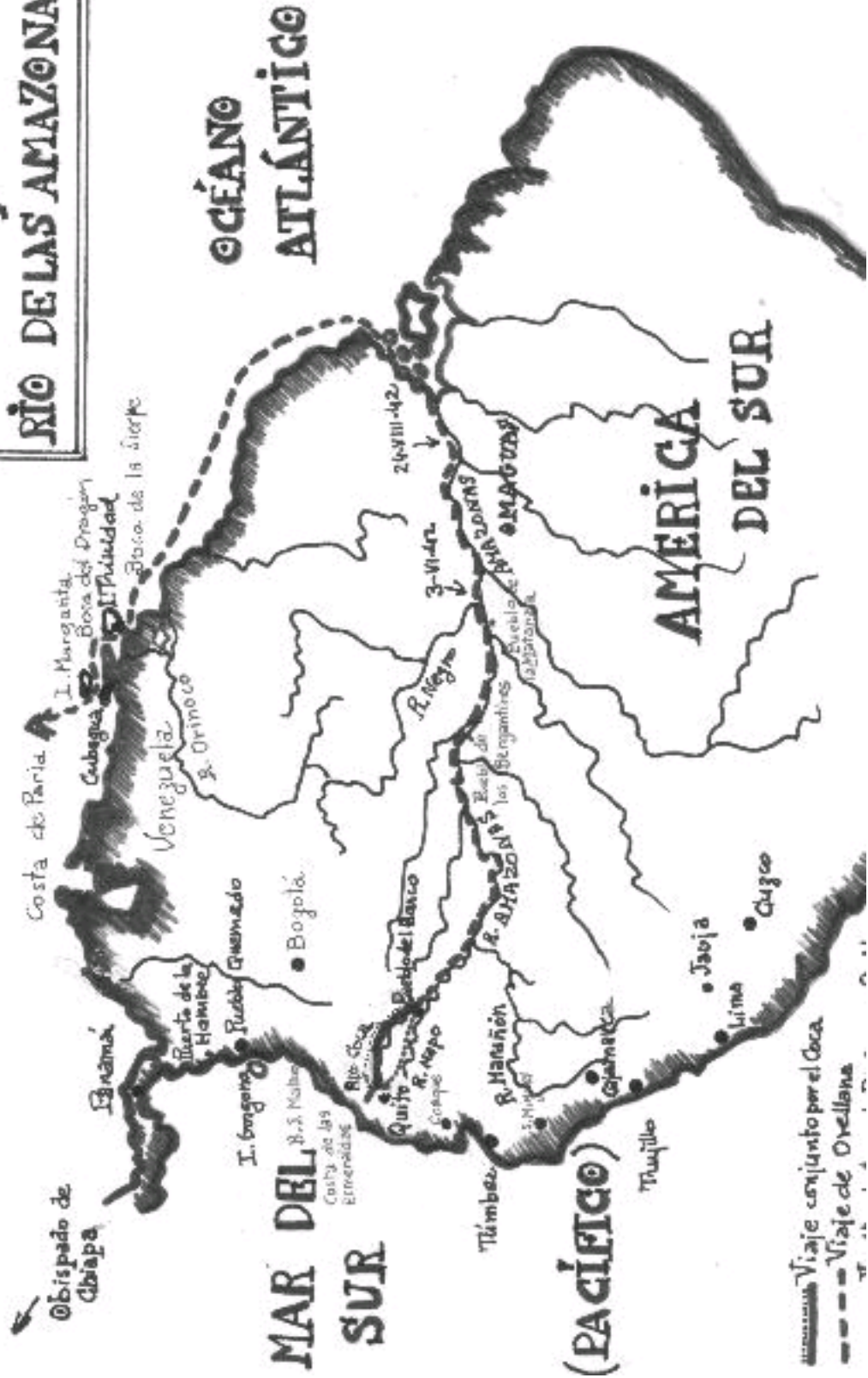








# REINO DEL PERÚ Y RÍO DE LAS AMAZONAS







NOVELA PICARESCA: Así llamada por referir las hazañas o correrías de los *pícaros*, o sea de aquellos individuos rufianes y llenos de malicia que se buscaban la vida al azar, hoy sirviendo a toda clase de amos, mañana dedicándose al hurto o pidiendo limosna, otro día recorriendo comarcas diversas o embarcándose para las Indias.

NARCISO ALONSO CORTÉS, *Historia de la Literatura Española*.

**KNOSSOS**